

CIENCIA FICCIÓN

Samuel R. Delany

# TRITON

Un nuevo clásico del autor de *Dhalgren*,  
una obra imposible de olvidar.



Lectulandia

Tritón es la luna más exterior de Neptuno: un mundo de absoluta libertad, donde todo deseo puede verse cumplido: cambiar de piel, de sexo, de vida. Las elecciones son infinitas, e incluso aquellos que rechazan todas las reglas pueden instalarse allí, en el sector independiente, donde todas las reglas han sido abolidas.

Bron Helstrom vive en Tritón.

Bron Helstrom: antiguo prostituto marciano, especialista en una nueva ciencia, la metalógica. Enamorado de una actriz que ofrece representaciones de microteatro para espectadores únicos. Buscando su lugar en el seno de una sociedad multiforme y sofisticada que ha conseguido sacudirse todos los dogmas y todas las alienaciones. Dispuesto a convertirse en héroe, en cobarde, en hombre, en mujer...

En medio de una guerra inminente que amenaza enfrentar ferozmente a los mundos de los satélites con los planetas interiores..

**Lectulandia**

Samuel R. Delany

**Tritón**

**ePub r1.0**

**Red\_S 11.10.13**

Título original: *Triton*  
Samuel R. Delany, 1976  
Traducción: Domingo Santos  
Ilustraciones: Antoni Garcés  
Diseño/Retoque de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Red\_S  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para*

*Isaac Asimov,  
Jean Mark Gawron,*

*y*

*Howard, Barbara,  
David, Danny, Jeremy  
y Juliet Wise*

# **Tritón**

**Algunas observaciones informales respecto al cálculo modular, primera parte**

# TRITÓN

## Una heterotopía ambigua

*El cuerpo social restringe la forma en que es percibido el cuerpo físico. La experiencia física del cuerpo, modificada siempre por las categorías sociales a través de las cuales es conocida, sustenta una visión particular de la sociedad. Hay un constante intercambio de significados entre los dos tipos de experiencia corporal, de modo que cada una refuerza las categorías de la otra. Como resultado de esta interacción, el propio cuerpo es un medio de expresión altamente restringido... Para ser útil, el análisis estructural de los símbolos tiene que ser relacionado de alguna forma con una hipótesis acerca de la estructura del rol. Desde aquí, el razonamiento avanzará en dos estadios. Primero, el impulso de conseguir la consonancia en todos los niveles de la experiencia produce una concordancia entre los medios de expresión, de modo que la utilización del cuerpo es coordinada con otros medios. Segundo, el control ejercido desde el sistema social impone límites al uso del cuerpo como medio.*

Mary Douglas/NATURAL SYMBOLS

# 1. PROBLEMAS SOBRE TRITÓN, O DER SATZ

*No hay dos de entre nosotros que aprendan nuestro lenguaje de la misma forma, ni, en cierto sentido, hay uno solo que termine su aprendizaje en el transcurso de su vida.*

*Willard Van Orman Quine /WORD AND OBJECT*

Llevaba seis meses viviendo en la coop masculina (la Casa de la Serpiente). La cosa había funcionado bien. De modo que a las cuatro, mientras cruzaba el vestíbulo de la hegemonía y salía a la atestada Plaza de la Luz (el día treinta y siete del paramec quince del segundo añoN, anunciaban las luces alrededor de la plaza..., tanto en la Tierra como en Marte hubiera sido un día u otro de la primavera de 2112, como debían de indicar un buen número de documentos oficiales incluso aquí, dijeran lo que dijeran o rezaran lo que rezaran las idioteces políticas), decidió ir andando a casa.

Pensó: Soy un hombre razonablemente feliz.

El escudo sensorial (alzó los ojos: Grande como la ciudad) cambió a rosa, naranja, oro. Completamente redondo, como cortado por un gigantesco molde para pasteles, amanecía un Neptuno ridículamente turquesa. ¿Agradable? Mucho. Caminó relajadamente en la reforzada gravedad. ¿Tetis? (No, no la pequeña luna de Saturno, sino una estación investigadora desde hacía ciento veinticinco años, pero sí, la ciudad había recibido de ella su nombre.) No demasiado grande, cuando pensabas en otros lugares; y había vivido en un par de ellos.

Pensó bruscamente: ¿Es sólo que soy, felizmente, razonable?

Y sonrió, mientras se abría paso por entre la multitud.

Y se preguntó hasta qué punto eso lo hacía diferente de los que le rodeaban.

No puedo (bajó de la acera) mirar a cada uno para comprobarlo.

¿A cinco, entonces? Tomemos a esa mujer, de unos agraciados sesenta años —o más vieja, si se había sometido a tratamientos de regeneración— que caminaba con una bota azul de tacón alto en la calzada; tiene labios azules, lleva ajorcas doradas en los pechos.

Un hombre joven (¿catorce? ¿dieciséis años?) se abrió camino a su lado, cogió su mano de uñas azules en la de él, de uñas azules, y le sonrió (azulmente).

Ella sonrió también, con un guiño de reconocimiento de sus párpados azules.

Realmente, ¿ajorcas para los pechos en un hombre? (Incluso en un hombre muy joven.) Sólo estéticamente: ¿no eran las ajorcas para los pechos más o menos recomendadas en pechos que, a) sobresalían, y b) se bamboleaban? Pero los de ella no hacían ninguna de las dos cosas.



Y ahora tenía los dos tacones azules en la acera. El joven caminaba con los dos suyos en la calzada. Se abrieron paso por entre la multitud multicolor.

Y él había observado a dos personas cuando sólo pretendía mirar a una.

Aquí: junto al quiosco de la estación de transporte, un hombre alto, con un mono marrón y una especie de jaula sobre su cabeza, destacaba por encima de varias mujeres. Cuando se acercó a él se hizo evidente que también llevaba las manos envueltas en jaulas: a través de la malla podían verse manchas de pintura; sus uñas también estaban pintadas; sus nudillos eran callosos. Probablemente algún ejecutivo administrativo importante, con tiempo libre y suficiente crédito como para dedicarse a algún trabajo servil como afición, fontanería o carpintería.

¿Carpintería?

Frunció el ceño y se apartó a un lado. Una pérdida de madera y tiempo.

¿A quién más podía observar en aquella multitud?

Dando pequeños pasos con sus sucios pies, diez, quince —casi dos docenas— de murmuradores avanzaban hacia él. La gente se apartaba de ellos. No es, pensó, la suciedad y los harapos lo que me molesta, sino las llagas... Hacía siete años, había asistido realmente a las reuniones de los Pobres Hijos de la Luz Avestal y del Nombre Secreto Cambiante; a las tres sesiones de instrucción había aprendido el primero de las Noventa y Siete mantras/murmullos Pronunciables:

Mimimomomizolalilamialomuelamironoriminos...

Después de todo ese tiempo, no estaba tan seguro de las sílabas trece y diecisiete. Pero casi la recordaba toda. Y, cada vez que los Pobres Hijos pasaban, se descubría a sí mismo repitiéndola, buscándola en el turbio resonar de labiales y vocales. Entre más de una docena de murmuradores, todos ellos murmurando diferentes cadenas de sílabas (algunas necesitaban más de una hora para ser recitadas en su totalidad), no podía esperar captar ninguna. ¿Y qué murmurador digno de ese nombre estaña usando el murmullo pronunciable más elemental en un lugar público, de todos modos? (Tenías que conocer algo así como diecisiete antes de que te permitieran asistir al Canto Unificado Supervisado en la Academia.) De todos modos, escuchó.

Los murmuradores, con sus temblorosos labios y sus párpados fuertemente cerrados, agitaban sucios cuencos de mendigo de plástico..., demasiado rápido, de hecho, para que nadie pudiera echar nada dentro. Mientras pasaban, observó en uno un conjunto de llaves antiguas, en otro una barra de Protyyn (con el envoltorio rasgado) y una ficha de cinco franqs. («Utilízala antes de que yo informe de que me la han robado, o la cosa te saldrá cara», aconsejó burlonamente alguien.) En el centro del grupo, algunos habían cubierto sus rostros con sucios harapos. Los deshinchados extremos se agitaban sobre una mal afeitada barbilla. Una mujer a un lado, con un cuenco amarillo cuarteado (era casi hermosa, pero su pelo estaba lo suficientemente apelmazado como para que se pudiera ver su casposo cuero cabelludo), tropezó, abrió

los ojos, y le miró directamente.

Él le sonrió.

Con los ojos fuertemente cerrados de nuevo, ella inclinó la cabeza y dio un codazo a alguien a su lado, que recogió su cuenco, adoptó de nuevo su postura mendicante y siguió andando con los labios fuertemente apretados: ella (sí, era su cuarta persona) se deslizó hacia un lado y se abrió camino entre ellos, fue absorbida por ellos...

Más adelante, la gente rio.

Él miró.

El ejecutivo se había abierto paso por entre la multitud, agitaba sus enjauladas manos y decía con buena disposición:

— ¿Pero no podéis verlo? —Su voz era fuerte y estrepitosa—. ¿No podéis verlo? ¡Simplemente mirad! ¡No podría daros nada ni aunque quisiera! No puedo meter las manos en mi bolsa para sacar nada. ¡Simplemente mirad!

El ejecutivo esperaba ser confundido con un miembro de alguna de las aún severas, aunque cada vez más raras, sectas que mutilaban cuerpo y alma..., hasta que un murmurador abrió los ojos y se dio cuenta de que se trataba de moda, no de fe. Un murmurador que parpadeó (sólo los miembros más nuevos llevaban vendas sobre los ojos, que los apartaban de la codiciada posición exterior de la Guía Divina) tuvo que entregar su cuenco y, como había hecho la mujer, retirarse. El hombre siguió con su perorata; los Pobres Hijos se agitaron, murmuraron.

Los murmuradores debían ignorar esas trivialidades; las cortejaban, se glorificaban en ellas: para eso habían sido instruidos en las reuniones, hacía siete años.

Sin embargo, él hallaba la broma más bien amarga.

Los murmuradores, aunque dignos de risa, eran serios. (Él había sido serio, hacía siete años. Pero también había sido perezoso..., por cuyo motivo, suponía, hoy no era un murmurador sino un diseñador de metalógicas de ordenador a la medida.) Probablemente, al fin y al cabo, el hombre no era un ejecutivo; lo más probable era que sólo se tratase de algún artesano excéntrico..., alguien que trabajaba para esos ejecutivos que ni siquiera tenían el tiempo libre, o el crédito, necesarios para dedicarse a pasatiempos serviles. Los ejecutivos, no importaba lo bienintencionados que fueran, no iban por ahí lanzando peroratas a las órdenes religiosas por la calle.

Pero la multitud se había cerrado en torno a los Pobres Hijos. ¿Había abandonado el que los incordiaba? ¿O había tenido éxito? Ruido de pasos, voces, el rumor de la gente que pasaba, se mezclaba con, y ahogaba, el suave rumor de las plegarias.

Y ahora había mirado a... ¿cuántos?

¿Cuatro de cinco? Esos cuatros no eran muy buenas elecciones para un hombre razonable y feliz. ¿Y quién como quinto?

Seis cabinas realzaego caleidoscópicamente pintadas («conozca su lugar en la sociedad», repetían seis carteles en seis entradas) bordeaban el quiosco de transporte.

¿Yo?, pensó. Eso es. Yo.

Era necesario algo divertido.

Echó a andar hacia las cabinas, recibió un empujón en el hombro; luego cuarenta personas surgieron del quiosco y todas ellas decidieron caminar entre él y la cabina más cercana. No me dejaré desanimar, pensó. No estoy cambiando de opinión: y empujó fuertemente con el hombro a uno que le empujaba fuertemente con el hombro.

Finalmente, sin la menor elegancia, se aferró al borde de una de las cabinas. La cortina de lona (plata, púrpura y amarillo) se agitó. Entró.

Hacia doce años, un miembro de los canales públicos armó un gran revuelo porque el gobierno poseía una media de diez horas videograbadas e información registrada de otros tipos sobre cada ciudadano poseedor de un conjunto de fichas de crédito gubernamentales y/o una tarjeta de identificación gubernamental.

Hacia once años, otro miembro de los canales públicos señaló que el noventa y nueve coma nueve nueve y varios nueves más por ciento de esta información, a) nunca era revisada por ojos humanos (era tomada, procesada y catalogada mecánicamente), b) era de naturaleza perfectamente inocua, y c) podía ser fácilmente revelada al público sin que constituyera la menor amenaza para la seguridad del gobierno.

Hacia diez años, fue aprobada una ley por la cual cualquier ciudadano tenía derecho a exigir el poder revisar toda la información que el gobierno tuviera sobre él o ella. Algún otro miembro de los canales públicos armó un gran revuelo acerca de conseguir que el gobierno simplemente dejara de recoger esa información; pero tales sistemas, una vez iniciados, se insinuaban en el interior del sistema mayor según un proceso predeterminado: de ellos dependían trabajos, se había destinado un espacio para ellos, se estaban efectuando investigaciones acerca de cómo hacerlos con mayor eficiencia..., esos sistemas predeterminados, ya bastante difíciles de revisar, eran aún mucho más difíciles de abolir.

Hacia ocho años, alguien cuyo nombre nunca fue mencionado vino con la idea de las cabinas realzaego, a fin de conseguir recaudar un crédito material menor (y, se esperaba, psicológico mayor) para el Programa de Retención de la Información del Gobierno:

Bastaba que pusieras una ficha de dos franqs en la ranura (antes era medio franq, pero las fichas habían sido devaluadas de nuevo hacía un año), e introdujeras tu tarjeta de identidad gubernamental en el lugar apropiado, para poder observar, en la pantalla de treinta por cuarenta centímetros, tres minutos de videocinta de ti, acompañados por otros tres minutos de tus palabras grabadas, seleccionadas al azar

de los propios archivos de información del gobierno. Al lado de la pantalla (en esta cabina, alguien, extravagantemente, había derramado jarabe rojo encima de ella, parte del cual había sido frotado con un pulgar, parte rascado con una uña), la placa informativa explicaba: «Las posibilidades de que nadie excepto usted haya visto nunca antes lo que va a ver ahora son de un noventa y nueve coma nueve nueve y varios nueves más por ciento. O —como seguía alegremente la placa—, para decirlo de otra forma, hay más posibilidades de que sufra usted un inesperado ataque al corazón cuando salga dentro de un momento de esta cabina que de que este material confidencial haya sido visto alguna vez por otros ojos humanos distintos de los suyos. No olvide recoger su tarjeta y su ficha. Gracias.»

Él había trabajado durante varias semanas en los canales públicos (como recopilador de documentación, mientras por las tardes seguía su curso de entrenamiento metalógico) y, hacía ocho años, se había sentido abrumado ante la institución de las cabinas. Era como si (acostumbraba a pensar, y lo había dicho un cierto número de veces, y había recibido un cierto número de risas cuando lo había dicho) los alemanes, durante la Segunda Guerra Mundial de la Tierra, hubieran decidido convertir Dachau o Auschwitz en un complejo turístico de pago, antes de que terminara la guerra. (Él nunca había estado en la Tierra. Aunque conocía a algunas personas que sí habían estado.) Pero él no había armado ningún revuelo; para él las cabinas simplemente se habían convertido en otra más de las varias irritaciones que, para poder vivir en el mismo mundo que ellas, tienen que ser reducidas a diversiones. Durante dos años, mientras consideraba que eran decisivamente divertidas en teoría, nunca había puesto el pie en una..., como protesta silenciosa. Se había mantenido firme en su decisión hasta que se dio cuenta de que prácticamente nadie que conociera había entrado en una de ellas tampoco: consideraban a los millones de personas que lo hacían, por todos los Satélites Exteriores habitados, como gente vulgar, que no pensaba, políticamente irresponsable y estúpida..., lo cual hacía deprimentemente fácil definir a la gente que no las usaba, aunque sólo fuera por sus prejuicios, como perteneciente a una categoría. Odiaba pertenecer a una categoría. («Mi querido joven —había dicho Lawrence—, todo el mundo pertenece a una categoría. La auténtica marca de la inteligencia social es lo poco usual en que podemos convertir nuestro comportamiento particular para el tipo particular de persona que somos cuando nos vemos sometidos a una presión particular.») Así que finalmente (¿hacía cinco años? No, seis), había entrado en una, había depositado su ficha de un cuarto de franqu (sí, había sido un cuarto de franqu, entonces) y su tarjeta, y había contemplado tres minutos de sí mismo de pie en una plataforma de transporte, cogiendo un folleto azul doblado en acordeón que llevaba debajo del brazo, dudando evidentemente de si tenía tiempo de echarle un vistazo antes de que llegara el transporte, mientras su propia voz, de lo que debía de haber sido una discusión

telefónica acerca de su tercera recalificación de crédito, iba y venía de la irritación a la insistencia.

Se había sentido divertido.

Y, sorprendentemente, tranquilizado.

(«En realidad —le había dicho a Lawrence—, de hecho sí he estado en ellas, un cierto número de veces. En realidad me siento orgulloso de mí mismo por hacer ocasionalmente cosas contrarias a lo que todos los demás hacen.» A lo cual Lawrence: setenta y cuatro años, homosexual y no regenerado, había murmurado ante el tablero de vlet: «Eso es también una categoría».)

Tomó su tarjeta de la bolsa en su cinturón suelto de cuerda, halló su ficha de dos franqs y la empujó con el pulgar en la ranura, luego metió la tarjeta en la otra ranura.

En la parte superior de la pantalla apareció su nombre: BRON HELSTROM y debajo su número de identidad gubernamental de veintidós dígitos.

La pantalla parpadeó..., cosa que se suponía que no debía de hacer. Una borrosidad llenó la mitad de la derecha, ascendió, se inmovilizó un instante en la imagen de una puerta que alguien (¿él?) empezaba a abrir..., luego la borrosidad se puso en movimiento de nuevo, deslizándose (el negro profundo del borde; la fina línea brillante del centro) a través de la pantalla; lo cual significaba que la videocinta multipista había perdido de alguna forma la sincronización. (Cuando ocurría en uno de los receptores del canal público en la coop, era seguido inmediatamente por un: «Lamentamos que, debido a dificultades técnicas...» en los extraños caracteres de letra de ordenador de los años 1980.)

¡Snap!, restalló el altavoz (que supuso —aunque no tenía ninguna razón para estar seguro de ello— era el ruido de un trozo de videocinta de quinientas micro-pistas del banco de almacenamiento al romperse), y la pantalla se llenó de confeti de colores. La rejilla del altavoz zumbó y crepitó, simultánea y estúpidamente.

¿Rota?

Contempló la ranura de la tarjeta: *¿Cómo hago ahora para recuperar mi tarjeta?*, pensó, con cierto pánico. *¿Tirando de ella con mi ficha de cinco franqs?* No podía alcanzarla con la uña. ¿Era posible que el fallo estuviera aquí en la cabina y no en el banco de almacenamiento...?

Dominado por la indecisión, se reclinó contra la pared de atrás de la cabina y miró fijamente la tormenta de puntos en la pantalla. Se inclinó una vez hacia delante y aplicó el ojo a la ranura. Un centímetro más allá de los labios de aluminio, el borde de la tarjeta se estremecía como una lengua nerviosa al compás de algún zumbante mecanismo de relojería.

Se reclinó de nuevo contra la pared.

Al cabo de tres minutos, la pantalla se volvió gris; el zumbido del altavoz cesó.

La tarjeta asomó bruscamente por la ranura de metal (como una lengua impresa,

sí; con una foto de él en una esquina). Mientras la tomaba con sus manos de sus gruesas muñecas cargadas de brazaletes, que hubieran tintineado en unas muñecas más delgadas (Lawrence había dicho: «Las muñecas gruesas simplemente no son consideradas atractivas aquí», y había suspirado. Bron, finalmente, había sonreído), vio su reflejo en el muerto cristal.

Su rostro (el jarabe manchaba su hombro), bajo un pálido y rizado cabello, estaba alterado. Una ceja (desde la edad de veinticinco años no había dejado de crecer constantemente, de modo que en la actualidad tenía que recortarla a menudo) estaba revuelta: la otra la había reemplazado, a los diecisiete años, por un arco de oro incrustado en la piel. Podía habérselo hecho quitar, pero aún disfrutaba con el tributo a una adolescencia más salvaje (más de lo que estaba dispuesto a admitir) en el Goebels de la Bellona de Marte. ¿Ese arco de oro? Incluso entonces había sido un pequeño aunque violento capricho. Nadie ahora, en Tritón, sabía ni le importaba su significado. Francamente, hoy, ni siquiera nadie en el más civilizado Marte.

El collar de cuero que se había hecho montar por su casa de alquiler de diseño, con hebilla y tachas de latón, era simplemente una nostalgia de la moda del año pasado. La irregular telaraña coloreada que cubría su pecho era un intento de algo lo suficientemente original como para preservar su dignidad, pero bastante aproximado a la moda de este año.

Estaba devolviendo su tarjeta a su bolsa cuando algo cliqueteo: su ficha de dos franqs había caído en la cazoleta de devolución, reiterando lo que la cabina en sí proclamaba en aquel lugar: el gobierno se preocupaba por sus ciudadanos.

Recogió la ficha con el dedo (con la máquina estropeada, no sabría si los dos franqs habían sido o no cargados en su crédito hasta que se pusiera en contacto con el ordenador de su coop) y apartó la cortina a un lado. Pensó:

Realmente, no he podido observar a mi última persona. Yo...

La Plaza de la Luz estaba ahora, por supuesto, casi desierta. Sólo una docena de personas se dirigían hacia esta o aquella calle lateral. En realidad, no había ninguna multitud entre la que elegir una última persona.

Bron Helstrom frunció el ceño en alguna parte detrás de su rostro. Se dirigió lúgubrementemente hacia la esquina, intentando redibujar los puntos de colores que se desvanecían en su reflejo bordeado de jarabe.

El escudo sensorial («Simplemente nos escuda de la realidad de la noche», de nuevo Lawrence) fluía sobre su cabeza, trasladando a luz visible el radiocielo tras él.

Neptuno (como explicaban frecuentemente los variados carteles turísticos y, menos frecuentemente, los variados folletos-seda y periódicos-ficha) no era tan intensamente turquesa, ni siquiera en la escala de traslación; pero era un hermoso color para tenerlo allí.

¿Noche?

¿Nereida? Desde Tritón, la otra luna de Neptuno nunca parecía más grande que una estrella. En una ocasión había leído, en un libro con antiguas y brillantes fotos: «...Nereida tiene una órbita prácticamente con forma de salchicha...». Conocía la trayectoria tremendamente alargada de la pequeña luna, pero frecuentemente se había preguntado qué era una salchicha.

Sonrió al pavimento rosa. (El fruncimiento de ceño aún estaba dentro, molestando a los músculos que habían adoptado ya su expresión para la multitud; aquí no había multitud...) En la esquina, giró hacia el sector no restringido.

No era el camino directo a casa; pero, de tanto en tanto, puesto que se trataba de otra cosa que los de su clase no hacían, se desviaba unas cuantas manzanas de su camino para ir a casa por el n-r.

Desde su fundación, cada ciudad de los Satélites Exteriores había dejado a un lado un sector de la ciudad donde no regía ninguna ley oficial..., puesto que, como había señalado el primer sociólogo de Marte que había abogado por ello, la mayoría de las ciudades desarrollan de todos modos, por necesidad, ese tipo de vecindario. Esos sectores cumplían con un complejo abanico de funciones en: la ecología psicológica, política y económica de las ciudades. Los problemas que unos pocos pensadores de talentos conservadores y apegados a la Tierra temían que se produjeran no llegaban nunca: la interface entre la ley oficial y la ausencia de ley oficial produjo, algunas leyes no oficiales notablemente estables a través de todo el sector sin ley. No era probable que los criminales menores se refugiaran allí: los agentes encargados de hacer cumplir la ley podían entrar en el sector n-r como cualquier otro; y en el sector n-r no había restricciones legales a los métodos de arresto, uso de armas o agresión tecnológica. Los criminales importantes cuyos crímenes —a resultas de la libertad contractual del lugar— existían principalmente sobre el papel, hallaban conveniente, mientras estaban allí, mantener la vida en las calles bastante segura y los delitos menores al mínimo. Hoy era casi una perogrullada: «La mayoría de lugares en el sector no restringido son estadísticamente más seguros que el resto de la ciudad». A lo que respondía otra perogrullada: «Pero no todos».

Sin embargo, había un ambiente definido y distinto en las calles n-r. Aquellos que decidían vivir allí —y muchos lo hacían— lo hacían porque, presumiblemente, les gustaba ese ambiente.

¿Y aquellos que sólo deseaban pasear por ellas? (Bron vio el arco del paso inferior en la gris pared al final del callejón.) ¿Aquellos que decidían pasear por allí sólo ocasionalmente, cuando sentían su identidad amenazada por la formalidad redundante del mundo ordenado y lleno de restricciones? Probablemente Lawrence tenía razón: también pertenecían a una categoría.

La pared a la derecha del arco era desnuda y alta. En su marco brillaban una serie de números y letras verdes señalando las coordenadas del callejón. Cuarenta o

cincuenta pisos más arriba, las ventanas se dispersaban irregularmente. Al nivel de sus ojos, alguien había pintado un eslogan; alguien lo había borrado. Sin embargo, la pintura del borrado seguía lo suficientemente las letras originales como para que se pudiera leer lo que había escrito debajo: siete..., ocho..., diez palabras; y la séptima, probablemente, era tierra.

La pared de su izquierda estaba llena con capa tras capa de carteles relativos a la guerra. «TRITÓN CON LA ALIANZA DE LOS SATÉLITES», era el requerimiento más frecuente y fragmentado. Tres de ellos, bastante estropeados, preguntaban: «¿QUÉ, POR LA TIERRA, hemos hecho NOSOTROS para tener que preocuparnos?». Y otro: «¡Hay que mantener TRITÓN fuera de esto!». Ése sería arrancado muy pronto por quien fuera que se ocupaba de arrancar los carteles; y, como demostraban los montones de tiras arrancadas que había en el suelo, alguien se ocupaba.

El paso inferior estaba iluminado a los dos lados con franjas de cadavérica luz verde. Bron entró. Aquellos que temían al n-r centraban su miedo claustrofóbico a la violencia allí (puesto que las estadísticas decían que simplemente no podías hallarla dentro) como su excusa.

Su reflejo brilló verdoso a lo largo de las baldosas.

El asfalto chirrió, granuloso, bajo sus sandalias.

Una corriente de aire hizo que sus ojos picotearan repentinamente y arrastró pedazos de papel (jirones de más carteles) a lo largo del paso.

Con los ojos semicerrados a la muriente brisa, salió a una casi completa oscuridad. El escudo sensorial estaba enmascarado en ese sector, el más antiguo de la ciudad. Luces montadas sobre altos postes hacían que el negro techo fuera más negro aún. Rastros serpenteantes convergían en brillantes meandros cerca de la base de una farola, luego seguían serpenteando hacia las sombras.

Un camión petardeó a un centenar de metros de distancia. Tres personas, hombro contra hombro, cruzaron un paso elevado. Bron giró en la acera revestida de metal. Había unas pocas cenizas cerca de la barandilla. Pensó: Aquí puede ocurrir cualquier cosa; y lo único que me asegura mi aprensión es que lo que ocurra no será mucho...

El sonido de pasos tras él sólo atravesó su oído cuando un segundo par, más sordo y pesado, se le unió.

Miró hacia atrás..., porque se supone que hay que ser más suspicaz en el n-r.

Una mujer con pantalones y botas negros, uñas y ojos dorados y una corta capa que no cubría sus pechos, se apresuraba tras él. Quizás a seis metros de distancia le hizo un gesto con la mano, caminó más aprisa...

Tras ella, penetrando pesadamente en el círculo de luz de la farola, había un hombre como un gorila.

Terriblemente sucio.



Iba desnudo, excepto cuatro franjas enrollados en torno a un musculoso brazo y un recio muslo; las cadenas colgaban de su cuello sobre un pecho hundido y velludo. Su cabello estaba demasiado enmarañado y sucio para poder decir si estaba teñido de azul o de verde.

La mujer estaba sólo a dos metros de él cuando el hombre —¿no se había dado cuenta de que estaba tras ella?— la alcanzó, le hizo dar la vuelta sujetándola por el hombro, y le lanzó un puñetazo a la mandíbula. Ella se llevó las manos al rostro, trastabilló contra la barandilla y, sobre todo para eludir el siguiente golpe que le rozó la oreja, se dejó caer de rodillas, apoyando las manos contra el suelo.

De pie ante ella, con las piernas separadas, el hombre gritó:

— ¡Déjalo! —señalando a Bron con tres gruesos dedos, cada uno con un negro anillo de metal— tranquilo, ¿entiendes? ¡Simplemente déjalo tranquilo, hermana! Está bien, hermano... —al parecer dirigiéndose a Bron, aunque el hombre no apartó la vista de la rubia cabeza de la mujer—, ya no te molestará más.

—Pero ella no... —empezó a decir Bron.

El enmarañado pelo osciló. Su rostro brilló furioso: la carne de arriba y de la izquierda de su nariz estaba llena de cicatrices, hinchada y sucia. Bron fue incapaz de decir si el hundido punto que brillaba al fondo de ella era un ojo o una herida abierta. Agitó lentamente la cabeza.

—Está bien, hermano. Yo hice mi parte. Ahora ocúpate de ti mismo... — Bruscamente, el hombre se dio la vuelta y se alejó pesadamente, con sus desnudos pies resonando fuertemente sobre las cienientas planchas del círculo de luz.

La mujer se sentó en la acera y se frotó la barbilla.

Bron pensó: Los encuentros sexuales son más frecuentes en el n-r. (¿Formaba parte el hombre de alguna loca secta puritana?)

La mujer miró a Bron con el ceño fruncido; luego entrecerró fuertemente los ojos y los apartó.

Bron preguntó:

—Lo siento terriblemente, pero..., ¿estás en la prostitución?

Ella le miró de nuevo, agudamente; empezó a decir algo, cambió de opinión, y finalmente exclamó:

—Oh, Jesucristo —y siguió frotándose la barbilla.

Bron pensó: ¿No estarán volviendo de nuevo los cristianos? Preguntó:

—Bueno, ¿está bien?

Ella sacudió la cabeza de una forma que, pensó él, no significaba específicamente negación. (Del mismo modo que su exclamación, decidió, no significaba específicamente cristianismo.) Luego le tendió una mano.

Él la miró durante un momento (era una mano tan ancha como la suya propia, con ligamentos pronunciados, con la piel en torno a las doradas uñas ásperas como la de

un artesano): deseaba que la ayudara a levantarse.

Tiró de ella hasta ponerla en pie, notando, mientras ella se alzaba insegura, que en líneas generales era de huesos grandes y figura poco esbelta. La mayoría de personas con este tipo de constitución —como él mismo— tendían a cultivar amplios músculos (como él había hecho); ella, sin embargo —cosa común entre la gente de los Asentamientos de baja gravedad o las Posesiones de mediana gravedad— no se había preocupado al respecto.

La mujer se echó a reír.

Él alzó la vista de sus labios para descubrirla mirándole, aún riendo. Algo se retorció hacia atrás dentro de él; ella se estaba riendo de él. Pero no como el artesano con los murmuradores. Era más bien como si él acabara de contarle un chiste que le hubiera proporcionado un gran placer. Mientras se preguntaba de qué podía tratarse, inquirió:

— ¿Duele?

Ella dijo, con voz densa:

—Sí —y asintió, y siguió riendo.

—Quise decir que pensé que tal vez te dedicaras a la prostitución —dijo Bron—. Aunque es algo raro por aquí —refiriéndose a los Satélites Exteriores—, es más común aquí —refiriéndose al n-r. Se preguntó si ella captaría la distinción.

La risa de la mujer terminó con un suspiro.

—No. En realidad me dedico a la historia. —Parpadeó.

Él pensó: *Desaprueba mi pregunta. Y: Me gustaría que riera de nuevo.* Y luego: *¿Qué he hecho para que dejara de reír?*

Ella preguntó:

— ¿Te dedicas tú a la prostitución?

—Oh, no, en abs... —Frunció el ceño—. Bueno, supongo..., pero, ¿te refieres a comprar o... vender?

— ¿Te dedicas a alguna de las dos cosas?

— ¿Yo? Oh, yo... —Ahora fue él quien rio—. Bueno, en realidad, hace años, ¿sabes?, sí lo hice..., cuando era sólo un adolescente..., hum, vendiendo. —Luego estalló—: Pero eso fue en Bellona. Crecí en Marte y... —Su risa se convirtió en un embarazado fruncimiento de ceño—. Ahora me dedico a la metalógica... —Estoy actuando como si viviera aquí (es decir el n-r), pensó con desánimo; estaba intentando que no resultara evidente que vivía fuera. Pero, ¿por qué debería preocuparle? Preguntó—: Pero, ¿por qué debería preocuparte...?

—Metalógica —dijo ella, ayudándole—. ¿Lees a Ashima Slade? —que era el matemático/filósofo de la Universidad de Lux que, hacía unos veinticinco años, había publicado por primera vez (a una edad tan ridícula como los diecinueve años) dos densos y gruesos volúmenes delineando los fundamentos matemáticos del tema.

Bron se echó a reír.

—No. Me temo que esto está un poco por encima de mi cabeza. —Una vez, en la biblioteca de la oficina, había hojeado realmente el segundo volumen de la *Summa Metalogiae* (el primer volumen estaba en préstamo); las notaciones eran diferentes y más complicadas (y toscas) que las que se empleaban ahora; estaba lleno de meditaciones densas y vagamente poéticas sobre la vida y el lenguaje; y algunas de ellas estaban simplemente equivocadas—. Me hallo en el extremo puramente práctico del asunto.

—Oh —dijo ella—. Entiendo.

—En realidad, no me ocupo de la historia de las cosas. —Se preguntó dónde habría oído hablar ella de Ashima Slade, el cual de todos modos era más bien esotérico—. Intento mantenerme en el aquí y ahora. ¿Has estudiado tú alguna vez...?

—Lo siento —dijo ella—, sólo estaba hablando para ser educada. —Y, mientras él se preguntaba por qué ella le censuraba, la mujer se rio de nuevo—: Para una persona confusa, eres muy directo.

Él pensó: *No estoy confuso*. Dijo:

—Me gusta ser directo cuando puedo.

Se sonrieron el uno al otro. (Ella piensa que ella no está confusa en absoluto...) Y él disfrutó de su sonrisa de todos modos.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —Su nuevo tono sugería que a ella también le gustaba—. ¿No vivirás aquí dentro con nosotros los disidentes?

—Sólo he tomado un atajo hasta casa. — (La ceja alzada de ella era como un signo de interrogación) —. ¿Qué estás haciendo tú? Quiero decir, ¿qué estaba haciendo él...?

—Oh. —Ella hizo una mueca y agitó la cabeza—. Ésa es la idea que tienen ellos de la excitación. O de la moralidad. O de lo que sea.

— ¿Quiénes son «ellos»?

—La Orden Rampante de las Bestias Silenciosas. Otra secta neotomista.

— ¿Oh?

—Aparecieron hará unas seis semanas. Si siguen desarrollándose así otra más, quizá me vea obligada a volver a tu lado de la ciudad. Bueno, supongo —se encogió de hombros— que tienen sus argumentos. —Movi6 la mandíbula de lado a lado, la tocó con la punta de los dedos.

— ¿A qué se dedican ellos?

—A poner fin a la comunicación sin sentido. ¿O es a la con sentido...? Nunca puedo recordarlo. La mayoría de ellos pertenecían a una secta realmente estricta, dedicada a la automortificación y a la mutilación..., ¿viste ese ojo? Se desbandaron cuando algunos de sus chamanes consiguieron inmolarse por medios particularmente lentos y desagradables. Han renunciado completamente a la comunicación verbal; y

dos de las principales gurús femeninas, y uno de los masculinos, hicieron que sus cerebros fueran quemados en público. Fue más bien horrible.

—Sí —dijo él, al borde de ofrecer un pequeño estremecimiento de simpatía. Pero ella no lo ofreció. Así que él se contuvo.

—Al parecer, algunos de los antiguos miembros que sobrevivieron, ni siquiera se permitían un nombre entonces, sólo un número: un número muy largo, al azar, creo..., algunos miembros se reunieron de nuevo alrededor de principios más o menos similares, pero con, supongo que puedo llamarlo así, una interpretación más relajada: La Orden de las Bestias Silenciosas... —Agitó la cabeza—. El hecho de que hablen, ¿sabes?, es supuestamente considerado como una forma muy sutil de ironía. Ésta es la primera vez que me han molestado. Son un engorro..., ¡la próxima vez, yo también seré un engorro para ellos!

—Puedo imaginarlo —dijo él, buscando un tema en aquella relación de cosas desagradables para continuar la conversación.

No halló ninguno y permaneció allí, en silencio.

Ella le ayudó de nuevo con:

—Vamos a dar un paseo —y sonrió, con un gesto de la cabeza.

Él le devolvió la sonrisa y asintió, aliviado; la siguió.

Unos segundos más tarde, ella giró (en una esquina que él había visto a menudo sin pensar nunca en ella), y luego volvió de nuevo la vista hacia él.

Él dijo:

— ¿Lo has observado? Conocer a una nueva persona aquí en Tetis es siempre como entrar en una nueva ciudad... —Había dicho eso antes también.

En la estrecha vía, con paredes grises a ambos lados (bajo el negro techo), ella le miró y meditó.

—Al menos, siempre ha sido así para mí. Un nuevo amigo, e invariablemente tienes una cita u otro amigo en alguna calle donde nunca has estado antes. Esto hace que la ciudad... cobre vida.

La nueva sonrisa de ella era ligeramente burlona.

—Hubiera creído que para alguien como tú todos los lugares en la ciudad parecían vivos —y se volvió hacia otra callejuela aún más estrecha.

Él miró los brillantes números rojos (por el n-r) de las coordenadas de la calle en la pared mientras la seguía. Luego el pensamiento: Pero, ¿por qué la estoy siguiendo?, lo abrumó. Para alejarlo, la alcanzó.

El joven al que Bron apenas había visto abandonar la arcada antes que él se volvió bruscamente de espaldas a ellos, se agachó, luego saltó, agitando los brazos, y el cabello, hacia arriba y hacia fuera; sus pies —unos calcetines rojos llamearon entre deshilachadas perneras y zapatos a franjas— giraron en el aire en persecución de sus manos: el cobrizo cabello barrió el suelo. Luego estuvo de nuevo en pie. Luego otra

voltereta. Luego otra. Luego saltó, girando sobre sí mismo, con los brazos extendidos para una breve reverencia. Sin camisa, con los pantalones muy gastados, jadeando un poco, el pelo colgando sobre sus hombros y enredándose ante su rostro (mucho más limpio que el del gorila que había rescatado a Bron de la mujer), hizo una irónica mueca.

Y ella, de nuevo, estaba sonriendo.

— ¡Oh, vamos! ¡Sigámosle!

—Bueno, si quieres... —Él todavía se estaba preguntando por qué la seguía a ella.

¡Pero ella cogió su mano! Él pensó en ello con una exclamación. Y pensó también: ¡Ésta es la primera cosa que me ha ocurrido hoy que merece un pensamiento! ¡Y ese pensamiento (pensó) era el segundo...!, lo cual inició un infinito regreso del placer, sólo interrumpido cuando ella lo cogió ahora por la muñeca y tiró de él doblando una esquina: en la pequeña plaza brillaba intensamente un bidón, dentro del cual se había encendido un fuego que arrojaba copos de luz sobre la guitarra de la muchacha del pelo negro; ésta se volvió, rasgueando lentamente. La música (el acróbata que les precedía dio una pirueta final y, tambaleándose y riendo, quedó de pie) se aceleró.

Algún hombre empezó a cantar.

Bron lo buscó y vio el cartel —más bien el mural— en la pared del fondo:

Una bestia alada montada por un jinete, una mujer casi desnuda, se alzaba entre azotantes ramas. La expresión del jinete era extática, con sus flexionados brazos envueltos en bronce. Las riendas de cadena colgaban flácidas a la izquierda, tensas a la derecha, con la montura vuelta hacia ellos.

Alguien había colocado una lámpara de mano, de foco giratorio, sobre la gravilla; creaba un brillante charco de luz sobre el acuchillado muslo del jinete. Las escamas de la bestia estaban tensas allá donde el cuello del animal se volvía hacia fuera, y contraídas allá donde una de sus patas se doblaba.

Había una docena de personas cerca del fuego. Una mujer, sentada sobre una caja, daba de mamar a un bebé: la tela de su blusa se alzaba y descendía al cálido soplo del ardiente bidón.

Bron vio la cuerda que descendía de las tinieblas sobre sus cabezas..., oscilando. Sólo pudo seguirla durante unos diez metros; lo cual significaba que podía estar atada a un soporte oculto en la oscuridad a once metros sobre ellos, o a más de cien. (Por la frecuencia de las oscilaciones, lo más probable eran doce.) Una figura se estaba deslizando, lentamente, hacia abajo: cadenas de oro colgaban de los anillos de los dedos de sus pies. Al final de cada una de ellas, pequeños espejos giraban a la luz del fuego (puntos de fuego recorrieron el mural); la cuerda se deslizaba en torno a su tobillo, en torno a su cintura, en torno al brazo elevado por encima de su cabeza,

mientras seguía descendiendo al resplandor y observaba la compañía. Era una mujer. Cuando se detuvo..., ¿había sido ella el modelo para el jinete? Aquellos guanteletes de bronce, aquella falda de piel... La cabeza más alta estaba a unos sesenta centímetros por debajo del espejo más bajo.

Algunos de los reunidos se bamboleaban al ritmo de la canción del invisible cantante.

Acababa apenas de captar la última media docena de palabras cuando:

— ¡Mira...! —susurró, atrayendo hacia él a la mujer—. ¿No es ése el hombre que te golpeó...?

Su compañera frunció el ceño hacia donde él había señalado con la cabeza (sus hombros se agitaron bajo su corta capa gris), luego volvió a mirar a Bron (asentando los hombros) y susurró como respuesta:

—Mira de nuevo, cuando ella se balancee hacia el fuego...

Él había considerado el «ella» como un desliz de la lengua, cuando la criatura musculosa con muslos y brazos cubiertos de vello, revuelto pelo y ojo ulcerado, bamboleándose entre la docena de otros que se bamboleaban, cambió el peso de su cuerpo de una a otra pierna: Bron vio entonces, en los hirsutos pectorales, cicatrices de lo que podía haber sido una increíblemente torpe mastectomía. Alguien frente a él dio un paso a un lado, de modo que una oscilante sombra desapareció: evidentemente de la misma secta bestial, aunque desnudo y mugriento, aquello era una mujer..., o un hombre castrado con cicatrices en los pechos. No era pues el gorila asaltante.

La canción prosiguió.

¿Cómo era posible (Bron apartó la vista para no ser observado mirando) que la hubiera confundido a ella con aquel otro? (Algunos más se habían unido a la canción. Y algunos más.) Su rostro era más ancho; bajo la suciedad, su pelo era castaño, no azul; de su cuello sólo colgaba una única y oxidada cadena.

La canción que cantaba (entre la docena de otros cantantes) era hermosa.

Las voces eran ásperas; más de siete, roncas, titubeantes, inseguras, desafinadas. Pero lo que cantaban...

Bron sintió que alguien apretaba su mano.

...ascendía y ascendía, definiendo un acorde en el que la siguiente nota, en suspensión, encajaba maravillosamente. Sintió escalofríos en su espalda y en su vientre. Dejó escapar el aliento, inspiró de nuevo, intentando inhalar las palabras, pero solamente captó: «...todo ónice y fruncida sangre de paloma...», perdió una estrofa y aferró otra: «...amor como la tos de un motor helado...», lo cual, en términos de la docena de palabras que había oído primero, era profundo.

La mujer en la cuerda empezó a cantar en contrapunto, elevándose por encima de la melodía.

Los estremecimientos lo invadieron. Sus párpados temblaron.

El acróbata, con las piernas abiertas, los hombros y el largo pelo echados hacia atrás, el rostro alzado —una rala barba rojiza asomaba justo debajo de su mentón—, cantó también.

Las voces se entremezclaron, ascendieron.

Sintió que sus orejas y su lengua hormigueaban.

Su cuero cabelludo se erizó de placer.

Algo estalló en el bidón. Chispas rojas brotaron por encima del borde, se derramaron sobre la gravilla. Chispas blancoazuladas, arrojadas hacia arriba en una fuente de un metro, dos, cuatro...

Bron retrocedió.

—No, mira... —murmuró la mujer, empujándole hacia delante. Su voz sonaba como si reverberara en una enorme cúpula. Maravillado, él alzó la vista.

¡La fuente se elevaba a más de siete metros!

Las chispas golpearon el hombro de la mujer en la cuerda. Oyó que estaba cantando algo: «...coma siete, uno, ocho, dos, ocho, uno, cuatro...». Hizo una pausa, se echó a reír, se soltó de una mano para sacudirse las chispas. Por un momento (como si recitara alguna mística cuenta atrás), pensó que la imagen de ella en el mural se desprendería de él y, aleteando, se alzaría en espiral en torno a la brillante columna de chispas en dirección a la sagrada oscuridad.

La guitarrista se inclinó sobre su instrumento, martilleándolo con su mano izquierda y arrancando furiosos acordes con la derecha. La gente empezó a dar palmadas.

Él alzó las manos y palmeó también..., débilmente: pero ese acto agitó todo su cuerpo; palmeó de nuevo, locamente desacompasado. Palmeó de nuevo..., ¿había terminado la canción? Sólo había el suave canto de la mujer en la cuerda, su voz comedida, sus ojos fijos en los de Bron: «...cinco, nueve..., dos..., seis..., uno..., siete..., cinco...». Bron palmeó de nuevo, solo, y se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por una de sus mejillas. (Las chispas murieron.) Dejó caer las manos, flácidas.

El acróbata del pelo rojo inició otra pirueta..., pero se detuvo antes de abandonar el suelo, sonrió y se puso de nuevo en pie. Ante lo cual la reacción de Bron fue casi de náusea. De haberse completado la pirueta (en medio del silencio, el bebé se apartó del pecho de la mujer, miró a su alrededor en la plaza, parpadeó, luego se acercó de nuevo al pezón y siguió chupando), Bron se dio cuenta de que hubiera vomitado; e incluso el salto inacabado parecía, de alguna forma, increíblemente correcto.

Bron tragó saliva, dio un paso, intentó recomponerse: parecía como si fragmentos de algo se estuvieran esparciendo por toda la plaza.

Respiraba pesadamente.

¡Debía de estar increíblemente sobreoxigenado! Se esforzó en relajar el ritmo de

su respiración.

Su cuerpo todavía le hormigueaba. ¡De todos modos, era excitante! ¡Excitante y... hermoso!, incluso al extremo de la náusea. Sonrió, recordó a su compañera, la miró...

Se había acercado a la gente junto al humeante bidón, y le sonreía.

Le devolvió la sonrisa y agitó la cabeza, un poco desconcertado, un poco alterado.

—Grac... —Tosió, agitó de nuevo la cabeza—. Gracias... —lo cual era todo lo que podía decir—. Por favor..., gracias.

Fue entonces cuando observó que todos ellos —la chica con la guitarra, la mujer en la cuerda, el aún jadeante acróbata, la mujer sentada en la caja con el bebé, la mujer del revuelto pelo con las cicatrices y aquel ojo, y la otra docena en torno al extinguido bidón (un hilillo de negro humo trazaba una segunda línea vertical al lado de la cuerda)— estaban observándole.

La mujer que le había traído hasta allí miró a los demás, luego de nuevo a Bron.

— ¡Gracias a ti! —Alzó las dos manos ante ella, asintió con la cabeza en su dirección, y empezó a aplaudir.

Lo mismo hicieron los otros. La mitad de ellos realizaron inclinaciones de cabeza, desordenadas; algunos repitieron el gesto.

Aún sonriendo, Bron dijo:

—Hey, esperad un minuto... —Alguna emoción negativa luchaba por dominar todas las demás.

Mientras la mujer avanzaba unos pasos, él luchó por retroceder y, por el momento, venció. Confuso, tendió la mano hacia la de ella.

Ella la miró, un poco desconcertada, luego dijo:

—Oh... —y le mostró la palma de la suya (había un pequeño círculo de metal encajado en su centro) como explicación; quizá debido a que él no pareció comprender, frunció el ceño un poco más, luego dijo—: Oh... —de nuevo, pero en un tono distinto, y cogió la mano de él con su otra mano, torpemente; bueno, eso era mejor que nada—. Ésta es una comuna teatral —dijo—. Actuamos con una Subvención para las Artes del Gobierno para producir microteatro para audiencias únicas, de una sola persona...

Tras ella, alguien alzó la lámpara (el haz resbaló por encima del mural), la apagó. La mujer con los espejos colgando de los dedos de sus pies estaba trepando de nuevo por la cuerda, sumergiéndose otra vez en la oscuridad.

—Espero que hayas disfrutado del espectáculo tanto como nosotros. —Los hombros envueltos en la capa gris se agitaron de nuevo en una suave risa—. En realidad, eres el público más apreciativo que hemos tenido últimamente. —Miró a su alrededor—. Creo que todos estarán de acuerdo en eso...

— ¡Por supuesto que sí! —exclamó un hombre acuclillado delante del bidón. Se



agarró a su borde, tiró de él. El bidón se abrió. El acróbata, al otro lado, cogió otra mitad, tiró de algo y —¡clanc!, ¡paf! ¡clunc!— todo el artilugio se dobló hasta adquirir una forma que los dos hombres alzaron y transportaron hacia un callejón.

La trepadora de la cuerda había desaparecido: el extremo de la cuerda, agitándose locamente, ascendió, ascendió, ascendió hacia la oscuridad...

—Espero que no te haya importado la droga.

...y desapareció.

La mujer mostró de nuevo su palma con el círculo de metal.

—Es sólo el más suave de los psicodélicos..., se absorbe a través de la piel. Y lleva incorporado un comprobante alérgico por si acaso fueras...

—Oh, no importa —protestó él—. Celusina, estoy familiarizado con ella. Quiero decir, sé que...

—Sólo dura unos segundos —dijo ella—. Proporciona a la audiencia un mejor acceso a los parámetros estéticos en torno a los cuales nosotros... —su mirada era interrogadora— ¿... trabajamos?

Él respondió con un asentimiento, aunque no estaba seguro de cuál era la pregunta. La mujer hirsuta y llena de cicatrices sujetó uno de los postes que remataban por un lado el mural y lo separó de la pared, avanzando y enrollando al mismo tiempo la ahora chasqueante lona con enérgicos giros.

—En realidad... —dijo Bron— ¡... fue maravilloso! Quiero decir, no creo que nunca haya... —tras lo cual, dándose cuenta que no sonaba como él había pretendido, lo dejó correr.

Detrás del mural había un palimpsesto de carteles. La última parte de la lona al ser enrollada dejó al descubierto: «¡Mira lo que la Tierra le hizo a su Luna! ¡Nosotros no...!»». El resto había sido arrancado: «¡...queremos que nos lo hagan a nosotros!», completó mentalmente, irritado por saber el final pero no dónde lo había leído. Como la letra de una canción, pensó, dando vueltas por nuestra mente aunque no nos guste.

La mujer inclinó la cabeza, asintió de nuevo, se dio la vuelta y cruzó la plaza, deteniéndose para mirar hacia la cuerda.

Bron fue a llamarla pero tosió (ella volvió la vista) y completó:

— ¿...cómo te llamas?

Ella dijo:

—Mis amigos me llaman la Púa. —Uno de los hombres avanzó, rodeó sus hombros con un brazo y le susurró algo que la hizo reír.

¡La variedad de expresiones, pensó, que adopta su rostro entre la suave duda y la alegría!

—Estaremos en este vecindario durante otro día o así. — (El hombre se alejaba) —. Por cierto, la música de nuestra producción fue escrita por nuestra guitarrista, Charo...

La muchacha del pelo oscuro, que estaba guardando su instrumento en una funda de tela, hizo una pausa, sonrió a Bron, luego cerró la cremallera.

—El fondo y el vestuario son de Dian...

Que, al parecer, era la mujer peluda que ahora cargaba el mural enrollado sobre su hombro: antes de que se metiera por el callejón, le ofreció una grotesca sonrisa con su único ojo.

—Nuestros efectos especiales fueron todos diseñados por nuestro acróbata, Windy..., pero creo que ya se está preparando para dirigirse a nuestra próxima localización. El solo que escuchaste cantar al principio fue grabado por Jon—Teshumi.

Una de las mujeres alzó lo que se dio cuenta que era una pequeña grabadora.

—La producción fue coordinada por nuestra directora, Hatti.

—Esa también soy yo —dijo la mujer con la grabadora, luego se apresuró tras los otros.

—Y toda la producción—dijo ahora la guitarrista (¿Charo?) desde un rincón— fue concebida, escrita, producida y dirigida por la Púa. —La guitarrista sonrió.

La Púa sonrió también.

—Gracias de nuevo... —Y, con un brazo en torno al hombro de la guitarrista, desaparecieron por la esquina.

— ¡Fue estupendo! —gritó él tras ellas—. Realmente fue... —Miró a su alrededor a la vacía plaza, a la pared llena de carteles, a las otras calles. ¿Por qué lado había venido? La emoción contra la que Bron había estado luchando volvió a surgir de pronto. No gritó: ¡No...! En vez de ello se dirigió hacia el bajo arco y se metió por el callejón.

Había girado ya en dos intersecciones cuando su mente fue arrancada bruscamente de lo que estaba haciendo por la desastrada figura que, a treinta metros frente a él, cruzó de una a otra esquina, le miró el ojo; las cadenas; el pecho hundido; las altas luces regularmente espaciadas convirtieron en una burlona sonrisa roja su velludo pecho; esta vez era el hombre/gorila y desapareció.

En la esquina, Bron miró pero no pudo verle. ¿Acaso las Bestias Silenciosas, se preguntó de pronto, formaban parte también de la charada? De alguna forma, la posibilidad era abrumadora. ¿Recorrer el n-r hasta encontrarle? ¿A él o a algún otro miembro de la secta? ¿O de la casta? Pero, si el encuentro inicial había sido un prólogo teatral, ¿cómo iba a saber que la respuesta que obtuviera no sería igualmente algún epílogo teatral? ¿Una comunicación carente de significado? ¿Carente de significado...? ¿Qué era lo que ella había dicho?

Se volvió, inspiró profundamente y se apresuró hacia la izquierda..., seguro de haber tomado la dirección equivocada; hasta que salió a la familiar acera revestida de metal, a tres intersecciones de distancia de donde había entrado.

¿Y qué era lo que pasaba por su mente?

Mimimomomizolalilamialomuelamironoriminos... ¡Y «mu» y «ro» eran la decimotercera y la decimoséptima sílabas! Desde los detritos de su memoria habían reencontrado sus lugares, seguros y ciertos.

¿Se trataba de la breve droga? ¿O de alguna resonancia de la pieza teatral? ¿O simplemente casualidad? Caminando con lentitud, extrañamente pensativo, revisó de nuevo el murmullo. Oscilando entre lo agradable y lo desagradable, la risa de la Púa regresó, como algo que conducía a, o era, la transición.

El murmullo rodó en su mente.

Luego Bron frunció el ceño.

La tercera sílaba..., ¿y qué había que decir de la novena? Con el recuerdo firme de la decimotercera y la decimoséptima, le llegó otro en el que no había pensado desde hacía años: el Instructor, en la última reunión de los Pobres Hijos a la que había asistido, había permanecido de pie junto a su banco, corrigiendo su pronunciación de esas dos sílabas una y otra y otra y otra vez, y diciendo finalmente:

—Sigues sin pronunciarlas correctamente —y pasando al siguiente novicio. La clase había recitado el murmullo varias veces más, al unísono: él había podido oír que sus propias vocales, en esas sílabas, la tres y la nueve, estaban efectivamente fuera de tono. Finalmente se había mirado las rodillas, murmurando confusamente toda la retahíla; y no había asistido a la próxima sesión. La verdad, que turbaba su actual placer —la nueva sensación (el rostro de la Púa parpadeó por un momento, en su memoria, riendo) formaba parte de algún modo de la primera negativa que había intentado reprimir en la pequeña plaza (el ¡No...! que no había gritado)—, era que, sin tener nada que ver con la decimotercera sílaba, o la decimoséptima, o la tercera, o la novena, en realidad nunca había llegado a conocer el mantra.

Todo lo que tenía (una vez más las sílabas empezaron a entrelazarse) era algo con lo cual podría, como había hecho en muchas ocasiones en su vida, desenvolverse.

La comprensión (no era la droga; así era simplemente como eran las cosas) hizo estremecer su visión con obstinadas lágrimas que —no, no era de eso de lo que ella se había reído...— reprimió confusamente, parpadeando.

## 2. JUEGOS RESOLUBLES

*La muerte en el centro de tal discurso es extraordinaria, y empieza a permitimos ver nuestra propia condición.*

Robin Blaser /*THE PRACTICE OF OUTSIDE*

Los cerrojos de bronce, con forma de garrudas bestias, saltaron bajo los arrugados pulgares de Lawrence, que abrió la caja de un metro de anchura.

—Lo que quiero decir —murmuró Bron, mientras la tapa de madera de la caja, taraceada con marfil y nogal, golpeaba contra el tapete de la mesa de juego de la sala común— es: ¿cómo puedes siquiera suponer que crees saber si te gusta o no algo así? —Contempló el tablero: dentro del reborde de teca, en tres dimensiones, se extendía el paisaje: montañas a la izquierda, océano a la derecha. La jungla entre ellos se veía cortada aquí por una estrecha carretera de dos carriles, allá por un sinuoso río. Una lengua de desierto avanzaba desde detrás de unos riscos escarpados a todo lo largo de una pedregosa cantera. Empujadas desde más allá del borde, pequeñas olas agitaban el cristalino mar hasta que, cerca de la orilla, rompían espumeantes. A lo largo de la playa, la línea de espuma avanzaba y retrocedía, avanzaba y retrocedía—. ¿Entiendes? —insistió Bron—. Quiero decir, ¿comprendes mi punto de vista? —El plateado río, tras abandonar las montañas, caía en una pequeña cascada, brillante como escamas de mica. Una agitación de un verde más oscuro cruzó la jungla: una micro-brisa, sacudiendo las copas de los micro-árboles—. Ahí estaba ese hombre, ¿sabes?, de alguna secta llamada las Bestias Silenciosas..., es decir, si existe una tal secta. Pero, considerando todo lo que ocurrió, ¿cómo puedes decir si algo de aquello era real? Yo no sé lo grande que es su subvención..., y quizá la «subvención» también forma parte del «teatro».

—Bueno, su nombre es ciertamente familiar...

— ¿De veras? —preguntó Bron en la silenciosa sala común—. ¿La Púa?

—Exacto. —Lawrence ensambló el cubo astral: los cuadrados de plástico de quince por quince, encajados en sus soportes de latón, formaron un espacio de juego tridimensional y transparente a la derecha del tablero principal, donde se librarían todas las batallas demoníacas, mitológicas, mágicas y astrales—. Tú no sigues esas cosas. Yo sí. Incluso creo haber oído algo acerca de las Bestias Silenciosas..., son los fragmentos de otra extraña secta que utilizaba como nombres un número muy largo.

—Ella me dijo alguna estupidez parecida.

—No puedo recordar dónde oí acerca de ellos, no es el tipo de cosas que sigo normalmente, así que no puedo asegurarte la autenticidad de tus bestias. Pero la Púa,

en cualquier caso, es completamente real. Siempre he deseado ver una de sus producciones. Creo que te envidio... Bien, ya está todo montado. ¿Quieres sacar las cartas del cajón lateral, por favor?

Bron buscó en el lado de la caja de vlet, tiró de un largo y estrecho cajón. Tomó el cubilete de cuero repujado; los cinco dados cliquetearon huecamente. Tres de ellos eran negros con puntos blancos, uno transparente con puntos diamantinos, y el quinto no era cúbico, sino icosaédrico y escarlata, con siete caras vacías (aunque normalmente benignas en el juego, podían resultar ocasionalmente desastrosas, si aparecían en un mal momento); las otras mostraban trece constelaciones alienígenas, estampadas en negro y oro.

Bron depositó el cubilete y tomó el grueso mazo. Abrió la tela de seda azul que lo envolvía. A lo largo de la tela había bordado, con hilo de oro:

Era el módulo, más bien complicado, a partir del cual se calculaba el aún más complicado sistema de puntuación (Lawrence todavía no se lo había enseñado; sabía solamente que 6 era una medida de los ángulos estratégicos de ataque [sobre diferentes tipos de terreno N, M y A], y que los pequeños valían más puntos que los grandes). Mientras echaba hacia atrás la esquina azul, dos cartas se deslizaron sobre la mesa. Las recogió —El Mago de las Rocas y la Emperatriz Niña— y las metió de nuevo en el mazo.

—Lawrence, el asunto es que, aunque él no fuera miembro de su compañía..., quiero decir, había una mujer miembro de la secta que definitivamente estaba con ellos, a menos que eso también fuera un subterfugio. Era como si, de repente, yo no pudiera confiar en nada...

Lawrence abrió el cajón del otro lado de la caja y tomó un puñado de las pequeñas pantallas, transparentes y de espejo (algunas grabadas con las mismas constelaciones alienígenas, algunas con otras distintas), las colocó de pie al lado del tablero, luego sacó las piezas del juego: soldados de infantería y de caballería tallados, campamentos militares en miniatura; y, de aquel mismo cajón, dos ciudades también en miniatura, con sus pequeñas calles, plazas y mercados: colocó una de éstas en su lugar en las montañas, la segunda junto a la orilla.

—No sé por qué te preocupas tanto en diseccionar todo esto —Lawrence tomó un soldado rojo de infantería, uno verde, se echó hacia atrás en su silla, se llevó las piezas a la espalda—, cuando me parece que todo lo que te ha ocurrido es que, en un día que de otro modo hubiera sido más bien aburrido, has experimentado lo que, por la forma en que lo describes, puede considerarse como algo parecido a una experiencia estética. —(Bron pensó que los viejos de setenta y cuatro años deberían o bien de someterse a tratamientos de regeneración corporal, o no sentarse en las salas comunes de las coops completamente desnudos..., otro pensamiento que decidió reprimir: Lawrence tenía derecho a vestirse o no vestirse cuando lo deseara. Pero,

¿por qué, se preguntó a sí mismo, era tan fácil reprimir algunos pensamientos negativos, mientras que otros simplemente proliferaban?... Como todos aquellos que se habían estado formando acerca de aquella mujer de teatro, la Púa: de lo cual, esencialmente, era de lo que había estado evitando hablar durante el último cuarto de hora.) Lawrence continuó—: Si me estuvieras pidiendo mi consejo, lo cual no haces, te diría por qué simplemente no puedes dejar las cosas así. Si no te importan mis comentarios, lo cual supongo que no, porque pese a todos mis demás comentarios anteriores aún sigues hablándome y no te has limitado a marcharte —Lawrence juntó los dedos por encima de las montañas—, sólo puedo sospechar que, debido a que no has dejado las cosas ahí, la única conclusión sostenible es que probablemente hay más en ello de lo que parece. Al menos, en lo que a ti se refiere. Elige...

Bron dio una palmada en la cerrada mano izquierda de Lawrence.

El puño (Bron pensó: Quizá simplemente sea porque Lawrence es mi amigo) giró, se abrió: un soldado de infantería escarlata.

—Ésos son los tuyos —dijo Lawrence.

Bron tomó la pieza, adelantó la mano hacia el otro lado de la caja y empezó a coger las piezas rojas del terciopelo verde del cajón. Se detuvo con la pieza llamada la Bestia entre el índice y el pulgar, la miró: la voluminosa figura en miniatura, con sus garras de metal y sus ojos de plástico, no era particularmente silenciosa: durante algunas jugadas, la rejilla del altavoz a un lado del cajón del cubilete de los dados dejaba oír el rugir de la criatura, junto con los gritos aterrorizados de sus atacantes. Bron le dio vueltas entre sus dedos, meditando, sonriendo, preguntándose qué otra cosa podía decirle a Lawrence además de «sí»...

—Freddie —dijo Lawrence al muchacho de diez años, igualmente desnudo, que se había acercado a la mesa para mirar (su cabeza estaba afeitada; sus ojos eran azules, muy abiertos; llevaba una miriada de anillos con brillantes gemas, tres, cuatro, cinco en un solo dedo; y se estaba chupando las de las dos primeras falanges; la piel a un lado de su boca brillaba con saliva) —, ¿qué estás mirando?

—Eso —dijo Freddie en torno a sus nudillos, con un gesto de la cabeza hacia el tablero.

— ¿Por qué vosotros, los chicos, no vais a una hermosa coop mixta, donde podréis encontrar a otros chicos y, quizá, otra gente que se ocupe de vosotros?

—A Flossie le gusta aquí —dijo Freddie. Sus mejillas siguieron con su lento chupar mientras Flossie (una cabeza [también afeitada] y media más alto, los ojos igual de abiertos [e igual de azules], las manos cargadas de más anillos aún) se acercó para detenerse justo detrás de los hombros de Freddie.

Flossie miró.

Freddie miró.

Luego, la brillantemente anillada mano de Flossie retiró la de Freddie de su boca.

—No hagas eso.

La mano de Freddie descendió el tiempo suficiente para rascarse el estómago, luego volvió a subir: dos húmedos dedos, con casi una docena de anillos entre ambos, se deslizaron de vuelta al interior de su boca.

Hacía seis meses, Bron había supuesto simplemente que los dos, que vivían en habitaciones adyacentes al extremo de su pasillo, eran amantes; más tarde, había decidido que eran simplemente hermanos. Lawrence, con su habilidad para extraer la verdad de las habladurías, había revelado finalmente la historia: Flossie, que tenía veintitrés años y era el padre de Freddie, era retardado profundo. Había traído a su hijo de diez años con él desde una comuna de Puerto Callisto porque había un instituto médico y terapéutico muy bueno para los retardados mentales aquí en Tetis. (Las gemas en aquellos anillos eran unidades de memoria oveónicas cristalinas que, aunque no compensaban por completo los defectos neurológicos de Flossie, ciertamente ayudaban; Flossie llevaba diferentes anillos para distintas situaciones. Freddie llevaba el resto. Bron había observado que Flossie los cambiaba a menudo con su hijo.) Quién era la madre, o dónde estaba, nadie parecía saberlo, y a nadie importaba. De comuna a coop y otra vez de vuelta, Flossie había criado a Freddie desde la infancia. («Y él es realmente brillante —había comentado Lawrence—, aunque, con ese chuparse constantemente los dedos, creo que sufre socialmente.») Los nombres habían sido una idea de Lawrence («Una arcana referencia literaria, tan incomprensible para ti como lo es para ellos», había explicado Lawrence cuando Bron le pidió una aclaración), y codificados cuando los dos habían empezado a usarlos también. De acuerdo, ¿cuáles eran sus auténticos nombres, entonces?, había preguntado alguien. Excepto sus números de identidad de veintidós dígitos del gobierno, nadie (explicaron) se había molestado nunca antes en sugerir ninguno que les gustara particularmente. («Lo cual —dijo Lawrence— es simplemente un comentario a la estrechez de miras de los pequeños mundos en los que vivimos.»)

—Bien, si deseáis mirar —dijo Lawrence—, id allí y sentaos. Permanecer de pie tan cerca e inclinaros de ese modo sobre nuestros hombros me pone nervioso.

Flossie apoyó una resplandeciente mano sobre el hombro de Freddie; fueron al lugar indicado, se sentaron y miraron.

Bron regresó su vista al tablero e intentó recordar a qué había estado a punto de responder «sí»...

— ¡No...!

Bron y Lawrence alzaron la vista.

— ¡Aquí estoy, perdiendo el culo para llegar a tiempo a este Pozo de Serpientes, y aquí estáis, metidos ya en materia! —Desde el balcón, Sam les miró intensa y jovialmente con sus negros ojos por encima de la barandilla—. ¡Bien! ¿Qué podéis hacer? ¿Quién gana? —Descendió los estrechos escalones de hierro, dando una

palmada a la barandilla con una ancha y negra mano. El golpe resonó por toda la sala común.

Media docena de hombres sentados en cubículos de lectura, nichos de cinta o rincones de conversación alzaron la vista, sonrieron. Tres de ellos saludaron.

— ¡Hey, hola...! —Sam devolvió los saludos y acabó de descender la escalera de caracol. Poseía un cuerpo recio y magnífico, que siempre llevaba (más bien pretenciosamente, pensó Bron) desnudo—. ¿Cómo van las cosas desde que me fui? —Se acercó hasta detenerse junto al borde de la mesa y, con sus negros puños en las estrechas y negras caderas, contempló las alineadas piezas.

Bron odiaba a Sam.

Al menos, de las tres personas en la coop a las que consideraba, de tanto en tanto, sus amigos, Sam era la que más le irritaba.

—Las cosas van bastante bien —dijo Lawrence—. Bron está ya bien dotado para el vlet, supongo. Tendrás que practicar un poco para atraparle desde la última vez.

—Todavía no he alcanzado el nivel de Lawrence —dijo Bron. En una ocasión había rastreado el desarrollo de su desagrado. Sam era apuesto, expansivo, amistoso con todo el mundo (incluido Bron), aunque su trabajo lo mantenía fuera once días cada dos semanas. ¿Todas esas fanfarronadas y golpes en la espalda? Sólo un tipo estándar e irritante, había decidido Bron; pero eso se veía un poco mitigado porque, después de todo, Sam era simplemente un tipo normal que quería estar a bien con todo el mundo (y, además, se mostraba amistoso con Bron).

Aproximadamente un mes y medio más tarde —la revelación llegó lentamente porque Sam estaba tanto tiempo fuera—, Bron empezó a darse cuenta de que Sam no era tan normal. Bajo toda aquella jovialidad había una mente más bien sorprendente. Bron había observado ya, de tanto en tanto, que Sam poseía una gran cantidad de información exacta acerca de una serie de temas que, con cada nuevo ejemplo, crecía imperceptiblemente, sorprendentemente. Luego, en una ocasión, mientras Bron estaba quejándose ausentemente de uno de los más escurridizos programas metalógicos con los que estaba trabajando, Sam había hecho una tranquila y más bien brillante sugerencia. (Bueno, no, se recordó a sí mismo Bron; no había sido brillante. Pero sí malditamente ingeniosa.) Bron había preguntado: ¿acaso Sam se había dedicado en alguna ocasión a la metalógica? Sam había explicado: No, pero había sabido que Bron sí, así que hacía unas semanas había cogido un par de cintas sobre el tema, unos cuantos libros; y había hallado un texto programado en Info General que dejaba bastante claras las líneas principales. Eso era todo. A Bron no le gustó aquello. Pero, por otro lado, Sam no era más que un tipo apuesto, amistoso, inteligente, que cumplía con un trabajo parecido al de un abrumado vendedor/consultante que le llevaba de un lado para otro de Tetis a Lux en Titán a Lux en Japeto a Puerto Callisto, o incluso a los miserables hoteles y dormitorios que se apiñaban en los rincones más



populosos de Bellona, Puerto Luna y Río. En una ocasión, Bron incluso le había preguntado a Sam qué hacía; la respuesta, con una sonrisa triste y un sacudir de la cabeza, había sido: «Remuevo la mierda realmente ínfima». Sam, había decidido Bron, era un oprimido por el sistema, como todos los demás. Bron le había dicho algo parecido a Lawrence, y Lawrence le había explicado que Sam no estaba en absoluto «oprimido por el sistema»: Sam era la cabeza del Departamento de Enlace Político entre el Cuerpo Diplomático de los Satélites Exteriores y la Inteligencia de los Satélites Exteriores; y poseía todos los privilegios (y el entrenamiento) de ambos: poseía inmunidad gubernamental y prácticamente todo tipo de dominio político sobre el Sistema Solar habitado. Lejos de hallarse «oprimido» por el sistema, Sam disponía casi de todo el poder que una persona podía tener, dejando aparte unos pocos elegidos. De hecho, tenía mucho más poder que cualquier oficial elegido; y eso quedó confirmado la próxima vez que Sam volvió a casa: alguna regulación de zona pasada de moda había estado amenazando a la coop y a otras tres cercanas desde hacía más de un año (las coops mixtas para ambos sexos, en las que vivían tres séptimas partes de la población, tendían a recibir un tratamiento más razonable, había gruñido alguien; otro había gruñido que eso no era cierto), y los trabajos de tendido de los cables de un nuevo canal privado trajeron bruscamente a primer término la vieja planificación de la zona. ¿Una nueva amenaza de expulsión? Pero Sam, al parecer, había acudido a cierta oficina, había pedido ver tres archivos, y había dado instrucciones de arrojar a la basura la mitad del contenido de uno de ellos; y con eso desaparecieron las partes contradictorias de las regulaciones de zona. Como dijo Lawrence:

—Al resto de nosotros nos hubiera llevado un año de peticiones, requerimientos, juicios y lo que fuera conseguir que esas codificaciones de zona, que de todos modos eran ilegales, fueran arregladas.

A Bron no le gustó eso tampoco. Pero, aunque Sam fuera jovial, apuesto, brillante y poderoso, Sam seguía viviendo en una coop no especificada (no especificada en lo referente a preferencias sexuales: había una coop gay masculina en la esquina; una hetero a tres manzanas de distancia; sí, un poco por encima de las dos quintas partes de la población vivía en coops mixtas, masculino/femenino/hetero/gay, y había tres de éstas alineadas elegantemente una calle más allá de ésta, y una coop heterosexual de mujeres justo detrás de ellas). Si Sam tenía alguna fuerte identificación sexual, hetero o gay, entonces habría una docena de coops encantadas en recibirle. El hecho de que Sam eligiera vivir en una no especificada todo hombres significaba probablemente que, debajo de la amistosidad, la inteligencia, el poder, estaba probablemente podrido por las neurosis; detrás de él habría toda una hilera de destrozados intentos comunales y sexualizaciones fracasadas..., como la mayoría de hombres cumplidos ya los treinta que elegían un lugar así para vivir. Esta ilusión duró

otro mes. No, una de las razones de que Sam estuviera fuera tanto tiempo entre sus visitas (explicó Sam una tarde) era que formaba parte de una próspera comuna familiar (el otro quinto de la población) de cinco hombres, ocho mujeres y nueve niños en Lux (en Japeto), la más grande de las dos ciudades de satélites que llevaban este nombre.

Sam pasaba una semana allí, tres días aquí en Tritón, y cuatro días en varios otros lugares, que era como se dividían generalmente sus quincenas. Ante eso, Bron (estaban todos: Bron, Sam y Lawrence, bebiendo en uno de los nichos de conversación de la sala común) había desafiado a Sam (más bien borracho):

—Entonces, ¿qué haces colgado de una pandilla de gorriones, neuróticos, retardados mentales y no afectivos como nosotros seis días al mes? ¿Te hace sentir eso superior? ¿Te recordamos lo maravilloso que eres?

(Algunos otros en la sala habían alzado la vista; dos, pudo decir Bron, estaban claramente no mirando.) Sam dijo, con el rostro perfectamente inexpresivo:

—En las coops no específicas unisexuales, la gente tiende a ser mucho menos politizada. En el trabajo, estoy en medio de las confusiones Satélites Exteriores/Mundos Interiores las veinticuatro horas del día. En una de vuestras coops comillas normales cierra comillas, con heteras, gays, mixtos u hornos, tendría que estar discutiendo sobre la guerra todo el día y no tendría ni un momento de paz.

— ¿Quieres decir —contraatacó Bron— que aquí en la Casa de la Serpiente estamos todos demasiado atados a nosotros mismos como para preocuparnos de lo que ocurre en el resto del universo?

— ¿Eso es lo que crees? —preguntó Sam, y consideró—: Siempre pensé que teníamos un buen puñado de categorías aquí.

Y después de eso, muy juiciosamente, Sam se había disculpado y se había retirado de la discusión..., que incluso Bron tuvo que admitir que se estaba volviendo estúpida. Y, dos horas más tarde, Sam —de una forma que Bron no pudo catalogar ni como juiciosa ni triunfante ni insinuante ni en absoluto desagradable— asomó la cabeza en la habitación de Bron, riendo, y dijo:

— ¿Has visto esa cosa que tiene Lawrence en la sala común? — (Cosa que Bron, por supuesto, ya había visto) —. ¡Será mejor que bajas a verla antes de que estalle o salga volando o cualquier cosa! —Sam rio de nuevo y se marchó a alguna otra parte. En su camino de vuelta a la sala común, Bron se preguntó, incómodo, si una de las razones de que no le gustara demasiado Sam no era simplemente porque Lawrence pensaba que Sam era el don que el universo le había concedido a la humanidad. (¿Me siento realmente celoso de un homosexual de setenta y cuatro años que, una vez al mes, se deja caer borracho por aquí e intenta metérmela?, se preguntó a sí mismo en la puerta de la sala común. No, era más fácil mostrarse amistoso con Sam tres días cada dos semanas que albergar seriamente esa idea.)

Lo que Lawrence había depositado sobre el tapete verde de la mesa era el juego de vlet.

Sam dijo:

— ¿Sabes jugar a esto con la parrilla —y bajó una ceja a Bron—, o has pasado ya ese nivel?

—Bueno, no sé si... —murmuró Bron.

Pero Lawrence adelantó una mano hacia uno de los mandos en el cajón de las cartas. A través del paisaje, puntos de luz delimitaron un esquema cuadrículado, treinta y tres por treinta y tres casillas.

—Supongo que Bron puede jugar aún unas cuantas partidas más con la parrilla —dijo. Para los jugadores expertos (había explicado Lawrence hacía dos semanas, la última vez que Sam estuvo allí), la parrilla era utilizada únicamente para la puntuación final, para decidir quién había tomado exactamente qué territorio. En el juego en sí, sin embargo, los jugadores elementales la hallaban útil para juzgar todos los importantes. Bron había pensado sugerir que fuera omitida en este juego. Pero allí estaba; y las ciudades se hallaban situadas, los campamentos desplegados. La Serpiente de Mar de plástico había sido colocada, bamboleando la cabeza, en el mar. La Bestia se asomaba en su cubil; los soldados de Lawrence habían sido situados a lo largo de la orilla del río, sus campesinos en sus campos, su realeza reunida tras las líneas, sus magos en sus cuevas.

Bron dijo:

—Sam, ¿por qué no juegas tú ésta? Quiero decir que yo he tenido las últimas dos semanas para practicar...

—No —dijo Sam—. No, quiero mirar. Además, he olvidado la mitad de los movimientos desde que Lawrence me los explicó. Adelante. —Dio un paso meditativo hacia atrás y se desplazó hacia un lado para ver el tablero desde el lado de Bron.

—Bron ha estado preocupado por una nueva amiga recién conocida —dijo Lawrence—. Por eso se muestra tan hosco.

—Eso es. —Bron se sintió irritado por el hecho de que su preocupación fuera etiquetada como hosquedad—. Ella no parece en absoluto muy amistosa conmigo. —Tomó el mazo de cartas y lo barajó, pensando: Si ese bastardo negro se queda ahí de pie mirándome por encima del hombro durante todo el maldito juego... Y decidió no alzar la vista.

La mano que se sirvió a sí mismo era buena. Cuidadosamente, dispuso las cartas.

Lawrence hizo rodar los dados sobre el desierto para empezar a jugar, anunció un cinco real, combinó el Juglar con el Poeta, desechó el tres de Joyas e hizo avanzar dos de sus naves de carga fuera del puerto a mar abierto.

La tirada de Bron le ofreció un doble seis, un tres de diamantes, con el rostro de

tres ojos de Yildrith mirándole desde el icosaedro. Cubrió la combinación de Lawrence con el siete, ocho y nueve de Tormentas, situó la pequeña pantalla de espejo con el sonriente rostro de Yildrith grabado en ella cuatro espacios por delante de la nave de carga de cabeza de Lawrence, anunció un siete común para cubrir el seis real de Lawrence, desechó el Paje del Alba y tomó el tres de Joyas de Lawrence con el As de Llamas; su propia caravana inició el viaje río arriba hacia el paso de montaña que conducía al valle de K'hiri, donde, debido a la presencia de una Bruja verde, todos los puntos anotados allí se verían doblados.

Tras veinte minutos de juego, el Correo rojo estaba atrapado entre dos pantallas de espejo (con la cabeza cornuda de Zamtyl y Arkrol el de las muchas lenguas, reflejados a uno y otro lado hasta el infinito); el Héroe escarlata ofrecía alguna ayuda, pero se hallaba básicamente bloqueado con una pantalla transparente. En los dados, un as de diamantes brillaba entre unos y cinco negros, y Lawrence se hallaba un punto más allá de su anuncio; lo cual significaba una batalla astral.

Mientras volvían su atención al tablero tridimensional que dominaba las decisiones más altas (y cada uno de los siete marcadores que jugaban allí llevaba el ceñudo rostro de una diosa), Bron decidió que era estúpido permanecer sentado allí echando humo por el hecho de que Sam estuviera de pie tras él. Se volvió para hacer algún comentario...

Sam no estaba junto a su hombro.

Bron miró a su alrededor.

Sam estaba sentado ante uno de los lectores, en un nicho con Freddie y Flossie, eligiendo entre algunas microfichas. Bron hizo chasquear la lengua, disgustado, y se volvió hacia Lawrence con un:

—Realmente...

...cuando las lámparas de la sala común bajaron a un cuarto de su luminosidad. (La arrugada barbilla de Lawrence, las puntas de sus dedos, y la base del Mago verde que estaba a punto de colocar, brillaron encima de la luz del tablero de vlet.) Un rugir creció sobre sus cabezas.

Las lámparas parpadearon una vez, luego se apagaron por completo. Todo el mundo alzó la vista. Bron oyó a varios hombres ponerse en pie. A través del domo de luz celeste, oscuro como la habitación, brotó un rastro de luz.

Ahora Sam estaba de pie también. Las luces de la habitación aún seguían apagadas, y las luces de todos los lectores de la habitación parpadeaban al unísono.

— ¿Qué demonios...? —dijo alguien que ocupaba arriba la habitación contigua a la de Bron (y cuyo nombre, después de seis meses, Bron aún no conocía).

—Aquí no hay demonios —dijo Lawrence, demasiado secamente incluso para Lawrence.

Cuando las luces de la sala regresaron, Bron se dio cuenta con horror, excitación

o anticipación (no estaba seguro de cuál de las cosas), que el cielo seguía oscuro. ¡Fuera, el campo sensorial seguía apagado!

— ¿Saben? —dijo Sam jovialmente..., y con voz lo bastante alta como para que todos los demás en la sala le oyeran—, mientras ustedes, amigos, siguen sentados aquí jugando a juegos de guerra, hay una guerra ahí fuera, en la que Tritón está a punto de entrar. —La jovialidad desapareció; se apartó de su lector y habló para toda la sala común—. No hay nada de lo que preocuparse. Pero tenemos que emprender una importante acción defensiva no beligerante. El apagón fue un corte de corriente mientras la energía era desviada a nuestras fuerzas principales. Esas franjas que cruzan el cielo son rastros de vapor ionizado del equipo de reconocimiento de baja altitud...

— ¿Nuestro o de ellos? —preguntó alguien.

Unos cuantos rieron. Pero no muchos.

—Podrían ser las dos cosas —dijo Sam—. El parpadeo que notan es que nuestro sistema de alimentación de energía doméstico se ha puesto en marcha; y no llega muy bien..., los generadores necesitan un par de segundos para calentarse. Apostaría... — Sam alzó la vista— que el escudo sensorial permanecerá desconectado por encima de la ciudad durante otros tres o cuatro minutos. Si alguien desea salir fuera y ver cuál es realmente el aspecto del cielo desde Tetis, ahora es su oportunidad. Probablemente no habrá mucha gente fuera...

Todo el mundo (excepto tres personas en un rincón), incluido Bron, se levantaron y se encaminaron en tropel hacia las dobles puertas. Bron miró hacia atrás entre las voces que crecían a su alrededor. Los tres del rincón habían cambiado de opinión y venían también.

Mientras salía al oscuro tejado, Bron vio que el tejado contiguo al suyo estaba ya atestado. Lo mismo le ocurría al siguiente. Cuando miró hacia atrás, la puerta de servicio del tejado detrás de ellos se abrió; docenas de mujeres se apresuraron a salir, las cabezas hacia atrás, los ojos alzados.

Alguien al lado de Bron dijo:

— ¡Señor, había olvidado que existen las estrellas!

A su alrededor, la gente inclinaba el cuello a la noche.

Neptuno, visiblemente esférico, moteado, lechoso, y mucho más apagado que la estriada extravagancia turquesa del campo sensorial, estaba bastante alto. El sol, bajo y quizás una docena de veces más brillante que Sirio, parecía tener el tamaño del fondo de un cubilete de vlet. (En el campo sensorial tenía un resplandor mucho más rosado que, aunque su centro bermellón era pequeño, enviaba pulsantes ondas a través de todo el cielo.) La atmósfera encima de Tetis tenía sólo ocho mil metros de espesor; un campo altamente ionizado de plasma frío la cortaba en seco, justo debajo del escudo; con el escudo extinguido, las estrellas eran tan heladamente brillantes

como vistas desde alguna luna desprovista de aire.

La polvorienta franja de la Vía Láctea cruzaba la negrura, (En el campo, era una banda de plata salpicada de verde.)

El cielo parece más pequeño, pensó Bron. Parece seguro y cercano, como la sección techada del n-r..., sí, puntuada por una estrella aquí y un sol allá. Pero, aunque sabía que esas luces estaban a millones de kilómetros..., millones de años luz de distancia, no parecían estar más lejos de un kilómetro. Las brumas interpenetrantes pastel del escudo, aunque estaban a menos de un kilómetro de altura, daban una auténtica sensación de infinitud.

Otra línea de luz cruzó por encima de sus cabezas: pulsó y difundió color en la oscuridad, como un arco iris fundido.

—Vuelan tan bajo —ése era Sam, hablando desde cerca del borde del tejado—, que su exhalación de iones excita una porción del escudo proporcionando descargas al azar: en realidad no es su rastro lo que están viendo, sino sólo una imagen más abajo, en...

Alguien gritó.

Y Bron sintió de pronto la cabeza ligera; el siguiente latido de su corazón reverberó en su cráneo, doloroso como un martillo. Luego, ante un repentino golpe contra las plantas de sus pies, su estómago dio un vuelco..., no, no vomitó. Pero se tambaleó. Y su rodilla golpeó contra alguien que había caído. En alguna parte, algo se estrelló contra algo. Luego hubo una creciente luz. Sus oídos dejaron de palpar. La oleada de rojo se disolvió de sus ojos. Y estaba de pie (¿Se había dejado caer sobre una rodilla? Ni siquiera estaba seguro), jadeando en busca de aliento.

Alzó la vista. Los pasteles del atardecer del escudo, rodeados por un brillante Neptuno azul, brillaban de nuevo. La gente en su tejado (y en los tejados de su alrededor) había caído. Se estaban ayudando unos a otros a ponerse de nuevo en pie. Su propia mano, mientras se volvía, fue sujeta por alguien; lo ayudó a levantarse.

— ¡...dentro de nuevo! ¡Que todo el mundo vuelva dentro de nuevo! — (Otra vez Sam; pero la seguridad había abandonado su voz. Su autoridad estaba teñida por un ligero miedo eléctrico.)—. Todo está bajo control ahora. Pero vuelvan dentro...

Se encaminaron en manada hacia el corredor inclinado que descendía en espiral al interior del edificio; las conversaciones brotaron ansiosas:

—...cortado la gravedad...

—No, ellos no pueden hacer...

— ¡...si la energía falló! Incluso durante unos pocos segundos. Toda la atmósfera se hincharía como un globo y perderíamos toda nuestra presión durante...

—Eso es imposible. No pueden cortar la gravedad...

De vuelta a la sala común, vieron que la tensión (si realmente la gravedad de la ciudad había fallado por un segundo o así) había destrozado uno de los paneles

claraboya. Ningún trozo había caído (al parecer, eran «a prueba de roturas»), pero el cristal, hecho añicos, colgaba del entramado que lo sujetaba.

Las sillas estaban volcadas.

Un lector había caído, los archivadores estaban derramados; las microfichas sembraban la moqueta naranja.

El cubo astral se había soltado de su sujeción y estaba inclinado hacia un lado, con sus marcadores con rostros de dioses caídos sobre el tablero de juego entre naves volcadas y soldados derribados.

Sam estaba diciendo a aquellos que tenía a su alrededor:

—...no, eso no significa que Tritón tenga que entrar en la guerra entre los Satélites Exteriores y los Mundos Interiores. Pero la posibilidad ha sido muy real desde hace más de un año. Dudo que las probabilidades hayan cambiado en uno u otro sentido..., al menos supongo que no lo han hecho. Quizás este incidente lo que haya conseguido es que la posibilidad esté ahora más clara en sus mentes. Miren, pongan en pie algunas sillas...

—Ahora explique de nuevo eso de la gravedad —dijo Freddie, un poco nerviosamente. Estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo, con una mano repleta de brillantes anillos sobre la rodilla de su padre. (Flossie estaba sentado en la silla tras él, con ambas manos brillantes sobre su desnudo regazo)—. Explíquelo muy lentamente, ¿quiere? Y muy claramente. Y de una forma muy simple. —Freddie alzó la vista, luego miró a los demás—. ¿Comprende ahora cómo tiene que hacerlo?

Alguien dijo:

—Sam, esto es aterrador. Quiero decir, si hubiera estado interrumpida aunque sólo fuera durante quince o veinte segundos, ¡todo el mundo en la ciudad estaría muerto!

Sam suspiró, se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas y pareció coger con las manos los dos lados de una cuestión imaginaria.

—De acuerdo. Empezaré una vez más para aquellos de ustedes que aún siguen sin comprender. Piensen de nuevo en su viejo modelo relativista. Cuando una partícula acelerada en línea recta se acerca a la velocidad de la luz, su volumen disminuye en la dirección del movimiento, sus procesos temporales con relación al observador se ven frenados, su masa se incrementa, y lo mismo hace su gravedad. Ahora supongan que la aceleración es en línea curva. Todo esto sigue siendo cierto, sólo que no al índice gobernado por la contracción de Fitzgerald; supongamos que se trata de una curva muy cerrada..., digamos una curva tan cerrada como el cascarón de un electrón. ¿Sigue siendo cierto todo eso? Sí. Y supongamos que la curva es más cerrada aún, digamos tan cerrada que su diámetro es más pequeño que el de una partícula..., esencialmente esto es lo que queremos dar a entender cuando hablamos de que una partícula posee «spin». El modelo relativista aún sigue funcionando: se trata tan sólo

de que la superficie de la partícula posee una mayor densidad, masa y gravedad que el centro..., una especie de tensión superficial producida relativísticamente que impide que la partícula se haga pedazos en una nube de neutrinos. Ahora bien, mediante una muy sofisticada maniobra tecnológica, que implica un magnetismo despolarizado de frecuencia ultra-alta, ondas magnéticas sobreimpuestas y aceleración alternada polaridad/paridad, podemos hacer que todos los nucleones cargados, que teóricamente son sólo protones pero que en la realidad resulta que incluyen también unos cuantos neutrones, incrementen, en algunos sólidos cristalinos de alta densidad, empezando sólo con su spin, el diámetro de sus órbitas interpenetrantes hasta casi el mismo tamaño que los núcleos de un átomo de rodio uno cero tres, lo cual, por una variedad de razones, resulta ser, en este trabajo, la unidad estándar de medida, mientras aún siguen moviéndose a velocidades próximas a las de la luz...

—Dijo usted antes, Sam, que en realidad no dan vueltas —indicó alguien—, sino que oscilan, como trompos descentrados.

—Sí —dijo Sam—. La oscilación es lo que cuenta para la unidireccionalidad del campo gravitatorio resultante. Pero ahora estoy intentando explicarlo para aquellos que no pudieron comprender esa última explicación. En realidad, ni siquiera es una oscilación; es un complejo cambio de onda en gradiente vertical... Lo que hay que recordar es que todos esos términos, partícula, spin, órbita, oscilación, onda, son simplemente metáforas altamente fisicalizadas para describir procesos que se comprenden mucho mejor y se aplican más fácilmente como un conjunto de abstracciones puramente matemáticas. De todos modos, todas las partículas en un puñado de hojas cristalinas de iridio/osmio tricapa, distribuidas espaciadamente por debajo de toda la ciudad, están orbitando locamente en pequeños círculos de uno coma siete dos siete veces el diámetro de un núcleo de rodio uno cero tres. La resonancia magnética impide que los cristales se colapsen sobre sí mismos. La masa resultante, y la gravedad generada con ello, es incrementada varios cientos de millones de veces...

—...en una sola dirección, debido a la oscilación—dijo lentamente Flossie.

—Correcto, Floss. — (Freddie, visiblemente relajado, dejó caer la mano de la rodilla de su padre..., y deslizó dos brillantes dedos dentro de su boca) —. El resultado es que todo lo que hay encima de ellos resulta limpiamente atraído hacia abajo. Esto, unido a la gravedad natural de Tritón, proporciona a Tetis, al nivel de la calle, un cero coma nueve seis dos de la gravedad normal de la Tierra, al nivel del mar en el polo magnético Sur.

—Quiere decir que la Tierra tiene un uno coma cero tres nueve cinco veces la gravedad normal inducida a Tetis —aclaró alguien al fondo de la sala.

Las negras cejas de Sam se fruncieron encima de una sonrisa.



—Un uno coma cero tres nueve cinco cero uno..., más o menos. —Miró al grupo de su alrededor—. El atrapaatmósfera de plasma frío trabaja mediante una maniobra magnética similar, aunque no tiene nada que ver con la gravedad. Lo que hay que tener en cuenta, con ese millón doscientas mil láminas tricapa de cristal, es que cada grupo de diez posee su propia fuente de energía de emergencia.

—Entonces, no pueden desconectarse todas a la vez —dijo Lawrence—, Ni siquiera por unos pocos segundos. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Eso es lo que he dicho. —Sam apoyó la barbilla en sus oscuros nudillos y miró a los hombres desde debajo de unas cejas fruncidas—. Lo que sospecho es algo mucho más probable: fue inducido algún tipo de armónico sincrónico en la resonancia magnética...

— ¿Inducido por quién? —preguntó alguien.

Sam alzó la barbilla unos milímetros de sus nudillos.

—...en la resonancia magnética, que hizo que el campo gravita—torio (recuerden, el campo magnético que controla el spin de las partículas es alternado literalmente miles de millones de veces por segundo) escuchara: todas las oscilaciones oscilaron a la vez hacia un mismo lado. Ni siquiera por un segundo; quizá tanto como una cienmilésima de segundo, o incluso menos. Sí, sufrimos una repentina hinchazón en nuestra atmósfera. Pero dudo que hayamos perdido más que una libra o como máximo tres de presión; y ésta se vio restablecida en segundos. De acuerdo, fue un gran shock, pero no creo que fuera nada realmente serio...

— ¿Qué fue eso...? —dijo alguien de pronto.

Todos se volvieron hacia el balcón.

— ¿Qué ocurrió? Yo no... —Alfred (diecisiete años, ocupaba la habitación directamente frente a Bron, y era la tercera persona en la coop en la que Bron, de tanto en tanto, pensaba como un amigo) estaba de pie, desnudo, junto a la barandilla. Una burbuja de sangre estalló en una de sus fosas nasales. La sangre resbalaba por su cuello y cruzaba su huesudo pecho. Alzó una mano, ya manchada, y esparció más sangre por una ya ensangrentada mejilla—. Estaba en mi habitación, y entonces... ¡Tuve miedo de salir! No oía nada. Excepto, al principio, algunos gritos. ¿Qué...? — Un hilillo se arrastró por su vientre, alcanzó su vello púbico, se enredó allí durante tres silenciosas inspiraciones, luego siguió descendiendo por su muslo—. ¿Está todo el mundo...? —Miró con unos aterrados y parpadeantes ojos verdes a la gente reunida en la sala común.

De alguna forma, veinte minutos después de eso, las piezas fueron dispuestas de nuevo en el tablero de vlet; una docena de personas habían vuelto ya a los varios lectores en torno a la sala, y algunas otras (entre ellas Sam) habían llevado a Alfred a la sala de la consola, donde el terminal de la coop conectado con el ordenador de información de la ciudad le proporcionaría un diagnóstico médico y todas las

referencias necesarias. ¡Luego alguien regresó para informar, con sorpresa, que había una espera de siete a diez minutos para el procesado de todos los programas médicos, debido a una sobresaturación en la ciudad!

—Apuesto a que buen número de gente se dislocó un buen número de tobillos... —fue el dubitativo comentario de alguien. Bron decidió bajar y verlo por sí mismo. Al final de las escaleras, se metió en una habitación atestada ya con otras personas. Entre dos hombros, pudo divisar el parpadeo de la pantalla: «Habrà una demora de tres minutos antes de que podamos...». Bien, eso era inquietante. Pero, aparte el susto y la nariz sangrante, Alfred parecía estar bien. Mientras Bron permanecía allí, el aviso de demora fue reemplazado por el habitual: «Su diagnóstico empezará en un minuto. Por favor, prepárese para responder algunas preguntas sencillas». Así que, mientras Alfred, con un nudillo apretado contra su labio superior, permanecía sentado delante de la consola, Bron y varios otros regresaron a la sala común.

Perdió la batalla astral por siete a uno.

— ¿En qué estabas pensando? —quiso saber Lawrence, reclinándose hacia atrás en su silla.

Bron adelantó una mano y retiró su Asesino escarlata volcado y deslizó la Duquesa verde de Lawrence en la casilla junto a la orilla de la cascada, para amenazar a la caravana que se preparaba a cruzar el río a menos de tres casillas hacia el este. Con la pieza aún en su puño (podía notar sus ángulos y protuberancias), tomó sus cartas y examinó sus menguados puntos.

—Esa mujer —dijo. Sólo era posible una combinación, y le faltaban tres puntos para cubrir su más reciente anuncio.

Lawrence se echó a reír, se echó hacia atrás y volvió sus cartas hacia abajo sobre su huesuda rodilla.

— ¿Pretendes decirme que, en medio de toda esta excitación, estás pensando en una mujer? Si eres de ese tipo de hombres, ¿qué estás haciendo en esta coop? Hay montones de lugares para albergar a las criaturas sobresexuadas y libidinosas como tú. De hecho, la mayoría de ellos. ¿Por qué deseas venir aquí y permitir que tu desagradable id se mezcle con nuestras ascéticas vidas?

—La primera vez que te vi —dijo Bron—, te lanzaste sobre mí en el pasillo de arriba, borracho perdido, y me pediste que te enclara allí mismo.

—Lo recuerdo muy bien —asintió profundamente Lawrence—. La próxima vez que me emborrache, puede que haga lo mismo: todavía queda vida en el viejo pirata... La cuestión, sin embargo, es que cuando tú te negaste, diciendo (como expresaste muy diplomáticamente) que los hombres todavía no te excitaban lo suficiente, yo no te borré de inmediato de la lista de mis relaciones; no te di un puñetazo en la nariz en la zona del comedor la siguiente vez que nos cruzamos. Incluso, si recuerdo bien, te saludé a la mañana siguiente y me ofrecí voluntario a

acompañar al técnico de reparaciones para que arreglara el circuito de tu canal mientras tú estabas en el trabajo.

— ¿Cuál es entonces el asunto, Lawrence? —Bron bajó la vista a sus cartas. Varias veces en su vida, la gente le había señalado que los amigos que tenía tendían a ser personas que se habían acercado a él en busca de amistad, antes que personas con las que él hubiera dado el primer paso. Eso significaba que un buen porcentaje de sus amigos masculinos a lo largo de los años habían sido homosexuales, lo cual, a este estadio, era simplemente un suceso familiar—. Tú eres el libidinoso. Lo admito, mis relaciones con las mujeres nunca han sido de lo mejor..., aunque, por los dioses de cualquier secta que quieras nombrar, el sexo en sí nunca ha parecido ser el problema. Pero es por eso precisamente por lo que me trasladé aquí: para mantenerme alejado de las mujeres y del sexo.

— ¡Oh, de veras! Alfred trayendo aquí a sus pequeñas amigas después de medianoche y despidiéndolas antes de que amanezca..., eso puede que sea joder, pero no es sexo. Y, de todos modos, no importa a nadie, aunque estoy seguro de que simplemente lo destruiría si lo supiera.

—Ciertamente, a mí no me importa —dijo Bron—. Como no me importan tus manejos dentro y fuera con tus amiguitos...

— ¡Los celos! ¡Los celos! —Lawrence cerró los ojos y alzó la mandíbula—. Ah, los celos.

—Si recuerdo correctamente —dijo Bron—, aquella noche en el pasillo, cuando dije «no», me llamaste antihomo y quisiste saber qué estaba haciendo en una coop exclusivamente masculina si no me gustaba irme a la cama con nombres...

Los ojos de Lawrence se abrieron; su barbilla descendió.

—...a lo que tú me informaste educadamente que había una coop masculina gay (ya sabes que, políticamente, de tanto en tanto, ésta ha sido una palabra muy fea, hasta que esas estúpidas series de los canales públicos la desnaturalizaron de una vez por todas allá en los años setenta, al tiempo que le daban carta de naturaleza en el lenguaje común) dos calles más allá que podía aceptarme por una noche. ¡Bastardo!

—Tú seguiste insistiendo que te enulara.

—Y tú seguiste insistiendo en que no deseabas irte a la cama con nadie, explicándome de paso, de la manera más ampulosa, que yo no podía esperar que este tipo de comuna fuera más de un veinte por ciento gay..., aunque ignoro de dónde sacaste esa absurda estadística extravagante, y estoy seguro de que nunca lo llegaré a saber; luego te pusiste a explicarme que, de todos modos, debido a tu desinterés en aquellos momentos por las mujeres, te sentías políticamente homosexual.

—En cuyo punto tú dijiste que no podías soportar a los homosexuales políticos. Lawrence, ¿cuál es el problema?

—Y sigo sin poder. El problema es simplemente —Lawrence volvió sus ojos al

tablero; en las montañas de Norhia se había estado desarrollando desde hacía un rato una situación que Bron había esperado que se volviera a su favor, si tan sólo Lawrence hubiera mantenido las pantallas transparentes de Egoth y Dartor fuera de ella: las montañas de Norhia eran el lugar al que Lawrence estaba mirando ahora — que mis sentimientos hacia ti, más tarde aquella misma noche, mientras permanecía tendido sumido en la sobreestimulación alcohólica, agitándome y dando vueltas en mi estrecha cama, donde turne habías dejado caer tan caballerosamente antes de irte, eran muy parecidos a los que estás evitando describirme respecto a esa mujer.

—Pensé que te habías desvanecido... —Los ojos de Bron se alzaron del tablero y se posaron en Lawrence—. ¿Me perdonas?

—He dicho: inmediatamente después de que me depositaras consideradamente en la cama..., supongo que hubieras podido dejarme tirado en el suelo del pasillo. ¿Desvanecido? ¡Ja! Sentía hacia ti más o menos como tú sientes hacia ella. Te odiaba, pensaba que tenías un corazón de piedra, eras insensible, ingrato y estúpido; y pese a todo la criatura más hermosa, incitante, misteriosa y maravillosa sobre la que jamás hubiera puesto mis ojos.

— ¿Sólo porque deseabas...? —Bron frunció el ceño—. ¿Estás sugiriendo que yo deseo..., con ella?

—Estoy simplemente señalando una similitud de reacciones. Nunca presumiré de sugerir que ninguna de mis reacciones pueda ser aplicada como un modelo válido para las tuyas..., aunque estoy seguro de que pueden.

El fruncido ceño de Bron se posó en las micro-montañas, los minúsculos árboles, la orilla donde las diminutas olas lamían la brillante arena bárbara. Al cabo de unos segundos dijo:

—Ella me proporcionó una de las más maravillosas experiencias de mi vida. Al principio sólo pensé que se había limitado a conducirme a ella. Luego, de pronto, descubrí que ella había concebido, creado, producido y dirigido... Tomó mi mano, ¿sabes? Tomó mi mano y me condujo...

Lawrence suspiró.

—Y cuando tú pasas tu brazo en torno a mis débiles y arrugados hombros...

Bron alzó de nuevo la vista, aún con el ceño fruncido.

—Si todos hubiéramos muerto esta noche, Lawrence, yo no hubiera muerto siendo la misma persona que era en caso de haber muerto esta mañana.

—Es por eso que tus comentarios iniciales acerca de todo el asunto parecían sugerir..., antes de que empezaras a precisar lo fría, inhumana, sin corazón y poco digna de confianza que era evidentemente esa dulce criatura. Sólo estaba intentando recordártelo. —Lawrence suspiró de nuevo—. Y supongo que, al menos esa noche, yo también te amaba pese a...

El ceño de Bron se profundizó.

—Hey, vamos...

El arrugado rostro de Lawrence (bajo la corona de fino pelo blanco que rodeaba su moteado cráneo) se volvió burlonamente irónico.

—Quién lo diría. Aquí estoy, metido en otro asunto apasionadamente platónico con un verdadero canalla.

Viéndola a ella, Bron dijo:

—Lawrence, mira, te considero mi amigo. De veras. Pero... —El rostro de Lawrence volvió a su antigua expresión, con la ironía aún allí—. Pero mira, no tengo diecisiete años. Tengo treinta y siete. Te lo dije antes, hice mi experimentación cuando era un muchacho..., y bastante de ella, por cierto. Y estoy contento de atenerme a los resultados. —Los resultados de esa experimentación, que confirmaban que encajaba con el ochenta por ciento de la población, según esas «extravagantes» estadísticas, eran que podía funcionar bastante bien con cualquiera de los dos sexos; pero sólo mediante una brutal e intelectualizada fantasía podía hacer que el sexo con hombres formara parte de su vida real. La última brutal intelectualización que había efectuado había sido su asistencia al Templo de los Pobres Hijos de la Luz Avestal y Nombre Secreto Cambiante; no estaba en absoluto dentro de la brutalidad—. Me gustas. Quiero seguir siendo tu amigo. Pero, Lawrence, no soy un muchacho, y he estado ahí antes.

—No sólo eres un canalla. Eres un canalla presuntuoso. No tengo treinta y siete años. He cumplido los setenta y tres. Yo también he estado ahí antes. Probablemente más veces que tú. —Lawrence se inclinó y observó de nuevo el tablero, mientras Bron contemplaba (de nuevo) el fenómeno por el cual, entre la época que denominaba el entonces (que contenía sus experimentaciones tanto con el sexo como con la religión) y la época que denominaba el ahora (que contenía..., bien, todo esto), la gente vieja se había metamorfoseado de criaturas de tres o cuatro veces su edad a criaturas de más o menos dos. Lawrence dijo—: Creo que mueves tú. Y no te preocupes. Tengo intención de seguir siendo tu amigo.

— ¿Qué crees que debo hacer, Lawrence?

—Lo que sea que pienses que debes hacer. Puedes probar a intentar seguir jugando..., ¡hola, Sam! —que se había acercado de nuevo a la mesa—. Dime, ¿por qué no jugáis juntos contra mí? Bron no deja de pensar en cierta mujer de teatro del n-r y no puede reunir el valor necesario para volver allí y encontrarla, lo cual a mí me parece espléndido. Pero todo esto ha enviado su concentración al diablo, lo cual ya no me parece tan espléndido. Vamos, Sam. Siéntate y échale una mano.

A punto de tartamudear una protesta, Bron hizo sitio en el diván al jovial, brillante, poderoso... ¿Debía simplemente abandonar e irse? Pero Sam preguntó algo acerca de su estrategia y, cuando Bron se la explicó, lanzó un silbido de felicitación. Al menos Bron creyó que era de felicitación.

Jugaron. La marea cambió de sentido. La puntuación también. Cuando dejaron la partida por aquella la noche (los jugadores elementales, había explicado Lawrence, no podían esperar terminar una partida en menos de seis meses), Bron y Sam se estaban palmeando los hombros y riendo y felicitándose y volviéndose para felicitar a Lawrence y, por supuesto, volverían a reunirse mañana por la tarde y reanudarían el juego allá donde lo habían dejado.

Mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación, Bron decidió cálidamente que la paliza que le había dado al viejo pirata, aunque hubiera necesitado la ayuda de Sam para ello, había hecho que la velada valiera la pena.

Se detuvo ante su puerta, frunció el ceño hacia la puerta del otro lado.

Ni siquiera le había preguntado a Sam cómo estaba Alfred. ¿Debía llamar y averiguarlo? Un repentino recuerdo de una de las pocas cosas parecidas a una conversación personal que había tenido alguna vez con Alfred regresó a él: en una ocasión, Alfred había llevado realmente a Bron a un restaurante (recomendado por Flossie, al que había sido recomendado por un amigo de Freddie), que resultó ser un lugar lleno casi enteramente por ricos (y más bien lúgubres) chicos de nueve a trece años. (¡Los más jóvenes iban sencillamente envueltos en pieles!) Sólo un puñado de adolescentes que se acercaban a la edad de Alfred estaban presentes, y todos ellos parecían estar contemplando el lugar con patente buena voluntad y palpable nostalgia. Bron era el único adulto allí. Durante la cena, Bron había hablado de esto y de aquello, hasta que de pronto Alfred se inclinó por encima de la mesa y siseó:

— ¡Pero yo no quiero relaciones! ¡Yo no quiero amistades! Quiero sexo..., a veces. Eso es lo que hago en la Casa de la Serpiente. ¡Ahora, déjame tranquilo!

Dos niños sexualmente inidentificables, con las manos cerradas protectoramente en torno a sus bulbos de café de después de la comida, giraron hacia otro lado sus pequeños, calvos y morenos rostros para ocultar sus sonrisas en sus lujosos cuellos. Sin embargo, Bron seguía considerando a Alfred como su amigo, porque Alfred, como todos los demás, había venido a él, seguía viniendo a él, pidiéndole si podía hacerle esto, o podía prestarle eso otro, o podía enviarle este cupón de ese anuncio, o esta carta de protesta acerca de lo que ese otro anunciante le había enviado, o podía recogerle esto o aquello en su camino a casa, o si podía tirarle este cacharro, y, por supuesto, podía quedárselo si quería. Con diversos niveles de beligerancia, Bron cumplía con estas peticiones (para mantener la paz, se dijo a sí mismo al principio), sólo para descubrir que, cumpliendo con ellas, valoraba la relación..., la amistad, se corrigió (porque él tenía treinta y siete años, no diecisiete). Supongo, pensó Bron, de pie en el pasillo, que lo comprendo, lo cual tiene que ver con todo el asunto. Seguro que lo comprendo mejor de lo que comprendo a Lawrence. O a Sam. (¿O a esa mujer...? Su rostro volvió de nuevo a él, exhibiendo aquella deliciosa sonrisa.) Se giró hacia su puerta.

¿Llamar a la puerta de Alfred? Si Alfred no se sentía bien, Bron lo comprendía lo suficiente como para saber que no desearía que se supiera. Y si se sentía bien, no querría ser molestado. (Si está bien, pensó Bron, probablemente estará durmiendo. Eso es lo que haría yo con mi tiempo libre, si tuviera tan poco como ese pobre chico.) Bron abrió su propia puerta y entró en una penumbrosa habitación, con una cama ovalada (que podía ampliarse para albergar a tres personas: pese al secreto con que Alfred hacía todas las cosas, no había nada en las reglas de la casa coop que dijera que no podías joder con tantas personas como te apeteciera, siempre que lo hicieras en tu propia habitación), un lector, un archivador de microfichas, una pantalla de televisión y dos diales debajo de ella para los setenta y cinco canales públicos y sus tres privados, dos ventanas (una real, que daba al callejón detrás del edificio, la otra un diorama holográfico intercambiable: unas cortinas azules estaban corridas ante ambas), cajones para la ropa, cajones lavabo y cajones water encajados en la pared, anillas de plástico aquí y allá en la moqueta azul y de las cuales, con sólo accionar un interruptor en el cajón de control, brotarían sillas hinchables.

Era una habitación como la habitación de Alfred, como la de Lawrence, como la de Sam, de hecho como la docena de otras en las que había vivido antes en un mundo y tres lunas; una habitación confortable; una habitación como diez mil veces diez mil otras.

A las cuatro veintisiete de la madrugada, Bron despertó bruscamente, preguntándose por qué. Tras cinco minutos en la oscuridad, se le ocurrió una idea..., aunque no estaba seguro de que fuera la idea que lo había sacado de su sueño. Se levantó, salió al pasillo y bajó hasta la sala de la consola.

Abandonados en la pantalla por la última persona que la había empleado había dos listados. (Normalmente era algo de Freddie o Flossie, relativo a sus teleestudios.) Bron pasó ausentemente los ojos por el de la derecha: tras media docena de entradas, se dio cuenta de que estaba leyendo nombres de antiguos presidentes de Marte. Sus ojos se posaron en el de Brian Sanders, la segunda de las dos (entre veinticuatro masculinos) presidentas femeninas. Había sido bajo el mandato de Brian Sanders, la vieja y exaltada revolucionaria, que, hacía cincuenta años, la prostitución masculina había sido legalizada en Bellona; también, rezaba la historia, había conseguido erradicar de la mayoría de idiomas de la Tierra (donde sus discursos, por supuesto, habían sido televisados) y de Marte el término «hecho por el hombre», refiriéndose insistentemente a todos los objetos bélicos, así como la mayor parte de las creaciones de la cultura terrestre, como «hechos por chiquillos».

El listado de la izquierda (nombres masculinos y femeninos mezclados al azar y a partes iguales) era —resultaba evidente por su agrupamiento de siete en siete— nombres de los varios equipos de gobierno de la Federación de Satélites Exteriores. Sí, el último grupo correspondía a los que estaban en el poder ahora, durante la

Alianza de Guerra: sus nombres estaban constantemente en todos los canales públicos. (Los nombres masculinos y femeninos allí, por supuesto, no significaban demasiado. Cualquiera podía adoptar cualquier nombre —como Freddie y Flossie—, en especial entre los ciudadanos de la segunda, tercera y cuarta generaciones.) Bron se preguntó qué apuesta o discusión había sido resuelta por aquella información; y, sin siquiera sentarse, borró el programa. Había otro programa médico activado detrás de éste..., pero no era el de Alfred.

Bron tecleó Información General.

Esperaba diez minutos de referencias cruzadas y búsqueda a través de Info-Gen cuando tecleó: «La Púa: actriz (ocupación)». ¿Cómo se archivaba la información sobre alguien así? La pantalla parpadeó por un segundo, luego comunicó:

«La Púa — Nombre de trabajo de Gene Trimbell, productora, directora, dramaturga, actriz, administradora general de una comuna teatral itinerante (ver). Confirme : : biografía : : crítica : : descripción : : obras publicadas.»

Bron frunció el ceño. Realmente, no estaba interesado en su biografía. De todos modos, pulsó Biografía.

«Biografía borrada bajo petición.»

Eso le hizo sonreír.

Sabía cuál era su aspecto: Descripción no era necesaria.

Pulsó Crítica, y la pantalla se llenó de letras:

«La Púa es el nombre de trabajo de Gene Trimbell, considerada por consenso general como la más sorprendente de las jóvenes dramaturgas/directoras/productoras que han emergido al inicio de la década actual, muchas de las cuales estuvieron asociadas con el Círculo (ver) en Lux de Japeto. Atrajo pronto la atención con sus sorprendentes producciones de clásicos tales como Britannicus, El gran dios Brown, Vatzlav y A.C./D.C., así como la producción en videocinta para actriz única Les paravents, en la que interpretó todos los noventa y ocho personajes. Apenas cumplidos los veinte años, dirigió el ahora legendario (y aún controvertido) ciclo de óperas de veintinueve horas de George Otuola Eridani (ver), que implicaba coordinar más de trescientos actores, bailarines, cantantes, dos águilas, un camello, y el llameante geiser de treinta metros que le da título. En su trabajo de dirección en las formas tradicionales ha tendido hacia lo ambicioso y monumental, y sus propias piezas de creación están caracterizadas por una gran compresión y brevedad. Hoy en día es conocida sobre todo por su trabajo en microteatro, para el que formó su propia compañía fluida hace tres años. Sus breves, elípticas e intensas obras han sido frecuentemente comparadas a la música del compositor del siglo xx Webern. Otro crítico, en otro lugar, ha dicho: “Sus obras no puede decirse que empiecen y terminen; más bien empujan repentinamente objetos familiares, emociones y acciones, a menudo durante tan poco tiempo como un minuto o menos, hacia una



deslumbrante luminiscencia surrealista, por medio de una asociación de música, movimiento, habla, luces, drogas, danza y decorado”. Sus artículos sobre el teatro (recopilados bajo el título de Escenas primarias y presentados como una serie de exhaustivas lecturas del ahora famoso párrafo de Lacan que encabeza cada pieza: “De hecho, la narración dobla el drama con un comentario sin el cual ninguna mise en scène sería posible. Digamos que la acción permanecerá, propiamente hablando, invisible desde la sala..., aparte el hecho de que el diálogo se hallará expresamente y por necesidad dramática desprovisto de todo significado que pueda tener para una audiencia: en otras palabras, nada del drama puede ser aprehendido, ni visto ni oído, sin, nos atreveríamos a decir, la iluminación crepuscular que la narración arroja en cada escena sobre el punto de vista que tienen los actores mientras lo representan”) han dado a mucha gente la impresión de que es muy cerebral; sin embargo, es en el poder emocional de su obra donde reposa su actual reputación. Pese a ello, muchos actores y dramaturgos jóvenes (gran parte de los cuales admiten no haber visto nunca, o haber visto muy poco, de su obra), han tomado las Escenas como algo parecido a un manifiesto, y su influencia sobre el actual arte vivo del drama ha sido comparado con el de María Irene Fornés, Antonin Artaud, Malina o Colton. Pese a esto, su compañía sigue siendo pequeña, sus representaciones íntimas..., aunque raras veces confinadas en un espacio teatral formal. Sus piezas han sido representadas por todos los Satélites, sorprendiendo a más de un transeúnte que, un momento antes, ni siquiera sabía de su existencia.»

El índice a un lado y en la parte inferior de la pantalla listaba dos docenas de otros textos críticos. Leyó tres de ellos al azar y, en mitad del cuarto, desconectó la consola.

Tiró de la puerta de la habitación a sus espaldas..., no se cerró completamente. Se volvió para examinarla, con el ceño fruncido. Una de las esquinas del dintel parecía haberse desencajado un centímetro o así de la pared. ¿La oscilación de la gravedad de antes?

Contempló la consola a través de la ahora permanente rendija de la puerta. ¿Cómo podía hacerse una consulta a Información General sobre esto?

Descalzo, echó a andar pasillo arriba, repentinamente cansado.

Mientras se metía desnudo en la cama, pensó: ¿Artistas...? Bueno, no eran tan malos como los artesanos. Especialmente cuando tenían éxito. De todos modos..., por supuesto, él no se sentiría atraído por alguien que no fuera realmente famoso; sin embargo, pese a Lawrence, nunca había oído hablar antes de ella. Deprimido, y preguntándose si llegaría a volver a verla otra vez, se quedó dormido.

### 3. EVITAR LOS CANGUROS

*Los filósofos que están a favor de las proposiciones han dicho que las proposiciones son necesarias porque la verdad es inteligible solamente por ellas mismas, no por sus frases. Una respuesta antagónica es que podemos explicar la verdad de las frases a los proposicionalistas en sus propios términos: las frases son ciertas cuando su significado constituye verdaderas proposiciones. Cualquier fallo de inteligibilidad a partir de aquí es ya su propio fallo.*

*Willard Van Orman Quine /PHILOSOPHY OF LOGIC*

Audri, la jefa que le caía bien, apoyó una mano sobre cada uno de los montantes de la puerta del cubículo y, de pie y adoptando todo tipo de ángulos propios de ella, dijo (con una expresión que no le gustó en absoluto):

—Esta es Miriamne... Bron, haz algo con ella —y se fue.

La joven que, un momento antes, había estado detrás de ella (¿Miriamne?) era de piel muy oscura, pelo rizado, aspecto inteligente y expresión hosca.

—Hola —sonrió Bron, y pensó: *Tendré una aventura con ella*. Fue una sensación agradable, confortable, definitiva..., una gran relajación: Eso debería de apartar de mi mente a esa loca criatura rubia con sus ásperas manos de uñas doradas (y su suave y lenta risa). Se había dormido pensando en ella; había despertado pensando en ella. Incluso había pensado (aunque, finalmente, había decidido no hacerlo) ir andando al trabajo por el n-r.

Miriamne, en la puerta, llevaba la misma capa corta color gris paloma que había llevado la Púa, con los pechos al aire, como la Púa, y más aún, le recordó inmediatamente un formulario de trabajo que había rellenado hacía diecisiete años: «Describe el tipo físico preferido con el que cree que podría encajar mejor». Su descripción preferida había sido, limpia y llanamente: «Baja, morena, huesos pequeños, caderas anchas». Y Miriamne, baja, morena, huesos pequeños, y a un pelo de tener también unas caderas bien proporcionadas, estaba mirando algo a unos doce centímetros a la izquierda y cinco arriba de su oreja derecha.

¿A su ceja? No...

Bron se levantó de su silla, aún sonriendo. Era el tipo de mujer con la que podía ser infinitamente paciente en la cama (si ella necesitaba paciencia), ya que a menudo es mucho más fácil ser pacientes con aquellos con los que estás seguro de complacer: experimentó un agradable regreso de aplomo profesional. Afortunadamente, pensó, ella vive en una agradable, amistosa, mixta coop, de modo que no le falta

conversación (la conversación en sus relaciones sexuales no era su punto fuerte). Ocasionalmente se había sentido muy atraído hacia las mujeres que aceptaban esto. Y había algo en la expresión de ella que le aseguraba que nunca llegaría realmente a sentirse demasiado implicado. ¿Qué más podía pedir? Recompensa para el cuerpo, desafío para el intelecto, y ninguna tensión en las emociones. Dio la vuelta, se sentó en la esquina de su escritorio —interponiéndose entre ella y lo que fuera que estaba mirando ahora a sus espaldas— y preguntó:

—¿Tiene usted alguna idea de lo que esperan realmente que haga con usted? — Dos semanas, decidió, como mínimo..., al menos ocupará mi mente. Incluso puede prolongarse hasta tres o cuatro meses..., como máximo. ¿Quién sabe?, puede que incluso al final lleguen a gustarse el uno al otro.

Ella dijo:

—Ponerme a trabajar, supongo —y frunció el ceño hacia los memorándums que cubrían el tablón de avisos.

—¿A qué se dedica usted exactamente? —preguntó él.

Ella suspiró.

—Cibralógica. —Lo dijo de una forma (seguía mirando hacia el tablero de avisos) que sugería que ya lo había dicho muchas veces aquella mañana.

De todos modos, él sonrió y, con un aleteo de asombro en su voz, murmuró:

—¿Cibralógica...? —Y, cuando ella siguió sin mirarle, preguntó—: Si su campo es la Cibralógica, ¿por qué demonios la han enviado a metalógica?

—Sospecho —su mirada se posó finalmente en él— que porque tienen siete letras en común, incluso en el mismo orden dentro de la palabra. Como todos estos carteles de guerra no dejan de recordarnos constantemente, no estamos en un mundo. Estamos en la última luna importante del Sistema Solar, la única que ha conseguido permanecer fuera de la más estúpida y más cara guerra de la historia..., hasta ahora. Y, después de lo de la última noche, una se pregunta cuánto tiempo más durará esto. Nuestros intercambios comerciales son tan precarios que llevamos un año al borde de la crisis económica..., abocados al peor de sus lados. Todo el mundo con una posición de autoridad se halla histérico, y todos los demás fingen estar dormidos: ¿Sabe usted de algo que funcione como debiera desde hace seis meses? ¿Cualquier cosa? Quiero decir, después de lo de la última noche...

Oh, pensó él, ella vive en el n-r. Bueno, eso no tendría que ser ningún problema; incluso podía hacer las cosas más interesantes... Y alejó con un parpadeo una risa rubia sobre los hombros color gris paloma.

—Sí, ese asunto de ayer por la noche. Fue más bien alarmante, ¿verdad? Un tipo en la coop donde estoy pertenece al Departamento de Enlace de Inteligencia. Después de que terminara todo, intentó explicarnos exactamente lo que había ocurrido. No creo que nadie quedara convencido. —(Eso debería de mostrarle que poseía una

cierta conciencia política. Y, ahora, ¿algo para su ego...?)—. En realidad, sé que Audri tiene que utilizar todo lo que consigue, especialmente en estos momentos, pero, ¿cuál es la utilidad de enviar a alguien con su entrenamiento a este departamento? —Se volvió en la esquina del escritorio, recogió el arco metálico del intercom, se metió la pequeña cuenta roja en su oído y la azul ante sus labios—. ¿Personal...? —dijo, demasiado bruscamente; Miriamne le miró—. Aquí Bron Helstrom... —Siguió con los primeros diez dígitos de los veintidós de su número de identificación; para cuestiones de trabajo, eso era todo lo que se necesitaba—. Tome nota de esto, por favor. No quiero tener que repetirlo. Nos han enviado aquí a metalógica a una tal Miriamne... No, no voy a pedirle a día su número: búsquelo usted. Ella ya ha tenido bastantes problemas hoy. —Miró a Miriamne, que ahora estaba mirándole, aunque un poco inexpresivamente—. Es cibralogista, y por alguna retorcida razón que ninguno de nosotros comprende ni aprecia, ha sido enviada a...

—¿Con quién desea hablar exactamente en Personal? —respondió la voz, con comprensible irritación.

—Usted servirá. —(Miriamne sólo podía oír su parte de la conversación)—. Toda esta estupidez se ha producido porque las responsabilidades han estado pasándose de mano en mano desde estoy seguro hace más de una semana. Y yo..., es decir, Bron Helstrom, de metalógica —repitió una vez más sus diez dígitos—, supongo que ha anotado ya todo esto, así que ya sabe de dónde viene la queja..., no tengo intención de que esto se pierda también en el lío. Han enviado ustedes a esa mujer a metalógica, un departamento que no puede utilizar ni su entrenamiento ni su talento. Ésta no es la primera vez que ocurre algo así; es la sexta. Eso es ridículo, una pérdida de tiempo para todo el mundo, una interrupción del trabajo de todo el mundo. Ahora decida usted quién debe saber todo esto, y llámelo... —Oyó una seca inspiración, luego el clic de la comunicación al ser cortada—, y si alguien desea saber de dónde viene la queja, anótelo bien. —Dio de nuevo su nombre y número a la muerta esfera roja—. Ahora piense en eso, cerebro de mosquito, antes de poner en un compromiso a alguien más enviándole a hacer un trabajo para el que no está entrenado. Adiós. —Depositó el arco del intercom, pensando: *Lo de «cerebro de mosquito» va por haberme cortado*. Miró a Miriamne (con el fantasma de la beligerancia flotando en su sonrisa)—: Bueno, supongo que hemos dejado las cosas claras..., si es que sirve para algo. —Inclinó la cabeza hacia un lado.

El mismo fantasma se asomó a la sonrisa de ella. Se frotó el cuello con un dedo. Sus uñas eran cortas y cromadas. Sus labios llenos y marrones.

—Soy cibralógica —dijo—. Por todo lo que sé, no existe ningún cibralogista.

Bron se echó a reír.

—Oh. Bueno, seré sincero con usted. Yo nunca había oído hablar de la cibralógica.

—Yo sí he oído hablar de la metalógica...

Mientras Bron reía, dentro de él el fantasma se hizo momentáneamente real.

—Mire —dijo—, puedo hablarle un poco de la metalógica y, mañana, probablemente encontremos algo que pueda hacer que no sea demasiado aburrido, aunque tampoco sea demasiado útil. —Alzó las manos, con las palmas hacia arriba—. O podemos tomar un poco de café y simplemente —se encogió de hombros— hablar de otras cosas. Quiero decir que sé lo agotadoras que pueden llegar a ser estas mañanas de apresúrate y luego espera. He tenido que pasar por muchas de ellas antes de conseguir llegar hasta aquí.

Su sonrisa se convirtió en una corta risa (aunque con aquel hosco fantasma asomándose todavía).

—¿Por qué no tomamos el café y me habla usted un poco de la metalógica?

Bron asintió.

—Estupendo. Voy a pedir... —Se puso en pie.

—¿Puedo sentarme en este...?

—Por supuesto. Póngase cómoda. ¿Cómo le gusta...?

—Solo —dijo ella desde la silla basculante— como mi vieja —y se rio de nuevo (mientras él metía la mano en el cajón junto a su rodilla y discaba. Un bulbo de plástico se deslizó hacia fuera, golpeó sus nudillos y quemó su piel)—. Eso era lo que mi padre solía decir siempre. —Apoyó las manos en sus rodillas—. Mi madre era de la Tierra..., de Kenia, para ser exactos, y yo he estado intentando vivir sin ese lugar desde entonces.

Bron le devolvió la sonrisa, depositó un bulbo de café sobre el escritorio, cogió el otro y pensó: Típico n-r..., siempre hablando de dónde han venido, de dónde empezaron sus familias. Sus propios padres habían sido recios, rubios, diligentes y (después de años de trabajar como operadores de ordenador en Marte, cuando su entrenamiento de la Tierra, pasado de moda antes incluso de su emigración marciana, les había prometido gloriosas carreras en diseño) melancólicos. Estaban en mitad de la cuarentena cuando llegó él, el último de cinco hijos. (Estaba bastante seguro de haber sido el último.) ¿Era por eso, se preguntó una vez más, por lo que le gustaban las mujeres de aspecto melancólico? Sus padres habían sido, como tantos otros que llegaba a ser incluso embarazoso, trabajadores en un nuevo mundo que necesitaba cada vez menos ese tipo de trabajo. No había vivido con ellos desde los quince años, no los había visto desde los veinte, había pensado raramente en ellos (normalmente cuando alguien se refería a los suyos), nunca hablaba de ellos (una concesión a un código de educación casi universal fuera del n-r que, una vez se había dado cuenta de que existía, había hallado inmensamente tranquilizadora).

Bron tendió a Miriamne el segundo bulbo.

—De acuerdo. Metalógica... —¿Desde detrás del escritorio? No, mejor situarse

de nuevo en la parte delantera, para conseguir un mayor efecto—. La gente —echó hacia un lado un montón de desmoronados papeles—, cuando se dedica a resolver algún problema real, no utiliza una lógica estricta y formal, sino una especie de metalógica, de la cual las reglas de la lógica formal pueden ser consideradas, en ocasiones, como los parámetros generadores. Ya conoce el viejo problema: Si una gallina y media pone un huevo y medio en un día y medio... —Alzó una ceja (la auténtica) y aguardó a que ella bebiera.

Su bulbo de plástico se arrugó y se colapsó en una bola más pequeña. Ella alzó la vista.

—La pregunta es: Entonces, ¿cuántos huevos pone una gallina en un día?

—¿Uno? —sugirió ella.

—...ésa es la respuesta comillas lógica cierra comillas que ha estado dando la gente desde hace más de cien años. Un poco de pensamiento sobre el tema, sin embargo, le mostrará que en realidad es dos tercios de un huevo...

Miriamne frunció el ceño.

—La cibralógica utiliza los componentes de representación del lenguaje/pensamiento... Soy ingeniera de hardware; no sé mucho de lógica, ni meta ni de la otra. Así que vaya despacio.

—Si una gallina y media pone un huevo y medio en un día y medio, entonces tres gallinas pondrán tres huevos en el mismo día y medio, ¿correcto? En consecuencia, una gallina pondrá un huevo en ese día y medio. De ello se deriva que una gallina pondrá...

—Dos tercios de un huevo en un día —asintió ella. Sorbió. El bulbo se colapsó más.

—Entramos en la metalógica —explicó Bron (Pensando: Con las inteligentes y melancólicas, esa expresión de atención significa que estamos consiguiendo más de lo que conseguiríamos si sonrieran)—cuando preguntamos por qué llamamos a ese «uno» la respuesta «lógica». ¿Conoce usted el axioma fundamental de prácticamente cualquier texto formal de lógica jamás escrito, «Negar que P es cierto es afirmar que P es falso»?

—Recuerdo vagamente algo acerca de que negar que el Taj Mahal es blanco... — La burbuja de Miriamne no era más que un plástico arrugado entre sus brillantes uñas — es afirmar que no es blanco..., una idea con la que, sólo intuitivamente, nunca me he sentido muy cómoda.

—Y con buenas razones. —Bron bebió su propio café y oyó crujir el plástico—. El significado de «blanco», como el significado de cualquier otra palabra, es un abanico de posibilidades. Como el color en sí, el significado se desvanece muy imperceptiblemente hacia un lado, a través del gris, hacia el negro, y por el otro, a través del rosa, hacia el rojo, y así, por todos lados, hacia cualquier otro color; e

incluso hacia algunas cosas que no son en absoluto colores. Lo que el lógico que dice: «Negar que el Taj Mahal es blanco es afirmar que no es blanco» está diciendo realmente es: «Si situamos un límite en torno a parte del abanico de significados de un espacio cuyo centro todos estamos de acuerdo en llamar blanco, y si luego procedemos a llamar a todo lo que haya dentro de ese límite artificial “blanco”, y todo lo que haya fuera de ese límite “no blanco” (en el sentido de “cualquier cosa menos blanco”..., y observe que hemos introducido una distorsión a lo que hemos dicho que había realmente allí), entonces cualquier punto en el abanico total de espacio significativo tiene que estar o bien dentro o bien fuera de este límite»..., una idea más bien arriesgada, porque si ese límite es cualquier cosa en el universo real, desde un muro de piedra a una simple onda pulsante, entonces tiene que haber algo debajo de ella, por decirlo así, que no está ni en una parte ni en la otra. Y es arriesgada también porque, si el Taj Mahal resulta que está hecho de losetas blancas sujetas a granito marrón mediante arcilla tostada, entonces no hay nada que le impida afirmar que el Taj Mahal es blanco y que el Taj Mahal es marrón y que el Taj Mahal es tostado, y afirmar que tanto el tostado como el marrón se hallan en el área de espacio significativo que hemos señalado como «no blanco»...

—Espere un momento: Parte del Taj Mahal es blanco, y parte del Taj Mahal es marrón, y parte del Taj Mahal es...

—La solución es mucho más simple que eso. Entienda: Del mismo modo que «blanco», las palabras «Taj Mahal» poseen un abanico de significados que se extiende, por un lado, al menos tan lejos como las puertas que rodean el lugar, de modo que una vez entras en él puedes decir sinceramente: «Estoy en el Taj Mahal», y que, por el otro lado, se extiende al menos hasta las losetas individuales en la pared, e incluso más allá a la arcilla entre ellas, de modo que, cuando cruzas las puertas del Taj Mahal y pasas sólo la uña por la franja de no coloreado material entre dos losetas, puedes decir, con la misma sinceridad: «He tocado el Taj Mahal». Pero observe también que los terrenos del Taj Mahal se desvanecen (hasta el punto de que son uno con ella) en el área de significado de la «superficie de la India», gran parte de la cual no es en absoluto los terrenos del Taj. Y la arcilla entre las losetas se desvanece también (hasta el punto en que es una con ella) con la arcilla de Vriamin..., la arcilla extraída de los pozos de arcilla de Vriamin, a cincuenta kilómetros al sur, parte de la cual fue a parar al Taj y parte de la cual fue a parar a otros edificios completamente distintos. El lenguaje es paramétrico, no perimétrico. Las áreas de espacio significativo se entremezclan y se desvanecen una en otra como las nubes de color en un espectro tridimensional. No encajan entre sí como ladrillos de cantos vivos en una caja. Lo que hace los límites «lógicos» tan arriesgados es que la afirmación del lógico formal de que puede establecerse un límite en torno a una área de espacio significativo no nos proporciona, en una situación tan nubosa, ninguna forma de decir

dónde establecer el límite, cómo establecerlo, o si, una vez establecido, llegará a sernos útil. Ni nos ofrece ninguna forma por la que dos personas puedan estar seguras de que han establecido sus límites en torno a la misma área. Tratar las interpenetrantes nubes de bordes blandos como si fueran ladrillos de afilados bordes no nos ofrece mucha ayuda si deseamos hablar realmente de cómo construir una auténtica casa. El lenguaje normal, informal, no riguroso, supera todos esos problemas, sin embargo, con una bravura, una desenvoltura y una elegancia que deja al lógico formal jadeando y aplaudiendo. —Bron se balanceó una sola vez en su escritorio—. Visualice un área de espacio significativo..., lo cual es difícil de conseguir en la mejor de las ocasiones, porque el modelo más simple en el que podemos pensar tiene que ser representado en siete coordenadas (una para cada órgano de los sentidos), y el que utilizamos normalmente emplea veintiuna, algunas de ellas fraccionarias, lo cual en realidad no es más difícil que trabajar con exponentes fraccionarios, y algunas polares, porque las líneas resultantes, no definibles, entre coordenadas bipolares modelan convenientemente algunas discontinuidades significativas que todavía no hemos sido capaces de unir coherentemente: cosas como el deslizamiento entre lo denotativo y lo connotativo, o lo metonímico y lo metafórico. Es preciso tomar un poco de la teoría de las catástrofes para comprenderlo... Incidental—mente, ¿sabe usted que la teoría de las catástrofes fue inventada en el siglo xx por el mismo topólogo del siglo xx, Rene Thom, que los neotomistas siguen venerando? Aunque no tanto como uno podría creer...

Para delinear el modelo paramétrico del lenguaje, utilizó la extravagante analogía de los «significados» como nubes de colores llenando el espacio significativo, y las palabras como globos dirigidos que, una vez unidos en una frase, eran arrastrados a las diversas áreas específicas de sus nubes de significado por los vectores de sintaxis resultantes, pero que, una vez soltados, derivaban más o menos de vuelta hasta allá donde habían partido en sus campos nubosos. Ni siquiera estaba seguro de si había obtenido la analogía de algo que había leído en la biblioteca de la oficina —¿quizás uno de los pasajes más visionarios del segundo volumen de la Summa de Slade?— o algo que había aprendido en su turno de entrenamiento. Posiblemente ambas cosas.

—Creo que ahora le sigo —dijo Miriamne en un momento determinado—. Sólo que, hace un momento, mencionó usted cosas en el universo. De acuerdo: ¿dónde está en el espacio real este espacio significativo? ¿Y de qué están hechas en el espacio real estas nubes imprecisas o campos de significado de siete a veintiuna dimensiones?

Bron sonrió.

—Tiene que recordar usted que todas esas visualizaciones, incluso las a-dimensionales, en sí mismas no son más que modelos abstractos para..., bueno,



explicar cómo lo que es consigue realizar lo que hace. Lo que es, en este caso, es la matriz orgánica altamente compleja de los microcircuitos del cerebro humano en interface con un montón de frentes de onda distorsionados por objetos y energías dispersos por todo el cosmos. Y lo que hace, en este caso, es ayudar al cerebro a aprender lenguajes, producir razonamientos en esos lenguajes, y analizar esos razonamientos en términos lógicos formales, así como en metalógicos. Si me permite usted desarrollar algunos vectores sintácticos entre esos globos, eso los desviará a través de importantes deslizamientos metafóricos: El espacio se halla en los circuitos del cerebro, y las nubes están compuestas por lo mismo que las palabras una vez han pasado por el tímpano de nuestros oídos, del mismo modo que está compuesta la imagen de este bulbo de café una vez pasa la retina, del mismo modo que está compuesto el sabor de una barrita de Protyn una vez pasa por las papilas gustativas, lo mismo podemos decir de los vectores que mantienen a los globos juntos, o las fuerzas direccionales que los anclan dentro de sus nubes más o menos allá donde las ha situado el aprendizaje: una serie de frentes de onda electroquímicos dirigidos.

Miriamne sonrió.

—Creo que sigo pensando que todavía le sigo.

—Bien. Entonces eche a un lado todas las visualizaciones que ha estado formando hasta ahora, en primer lugar porque simplemente no hay ninguna forma de visualizar un frente de onda dirigido cartografiando un espacio de siete a veintiuna dimensiones lleno de abanicos de significado espectralmente relacionados, ya que lo es todo menos, por decirlo en pocas palabras, supersimplificado. Y en segundo lugar, porque vamos a empezar de nuevo con «Afirmar P es negar no-P» y vamos a subir un tramo completamente distinto de escaleras. ¿Está preparada?

—Adelante —dijo Miriamne—. Voy inmediatamente detrás de usted.

—De acuerdo: las dos metas de la metalógica son: una) la delimitación del problema, y dos) una exploración de la interpenetración entre los elementos del problema en el espacio significativo. En viejos términos booleanos (¿vio usted el reportaje del canal público sobre eso hace unas semanas?), se puede llamar a eso un riguroso cartografiado del Universo del Discurso. Supongamos que estamos construyendo alguna exposición o discusión acerca de los campos de hielo del granjero Jones; y la mayor parte de los elementos del problema serán las cosas que están ya en las tierras o las cosas que pueden ser traídas a las tierras. Si decidimos llamar a todas las tierras al sur de la Vieja Grieta «P», entonces, según cómo y qué cosas afecten al problema, es decir, se interpenetren con él, puede no haber ninguna razón para no llamar a las tierras al norte de la Vieja Grieta «no-P». O podemos desear llamar a todas las tierras del norte y las cosas que están en todas las tierras del norte y del sur «no-P». O, con un tipo diferente de problema, podemos desear llamar a todas las tierras del norte y a todas las cosas en todas las tierras del norte y del sur y

a todas las cosas que pueden ser traídas a las tierras «no-P». O, de hecho, podemos, según el problema, hacer algún otro tipo de división. Ahora recuerde que, en lógica formal, «no—P» tenía que ser aceptada en términos de «no-P», lo cual (si P son las hectáreas del sur del granjero Jones) incluye no sólo las hectáreas del norte sino también el problema de la cuadratura del círculo, el anillo interior de Saturno y el pesar..., sin mencionar el Taj Mahal. Pero, dado lo que sabemos del problema, resultaría un poco estúpido esperar que cualquiera de estas cosas diera como resultado una auténtica solución. Desecharlas de nuestra consideración es una delimitación metalógica, resultado de un examen del espacio significativo en torno de varios vectores sintácticos que conectan diversas palabras del problema. Esto significa que nuestra delimitada área para P y no-P puede ser llamada metalógicamente, si no lógicamente, válida. En otras palabras: Negar significativamente que el Taj Mahal es blanco, aunque ciertamente no es afirmarlo, sí es, muy evidentemente, sugerir que el Taj Mahal es de algún color, o una combinación de colores; y lo sugiere mucho más enfáticamente de lo que sugiere que el Taj Mahal es Brian Sanders, la libertad, la muerte, grande, pequeño, pi, una coma decimal o el cometa Halley. Tales sugerencias mantienen unido el espacio significativo y lo mantienen en orden. Tales sugerencias son las que resuelven los problemas reales. Poniéndonos de nuevo técnicos por un momento y regresando a nuestra pesadilla no dimensional... —Y a partir de ahí se desvió hacia las diversas representaciones topológicas de las interpenetraciones metalógicas de «P» y «no-P» en cualquier volumen a-espacial donde las dos estuvieran representadas—: ...no-P puede arrancar una pequeña parte de P, o puede ser una forma que perfore a P como un dedo una bola de masa, asomándose por ambos lados. Puede ser una forma que corte a través de P y la parta en dos mitades..., en realidad tres, si consideramos el resultado como dos lados y la partición en el centro. Tenemos una relación muy útil P/no-P cuando decimos que, para cualquier espacio, no-P se halla completamente contenida en P, es tangente a ella en un número infinito de puntos, y la divide en un número infinito de partes..., es algo tan común que tenemos un nombre especial para ello: decimos que no-P rompe P. Es por eso que la relación metalógica de la gallina y media nos sugiere equivocadamente utilizarlo para responder rápidamente «uno». —Bron inspiró profundamente y se dio cuenta de que sus ojos vagaban por el cubículo, haciendo una pausa en el tablón de avisos, las consolas de la pared y del escritorio, los archivadores, los estantes y los lectores—. Y lo que hacemos aquí, en este departamento, es tomar los programas para algunos problemas muy complicados, sus sinopsis verbales y las especificaciones para las respuestas, a menudo los propios problemas contienen millones de elementos y millones de operaciones, y efectuar un rápido estudio por medio del cual intentamos cartografiar a qué espacio de una, dos o diecisiete coordenadas pertenece el problema/respuesta; y entonces sugerimos una

interpenetración topológica adecuada para los constituyentes P, Q, R y S que componen la cosa, proporcionando una metalógica hecha a la medida que, cuando es pasada al ordenador, reduce todo el asunto a un tamaño y forma manejables; sin embargo, no enviamos nuestros resultados directamente a la sala de ordenadores, sino que los remitimos a otro departamento denominado simplemente 70-E, que reelabora por completo nuestros resultados en otra forma distinta y los envía entonces a otro departamento conocido aún como el Estudio de Howie (aunque creo que Howie ya no está entre nosotros desde hace más de siete años), donde se hacen con ellos cosas aún más misteriosas y arcanas, de las que no necesitamos preocuparnos aquí. Volviendo a lo que... —y mientras su monólogo adoptaba de nuevo lentamente el aire de una discusión, descubrió que muchos de los aspectos más técnicos («si no conseguimos generar un cartografiado coherente del problema en un espacio de  $n$  coordenadas, una indexación cruzada del mapa en un espacio tridimensional a través de una serie de matrices cruzadas representadas por  $W_1, W_2, W_3, \dots, W_n$  pueden sugerir a menudo dónde conseguir una aproximación de coherencia en un espacio de coordenadas  $n + 1, n + 2, n + 3 \dots n + r$ . Lo cual es estupendo, ya que todo lo que hay que hacer, para un mapa determinado, es tomar el volumen que nos permite determinar ciertos aspectos metalógicos de su traducción que podemos modelar como una aceleración regresiva con respecto a los productos específicos de la matriz no conmutativa,  $i, j$  y  $k \dots$ ») le parecían familiares de otras aplicaciones. Las analogías fáciles, definitivamente llenas de agujeros (las incoherencias que el técnico intentaba llenar), eran situadas rápidamente por ella en su lugar. Empezó a sospechar que, con anticipación al trabajo, ella había recurrido a un Sam. De tanto en tanto escuchaba con extrema atención cuando él se desviaba hacia una elocuencia más bien confusa. En medio de una de tales desviaciones le golpeó el pensamiento: En alguna parte en el espacio real existía el auténtico Taj Mahal. Nunca lo había visto: nunca había estado en la Tierra. Eso y la lluvia y la luz diurna sin escudo alguno..., con la actual situación política, probablemente nunca tendría oportunidad de ir. Luego, alzándose para reemplazar la inquietante sensación (aunque por qué era inquietante no lo sabía), surgió: Si realmente voy a iniciar una aventura con esta mujer, quizá me estoy excediendo un poco... Sus ojos volvieron a los de Miriamne. Aguardó a que ella dijera, a lo que fuera que él acababa de decir, que comprendía, o que no comprendía, o que la visión desde la parte superior de aquella escalera era un poco mareante (él siempre lo hallaba así), o formulara una pregunta acerca de alguna parte de ella, o finalmente admitiera que su atención se había perdido y que había perdido parte de su exposición, y que por favor se la repitiese.

Lo que ella dijo, después de aplastar su bulbo de café en su mano, mirar a su alrededor en busca de un lugar donde arrojarlo, no hallar ninguno, y arrojarlo finalmente a una esquina donde ya había un montón de otros bulbos arrugados que él

mismo había tirado inelegantemente el mes pasado, fue:

—¿Sabe?, creo que ayer conoció usted a una amiga mía en el n-r. Dirige una comuna de teatro..., la Púa.

Lo que ocurrió a continuación fue que su corazón empezó a latir fuertemente. (El Taj se derrumbó en un montón de granito, arcilla, losetas...) Mantuvo su sonrisa en su lugar y consiguió decir, roncamente:

—Oh, ¿quiere decir que conoce usted...? ¡Eso sí es una coincidencia! —Los latidos eran tan fuertes que atronaban en sus oídos—. ¿La Púa? —La intensidad disminuyó.

Durante las siguientes seis horas, por medio de algún proceso lógico, metalógico o al azar, averiguó que Miriamne vivía en la coop del n-r (los Tres Fuegos) que había ofrecido a la compañía de la Púa un conjunto vacío de habitaciones en el sótano; que Miriamne había hecho amistad con la Púa hacía una semana; que la Púa le había mencionado, la noche pasada, que habían efectuado una actuación para alguien que probablemente trabajaba en la gran hegemonía de ordenadores de la Plaza de la Luz..., no, la Púa desconocía su nombre, pero estaba en metalógica y llevaba una ceja de metal. Durante todo esto, Bron tomó tablillas borrables de escritura de su cajón, borró algunas, las puso en otros cajones, se dio cuenta de que las había puesto en los cajones equivocados, no dejó de sonreír, le habló brevemente del proyecto Estrella del Día (con una explicación que, cuando ya estaba a la mitad de ella, se dio cuenta de que no podía seguirla porque era simplemente incoherente, la terminó de todos modos, y descubrió que ella había comprendido mucho más de lo que él hubiera creído), supo que cuando ella había sido contratada se le dijo que casi con toda seguridad no acabaría en su propio campo sino que, dado el estado de las cosas debido a la situación económica, cada cual tenía que conformarse con lo que salía; cuando le dijeron que probarían en metalógica, se preguntó si iba a conocer al rubio alto con la ceja de oro. Sí, se había sorprendido cuando se dio cuenta de que él era la persona que estaba sentada detrás del escritorio y a la que había sido asignada como ayudante. Sí, Tetis era una ciudad pequeña. En medio de todo aquello llegó la hora de comer, y él le dijo dónde estaba la cafetería del edificio y la envió allá arriba, tras decidir que él comería algo envuelto en plástico a solas en la oficina. Cinco minutos después de que ella se fuera, recordó que estaba intentando tener una aventura con la mujer. Enviarla a comer sola no había sido un buen movimiento si su meta era ésa, así que se apresuró tras ella.

Justo detrás de las dobles puertas de la cafetería estaban las Siete Hermanas Ancianas (cuatro de las cuales, al menos, eran mujeres), con sus capas de cuentas y sus pañuelos plateados. Hacía un año o así habían venido a trabajar a la hegemonía; durante unos meses, los rumores las habían convertido en algo parecido a un mito hegemónico. Eran las últimas supervivientes de alguna secta a la que se habían unido

a los tres o cuatro años de edad, una secta que, durante las últimas ocho décadas o más, había eludido toda instrucción, regeneración corporal y la adquisición de habilidades matemáticas. (Qué hacía exactamente esa secta era algo de lo que Bron no estaba seguro.) Hacía algunos años, sin embargo, bajo las necesidades de la devaluación de las fichas y el crecimiento de las demandas del crédito, se había producido un cambio en la política de la secta. Utilizando únicamente los entrenamientos de la Información General y los programas de instrucción disponibles a través de la consola de cualquier coop, las siete octogenarias habían conseguido, en un año y medio, dominar no sólo la lectura y escritura básicas y los rudimentos de las matemáticas, sino también varias técnicas más bien avanzadas de diseño paramatemático; habían aplicado todo ello a su trabajo, habían superado los test de eficiencia, y habían sido contratadas. Su secta aún les prohibía compartir su comida con los no creyentes pero, basándose en un cierto sentido del decoro social, acudían siempre a la cafetería a la hora de la comida y permanecían junto a la pared, sonriendo, saludando, intercambiando frases banales con sus compañeros de trabajo que acudían a comer.

Bron saludó con la cabeza a la más cercana, luego escrutó la concurrida sala. Una docena de personas estaban reunidas en torno a (sí, por supuesto) Tristán e Isolda, las dos hermanas gemelas de doce años que, hacía seis meses, habían sido ascendidas a directoras de toda el ala de Tetis de la hegemonía (... más test de aptitud, más puntuaciones fenomenales). Tristán, desnuda, estaba de pie rascándose el pie izquierdo con los dedos del derecho, contemplándolo todo sin ningún interés. Isolda, bañada en diáfano escarlata de pies a cabeza, charlaba animadamente con una docena de personas a la vez. A los tres meses, las chicas habían pedido que se les librara de sus agotadores cargos ejecutivos. Dijeron que interferían con sus demás intereses. Ahora estaban trabajando de nuevo como evaluadoras de técnicas de crédito. Pero, según decían los rumores, retenían su aumento cuádruple del crédito.

Mientras miraba desde el mostrador vegetariano a la izquierda, al otro lado de la repleta sala, hasta la cola de la dieta especial de la derecha, Bron experimentó por cienmilésima e irritante vez ese instante de incomodidad y alienación; la mayor parte de aquella gente, por razonable y feliz que fuera, vivía en las coops mixtas que él había intentado una vez, pero había hallado demasiado tediosas y demasiado irritantes para soportarlas. La mayoría de ellos —aunque no necesariamente la misma mayoría— vivían en coops donde el sexo era abierto y animado e insistentemente integrado en todos los aspectos de la vida cooperativa..., algo espléndido en teoría, pero en la práctica su aspecto más irritante y tedioso. (Muy pocos de entre ellos [ligeramente menos de uno entre cinco], como Philip —que estaba de pie al otro lado de la sala, frotándose la barba con la muñeca y hablando con tres programadores jóvenes, cuyo sexo Bron ni siquiera podía distinguir [aunque uno de ellos iba

desnudo] debido a los hombres y mujeres que se cruzaban ante ellos—, vivían en comunas familiares complejas.) Philip era el jefe que, definitivamente, a Bron no le gustaba.

¿Dónde estaba Miriamne, de todos modos?

Durante el primer año de Bron en los Satélites, en Lux, había pensado que tal vez le gustara un trabajo físico, trabajar con las manos, con el cuerpo..., después de todo, venía de un trabajo físico en Marte. Se había entrenado, había estudiado, había hecho pruebas; y había conseguido trabajo en un gran refectorio de metal ligero (los metales pesados eran cada vez más raros a medida que te alejabas más y más del Sol). Había odiado el trabajo; se había sentido totalmente frustrado por la gente. De ahí, había pasado tres semanas en un programa de entrenamiento en un complejo de reciclado de Protyyn..., resultó algo tan desagradable que decidió olvidar las lunas de Saturno a cambio de las lunas de Neptuno. (Júpiter estaba al otro lado del Sol; no alentaban la emigración a Ganimedes aquel año.) Luego había venido aquel trabajo en el canal público.

De todos modos, si permanecías de pie en las cafeterías de cualquiera de los cuatro lugares durante una hora, observando a la gente ir y venir, escuchando fragmentos de conversación, revisando los temas de sus preocupaciones cotidianas, apenas podías distinguirlos, excepto por el hecho de que dos estaban en Japeto y esto era Tritón.

Miriamne, con su bandeja, salía de la cola vegetariana.

Se dirigió hacia ella, abriéndose paso por entre los trabajadores que avanzaban de un lado para otro.

—Hola —dijo ella—. ¿Ha cambiado de opinión? —Luego miró por encima de su hombro.

Bron miró también.

Philip, descalzo como Tristán, vestido con un mono antisépticamente blanco, avanzaba hacia ellos. Llevaba prendida al pecho con imperdibles de latón una v de plástico rojo.

—Oh, hola, Phil... —se volvió Bron—. Ésta es Miriamne, la nueva ayudante que Audri me trajo esta mañana. Philip es mi otro jefe, lo cual lo hace en cierto modo su jefe también..., ¿se conocían ya?

—Nos habíamos encontrado —dijo Philip—. Como te dije antes, si Bron te trata mal, te lo repito ahora porque no me gusta decir las cosas a espaldas de la gente..., dale una patada —Philip alzó el pie y giró ligeramente los dedos hacia el tobillo de Bron (el tobillo de Philip era increíblemente peludo)— directamente aquí. Bron se luxó la rodilla este mismo año —lo cual era cierto—, y no creo que la haya cuidado como correspondía. Seguro que esto le causará un enorme dolor.

Bron se echó a reír.

—Philip es un auténtico cómico. —No, no le gustaba en absoluto Philip.

Miriamne dijo:

—Oí a alguien comentar que esas dos chicas de aquí eran los jefes de toda esta operación hace unos meses...

—Ajá —respondió Philip—. Y la cosa funcionaba mucho mejor de lo que funciona ahora. Por supuesto, puede que todo sea por culpa de las presiones de la guerra.

Miriamne miró al grupo aún reunido en torno a las gemelas y agitó la cabeza con una ligera sonrisa.

—Me pregunto qué harán dentro de diez años.

—Dudo que sigan siquiera en el negocio —dijo Philip—. Ese tipo de gente nunca lo hace. Si siguen, cuando tengan veinticinco años probablemente habrán fundado una familia. O una religión, si no. Hablando de familias, algunos de nuestros chicos están abajo aguardándome. ¿Me disculpáis? —Philip se alejó. Llevaba sujeta a la espalda, con imperdibles de latón, una N de plástico rojo.

Bron lo contempló alejarse con el ceño fruncido y dijo:

—Iré a coger algo de comida. Busque un reservado.

En torno a todo el salón había una serie de cubículos donde comer y leer, comer y charlar, comer y meditar en silencio, reservados íntimos para cualquier cosa que uno deseara... Si ella elegía uno de esos últimos, Bron, con ese pequeño gesto de la mano, había dejado bien claras sus intenciones.

Pero ella eligió uno para conversación.

Así que, durante el resto de la hora de la comida (se dio cuenta de que lo había hecho dos minutos antes de que fuera la hora de regresar al trabajo), él le hizo preguntas acerca de la Púa, la comuna teatral, de nuevo la Púa..., no precisamente, meditó mientras bajaban la escalera hacia el Departamento de Metalógica en el segundo subsolano, la mejor forma de iniciar con el mejor pie una relación. Bueno, aún quedaba todo el resto del día.

El resto del día siguió del mismo modo, hasta que, cuando ella le pidió si podía marcharse diez minutos antes porque, después de todo, no había realmente nada que hacer hoy y podía recuperar el tiempo una vez estuviera más metida en el trabajo, y él dijo por supuesto, y ella mencionó que iba a volver caminando a su coop, y Bron, recordando que después de todo él estaba intentando iniciar una aventura con ella, le preguntó si le importaba que fuera con ella, y no, no se apartaba de su camino habitual, ya que frecuentemente tomaba aquel camino a través del n-r, ella frunció el ceño y, un poco a regañadientes, accedió. Quince minutos más tarde, cuando salieron de la Plaza de la Luz y entraron en el desierto callejón que conducía al paso inferior, él recordó de nuevo que estaba intentando iniciar una aventura con ella y apoyó la mano en el hombro gris de su capa: quizá ya era tiempo de señalar abiertamente sus

intenciones...

Miriamne dijo:

—Mire, sé que está sometido a mucha presión al tener que enseñar a alguien a hacer un trabajo para el que no está entrenada, ni siquiera interesada, pero también tengo la sensación, más o menos cada media hora, cuando usted se acuerda de ello, de que intenta seducirme.

—¿Yo? —Bron se acercó un poco más y sonrió—. ¿Qué le hace pensar eso?

—Quizá deba explicarme mejor —dijo ella—. La coop donde vivo es toda de mujeres.

La risa de la Púa regresó a él, pulsando al ritmo de su corazón, que por segunda vez empezó a acelerarse.

—Oh, vaya... —Dejó caer la mayo—. Hey, lo siento..., ¿es gay?

—La coop no —dijo ella—. Pero yo sí.

—Oh. —Bron inspiró profundamente, con su corazón haciendo arder todavía la sangre y el aire en su pecho—. Bueno, realmente, yo..., quiero decir, no lo sabía.

—Por supuesto —dijo ella—. Por eso pensé que debía decírselo. Quiero decir, en estos momentos no estoy interesada en los hombres en ninguna forma, sean de la forma o del color que sean. ¿Comprende?

—Oh, claro, por supuesto,

—Y no quiero que me chille más tarde porque le he dejado ir demasiado lejos, porque ésa no ha sido nunca mi intención. Simplemente he querido ser amable con alguien con quien tengo que trabajar y que parece una persona bastante agradable. Eso es todo.

—Por supuesto —dijo él—. Comprendo. La mayor parte de la gente que vive en coops no especificadas de un solo sexo no suele estar interesada ni en los hombres ni en las mujeres. Lo sé. Yo vivo en una.

—Veo que lo ha captado. —Sonrió—. Ahora, si desea volver a la plaza y coger su transporte...

—No. Honestamente, suelo ir a casa por este camino..., muchas veces. Así es como conocí a Púa..., la Púa..., ayer.

Miriamne se encogió de hombros y siguió andando, pero a una distancia que, a medida que se acercaban al arco del paso, se fue agrandando. No es que se muestre hosca, se dio cuenta de pronto Bron: Está tan preocupada como yo. ¿Por qué?, se preguntó. Y, surgiendo dentro de su mente, tan opresiva como un iceberg y tan brillante como un cometa, estaba el rostro de la Púa. No (entrecerró los ojos hacia Miriamne, que estaba un paso más adelante), ella dijo que la Púa era sólo su amiga: Como yo y Lawrence, pensó. Luego, la repentina pregunta: ¿Acaso sus sentimientos hacia la Púa son los mismos que Lawrence siempre ha dicho que siente hacia...? Sus ojos se entrecerraron más hacia los hombros envueltos en la capa gris allá delante.



¡La mataré!, pensó. ¡Le haré que lamente el haber oído hablar alguna vez de la metalógica! Miriamne, tambaleante, borracha, en el pasillo de la coop, aferrada a la Púa, sujetándose a sus brazos, resbalando hasta el suelo del pasillo... Pensó: Yo...

Miriamne miró hacia atrás.

—Parece preocupado de nuevo.

—¿En? —dijo él—. Oh. Supongo que lo estoy. —Sonrió: La mataré. La mataré de una forma lenta y deliberada que le duela de una forma sorprendente y terrible y constante y que no parezca tener fuente alguna y dure años y años.

Pero, sumida en sus propias preocupaciones, Miriamne volvió a desviar la vista.

Fuera de la arcada, los papeles revoloteaban sobre el asfalto..., una docena de aleteantes pájaros impresos se pegaron a sus tobillos.

Uno se aplastó contra la pantorrilla de Miriamne. Ella intentó soltarlo agitando la pierna, no pudo, así que finalmente se inclinó y lo cogió. Cuando penetraron en la verdosa luz lo examinó. Tras leer una cuarta parte de él, se lo pasó a Bron con una irónica sonrisa.

Para no mirarla a ella, Bron lo leyó:

¡¡¡ESTAS COSAS OCURREN EN SU CIUDAD!!!

proclamaba el titular en gruesas letras oblicuas. Más abajo, unas letras más pequeñas anunciaban:

Hay Trece Cosas que su gobierno no desea que usted sepa.

Debajo había una lista de párrafos numerados:

*El corte de gravedad que arrojó un manto de terror sobre todo el Asentamiento de Tetis la otra noche no es el primero que sacude la ciudad. Una zona tricapa en el sector no restringido cerca del anillo exterior, que incluye las alas C y D de los Servicios Hospitalarios Paramédicos, fue golpeada por un fallo total de la gravedad de dos minutos medio, el cual, aunque sólo causó un descenso de media libra en la presión atmosférica debido a que la zona era comparativamente pequeña, produjo vientos de fuerza huracanada en la zona periférica del n-r cuyo máximo de intensidad jamás fue medido, ¡pero que, cinco minutos y tres cuartos más tarde, fue registrado que cayó a doscientos kilómetros por hora! Las cifras de los daños aún no han sido hechas públicas. Se sabe que hubo veintinueve muertos..., entre ellos cuatro de los siete pacientes «políticos» (¿internos? ¿prisioneros?) en el Anexo C de los Servicios Paramédicos. Podríamos entrar en más detalles sobre esto, pero hay demasiadas otras cosas que relacionar. Por ejemplo:*

*Poseemos una copia de un memorándum del Departamento de Enlace entre el Departamento Diplomático e Inteligencia, con un sello de circulación que indica 4:00 P.A., y que en parte dice: «...la crisis de esta noche será breve. La mayor parte de los ciudadanos ni siquiera se darán cuenta...».*

—Disculpe —dijo una voz ronca—. Será mejor que me dé esto, señor.

Bron alzó la vista a la verde luz.

Miriamne se había detenido también.

—Será mejor que me entregue esto..., señor. —El hombre era corpulento. Un denso vello canoso (y un pezón diminuto) parecía querer asomarse a través de una tela de red negra sobre su pecho. Llevaba un gorro negro en la cabeza, pantalones negros, zapatos abiertos por la punta sobre unos gruesos y peludos dedos. (Debían de estar abiertos por la parte de atrás también, sabía Bron, sobre unos recios y callosos talones.) Sujetaba un saco de lona en una mano (ese brazo estaba enfundado en una manga negra), y en el otro (desnudo excepto un complicado guantelete negro, brillante con diales, protuberancias, pequeños estuches y proyecciones en forma de aleta) aferraba una masa de arrugados papeles—. Algún grupúsculo del n-r ha impreso como unos quince mil de éstos y los ha dejado caer en todas las malditas salidas. ¡Así que todas las malditas polizontas tienen que convertirse en consoladoras de la polución! —Miró a Miriamne que, con los brazos cruzados, había apoyado un hombro contra las baldosas verdes. Su expresión hosca y preocupada había desaparecido; había sido reemplazada por una de muda pero clara hostilidad—. Quiero decir que no podemos dejar que este tipo de basura vaya revoloteando por las calles. —Sus ojos volvieron a los de Bron—. Así que vamos, deje que una chica haga su trabajo y déme... —Su expresión vaciló—. Mire, si quiere leerlo, simplemente métaselo en el bolsillo y lléveselo. No hay ninguna prohibición acerca de tener tantos de ellos como quiera en su propia habitación..., pero se supone que debemos eliminarlos de toda la propiedad pública con estrictas licencias publicitarias. Mire, a mino me importa que lo lea. Simplemente no lo deje tirado por ninguna sala común, eso es todo..., éste no es ningún maldito estado policial. ¿Dónde cree que estamos, en la Tierra? Yo vengo de la Tierra. Allí era polizonta, bueno, nos llamaban simplemente policías, allí en Pittsburgh, antes de venir aquí y alistarme en la fuerza. En Pittsburgh podías ser arrastrado a re-socialización sólo por algo así... —Hizo un gesto con la cabeza hacia la pared de baldosas donde Miriamne se apoyaba. Alguien había pintado en ella, en rojo luminiscente (que adquiriría tonalidades desagradables bajo las farolas verdes):

¡PLANTE FIRMEMENTE LOS PIES EN EL SUELO!

## NO ESTÁ HECHA DE QUESO VERDE!

Debajo, una serie de flechas torpemente dibujadas apuntaban hacia abajo.

(Con tiza blanca, alguien había garabateado, cruzando un lado del eslogan: «eso es un poco difícil de hacer si siguen cortando la gravedad», con varias flechas negras apuntando hacia el último signo de exclamación luminiscente.)

—Créame, en Pittsburgh, así es como lo hacen. —(Hacia quince años, los agentes de policía de Tetis eran casi todos mujeres, de ahí el apodo de «polizontas». Con el cambio de estándares, y las migraciones de la última década y media, en la actualidad casi un tercio de la fuerza era masculino. Pero el nombre había persistido y, como había explicado en una ocasión la Oficiala Jefa de Policía Phyllis Freddy a un sonriente locutor en una entrevista de un canal público, barriendo el último asomo de humor de un chiste que nunca había ido más allá de la mediocridad: —Mire, una polizonta es una mujer, ¡no me importa que sea hombre o mujer!)—. De veras, sé de lo que estoy hablando. Ahora, guárdese eso o démelo, ¿quiere?

Bron miró de nuevo a Miriamne (que estaba observando en silencio), luego tendió el trozo de papel.

Siguió a los otros al interior del saco.

—Gracias. —El agente vestido de negro empujó los papeles más hacia el fondo del saco—. Quiero decir, vienes a las lunas y aceptas un trabajo de chica porque eso es lo que sabes hacer, es para lo que te han entrenado..., y créame, es mucho más fácil aquí de lo que era en Pittsburgh..., o en Nangking, lo sé porque trabajé allí también..., quiero decir que aceptas el trabajo porque deseas ser una chica... —Avanzó hacia Bron, se inclinó y recogió otro puñado de los papeles que revoloteaban junto al suelo—, ¿y cómo terminas? ¡Recogiendo basura como un hombre!

Miriamne echó a andar de nuevo, con los brazos aún cruzados. Bron echó a andar también.

El rumor del revolotear de papeles (y el sonido al ser arrugados y aplastados) resonó tras sus pasos.

En la oscura acera, junto a la barandilla, Miriamne giró hacia la izquierda.

A la derecha, una mezcla de colores brillantes llamó la atención de Bron:

Un realzaego se alzaba junto a una mugrienta pared a unos cuatro metros de distancia. Pero algo no iba bien allí.

—Disculpe —dijo Bron—. ¿Puede aguardar un momento?

Se dirigió hacia allá.

Alguien lo había ensuciado..., probablemente con la pintura del mismo spray con el que había sido escrito el eslogan del «queso verde» en las baldosas del paso inferior. Contra los tonos ya normalmente entremezclados, era difícil decir qué colores pertenecían aún a los originales de la cabina; lo único que aún se distinguía era el cartel encima de la entrada (sólo se leían claramente «su» y la mitad de

«sociedad»), lleno de grandes manchas rojas.

La lona había sido arrancada de sus sujeciones en un extremo; la corrió hacia un lado.

El interior estaba lleno de escarlata. ¿Algún culto religioso había elegido aquella cabina para realizar algún ritual de automutilación?

No, sólo era vandalismo.

La pantalla estaba hundida, y el rojo era demasiado brillante para ser sangre. La ranura para la ficha estaba tapada con Protyn medio masticado o algo peor. Los labios de la ranura de la tarjeta habían sido forzados hacia dentro.

—Supongo —murmuró Bron— que lo ocurrido ayer por la noche hizo que algunas personas se sintieran más irritadas que nunca contra estas cosas...

Miriamne, en alguna parte detrás de su hombro, dijo:

—Lleva ya cuatro meses así. ¿No se había dado cuenta de ello? —Luego añadió—: Mire, no quiero mostrarme poco cortés. Pero una de las razones por las que deseaba marcharme unos minutos antes es que deseaba encontrarme con una amiga en la coop..., es importante para mí. —Sonrió—. Un asunto del corazón, si quiere llamarlo... Si no le importa, seguiré...

—No —dijo Bron, volviéndose—. Quiero decir, no me importa. Pero yo...

Miriamne ya había echado a andar de nuevo.

Bron la alcanzó.

—Quiero decir, pensé que podía pararme un momento y ver si la Púa..., la Púa estaba allí. Deseaba..., bueno, decirle lo mucho que me había gustado su pieza de teatro..., a menos, por supuesto, que estén por ahí actuando...

—No —dijo Miriamne—. No esta noche. Sin embargo, puede que estén ensayando. —Descruzó los brazos, clavó un pulgar de cromada uña en su cinturón de hebilla cromada—. Por un par de cosas que dijo, no me sorprendería que se alegrara de verle. —Lo cual, mientras él se apresuraba a seguirla (a veces en silencio a su lado, a veces en silencio tras ella) le hizo burbujear de felicidad.

Calles oscuras, acuchilladas aquí y allí por una luz de sodio clavada a una pared (los centímetros inferiores de la mayoría de las lámparas estaban recubiertos de suciedad), dieron paso a callejones más estrechos. Los resplandecientes números y letras rojos de las coordenadas, en sus pequeños marcos encima de él, tenían ahora tantos exponentes y subíndices que uno necesitaba realmente una calculadora de pulsera para averiguar exactamente dónde estaba.

Subieron unos resonantes escalones metálicos entre dos paredes separadas quizá medio metro hasta un túnel profundamente negro, frío, húmedo, y cuyo techo (Bron sabía que estaba sucio) rozaba su pelo.

—Por aquí —dijo Miriamne, con la voz ahogada por las oscuras paredes—. Sé que le estoy llevando por un atajo más bien desagradable. Pero tengo prisa.

Él la siguió «por aquí», se golpeó un hombro contra una esquina; mientras se lo frotaba, allá delante se abrió una línea de luz anaranjada a un lado de Miriamne, recortando su silueta de amplias caderas.

—Entre... —Se trataba de una sala circular con un solo poste de luz en el centro, que iba del suelo al techo—. Ésta es la sala de visitas de los Tres Fuegos. Sé que está más bien desnuda... —Había camastros contra la pared, con sacos de dormir de plástico azul; unos cuantos almohadones en el suelo; algunas estanterías bajas con libros. (Qué extraño, pensó. Qué n-r.) Había un lector al lado de uno de los camastros, pero nada parecido a un archivador para una biblioteca. (Lo cual era también, reflexionó, muy n-r. Los libros, por supuesto, debían de ser todos de poesía)—. No recibimos muchas visitas —explicó Miriamne—. Diré a la Púa que venga..., me disculpará si yo no vuelvo. Pero realmente deseo hallar a mi amiga antes de que se vaya..., si aún está aquí. Si la Púa no está, alguien vendrá a decírselo. Le veré mañana en el trabajo. —Hizo un saludo con la cabeza.

—Gracias. —Bron le devolvió el saludo y se sentó en el camastro del fondo, dándose cuenta sólo ahora de que «su amiga» no era, después de todo, la Púa. La puerta de plástico naranja, con las guías chirriando, se cerró tras una imagen de su ondulante cintura, sus amplias caderas más abajo y su desnuda piel más arriba. Detrás de la sonrisa de Bron, una bruma de hostilidad, que había estado con él desde que entraran en el paso inferior, asomó, se mantuvo unos instantes y desapareció.

Dejó escapar el aliento, se echó hacia atrás en el colchón neumático, meditó de nuevo ahora que ella se había ido y pensó: No puedo tener a esta loca lesbiana en mi oficina. ¡Mira cómo me hace sentir incluso sabiendo que vive en la misma coop que ella! Bron (como la mayoría de la gente) creía que los celos eran una emoción irracional. Pero también era real. Y la experimentaba con la suficiente poca frecuencia como para respetarla cuando aparecía. Le pediría a Audri (¿o a Philip? No, a Audri) que la transfiriera a otro departamento... Aprende rápidamente, y yo podría usar a alguien con su cerebro para poner en forma esa tontería de la Estrella del Día. Pero no es ése el asunto, decidió. Una transferencia. Sí. Haré que...

—¡Hola! —dijo una voz familiar, directamente encima de él.

Alzó la vista. Encajado en el techo había un altavoz.

—En..., ¿hola?

—Ahora vengo...

—No tienes que apresurarte... —Pero oyó un rechinar, y bajó la vista en el momento en que la puerta de color naranja brillante terminaba de meterse en la pared naranja mate—. Oh...

—¡Hey, hola! —Ella entró en la habitación—. Qué sorpresa. —Unos pantalones rojos sueltos abofeteaban sus desnudos tobillos. Desde su cintura, unos tirantes negros cruzaban entre por sus pechos (tres imperdibles de latón sujetaban una gran R

de plástico rojo..., no tenía ni idea de por qué) y desaparecían hacia su espalda por sobre sus hombros. Se detuvo con las manos en las caderas, las uñas desprovistas de oro ahora, ligeramente sucia y cautivadora, los labios sin nada de rojo y encantadores —. Hubieran podido derribarme con un parpadeo cuando Miriamne me dijo que estabas aquí... Iba a pasar la velada leyendo cuarenta y seis micro-escenarios que sé, sin necesidad de mirarlos, que no son en absoluto lo que buscamos. La gente no deja de enviarnos cosas que no son más que chistes malos de un minuto de duración, en vez de piezas de teatro de un minuto..., ¿sabes lo que quiero decir? Es por eso por lo que terminamos creando nosotros mismos la mayor parte de nuestras obras. Pero siempre tengo la sensación de que debo examinar pese a todo el material no solicitado que me llega, sólo por si acaso. Mi error fue decirle a la gente de la subvención que dedicaría una cierta cantidad de tiempo y energía a ello. Algunas semanas sientes menos deseos de cumplir con tu palabra que otras. Y ésta es una de ellas. —Se sentó en el camastro a su lado—. Hemos estado ensayando toda la tarde una nueva pieza que entra en producción mañana. Lo dejamos hace escasamente media hora... —y apoyó afectuosamente su mano en la pierna de él, con el dedo meñique y el anular juntos, el medio y el índice juntos, formando una v entre ellos, lo cual en la Tierra, y en la Luna, y en Marte, y en lo, y en Europa, y en Ganimedes, y en Callisto, y en Japeto, y en Galileo, y en Nereida, y en Tritón, en coops y comunas, parques, bares, paseos públicos y fiestas privadas, era la forma socialmente aceptada para hombres, mujeres, niños y algunos de los animales superiores adaptados por la ingeniería genética, de decir: estoy sexualmente interesado—. ¿Te parece que vayamos a mi habitación?

Por tercera vez aquel día, el corazón de Bron empezó a latir alocadamente.

—Uh... —dijo—. Quiero decir..., sí. Quiero decir, si tú..., por supuesto. Sí. Por favor...

Ella se palmeó las rodillas.

Él estuvo a punto de sujetar su mano y atraerla de nuevo hacia sí.

—Bueno, vamos. —Ella se puso en pie, sonriente—. Comparto la habitación con Windy, nuestro acróbata, y Charo, nuestra guitarrista. Probablemente a ti no te molestaría que estuvieran allí. Pero yo..., soy un poco peculiar. Así que les pedí que fueran valientes y se enfrentaran a las aceradas miradas de la sala común durante un par de horas. ¡Esas coops no especificadas unisexuales son como vivir en la punta de un iceberg!

—Sí —dijo él, siguiéndola a través de la puerta naranja, a través de pasillos, escaleras, corredores—. Yo también vivo en una de ellas.

—Quiero decir —indicó ella, deteniéndose junto a la puerta de una habitación y volviendo la vista hacia él— que es realmente encantador que los Tres Fuegos nos acepten a todos sin problemas..., ya sabes, la compañía tiene tanto hombres como

mujeres, de todas las tendencias. Pero, ¡huau! ¡Las vibraciones psíquicas! —Y luego —: ¿Tú también vives en una de ellas? ¡Bien! —Apoyó el pulgar sobre la placa circular de identificación en la puerta (que parecía tan extraña como los libros en la sala de visitas)—. Quiero decir —murmuró, en un tono que le indicó que estaba recogiendo educadamente otro hilo de pensamientos— que si Windy y Charo se limitaran a sentarse y leer, supongo que la cosa no sería tan mala. Pero siempre están practicando. Los dos. Y, personalmente, me altera.

La puerta se abrió.

Ella entró.

Él la siguió.

La cama era de tamaño triple y estaba revuelta.

—Realmente, cuando Miriamne me dijo que tú eras su jefe...

Él se echó a reír, absolutamente encantado.

—¿Qué es lo que dijo de mí?

Ella le miró, meditó unos instantes..., con su lengua hecha un pequeño nudo en su mejilla.

—Que lo intentaste esforzadamente. —Se volvió delante de la cama, soltó uno de los tirantes, que colgó contra sus pantalones rojos—. Lo consideré una recomendación.

Bron avanzó hacia ella y se preguntó brevemente si podía llegar a ocurrir algo terrible.

No ocurrió.

Hicieron el amor.

Después, ella hizo algunas lánguidas sugerencias acerca de volver a sus guiones. Pero, entre una cosa y otra, hicieron el amor de nuevo..., tras lo cual, ante su propia sorpresa, él se echó a llorar. Con las lágrimas brillando aún en su rostro, intentó borrarlas con una sonrisa, en realidad más bien orgulloso de sí mismo ante lo abierto de sus emociones..., cualesquiera que fueran, maldita sea... Evidentemente emocionada, ella hizo descansar su cabeza en el regazo de él y preguntó:

—¿Qué ocurre? Vamos, vamos, ¿de qué se trata?

Aún riendo, aún llorando, él dijo:

—No lo sé. De veras, no lo sé. No me ocurre muy a menudo. De veras. —Le había ocurrido exactamente dos veces antes, las dos cuando tenía veinte años, las dos con mujeres bajas, de piel muy oscura, huesos pequeños y caderas anchas al menos quince años mayores que él.

Hicieron de nuevo el amor.

—¿Sabes? —dijo ella finalmente, estirándose en sus brazos—, eres realmente encantador. ¿Dónde —y su brazo colgó por un lado de la cama— aprendiste a hacer eso?

Bron se volvió boca abajo (recuperado ya de sus deseos de llorar) y sonrió.

—En realidad ya te lo dije antes. Pero probablemente lo has olvidado.

—¿Hummm? —Ella le miró.

—Probablemente perteneces a la categoría de personas que me lo reprochará —dijo él, sin creerlo ni por un momento. Todos los Satélites Exteriores aceptaban desesperadamente cualquier tipo de decadencia de los Mundos; sospechaba que les proporcionaban alguna especie de frisson que normalmente faltaba en sus vidas en aquellos pequeños mundos.

—Corazón —ella rodó contra él—, todo el mundo pertenece a alguna categoría.

Bron alzó su ceja y contempló el hueco entre los ligamentos del cuello de ella.

—Desde la edad de..., bueno, más o menos entre los dieciocho y los, oh, veintitrés, mis servicios sexuales podían ser comprados en un lugar de Bellona llamado, y no bromeo, el Pozo de la Carne.

—¿Por quién? —Ella inclinó hacia un lado la cabeza—. ¿Mujeres?

—Sí. Mujeres... Oh, se trataba de un buen trabajo, de alto standing, gravado con fuertes impuestos y aprobado por el gobierno.

—Impuestos —dijo ella—. Sí. He oído hablar de mundos que son así... —De pronto, echó un brazo sobre el hombro de él—. ¿Cómo era? Quiero decir, ¿te sentabas en una jaula y eras elegido por criaturas que se arrastraban con las pupilas dilatadas, párpados pintados de plata y diáfanos velos?

—En absoluto. —Bron se echó a reír—. Oh, veíamos algunos velos diáfanos, aunque en general estaban limitados en su mayor parte a las viejas películas y a las antiguas Annie-maciones sobre huerfanitas sexualmente maltratadas. No todas, sin embargo..., mi ceja dorada parecía excitar mucho a algunas de ellas. Pero eso quería decir que sabían lo que significaba.

—¿Qué significa?

—Nada agradable. Vamos. Achuchémonos un poco.

Se achucharon.

—Vivir en un mundo siempre me sonó tan romántico. Crecí en los campos del hielo de Ganimedes. Prácticamente soy una chica provinciana comparada contigo. Debía de ser horrible..., ¿ser un prostituto y pagar impuestos y todo eso? Horrible para tu psique, quiero decir.

—No... En cualquier caso, sexualmente, tras un par de formularios A-setenta y nueve, tenías una idea bastante aproximada de lo que eras realmente.

—¿Tenías que ir con todas las mujeres que te pagaban?

Él empezó a sospechar que la idea la estaba excitando, y consideró la posibilidad de iniciar un monólogo erótico que ya había empleado con varias mujeres ahí fuera y que (de hecho) sólo contenía unas cuantas fantasías por omisión: terminaba con él siendo utilizado por una docena de mujeres en una habitación cerrada con llave,



donde había sido atraído contra su voluntad, y abandonándola al final lleno de hematomas, exhausto, vacío; normalmente, esto incitaba a hacer el amor otra vez. Pero ahora se sentía curioso acerca de la curiosidad de ella.

—A todos los efectos prácticos, lo hacía. Pero el Pozo estaba allí pensando en sus clientes, de modo que eran muy eficientes con los chicos a los que contrataban. Cuando te presentas para un trabajo así la primera vez..., bueno, tienes que llenar un montón de formularios de capacidad, pasar una serie de pruebas de aptitud, tanto de dar como de tomar, y eso te prepara. Quiero decir, no serviría realmente de nada enviar una mujer a un hombre que simplemente no estuviera a su altura..., suponiendo que ella sólo deseara joder con él, lo cual, en más de una cuarta parte de la clientela, no era el caso.

—Así que podías elegir irte a la cama sólo con las mujeres atractivas, si querías... Él negó con la cabeza, preguntándose si ella estaría bromeando.

—Mira, si tú fueras el tipo de chico que sólo puede hacerlo con las ninfas núbiles que aparecen en las historias románticas del vídeo de día, no es muy probable que te presentaras a ese trabajo. Cuando fui contratado, me especialicé en todas las mujeres con deformidades físicas. Por alguna razón, una cicatriz o un brazo o una pierna atrofiados me excitaban; lo cual hacía que resultara tremendamente útil. Y las mujeres viejas, por supuesto; y las de piel muy oscura; y las de enormes caderas; y también me especializaba en lo que llamaban sadismo de segundo nivel.

—Señor —dijo ella—. ¿Qué es eso? ¡No, no me lo digas! ¿Las prostitutas femeninas recibían el mismo tratamiento de lujo..., formularios de capacidad y todo eso?

—La prostitución femenina es ilegal en Marte..., oh, por supuesto, había gran cantidad de ella. Probablemente tanto como masculina, al menos en lo que a número se refiere. Pero, debido a que estaba muy controlada por las polizontas..., hum, los polizontes, si cualquier establecimiento alcanzaba las mismas dimensiones de una de las casas masculinas, era barrido y cerrado. Así que no podías mantener las cosas al mismo nivel de organización. Pero yo obtenía exenciones especiales de crédito e índices preferenciales para los créditos estándar del gobierno por cada período de seis meses de trabajo ininterrumpido..., los cuales, incidentalmente, en tres años y medio, sólo fueron dos. Se trata de un tipo de trabajo en el que es necesario tomar frecuentes vacaciones. —Apoyó una mano en la nuca de ella, la frotó suavemente—. Ahora, en la Tierra, la prostitución femenina está autorizada por el gobierno en muchos lugares y la prostitución masculina es ilegal. Y lo más extraño es que algunos de los tipos que controlaban el Pozo de la Carne, y casi la mitad de las otras casas en el Goebels, fueron a la Tierra y establecieron casas de prostitución femenina autorizadas en varias ciudades de allí, utilizando las mismas técnicas que habían desarrollado en Marte para las casas masculinas..., seleccionando cuidadosamente a las prostitutas,

sometiéndolas a índices de capacidad y estableciendo formularios de preferencias. ¡Al parecer, se forraron! La más antigua profesión de la Tierra era una de las peor llevadas hasta que llegaron ellos..., o eso es lo que dicen a todo el mundo en Marte. Trabajé con un par de tipos que habían hecho el oficio por su cuenta en varios lugares de la Tierra, ilegalmente. —Suspiró—. Me contaron algunas historias peculiares.

—Los Mundos deben de ser lugares peculiares —suspiró ella—. A veces me pregunto si no será ésa la única razón de que estemos en guerra con ellos.

—O a punto de estar en guerra con ellos. Tritón, al menos.

La cabeza de la Púa se alzó. Su pelo rozó como una pluma el borde de la mano de él.

—Mujeres pequeñas de piel muy oscura con grandes caderas y brazos atrofiados... —Le miró—. Algún día tendrás qué decirme qué es lo que ves en una rubia delgada y de huesos grandes como yo.

—Son áreas mutuamente inclusivas, no mutuamente exclusivas. E incluyen muchas otras cosas... —Rozó su hombro con los labios y se preguntó lo mismo que ella acababa de preguntar; su mente, acostumbrada a tales meandros, sólo había sido capaz de llegar a una especie de incesto generalizado, o incluso narcisismo, cuya negación era la razón de esos otros gustos, ahora (interesantemente) actualizados.

—Por supuesto —dijo la Púa—, todo esto suena terriblemente extraño, el ser un prostituto y todo lo demás. —Le miró de nuevo—. ¿Qué pensaban tus padres?

Él se encogió de hombros; ella acababa de rozar un área incómoda; pero él siempre había pensado que la honestidad era una buena cosa en asuntos del sexo.

—En realidad, nunca hablé de eso con ellos. Ambos eran operadores de ordenador en construcción civil..., trabajadores de poca importancia para vosotros. Se sentían más bien melancólicos acerca de todo, y supongo que eso no hubiera hecho otra cosa que ponerles más melancólicos aún.

—Mis padres —dijo ella, con un bostezo—, los nueve..., son granjeros del hielo en Ganimedes. No hay ciudades para ellos. Son buena gente, ¿sabes? Pero no pueden ver más allá del siguiente deshielo de metano. Se hubieran sentido muy felices si yo me hubiera dedicado a los ordenadores, como tú..., o como Miriamne. Pero me temo que el teatro está un poco más allá de su comprensión. No es que lo desapruében, ¿sabes?, es sólo que... —Agitó la cabeza.

—Mis padres, y sólo eran dos, no lo desaprobaban. Simplemente, no lo hablamos. Eso es todo. Pero, de todos modos, jamás hablábamos de nada.

Ella seguía agitando la cabeza.

—Los trineos, comprobar los sellos herméticos de esta o esa otra pieza del equipo, contemplar siempre el mundo a través de visores polarizados..., una gente buena y fuerte. Pero..., no sé: limitada.

Bron asintió, más para terminar que para continuar. Aquella gente del n-r hablaba

de su pasado y, lo más inquietante, te incitaba a ti a hablar también del tuyo. (La escena arquetípica: La matriarca de los granjeros del hielo diciéndole al joven terrestre de dudoso pasado [o el patriarca diciéndole a la igualmente dudosa joven marciana]: «No nos importa lo que hayas hecho, sólo lo que haces..., e incluso eso, una vez hecho, lo olvidamos».) En el sector no restringido de la ciudad, esta filosofía parecía —y con razón— ser la base de todo. Pero, ¿para qué existía el n-r, sino para hacer las cosas de forma distinta?

—¿Sabes? —dijo Bron—, me parece romántico el haber crecido en los páramos vírgenes y cristalinos. Solía acudir a todo los dramas del hielo que representaban en la Nueva Omoinoia; y, cuando volvían a representarlas por los canales públicos, un año o así más tarde, mantenía a un terrible puñado de dientes aguardando abajo mientras yo descubría cómo Bo Nueveagujas acudía a salvar a los colonos de otro deslizamiento de metano.

—¡Ja! —Ella dio un salto en la cama—. ¿Lo hacías? Mis viejos también. ¡Les encantaban! Probablemente habrás visto parte de nuestra granja..., las compañías que los filmaban siempre estaban usando nuestras hectáreas del sur para sus localizaciones. ¡Era la única granja dentro de un radio de mil kilómetros de Ciudad—G que tenía un lugar con el aspecto que debería de tener en un drama del hielo! Quizá fue a causa de ese contacto con las compañías fumadoras que sentí mi primera atracción hacia el teatro..., ¿quién sabe? De todos modos, íbamos a enterrarnos en el Palacio de Diamante una vez al mes desde que yo cumplí los doce años, todos nosotros. Era como asistir a una ceremonia religiosa, te lo juro. Luego ellos se quedaban hasta la una de la madrugada, bebiendo y quejándose acerca de los detalles que la gente de la filmación había hecho mal esta vez. Y volvíamos para el siguiente episodio al otro mes..., eso es lo que los míos creen que es el teatro: el viejo y noble solitario Lizzie Nueveagujas salvando a los colonos del deslizamiento, o el viril y joven Peter Zapapico con sus cinco esposas y cuatro maridos extrayendo una fortuna de un abismo de metano... —Se echó a reír—. Era un hermoso paisaje donde crecer, al menos las hectáreas del sur lo eran..., aunque nunca llegabas a verlas sin el visor frontal interpuesto entre tú y el vacío. ¡Si alguna vez llegara a dirigir un drama del hielo, mis viejos pensarían que por fin había llegado a la cima! ¡Microteatro subvencionado por el gobierno, ja! Supongo que siempre he tenido el secreto deseo, desde mi día del nombre... Elegí el nombre de una de mis madres a la que nunca llegué a conocer, puesto que resultó muerta en un deslizamiento del hielo antes de que yo naciera. —La Púa se echó a reír de nuevo—. ¡Apuesto a que tú has visto eso en una docena de dramas del hielo! Yo, ciertamente, lo he visto. —(Bron sonrió. En los Satélites, a los niños se les daba sólo un nombre de pila a su nacimiento..., casi la mitad de las veces el último nombre de uno de sus padres genéticos, puesto que los números de serie del gobierno eran la única identificación oficial válida. Luego, ya en

la adolescencia, elegían un apellido por sí mismos, a partir del nombre de pila de alguien famoso, o en honor de algún amigo, compañero de trabajo o maestro adulto, y ese momento era conocido como el día del nombre. La edad de elegir ese nombre era los doce años en las lunas de Saturno, los catorce en las lunas de Júpiter; no estaba seguro de cuál era aquí en Tritón, pero sospechaba que era antes de esas dos edades. En la Tierra los apellidos seguían sucediéndose, en general, de padres e hijos. En Marte, podían pasar de la parte paterna o de la materna. El apellido de su padre era Helstrom; si, como ahora estaba seguro de que era completamente imposible, alguna vez se unía a una familia ahí fuera, Helstrom sería el nombre [de pila] de su primer hijo.) La Púa rio una vez más, esta vez sofocando el sonido en su sobaco. Luego alzó la cabeza—. ¿Sabes lo que dijo realmente Miriamne acerca de ti?

Bron giró hacia un lado.

—¿No dijo que lo había intentado esforzadamente?

—Dijo que eras un piojoso de primera clase pero que lo estabas intentando esforzadamente. Me contó esa terrible historia acerca de cómo tú... —Se detuvo. Sus ojos se abrieron mucho—. ¡Oh, querido! Lo olvidé... Tú eres su jefe, no ella el tuyo. El último trabajo que tuvo fue como jefe de equipo de un complejo de producción cibralógico... ¡Bueno, ya la he armado! —Agitó la cabeza—. Nunca he trabajado en una oficina y... lo olvidé.

Bron sonrió.

—¿Cuál fue la terrible historia que contó?

—Poco antes de salir corriendo de aquí, me contó precipitadamente algo acerca de cómo incordiaste injustificadamente por teléfono a una recepcionista de personal sólo para impresionarla a ella como primer paso para meterte dentro de sus bragas.

Bron se echó a reír.

—¡Apuesto a que conocía mi número!

—Si hiciste eso realmente, no debes de guardarle rencor.

—Oh, no se lo guardo. —Se apretó de nuevo contra ella, rodeándola con sus brazos—, ¿Has oído hablar de que los prostitutas, debajo de todo lo demás, tienen un corazón de oro?

—Oh, pero el oro puede ser un metal muy pesado y frío. —Giró la cabeza por encima del hombro de él—. ¿Crees que el haber sido un prostituto te ayudó?

Él se encogió de hombros, sin dejar de abrazarla.

—Creo que te hace sentirte más seguro de ti mismo cuando estás realmente en la cama; no necesariamente un mejor amante..., pero sí un amante más relajado.

—Tienes —dijo ella, mirando hacia el techo— un cierto estilo pirotécnico que, debo admitirlo, admiro tremendamente.

—Por otra parte, no sé si eso me ha servido para nada en la parte de relación de la sexualización. Quizá, por el hecho de haber tenido tanto sexo allí, y no haber tenido

más que bajar las escaleras hasta el salón de las dieras para conseguirlo, y no haber tenido que pagar ninguna factura..., supongo que, cuando finalmente entras en el mundo real y descubres que la gente está tan interesada en ti como lo están en tu técnica, y esperan que tú estés interesado en ella también..., todo esto requiere un cierto ajuste. Quizá nunca lo haya tenido. Las sexualizaciones duraderas no son mi punto fuerte..., ¡no! —Bajó la vista hacia el cráneo de ella—. ¡No es así en absoluto como siento! ¡No resulta divertido la forma en que decimos siempre el mismo cliché, aunque no creamos en él! No. No creo que me duela en ningún sentido, en absoluto. Parte de ello fue agradable. Parte de ello fue desagradable. Y todo ocurrió hace mucho tiempo. Pero aprendí mucho de eso: acerca de mí mismo, acerca de la gente. Quizá nunca sentí mucha inclinación hacia las relaciones, ni siquiera cuando era un niño; y ése es uno de los primeros motivos por los que me metí en la prostitución. Pero, ciertamente, me hizo mucho más tolerante hacía muchos más tipos diferentes de gente que la mayoría de los marcianos normales..., digamos que la mayoría de mis dieras. Lo que aprendí allí es probablemente la única cosa que hizo posible que me ajustara, por mal que lo haya hecho, a emigrar aquí fuera a los Satélites..., donde uno, ¿cómo lo dicen?, no puede efectuar un contrato rescindible ni en temas sexuales ni sectarios.

—Eso es cierto —murmuró ella—. El matrimonio es legal en Marte también. Por alguna razón, sólo pensamos en eso en términos de la Tierra aquí fuera. —Asintió pensativamente—. Aunque, si lo que dices acerca de que las relaciones no son tu fuerte es cierto, lo otro que has dicho también tiene sentido, aunque sea un cliché. Bien, ¿qué es lo que hace por ti cualquier tipo de vida que realmente encaje contigo hoy? Que me condene si sé lo que la vida en el teatro ha hecho por...

La puerta se abrió de golpe y rebotó contra la pared.

Bron se alzó de un salto sobre un codo, para ver dos pies desnudos sobre unas deshilachadas perneras que descendían por unas pantorrillas cubiertas de rojizo pelo, oscilando en el aire. El acróbata (¿Windy?) caminaba sobre sus manos. En el pasillo, alguien estaba tocando la guitarra.

Bron estaba a punto de decir algo acerca de llamar primero cuando una niña (¿quizá seis años? ¿quizá siete?) con zapatos de suela muy gruesa y envuelta en un arrastrante y gastado velo de lentejuelas entró corriendo en la habitación, saltó sobre la cama (su rodilla rozó la cadera de él), llorando, y se arrojó en brazos de la Púa; la Púa chilló:

—¡Oh, Dios mío...! —y, ante el asombro de Bron (ahora estaba sentado al borde de la cama, con ambos pies sobre el cálido suelo de plastiespuma), se echó a llorar, abrazando fuertemente a la niña de sucísimas manos.

—Hey, estaba preguntándome si tú... —Ésa era la mujer hirsuta y medio ciega con la mastectomía, reclinada contra la puerta. El asombro floreció por entre las

cicatrices de su rostro—. ¡Oh, lo siento! —Mientras retrocedía, otras dos mujeres, una de ellas llevando una escalera, la otra una caja de herramientas, entraron.

—Mira —dijo la de la caja, dejándola caer al suelo con un ruido resonante y alzando el cierre de la tapa con una bota muy puntiaguda—, tenemos que hacer esto ahora. De veras. Lo siento. —La tapa se abrió con un golpe seco.

—Hey, ¿qué...? —empezó a decir Bron (estaba de pie ahora, cerca de la pared) a la nudosa pantorrilla que se agitaba cerca de su hombro—, quiero decir, ¿es esto otra de vuestras malditas piezas de microteatro? Porque, si lo es...

—Hombre —dijo la cabeza (que estaba más o menos a la altura de sus rodillas, rodeada por una cascada de pelo rojo que barría el suelo, entre recias manos abiertas) —, nunca vivas en una coop todo mujeres a menos que todas ellas sean heteras, o todas ellas sean gays, hasta la última. Simplemente no vale la pena, ¿comprendes lo que quiero decir? —El pelo se agitó hacia un lado lo suficiente como para dejar ver una oreja—. ¡Lo digo en serio! —Las manos se agitaron. Los pies oscilaron.

La niñita, sentada ahora encima de la escalera, resopló.

Las últimas dos mujeres en entrar estaban haciendo marcas en la pared con lápices negros.

La Púa, en el borde de la cama ahora, se estaba poniendo sus amplios pantalones rojos, levantándose y girándose (en su espalda, sujeta con los mismos imperdibles de latón, había una Z roja, tan misteriosa como la R de delante) al tiempo que se pasaba los tirantes negros sobre sus hombros. Se volvió de nuevo y, secándose los ojos mojados de lágrimas con un nudillo, se dirigió hacia Bron.

—Siento todo esto, de veras, yo... ¡Pero, simplemente, tiendo a antropomorfizarlo todo!

Una de las mujeres hizo girar un pequeño martillo contra la pared. El golpe abrió una pequeña grieta. La niñita, encima de la escalera, se echó a llorar de nuevo.

Lo mismo hizo la Púa:

—¡Oh, vamos! Vamos, por favor. De veras. —Hizo un gesto tras ella con una mano. Las lágrimas resbalaban en tres regueros por una de sus mejillas, en uno por la otra. De pronto dio un manotazo al pie de Windy—. ¡Oh, deja de hacer el tonto y ponte de pie!

Los pies del acróbata oscilaron locamente, los agitó con violencia, recuperó el equilibrio. Al nivel de las rodillas de Bron brotó un torrente de exóticas y especializadas maldiciones que le trajeron de vuelta, con increíble claridad, el rostro de un terrestre en particular con el que había trabajado en el Goebels: ¡Si Windy no había pasado algún tiempo en la Tierra como un prostituto extralegal, ciertamente había pasado mucho tiempo con hombres que sí lo habían hecho!

Pero la Púa había sujetado el brazo de Bron y tiraba de él hacia la puerta, donde la guitarrista (¿Charo?) permanecía de pie, con el instrumento alto bajo sus pechos, la

cabeza pensativamente ladeada, la mano izquierda, más arriba de su cuello, aferrando traste tras traste; el desarrollado músculo entre pulgar e índice de su mano derecha pulsaba mientras sus uñas rasgueaban notas en el pasillo.

—¡A las ocho...! —dijo lacrimosamente la Púa, vuelta hacia la habitación, haciendo un gesto con la mano que la envió trastabillando contra él—. ¡Lo prometo! ¡De veras! ¡A las ocho en punto, sabré lo que hago!

El martillo golpeó contra la pared.

La Púa pasó junto a la guitarrista.

—No, no por aquí —lo cual, se dio cuenta Bron, iba dirigido a él, no a ella. La Púa dejó escapar un profundo bufido—. ¡Por aquí! —Agarró de nuevo el brazo de Bron y tiró de él hacia el pasillo.

En una vanidosa imitación de Sam (cosa que se permitía más o menos una vez al mes), Bron había ido a trabajar aquel día sin nada encima. Sin embargo, le hubiera gustado tener la posibilidad de lavarse o, a falta de esto, al menos dormir veinte minutos más, apretado contra la más bien huesuda espalda de ella. Pero la siguió doblando el recodo, allá donde el pasillo estaba completamente oscuro..., y tropezó con ella; se había vuelto hacia él. Sus brazos se cerraron en torno a él. Su mejilla, aún húmeda, rozó la suya.

—Esto no es muy hospitalario, lo sé. ¿Podemos simplemente quedarnos aquí y abrazarnos durante unos minutos? En realidad, es sólo que nuestra compañía es invitada de la coop..., y gratuitamente además; hay que tenerlo en cuenta.

Él gruñó algo entre la irritación y el asentimiento; y la abrazó, y se dejó abrazar por ella; y, excepto por la letra de plástico apretada contra su pecho, se sintió más y más cómodo.

La gente pasaba de tanto en tanto.

Tras la quinta persona, ella se soltó.

—Salgamos fuera y demos un paseo. Creo que me he portado horriblemente.

Él gruñó de nuevo, la tomó de la mano; ella se la apretó y (al sonido del roce de sus pantalones) echaron a andar por el pasillo.

—Iba a preguntarte —dijo él, aunque la idea se le acababa de ocurrir en aquel momento— si generalmente te llevas a la cama a todas tus «audiencias», como una especie de bis.

—Ni siquiera me llevo a la mayoría de ellos a la cama. ¿Por qué?

—Bueno, yo..., es sólo que a veces tengo una dificultad, contigo, en decidir lo que es real y lo que es teatro.

—¿De veras? —dijo ella; parecía sorprendida; e intrigada. Luego se echó a reír—. Pero todo teatro es realidad, ¡y toda realidad es... teatro!

Bron gruñó de nuevo, irritado ante algo distinto a la irónica banalidad. Tras caminar en silencio unos instantes, preguntó:

—¿Cuándo saldremos fuera?

—Estamos fuera.

—¿Eh? —Miró las paredes (marrón mate, sin puertas) y el techo; no había techo. Las paredes subían y subían y desaparecían en una ignota negrura. Volvió a bajar la vista; delante resplandecían las letras rojas luminosas de las coordenadas de la calle —. Oh.

—Me gustaste —dijo ella al fin, como respuesta a la pregunta que él había formulado hacía un minuto—. Al principio, tu aspecto. Luego, la forma como..., bueno, respondías a nuestro trabajo. Quiero decir, sabemos que es bueno. Hasta ahora lo hemos ofrecido quizá a una docena de personas, y a todas ellas les ha gustado. Pero tú respuesta fue tan abierta y..., bueno, «intensa» es la palabra que empleó Dian, nuestro diseñador, cuando hablamos sobre ello más tarde.

—¿Hablasteis de mí más tarde?

—Oh, siempre hablamos de nuestras actuaciones más tarde. Simplemente es parte de nuestro trabajo podríamos decir entre bastidores, el que el público nunca ve. Lo más probable es que la siguiente audiencia obtenga los beneficios de ello. Quiero decir, básicamente nos preocupamos de conducir con suavidad a la gente a un único momento de desorientación verbal y espacial..., he dicho desorientación: a lo que me refiero, por supuesto, es a liberar, a experimentar, un orden superior al que puede proporcionar lo cotidiano. Un momento de energía verbal, espacial y espiritual en resolución. Es algo tan necesario en un mundo tan cerrado como el de una ciudad de cualquier satélite. En especial —alzó la vista hacia las altas y lisas paredes— en un lugar tan claustrofobia) como el sector n-r. Quizás el deseo de romper con todo ello, aunque sea a través del arte, sea de nuevo una herencia de mi entorno infantil en los campos del hielo. Sí, pasé mi infancia correteando por los corredores de plástico de cabaña-burbuja a cabaña-burbuja, o por senderos del hielo mucho más angostos que esto. De todos modos, lo importante es que esos corredores y chozas eran transparentes. Y más allá de ellos —inspiró profundamente— ¡estaba el cielo!

Bron recordó las decepcionantes estrellas de la última noche.

—Pero lo que quena decir es: ¡Te sorprendería la cantidad de gente que lucha contra ese momento de libertad, incluso bajo el impulso de la droga, durante todo el minuto y cuarenta y nueve segundos que tarda en desarrollarse la obra! Tú no luchaste: tú te dejaste llevar por ella. Me gustó eso. A todos nos gustó..., y luego, por supuesto, había el hecho de que tu personalidad tenía algo atractivo, pese a su lado más bien brusco. La mayor parte de la gente, a menos que siga seriamente el teatro, ni siquiera recuerda mi nombre..., ni siquiera me molesto en decírselo a la mayoría; ni siquiera cuando me lo preguntan..., puedes imaginar lo que me sorprendió cuando Miriamne te trajo de vuelta con ella.

Alcanzaron una vía pública más ancha; los carriles se curvaban en el lado más



alejado, dos resplandores rojos señalaban los carriles allá donde se acercaban a una señalización.

—¿Estás realmente a cargo de toda la compañía? —preguntó él—. ¿Lo escribes, produces, actúas, diriges... todo?

—Incluso se sabe que coso el vestuario...

—Oh. —La turbación le hizo pensar en todas las demás turbaciones del día. La más accesible era—: ¿Sabes?, durante todo el camino hasta aquí tuve la loca idea de que tú y Miriamne manteníais una relación. Sexual, quiero decir.

—¿Por qué?

—Supongo que estaba proyectando. —Se echó a reír—. Vivo en una coop no especificada totalmente masculina al otro lado de la Gran Divisoria. Allí tengo un amigo, ¿sabes?, que está completamente loco: setenta y cuatro años, no regenerado, que cada vez que se emborracha no deja de lanzar fútiles ataques a mi cansado y pálido cuerpo; luego disfruta más o menos con mi rechazo. Creo que esto le proporciona una especie de placer masoquista. En realidad, sin embargo, es un buen tipo... De hecho, ¿por qué no vamos a mi casa ahora, y emborrachamos un poco al viejo Lawrence, y dejamos que te regale algunas de las aventuras de su larga y ajetreada carrera? Tú eres el tipo de persona..., quiero decir, estando en el teatro y todo eso..., que probablemente disfrutarás realmente con ello.

—Todos pertenecemos... —empezó a decir ella—. Pero eso ya lo dije antes. No creo que tenga que gustarme necesariamente. Siento muy poca simpatía hacia los homosexuales políticos,

Bron se echó a reír.

—Eso mismo es lo que me dijo Lawrence cuando le conocí. —Luego frunció el ceño—, ¿Por qué le llamas homosexual político?

—Quiero decir que si, uno) no se siente feliz con ello, y dos) no deja de seguir mostrando su afecto hacia personas que no actúan a la recíproca, entonces simplemente cabe preguntarse por qué no hace nada al respecto. Quiero decir que no sólo vivimos en una época de tratamientos de regeneración, sino que también disponemos de tratamientos de reorientación. Puede conseguir que su sexualidad sea reorientada hacia alguna persona, o cosa, que realmente le responda. Y, como no dejan de decirnos en los folletos, cuanto más viejo eres, mejor funciona.

—Oh, sí —murmuró Bron—. Pero creo que Lawrence simplemente intenta demostrarse algo.

—Por eso precisamente lo he llamado político. Y por eso no siento mucha simpatía hacia él. El intentar demostrarse algo a nivel sexual es una pérdida tan grande de tiempo. Sobre todo si tienes setenta y cuatro años. Y los tratamientos de reorientación son muy efectivos. Lo sé. Los he utilizado.

Bron frunció el ceño hacia ella por encima del hombro.

—¿Eras gay y lo dejaste?

—No. Pero en una ocasión hubo una mujer maravillosa que estaba muy encariñada conmigo, tanto espiritual como sexualmente, y me deseaba de una forma terrible..., una «actriz de la vieja escuela», como acostumbraba a llamarse. ¿Sabes?, ha dirigido realmente un puñado de dramas del hielo..., y además algunos de los mejores. Sea como sea, me sometí a una reorientación..., dura sólo cinco minutos, y te los pasas todos dormido. Fuimos muy felices juntas. Y, cuando todo terminó, me sometí a otro tratamiento para devolverme el interés hacia los rubios altos de pelo rizado y pómulos altos... —Le guiñó un ojo—. Me inclino ante ellos. Cualquiera que esté preocupado acerca de las sexualizaciones y no sepa aprovecharlas por puro prejuicio, y te aseguro que no es más que eso (tu amigo Lawrence suena como si procediera de la Tierra!)..., es un imbécil.

—¡Eres realmente testaruda en tus opiniones!

Ella se encogió de hombros.

—Sólo cuando tengo razón. Tú también puedes ser testarudo en tus opiniones si así lo deseas. Con tu experiencia —le miró con un parpadeo—, ¡hubiera imaginado que conocerías la reorientación mucho mejor que yo!

—¿Quieres decir de cuando trabajaba como...? Bueno, sí, algunos de mis compañeros la utilizaban. Yo nunca lo hice. —Bron se encogió de hombros—. Nunca lo necesité. No me atrae particularmente el sexo con hombres. Pero, cuando lo he practicado, no me ha resultado difícil. Así que siempre imaginé que podía conseguir una buena actuación en caso necesario.

—Ah —dijo la Púa, alzando un dedo—. Pero la reorientación es un asunto de deseo, no de buena actuación. Y te aseguro, como especialista en actuaciones, que el deseo es algo completamente distinto. No —agitó una vez más la cabeza—, no creo que me gustara tu señor Lawrence.

—Es probable que él tenga sus razones..., y ésa puede ser una de las razones de que viva donde lo hace... Eres una persona más bien fría e inhumana —dijo bruscamente—. Te crees capaz de juzgarlo todo desde un principio.

La Púa se echó a reír.

—¿Y quién es el que me ha juzgado tres veces en diez minutos? Parece que tú también perteneces a la categoría de los que juzgan apresuradamente.

—Lawrence siempre está diciendo que todos pertenecemos a alguna categoría —gruñó Bron de nuevo.

—Es concebible —respondió la Púa con burlona deliberación (¿o era deliberada burla?)— que los dos estemos equivocados. Pero lo dudo. —Luego, bruscamente—: ¡Por el Anillo Negro...! —que era una exclamación que hasta entonces sólo había oído en dramas del hielo, aunque había habido un tiempo en el que había esperado que sembrara las conversaciones de todos los Satélites Exteriores: no podía decir si

era herencia o afectación—. ¡Son las ocho menos cinco! —Soltó su mano, se apretó la frente. (Un reloj colgaba alto en la oscuridad delante de ellos, con tenues números amarillos y elaboradas manecillas)—. ¿Sé lo que voy a hacer...? ¡Sí! —Le miró de frente con grandes y parpadeantes ojos, se apretó las mejillas entre las palmas—. ¡Tengo que correr! La compañía me está aguardando. Has sido un amor, de veras. ¡Adiós! —Se volvió. Y echó a correr. Sus pantalones rojos aletearon en la oscuridad.

Bron se quedó allí de pie, desnudo y confuso, en la vacía calle del sector no restringido, donde cualquier cosa, cualquier cosa, podía ocurrir. Permaneció allí durante un rato, pensando en lo que había ocurrido, pensando en sí mismo, mirando al reloj, o a la oscuridad por donde ella había desaparecido.

Cruzando los carriles, arrastrando los pies, se acercaban dos murmuradores. Uno de ellos, una mujer, con los ojos fuertemente cerrados, la cabeza inclinada, agitaba un cuenco azul de plástico. Conducía al otro, un hombre mucho más viejo que ella, por la mano: sus ojos estaban cubiertos por un trozo de tela.

Sus voces, bajas y susurradas, parecían retorcerse y entrelazarse, separarse y juntarse. El mantra de la mujer era largo, una sucesión de sonidos pronunciables e impronunciables. El del hombre, en una nota sostenida, desgranado con una voz raspante... Bron tuvo que escucharlo cinco veces antes de poder estar seguro: y, por aquel entonces, ya había alcanzado el otro lado de la calle; y la voz de la mujer seguía oscureciéndolo, allí en la tercera sílaba, luego en la séptima:

—Mimlmomomizolalilamialomuelamlronoriminos...

Las uñas de Alfred (de las manos y de los pies) eran largas y sucias. Al igual que su pelo. Se inclinó hacia delante en su sillón de conversación, con una K de plástico rojo sujeta con un imperdible de latón a los tirantes negros (¿Qué demonios...?, se preguntó Bron. ¿Qué, por los dos Mundos y los veinte Satélites, significaba aquello?) colgando floja sobre su pecho.

—No lo sé, de veras, no lo sé. —Alfred agitó la cabeza, y su voz sonó baja, rasposa e intensa—. No lo sé... —Los tirantes retenían unos pantalones minúsculamente cortos y ridículamente demasiado anchos para las huesudas caderas de Alfred: pero en el tipo de lugares que probablemente frecuentaba Alfred, ése era precisamente el efecto que se pretendía—. En una semana, me tiro a dos, tres, cuatro mujeres, y es estupendo. Luego, a la noche siguiente..., estoy caliente como un chivo y la mujer que recojo es una auténtica maravilla. Pero, cuando llegamos aquí..., ¡no puedo conseguir que se me enderece! ¡No hay forma de levantarla! Y eso dura a veces tres, cuatro, cinco semanas, hasta que no puedo conseguir nada ni siquiera por mí mismo, ¿entiendes? Y sigo encontrando mujeres que están malditamente dispuestas a cooperar. Y eso aún lo hace peor. Luego, finalmente, cuando empiezo a recuperarme, y encuentro a otra, y la traigo aquí..., y esto ocurre siempre con aquellas que realmente deseas y tienes que esforzarte para conseguirlas..., y al final

lo logras y... ¡Puf! —Alfred casi saltó de pie, luego volvió a hundirse en su sillón. Sacudió la cabeza—. Tres segundos, cuatro segundos, quizá diez. ¡Si tengo suerte! —Parpadeó hacia Bron unos ojos verdes—. Entonces transcurre una semana de eso, antes de que pueda conseguir de nuevo una erección decente de dos o tres minutos el próximo par de veces. Quiero decir, es por eso que vivo aquí, ¿sabes? Si traigo a una mujer aquí y la cosa falla, puedo decir: «Gracias por venir, señora. Lamento haberle hecho perder el tiempo. La próxima vez, quizá», y sacarla de aquí. Esas coops mixtas, donde viven juntos chicos y chicas, haciéndolo unos con otros todo el tiempo... Probé seis de ellas cuando vine aquí por primera vez (y tenían algunas mujeres realmente de bandera, ¡huau!); basta que falles un par de veces ahí, ¡y lo primero que quieren es hablar de ello! Y luego tienes que seguir hablando de ello. Lo próximo que sabes es que tienes que asistir a una maldita reunión con todos los demás hombres y mujeres que no han podido cumplir durante la semana... Cuando yo no cumplo, no quiero hablar de ello. ¡Quiero dormir! Si tuviera que hablar cada vez que he fracasado con alguna mujer, ¡no tendría tiempo ni de ir a mear! Y eso es otra cosa..., ¿has intentado alguna vez mear en el fregadero mientras una mujer a la que no has satisfecho permanece tendida en la cama viéndote? ¡Quiero decir, aunque no esté mirando! —Alfred se sentó hacia delante de nuevo, se apoyó sobre sus rodillas, sacudió la cabeza—. Simplemente, dejé de hacerlo. De mear, quiero decir. —Los verdes ojos se alzaron de nuevo—. Hey. Encargué esa pomada de una de estas tiendas de la Plaza de la Luz, ésa que venden a través de las revistas... —Alfred se inclinó hacia él, y su tono se hizo repentinamente confidencial—. La comprobé con el ordenador, y éste dijo que no había nada malo en utilizarla... Ya la he pagado. Pero me dijeron que no hay mucha demanda de ella, así que no tenían en stock. La recibirán mañana..., sólo que mañana tengo que empezar con esas pruebas de aptitud vocacional. Mi consejero social dice que tengo que... Tú puedes ir a recogerla por mí, Bron. La tienda está en la esquina sudeste..., no la grande. La pequeña, dos puertas hacia la izquierda. —Alfred hizo una pausa y parpadeó—. La recogerás por mí, ¿verdad, Bron?

—De acuerdo —asintió Bron, sonrió, y se sintió atrapado.

Alfred había emigrado de alguna luna menor (de Urano, pero..., ¿cuál de las lunas de Urano no era menor, si ninguna de las cinco tenía más de 900 kilómetros de diámetro?) siendo un huérfano de catorce años; y no le gustaba hablar de su pasado. (Incluso esa información le había llegado a Bron vía Lawrence.) Bron imaginaba que emigrar a los catorce años requería diez años más de coraje que emigrar a los veinticuatro, aunque fuera dentro de la Federación de Satélites. Demonios, hacía tres años, la situación había sido tan tensa que sólo Ganimedes y Tritón aceptaban emigrantes de la Tierra y Marte. Y Tritón sólo los aceptaba de Marte.

—Alfred, ¿se te ha ocurrido alguna vez que tal vez seas gay? —preguntó, porque

tenía la sensación de que debía decir algo—. Quiero decir, emocionalmente. — (Alfred, tras haberle arrancado aquel favor, permanecería sentado en silencio durante la siguiente hora si se le daba la oportunidad.) Además, fragmentos de la conversación de la Púa no dejaban de regresar a su mente—. Lo que haría yo, si tuviera ese tipo de problemas, sería irme a hacer un chequeo en una clínica de reorientación. Hacer que cambiaran mis engranajes hacia los hombres para ver si así todo encajaba en su lugar.

—No —dijo Alfred, sacudiendo la cabeza—. No... —Pero tanto el no como el sacudir la cabeza eran desesperación antes que negación—. No... Quiero decir, ya lo hice en una ocasión, ¿recuerdas? Eso fue lo que me recomendó también mi consejero social. Me reorientaron. En una clínica del n-r. Lo intenté durante seis meses.

—¿Y?

—Fue horrible. Quiero decir, me sentía excitado ante los hombres, de acuerdo. Pero, cuando llegaba el momento de la verdad y los llevaba a casa, era exactamente lo mismo..., arriba, abajo, dentro, fuera, y: «¿Qué, ya has terminado?»... Y, además, con complicaciones... Quiero decir, si son ellos quienes te penetran y tú terminas en tres segundos, entonces duele, ¿sabes? Así que les pides que la saquen, y ellos quieren continuar, ¡y a nadie le gusta eso!

—Hummm —dijo Bron, porque no podía pensar en ninguna otra cosa.

—Finalmente, volví a la clínica y les dije: Hey, por favor, ¿podrían volver a dejarlo todo tal como estaba antes? Déjenme al menos de modo que me guste lo que realmente me gusta..., tenga problemas o no. Quiero decir —Alfred se echó hacia atrás en su asiento—, se supone que es un problema muy común. No es como si fuera algo raro o cualquier cosa así. —Alfred frunció el ceño—. Quiero decir que no es como si yo fuera la única persona que ha tenido nunca ese tipo de problemas..., de modo que cabe pensar que ellos podrían arreglarlo. —Se reclinó un poco más—. ¿Has tenido tú alguna vez este tipo de problemas?

—Bueno... —Bron pensó en ello. Dos de sus primeras tres experiencias sexuales importantes (todas ellas el mes antes de su catorce cumpleaños) podían ser consideradas, por definición, como orgasmos prematuros, es decir, el orgasmo le había sorprendido. Pero no a partir de entonces. Los problemas que tenía ahora (si eran problemas) derivaban en otra dirección: e incluso éstos tendían simplemente a anunciar una infección de próstata recurrente (y afortunadamente benigna) que había surgido en él una vez cada año o así desde que tenía treinta—. Si lo haces cada noche —ofreció—, no puedes esperar que todo vaya perfecto cada vez. —Durante sus primeros años profesionales, cuando, a razón de dos, tres y a menudo cuatro al día, había jodido realmente (la primera vez que lo había calculado, la cifra lo había cogido por sorpresa también) a ochocientas mujeres o más, se había visto atacado por «flaccideces» algo así como una docena de veces; desde entonces, la frecuencia había

descendido sustancialmente. La única forma en que podía concebir el problema de Alfred era suponer que éste era básicamente asexual. Estaba seguro de que Alfred disfrutaba vagabundeando por los muchos lugares de reunión con su estridente música y sus luces bajas, disfrutaba siendo mirado por las mujeres, dejando que entablaran conversación con él (o quizás era Alfred quien entablaba conversación con ellas. Bron sabía que tendía a proyectar sus experiencias más comunes, antes que sus preferencias, sobre todo el mundo), incluso disfrutaba llevándolas a su excéntrica casa. («¿En una coop toda masculina? ¿Y quieres decir que no es gay?») Quizás Alfred incluso disfrutaba encargando pomadas fuera de stock en pequeñas tiendas. Sin embargo (Bron estaba convencido de ello), Alfred no podía disfrutar del sexo—. Date un poco de tiempo y, bueno... —Bron dudó—. Quiero decir, cuando yo tenía tu edad... —Pero Alfred tenía diecisiete años. Y Bron era lo bastante político a sus treinta y siete como para saber que ninguna persona de diecisiete años (especialmente alguien como Alfred, que había elegido voluntariamente vivir completamente separado de los de su misma edad) deseaba que se lo recordaran. Así que, educadamente, lo dejó correr—. ¿Sabes?, la otra noche, después de que el escudo se desconectara y a ti te sangrara la nariz, estuve a punto de llamar a tu puerta para decirte hola, pero imaginé que tú...

—Me hubiera gustado que lo hicieras —murmuró Alfred—. Oh, de veras, ¡me hubiera gustado que lo hicieras! Estaba completamente solo, no había ninguna chica conmigo, nadie..., y de pronto pensé que iba a morir, y casi me estallaron los oídos, y empezó a sangrarme la nariz, y podía oír caer las cosas en las otras habitaciones..., ¡cortaron la maldita gravedad! —Alfred inspiró profundamente—. Me pusieron de nuevo en condiciones, ya sabes..., ese negro grande que siempre le está diciendo a todo el mundo lo que tiene que hacer y por qué. Pero no pude dormir durante el resto de la noche. Me hubiera encantado que alguien viniera a verme. De veras. —Los verdes ojos de Alfred se clavaron en los de Bron—. Irás a buscarme esa pomada, ¿verdad? —En ellos se reflejaban todas las viejas suspicacias, la muy antigua desconfianza—. Bien..., estupendo. —Entonces Alfred se puso en pie, se dio la vuelta (allá donde sus tirantes negros se cruzaban entre sus sobresalientes omoplatos había una Q de plástico rojo. Bron se preguntó: ¿una Q?) y se alejó.

¿Comprender? Sintiendo sólo ligeramente culpable, Bron se preguntó: *¿Qué es lo que no va?* Y no obtuvo ninguna respuesta. Yo lo llamo amistad, pero es algo más simple que eso. Él me utiliza, y yo lo permito. El Señor sabe que preferiría pasar cada una de mis horas en compañía de Lawrence o del gran negro. Sin embargo..., ¿se trata simplemente de la existencia de algún tipo de lazo entre dos machos heterosexuales frustrados? Él se siente frustrado en el éxito de sus relaciones sexuales (y esas frustraciones, honestamente, me resultan menos comprensibles que las inclinaciones de un Lawrence, o una Miriamne), y yo..., ¿cuáles son mis

frustraciones?

En cualquier caso, Bron deseó que Sam o Lawrence bajaran en aquellos momentos a la sala común, con o sin vlet.

A la mañana siguiente se puso ropa para ir a trabajar.

Mucha ropa.

Toda negra.

Terminó de revisar el dossier de la Estrella del Día, lo cerró, lo volvió a meter en el cajón de abajo, y decidió que simplemente habría que esperar otra semana antes de intentar escribir una validación de coherencia. Estaba contemplando un díptico de programas de evaluación multiestado, en el que por más que lo intentara no podía desentrañar en qué sentido se suponía que funcionaban las tres direcciones del contexto modular, cuando Miriamne dio unos golpecitos en la jamba de la puerta abierta.

—¿Puedo hablar con usted un minuto?

Bron se echó hacia atrás en su silla y se envolvió un poco más en su capa.

—Por supuesto.

Ella se detuvo justo en la parte interior del umbral, con aspecto incómodo; miró el tablero de avisos, luego la esquina del escritorio.

—Audri me dijo que había pedido usted mi traslado a otro departamento.

Con un índice enguantado en negro, Bron empujó la negra máscara que cubría su rostro más arriba de su nariz; había resbalado un poco, lo cual era estupendo para leer, pero no para hablar con alguien de pie delante de uno que estaba sentado. Cuando volvió a apoyar sus enguantadas manos en el papel milimetrado gris que cubría su escritorio, resbaló de nuevo; lo cual significaba que tendría que conducir aquella entrevista —sintió el nudo de su embarazo muy alto en su pecho (o muy bajo en su garganta) y lo deglutió—, con la cabeza de ella limpiamente cortada por el borde superior de los agujeros para los ojos de su máscara a la altura de la nariz.

—Es cierto —dijo—. Tras pensarlo detenidamente, llegué a la conclusión de que era una tontería que, con su entrenamiento, sobre cibralógica o sobre lo que sea, malgastara usted su tiempo y..., bueno, el mío también.

—Hummm —dijo ella—. Sin embargo, yo creí que estaba captando bien y rápido las cosas para alguien que no sabía nada en absoluto del tema.

—Oh —murmuró él—, en realidad, no es ése el asunto...

—Me temo que el asunto es que estoy sin trabajo.

—¿Hummm? —No supo exactamente a qué se refería—. Bueno, no debe preocuparse. Le encontrarán provisionalmente algún lugar..., puede que tome uno o dos días. Pero hay muchas posibilidades de que sea algo más próximo a su campo.

Ella negó con la cabeza.

—Ya he pasado por cinco departamentos. En cada caso he sido transferida. La

repcionista de Personal me dijo esta mañana, más bien fríamente, que ellos, sean quienes sean «ellos», simplemente no disponen de ningún trabajo en mi propio campo, y, puesto que lo han intentado en tres campos relacionados, y en otros dos en los que mis aptitudes eran altas, uno de ellos éste, simplemente se veían en la obligación de calificarme como no empleable.

—Oh, vamos..., esto es un poco ridículo. Quiero decir, en una compañía como ésta, con alguien como usted... Aunque he de reconocer que durante los dos últimos meses hemos visto un montón de confusión por aquí dentro... —Juntó sus botas debajo del escritorio, separó un poco más sus guantes—. ¿Por qué la transfirieron los otros departamentos?

—Tuvieron sus razones. —Ella miró hacia la esquina del escritorio, hacia la otra esquina, hacia su rostro.

Bron bajó la cabeza (lo cual cortó completamente la de ella), alzó sus enguantados dedos, los cerró, apoyó la barbilla en sus enfundados nudillos..., el velo negro que remataba la parte inferior de su máscara se apretó contra sus labios.

—Bueno, yo también tengo mis razones.

—Hummm —dijo ella de nuevo, en un tono diferente esta vez; había colocado un oscuro dedo en el borde de la consola de la oficina y estaba haciendo girar su mano en torno a su cromada uña..., un gesto de nerviosismo que él consideró increíblemente irritante.

Tenía que transferirla, pensó. (Sus propias manos, nerviosamente, volvieron al escritorio.) No podría trabajar todo el día en un espacio de tres por tres con alguien que, desde sus tendencias más importantes hasta sus más pequeños tics, me hace sentir, aunque sea irrazonablemente, tan incómodo.

Ella dijo:

—Me estaba preguntando si esto no tendrá algo que ver con aquella tontería de ayer por la noche.

Bron alzó una ceja interrogativa. Pero, por supuesto, ella no pudo verla detrás de la máscara.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, durante todo el día estuvo usted colocando sus manos sobre los distintos escritorios y mesas con los dedos dispuestos en esa posición social ancestralmente identificable..., como ahora...

Él bajó la vista.

—Oh... —Cerró las manos sobre el papel milimetrado; aquél era uno de los desafortunados hábitos que le habían quedado de su profesión juvenil; a veces lanzaba señales sin siquiera darse cuenta de ello.

—...y yo no fui muy receptiva. Simplemente pensé que usted lo entendería. La mitad de las veces pensé que así había sido. Pero luego, planteamos directamente el



asunto a medio camino de casa. Y yo hice esa observación estúpida a la Púa... Cuando volví, ella me indicó que se lo había dicho, como si quisiera disculparse por haberlo hecho. Supongo que la gente de teatro no es conocida precisamente por su discreción. —Su mano cayó a un lado—. Lo que dije era prácticamente una broma.

Él se echó a reír, se inclinó hacia delante. La túnica tiró incómodamente de su espalda. Los pliegues de la capa, al caer, rozaron el suelo.

—Y lo que dije yo también. Espero que no se tomara en serio nada de eso... Yo, por mi parte, no lo hice.

La sonrisa de ella era preocupada.

—Bueno... Simplemente pensé que debía preguntárselo.

—Me alegra que lo haya hecho. Me sentiría terriblemente mal si usted se fuera pensando que todo era a causa de una estúpida observación como ésa. Realmente, yo puedo ser..., ¿cómo era?... «un piojoso que lo intentó...», pero, honestamente, no soy un monstruo. Si eso la hace sentir mejor, había decidido ya pedir su transferencia antes de que ocurriera nada de eso. —De pronto sintió lástima por ella, entre la irritación y el embarazo—. Mire, sea honesta consigo misma. Aquí estaba yo, lanzándole constantemente insinuaciones..., quiero decir, no me había dado cuenta de que usted no estaba interesada. Pero ése es simplemente el tipo de hombre que soy. La encuentro muy atractiva. Pero, dada mi actitud, seguro que usted no esperaba seguir trabajando conmigo mucho tiempo...

—¿Quiere decir —murmuró ella, e incluso sin ver su rostro Bron estuvo seguro de que tenía el ceño fruncido— que ha pedido que sea transferida porque yo no estaba interesada sexualmente en usted...? Seré honesta: ¡Eso no me había ocurrido nunca!

—¡Oh, no...! —Bron se dio cuenta de que su rostro empezaba a humedecerse detrás de su máscara—. Sólo quería decir que probablemente usted no querría..., realmente no querría eso, ¿verdad? ¡Porque, en caso contrario, está equivocada! ¡Está muy equivocada!

—Hasta que Audri me paró en el vestíbulo esta mañana, en todo lo que pensaba era en que usted había hecho que la metalógica sonara como un tema muy interesante para mí. Y en realidad contemplaba con interés la posibilidad de trabajar en el departamento.

—Bueno, gracias... —Sin echarse ridículamente hacia atrás, le resultaba imposible ver nada más arriba de su oscuro y delicado cuello—. Al menos, me alegra que...

—En realidad, todo se reduce a: ¿Hay alguna posibilidad de que cambie usted de opinión y me conserve a su lado?

Una oleada de embarazo e irritación cortó toda simpatía. Apartó sus enguantadas manos del escritorio y las depositó sobre sus muslos, luego las dejó caer de ellos, de

tal modo que las voluminosas dobles mangas cubrieron sus muñecas. ¿Debía permitírselo? ¿Debía permitir que le intimidara de aquella manera?

—No. —Inspiró profundamente, dejó escapar el aliento—. Me temo que no puedo. —Alzó la cabeza lo suficiente como para poder ver su barbilla: se agitaba de una forma extraña—. No se puede llevar un departamento de esta forma. Lo siento por el trabajo, pero..., bueno, cualquier cosa que diga sonará ridícula en estos momentos. Mis razones tienen que ver con un montón de cosas que, puesto que no está usted ahora en este departamento, no son de su incumbencia. Tenemos el programa Estrella del Día para reelaborar donde, sí, probablemente pudiera utilizarla. Pero acabo de revisarlo de nuevo todavía no hace ni diez minutos y, por todo tipo de razones, que tienen que ver con otros proyectos igualmente importantes, no deseo ocuparme de él ahora. La cosa es muy simple y directa: en estos momentos no la necesito para los trabajos que debo realizar. —Inspiró de nuevo profundamente y se sintió, ante su sorpresa, algo aliviado por su explicación—. En realidad, me alegra que haya venido a verme. Porque no me hubiera gustado que se fuera pensando que se trataba de algo personal. —Esperando que nunca más tuviera que depositar sus ojos sobre ella, ni siquiera sobre lo poco de ella que veía ahora, añadió—: Quizá volvamos a vernos en su coop; algún día, hasta podremos tomar unas copas y reírnos de todo esto.

—Me ha dicho usted que tenía que ser honesta —le llegó la voz de ella desde algún lugar por encima de sus hombros—. Francamente, espero no volver a verle ni a usted y a ningún otro miembro de esta piojosa casa de la risa durante mucho, mucho tiempo. ¡Y eso, me temo, es completamente personal!

Bron encajó las mandíbulas. Su máscara se deslizó de tal modo que fue incapaz de ver más arriba de sus amplias caderas ceñidas de cromo: se volvieron (no secamente, no furiosamente, sino con lentitud y, si unas caderas podían sentirse por sí mismas cansadas, cansadamente) en el umbral, salieron al pasillo.

Sentía arder las mejillas. Parpadeó, cada vez más furioso ante su propia sensación. Mientras había estado hablando con ella, había intentado recordar exactamente por qué había deseado que se fuera. Pero ella le había atacado con aquella increíble insinuación de que era porque no había respondido a sus avances. En algún momento, ayer —y, sí, fue antes de que la Púa le hubiera contado aquel estúpido e insultante chiste acerca de ser un piojoso—, había llegado a la decisión. Y, una vez tomada la decisión, la había almacenado. Al entrar en el trabajo aquella mañana, un torbellino negro, había ido directamente a la oficina de Audri y se lo había dicho.

Audri había contestado:

—Oh... Bien, de acuerdo.

Él había ido a su cubículo, se había puesto a trabajar; y se había sentido bien hasta

hacía unos minutos... Había sido una decisión lógica. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no podía reconstruir la lógica, o la metalógica, que lo había generado todo.

Pensó: Si alcanzas válidamente una conclusión, no almacenas todas las notas de trabajo y demás elementos que has ido acumulando por el camino. ¡Lo único que das son las conclusiones! (Estrujó un trozo de papel que, mientras contemplaba su gris esquina milimetrada asomando del nudo enguantado en negro, se dio cuenta de que probablemente necesitaría más tarde.) No le caigo bien a ella y ella no me cae bien a mí. No puedes trabajar en una atmósfera así. ¡Eso es lógico!

Dejó el papel milimetrado, se quitó un guante y, con la punta de una plantilla para gráficos, empezó a limpiarse la uña del pulgar. En su adolescencia, y con el advenimiento de su profesión de efebo, había empezado a morderse las uñas, pero finalmente había conseguido romper el hábito. Pero todas sus uñas eran ahora más anchas de borde a borde que de cutícula a corona, lo cual seguía pareciendo un poco extraño. No le gustaban sus manos y, bajo ciertas drogas, evitaba mirarlas. Bueno, hoy al menos sus uñas estaban cuidadas, laqueadas y con una longitud uniforme.

A todos los efectos prácticos, parecían unas uñas normales.

Volvió a ponerse el guante, enrolló su capa en torno al hombro izquierdo, luego al derecho, y, capaz al fin de usar ambas manos, se ajustó la máscara.

Aún le ardían las mejillas. Estaba seguro de que ambas estarían llenas de manchas rojas, que apenas empezarían a desvanecerse.

En la cafetería, estaba sentado a la mesa de uno de los reservados sólo-para-comer, pellizcando los pliegues de un medio colapsado bulbo de café, cuando, al alzar la vista, vio a Audri con su bandeja.

—Hola —dijo ella, y se sentó ante él—. ¡Ah...! —Apoyó la cabeza, medio enmascarada en su parte izquierda (pulida y brillante como un huevo de plata con un ojo) contra el acolchado respaldo—. ¡Vaya día!

Bron gruñó.

—¡Exactamente lo que pienso! —La plata cubría el lado izquierdo del cuello de Audri, su hombro, un pecho, cubriendo más abajo (debajo de la mesa ahora) una cadera, formando una tensa piel plástica que hubiera sido enormemente esbelta en alguien con menos ángulos que Audri.

Bron alzó una mano, retiró la máscara de su cabeza, la depositó sobre la madera de la mesa (una fibra celular artificial indistinguible de la madera más allá del nivel celular) y contempló la masa de oscuros velos, los agujeros para los ojos, las lentejuelas negras que damasquinaban el conjunto.

—Lamento lo de la transferencia de esta mañana. Espero que no te haya dado tantos problemas como me ha dado a mí.

Audri se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes..., le dije que tú no perteneces al tipo de los que cambian de

opinión respecto a algo así. Ha ocurrido antes. —Suspiró, cogió de su bandeja algo largo y oscuro y espolvoreado con nueces, lo miró desaprobadoramente—. Ella dijo que podía haber circunstancias atenuantes, sin embargo, y que quería hablar contigo. Intenté sugerirle tan educadamente como me fue posible que tal vez fuera mejor no molestarte. Pero, al final, no pude decir que no. Sentí pena por ella, ¿sabes? Ha sido echada de toda la hegemonía, y en realidad no por culpa suya. Es cosa de la confusión general.

Bron gruñó de nuevo.

—No sabía que ésta fuera su última oportunidad. Nunca se me ocurrió que fuera echada definitivamente del trabajo.

Audri le devolvió el gruñido.

—Por eso te pedí que vieras si podías hacer algo con ella cuando te la traje.

—Oh. Bueno, sí... —¿Le había hecho Audri alguna petición especial acerca de la chica? Bron frunció el ceño. Ciertamente, no lo recordaba.

Audri suspiró.

—Retuve el formulario verde hasta que vino a verme de nuevo después de hablar contigo...

Bron alzó la vista del estrujado bulbo.

—¿Quieres decir que no era definitivo? —Dejó que el fruncimiento de su ceño se hiciera más profundo—. Pensé que todo el asunto estaba ya cerrado... De haberlo sabido, quizás hubiera podido... —No, no estaba realmente mintiendo. No se le había ocurrido en ningún momento que el formulario aún no había sido enviado—. Ella hubiera debido decírmelo.

—Bueno —Audri dio un mordisco a su barrita recubierta de nueces—, ahora ya está enviado. Además, las cosas están tan liadas por todas partes aquí con la situación entre nosotros y los mundos, que me sorprende que nosotros aún sigamos aquí. Nuestros clientes están por todas las lunas..., incluso la Luna. ¿Y qué va a ocurrir allí? Toda la gente sabe que pronto va a ver una gran cantidad de desempleados, y nadie sabe quiénes. Quién sabe siquiera lo que tú y yo estaremos haciendo dentro de seis meses... —Asintió como quien sabe de qué está hablando. Luego dijo—: No te preocupes. No te estoy amenazando.

—No, no pensé que lo estuvieras haciendo —sonrió él—. Tú no eres del tipo amenazador.

—Cierto —admitió Audri—. No lo soy.

—Hey —dijo Philip por encima de él—, ¿cuándo vamos a ver algo de trabajo sobre la Estrella del Día, eh? Audri te envió una ayudante ayer, y hoy la devuelves. Échate a un lado...

—¡Oh, vamos...! —protestó Bron.

La bandeja de Philip golpeó la mesa al lado de la de Audri.

—No te preocupes, ni siquiera deseo sentarme a tu lado. —Philip, hoy con pantalones ajustados, pecho desnudo (muy velludo) y una pequeña capa gris sobre los hombros, se dejó caer en el asiento contiguo a Audri—. ¡Éste ha sido un día...! Apresúrate y espera: espera porque tengo prisa. —Frunció el ceño a través de su rizada barba—. ¿Qué iba mal con ella?

—Mira —dijo Bron al bajo y recio Philip—, ¿cuándo vais a entregarme un ayudante que yo pueda usar? La especialidad de ésta era..., ¿cómo se llama? Criogenia o algo parecido. —A Bron le desagradaba realmente Philip.

—Oh, vamos. No necesitas un ayudante especializado para eso. —Los puños de Philip (tan velludos como su pecho) se apoyaron a cada lado de su bandeja—. ¿Sabéis lo que pienso? —Bajó la vista, meditó unos instantes, cogió algo grasiento con los dedos y se inclinó para metérselo en la boca antes de que se deshiciera—. Creo que a Bron no le gustan las bajitas. —Masticando, hizo un gesto con la cabeza a Audri, mientras se chupaba ruidosamente los dedos, uno tras otro—. ¿No es así?

—¿Qué quieres decir? —exclamó Bron—. Me gusta Audri, y ella... —Entonces se sintió ridículo. Con una falta de tacto intencional, Philip había maniobrado hasta obligarle a decir algo involuntariamente falto de tacto, y debía (sin duda) estarse anotando puntos tras aquella agradable risa. Bron miró a Audri (que realmente le agradaba), que en aquellos momentos estaba abriendo el pico de un bulbo de café.

—Con amigos como tú... —dijo Philip, e hizo un gesto con la cabeza de saber de qué estaba hablando—. Mira, en estos momentos todos estamos un poco desorientados aquí. De uno a otro extremo no hay más que confusión. —El pezón izquierdo de Philip era muy grande. Había un anillo sin vello a todo su alrededor. Los folículos pilosos habían sido extirpados. La carne sobre aquel pectoral era un poco más suelta que la del de la derecha. Periódicamente, cuando se esperaba el nacimiento de un nuevo niño en la comuna de Philip, fuera en el Anillo, su pecho se hinchaba (tres píldoras cada comida: dos pequeñas blancas y una grande roja), y Philip se tomaba dos o tres días libres de lactancia a la semana. Bron había asistido a la última fiesta del Día de la Soberanía...

—Mira—dijo Philip, chupándose un grueso dedo, luego otro (era una cabeza más bajo que Bron)—. Soy un tipo muy franco..., tú lo sabes. Lo que creo, lo digo. Si digo alguna cosa, sabes que no es por ninguna animosidad personal..., a menos que te lo admita francamente.

—Bien, yo también soy más bien franco. —Bron pasó cuidadosamente su enguantado pulgar sobre la última lenteja aplastada en su bandeja, se lo llevó a la boca y la recogió cuidadosamente—. Al menos en lo que a mis emociones se refiere. Yo...

Uno de los programadores más nuevos, que llevaba un ajustado mono elástico con grandes rombos plateados, dijo:

—Hey, Bron... —luego se dio cuenta de que estaba ocupado con una «discusión», agitó una cabeza de mirada romboide y se alejó apresuradamente.

—No me gustó —dijo Bron—. Yo no le gusté a ella. Ésa no es una situación en la que yo pueda trabajar.

—Sí, sí... —Cogió más comida—. La forma en que se está transformando toda la atmósfera emocional aquí con todo eso de la guerra está empezando a ser alarmante. Me siento sorprendido de que alguien pueda trabajar, punto.

—Bron es uno de nuestros mejores trabajadores también. —Audri dio otro mordisco a la cosa larga con las nueces—. Así que simplemente deja de subirte a su espalda, Phil. —(Había ocasiones en las que su agrado hacia Audri se aproximaba casi a una especie de amor platónico.)

—Está bien. Está bien. Hey, llevas ya prácticamente seis meses en tu nuevo puesto. ¿Todavía no estás atascado?

—Estoy bien —dijo Bron—. Ningún problema.

—Pensé que terminarías sintiéndote aquí como en casa. —En una de esas téte-á-téte que Philip estaba iniciando siempre sin que uno se diera cuenta de ello, cuando Bron aún los soportaba, Philip le había hablado realmente a Bron de la Casa de la Serpiente—. Simplemente tuve la sensación de que tal vez hallaras las cosas más fáciles aquí. Me alegra que haya sido así. Aparte el asunto de la Estrella del Día..., no, no lo he olvidado —Phil agitó un grueso, velludo y mojado índice—, yo no tengo ninguna queja sobre tu trabajo. No te preocupes, te encontraremos un ayudante. Le dije a Audri: un hombre, gay o normal, o una supermujer hetero..., a lo que Audri respondió, quiero que lo sepas: «¡Bueno, yo le caigo bien!» —Philip se echó a reír—. Te encontraremos uno; y con el entrenamiento adecuado. El tipo de persona con el que puedas relacionarte... Hablando de hombres gay...—Philip tragó lo que tenía en la boca y su mano, al extremo de su hirsuto antebrazo, se metió por debajo de la mesa; el antebrazo se agitó hacia delante y hacia atrás, y la mano volvió a emerger, un poco más seca—. Marny..., ¿recuerdas a Marny de mi comuna? ¿Pequeña, negra...? —La otra mano ascendió y, entre ambas, describieron una figura casi esbelta. (Desde la fiesta del Día de la Soberanía, Bron la recordaba muy bien.) Philip dio un codazo a Audri, dirigió un guiño a Bron—. Es frigoingeniera..., ¡sube y baja las superficies del hielo como un personaje de un maldito drama del hielo! Yo soy el padre de los dos últimos chicos que tuvo. De todos modos, va a tener otro. Y nunca sospecharás de quien..., ¡de Danny! —Se volvió hacia Audri, luego hacia Bron—. ¿Recuerdas a Danny? —Bron frunció el ceño. (Recordaba a Danny, con cierto desagrado.) El fruncimiento de ceño de Philip se invirtió—. De todos modos, sólo es el segundo hijo que él tiene en su vida..., y el primero en esta comuna. —El puño de Philip cayó sobre la mesa, relajándose..., como un saco de patatas derramado—. Ya sabes lo importantes que pueden llegar a ser los hijos para los chicos gay..., quiero

decir, la mayor parte del tiempo no dejan de pensar que jamás tendrán ninguno, ¿sabes? A mí no me importan los hijos. Tengo seis aquí y..., Señor, debo de tener hijos repartidos por todo el Sistema Solar. Veamos, tres en lo, uno en Ganimedes, incluso uno allá en la Luna, y un par en Nereida... —Frunció bruscamente el ceño—. ¿Tú tienes hijos, Bron? Quiero decir, sé los de Audri.

—Un par—dijo Bron. Allá en Marte, una mujer le había anunciado en una ocasión que tenía intención de quedar embarazada de él. El primer año de su emigración, una carta le había seguido hasta allá, con una foto de un bebé..., un niño con doble papada mamando de un pecho mucho más grande de como lo recordaba. Se había sentido singularmente poco emocionado—. En la Tierra —añadió finalmente. La concepción se había producido en Marte, pero la carta le había llegado de la Tierra.

—Hummm —dijo Philip, con esa incomodidad sectaria n-r a la mención de las cosas demasiado alejadas en el pasado—. Yo nunca he tenido ninguno en un mundo..., de todos modos, le pregunté a Danny si él iba a ayudar a la lactancia. —(La gente del sector no restringido, reflexionó, no dejaban de hablar de las familias de las que procedían, pese a todo su apego al aquí y ahora. Bron consideraba a veces ambas cosas objetables)—. Quiero decir, porque Marny desea a alguien con quien poder alternarla. Sea como sea, ¿sabéis lo que me dijo? ¿Lo sabéis? ¡Que estaba preocupada por su figura! —Philip agitó la cabeza, luego repitió—: ¡Preocupada por su figura! Bueno, ya sabéis lo que eso significa para mí. —Alzó la mano e hizo una sugerente curva delante de su pectoral derecho; sus párpados de pesadas pestañas descendieron ligeramente cuando se contempló así mismo—. Dos pequeñas blancas...

—...y una grande y roja. —Audri se echó a reír—. Bueno, felicitaciones a todos.

—¡Su figura! —Philip agitó la cabeza, sonrió tiernamente—. Quiero decir que Danny forma parte de mi maldita comuna y yo le quiero. Realmente le quiero..., aunque a veces me pregunto por qué.

Bron decidió volver a ponerse su máscara; pero Philip pulsó de pronto el botón de plástico rojo de su esquina de la mesa. La bandeja de Philip, con sus revueltos restos, se agitó, tembló, se disolvió, y fue sorbida a través de la rejilla, que tenía debajo: Whoosh! Mientras estaba whooosheando, Philip se frotó las manos encima de la rodilla, primero los dorsos, luego las palmas, y, satisfecho, se puso en pie. El whoosh cesó.

—Mira, cuando vine aquí, imaginé que estaba interrumpiendo una delicada situación. Pensé que tal vez necesitara ser interrumpida y corrí el riesgo. Ya sabes que Audri se ha sentido muy trastornada por el hecho de tener que echar a esa mujer. —Y, dirigiéndose a Audri—: Quiero hablar contigo acerca de lo que les diremos a la gente de la Estrella del Día Más respecto a la Estrella del Día Menos cuando tenga que

explicarles que todavía no tenemos ninguna reducción metalógica. Y pronto. —Se volvió hacia Bron—: Y eso es una excusa para que Audri te eche los perros si las cosas se ponen demasiado difíciles, ¿comprendido? Todo claro y encima de la mesa. Y tú..., ¿quieres tu oportunidad de cerrarme la boca? ¡Entonces ten la Estrella del Día fuera del camino antes de un mes! Hace una semana que llevo diciéndoles a esa gente que no hay ninguna forma de que podamos tenerla lista antes de tres. Termínala dentro de este plazo, y mi rostro se pondrá colorado en cuatro departamentos distintos. Ya nos veremos. —Se deslizó fuera de la mesa y se alejó pesadamente (ni alto ni ancho, simplemente recio, Philip siempre daba la impresión de caminar pesadamente) por la cafetería.

Bron miró a Audri. El pelo que descendía por la derecha de su cabeza era una cascada de verde, dorado, púrpura y naranja. La parte visible de su rostro era tensa, hosca y preocupada.

—Hey—dijo Bron—, ¿realmente te trastornó tanto el hecho de que yo...?

—Oh —dijo Audri—. Bueno, sí —lo cual eran palabras que usaban frecuentemente el uno con el otro, a veces socialmente, a veces no.

—Bueno, si tú... —El pensamiento llegó oblicuamente, se aposentó unos instantes en el borde de su mente, amenazando con caer dentro o fuera como un absurdo Humpty Dumpty; luego, bruscamente, no pareció absurdo en absoluto—: Hey, ¿viste ayer a Miriamne más tarde? Quiero decir, ¿te encontraste con ella en alguna otra parte después del trabajo?

Los ojos de Audri volvieron a los suyos desde algún lugar detrás de él.

—No. ¿Por qué? Nunca la había visto antes de que Personal me la enviara ayer por la mañana.

—Oh, es que por un momento pensé... —Bron frunció el ceño; de pronto recogió la máscara llena de velos y lentejuelas y se la puso. Con el pensamiento había llegado el repentino recuerdo de exactamente cuándo (¡en el callejón gris parecido a un cañón que conducía al n-r!) y por qué (¡aquella fantástica e infundada idea sobre la relación entre Miriamne y la Púa!) había decidido la transferencia de Miriamne. Ahora parecía ridículo, cruel (le gustaba Audri) y egoísta. Si pudiera, ahora la conservaría. Pero el formulario verde...—. Supongo que ahora ya no... —Su voz se ahuecó bajo la oscura concha de la máscara.

—¿Hummm? —dijo Audri, y dio un nuevo y profundo sorbo; su burbuja resonó fuertemente, colapsada por completo. Si el pensamiento hubiera sido un mundo, el que iría con él, orbitándolo como un satélite, sería: Miriamne era la amiga de la Púa. Alguna versión de todo esto llegaría probablemente hasta esta última. ¿Qué pensaría de ello?

—¿Audri? —preguntó.

—¿Sí?



—¿Cómo soy? Quiero decir, ¿qué piensas de mí...? Si tuvieras que describirme a alguien, ¿cómo lo harías?

—¿Honestamente?

Él asintió con la cabeza.

—Diría que eres una combinación muy normal, o muy especial, según cómo lo miraras, de pereza emocional y bienintencionada, quizá un poco demasiado egoísta para el gusto de algunas personas. Pero también tienes un montón de talento para tu trabajo. Quizás el resto sea simplemente los rasgos de personalidad necesarios que van con ello.

—¿Dirías que soy un piojoso..., pero quizás un piojoso que...? Oh, no importa. Sólo un piojoso.

Audri se echó a reír.

—Bueno, quizá de tanto en tanto..., cada segundo martes de cada mes..., una cierta versión de ese pensamiento parpadea por mi vacío cerebro...

—Ajá —asintió Bron—. ¿Sabes?, ésa es la tercera vez en tres días que alguien me llama eso.

—¿Un piojoso? —Audri alzó una ceja multicolor (y bajó una plateada)—. Bueno, yo no soy ciertamente una de los que lo dicen...

—¿Quieres decir que Philip, hoy, antes, en algún momento, ha...?

Ahora las dos cejas de Audri descendieron.

—No, querido. Tú lo hiciste..., exactamente ahora.

—Oh —dijo Bron—. Bueno, sí.

De vuelta a su oficina, Bron se sentó y meditó y arrojó más bulbos colapsados de café al montón de la esquina.

No comprendían, pensó; luego volvió a pensar en ello. Philip y Audri y Sam y Miriamne y Lawrence..., ni siquiera Danny (al que recordaba) y Marny (a la que recordaba con cierto afecto) comprendían. Y Alfred probablemente era el que menos comprendía de todos..., aunque, desde otro punto de vista, probablemente Alfred fuese quien lo comprendiera mejor; es decir, seguro que Alfred no le comprendía a él —Bron—, pero ciertamente Alfred comprendía por experiencia de primera mano la sensación de no tener a nadie que lo comprendiera a uno; y —Bron podía permitirse esta autoflagelación—, en un cierto sentido, el tipo particular de no pensamiento de Alfred estaba probablemente muy cerca del suyo. Sí, Alfred comprendía por experiencia, aunque no fuera consciente del todo de esa experiencia como un posible punto de agonía para cualquier otro ser humano excepto él mismo. Y además (estaba pensando todavía Bron, cinco minutos después de cerrar, mientras salía, entre susurros de mangas y capa, del vestíbulo a la Plaza), la absoluta negativa de Alfred de ofrecer a nadie más ninguna interpretación —especulativa, tranquilizadora, preocupante o útil— de su propio estado psicológico, ¿no representaba una especie de

respeto, o al menos un comportamiento que era indistinguible de él? Alfred simplemente suponía (pero, ¿acaso no lo hacía todo el mundo, hasta que se le daban motivos para pensar de otro modo?) que tú sabías de qué se trataba...

¡Miriamne!

Y el tenso rostro adolescente de Alfred se borró de golpe. ¡Había deseado iniciar una aventura con ella! Era su tipo. Y ahora el contraespionaje que había ejercido contra sí mismo le había hecho perder a ella el trabajo. Había tomado sus propias respuestas, que hubiera debido utilizar como parámetros flexibles, como perímetros rígidos y fijos.

¡Miriamne!

Por supuesto, ella tampoco lo había comprendido.

¡Pobre Miriamne!

¿Cómo podía ella saber el cómo o el por qué que había detrás de todo lo que le había ocurrido?

Sufriendo la herida de haber herido, pensó: Ayudadme. Avanzó por la atestada plaza. El borde superior de los agujeros para los ojos de su máscara cortaba por completo el campo sensorial con una oscuridad tan completa como el techo del n-r. Envuelto en negro, se abrió camino por entre la gente, pensando: *Que alguien me ayude...*

Exactamente igual que Alfred (pensó), solo en su habitación, con su sangrante nariz ya diagnosticada, después de que Sam y los demás se hubieran marchado, deseando desesperadamente, ahora que la catástrofe se había alejado, que alguien, cualquiera, se parara ante su puerta y le dijera hola.

La mandíbula de Bron se tensó.

La máscara se deslizó hacia abajo, de tal modo que —el pensamiento le llegó tan brutal como el dolor y, con él, se apretó más en su capa y apresuró el paso— si alguien hubiera intentado cruzar su mirada, con ojos amistosos, provocativos, hostiles o indiferentes, él no hubiera sido capaz de darse cuenta de ello, puesto que todo el mundo excepto los más bajos entre la multitud parecían ahora decapitados.

Pero si deseas tan desesperadamente ayuda (rechinó amargamente los dientes cuando alguien rozó su hombro; se echó hacia un lado, y chocó con alguien más), y sigues sin poder obtenerla, lo único que puede alejar tu mente de ello es ayudar tú a alguien: Esta revelación, puesto que era una de las raras veces que se le presentaba, le hizo detenerse en seco en medio de la plaza.

Permaneció inmóvil allí, parpadeando: dos personas en sucesión chocaron contra su hombro izquierdo; una tercera golpeó el derecho. Mientras se tambaleaba, alguien más tropezó con él en el rebote y dijo:

—Hey, vigile, ¿quiere? ¿Dónde se piensa que está?

Y él siguió allá, aún parpadeando, en la medio velada oscuridad.

Alguien más tropezó con él.

Y alguien más.

El formulario verde estaba ya en camino. No había nada que él pudiera hacer por Miriamne...

Cinco minutos más tarde, encontró la más pequeña de las sex shops en la esquina sudeste y, bien envuelto en su capa, pidió el paquete de pomada que tenían reservado y que ya había sido pagado. ¡Aquí estaba! Con su sentido de las obligaciones morales alejándose ya de su abrumada alma (y el paquete tubular en uno de los numerosos bolsillos secretos de su capa), salió de la (ahora casi desierta) Plaza de la Luz.

Diez minutos después de eso, con su corazón latiendo lentamente, penetró en las verdosas baldosas del paso inferior, y pasó sin verlas junto a las advertencias de tiza, pintura y carteles garabateadas y pegadas a derecha e izquierda.

Altas y apenas visibles en la oscuridad, las barrocas y arcaicas manecillas señalaban una el seis, la otra el siete. (Relojes decimales, pensó. Curioso.) Cruzó los carriles, el rechinante pavimento. Pasó los altos soportes de una calzada elevada. Las luces de los carriles superiores arrojaban una telaraña de sombras hacia abajo.

Subió por las siguientes escaleras —movido por un impulso—, apretando en torno a su cuerpo las aleteantes ropas.

Llegó arriba.

Estaban de pie en la barandilla opuesta, de espaldas a él, mirando hacia la oscuridad que bien podía ser una pared a tres metros o una noche cuajada de estrellas a años luz de distancia.

La reconoció por el rubio y plumoso cabello, los altos hombros (sin ninguna capa ahora), las largas curvas de su espalda que descendían hasta una falda sujeta baja a sus caderas: una prenda que descendía hasta el suelo y en la que las manchas marrones y rojas y naranjas se superponían como una tarjeta postal de la ladera de una colina en otoño perteneciente a otro mundo.

Bron retuvo el paso, a medio cruzar la acera. Las capas y velos y mangas y puños que se habían agitado tras él se colapsaron en torno a sus guantes y botas.

¿El otro...?

El enmarañado pelo tenía un asomo de azul (¿o verde?).

Excepto cuatro franjas que rodeaban uno de sus musculosos brazos y uno de sus muslos, seguía desnudo.

E igual de sucio.

Bron se detuvo a tres metros, con el ceño fruncido detrás de su máscara (que, en algún lugar apenas salir del paso inferior, había conseguido finalmente poner bien), y se preguntó de qué estarían hablando en voz baja.

De pronto, ella volvió la vista.

Lo mismo hizo el hombre. Dentro de la hinchada carne llena de cicatrices, aquel

punto hundido (ni siquiera a aquella distancia estaba seguro de sí podía o no ver) brillaba.

—¿Bron...? —dijo ella, acabando de volverse para mirarle de frente. Luego—: ¿Eres tú, detrás de esa máscara...? ¡Tetis es una ciudad pequeña! Fred —(Fred se volvió también; los collares de cadenas colgaban sobre el costroso y muy musculado pecho con su hundido pozo central)— y yo estábamos precisamente hablando de ti, ¿lo querrás creer?

Las uñas visibles en los asquerosos dedos orlados de negro de Fred estaban mordidas. ¿Cómo, se preguntó Bron, podía mordérselas con aquellas manos tan sucias? A lo cual, como si quisiera responderle, Fred alzó una mano y empezó a mordisquearse ausentemente una de ellas, con su ojo visible inyectado en sangre parpadeando.

—Fred me estaba diciendo precisamente que durante un tiempo vivió en Marte. Y en la Tierra también. Incluso has pasado algún tiempo en la Luna, ¿no es eso lo que me estabas diciendo? —(Fred siguió mordisqueando, sin dejar de mirar a Bron desde debajo de unas hirsutas cejas y por encima de unos negros nudillos)—. Fred me decía que conocía el Goebels..., ¿no es así como dijiste que se llamaba el distrito de las luces rojas de Bellona, Fred? Fred me estaba diciendo lo que significa tu ceja dorada: ¡Es realmente sorprendente! Bueno, no sólo esta ciudad es pequeña. ¡El universo también es pequeño!

Fred mordisqueó. Fred parpadeó.

Y Bron pensó: Las cosas que la gente puede llegar a hacer a sus cuerpos. Del mismo modo que esos músculos híper-desarrollados fueron aumentados clínicamente (ninguna profesión en baja gravedad te proporciona esos muslos y esos bíceps como globos, esos hombros, ese estómago, todo regularmente distribuido), de modo que la suciedad, las cicatrices, las llagas y las quemaduras que salpicaban los sucios brazos y piernas eran resultado de una negligencia consciente.

Y nadie tenía unos genitales de ese tamaño, excepto como consecuencia de una enfermedad o de diseño (quirúrgico).

La Púa dijo:

—...de veras, es sorprendente que estuviéramos aquí hablando de ti, y que de pronto aparecieras tú, justo detrás... —Entonces Fred, aún mordisqueándose la uña, dio un brusco paso adelante (detrás de la máscara, Bron hizo un breve movimiento de retroceso), cruzó frente a la Púa y echó a andar acera abajo: un suave golpear de pisadas, un tintinear de cadenas.

Bron dijo:

—Tu amigo no es muy comunicativo.

—Es su secta —respondió la Púa—. Me estaba diciendo que las Bestias están atravesando por un montón de problemas recientemente. Acaban de reformarse,

¿sabes?, de una secta más antigua que se disolvió; y, tal como están las cosas, parece que hay muchas posibilidades de que se disuelvan de nuevo. Dian, recuérdala, está en nuestra compañía, había pertenecido a las Bestias. Lo dejó correr el mes pasado. Quizá mi opinión sea parcial, pero creo que es más feliz con nosotros. El problema, supongo, estriba en que constantemente llegan al pobre Fred, o a cualquiera de las Bestias que aún quedan, fragmentos de comunicación que revisten una forma posiblemente significativa..., ¿o es carente de significado? Me lo han explicado una docena de veces, y aún sigo sin acabar de entenderlo... De cualquier forma, sus convicciones religiosas dicen que tienen que detenerlas o, rechazándolas, negarse a formar parte de ellas. Puedes imaginar lo difícil que deben de resultar así las decisiones ecuménicas durante un concilio religioso. ¿Paseamos un poco...? —Tendió la mano hacia él, luego frunció el ceño—. ¿O me estoy mostrando presuntuosa presumiendo que has venido a verme a mí?

—Yo... vine a verte a ti.

—Bien, gracias. —Su mano se cerró sobre la de él—. Entonces vamos.

Echaron a andar junto a la barandilla.

Él preguntó:

—¿Forma parte también Fred de tu pieza teatral? Esa primera maniobra con la que me helaste... —Se trataba de una frase hecha de los granjeros del hielo que había pasado, a través de los dramas del hielo, al uso general: pero, apenas la estaba pronunciando, recordó su origen, le pareció una afectación, y deseó haber empezado de otro modo.

—¡Ah...! —Ella le sonrió—. Y, ¿quién puede decir dónde termina la vida y empieza el teatro...?

—Oh, vamos —dijo él bruscamente, sintiendo que su vacilación desaparecía ante la suave burla de ella.

De modo que ella dijo:

—¿Fred? —y se encogió de hombros—. Antes de esa noche, nunca lo había visto en mi vida.

—Entonces, ¿por qué estabas hablando ahora con él aquí?

—Bueno, porque —bajaron unas escaleras— estaba aquí. Y quiero decir, puesto que me golpeó en la mandíbula una vez, justo en el momento más delicado en la producción, cuando se establece el contacto inicial con la audiencia, pensé que su oficio podía ser muy bien el de introductor formal. Al parecer, él había presenciado ya algunas de nuestras piezas..., me dijo que le habían gustado. Yo intenté descubrir cómo encajaba eso con la misión que su secta le había impuesto. Eso condujo, por supuesto, a la política Bestial, y de ahí a la historia de su vida..., ya sabes a lo que me refiero. Yo ya sabía algo de él a través de Dian, así que pude hacer algunos comentarios inteligentes; eso, naturalmente, lo predispuso hacia mí; empezamos a

hablar. Como puedes imaginar, la gente con esa apariencia no son individuos muy buscados socialmente. Creo que le falta conversación civilizada. Realmente descubrí que era un tipo muy astuto. El problema metafísico con la posición de Fred, por supuesto, es que cualquier comunicación implica como mínimo a dos personas..., más o menos. Ahora bien—mientras alcanzaban el nivel del suelo—, dos personas pueden hablar intensamente, elocuentemente, o de cualquier otra manera entre esos dos límites. Pero, en cualquier punto, lo que es significativo para una de ellas puede resultar una charla vacía para la otra. O la situación puede invertirse. Y todo eso puede ocurrir una docena de veces en cualquier periodo de cinco minutos.

—Pobre Fred —dijo Bron secamente. (Giraron hacia un callejón estrecho. El signo rojo de la calle deslizó sus letras, puntos y líneas en miniatura a través de las córneas de la mujer cuando le miró)—. Bueno, me alegro de que no formara parte del circo.

—Y yo, como suele decirse, me alegro de que te alegres. Estaba pensando acerca de preguntarle si deseaba unirse a la compañía. Tienes que admitir que es un tipo colorista. Y su actuación, cuando te recogí, añadió ciertamente un je ne sais quoi. Si su secta se va realmente al diablo, sería trágico dejar que toda esa dedicación se perdiera. Si sólo pudiera determinar cuál era su posición vis-á-vis la propia comunicación teatral..., ¿piensa que es significativa o no? Todo aquello de lo que él, o Dian, hablan, resulta terriblemente abstracto. Quizá simplemente espere a que se haya salido de ello. Y puedes asegurar que le interesa el trabajo con sólo mirarle. —Bron estaba a punto de soltar su mano, pero de pronto ella le sonrió—. ¿Y qué es lo que te ha traído aquí, interrumpiendo mis ensoñaciones teóricas sobre tu persona y tu personalidad con tu ser físico?

Él sintió deseos de decir: *Vine a decirte que, no importa lo que esa loca lesbiana diga, yo no soy responsable de que ella haya perdido su trabajo..., no importa qué tipo de piojoso piense que soy.*

Dijo:

—Vine a saber de ti, saber quién eres y lo que eres.

La Púa sonrió bajo unas fruncidas cejas.

—¿Completamente enmascarado y repleto de velos y envuelto en telas oscuras? ¡Qué romántico! —Entraron en un callejón aún más estrecho..., en realidad, se dio cuenta, era un pasillo, y estaban ya dentro de él—. Espera un momento —se detuvo delante de lo que, reconoció, era la puerta de su habitación en la coop—, y veremos lo que puedo hacer para ayudarte en tu búsqueda. Vuelvo dentro de un minuto —y desapareció dentro: la puerta se cerró con un clic.

Durante los siguientes seis minutos, Bron escuchó abrir y cerrar cajones, resonar puertas de armarios..., algo volcado; una voz de hombre (¿Windy?) protestó hoscamente; una guitarra vibró; el mismo hombre soltó una carcajada; más cajones;

luego, la voz de ella diciendo, en medio de una risita (eso le hizo retroceder ligeramente de la puerta, luego tocarla, luego dejar que sus enguantados dedos cayeran resbalando por ella):

—¡Vamos, vamos! ¡Para ya con eso! Para ahora mismo..., ¡no estropees mi entrada! —Luego, silencio durante una docena de inspiraciones y expiraciones.

La puerta se abrió; ella se deslizó fuera; la puerta se cerró a sus espaldas con otro clic.

Llevaba guantes blancos.

Llevaba botas blancas.

Su larga falda y su corpiño de cuello alto eran blancas. Unas mangas largas blancas envolvían sus muñecas. Alzó las manos y se colocó la capa blanca sobre los hombros. Sus pliegues, más pálidos que el marfil, se agitaron a su alrededor.

Sobre su rostro llevaba una máscara que le cubría toda la cabeza: blancos velos colgaban bajo sus ojos; el helado globo que cubría su cráneo brillaba con lentejuelas blancas. Plumas blancas brotaban de él, como si fuera un pavo real albino.

—Ahora —el velo se agitó con su aliento— podemos merodear por los laberintos de la honestidad y del engaño, buscando los centros ilusorios de nuestro ser a través de un detallado examen del brillo y las ondulaciones de nuestras propias superficies proteicas... —Se volvió hacia la puerta y entonó—: No te preocupes. Estaré de vuelta a tiempo para la actuación.

—¡Será mejor que así sea! —gritó la ahogada voz de una muchacha.

La máscara blanca se volvió hacia él.

—Francamente... —murmuró. Un suspiro tembloroso, y los velos se aposentaron—. Ahora, insensibles a la luz y a su ausencia, podemos iniciar nuestro vagabundeo... —Sus enguantados dedos cayeron de su garganta revestida de blanco, se adelantaron hacia él.

Él los tomó.

Echaron a andar a lo largo del corredor que, una vez más, se convirtió en una alta calle sin techo.

—Ahora, ¿qué quieres saber de mí?

—Yo...

Al cabo de un momento, ella dijo:

—Adelante. Dilo como puedas.

Unos momentos más tarde, él dijo:

—Yo..., no me siento feliz en el mundo en que vivo.

—¿Este mundo —ella agitó un guante blanco abarcando la oscuridad ante ellos—, que no es un mundo sino una luna?

—Sí, eso servirá. Ellos..., ellos lo hacen tan fácil para ti..., lo único que tienes que hacer es saber lo que quieres: no existe la opresión filosófica del siglo XXI; no

existe la opresión sexual del siglo xx; no existe la opresión económica del siglo xix. No existe la opresión...

—Hubo opresión filosófica en el siglo xviii, y opresión sexual en el xxi. Y todos tuvieron su cuota de opresión económica...

—Pero estamos hablando de nuestro mundo. Este mundo. El mejor de todos los mundos posibles...

—Una enorme cantidad de gente que vive aquí está gastando una enorme cantidad de tiza, pintura, papel de multicopista y energía política en general intentando convencer a otra gente de que esto no es en absoluto lo mejor. Bron, hay una guerra...

—Y nosotros no estamos en ella..., todavía. Púa, hay mucha gente allá donde vivo, y el cielo en aquel lugar tiene un color muy distinto, que cree honestamente que si la gente de la que estás hablando se preocupara de sus propios asuntos, eso nos acercaría un poco más a ese mundo.

La presa de su mano sobre la de él se aflojó.

—Yo vivo en el sector n-r. Tú no. No hablemos de eso ahora. —Su mano volvió a apretarse.

—De lo que estoy hablando es lo mismo en los dos lugares. Si tú eres gay, encuentras una cooperativa gay; si eres helero, encuentras una de las cooperativas masculino/femeninas donde todo es absolutamente *gemütlichkeit* y conciencia comunitaria; y luego están todas las combinaciones entre medio...

—Siempre he pensado que la división que usamos ahí fuera de la humanidad en cuarenta o cincuenta sexos básicos, que encajan vagamente en nueve categorías, cuatro de ellas homofílicas...

—¿Qué?

—¿Quieres decir que nunca tecleaste Sexo en Info General cuando tenías diez años? Entonces tú eres probablemente la única persona de más de diez años que no lo ha hecho. Oh, pero tú creciste en Marte... Homofílico significa que, no importa con quién o qué te guste joder, prefieres primariamente vivir y tener amigos de tu propio sexo. Las otras cinco son heterofílicas. —(Por supuesto, él conocía esos términos; por supuesto también, había tecleado Sexo; francamente, la teoría en sí le había sorprendido en un primer momento como muy ingeniosa, luego como totalmente artificial)—. Quiero decir, cuando dispones de cuarenta o cincuenta sexos, y dos veces ese número de religiones, los dispongas como los dispongas, resulta bastante fácil hallar un lugar donde puedas pasarlo bien. Pero también es un lugar muy agradable donde vivir, al menos a ese nivel.

—Seguro. Si deseas encadenar a muchachos de dieciocho años a la pared y perforar sus pezones con agujas al rojo vivo...

—Sí, mejor que sean al rojo vivo. —Desde detrás de los velos y el brillo, la voz



de ella proyectó una sonrisa demasiado intrincadamente misteriosa como para poder imaginarla—. ¡De otro modo, puedes provocar una infección!

—¡Podrían estar congeladas! El tema es que, después del trabajo, siempre puedes dejarte caer por algún lugar donde los muchachos de dieciocho años estén dispuestos a someterse a ese tipo de cosa..., agujas al rojo vivo en el segundo piso, agujas congeladas en el tercero..., todos ellos reunidos para formar una alianza mutuamente beneficiosa donde tú y ellos, e incluso tu perro labrador, si es eso lo que te satisface, podáis encontraros sobre una base de cooperación, beneficio mutuo y respeto.

—¿Y la perrera del primer piso?

—Y hay un sitio así aquí en tu unidad, y uno en la mía, y probablemente una docena más dispersos por toda la ciudad. Y si simplemente no estás satisfecho con la calidad media de los muchachos de dieciocho años aquella semana, puedes concertar una cita para hacer que cambien tus preferencias. Y, mientras estás en ello, si consideras desagradable tu propio cuerpo, puedes hacerlo regenerar, teñir de verde o de heliotropo, engrosarlo de este lado o adelgazarlo de ese otro... —Otra intersección los situó en una nueva calzada elevada—. Y, si simplemente te sientes cansado de todo ello, puedes volverte hacia el solaz de la religión y dejar que tu cuerpo sea mortificado de cualquier forma que desees mientras te concentras en cual sea la idea que tengas de las Cosas Elevadas, con la seguridad de que, cuando te sientas cansado de eso, ahí tendrás un ordenador de diagnóstico aguardando con todo lo necesario para volver a ponerte en forma. Uno de mis jefes, en la oficina, tiene una comuna familiar..., fuera en el Anillo.

—Suenan elegante... ¿Has dicho en el Anillo o sobre el Anillo?

Porque el Anillo (que no era un anillo, sino una especie de endocicloide dentado a lo largo del borde externo de la ciudad) albergaba los más suntuosos complejos comunales de Tetis. (Las familias que gobernaban Tetis, una vez elegidas, se trasladaban tradicionalmente al Punto Londres del Anillo.) Las venerables comunas seriales que se habían desarrollado con la ciudad durante cerca de noventa años estaban localizadas en el borde exterior del Anillo..., antes que en el Anillo, que era el amorfo barrio que se extendía hacia dentro durante una o dos unidades urbanas, pero considerado aún elegante por su proximidad.

—Sobre —rectificó.

—¡Superelegante!

—Y pertenece al tipo que nunca daría un franqu pre-soberanía por todos esos descontentos escritores de panfletos y consignas. Hay un tipo en mi coop que está metido realmente en el gobierno, y en lo que estoy seguro que considerarías el lado equivocado también; probablemente piensa más en los descontentos de lo que lo hace Philip. —Por encima de la barandilla, a su derecha, muy lejos en la oscuridad, resonó un transporte—. El último Día de la Soberanía, Philip dio una gran fiesta en su

casa...

—¡Eso fue patriótico!

—...con todos sus colegas, y todos los colegas de todos los demás en su comuna. Hubieras debido verla...

—Un par de veces he sido bendecida con amigos en el Anillo..., que está sólo a una calle o así de distancia, y fue algo realmente sorprendente.

—Son trece en su comuna...

—¡Un coven normal!

—...sin contar los niños. Tres de las mujeres y dos de los hombres..., uno de ellos, un marica realmente detestable llamado Danny..., se hallan situados en la ranura de crédito absolutamente más alta.

—Me sorprende que no lo sean todos trece.

—Philip se halla tres ranuras por encima de mí, y no deja de decir que el resto de la familia considera que es un fracasado. Tienen al menos dos docenas de habitaciones, la mitad de ellas grandes cosas circulares, con escaleras en espiral y paredes transparentes al oeste, dominando las torres de la ciudad con el escudo brillando sobre sus cabezas, y paredes transparentes al este, sobre el paisaje de los glaciares, con auténticas estrellas en un auténtico cielo...

—Sombras del lugar que yo llamo mi hogar...

—Salas de recreo dúplex; jardines invernadero; piscinas...

—¿Has dicho piscinas, con una «s»...?

—Tres, que yo recuerde. Una con su propia cascada, que se derrama de la piscina superior. Sus chicos son tan malditamente educados y precoces..., y un tercio de ellos tan obviamente de Philip, que te preguntas si no es únicamente por eso por lo que lo conservan con ellos. Y gente bebiendo y nadando y comiendo por todo el lugar y preguntando: «¿Has contratado a algún cocinero con experiencia para ayudarte a preparar todo esto?»; y alguna muy estilizada dama de la comuna, vestida con montones de perlas y muy poca cosa más, contestando: «Oh, no, ésa no es la forma en que hacemos las cosas en el Anillo»; y, con su deslumbrante sonrisa: «Así es como lo hacen ahí fuera...», señalando en dirección al Anillo. Y una pandilla de chicos de siete y ocho años vigilados por un pequeño oriental desnudo como un chivo, y alguien dice: «Oh, ¿usted es el que se encarga de ellos?»; y él, con su enorme sonrisa oriental: «No, yo soy uno de los padres», lo cual, supongo, hubiera resultado tan obvio como en el caso de Philip si uno se hubiera tomado la molestia de mirar más atentamente. Y ese otro que se ocupa de graviátrica interestelar...

—¿El otro de la ranura más alta?

—Tú lo has dicho. Y sólo para intentar mostrarte rudo, le preguntas a otra dama de la comuna, que te ha sido presentada como Controladora Delegada en el Departamento Ejecutivo, si ella también se halla en la ranura de más arriba...

—Dos por debajo, supongo...

—...y ella dice: —No, estoy dos por debajo de la de más arriba. Y usted, ¿en qué ranura está usted?

—¿En qué ranura estás tú?

—Nunca he estado más arriba de la decimoquinta contando desde la cima, y no veo ninguna razón para estar más arriba. Sólo que ella me está preguntando ya si no me gustaría nadar un poco con ella. La piscina caliente está arriba; y si deseamos una zambullida fría, simplemente podemos emplear la de este nivel. Y la música, ¿es una orquesta alquilada? No, es de sus dos hijas mayores, que son terriblemente creativas cuando se trata de cosas como la música y la cocina y la física automotora. Entonces te tropiezas con otra hermosa mujer con dos niños, uno de ellos a todas luces de Philip, que la llaman «mamá» y juegan juntos en la arena, de modo que preguntas: «¿Usted también forma parte de la comuna?», y ella se echa a reír y dice: «Oh, no. Así era hace unos años, pero me he separado. Ahora estoy fuera, en Nereida. Pero hemos venido para la fiesta. ¡No me la hubiera perdido por nada! ¡Los chicos fueron siempre tan felices aquí!». Todo era tan sano y evidente y relajado y elegante que sentías deseos de vomitar..., en realidad yo lo hice, más o menos después de mi décimo vaso de algo terriblemente fuerte; y encima de algún objeto de arte de apariencia extraña que imaginé iba a ser difícil de reemplazar, y tanto peor para él. Y, por supuesto ahí está Philip, con un chico al hombro, con su colgante teta izquierda y una de sus mujeres, Alice, con un chico de ella..., es la negra con los tatuajes..., sonriendo y sujetando mi cabeza y diciendo: «Vamos, toma esta píldora. Te sentirás mejor en un minuto. De veras. ¡Oh, no te preocupes por eso! No eres el único». Quiero decir, al cabo de un rato, deseas ser el único..., de alguna manera, en alguna circunstancia... ¿Tatuajes? Yo tenía tatuajes cuando era chico. Me los hice quitar. A la manera dura. Hacia el final creo que me caí en la piscina, y algo así como cinco personas me sacaron, y supongo que simplemente me puse furioso..., sin mencionar que me emborraché de nuevo. Sólo para hacer algo realmente ultrajante... Había una mujer allí llamada Marny que era realmente agradable..., empecé a hablar acerca de cómo estaba dispuesto a joder con cualquiera de allí por cinco francs; sólo por cinco francs, y mostrarle lo que era realmente el cielo...

—Hummm —dijo la Púa.

—Sólo que, ¿quién había allí, excepto ese maldito personaje Danny?; que, con una enorme sonrisa, va y me dice: «Hey, yo también estoy en eso, de tanto en tanto. ¿Cinco francs? ¡Lo tomo!». Me limité a mirarle, ya sabes, y le dije: «No tú, chupapollas. ¿Qué te parece una de tus mujeres?». Quiero decir que simplemente deseaba provocar una reacción, de alguna forma. Y, sabes lo que me dijo, con aquella mirada suya muy preocupada, como si yo le hubiera pedido que hiciera sonar uno de sus viejos discos de treinta y tres revoluciones, pero él supiera que estaba rayado? Me

dijo: «Bueno, en realidad, no creo que ninguna de nuestras mujeres esté en eso en estos momentos..., excepto posiblemente Joan. Si quieres aguardar un momento, iré a preguntárselo»; y va y se dirige a una de esas increíbles escaleras con la increíble vista al hielo de fuera. Por supuesto, Philip ha vuelto ya por aquel entonces, y yo estoy intentando decirles a esas mujeres: Realmente soy un buen jodador. Calidad profesional..., fui profesional. ¡Ni siquiera tenéis profesionales aquí fuera! Quiero decir, podía hacer que funcionara para mí. Y Philip, que debía estar tan borracho como yo, va y dice: «Sí, yo también estuve en la prostitución..., Marny y yo lo hacíamos cuando éramos chicos e íbamos de un lado para otro. La primera vez que ella estuvo en la Tierra y yo en la Luna lo hicimos durante unos cuantos meses. De forma ilegal, creo. Sólo que no puedo recordar qué tipos de prostitución son ilegales en la Tierra. Es estupendo para el cuerpo. Pero es un poco duro para la mente». Dijo que era como jugar al tenis todo el tiempo, sin tener nunca la posibilidad de hablar con nadie excepto por encima de la red. Quiero decir, ¿puedes imaginar eso? ¿De Philip? Si yo no hubiera estado tan borracho, probablemente me hubiera sorprendido. Tal como fueron las cosas, supongo que me di cuenta de que no era más que otra irritación con la que tenía que vivir, y quizá reírme de ella de tanto en tanto. No importaba todo lo que hubiera vomitado. —La acera los condujo siguiendo una suave curva—. Después de eso, tuve que irme. Ninguna lógica ni metalógica me hubieran hecho quedar. Era todo perfecto, hermoso, sin ninguna grieta ni costura. Cualquier golpe que dabas era absorbido y se hacía uno con la estructura. Caminando de vuelta desde el Anillo, Philip me preguntó si no deseaba esperar a Joan y, cuando le dije que no, me hizo tomar otra píldora; funcionan..., en el camino de vuelta sentí deseos de llorar.

—¿Por qué?

—Todo era hermoso, perfecto, armonioso, radiante, era una familia por la que hubiera dado mi testículo izquierdo, demonios, los dos, a cambio de convertirme en uno de sus hijos o hijas. Qué lugar para crecer, seguro de que serás querido hagas lo que hagas, seas lo que seas, y con todo el conocimiento y la seguridad en ti mismo que esto te proporciona mientras decides lo que quieres ser. Pero la gran mentira que enarbola esa gente, ya vivan en una comuna o en una coop..., y éste, supongo, es el motivo de que los odie, una vez ha sido dicho y hecho todo, incluso aquellos a los que quiero, como Audri (que es mi otro jefe), es: Cualquiera puede tener esto, ser parte de ello, bañarse en su radiación, y ser uno con el propio elemento radiante..., oh, quizá no todo el mundo puede tenerlo en un lugar tan cercano a Punto Londres, pero en alguna parte, en algún lugar, te está aguardando..., si no en una comuna familiar, entonces en una comuna de trabajo como tú compañía de teatro, si no en una comuna, entonces en..., bueno, en una comuna heterofílica; si no en una comuna heterofílica, entonces en una homofílica. En alguna parte, en tu sector o en el mío, en

esta unidad o en esa otra, ahí está: placer, comunidad, respeto..., todo lo que tienes que hacer es conocer el tipo, y cuánto de él, y hasta qué punto lo deseas. Eso es todo. —Aquella mañana casi se había echado a llorar al volver a la coop de su sector restringido. Casi estaba llorando ahora—. Pero, ¿qué les ocurre a aquellos de nosotros que no lo saben? ¿Qué les ocurre a aquellos de nosotros que tenemos problemas y no sabemos por qué tenemos los problemas que tenemos? ¿Qué ocurre a aquellos de nosotros en los que la parte que desea ha perdido, por atrofia, toda conexión con un razonamiento articulado? ¿Decidir lo que te gusta e ir a tomarlo? Bueno, ¿qué hay acerca de aquellos de nosotros que sólo sabemos lo que no nos gusta? ¡Sé que no me gusta tu amiga Miriamne! Sé que no deseo trabajar con ella. Hice que la despidieran de su trabajo esta mañana. Y no sé cómo ocurrió ninguna de esas cosas. Y no quiero saberlo. ¡Pero no lo lamento, en absoluto! Quizá lo lamenté, por un minuto..., pero ahora no. Y no deseo hacerlo.

—¡Ah! —dijo la Púa—. Creo que hemos tocado fondo..., o al menos algún fondo.

Él miró fijamente su blanca máscara.

—¿Por qué?

—Todo tu tono de voz ha cambiado. La actitud de tu cuerpo ha cambiado. Incluso con tu máscara, se ha podido ver tu cabeza adelantarse y tus hombros echarse hacia atrás en posición..., en el teatro, tienes que aprender mucho sobre lo que el cuerpo tiene que decir respecto a los movimientos de las emociones...

—Sólo que yo no estoy en el teatro. Estoy en la metalógica. ¿Qué hay con aquellos de nosotros que no sabemos lo que el cuerpo tiene que decir respecto a las emociones? ¿O las trayectorias de los cometas? ¡Ponlo en términos que yo conozca!

—Bueno, yo no estoy en la metalógica. Pero parece estar usando alguna especie de sistema lógico donde, cuando llegas cerca de alguna explicación, dices: «Por definición, mi problema es insoluble. Ahora, esa explicación de aquí tiene que resolverlo. Pero, puesto que he definido mi problema como insoluble, entonces, por definición, esa solución no se aplica». Quiero decir, realmente, si tú... No. Espera. ¿Quieres que diga lo que ocurre en tus términos? Bien, por un lado, te haces daño. Sí, la gente como yo puede sentarse y cartografiar cómo consigues infligir una gran cantidad de ese daño sobre ti mismo. Sospecho que, en tus mejores momentos, también puedes...

—En tus términos son mis mejores momentos. En mis términos son los peores..., porque entonces es cuando el dolor parece ser más inevitable. El resto del tiempo puedo al menos tener la esperanza, aunque sea falsa, de que las cosas irán mejor más adelante.

—En tus términos, entonces, simplemente te haces daño. Y —suspiró—, de tanto en tanto..., quiero decir que sé cuánto deseaba Miriamne ese trabajo; ella se halla

probablemente un buen número de ranuras de crédito por debajo de ti y de mí..., haces daño a otras personas.

Guardaron silencio durante una docena de susurrantes pasos.

—El otro día me preguntaste si el ser una prostituta me había causado algún daño. He estado pensando en ello. Tu amiga Miriamne creyó que la razón de que hiciera que la despidieran era porque ella no se había mostrado interesada cuando yo hice mis avances. Bueno, quizás ésa sea una de las cosas malas que me hizo la prostitución. ¿Sabes?, lo único degradante que te ocurre una y otra y otra vez en ese tipo de trabajo es la gente: tanto los hombres que te emplean como las mujeres a las que tienes que servir son gente que atribuye constantemente todo lo que haces, sólo por el hecho de que lo estás vendiendo, a una especie de motivación sexual. Cuando estás en el negocio, aprendes a vivir con ello. Pero ésa es la diferencia entre ellos y tú..., lo notas en los chistes, lo notas en las propinas, lo notas en los trabajos de los que eres rechazado. Y nunca tiene nada que ver con ninguna auténtica razón de hacer algo real. Pregúntale a tu amigo Windy, él te explicará lo que quiero decir: cuando vine aquí fuera, oí de todo acerca de la libertad sexual de los satélites..., es el mito dorado de los dos mundos. Cuando abandoné Marte, me prometí a mí mismo que era algo que nunca le haría a ninguna otra persona mientras viviera; me había sido hecho a mí demasiadas veces. Bueno, quizás el ser un prostituto me haya hecho supersensible, pero cuando Miriamne me dijo seriamente eso, a mí, esta mañana, que la había hecho despedir porque ella no quiso doblegarse a mí..., ¡bueno, eso fue un auténtico golpe! No es algo que puedas encontrar aquí fuera con tanta frecuencia, y sí, representa una mejora en mi vida. Pero cuando ocurre, eso no lo hace en absoluto más agradable. No es algo que yo pudiera hacerle a otra persona. No es algo que me gustara que me hicieran a mí... Por mucho que no me guste Miriamne, durante todo el camino hasta aquí he sentido lástima por ella. Pero si ella es el tipo que le haría eso a otra persona..., demonios, que me lo haría a mí, me pregunto si tengo derecho a sentir lástima por ella..., ¿entiendes?

—A un cierto nivel —admitió la Púa, con su voz proyectando una expresión de seriedad tan intrincada como la anterior sonrisa proyectada—, todo lo que dices tiene perfecto sentido. A otro, uno muy profundo, no comprendo ni una sola palabra. En realidad, no creo haber conocido nunca antes a nadie como tú; y he conocido a mucha gente. La forma en que has contado todo eso, de Philip a Miriamne..., ¿las mujeres de él?, ¿los hombres de ella? De hecho, ni siquiera dijiste lo segundo; me pregunto si eso será significativo..., ¡simplemente suena como la visión de otro mundo!

—Soy de otro mundo..., un mundo con el que estáis en guerra. Y sí, hacíamos las cosas de forma diferente allí.

—Un mundo con el que espero ardientemente no llegar a estar nunca en guerra.

—De acuerdo, un mundo con el que no estamos en guerra todavía, ¿Crees que mi

incapacidad de aferrar las sutilezas es sólo otro ejemplo de mi confusión marciana?

—Creo que tu confusión hace daño a otras personas.

Él frunció el ceño detrás de su máscara.

—¡Entonces, la gente como yo debería de ser exterminada!

Los enmascarados ojos de ella relucieron.

—Ésa podría ser una solución; pensé que la habías desechado desde un principio.

Él guardó silencio, con el ceño aún fruncido.

Al cabo de unos cuantos pasos más, la Púa dijo:

—Bien, ahora que lo sabes todo acerca de mí, ¿qué harás con esta preciosa información?

—¿Eh? Oh, ¿dices esto porque no he hecho más que hablar de mí mismo? Bueno, estamos en el sector no restringido, ¿no...?

—Yo diría que no has hecho más que quejarte de tus subordinados y alardear de tus jefes, pero no importa.

—Pero yo lo sé todo acerca de ti —dijo él—. Al menos, sé mucho..., eres la menor de nueve hermanos, erais granjeros del hielo en Ganimedes; probablemente recibiste una educación tan sana y completa como la que podrías haber recibido entre el grupo de Philip...

—Oh, más completa en algunos aspectos. Mucho más neurótica en otros, estoy segura..., según mis términos.

—...y ahora estás viviendo una vida romántica como productora teatral en el sector no restringido y vanguardista de la gran ciudad, has conseguido fama y, si no fortuna, sí al menos una subvención del gobierno. ¿Qué otra cosa hay que saber?

El blanco cráneo emplumado dejó oír una sola sílaba de risa, casi un ladrido (Bron la halló intensamente desagradable): una cadena de otras más suaves la siguió.

—Bueno, al menos sabes otra cosa acerca de mí.

—¿Cuál?

—Tengo una buena tolerancia como oyente. Dime, ¿crees que la gente que pasa su tiempo, por la razón que sea, en el Goebels, tiene un tipo de personalidad particular? Lo pregunto porque debo admitir que he hallado, aquí y allá, similitudes entre tu personalidad y la de Fred. Oh, nada específico, sólo un enfoque general de la vida.

—No creo que deba sentirme halagado.

—¡Oh, por supuesto que no! Debes conocerlo todo acerca de Fred también..., quiero decir que no creo que él tenga nada que ver personalmente con la prostitución. Él no fue uno. Y, de todos modos, ninguno de vosotros se parece en lo más mínimo a Windy. Él era..., pero, como has dicho muy bien, la Tierra es un asunto completamente distinto.

—No lo comprendes —suspiró Bron—. Ayúdame. Tómame. Hazme entero.

—Primero tengo que averiguar algo acerca de ti. —Su mirada era toda blanco satén y lentejuelas—. Y te haré el cumplido de suponer que aún no he empezado.

—Apuesto a que pensabas que podrías, ¿cómo lo dijiste?, sentarte y cartografiar cómo consigo infligirme una buena cantidad de daño a mí mismo.

—Tus presunciones acerca de lo que pienso son tan monumentales que emocionan. —Sujetando aún su mano, avanzó ante él. De pronto miró hacia atrás y susurró—: ¡Déjame ayudarte! ¡Déjame que te tome! ¡Deja que te haga completo!

—¿Huh?

Ella alzó un enguantado índice contra los velos delante de sus labios.

—Ven conmigo. Sígueme de cerca. Haz lo que yo haga. ¡Pero no hables en absoluto!

—¿Qué pretendes...?

Pero ella le hizo shhhhh de nuevo, soltó su mano y, entre oleadas blancas, descendió por una escalera que había a su lado.

Entre oleadas negras, él la siguió.

Ella cruzó una franja cenicienta e, inmediatamente, empezó a subir una mal reparada escalera entre paredes apenas lo bastante separadas como para que encajaran sus hombros.

Se detuvo arriba.

Él se detuvo tras ella. Una lentejuela rozó el borde de su ojo derecho y tiñó su visión con un reflejo escarlata.

Y sus plumas blancas y su caperuza de satén se volvieron parpadeantemente rojos, más brillantes de lo que hubiera podido teñirlas jamás cualquier señal de coordenadas defectuosa.

Más allá de la entrada del callejón, media docena de personas —entre ellas la niña que había visto en la habitación de la Púa aquella noche, así como la enorme y mastectomizada Dian— que llevaban sobre sus hombros antorchas escarlatas, que siseaban y lanzaban chispas en todas direcciones. Windy, metido en un enorme artefacto parecido a una rueda de ejercicios para roedores, con cascabeles fijados en sus muñecas y tobillos, rodaba cabeza abajo, cabeza arriba, cabeza abajo: Tenía pintada una diana en torno a su ombligo, anillos rojos, azules y amarillos que se extendían hasta sus pezones y sus rodillas. La guitarra empezó a tocar. Como si fuera una señal, dos hombres empezaron a desenrollar una inmensa alfombra sobre el suelo..., otro mural: éste de alguna antigua feria con arcaicos atuendos, charlatanes y gente que se divertía.

Desorientación verbal, pensó Bron, escuchando el catálogo surrealista de la letra: la melodía era en tono menor, rítmica, más un salmo que una canción.

¿Quién (Bron miró a los espectadores que acompañaban con palmas el intenso e insistente ritmo) era la audiencia esta vez?



—¡Por aquí! —susurró la Púa, cogiendo una pértiga apoyada contra la pared y arrojando otra a los guantes de Bron; alzó la suya muy alta y corrió sobre el carnaval extendido sobre el suelo hasta el círculo de los que llevaban las antorchas (que se apartaron para dejarle paso), agitando su pértiga por encima de la cabeza.

Bron corrió tras ella, agitando también la suya.

Por el rabillo del ojo vio que Windy había abandonado la rueda y daba lentas volteretas (las uñas de sus manos y pies eran iridiscentes y de muchos colores) por entre los de las antorchas.

La punta de la pértiga de la Púa entró en erupción en una cascada de chispas azules. Alzó la vista: la suya era una catarata de oro.

Entonces, más allá del oro, vio el arco del trapecio descender hacia ellos. (¿A qué altura estaba el techo allí?) Había dos figuras en él. Una era la mujer, ahora con ropa normal de calle, que había llevado espejos en los dedos de los pies la última vez que la había visto. La otra era más joven, más alta, con pelo oscuro (descendieron hasta menos de dos metros de las resplandecientes puntas de las pértigas, luego volvieron a alzarse); sus rasgos, de tipo oceánico terrestre, reflejaron sorpresa mientras se inclinaba hacia atrás y se sumergía ascendiendo en la oscuridad.

...y regresaba oscilando hacia atrás, con las perneras de los pantalones y el pelo azotando. El canto cambió de clave y de timbre.

Primero pensó que la canción se descomponía en una polifonía. Pero todo el mundo estaba simplemente cantando a su aire.

Encima de ellos, las dos mujeres se balanceaban.

La música era una completa cacofonía.

La Púa alzó su pértiga muy alta y la hizo girar, con aleteantes mangas, en un amplio círculo (él alzó también la suya y le dio vueltas; sudaba tras su máscara), luego la arrojó al suelo (su propia pértiga lo golpeó un momento más tarde). Inmediatamente, los cantantes guardaron silencio.

Bron alzó la vista, como hicieron todos los demás.

El arco del trapecio ascendía y descendía, hacia delante y hacia atrás, cada vez más lentamente.

Alguien a su izquierda inició una nota. Alguien a su derecha empezó otra, una tercera más allá. Otros se añadieron a ellas; el coro creció, consonante y menor, como las aguas de algún océano alienígena rompiendo contra sus oídos. De pronto se abrió a un modo mayor..., que le hizo retener el aliento.

El balanceo se detuvo en un oscilante alto. La mujer joven y de elevada estatura se aferraba a una de las cuerdas con ambas manos y miraba hacia abajo con sorpresa.

El acorde murió. Las antorchas goteaban contra el suelo, rojas y azules y doradas y rojas...

La mujer más joven dijo:

—Oh... Oh, eso fue... ¡Oh, gracias!

La otra mujer en el trapecio dijo:

—Gracias a ti... —Soltó la cuerda y, equilibrándose con los tobillos cruzados, empezó a aplaudir.

Lo mismo hizo el resto de la compañía.

La Púa se había quitado su máscara y, con ella metida bajo un brazo, hizo una profunda reverencia, con las plumas blancas enhiestas, entre las irregulares reverencias de los demás actores. Bron terminó su propia embarazada reverencia, se quitó también la máscara. La piel, húmeda tras sus orejas y en el puente de su nariz, se enfrió.

—¡Eso fue maravilloso! —dijo la mujer joven, mirando hacia abajo a los demás—. ¿Sois alguna especie de compañía teatral?

—Una comuna —explicó la otra mujer en el trapecio—. Trabajamos con una subvención gubernamental haciendo microteatro para audiencias únicas. Oh, espero que no te importe..., usamos algunas drogas..., ¿celusina?

—¡Oh, por supuesto que no me importa! —dijo la mujer joven, mirando hacia atrás y luego de nuevo hacia abajo—. Realmente..., fue sólo...

—¡Así que fuiste tú! —exclamó uno de los hombres, recogiendo las antorchas.

Todo el mundo se echó a reír.

Algo palmeó el tobillo de Bron. Bajó la vista. Tres personas estaban enrollando el mural. Bron se echó a un lado. Charlatanes y visitantes y carruseles desaparecieron en la tela enrollada.

—...la canción fue escrita por nuestra guitarrista, Charo —(cuya guitarra llameó por un instante en los ojos de Bron al ser metida en su caja; Charo sonrió a las trapecistas)—, los decorados y murales son de Dian y Hatti, con la ayuda de nuestro acróbata, Windy. Esta producción fue concebida, producida y dirigida por la directora de nuestra compañía, la Púa —que asintió, hizo un gesto con la mano y fue a ayudar a Windy a desmontar la rueda—, con apariciones especiales de Tyre, Millicent, Bron y Joey..., todos los cuales fueron espectadores nuestros también, en alguna ocasión.

—Oh... —dijo la mujer joven, y miró a Bron y a los otros indicados.

Bron miró a su alrededor, sorprendido, recordó sonreír hacia el trapecio.

—Gracias de nuevo por ser nuestra audiencia. Apreciamos realmente al público receptivo. Ésta fue nuestra última actuación en Tritón. Dentro de poco, nuestra subvención nos llevará a otro sitio. Llevamos en Tritón ocho semanas, en las cuales hemos ofrecido más de doscientas veinticinco representaciones de diez obras, tres de ellas jamás presentadas antes, a casi trescientas personas... —Alguien recogió la pértiga que Bron había arrojado, se la llevó—. Gracias de nuevo.

—¡Oh, gracias a vosotros! —exclamó la alta mujer joven—. ¡Gracias a vosotros...! —El trapecio empezó a elevarse hacia la oscuridad, con crujidos y

sacudidas, tirado por una traqueteante polea—. ¡Gracias a todos! Quiero decir, no tenía ni idea, cuando simplemente sugeristeis que nos sentáramos en esta cosa, de que, de pronto... ¡Oh, fue simplemente maravilloso! —Cabezas, manos y rodillas se sumieron a sacudidas en las sombras de arriba, lejos del reloj decimal, apenas visible y distante en la oscuridad.

La Púa, con la caperuza de la máscara aún bajo el brazo, estaba hablando con la mujer que llevaba ahora a la niña en brazos. Las tres estaban riendo fuertemente.

Aún riendo, la Púa se volvió hacia Bron.

Éste se quitó uno de los guantes y se lo metió bajo el brazo junto con su propia máscara, sólo por hacer algo. Estaba intentando pensar en algo que decir, y la furia de no hallar nada estaba minando su placer inicial.

—¡Lo hiciste maravillosamente! —exclamó la Púa—. Siempre me gusta emplear tanta gente nueva como sea posible en las actuaciones. En este tipo de cosas, su concentración y espontaneidad siempre proporcionan algo que ninguna cantidad de cuidadosos ensayos puede producir. ¡Oh, qué maravilloso! —Cogió de pronto su mano y la miró (las uñas de Bron, recién laqueadas aquella mañana, cuando se había decidido por el atuendo negro, eran, como las de Windy, iridiscentes y multicolores) —. ¡Me encanta el color en un hombre! Hago que Windy lo lleve siempre que puedo. —Bajó la vista a la máscara de él, luego a la de ella—. ¡El único problema con estas cosas es que, a menos que te rompas el cuello, no puedes ver nada más allá de metro y medio!

—¿Qué es eso acerca de vuestra última actuación?

—Es cierto. La próxima parada... —sus ojos se alzaron hacia la oscuridad del techo—, Nereida, creo. Y después de eso... —Se encogió de hombros.

Bron captó el movimiento en sus manos unidas.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Bueno..., estabas tan atareado intentando descubrir cosas acerca de mí, que no me diste la oportunidad. —Unas pocas sílabas de risa se asomaron a su sonrisa—. Además, yo estaba tan atareada intentando hallar la forma de traerte aquí a tiempo para la representación, que en realidad no pensé en ninguna otra cosa. ¿Te gustó?

—Sí.

—¡Odio imaginar lo que hubieras dicho si no te hubiera gustado! Ha sonado como si estuvieras dando tu conformidad a tu ejecución. —En cuyo punto unos brazos pintados, con uñas multicolores iridiscentes, aletearon junto a sus hombros. Un largo pelo rojo cayó hacia delante sobre su túnica de satén; una voz baja gruñó detrás de todo ello:

—¡Vamos, cariño, hagamos de esta noche una noche memorable!

Ella apartó a Windy (Bron desencajó los dientes) con:

—Ya recuerdo demasiadas noches contigo. Olvídalo, ¿en?

La cabeza que se había hundido en su cuello se alzó, echó hacia atrás el pelo rojo (era la primera vez que Bron veía su lado derecho durante más de un segundo: benévolo, pecoso, con una rala barba) y sonrió a Bron.

—Estoy intentando ponerte celoso.

*Lo estás consiguiendo*, pensó Bron, pero dijo:

—Mira, está bien así. Quiero decir, probablemente tus amigos habrán preparado alguna fiesta para celebrarlo... —De alguna forma, un puñado de uñas multicolores estaba posado ahora sobre el hombro de Bron, otro aún sobre el de la Púa. Windy estaba entre ambos.

—Mirad, os dejaré solos, ¿de acuerdo? Allá en la coop han dicho que podemos celebrar la fiesta en la sala común hasta tan tarde como queramos. —Agitó su rojiza cabeza—. ¡Esas mujeres desean que salgamos de aquí en el peor de los estados!

Las dos manos se alzaron y cayeron al mismo tiempo. Bron pensó: Esto es política.

—Nos veremos allí...

—No utilizaremos la habitación durante toda la...

—Corazón —dijo Windy—, aunque tú la utilizaras, yo he sido invitado a varias otras. —Y Windy se dio la vuelta y se alejó para ayudar a alguien a cargar el pequeño bulto en que se había convertido la desmontada rueda.

La otra mano de la Púa ascendió para coger la de Bron; sus ojos las miraron, una de ellas desnuda con uñas coloreadas, tres enguantadas (dos en blanco, una en negro).

—Ven —dijo suavemente—. Déjame llevarte...

Más tarde, cada vez que revisaba esos tres primeros encuentros, éste era el que recordaba más claramente; y era, en su memoria, el más decepcionante. Sin embargo, nunca pudo decir exactamente por qué se sintió decepcionado.

Regresaron a la coop; ella tenía un brazo apoyado en el hombro de él, y sus capas susurraban la una contra la otra; inclinándose hacia él mientras caminaban por las calles, la Púa le dijo:

—Sabes que he estado pensando en todas esas cosas que me dijiste, acerca de tu jefe y todo lo demás... —(Él se preguntó cuándo había tenido tiempo de pensar)—. En realidad, durante toda la actuación. Simplemente no podía quitármelo de la cabeza. Las cosas que parece tener confusas me parecen a mí tan claras. Las flechas que según tú van de B a A, para mí van tan evidentemente de A a B que tiendo a desconfiar de mi propia percepción..., no del universo, sino de lo que te estás refiriendo realmente en el universo. Parece haber confundido poder con protección: Si deseas crear un grupo de gente, únete a una comuna. Si deseas ser protegido por uno, ve a una coop. Si deseas ambas cosas, nada te impide dividir tu tiempo entre las dos. Parece estar convencido de que fundar una familia es un derecho económico que deseas pero que te es negado, antes que una admirable pero difícil empresa

económica. Al igual que en Marte, poseemos métodos anticonceptivos tanto para mujeres como para hombres que hacen que la procreación se convierta en un acto independiente del sistema. Tienes libre acceso a las píldoras conceptivas en un centenar de clínicas...

—Sí —dijo él—. Las tomé una vez..., pagándolas.

De una forma típica de los satélites, ella no pareció registrar la menor impresión ante aquello. Bueno, estaban en el n-r, donde los comportamientos chocantes se hallaban a la orden del día, ¿no?

—Tú sólo tienes dos decisiones que tomar respecto a una familia —siguió ella—. En algún momento en las proximidades del día del nombre, decides si deseas tener hijos por accidente o por voluntad; si es por voluntad, cosa que hace más del noventa y nueve por ciento de la gente, recibes tu inyección. Luego, más tarde, tienes que decidir que los deseas: y los dos no tendréis que hacer otra cosa más que tomar la píldora.

—Sé todo eso —dijo él; y ella apretó su hombro..., para hacerle callar, se dio cuenta—. Eso —terminó—, al menos, es igual que en Bellona.

—Sí, sí. Pero sólo estoy intentando enumerarlo a fin de ver si puedo imaginar dónde te saliste del camino. Con las cosas establecidas de este modo, menos del veinte por ciento de la población decide reproducirse. —(Eso no era así en Bellona; pero Marte era un mundo, no una luna)—. En una ciudad de atmósfera cerrada, eso se halla justo por debajo de lo tolerable. En los satélites, intentamos disolver ese lazo jerárquico entre hijos y status económico por el que es tan famosa la Tierra: educación, mantenimiento y subsidio social..., a fin de que no te halles en la horrible situación de que, si no tienes otro status, siempre hay niños. Y no importa lo bien que te desenvuelvas en la cama, no tengo ni la menor idea de qué es lo que confundes con el sexo. Por otra parte, cuentas tu historia de una forma perfectamente coherente..., sólo que he asistido a fiestas en comunas familiares en, si no sobre, el Anillo. He estado en fiestas en coops no familiares, donde, entre cuarenta y cincuenta adultos, siempre había dos o tres familias de un solo padre. He estado en fiestas dadas por comunas familiares adolescentes que, por razones religiosas, vivían en las calles. Todos ellos han recibido la misma educación básica disponible, y la alimentación y el albergue básicos que no pueden ser negados por ninguna coop...

Siguió de este modo, apretándole un poco más cada vez que él empezaba a preguntarse qué era lo que ella estaba intentando decir, hasta que dejó de escuchar... y en vez de ello sólo intentó sentir. Por aquel entonces ya habían llegado a la fiesta. Una de las primeras cosas que captó fue la débil hostilidad (Windy, que en el fondo era un muchacho encantador, decidió, y Dian, que al final de la velada era la persona más encantadora, en lo que a él se refería, de la compañía —con nada de la fragilidad de la Púa y una actitud más gentil, con su misma perspicacia astuta— dieron algunos

sutiles ejemplos de ello) entre las mujeres que vivían en la coop y la comuna que se marchaba a la mañana siguiente.

—Aunque supongo —dijo Dian, apoyando unos brazos tan velludos como los de Philip sobre unas igualmente velludas rodillas— que agotaría la paciencia de cualquiera el tener a un puñado de revoltosos actores aparcados en tu sótano, yendo arriba y abajo a todas horas, mientras los rumores de plaga flotan en el aire... —e hizo un gesto con la cabeza hacia un modesto cartel de tritón con la alianza ahora que había en la pared.

Habló con algunos otros miembros de la «audiencia» que habían sido congelados en la última producción..., varias personas para quienes la troupe había actuado y con las que diversos miembros de ésta habían hecho amistad. Sí, se habían sorprendido tanto como el propio Bron. Mientras hablaba con ellos, alzó la vista y vio a Miriamne en la habitación. Durante diez minutos deseó desesperadamente marcharse, pero no pudo hallar ninguna forma de hacerlo discretamente. Luego, entre sorprendido y azarado, se descubrió preguntándole, en medio de una conversación en grupo de la que, de algún modo, ambos habían pasado a formar parte, cómo andaba su situación laboral. Ella le explicó, de una forma más bien amistosa, que iba a empezar a trabajar como mecánica transportista en una granja del hielo no demasiado lejos de Tetis. Aquello no era cibralógica, evidentemente, pero al menos trabajaría con las manos. Él expresó su alivio y sintió que algo se hundía aún más profundo dentro de él, algo invalidado, algo denegado.

Se volvió hacia otro lado para escuchar una intensa discusión polisilábica acerca de las enormes dificultades de representar obras teatrales pre-siglo xx para un público del siglo xxii.

—¿Quieres decir a causa de la longitud?

—Algo hay de ello. Pero, primariamente, se debe a que el argumento gira de forma invariable en torno a los celos sexuales; eso es algo que realmente cuesta hacer comprender a una audiencia contemporánea.

—Eso es una tontería —dijo Bron—. Yo puedo sentirme celoso..., oh, quizá no de una forma específicamente sexual. Sé que tú —a la Púa, que se reclinaba afectuosamente contra él—, y Windy, y esa mujer que toca la guitarra, estáis de algún modo relacionados. Quiero decir, he visto la cama...

—Incluso ha dormido en ella —dijo la Púa, aún reclinada.

—Sería estúpido sentir celos de eso; pero, en lo que se refiere a la atención, me siento tan posesivo respecto a la gente con la que tengo una relación que es posible..., supongo.

—Eso hemos observado —dijo la mujer que tocaba la guitarra, con una sonrisa ligeramente burlona (que recordaba la de la Púa) que le molestó un poco porque, hasta entonces, no había observado que Charo sujetaba la otra mano de la Púa. Y, en

alguna otra parte de la habitación, Windy se estaba riendo.

La Púa le habla dedicado en realidad una sorprendente cantidad de atención, del tipo silencioso y asiduo (¿había estado en algún momento fuera de contacto físico con él desde que habían entrado en la habitación?), lo cual le había hecho sentirse relajado, seguro y, también, prácticamente inconsciente de su presencia. (Probablemente ellos tres habían hablado de aquello la noche antes, y habían decidido que él pertenecía a «esa categoría» que, aunque no rompía la relajada seguridad superficial, clavaba una inquietante cuña en el interior.) Deseó que hubiera alguna razón evidente para que le desagradara la reunión. Pero no había nada de la plástica buena voluntad que encostraba una reunión como la de Philip, que te hacía desear romperla a golpes de maza. Las fiestas en este lado de la línea n-r eran simplemente más relajadas, más informales, más tranquilas. No había nada que él pudiera hacer.

Durante la siguiente media hora meditó varias formas de pedirle a ella (a la que sólo podía ver con el rabillo del ojo, pero que podía sentir encajada cálidamente bajo su brazo) que abandonara su vida con la comuna y se fuera con él para... ¿qué? Deseaba hacer algo por ella. Finalmente, se contentó con desarrollar una especie de cadencia sexual, una serie de caricias, actos, posiciones, de creciente intensidad, a realizar con ella cuando regresaran a su habitación..., y en un momento de relajación en el que nadie estaba hablando con ella volvió la boca hacia su oído:

—Ven..., deja que te tome.

—¿Qué? —murmuró ella.

—Ven conmigo. Sígueme de cerca. Haz lo que yo haga... —y la condujo al vestíbulo.

Hicieron espléndidamente el amor..., aunque, sólo a mitad de la lista, ella le imploró que parara.

—Es maravilloso —susurró—. Es realmente magnífico. ¡Pero me estás matando! —Él se dio cuenta de que había dejado volar su imaginación. Unos minutos más tarde, él también estaba exhausto. Intrincadamente abrazados, con el brazo de cada uno bloqueando el aliento del otro, Bron aguardó el sueño..., flotó hacia arriba en dirección a él, un poco a sacudidas (como aquel anodino trapecio alzándose en la oscuridad) a cada inspiración.

Y aún la decepción..., ciertamente, ambos se sentían físicamente satisfechos. ¿Se trataba tan sólo de que no habían completado el escenario? ¿Había algún estúpido fallo esencialmente estético, alguna réplica errónea, alguna entrada fuera de tiempo, algún accesorio no esencial que funcionaba mal y de lo que nadie de la audiencia podía llegar a darse cuenta? Pero la audiencia era de sólo una persona..., ¿y qué había hecho ella para que él la viera cada vez menos y menos claramente, mientras pensaba en ella más y más en términos de su trabajo, en palabras que su propia lengua había saboreado la primera vez en la boca de ella?

Inspiró profundamente otra vez y se vio sumergido en el sueño, inmovilizador como el hielo de metano..., y despertó de ello dos horas más tarde, presa de una energía maníaca, increíblemente ansioso de marcharse (tenía que ir a casa a cambiarse; no podías llevar un atuendo como aquél dos días seguidos a la oficina), lo cual le pareció bien a ella, le explicó mientras él se ponía los guantes, la máscara, enrollaba la capa en torno a sus hombros, porque ella deseaba prepararse también antes de...

Pero él estaba ya en la puerta, deseándole Buena Suerte en su viaje. Y ella seguía aún en la cama, riendo con su suave risa, y deseándole a él Buena Suerte en el suyo.

Bron se apresuró a través de las tranquilas calles no restringidas.

En el desgarrado suelo elástico de la vandalizada cabina realzaego (¿por qué se había parado a mirar dentro de ella de nuevo? Todavía no estaba seguro) había trozos de papel. Sabiendo ya lo que había en la otra cara (la tinta traspasaba), tomó uno, dejó caer la cortina y metió la hoja en uno de sus bolsillos secretos (donde, a través de su guante, captó el bulto del paquete para Alfred que había llevado de un lado para otro toda la noche), entró en las garabateadas baldosas iluminadas de verde y salió a las coordenadas callejeras verdes (restringidas) y al pavimento rosa restringido.

Entre los altos techos, el escudo sensorial, azul oscuro, estaba salpicado aquí y allá de plata. Intentó recordar lo que habían dicho de su partida y lo halló sorprendentemente confuso..., y fue entonces cuando se dio cuenta de lo claramente que recordaba todo lo demás, empezando con la actuación y terminando con aquel momento en el que, entrelazados, se habían dormido.

La Púa se marchaba. Hoy. Así que era estúpido seguir pensando en ello.

Pero cada incidente de la noche, con su decepción aún intacta, así como su seguridad, su relajación, su casi insoportable placer, volvía con tanta claridad que algo se aferraba a su garganta a cada imagen. (Sólo los olores traían normalmente a él recuerdos tan vívidos.) Tres veces, en su camino a la estación de transporte abierta toda la noche de la Plaza de la Luz, se detuvo en medio de la calle. Y cuatro veces, mientras se sentaba, contemplando a través de la ventana la galaxia de estrellas preamanecer de Tetis hundirse detrás en el azul (como algún vuelo a Nereida, y luego a...), estuvo a punto de echarse a llorar.

—...molestarte a esta hora, pero simplemente deseaba entregártelo lo antes posible, mientras aún lo tenía fresco en la memoria, ¿sabes? En caso de que tú... Bueno, ahora ya lo tienes. —En la parte de arriba de la rendija de un par de dedos de la puerta apareció una franja color piel. Encima de ella había un revuelto pelo y un solo ojo verde orlado de rojo; más abajo, tras varios moteados, franjas y pliegues, se veían gruesas venas y los dedos de uñas sucias de un pie.

—De acuerdo. —La puerta se cerró con un clic.

Bron se dio la vuelta en el silencioso corredor, cruzó hasta su habitación mientras



se quitaba los guantes —por un momento contempló sus propios dedos de cuidadas y coloreadas uñas—, retiró su máscara, y empujó la puerta con el hombro.

## 4. LA GESTA DE HELSTROM

*Creo que un mosquito filosófico podría afirmar que la sociedad de los mosquitos es una gran sociedad, o al menos una buena sociedad, puesto que es la más igualitaria, libre y democrática sociedad imaginable.*

*Karl R. Popper /OBSERVE KNOWLEDGE*

La melancolía lo abandonó después de otras tres horas de sueño.

La energía (y la vivacidad) duraron todo el camino al trabajo, hasta que, a las tres (se había saltado el almuerzo), mientras examinaba de nuevo las especificaciones del preprograma de la Estrella del Día, la idea le golpeó: P debería intersectar menos de la mitad de No-P (así como elementos de Q, R y S, al tiempo que se unía a T); también debía rodear más de su mitad; y ser tangente a él en no menos de siete (lo cual tenía que ser evidente por sí mismo) y no más de cuarenta y cuatro (¡lo cual sería un problema!) puntos. Eso llevaba a alguna parte.

Inmensamente complacido, se dirigió a la oficina de Audri con su hallazgo.

—Estupendo —dijo Audri, alzando la vista de su escritorio—. Como recompensa, tienes dos semanas de vacaciones.

—¿Hummm? —dijo Bron.

Audri se reclinó en su asiento y se llevó las manos detrás de la cabeza.

—He dicho que tienes dos semanas de vacaciones, a partir de mañana.

—No comp... —De pronto recordó unas vagas palabras que ella había dicho ayer acerca de «amenazar»—. ¡Hey, espera! Esa chica consiguió otro trabajo. Quiero decir, la vi ayer mismo, más tarde, ¡y está bien!

Audri frunció el ceño.

—¿De qué chica estás...? ¡Oh, no me llores, Bron! No me vengas con tus historias de tiempos difíciles. —Sus manos volvieron sobre el escritorio—. Hoy no podría soportarlo. La gente está siendo despedida por todas partes de la hegemonía. ¡Si hubieras acudido al almuerzo, te habrías enterado!

—Bueno, no deseaba almorzar —protestó él automáticamente—. Deseaba trabajar. Gracias a eso conseguí...

Ella lo detuvo con los párpados ligeramente entrecerrados.

—Mira. —Los abrió—. Puedes tomarte dos semanas de vacaciones con un ocho por ciento de reducción en el crédito durante ese tiempo...

—¡Un ocho por ciento!

—...o puedes renunciar. Media docena de personas lo han hecho. Yo misma he tenido que aceptar diez días. Y voy a tener que pensar en qué hacer con los chicos.

Aunque a Bron le gustaba Audri, no le gustaban sus tres hijos. Cuando, de tanto en tanto, venían a la oficina, los hallaba precoces, presuntuosos y tercos. Ella vivía con ellos en una coop de mujeres gay (no una comuna: las disposiciones de alojamiento, comida y trabajo eran amistosas pero formales) en una torre en espiral sin pretensiones a una unidad de distancia del achaparrado y cuadrado edificio de Bron. Sin nada de la laminada ostentación de la residencia multisexual de Philip sobre el Anillo ni el insistente y frívolo desorden de un domicilio del sector n-r, era el hogar más confortable que había visitado en Tetis. De hecho, sus tres visitas le habían dejado extrañamente relajado y extrañamente deprimido..., pero había necesitado las tres visitas para darse cuenta de que eran dos reacciones.

Bron tragó (y olvidó) su siguiente protesta.

—Supongo que todavía no tenemos que ponemos históricos —dijo Audri—. Es sólo un ocho por ciento..., esta vez. Y únicamente por dos semanas. Quieren hacer que todo parezca como que se trabaja a plena capacidad, sólo que la gente resulta que está trabajando en estos momentos en otras cosas.

—¿Qué tipo de lógica, o metalógica, es ésa?

—Poseo tres diplomas sobre este tema y estoy a punto de obtener un cuarto, lo cual es tres más que tú..., y sigo sin tener ni la más remota idea. —Audri apoyó las palmas de sus manos en el borde del escritorio—. Mira. Simplemente márchate de aquí. Si vienes con algo más acerca de la Estrella del Día esta tarde, mételo por debajo de la puerta de Phil o la mía. Pero no nos molestes. ¿De acuerdo? Y no vuelvas mañana.

Pensativo, dijo (no lo pretendía, pero sonó un poco beligerante):

—De acuerdo... —y regresó a su oficina.

Su mente estaba llena de confusos pensamientos, y ni siquiera se molestó en abrir de nuevo el dossier de la Estrella del Día.

La energía estaba cortada cuando regresó a la Casa de la Serpiente. Sentado en la sala común, a solas en un nicho de conversación, releyó el folleto que había recogido aquella mañana del suelo de la cabina realzaego.

«¡¡¡ESTAS COSAS ESTÁN OCURRIENDO EN SU CIUDAD!!!»

Pero, mientras absorbía cada una de las atrocidades políticas, no dejaba de pensar en otras cosas que no ocurrían en la ciudad: como las actuaciones de la pequeña compañía de microteatro; y su directora, que ya no era una residente. De una forma que no se atrevía a definir, eso hacía las atrocidades aún peores.

—¿Deseas continuar donde lo dejamos? —Sam depositó la caja sobre la mesa y se sentó—. Lawrence dijo que situáramos las piezas del mejor modo que recordáramos, y que él bajaría dentro de diez minutos y haría las correcciones necesarias. —Sam soltó los cierres de latón y abrió el tablero.

Bron dijo:

—Sam, ¿cómo reconcilias el hecho de trabajar para el gobierno con la abrumadora situación política en Tritón?

Sam alzó una ceja.

Entre ellos las micro-olas lamieron las costas, las micro-brisas soplaron, los micro-árboles se inclinaron y los micro-torrentes chapotearon y susurraron sobre las micro-rocas.

—Quiero decir, tú estás en..., ¿cómo se llama? ¿El Departamento de Enlace? El compromiso político no es un perímetro, Sam; es un parámetro. ¿Nunca te haces preguntas? ¿Nunca tienes dudas?

—¿Qué gran crisis metafísica acabas de atravesarla producierte toda esta angustia repentina?

—No estamos hablando de mí. Te he hecho una pregunta. —Como si no quisiera enfrentarse a la respuesta, Bron abrió el cajón lateral de la caja, extrajo las placas transparentes del cubo astral y empezó a ensamblarlas en sus sujeciones de latón. Cuando alzó de nuevo la vista, Sam estaba contemplándole muy serio, con las cartas inmóviles a medio barajar en sus oscuros dedos. Bron divisó una esquina del Novicio Blanco, curvada contra la palma rosa oscuro de Sam.

—Sí. —El Novicio Blanco cayó—. Tengo dudas. —Otras cincuenta cartas cayeron en cascada tras ella—. Frecuentemente. —Por un momento, una pequeña risa se agitó, en silencio, tras el rostro de Sam; los ojos de Sam volvieron a las cartas. Reunió de nuevo el mazo, siguió barajándolas.

—Vamos. ¿De qué dudas?

—Dudo de que alguien como tú pueda hacerme realmente esa pregunta por razones que no sean puramente personales.

Bron abrió el otro cajón lateral de naves, guerreros, jinetes, pastores y cazadores envueltos en terciopelo.

—No hay razones personales. Sea lo que sea lo que ha suscitado esa pregunta en mi mente, el hecho de que esté en mi mente la convierte en mi pregunta. Sigue siendo válida. —Cogió la pantalla que mostraba la cabeza cornuda de Aolyon (con las mejillas hinchadas con vientos huracanados) y la depositó, sobre su pequeña base, encima de las aguas..., que inmediatamente se oscurecieron a su alrededor; grandes olas verdosas de espumeantes crestas se agitaron en la pequeña extensión del mar.

Sam depositó el mazo, tendió la mano hacia el cajón de control y accionó el interruptor de supervisión. Del altavoz lateral brotó un crujir y un chasquear por encima del sonido del viento, seguido por un murmullo como de una avalancha de rocas.

—Eso es una buena tormenta..., ¿había monstruos marinos por ahí? No recuerdo...

—¿De qué dudas? —Bron tomó su propia Bestia escarlata y la colocó en el

saliente rocoso que dominaba un estrecho camino que serpenteaba hasta el abismo de abajo.

—Está bien. —Sam se reclinó en su asiento y observó a Bron colocar sus pequeñas figuras—. Una de las cosas que me ha preocupado desde la última noche que jugamos a este juego...

—...la noche que se cortó la gravedad. —Bron pensó: la noche del día que la conocí. Tomó una serie de piezas verdes y las situó junto al río, las rocas y la carretera.

—En el Departamento sabíamos que iba a ocurrir algo esa noche. El corte no fue una sorpresa. Supongo que quedó bastante claro también para el resto de vosotros que yo no estaba sorprendido por ello... Pero nos dijeron que sólo unas pocas personas iban a salir para ver.

Bron alzó la vista: Sam estaba dando vueltas a un dado transparente entre su índice y su pulgar.

—Lo tenían todo calculado: estadísticas, tendencias, y un módulo de predicción realmente extraño llamado el «índice de histeria» decía que prácticamente nadie desearía salir para ver el cielo... Por todo lo que se puede decir, el ochenta y seis por ciento de la población de Tetis estaba fuera, de una forma u otra, al cabo de un minuto y treinta segundos de producirse el corte.

—¿Qué es lo que hay que dudar de aquí?

—Estaban equivocados. —Sam adoptó una expresión extraña—. Supongo que no me hago ilusiones acerca de que nuestro gobierno sea una institución particularmente moral. Aunque posee mucha más moral que un buen número de muchas otras en las que he estado en el pasado. Como tampoco pienso ni por un momento que ninguna de las acusaciones de ese trozo de basura que has estado leyendo hace unos momentos —hizo un gesto con la cabeza hacia el panfleto, que había caído a la moqueta naranja; de alguna forma, la pata de la mesa había pisado una de sus esquinas (o el papel se había metido debajo)— sea particularmente exagerada. Lo peor que puedes decir es que están fuera de contexto. Lo mejor que puedes decir es que son emblemas del contexto político que les proporciona cualquier significado que tengan. Pero hasta ahora, y esto probablemente te sorprenderá como algo muy ingenuo, nunca se me ocurrió que el gobierno pudiera estar equivocado..., respecto a sus hechos y cifras, sus estimaciones y sus predicciones. Hasta ahora, cuando llegaba un memorándum indicando que iban a producirse incidentes en tal momento, en tal lugar, implicando a tal gente, el hecho ocurría tal como había sido anunciado. El último memorándum decía que menos de un dos por ciento de la población iba a salir. Estarían demasiado asustados. Más de un ochenta por ciento salió. Eso es más que un margen de un noventa y cinco por ciento de error. Puedes decir que no se trató de un error acerca de algo importante. Pero, cuando estás al borde de la guerra, un noventa y cinco por

ciento de error sobre cualquier cosa simplemente hace que pierdas la confianza en tu lado. Así que tengo dudas.

—Sam, la Tierra ha cometido grandes atrocidades en la Luna, y se ha aliado con Marte para la total dominación económica de las lunas de Júpiter y Saturno, grandes y pequeñas. Nereida ha dicho ya que se pondrá de nuestro lado; y Tritón permanece al borde de todo este asunto, aguardando hundirse en uno de los más insensatos y destructivos conflictos en la historia humana... Nos hemos visto salpicados ya con sangre y barro de cien maneras distintas: la noche del corte de la gravedad hubiera podido ser la más importante de esas salpicaduras... Dudo que ninguno de nosotros, ni siquiera tú, pueda evaluar el daño comparado con...

—Bueno —dijo Sam, con una rala ceja bajada, una comisura de su gruesa boca alzada—, no es como si todo el mundo estuviera usando soldados —y dejó que su expresión se quebrara en una burlona y silenciosa sonrisa.

—Algunos de tus mejores amigos probablemente son judíos también —dijo Bron. El cliché acerca de los soldados se había devaluado (le había explicado en una ocasión una excéntrica vieja a la que Bron acostumbraba a visitar en el n-r) casi del mismo modo que la «ley y el orden» se había devaluado dos siglos antes—. Así que esta guerra es toda botones y espías y sabotajes, y sólo los civiles resultan muertos, aquellos que no han sido arrojados de sus trabajos por la crisis económica o no han caído de los tejados durante un corte de gravedad, porque eso es todo lo que son, civiles.

—¿Sabes? —Sam se adelantó de nuevo para colocar una caravana escarlata, una pieza tras otra, sobre el sendero que cruzaba la jungla—, una de las razones por las que me trasladé a este lugar fue para no ser importunado durante más de seis horas al día con interrogatorios políticos.

Bron cogió el último carguero del cajón y lo situó al borde de la tormenta..., empezó a bambolearse inmediatamente.

—¿De veras? ¿El gobierno te dijo que tenías un noventa y nueve coma nueve nueve nueve por ciento de probabilidades de hallar solamente tipos no políticos en una coop de esta clase? Bueno, quizá sea que yo pertenezco a ese extraño e inexplicable cero coma cero cero cero cero cero uno por ciento que ellos llaman un individuo...

—No. Tú eres un tipo como el resto de todos nosotros.

—...o quizás el gobierno, simplemente... —Bron giró las palmas de sus manos hacia arriba y se encogió de hombros—, se ha equivocado de nuevo. —Pretendía ser irritante.

Pero, al parecer, Sam había dejado de sentirse irritado por esas cosas. Dejó escapar una carcajada.

—Quizás... —y empezó a colocar las pantallas.

—Hola, Alfred. —La voz de Lawrence les llegó fuerte y alegre desde el centro de la estancia.

Bron y Sam alzaron la vista.

Al otro lado de la sala común, Alfred se apresuraba hacia las escaleras del balcón.

—He dicho, «hola, Alfred» —repitió Lawrence (que al parecer se dirigía a integrarse al juego). Un puño lleno de arrugas descansaba sobre su cadera pálida como el pergamino.

Alfred, al pie de las escaleras, con una mano en la barandilla, se volvió en redondo. De sus tirantes negros, delante y detrás, colgaban grandes letras rojas.

—Hum... —dijo—. Oh... Hummm... —Asintió a medias, luego empezó a subir, con una «Q» escarlata entre sus omoplatos.

Lawrence avanzó hacia ellos.

—Lo más horrible es que está mejorando. Llevo soportándolo desde hace..., ¿cuánto tiempo? ¿Cuatro meses? Ahora, si habláis con él dos veces, fuerte y claramente, os mirará realmente. Incluso quizá se pare. A veces, hasta gruñe un poco. Y el síndrome de comportamiento general ya no es el de un completo terror inarticulado. Las primeras treinta veces, según mi cuenta, simplemente apuntó su nariz hacia delante y corrió más aprisa. A este ritmo, estimo, puede que alcance el estado de un animal humano aceptable..., no notable, entendedlo; sólo aceptable..., en, oh, quizá doscientos cincuenta años. —Lawrence rodeó la mesa, contemplando el tablero—. Incluso con tratamientos de regeneración, él no va a durar tanto. Hummm..., veo que hay en curso una guerra.

Bron se echó hacia atrás en su silla.

—¿Por qué simplemente no lo dejas correr..., le dejas tranquilo?

Lawrence gruñó y se sentó al lado de Sam, que le hizo sitio.

—Sam y yo somos los mejores amigos que cualquiera de vosotros dos, áreas de desastre social ambulantes, hayáis tenido nunca. Por cierto, ¿cuándo piensas decidirte a joder conmigo?

—¿Haces la misma proposición a Alfred, de la misma forma cálida, sincera y amistosa, de tanto en tanto?

—¡El cielo lo impida! —Lawrence conectó un interruptor; la parrilla parpadeó encima del tablero—. Eso se halla al menos a trescientos años de distancia. ¡Yo espero no vivir tanto! —Lo cual hizo que Sam se echara a reír, aunque Bron no creyó que fuera tan divertido como eso. Lawrence tiró de los arrugados pliegues de debajo de su barbilla, luego adelantó una mano y ajustó dos Reinas—. Creo que en realidad se hallaban aquí. De otro modo, vosotros dos os las hubierais arreglado mucho mejor. Bien, ahora... ¡Apártate de mí! ¡Apártate...! —a Sam, que todavía estaba riendo—. Los dos jugáis contra mí ahora..., no creas que insinuándote así vas a conseguir ninguna ventaja. —Bron se descubrió recordando el comentario de la Púa acerca de

los homosexuales políticos..., Sam cambió de asiento.

Lawrence tomó el mazo de cartas y repartió.

—Con todas las chicas que Alfred desliza furtivamente sin parar en su habitación..., y por qué cree que debe deslizarse furtivamente es algo que yo nunca he llegado a comprender..., debería de abandonar ese ridículo curso de ordenadores que su asistente social le está haciendo seguir desde hace dos meses..., quiero decir, no le gusta y no va a terminarlo..., y marcharse a la Tierra o a algún otro lugar donde sea legal y convertirse en prostituto. —Lawrence hizo un gesto de entendimiento a Bron con la cabeza—. Hacer eso durante un tiempo, sobre unas bases aceptadas, es exactamente lo que necesita, ¿no crees?

Aquello era lo primero que oía Bron del curso de ordenadores, y lo consideró irritante. Por otra parte, había algunas cosas acerca de Alfred que Lawrence no sabía (si Lawrence pensaba seriamente que Alfred podía convertirse en un profesional), y eso le complació. El conflicto entre complacencia e irritación produjo un gruñido no comprometedor.

—¿Sabes? —dijo Sam, agitando sus cartas como si fueran un abanico—, eres un maldito bastardo condescendiente, Lawrence.

Lo cual incrementó el placer de Bron.

—Supongo que Marte es el único lugar donde es legal a la escala que él necesita —prosiguió Lawrence, sin hacer caso de aquellas palabras—. Y, por supuesto, no puede ir ni a Marte ni a la Tierra ni a ningún otro lugar como éstos a causa de la guerra.

Bron contempló la mano que él y Sam tenían en común, adelantó un brazo y volvió dos cartas.

Sam dijo:

—Lawrence, tengo que hacer un viaje oficial a la Tierra; me marcho mañana. ¿Quieres venir? Es por cuenta del crédito del gobierno: tendrás que compartir mi cabina.

—¡Señor! —protestó Lawrence—. ¿Quieres decir estar encerrado en un mismo espacio de dos por dos contigo mientras caemos hacia el Sol, con la esperanza de que un océano muy pequeño de un mundo muy pequeño dé la casualidad de estar en nuestro camino? ¡No, gracias! ¡Me subiría por las paredes!

Sam se encogió de hombros y miró a Bron.

—¿Quieres venir tú?

—No contigo. —En realidad, Bron estaba pensando en el trabajo..., cuando, con una punzada, recordó que, durante las próximas dos semanas, no tenía ningún trabajo. ¿Un viaje lejos de aquella pequeña luna deprimente? ¿Qué mejor forma de borrarla a ella de su cabeza?—. Siempre puedes llevar a Alfred. —Deseó que Sam volviera a pedirselo.



—¡Ja! —dijo Sam, sin humor—. Dejemos que Lawrence lo trabaje durante otros doscientos cincuenta años. No..., la experiencia sería buena para el muchacho. Pero tengo una cuota de acompañamiento en este viaje..., y hay que tener en cuenta el resto del grupo. Necesito a alguien presentable, que al menos pueda mostrarse vagamente social; y que también sepa divertirse si llega la ocasión. Vosotros dos, sí. Alfred, me temo... —Sam agitó la cabeza.

—¿Por qué no vas, Bron? —preguntó Lawrence.

—¿Por qué no vas tú? —respondió Bron, intentando sonar sociable; sus palabras tenían un vago tinte lúgubre.

—¿Yo? ¿Encerrado junto con este cuerpo? —Lawrence estudió el tablero—. Ya es bastante difícil intentar mantener mi autocontrol mientras lo veo ir de un lado para otro en la sala común. No, me temo que el masoquismo ya no me interesa.

—Bueno, no es —(Sam separó tres cartas, tras haber decidido al parecer hacer su primera combinación)— como si hubiera nacido con ello.

—No, ve tú con él, Bron —dijo Lawrence—. Yo simplemente soy demasiado viejo para ir dando tumbos por el Sistema Solar. Y además en tiempo de plaga.

—Si yo voy, ¿quién jugará a tu estúpido juego?

—Lawrence puede enseñar a Alfred —dijo Sam.

—Aleja de mí ese pensamiento..., hay tantas posibilidades de que le enseñe a Alfred el vlet como de que Sam se lo lleve a la Tierra. Creo que nuestras objeciones son más o menos las mismas.

—Partiremos mañana por la mañana —dijo Sam—. Estaremos de vuelta dentro de doce días. Todavía te quedarán un par de días libres aquí para no hacer nada, antes de que tengas que volver al trabajo y...

—¿Cómo sabes...?

—¡Hey! —dijo Lawrence—. ¡No tienes que tirar el tablero al suelo! —Volvió a colocar dos piezas que Bron, en su sobresalto, había volcado.

Sam, mirando aún las cartas, mostró aquella sonrisa burlona.

—A veces el gobierno no se equivoca. —Su mirada ascendió—. ¿Vienes?

—Oh, de acuerdo. —Bron adelantó una mano y sacó la combinación de cuatro cartas altas de Llamas que Sam había previsto; lo cual, durante la primera media hora de juego al menos, les dio una clara ventaja..., antes de que Lawrence, con una hábil manipulación de todos los dioses y potencias astrales, recuperara su acostumbrado dominio.

Fue como si alguien hubiera desconectado bruscamente el escudo sensorial.

A la izquierda, las dentadas superficies de metano hacían que el escenario pareciera tan salvaje como el de un millar de dramas del hielo.

A la derecha, las desmenuzadas rocas, que hacían del noventa y seis por ciento de Tritón uno de los paisajes más lúgubres del Sistema Solar, se extendían hasta el

horizonte.

Aceleraron por en medio, dentro del túnel transparente de transporte. Punta Londres se alejó rápidamente tras ellos. Nítidas estrellas atravesaron la oscuridad.

Aposentado en su silla, con los dos curvados doseles de plástico transparente sobre ellos (el estacionario del coche, y el del túnel más arriba retrocediendo a ciento setenta y cinco kilómetros por hora), Bron se volvió hacia la izquierda (Sam estaba sentado a ese lado), pensó en los granjeros del hielo y dijo:

—Todavía sigo preguntándome por qué decidiste llevarme.

—Para que dejes de incordiarne —dijo Sam con afabilidad—. Quizás eso te lleve a algún razonamiento político que desafíe seriamente mi propia posición. En estos momentos, sin embargo, el tuyo es tan inmaduro que no hay nada que pueda decirte, excepto pronunciar sonidos educados..., por mucho que esos sonidos puedan parecerte ideas. De esa forma tendrás una oportunidad de ver de cerca aunque sólo sea la más minúscula fracción del gobierno y comprobar lo que está haciendo. Normalmente, el gobierno tiene razón. Según mi experiencia, ese «normalmente» significa un noventa y nueve por ciento con montones de nueves más detrás de la coma decimal. No lo sé: quizá ver un poco de la realidad te haga olvidar tus miedos y cerrar tu boca. O quizá te envíe huyendo sin parar de gritar. Gritos o silencio, en cualquier caso estarás mejor informado. Personalmente, contigo, hallará ambas cosas un alivio.

—Pero tú ya tienes tu educada opinión acerca de en cuál dirección iré probablemente, ¿no?

—Ésa es una suposición no educada.

Bron contempló los riscos del hielo arrancarse de los riscos del hielo, kilómetros más allá del hombro de Sam.

—¿Y al gobierno no le importa realmente que me lleves contigo? Supón que descubro alguna información confidencial de alto secreto.

—Esa categoría ya ni siquiera existe —dijo Sam—. Confidencial es lo más restringido que puedes obtener; y puedes verlo en cualquier cabina realzaego.

Bron frunció el ceño.

—La gente ha estado destrozando las cabinas —dijo pensativamente—. ¿No te ha dicho eso el gobierno?

—Probablemente lo hubiera hecho si yo se lo hubiera preguntado.

Cristal roto; caucho rasgado; su propio rostro distorsionado en la doblada ranura cromada: la imagen regresó, lo bastante intensa como para sobresaltarle.

—Sam, de veras..., ¿por qué desea el gobierno a alguien como yo en un viaje como éste?

—Ellos no te desean. Yo te deseo. A ellos simplemente no les importa que te lleve conmigo.

—Pero...

—Supón que descubres algo..., aunque no sé lo que pueda ser. ¿Qué puedes hacer con ello? ¿Correr chillando por las calles de Tetis, desgarrándote la carne y frotando cenizas en las heridas? Estoy seguro de que hay alguna secta que ya lo hace. Simplemente vivimos en lo que los sociólogos llaman una sociedad de baja volatilidad política. Y, como creo haber dicho: la volatilidad política de la gente que vive en coops de un solo sexo y preferencias sexuales no especificadas tiende a ser particularmente baja.

—En otras palabras: dada mi categoría particular, mi tipo psicológico general, he sido declarado seguro.

—Si quieres mirarlo de ese modo... Sin embargo, tal vez prefieras expresarlo de una forma un poco más halagadora para ti mismo: Confiamos que la mayoría de nuestros ciudadanos de esta época no hagan nada demasiado estúpido.

—Ambas expresiones modelan la misma situación —dijo Bron—. Metalógica, ¿recuerdas? Hey, ¿sabes?, antes de irme de Marte y venir a Tritón para convertirme en un metalógico respetable para una gigantesca hegemonía informática, fui un prostituto en los burdeles del Goebels en Bellona. Pero luego obtuve esos papeles, ¿sabes?... ¿Qué piensa tu gobierno, ahí fuera donde tanto la prostitución como el matrimonio son ilegales, acerca de eso?

Sam metió sus botas de suela blanda altas hasta la rodilla en el espacio entre los asientos vacíos.

—Antes de que llegara a Tritón, yo era una más bien infeliz camarera rubia de rostro cetrino y ojos azules (terriblemente miopes) en el Lux de Japeto, con una clara inclinación hacia otra camarera cetrina, rubia y de ojos azules que, por todo lo que pudo descubrir el joven e inmaduro yo que era entonces, estaba pirada por los altos emigrantes de Wallunda y Katanga que habían infestado absolutamente los alrededores; yo tenía este CI muy alto y muy útil, y estaba trabajando en un deprimente agujero lleno de grasa. Pero entonces me sometí a esa operación, ¿sabes?

...

Bron intentó no parecer impresionado.

Sam alzó una ceja, asintió brevemente.

—¿Encontraste satisfactoria la transición? —Los cambios de sexo eran algo bastante común, pero debido a que (como Bron recordaba que había explicado alguien en un canal público) parte del «éxito» de la operación podía verse viciado por la admisión de la misma, uno no oía con demasiada frecuencia hablar de los detalles específicos de ellas.

Sam dejó escapar una tenebrosa risita con los labios apretados.

—Mucho. Por supuesto, por aquel entonces yo era mucho más joven. Y los gustos de uno evolucionan, aunque no cambien exactamente. De todos modos, sigo

visitando aquel viejo vecindario... —(Bron pensó: ¿Un hombre de familia ese poderoso, robusto, negro y apuesto Sam...?)—. El asunto es: el gobierno —siguió Sam, con un tono perfectamente razonable (en el que Bron se dio cuenta que estaba intentando distinguir los leves armónicos solapados bajo aquella voz de bajo que derramaba seguridad)— simplemente no está interesado en mi más bien común historia sexual o en la tuya más bien peculiar. Y tú me habías hablado de tus días de prostitución. Lo admito, me sorprendió la primera vez. Pero el shock disminuye con la repetición.

—Nunca me lo dijiste a mí—dijo Bron hoscamente.

Sam alzó la otra ceja.

—Bueno..., tú nunca preguntaste.

De pronto Bron no sintió más deseos de hablar, sin saber exactamente por qué. Pero Sam, al parecer cómodo con los malhumorados silencios de Bron, se reclinó en su asiento (¿ella? No, «él». O al menos ésa era la forma que sugerían los canales públicos) y miró por la ventanilla.

Siguieron viajando velozmente a través del brillante paisaje entrevisto de hielo verde, roca gris y estrellas.

Quizás un kilómetro más lejos, Bron vio algo que le pareció que era el espacio-puerto pero que Sam dijo que no. Un minuto más tarde, Sam señaló algo que dijo que sí lo era.

—¿Dónde? —Bron no podía ver.

—Allí. Apenas puede verse el borde, exactamente en medio de esos lo que sean.

—Sigo sin ver dónde estás...

En aquel momento penetraron en un túnel cubierto; las luces del vehículo se encendieron. El zumbido del motor penetró en la conciencia de Bron con un descenso de tono. Disminuyeron la velocidad. Se detuvieron. Luego todo fueron corredores verdes y pastel y opulentas salas de espera que, mientras recibía una bebida y era presentado a la gente (el resto del grupo de Sam), se deslizaron suavemente sobre invisibles raíles y fueron izadas por invisibles ascensores... La gente reía y bajaba la vista hacia el dibujo geométrico de la moqueta cuando, una sola vez, el suelo tembló..., y todos fueron guiados hacia la puerta adecuada por las pequeñas luces de color y la gente del grupo que evidentemente estaba ya acostumbrada a ese tipo de cosas. (No había nadie parecido a una azafata por los alrededores; pero Bron no estaba seguro de que aquello fuera un viaje «turista estándar» o estrictamente «gubernamental».) Estaba contándole entusiásticamente a alguien que parecía escucharle entusiásticamente acerca de su propio viaje de emigración a los Satélites Exteriores hacía doce años, el cual:

—...déjeme decírselo, fue un asunto completamente distinto. Quiero decir, los tres mil que éramos fuimos drogados hasta las pestañas durante todo el proceso: y,

¿qué hay en esta bebida, de todos modos...? —cuando se dio cuenta, en mitad de una risa, de que dentro de seis meses..., de seis semanas, probablemente no volvería a pensar nunca más en aquellos afables George y Angela y Aroun y Enid y Hotai. Quiero decir, pensó, que ésta es una misión política: ¡y nadie ha mencionado en ningún momento la política! ¡Ni siquiera le he preguntado a Sam cuál es la misión! ¿Es eso, se preguntó mientras caminaban a lo largo de otro corredor (algunos del grupo se dejaban llevar suavemente por la cinta rodante a uno de los lados del corredor; otros caminaban a su lado, charlando y riendo), lo que Sam quería decir con baja volatilidad política?

En una de las habitaciones más grandes, opulentas y móviles, con lujosos sillones reclinables en sus varios niveles enmoquetados, había más bebida, más música, más conversación...

—¡Todo esto es maravilloso, Sam! —exclamó alguien—. Pero, ¿cuándo vamos a subir a la nave?

Otro alzó su tobillo para comprobar un complejo cronómetro que llevaba sujeto allí.

—Creo que llevamos aquí al menos dos minutos y cuarenta segundos —lo cual despertó un ¡Ooooh! del grupo y más risas.

—Despegaremos dentro de diecisiete minutos. —Sam descendió por la escalera en espiral—. Ésta es mi cabina. Que cada uno ocupe el diván que quiera.

Durante los siguientes diez minutos, Bron averiguó que la mujer rubia de ojos azules en el diván contiguo al de Bron formaba parte de la comuna familiar de Sam, y que la muchacha regordeta y bronceada que iba de un lado para otro diciendo: «¿Drogas? ¿Alguien quiere drogas?» y dando palmadas a un lado del cuello de cualquiera que le sonriera y asintiera era su hija.

—¿Quieres decir que realmente puedes hacerlo sin drogas? —preguntó alguien.

—Bueno, Sam desea que contemplemos el despegue —dijo la mujer rubia, echándose hacia atrás en su diván y torciendo el cuello para ver quién había hablado—. Así que sugiero que las toméis..., de otro modo, puede resultar un poco trastornante.

—Por eso exactamente lo pregunté —dijo el que había hablado antes.

Cuando la muchacha regordeta llegó junto al diván de Bron, éste, movido por un impulso, sonrió y agitó la cabeza.

—No, gracias... —Pero la mano de la muchacha palmeó su cuello de todos modos; luego se echó hacia atrás y pareció apenada:

—Oh, lo siento terriblemente. Dijo usted «No»...

—Hummm, está bien —murmuró Bron.

—Bueno, quizá no haya recibido mucha... —y se apresuró hacia el siguiente diván.

Un zumbador sonó por toda la cabina. Una gran cantidad de las cosas más opulentas —lámparas, esculturas murales, estanterías, mesas ornamentales— se doblaron hacia arriba o hacia abajo o hacia los lados dentro de las paredes, suelo y techo. Varios de los divanes giraron en redondo de modo que todos quedaron orientados en la misma dirección en el espacio ahora casi institucional. La pared ante ellos zumbó y se abrió. Lo que antes había sido un corredor era ahora una ventana del tamaño de una pared que reflejaba una noche salpicada de estrellas, cortada por unas pocas jáceñas, con la parte superior de unos cuantos edificios visibles al fondo.

Una pantalla se desenrolló desde el techo, iluminada por una minada de cifras, rejillas y gráficos.

Bron recordó que nunca se había producido un accidente de nave espacial pasados los treinta segundos del despegue que no hubiera sido fatal en un cien por ciento..., lo cual probablemente significaba que no había recibido la cantidad suficiente de droga.

—Siempre he hallado estos viajes tan excitantes... —dijo alguien—, no importa las veces que los haya efectuado. No tengo la menor idea de por qué...

Los números azules (que se iban haciendo más y más abundantes en la pantalla) eran, sabía Bron, las verificaciones finales de navegación. Los números rojos (una gran cantidad estaban pasando del azul al rojo) significaba que aquellas cifras habían sido aceptadas y alimentadas al ordenador de despegue.

—Ahora ya no hay forma de volver atrás —dijo alguien solemnemente.

—Espero que la cubierta de la piscina sea hermética y esté bien asegurada —murmuró alguien más (y todo el mundo rio quedamente) —. No me gustaría tomar un baño demasiado pronto.

Bron se acomodó en el acolchado de su diván. Algo empezó a rugir —más bien lejos— a su derecha; luego, algo más —mucho más cerca— a su izquierda. Sólo había dos números azules ahora, en medio de un campo lleno de rojo; y parpadeaban de una forma extraña, lo cual le hizo suponer que algo no iba bien.

Una voz dijo:

—Creo que esos números azules señalan que hay problemas...

Otra añadió:

—Sam, te lo dije, tendrías que haber tomado una cabina gubernamental. El gobierno nunca se equivoca.

La gente rio otra vez.

Luego, la parte superior de los edificios y las rejillas desaparecieron. Y las estrellas empezaron a moverse.

La cabina osciló.

—¡Huau! —exclamó alguien.

La gente rio de nuevo.

El «abajo» se había establecido brusca y desconcertantemente en alguna dirección próxima a sus pies. Bron se sintió deslizar en el diván. Las estrellas saltaron hacia un lado de la ventana panorámica; un momento más tarde fueron barridas por completo por el paisaje, que se movía demasiado aprisa para que Bron pudiera decir si estaban a diez metros o a diez kil..., ¡ahí! Un entramado de luces, y más luces, pasaron rápidamente: la propia Tetis. Todo el mundo dijo ¡Ooooooh! de nuevo.

Al menos estaban a diez kilómetros de altura.

Ahora había estrellas..., ahora paisaje..., pero moviéndose más lentamente..., al menos a cuarenta. Cuando el moteado horizonte pasó de nuevo, Bron pudo distinguir una distante curva. Luego la cabina osciló fuertemente hacia atrás..., o mejor, hacia «abajo», restableciendo el suelo normal.

¿Era la droga..., o que no había recibido la cantidad suficiente de una de las varias drogas, o demasiado de otra...? Permaneció en su diván durante un tiempo, contemplando las girantes estrellas. Los hombres de la antigua Tierra habían intentado extraer imágenes de esos puntos blancoazulados. Intentó sobreimponer el rostro de ella; pero ni las estrellas, ni su memoria, se mantuvieron el tiempo suficiente.

Cuando finalmente se levantó, la gente ya estaba yendo de un lado para otro. En el nivel superior, en la parte de arriba de las escaleras, la cubierta de la piscina se había retraído sobre sí misma. Algunos chapoteaban ya en ella. Lámparas, barra del bar, esculturas y mesas estaban de nuevo fuera; y se había abierto una trampilla con peldaños descendentes que conducían a la sección de caída libre de la cabina: un tambor tan grande como éste y justo «debajo» del provisto de «auténtica» (es decir, sólo en aceleración) gravedad. («Se ruega que los pasajeros no pasen líquidos de uno a otro nivel», decía el cartel en el panel junto a la escalera, cuyos anillos de plástico blanco mostraban ya cuatro o cinco bebidas por terminar.) Tras completar su circuito de la piscina, Bron descendió los enmoquetados escalones, con una bebida en las manos ahora, mientras tres personas subían riendo histéricamente acerca de cualquier tontería.

Su diván de aceleración resultó contener un número interminable de cajones, compartimientos y huecos entrelazados e interconectados, cuya utilidad un pelirrojo huesudo y charlatán, casi lo bastante bajo como para ser un enano, se apresuró a demostrarle. Se trataba de una cama, por supuesto; simplemente tire de esta palanca de aquí, y una burbuja de intimidad a prueba de sonidos —bueno, casi a prueba de sonidos— caerá sobre toda esa cosa. Puede hacerla opaca o transparente con ese interruptor de aquí. Y esto es un temporizador, preajustado para ayudarle a sincronizar sus horas de sueño durante las noventa horas del viaje de modo que no sufra demasiado agudamente la desincronización espacial..., aunque nadie lo utiliza en un viaje tan corto como éste. Aquí está su lector, aunque las selecciones de la

librería —créame— son tremendamente aburridas. Yo de usted ni siquiera las miraría, a menos que desee reírse un poco. (Aunque en una ocasión hallé una conectada simplemente a un archivo de ciencia ficción del siglo XX..., ¿ha leído usted algo de eso? ¡Es realmente fascinante!) Haga girar esta mitad del diván-cama y hallará donde lavarse; esa otra mitad es para defecar. Y aquí debajo —espere un segundo; ya está!— tiene su equipaje.

Que Bron había metido, siguiendo la sugerencia de Sam, en una pequeña bolsa de plástico. Sam había dicho que no llevara mucha cosa; todo iba a ser más bien informal. Pero, paseando por la cabina, captó un atisbo ocasional de algunos otros compartimientos de equipaje donde alguno de los pasajeros estaba rebuscando algún efecto personal, y vio que al menos tres personas habían traído consigo una enorme cantidad de bolsas, paquetes, maletas, que prácticamente rebosaban de sus divanes. Aquello le hizo sentir al principio ligeramente aprensivo. Pero, a medida que pasaban las horas, comprobó que nadie parecía vestirse.

Pasó mucho tiempo «abajo», en la débilmente iluminada cámara de caída libre, contemplando las estrellas a través de la ventana.

—Hey —le llamó Sam desde la trampilla, en algún momento del segundo día de viaje—. Sube un momento. Tienes que ver esto.

Bron abrió la red en la que había estado flotando, se empujó hacia la escalerilla, se izó hacia arriba, emergió a la cámara con gravedad..., una extraña experiencia, notar como tu cabeza, luego tus hombros, luego tus brazos y tu pecho, adquirirían repentino peso (como salir de la piscina, sólo que muy distinto; los había comparado un par de veces durante el viaje, sólo para ver), y acudió al lado de la piscina.

—Ven, échale una mirada a esto —Sam sujetaba un vaso en una mano mientras guiaba a Bron por el hombro con la otra—. Vamos.

Junto a la piscina, en una de las mesas de la pared, estaba sentado el bajo y huesudo pelirrojo; frente a él se sentaba una igualmente diminuta mujer oriental de pelo negro irregularmente recortado. Entre ellos había un tablero de vlet. Tenía sólo una cuarta parte del tamaño del de Lawrence. (¿Una versión pequeña de viaje?) El paisaje era simplemente una fotografía tridimensional, no la superficie holográfica animada de Lawrence. Las piezas no eran figuras cuidadosamente talladas y pintadas sino simplemente símbolos clavados sobre bases de plástico rojas y verdes. El cubo astral no tenía su propio soporte. Pero Bron pudo ver, en el despliegue de los dioses, los detritos de una encarnizada batalla astral que los verdes (el lado del pelirrojo) habían evidentemente ganado.

Cinco combinaciones habían caído ya.

La mujer arrojó los dados y, de una forma más bien sorprendente (y hábil también, pensó Bron tan pronto como fue completado el movimiento), consiguió adelantar sus Guardias de la derecha justo en el momento en que la caravana verde



cruzaba la fragua, para sacarla de la influencia del Mago escarlata, sustancialmente multiplicado por tres pantallas reflectoras.

El pelirrojo arrojó sus dados, desechó una Llama baja, dispersó las pantallas a las esquinas del tablero en un solo movimiento (que dejó a Bron, entre la media docena de espectadores del juego, con el ceño fruncido) y se volvió para disponer una matriz en el tablero astral. ¡Eso ha sido hábil!, pensó Bron. La mujer tendría que responder a ello, extrayendo parte de sus poderes del Mundo Real, lo cual dejaría algunas de sus piezas más fuertes sin protección.

El borde del tablero de juego, la mesa y la mejilla de la mujer parpadeaban con los reflejos de la piscina.

Sam dio un ligero codazo a Bron y sonrió.

—Estaba pensando que tal vez pudiéramos desafiarles a una partida de dobles, tú y yo. Pero supongo que están un poco por encima de nosotros.

La mujer ganó la batalla en tres movimientos.

Algún tiempo más tarde jugaron una partida de dobles..., y fueron barridos fuera del tablero en veinte minutos.

—Bueno, puede que no hayamos ganado, ¡pero apuesto a que hemos aprendido algo! —dijo Sam—. Será mejor que Lawrence vaya con cuidado cuando volvamos, ¿eh, Bron? —Bron asintió, sonriendo (con el recuerdo de ella parpadeando con cada destello en el techo de mosaico de encima), y se retiró a la cámara de caída libre, decidido a no volver a jugar nunca más a aquel estúpido juego, con nadie, en ningún mundo o entre ellos, estuvieran sus contrincantes por encima o por debajo de él.

Estaba cruzando centenares de millones de kilómetros para olvidarla: se encerró en la red y se envolvió en aquella idea. Las estrellas derivaban junto a la oscura cámara.

—¿Quieres probar un poco de esto?

—Oh, no, nunca puedo comer en estos viajes..., no tengo ni idea de por qué...

—¿Sabes?, a mí nunca me ha importado la comida sintética, siempre que no intenten hacer que sepa como alguna otra cosa..., algas o plantas marinas o lo que sea.

—Creo que la razón de que la comida sea tan terrible en estos vuelos es porque esperan que te emborraches hasta reventar.

—¿Habrías imaginado nunca a Sam como un borracho? ¡Señor, lo que está tragando!

—Bueno, se supone que ésta es una misión política. Probablemente se encuentra bajo una gran presión.

—¿Qué se supone que vamos a hacer cuando lleguemos allí?

—Oh, no te preocupes. El gobierno se ocupa de sus..., ¿estamos decelerando?

—Creo que sí.

—¿No tendría que haber alguna luz o algo que se encendiera para que supiéramos que debemos volver arriba cuando eso ocurre? Me sorprende que esta cabina no vuele en pedazos. ¡Nada parece funcionar correctamente!

—Bueno, hay una guerra.

A lo largo de las noventa horas, Bron escuchó, y tomó parte en, noventa y nueve de esas conversaciones. Estaba en la cabina de caída libre cuando las luces se encendieron.

—Creo que eso significa que será mejor que subamos arriba. —A su alrededor, la gente estaba abriendo sus redes—. Caeremos hacia la Tierra aproximadamente dentro de una hora.

—¿Por qué no se encendieron cuando giramos cerca del Cinturón? —preguntó alguien.

—Creo que sólo se encienden cuando aceleramos o deceleramos más allá de un cierto punto.

—Oh.

La pared se cerró delante de la ventana para el aterrizaje (en la pantalla, bajada una vez más, los dos números azules seguían parpadeando), lo cual era normal, decían todos, en los descensos atmosféricos.

Fue agitado de lado a lado en su diván, con golpes y sacudidas que hubiera considerado realmente intranquilizadores de no haber tomado su dosis completa de drogas. Pero los descensos en los mundos eran notablemente rudos.

Hubo algunos chistes no demasiado serios acerca de si estaban todavía en el aire o no; o incluso dentro de la nave, puesto que las sacudidas empezaron de nuevo.

Luego, la ventana-pared se abrió de nuevo: no había cristal tras ella ahora..., y algunos de los pasajeros se mostraron visiblemente más relajados, riendo y hablando más y más alto; algunos, inexplicablemente, parecían más taciturnos (entre ellos Sam); penetraron en otro corredor verde pastel. (Bron pensó en el Taj Mahal..., pero era una misión política.)

—¿Habrá alguna visita turística en este viaje? —preguntó alguien.

—Lo dudo. El gobierno no cree en las visitas turísticas para los luneros.

—¡Ah! Pero, ¿qué gobierno?

Durante los días siguientes, aunque fueron a suntuosos restaurantes, efectuaron largos recorridos en dispositivos mecánicos a través de interminables y oscuros túneles, incluso fueron a varios conciertos sinfónicos, y pasaron una tarde en un museo en el que al parecer eran los únicos visitantes (la colección era particular; subieron en una escalera mecánica desde algún profundo nivel; por la noche regresaron por diferentes escaleras mecánicas a sus suntuosas habitaciones separadas), Bron tuvo la sensación de que en realidad no habían abandonado el complejo del espacio-puerto de la Tierra. No habían visto el cielo. Y, aparte la

asistencia a los conciertos (su grupo siempre tenía un palco privado) u otras cenas (sus mesas estaban siempre agrupadas aparte) no habían visto a otra gente..., aunque, como el bajo pelirrojo se apresuró a explicar con evidente deleite, si calculaban el tiempo que habían pasado en los transportes mecánicos y consideraban su velocidad media como de unos ciento cincuenta kilómetros a la hora, podrían estar muy bien a dos mil kilómetros de su punto de llegada, una distancia considerable en una luna, pero no tanto si se tenía en cuenta que estaban en la Tierra.

Fue un tiempo suntuosamente agradable y totalmente monótono..., de hecho, los únicos momentos de interés fueron proporcionados por los pocos instantes en los que pudo pensar en lo monótono que era todo.

Una mañana (al menos creyó que era por la mañana), mientras pensaba si podría encontrar a alguien que se hubiera levantado tarde como él para compartir un desayuno tardío, Bron salió de su habitación, y cruzaba ya por entre masas de lujuriente vegetación bajo un alto techo de espejo cuando vio a Sam avanzar apresuradamente hacia él, con aire preocupado.

Y dos desconocidos con uniformes negros y rojos avanzaban también hacia él desde donde habían estado al parecer aguardando junto a un árbol de grueso tronco. La mujer sujetó a Bron por el hombro. El hombre dijo:

—Es usted un lunero, ¿verdad? ¡Venga con nosotros!

Y, a seis metros de distancia, Sam se inmovilizó, con una expresión perfectamente alterada.

## 5. IDILIOS EN MONGOLIA EXTERIOR

*Podemos observar que, en estos experimentos, el signo «=» puede reemplazar las palabras «es confundido con».*

*G. Spencer Brown /THE LAWS OF FORM*

Empezó a decir:

—Soy un lunero. Pero dudo que sea el lunero que ustedes... —Pero lo arrastraron brutalmente fuera de la selva de imitación.

Se veían asomos de metal oxidado a través de la pintura gris de la puerta: el sorprendente artilugio de cierre tenía realmente un agujero para llave; unas letras de color rojo brillante rezaban: SALIDA.

Entraron en el pozo de una escalera de cemento. Protestó una vez, y como única respuesta recibió un empujón; le hicieron subir aprisa. Las paredes y escalones y barandillas estaban grimosos, con una suciedad para la que ni su juventud en Marte ni su madurez en Tritón lo habían preparado. Más aprensivo a cada tramo, no dejó de pensar: La Tierra es un mundo viejo..., un mundo viejo, viejo.

Lo arrastraron, jadeante por la ascensión, hasta una estrecha acera donde un buen número de personas cruzaban de un lado para otro (que, decidió en los menos de quince segundos de que dispuso para verlas, llevaban sólo tres estilos clásicos de atuendo); sólo una le miró.

Encima de los irregulares techos de los edificios (nunca hasta entonces había visto techos irregulares de edificios), el aire tenía un color gris rosáceo granuloso, como un escudo sensorial mugriento (¿era aquello el cielo? ¿Con atmósfera incluida...?). Un olor cálido y maloliente flotaba en la calle (algo igual de asombroso). Mientras lo empujaban hacia el vehículo, una sorprendente brisa (era la primera brisa que sentía que no era producida por convección desde la rejilla de algún ventilador a unos pocos metros de distancia) trajo consigo una docena de contradictorios y desagradables olores.

—¡Entra aquí!

Abrieron la portezuela de un vehículo y lo empujaron a un asiento; un relleno color «cielo» asomaba por una costura. Los dos desconocidos uniformados (una especie de polizontas) dieron la vuelta hasta el otro lado, dejándole momentáneamente solo con sus agitados pensamientos (¡Podría echar a correr! ¡Podría echar a correr ahora!), pero el aspecto no familiar de todo a su alrededor (y la convicción de que había algún error en alguna parte) lo paralizaron: luego ellos también entraron; las puertas se cerraron con un golpe: el vehículo se puso

bruscamente en marcha, y se metió y fue atrapado por un flujo de tráfico subterráneo con la más brusca aceleración que, aparte el aterrizaje en la Tierra, hubiera sentido nunca.

Diez minutos más tarde era sacado de un tirón («¡Está bien! ¡No intento resistirme!») del vehículo y arrastrado más allá de una serie de imponentes edificios y finalmente introducido en uno que podía tener ochenta, o ciento ochenta, u ochocientos años de antigüedad (la estructura más antigua en Bellona tenía ciento diez años de antigüedad; en Tetis, no más de setenta y cinco). Esta vez ni siquiera observó si había cielo fuera o no.

Un ascensor con una puerta de latón muy sucia les hizo subir tres pisos (lo cual parecía estúpido, ya que al menos habían subido ocho a pie en el hotel): fue conducido por un pasillo y empujado (una de sus sandalias se deslizó de su pie, y cayó sobre una rodilla desnuda; sólo llevaba unos pantalones cortos y una camiseta ligera) a una habitación con suelo de cemento y paredes de yeso con la pintura descascarillada. La puerta se cerró a sus espaldas; mientras se ponía en pie, frotándose la rodilla (sí, la que se había distendido el año pasado), oyó fuertes clics y clangs mientras eran corridas barras y cerrojos y cerraduras. La ventana estaba demasiado alta para mirar por ella, ni siquiera aunque saltaras (cosa que no hizo porque le dolía la rodilla). La puerta de metal era gris mate, rayada y desconchada... ¡al nivel de las patadas! La estancia tendría quizá tres metros por dos y medio.

No había ningún mueble.

Permaneció allí casi cinco horas.

Finalmente, cuando ya empezaba a sentir hambre y sed, tuvo que ir al baño. Al lado de la puerta, en una esquina del suelo de cemento, había un pequeño desagüe de metal verde. Orinó en él y se preguntó dónde se suponía que debía de hacer todo lo demás.

Estaba sentado en la esquina contraria a él cuando la puerta hizo sonar todos sus cierres y se abrió. Dos guardias uniformados de rojo y negro entraron, lo pusieron en pie de un tirón y lo sujetaron aplastado contra la pared, tras lo cual un hombre robusto y calvo, vestido con el en apariencia menos confortable de los tres estilos, entró y dijo:

—Está bien. ¿Qué sabe usted de esa gente?

Bron pensó que se refería a los guardias.

—¡La delegación lunera!

—¿...nada...? —dijo Bron, sin acabar de comprender.

—Díganoslo, o se lo arrancaremos de todos modos..., y los lugares de su cerebro de donde se lo arranquemos no volverán a servirle para nada debido al tejido cicatricial..., suponiendo que tenga usted alguna posibilidad de utilizarlos de nuevo allá donde lo enviaremos para el resto de su vida cuando hayamos terminado.

Bron se sintió bruscamente furioso y aterrado.

—¿Qué..., qué es lo que quieren saber?

—Todo lo que usted sepa. Empezando por el principio.

—Yo..., sólo sé que se trata de una misión política de..., de alguna clase. De veras, no sé nada más sobre ello. Sam es... Sam simplemente me pidió que le acompañara como parte de..., del grupo.

—Es curioso —dijo uno de los guardias, a nadie en particular—. Los luneros siempre se sientan en un rincón tan pronto como los dejas solos. Los marcianos y los terrestres siempre se sientan en el centro de la pared. Siempre me he preguntado por qué.

El hombre robusto miró de reojo, murmuró:

—Mierda... —y de pronto uno de los guardias golpeó a Bron, duramente, en el costado, y se fueron..., mientras él se derrumbaba resbalando por la pared, jadeante y parpadeando.

La puerta se cerró con un seco ruido.

Los cierres resonaron.

Los dos guardias eran mujeres.

Tres horas más tarde los cierres resonaron de nuevo.

Mientras los dos guardias entraron, Bron se puso trabajosamente en pie (del lugar en el centro de la pared donde finalmente, tras mucho ir de un lado para otro, había decidido sentarse). Lo sujetaron, tiraron de él todo el resto del camino hacia arriba hasta que estuvo finalmente en pie, aplastaron su espalda contra la pared. (Los guardias eran los dos hombres esta vez.) Otro hombre, menos robusto y con más pelo, entró y le hizo a Bron las mismas preguntas..., palabra por palabra, se dio cuenta al mismo tiempo que se daba cuenta (y eso empezó a preocuparle) de que sus propias respuestas eran formuladas de un modo ligeramente distinto. Al final, el hombre se sacó del bolsillo lateral algo que parecía un reloj con colmillos. Se acercó a Bron y se lo clavó en el hombro... Bron se retorció contra el dolor, lo cual no le sirvió de mucho pues estaba bien sujeto por los guardias.

—¡No te crispes! —dijo el hombre—. Se supone que ha de doler. —Por ridículo que fueran la orden y la explicación, Bron se dio cuenta de que intentaba obedecer.

El hombre retiró el instrumento y lo miró.

—Quién lo creería. Dice la verdad. Vamos.

Bron bajo la vista para ver dos manchas gemelas de sangre en su camiseta. Dentro de ella, algo resbalaba lentamente por su pecho.

—Es curioso —dijo uno de los guardias, a nadie en particular—. Los luneros siempre se sientan en el centro de la pared tan pronto como los dejas solos. Los marcianos y los terrestres siempre ocupan los rincones. —Y cuando Bron se volvió para protestar, porque aquella parecía la última y absurda gota de agua, el otro

guardia le dio un puñetazo en el costado: se derrumbó pared abajo, jadeante, parpadeando.

El hombre abrió la puerta, se marchó; los guardias le siguieron. El que le había golpeado hizo una pausa, con una mano en el borde de la puerta, y frunció el ceño ante lo que el tiempo y el miedo y el dolor en sus entrañas había obligado a Bron a dejar en el suelo junto al drenaje del rincón.

—Jesucristo... —Miró a Bron—. Vosotros los luneros sois realmente animales, ¿eh? —Sacudió la cabeza y cerró tras él de un portazo.

Cuarenta minutos más tarde, el mismo guardia volvió, solo. Bron envaró los hombros y se aplastó contra la pared.

El guardia se acercó, tomó a Bron por el brazo y lo alzó de un tirón.

—Un amigo tuyo está abajo aguardándote. Todo ha terminado, muchacho. —Bron era una cabeza más alto que el guardia, que parecía, se dio cuenta de pronto, como un Philip algo orientalizado y sin barba.

—¿Qué es lo que van a...? —empezó a decir Bron.

—Lamento que tengamos que zurrarte un poco cada vez. Es simple rutina..., para estar seguros, ¿sabes? Pero, si estuvieras conectado de algún modo con lo que pensamos que podías estar metido... —Agitó la cabeza, rio quedamente—. ¡Déjame decírtelo! ¿Sólo dos guardias aquí dentro? Me hubiera sentido como un asustado hijo de puta. —Tiró de nuevo de Bron, que finalmente se separó de la pared—. Estuviste un tiempo en el mercado de carne en Marte, ¿no? —El guardia sujetó firmemente a Bron mientras éste conseguía recuperar al fin el dominio de sus piernas—. Yo también..., cuando era demasiado joven para saber mejor lo que me convenía. —Agitó de nuevo la cabeza—. Les dije: Nosotros los prostitutas no somos el tipo de hombres que terminan metidos en lo que ellos pensaban que estabas. Yo les dije que ni siquiera se molestaran contigo cuando llegó el informe. Pero soy marciano. En la Tierra nadie escucha a los marcianos. En Marte, nadie escucha a los terrestres. Eso hace que te preguntes por qué infiernos luchamos en el mismo lado, ¿no? —Contempló las heces al lado del sumidero—. Realmente, sois animales. Todo lo que tenéis que hacer es leer las malditas instrucciones; están impresas justo dentro de... Sé que no te conducías así en Marte. Basta con tirar hacia arriba de... Pero quizá los luneros no estén acostumbrados a las mismas cosas que usamos aquí, ¿eh? —Salieron al pasillo. La voz del guardia era amistosa, su presa firme—. Bueno, he sacado cosas peores que eso de ese maldito suelo. Y de esas malditas paredes. Y de ese maldito techo. —Hizo una mueca—. Y ese maldito techo está malditamente alto. —Condujo a Bron a través de otra puerta, a una amplia e indefinible oficina con varios escritorios, varias sillas y algunas docenas de hombres y mujeres sentados, de pie, yendo de un lado para otro, algunos de rojo y negro, algunos otros no.

Sam sentado en una de las sillas, se puso en pie. Su rostro parecía estar apenas

recuperándose de la expresión que Bron había visto por última vez en él hacía trece horas.

—Aquí está —dijo el guardia; y a otro guardia—: Larry, deja que el negro firme por él y que se larguen de aquí, ¿eh?

Mientras Sam se inclinaba sobre el escritorio para firmar, Bron dejó para el momento siguiente preguntar qué iba a ocurrirle a continuación. Él y Sam estaban a medio camino pasillo abajo cuando se le ocurrió que había sido soltado bajo la custodia de Sam. Eso era un cierto alivio, sí. Pero, más inmediata, la sensación de miedo descendió hasta lo aprehensible desde las imprecisas alturas a las que había ascendido, para aposentarse finalmente, como algo venenoso, en la parte de atrás de su lengua, refrenando el centenar de preguntas que había intentado soltar. Un centenar de rotas luces azules parpadearon en el cerebro de Bron.

Sam abrió la puerta de cristal del embaldosado vestíbulo y preguntó finalmente:

—¿Estás bien?

Fuera en los escalones de piedra, Bron inspiró profundamente.

—¡Sabes lo que me han hecho! Sam, sabes lo que ellos...

—No lo sé —dijo suavemente Sam—. No deseo saberlo. Y, si te importan algo mi vida o tu propia libertad, nunca describas nada de lo que te ha sucedido, ni a mí ni a nadie, mientras siga esta guerra. De hecho, eso hace un nunca definitivo.

El miedo —parte de él, al menos— cuajó; y se convirtió en furia. Pero aún seguía habiendo miedo. Finalmente salió, tan venenosamente como le fue posible (abandonaron el fondo de las escaleras y giraron hacia la esquina):

—Supongo que simplemente el gobierno se equivocó otra vez.

Sam le miró.

—Nuestro gobierno estaba en lo cierto. Es el de ellos el que estaba equivocado. —En la esquina, Sam se detuvo y se volvió hacia él—. No, no previmos eso. Lo siento.

Las luces penetraban en las cuatro direcciones en la reluciente oscuridad.

Bron observó que la calle estaba mojada. ¿Había permanecido encarcelado durante una de esas lluvias de las que hablaban las fábulas y que algunas regiones de la Tierra sufrían aún de tanto en tanto?

De pronto, ése pareció el más increíble aspecto de la injusticia. Sintió, a través de la debilidad y el hambre y la sed y el miedo y la rabia, deseos de echarse a llorar.

¡Lluvia...!

Sam, con una mano sobre el hombro de Bron e inclinado hacia él, estaba diciendo:

—Mira, aun sin conocer los detalles, sé que ha sido muy duro para ti. Pero también ha sido duro para mí. Había cuarenta y cinco razones por las cuales podían haberte arrestado, por cada una de las cuales, caso de haberse demostrado, ahora



estarías muerto: de una manera simple, rápida, perfectamente ilegal, y sin hacer ninguna pregunta. Tuve que ir corriendo de nuestra gente a su gente y viceversa, intentando descubrir cómo sacarte de cada una de esas cuarenta y cinco situaciones al tiempo que evitaba descubrir si alguna de ellas estaba justificada. O si, de algún modo, ellos podían llegar a justificarla. Hay cosas que se supone que no debo saber. Si llegara a averiguar algo sobre ellas, me volvería inútil aquí y toda la misión sería un fracaso. Es por eso por lo que no deseo oír nada acerca de lo que te hicieron o dijeron. Aunque nada de eso signifique nada para ti, podría muy bien significar algo para mí..., en cuyo caso lo mejor sería arrojar la toalla y volver todos a casa, suponiendo que nos dejaran. Tu vida, mi vida, las vidas de todos los que trajimos con nosotros, y muchos más aún, estarían en un grave peligro a partir de entonces. ¿Entiendes?

—Sam —dijo Bron, porque tenía que decir algo—, comprobaron todo lo que dije con..., ¡con una especie de detector de mentiras! —No sabía si había elegido eso debido a que lo consideraba el mayor ultraje o el más pequeño. Fue hacia atrás a lo largo de las horas, intentando localizar exactamente cuáles eran los otros. Su garganta estaba seca. Algo se aferraba a ella, impulsándole a toser.

Sam cerró los ojos, inspiró profundamente y acercó aún más a él su cabeza de recio pelo.

—Bron, ellos me comprobaron a mí con uno de ellos aproximadamente cinco veces al día, sólo como un asunto de rutina. Mira... —abrió los ojos—. Intenta olvidar que ocurrió, ¿de acuerdo? Fue malo para ti; fue malo para mí; pero, a partir de ahora, simplemente lo olvidaremos. —Tragó saliva—. Vayamos a alguna parte..., sin el grupo, sólo tú y yo. Llamaré a Linda cuando estemos allí. Quizás ella y Debby se reúnan con nosotros. O tal vez no. De todos modos, no hay ninguna necesidad de seguir con los otros. Nos reuniremos con ellos más tarde.

Bron sujetó bruscamente a Sam por la muñeca.

—¡Supón que nos están escuchando en estos momentos...!

—Si es así, hasta ahora no hemos dicho nada que ya no sepan que sé. Mantengamos las cosas de este modo... ¿Por favor?

—Sam... —Bron tragó de nuevo saliva—. Yo..., debo ir al baño. Tengo hambre. No puedo andar bien porque aún me duele el costado derecho..., y mi rodilla, recuerda que me la distendí el pasado... Pero se supone que no debo decir... Y me duele el hombro también...

Sam frunció el ceño. Luego, su fruncimiento de disolvió en una expresión innombrable. Dijo suavemente:

—Oh, Señor...

Se ocuparon de la primera necesidad junto a una puerta al fondo de un callejón (como un animal, pensó Bron, acuclillado en la semioscuridad, limpiándose con un

trozo desechado de papel. Pero al parecer no había servicios públicos en aquella parte en particular de aquella ciudad en particular); la segunda la remediaron en un lugar atestado cuyas sucias paredes sin pintar le recordaron a Bron el pozo de la escalera a la que le habían arrojado después de su detención. La comida era irreconocible, primariamente grasa, y cuando Sam extrajo su certificado de crédito turístico el camarero le lanzó una mirada que Bron estuvo seguro de que significaba problemas; pero acepto el documento de todos modos.

Fuera, caminaron unas cuantas manzanas (Bron dijo que se sentía un poco mejor), subieron unos cuantos escalones de metal hasta lo que Bron creyó que era un techo entre los edificios; pero resultó ser el soporte de algún tipo de arcaico medio de transporte público sobre raíles.

En la grisácea negrura encima de ellos había un brillante disco blanco que, explicó Sam, era la luna llena.

Bron se sintió asombrado.

La primera lluvia.

Ahora, una luna llena. ¿Y lluvia...? ¡Eso sería toda una historia! Salir del viejo edificio a la cálida (¿o sentían ellos frío?) lluvia de la Tierra. Luego la luna encima de ellos...

Tomaron el siguiente transporte, viajaron en él durante un tiempo, hicieron varios cambios en estaciones tan sucias que las brillantemente iluminadas eran más deprimentes que aquellas en las que los elementos de sodio eran simplemente parpadeos a través de los tiznados cristales. Su impresión de la Tierra como un planeta casi despoblado se invirtió repentinamente (durante un tramo del trayecto tuvieron que permanecer de pie, sujetándose a correas en el techo, apretados contra docenas de terrestres) a una sucesión interminable de multitudes vestidas de gris/verde/azul/marrón. Bron se sentía agotado. Su último pensamiento articulado fue la repentina comprensión, en la derivante fatiga, de que, de los tres estilos básicos, uno estaba aparentemente reservado a las mujeres, el otro a los hombres, y el tercero a los jóvenes y/o a cualquiera que pareciera dedicarse a un trabajo físico..., la mayor parte de los cuales parecían ser hombres, todo lo cual le pareció tan arbitrario que simplemente intentó desconectar su mente y no tomar en consideración ningún otro aspecto de aquel superpoblado y desagradable mundo. Siempre que pudo, cerró los ojos. En una ocasión de pie, y en otras tres sentado, durmió. Luego se hallaron en otro amplio y atestado vestíbulo, y Sam, ante un mostrador, estaba comprando más billetes. Le preguntó dónde iban ahora.

A un avión.

Lo cual resultó ser un procedimiento mucho más aterrador que el viaje espacial..., posiblemente debido a que el aparato era mucho más pequeño, o posiblemente porque la única droga disponible era el alcohol.

Aun así, mientras miraba a través de la ventanilla ovalada a la casi estacionaria capa de nubes de abajo, con el amanecer convertido en una mancha marrón entre el brumoso azul, se durmió de nuevo. Y no despertó por completo hasta que Sam lo condujo a un traqueteante vehículo de superficie con asientos para dos docenas de personas: aparte el conductor, ellos eran los únicos pasajeros.

Descendieron junto a una cabaña, con mucha hierba y rocas que se extendían hasta un horizonte aparentemente infinito. A kilómetros de distancia, una ola gris se estrellaba por encima del borde del mundo..., ¿montañas? ¡Sí, y lo blanco a lo largo de su parte superior debía de ser nieve! Aparte de la cabaña, rocas y hierba y arbustos se extendían sin solución de continuidad bajo un cielo estriado de blanco.

—¿Sabes? —dijo Sam—, cada vez que vengo aquí —(el autobús se alejó bamboleándose, pasó de la grava al asfalto con un cambio de crujir a sisear, se hizo pequeño a lo largo de una carretera que parecía hundirse en el paisaje, volvió a aparecer, diminuto, a lo lejos, volvió a hundirse)—, imagino que este lugar no ha cambiado en un millón de años. Luego miro a mí alrededor y me doy cuenta de todo lo que es diferente desde la última vez que estuve aquí, hace seis meses o un año. Sé que ese sendero no estaba aquí la última vez que vine... —Los afilados tallos de hierba se agitaban bajo el ligero viento junto a las tablas de la cabaña, a lo largo de las roderas que se alejaban serpenteantes—. Y esos grandes pinos colgantes que puedes ver ahí... —(Bron había creído que eran arbustos y estaban mucho más cerca; pero, como había estado haciendo a cada parpadeo desde que abandonaran el autobús, la perspectiva se reajustó)—. Bueno, el cuidador me informó de que son históricamente indígenas de la región, son secoyas, pero fueron plantados justo el año pasado.

Bron alzó los ojos, miró de reojo lo que no era más que cielo.

—¿Es... por la mañana?

—Aquí es por la tarde.

—¿Dónde estamos?

—En Mongolia. Esta sección en particular se llamaba antes la Mongolia Exterior. Pero eso no significa mucho a menos que sepas en qué dirección se halla la Mongolia Interior, ¿no? —Sam se sacó las manos de los bolsillos de su largo gabán de piel e inspiró profundamente, haciendo dilatarse la malla dorada que llevaba debajo—. Supongo que dónde estás no importa mucho a menos que sepas dónde has estado antes.

—¿De dónde hemos venido?

Sam sonrió, con las cejas fruncidas.

—De Tetis. En Tritón.

Bron se llevó la mano al cuello, se frotó el hombro bajo las manchas de sangre.

—Estoy cansado, Sam. —No había demasiadas manchas.

—Vamos dentro —dijo Sam.

En la cabaña, se sentaron ante una mesa de arañada madera, y les sirvieron un caldo salado, de gusto amargo y color amarronado en cuencos de dentado latón.

El hombre salado, de aspecto amargo y color amarronado que se lo sirvió (de una dentada olla de latón) llevaba una camiseta rota y un delantal deshilachado, ambas cosas manchadas y salpicadas con..., ¡eso era sangre! ¿Procedente de alguna matanza ritual de ganado? Incómodo, con el cálido cuenco sujeto con ambas manos, Bron bebió un poco más de caldo.

—Las excavaciones arqueológicas están por aquel lado. El centro del pueblo está por ese otro. —El salado índice de color marrón apuntó vagamente hacia una ventana a la que le faltaba uno de los cristales superiores—. Pueden hallar acomodo por ahí. —Bron tuvo la impresión de que el ángulo entre excavaciones, centro y acomodo era de menos de un segundo de arco. Lo cual quedó resuelto con—: Simplemente sigan un trecho ese camino —señalando en la misma dirección— y llegarán a los tres sitios. No hay mucho que hacer aquí, pero probablemente ya lo saben; por eso han venido..., al menos por eso es por lo que dicen que vienen la mayoría de los turistas.

Fuera, echaron a andar por un lado del camino.

—Hay tan poco aquí —comentó Sam, feliz—, ¡y sin embargo es tan fuerte!

La hierba susurraba a su alrededor. Un insecto revoloteó zumbando entre ellos. La brisa tamborileaba contra ellos, y una bandada de cosas con alas de papel, azules como el acero a la media luz, se alzó de entre sus rodillas y aleteó por el prado..., mariposas, se dio cuenta, tras recordarlas de algunas fotos de su infancia, alguna visita adolescente a un museo. Había tantos olores (y tan extraños) como en la ciudad. La mayoría de ellos parecían pertenecer a diversos grados de descomposición..., productos de una lenta podredumbre antes que la rápida que se había acostumbrado ya a asociar con las zonas más densamente populosas de aquel mundo.

Fuera donde fuese el lugar al que iban, debía de estar bastante lejos, puesto que en todo aquel espacio abierto Bron fue incapaz de verlo. (Todavía estaba mortalmente cansado.) Pero el paisaje contenía barrancas y lomas y montículos que, debido a que nunca había andado realmente entre ellos antes, no veía hasta que estaba encima, o debajo, o delante de uno.

Dos personas venían por el centro del camino. Desde su trenzado pelo hasta sus encostradas botas, eran la gente más sucia que Bron había visto desde Fred.

Una de ellas no dejaba de meterse el dedo medio bajo los cristales de una especie de cosa parecida a unas gafas perchada sobre su nariz. (La suciedad, sin embargo, no era negra o gris, sino más bien amarronada.) La otra llevaba un sombrero, con el ala (¡!) echada hacia atrás sobre su cabeza.

—Fue realmente curioso —le oyó decir Bron, con una voz muy seria—. Había

pensado que todo iba a reducirse a cepillar y lacar. Eso es lo que había oído decir.

—Me temo —la otra frunció el ceño y hurgó— que no se trata de ese tipo de excavación. —(Gafas, se dio cuenta Bron)—. Habrá que seguir allanando hasta que nos digan... —(¿No habían desaparecido las gafas antes de que el hombre alcanzara la Luna? ¡En alguna parte en la Tierra, la gente aún seguía llevando gafas!—, a menos que nos digan que sigamos picando.

—Supongo que, si tropezáramos con algo lo bastante delicado como para cepillar, Brian nos echaría fuera.

—Oh, probablemente Brian te diría cómo tenías que hacerlo. Sólo que, en el estrato al que hemos llegado, nadie está haciendo nada tan delicado.

Los excavadores pasaron junto a ellos.

Bron, unos pasos detrás de Sam (el cansancio le había ganado a su rodilla), subió una elevación que rodeaba un montón de rocas desmenuzadas: parecía una ajetreada construcción que se extendía unos doce metros tras haberle dado un buen mordisco al propio camino. Una serie de postes pintados a rayas habían sido clavados sobre bases de plástico amarillo o hundidos en el suelo.

Algunos llevaban cámaras. Otros empujaban carretillas. Muchos, la mayoría sin camisa, iban de un lado para otro por entre cuidadosamente cavadas zanjas, examinando las paredes. En alguna parte en todo aquel cielo, el gris se había desgarrado, mostrando grandes copos de azul y derramando una luz color mostaza.

Sam se detuvo junto a las cuerdas. Bron hizo lo mismo a su lado.

Una mujer que llevaba una caja de cartón pasó por su lado. Bron miró a su interior..., ella se detuvo, sonrió, e inclinó la caja para dejarle ver: cráneos y trozos de cráneo mirando en esta o aquella dirección, con pequeñas tiras de cinta adhesiva marcada en este o aquel lado.

—Todos —le confió la mujer, señalando con la cabeza hacia su derecha— de esa parte de ahí, justo dentro, o justo debajo, de la Morada M-3..., si era una morada. Brian ya se ha equivocado, él mismo lo ha reconocido, tres veces con respecto a este sitio. —Sopesó la caja—. ¿Quizá nos veamos mañana? Todo el mundo se marcha ya. —Mientras se volvía y se alejaba, un grupo de excavadores se reunió a su alrededor, pasando por encima de las cuerdas, cruzando junto a Sam y Bron.

—Mira —dijo uno de ellos—, si no dejas de incordiar respecto a ese trozo de teja, ¡voy a estrellártela contra tu cabeza!

Los excavadores se alejaron por el reluciente camino negro al sorprendente sol del atardecer, mientras Bron pensaba de nuevo en imágenes del Taj.

En uno de los montículos, una mujer, con su desnuda espalda vuelta hacia ellos, estaba sentada sobre una caja de madera, tocando una guitarra. En los intervalos entre el susurrar de la hierba y las voces, la música llegaba hasta ellos, lenta y experta, perezosamente arrastrada de séptima a arcaica séptima. Su voz sonaba tan familiar

como extraña sonaba la música.

Bron frunció el ceño.

Empezó a decir algo. Pero, de todos modos, no iba a significar nada para Sam. Estaba tan cansado que necesitó todo un minuto para decidirse: pero de pronto pasó una pierna por encima de las cuerdas, echó a andar por el terreno lleno de cascotes, casi chocó con otro grupo de excavadores: uno apoyó una mano en su hombro y, sonriendo por entre una polvorienta barba, dijo:

—Hey, vamos..., tienes que andar por ese lado de la línea de tiza si quieres pasear por aquí..., ¡cosa que de todos modos no deberías hacer!

—Lo siento... —Bron se apresuró por la suelta tierra, que se metía en sus sandalias. Rodeó el montículo.

Charo, la de los pequeños pechos, cantaba soñadoramente, contemplando sus dedos, bajo el cielo blanco y dorado:

*Oíd la ciudad cantar como un coro de sirenas.*

*Algún imbécil intentó incendiar el sol.*

*El predicador de la tele grita: «¡ Venid todos!»*

*Me siento como Fay Wray cara a cara con King Kong.*

*Pero mamá desea pasar toda la noche de taberna en taberna...*

Charo levantó la vista de las cuerdas, frunció el ceño al fruncimiento de ceño de Bron, alzó de pronto la cabeza, se echó a reír, le hizo un signo de asentimiento y siguió tocando.

Tras él, un hombre dijo:

—¿Eres tú?

Bron se dio la vuelta.

—¡Eres tú! —Windy, con su rala barba, polvoriento por el trabajo, trepó al montículo, sujetando contra su cadera un saco lleno de cosas y agitando la otra mano para mantener el equilibrio—. Por los mundos, ¿qué estás haciendo aquí?

—Yo..., simplemente estaba paseando. Y yo... ¿Qué estáis haciendo vosotros...?

—La última vez que te vi fue en una maldita luna a doscientos cincuenta millones de kilómetros de distancia. ¡Y ahora simplemente estás paseando por aquí, dices!

—¿Qué estáis haciendo todos vosotros? —preguntó Bron—. ¿En la Tierra?

—Lo de siempre. Microteatro para audiencias pequeñas o únicas. Con una subvención del gobierno. Eso es lo que dice el contrato que nos ha traído aquí.

Bron miró a su alrededor.

—¿Es esto una de sus...?

—¿Eh? ¡Oh, Cristo, no! Simplemente, un grupo de miembros de la compañía decidimos ofrecernos voluntarios para echar una mano en las excavaciones. Esto es muy excitante. —Windy se echó a reír—. El mayor hallazgo de hoy, querrás creerlo,

es todo un conjunto de antiguas herramientas para cavar. Al parecer, alguien en el pasado inmemorial también intentaba hacer excavaciones en este lugar.

Detrás de Bron, el tempo de Charo se animó, se hizo más rápido.

—Brian está intentando decidir si encontraron realmente algo —prosiguió Windy—, o simplemente lo dejaron correr y se fueron a otra parte..., sin mencionar cuánto tiempo hace de eso.

Charo cantó:

*Estuve en el Parlamento; estuve en la escuela;  
estuve en la cárcel y aprendí la Regla de Oro;  
estuve en el correccional; pagué mi pena en esos venerados lugares.  
Lo único que sé es que los azules tienen al mundo por los cajones.*

—Pero, ¿qué estáis haciendo aquí? —preguntó Bron de nuevo. Porque, de pronto, todo aquello parecía demasiado ridículo. Parpadeando al borde de sus pensamientos había todo tipo de planes preparados por Sam, arcanos y misteriosos, de los que esto era sólo un diminuto fragmento en un esquema cuyo alcance y dimensiones jamás llegaría a conocer..., bajo amenaza de ejecución o encarcelamiento.

—En realidad es un programa muy intelectualizado. Muy clásico: una serie de las Asimetrías de Jackson MacLow. El hombre escribió centenares de esas cosas. Estamos actuando sobre todas ellas, y el ciclo final de siete. Los sesenta, quiero decir los novecientos sesenta, están muy de moda por aquí. Nosotros, ya sabes, preferimos los contemporáneos. Pero... —Windy miró a su alrededor—, en realidad, este planeta debe de tener la audiencia más conservadora de todo el sistema. ¡Es increíble!

Charo estaba cantando:

*He estado en la tundra y en las montañas también.  
He estado en París, haciendo lo que hacen los franceses.  
He estado en Boston, donde los edificios crecen tan altos.  
Y, allí donde mires, los azules tienen al mundo por los cajones.*

—¿Está..., está aquí la Púa? —preguntó Bron, lo cual parecía una pregunta muy estúpida y, a la vez, desesperadamente importante—. Quiero decir, aquí —refiriéndose a la excavación, lo cual no era en absoluto lo que quería decir: no la había visto.

—¿En este lugar? Oh, se paseó por aquí un par de horas ayer.

Pero esas MacLow son jodidas, amigo. Además, creo que está trabajando en otra de sus ¡doble-bam-zap-pum! especiales..., para mostrarles a los indígenas de qué va la cosa. —Windy depositó su saco en el suelo—. Probablemente será para una audiencia de un espectador único. —Sonrió—. Y tú ya tuviste la tuya, me temo. Pero

si te quedas por aquí unas cuantas horas más, quizá puedas vernos en la representación de noche de las MacLow. Están abiertas para cualquiera que pase por aquí. ¿Sabes? —Windy miró de nuevo a su alrededor, recogió su saco—, Brian dice que hace un millón de años, creo que era un millón, este lugar era todo un desierto. ¡Imagina, nada excepto arena!

*Puedes oírlas del predicador, o de cualquier truhan,  
hallarlas en el manual de buena educación,  
o leerlas en las paredes de los urinarios públicos:  
Allá donde mires, los azules tienen al mundo por los cajones.*

El tempo cambió de nuevo, descendió hasta la melodía que había oído al principio:

*A veces me pregunto qué soy.  
Tengo la impresión de estar viviendo en un holograma.  
No parece importar lo que está bien o mal.  
Todo el mundo intenta sacar la mejor tajada de todo.  
Pero mamá simplemente desea pasar toda la noche de taberna en  
taberna.*

Charo dejó de tocar, se puso en pie, caminó de medio lado hacia Bron, sujetando la guitarra por los trastes.

—¿Tienes alguna idea de dónde está Boston?

—No creo que exista ya ningún Boston—dijo Windy—. Recuerdo que, en una ocasión, haciendo autostop por alguna parte de este condenado planeta, alguien me dijo: «Estamos exactamente donde antes había estado Boston». Al menos, creo que era Boston. —Windy se encogió de hombros—. Hey, mira. Tenemos que irnos. Todavía debemos de preparar la actuación... —Dio unos cortos pasos de baile; su pelo rojo y el saco se agitaron; un soplo de brisa, y el pelo se alborotó; el saco resonó—. Cantemos unas cuantas canciones, hagamos algunas piruetas: siempre felices y alegres. —Inclinó la cabeza y sonrió, mientras Charo le cogía del brazo, con la guitarra colgando de la otra mano. Se alejaron.

Bron regresó, pensativo, a las cuerdas. Mientras pasaba por encima de ellas, Sam preguntó:

—¿Gente a la que conoces?

—Sí. Yo... —Por un momento, Bron consideró la posibilidad de preguntarle a Sam si tenía alguna idea de por qué el grupo teatral estaba allí. Pero aquello era estúpido, y ridículo, y los detritos paranoides de su encuentro con las polizontas terrestres..., o como fuera que los llamaran aquí.



—Mientras hablabas con ellos, yo charlé un rato con alguien llamado Brian, que me contó que, ¿sabes?, hace como un millón de años, este lugar era todo cuevas y gargantas y cañones. ¿No es sorprendente?

Bron inspiró.

—¿Dónde... está Boston con respecto a este lugar, Sam?

—¿Boston?

Regresaron, junto con los excavadores que volvían a paso lento, al camino.

—Déjame ver. Boston..., espera a que me represente el globo..., sí, supongo que debía estar más o menos por esa —Sam señaló hacia el suelo, en un ángulo notablemente desviado de la vertical— dirección..., quizá a tres o cuatro mil kilómetros..., si todavía existe un Boston.

El pueblo apareció tan repentinamente como la excavación.

Una pequeña casa estaba construida en la cara rocosa; la rodearon para hallar más casas a ambos lados del camino. Giraron otro recodo. Cerca de una fuente pública, la calle estaba de nuevo pavimentada.

Con escalones.

—Es bastante alto..., pero la vista vale la pena. Compartiremos una habitación doble..., es todo lo que tienen.

—De acuerdo. Pero creo que voy a dormir un poco tan pronto como lleguemos allí. Me levantaré en un par de horas. Hay algo que no quiero perderme en la ciudad.

—Estupendo. Saldremos a comer algo cuando te despiertes. —Y (después de subir, y cambiar de dirección, y subir de nuevo) entraron por una puerta de madera (en una pared de mortero blanco) con flores verdes pintadas en ella y auténticas flores azules en una jardinera de madera a su lado.

Una mujer que muy bien podía ser la hermana mayor del hombre que les había servido en la cabaña les condujo escaleras arriba hasta una habitación donde, a los pies de una cama con un cobertor azul, estaba, al lado del de Sam, la bolsa de equipaje de plástico amarillo de Bron.

Fue incapaz de recordar haberse echado en la cama.

Tampoco pudo recordar el haberse preguntado, ya medio dormido, si debía o no pedir la ayuda de Sam para buscar dónde se alojaba la compañía, y si debía hacerlo antes o después de comer.

Cuando despertó, había algo blando bajo su barbilla. Bajó la vista..., al borde de rayón de una sábana azul, con una luz blanco-dorada en el límite de su visión. Volvió los ojos hacia ella; y los cerró rápidamente contra el deslumbrante brillo.

Apartó las sábanas y se puso en pie, parpadeando. A través de las contraventanas abiertas de par en par de la habitación, tras la pulsante imagen residual, una serie de tejados de tejas rojas se extendían ladera abajo. En el horizonte, una cuña de sol llameaba entre dos montañas.

¿El atardecer?

Recordó que habían llegado a última hora de la tarde. Mucho menos dolorido, tuvo la impresión de haber dormido unas buenas tres horas.

Sam permanecía echado al otro lado de la cama en medio de un revoltijo de sábanas, con los desnudos pies asomando de ellas, un brazo desnudo colgando a un lado, la boca abierta y roncando ligeramente.

—¿Sam...? —dijo Bron, suavemente—. Sam..., será mejor que nos apresuremos si queremos cenar algo. Sam...

—¿Huh...? —dijo Sam, y se alzó sobre un codo, con los ojos fruncidos.

—El sol se está poniendo... No sé cuánto tiempo he dormido, pero dijiste que deseabas cenar algo, y yo quería...

—¡Son las cinco de la mañana! —exclamó Sam, y se dejó caer de nuevo sobre la almohada, se dio la vuelta y se enredó un poco más en las sábanas.

—Oh. —Bron miró de nuevo a la ventana.

La cuña del disco del sol estaba ascendiendo.

—...Oh —repitió; miró a su alrededor por toda la habitación, luego volvió a meterse en la cama, tirando un poco de las sábanas que envolvían el inerte cuerpo a su lado.

Permaneció tendido allí, sintiéndose muy alerta, preguntándose si no debería levantarse de todos modos y explorar por sí mismo la ciudad al amanecer.

Se quedó dormido preguntándose todavía.

—¡En ése!

Llevaban ya quince minutos buscando un lugar donde tomar un desayuno tardío.

—Está bien—dijo Sam, sorprendido.

Pero Bron ya empujaba las puertas de madera. El cielo se reflejó en los largos paneles. Sam lo siguió al interior.

Al principio Bron pensó que era simplemente porque formaban una compañía teatral que parecían tan multicolores entre las dos docenas de personas que comían en la sala. Pero él (con sus pantalones cortos plateados, su camisa negra y sus guantes rojos) y Sam (con sus botas altas y su toga azul corta) eran tan llamativos como los actores. Todos los demás llevaban (de los tres estilos básicos) el que estaba formado (básicamente) por pantalones de color neutro hasta los tobillos y camisas de color neutro hasta las muñecas..., aunque algunos llevaban las mangas enrolladas. Sin embargo, todos parecían animados, incluso amistosos. La mayoría eran trabajadores de la excavación.

La Púa estaba reclinada hacia atrás en su silla, con las manos tras la nuca, riendo. Unos tirantes negros cruzaban sus desnudos hombros, sujetos con un imperdible de latón a la Z roja. Extraída de su entorno, era inmediatamente reconocible: una letra de plástico rojo de un signo de coordenadas callejeras n-r.

Bron dijo:

—Hola...

La Púa se volvió.

—¡Hola! —Y su suave risa—. Alguien dijo que te vio vagando por ahí ayer. ¿Qué haces aquí? ¿Seguirme todo el camino desde Tritón, desafiando las escaramuzas fronterizas y el peligro de la batalla para alcanzarme? Ven, siéntate..., tú y tu encantador amigo..., y comamos algo.

Una mujer joven (la de las gafas que había visto frotarse el ojo en el camino; su rostro y sus manos estaban mucho más limpios, pero sus ropas seguían igual de sucias) sujetaba su taza de té con ambas manos formando copa, con las negras uñas arqueadas contra la gruesa y blanca asa, y estaba diciéndole a Charo, que equilibraba su barbilla sobre sus nudillos:

—Creo que es tan maravilloso que los tuyos puedan venir y estar con nosotros, pese a esta guerra. ¡Es una guerra horrible! ¡Simplemente horrible!

—Bueno, al menos —(por la voz, Bron pensó por un momento que se trataba de Windy; era un terrestre barbudo con montones de anillos, en sus orejas y en sus dedos)—, nadie lucha en ella con soldados.

—Siéntate —animó Sam a Bron desde atrás. Y, a la gente del banco, cuando pareció que nadie estaba dispuesto a hacerles sitio, con la más afable de sus sonrisas —: ¿Qué os parece si os corréis un poco y nos dejáis algo de espacio?

Tres personas volvieron bruscamente sus cabezas, como sorprendidas. Se miraron vacilantes entre sí..., una incluso intentó sonreír y, finalmente, se deslizó hacia un lado en el banco: dos movieron sus sillas. Como si, pensó Bron, sus tiempos de respuesta, reacción y demora fueran distintos. ¿Es ésa, se preguntó, la razón por la que ellos creen que nosotros somos bárbaros pretenciosos y nosotros que ellos son demasiado refinados y mezquinos? Se sentó en el extremo del banco y se sintió como un alienígena en un mundo alienígena, mientras Sam tomaba una silla de alguna parte, se dejaba caer en ella y se reclinaba hacia atrás también.

—¿Vas a ir a cavar esta mañana? —preguntó alguien a la Púa.

—¡Ja! —respondió ésta. Aquélla era la parte brutal de su risa. Hizo golpear las patas delanteras de su silla contra el suelo—. Quizá dentro de un par de días. Pero la organización de la compañía me ocupa demasiado tiempo en estos momentos.

—Ella tiene que trabajar para que el resto de nosotros podamos ir a cavar — indicó el hirsuto Dian desde alguna parte al extremo de la mesa.

La muchacha le estaba diciendo a Charo:

—¿...sin impuestos de ninguna clase? Eso simplemente me parece imposible.

Charo giró la barbilla sobre su puño.

—Bueno, nosotros fuimos educados con la idea de que los impuestos son simplemente una especie de extorsión efectuada por los grandes estafadores que

viven más cerca de ti. Aunque le den la vuelta a la cosa y digan de acuerdo, gastaremos el dinero en cosas que tú puedas usar, como un ejército o carreteras, eso simplemente no es más que glorificado dinero de protección, en lo que a nosotros se refiere. ¿Yo tengo que pagarte a ti dinero para que yo pueda vivir en mi propiedad; y tú me rehabilitarás socialmente si yo no...? Lo siento, no, gracias. Aunque vayas a usarlo para hacer pasar una carretera junto a mi puerta, o financiar tu programa de rehabilitación social, sigue siendo extorsión...

—Espera un momento —dijo la Púa, y se inclinó hacia delante, con los dos codos sobre la mesa—. Espera..., nosotros no estamos luchando esta guerra con soldados: no hay ninguna razón para empezar a usar actores y arqueólogos. —Se apoyó contra Charo—. Simplemente, nosotros tenemos un sistema mucho más condensado y altamente informatizado que vosotros aquí. Todos nuestro; servicios, por ejemplo, funcionan por suscripción, a un grado que vosotros simplemente no podríais practicar en la Tierra. Ni siquiera en Marte...

—Pero vuestras suscripciones son una especie de impuesto...

—En absoluto —dijo Charo—. En primer lugar, son legales. En segundo lugar, todas son contribuciones por servicios recibidos y tarifados. Si no los usas, no tienes que pagar nada por ellos.

—Se dice que tenéis algo menos de una quinta parte de vuestra población en familias que producen hijos —señaló el hombre con la barba y los anillos—, y que, al mismo tiempo, algo más de otra quinta parte de vuestra población está congelada en la asistencia social... —Asintió con la cabeza e hizo un sonido de suficiencia a base de m que sonó tan absurdo que Bron se preguntó, mientras contemplaba las piedras multicolores en sus anillos y dedos, si no sería un retrasado mental.

—Bueno, en primer lugar —dijo Sam desde el extremo de la mesa—, hay muy poca superposición entre esas dos quintas partes..., menos de un uno por ciento. En segundo lugar, puesto que el crédito sobre la comida básica, el albergue básico y el transporte limitado es automático..., si no obtienes ningún crédito por el trabajo, tus fichas son automática e inmediatamente asumidas a cargo del estado..., nosotros no soportamos las enormes organizaciones de asistencia social de investigadores, entrevistadores, organizadores y administradores que son el principal gasto de vuestros diversos servicios de bienestar social aquí. —(Bron observó que incluso la inagotable afabilidad de Sam había desarrollado un tono cortante)—. Sostener nuestro muy eficiente sistema cuesta una décima parte por persona de lo que cuesta el más barato, nacional, ineficaz y totalmente inadecuado sistema de aquí. Nuestro único coste de albergar y alimentar a una persona a cargo de la asistencia social es el coste de la comida y el albergue en sí, que es mantenido con cargo al crédito del estado por el mismo sistema de ordenadores que mantiene el control de las compras de cualquiera con cargo a su propio crédito laboral. En los Satélites, en realidad

cuesta un poco menos alimentar y albergar a una persona a cargo de la asistencia social de lo que cuesta alimentar y albergar a alguien que vive bajo los mismos estándares de crédito y que trabaja, porque el mantenimiento contable es mínimamente menos complicado. Aquí, con todos los cargos ocultos, cuesta entre tres y diez veces más. También tenemos una rotación más alta de gente a cargo de la asistencia pública que en la Luna o en cualquier otro de los mundos soberanos. Nuestra asistencia social no constituye una clase social que ha nacido en ella, vive de ella y muere en ella, reproduciéndose la mitad en la siguiente generación. Prácticamente todo el mundo pasa algún tiempo en la asistencia social. Y difícilmente nadie más de unos pocos años. Nuestra gente a cargo de la asistencia social vive en las mismas coops que los demás, no en guetos separados y económicos. Prácticamente nadie tiene hijos mientras está en ella. Todo el conjunto tiene un valor social tan diferente, se interrelaciona en el entramado de nuestra sociedad de una forma tan distinta, es esencialmente un proceso tan diferente, que en realidad no puedes compararlo con lo que tenéis aquí.

—Oh, yo sí puedo. —El hombre se llevó un dedo a una oreja llena de gemas—. En una ocasión pasé un mes en Galileo; ¡y estuve en ella! —Pero se echó a reír, lo cual pareció una forma bastante eficiente para hacer olvidar un tema que la insistente ignorancia terrestre hacía desagradable.

Otro terrestre al que Bron no podía ver se echó a reír también:

—Diferentes tipos de impuestos; diferentes tipos de asistencia social: y son esos emblemas de la diferencia general desarrollada entre ambas economías lo que nos ha llevado a un callejón sin salida económico que nos ha conducido a..., ¿cómo acostumbran a llamarla en los periódicos? La guerra fría más caliente de la historia... Hasta que dejaron de llamarla así y simplemente empezaron a llamarla guerra.

—Es una guerra horrible —dijo de nuevo la muchacha—. Horrible. Y yo creo que es maravilloso que, pese a ella, podáis estar vosotros aquí, con nosotros, de esta manera. Creo que es maravilloso que nos mostréis vuestro teatro... Quiero decir, MacLow, Hanson, Kaprow, McDowell, todos eran de la Tierra. Y, ¿quién está representando sus obras en la Tierra hoy? Y creo que es maravilloso que estéis aquí ayudándonos con las excavaciones.

Bron se preguntó dónde podía conseguirse algo de comida.

Sam, al parecer, ya la había pedido, porque en aquellos momentos volvía del otro lado de la sala con dos bandejas, una de las cuales deslizó delante de Bron con una sonrisa, tras lo cual depositó la otra en su propio sitio.

Bron cogió una taza de lo que pensó que era té, dio un sorbo: caldo. El resto del desayuno eran trozos de algo que sabía medio como carne y medio como bizcocho..., una especie de Protyyn terrestre. Dio otro mordisco y dijo:

—Disculpa, pero...

La Púa se volvió hacia él.

—...quiero decir que me doy cuenta de que estarás atareada con la compañía, pero si tuvieras algunos minutos, quizá pudiéramos vernos... Quiero decir que podríamos ir a dar algún paseo. O algo. Si tienes tiempo.

Ella le observó, mientras algo ilegible transpiraba pro fundamente en los músculos de su rostro. Finalmente dijo:

—De acuerdo.

Él recordó respirar.

Y se volvió de nuevo a su bandeja.

—Bien —dijo, lo cual sonó raro. Así que añadió—: Gracias —lo cual tampoco quedaba bien. Así que dijo—: Bien —de nuevo. Sonrió con cada una de las tres palabras.

El resto del desayuno fue dominado por la impaciencia por acabar; la conversación, toda tangencial a la guerra, le encerró como las paredes de la celda terrestre donde había pasado..., ¡pero no podía hablarle a ella de nada de eso!

El pensamiento le llegó repentino e impresionante.

¡Sam dijo que no debía mencionarle esto a nadie!

Por supuesto, eso debe significar ella también..., especialmente ella, si estaba aquí con una invitación del gobierno. A partir de entonces sus pensamientos se hicieron más extraños e inconexos. ¿De qué podía hablarle entonces, qué podía contarle para pedir su apoyo, su simpatía, su opinión?

Era lo más importante que le había ocurrido desde que la había conocido; y la loca paranoia de Sam lo había situado fuera de los límites de cualquier conversación.

Las patas de madera de las sillas y los travesaños de los bancos rasparon contra las planchas del suelo; los excavadores se pusieron en pie para irse. Bron siguió a la Púa hasta el porche, preguntándose qué decir.

Sam estaba aún dentro, aún hablando, aún comiendo, aún explicando..., exactamente como en la coop.

La puerta se cerró tras ellos. Bron dijo:

—Simplemente no puedo creer en la coincidencia: ¡tropezarme de nuevo contigo de esta forma! ¿Cuánta gente hay aquí actualmente? ¿Tres mil millones de personas, en toda la Tierra? Quiero decir que habernos encontrado en Tetis, y luego, al otro lado del Sistema Solar, en una simple visita turística a..., ¿dónde estamos? ¡Mongolia! Tropezarme de nuevo contigo..., ¡simplemente así! ¡Las posibilidades deben de ser de miles de millones contra una!

La Púa inspiró profundamente, miró a su alrededor en la plaza, a las montañas más allá de los tejados de las casas, al cielo salpicado de nubes que, de día, era infinitamente mucho más alto que el techo nocturno salpicado de estrellas.

—¡Quiero decir —exclamó él— que podrían ser de un billón a una! ¡De un

trillón!

Ella empezó a bajar los peldaños del porche, le miró.

—Mira, se supone que tú eres una especie de matemático. —Le ofreció una débil sonrisa, con el ceño débilmente fruncido—. Con la guerra, sólo hay una docena..., no, nueve en realidad..., de lugares en la Tierra donde un lunero puede ir oficialmente..., a menos que pertenezcas a una de esas estúpidas misiones políticas de las que no dejan de hablar los folletos subversivos y nunca oyes mencionar en los canales. Todos estos nueve lugares están tan fuera del camino como éste, al menos a ochocientos kilómetros de distancia de cualquier centro importante de población. Nuestra compañía forma parte de un programa de intercambio entre mundos en guerra, o, en el caso de Tritón, casi en guerra, a fin de que no quede cortado todo contacto cultural: El primer lugar al que sugirieron que fuéramos fue un pequeño pueblo encantador justo al sur del Paso de Drake..., lo cual significa que la temperatura anual media es de menos diecisiete grados centígrados. Francamente, dudo que más de tres de las zonas especificadas sean siquiera habitables en cualquier momento del año terrestre. Ninguna de las nueve posee una población de más de mil quinientas personas. Y, en un pueblo de mil quinientas almas, es difícil que dos extranjeros que hayan acudido allí no sepan de la presencia del otro dentro de un plazo de seis horas desde su llegada. Dado el hecho de que los dos estamos en la Tierra al mismo tiempo, y que los dos somos luneros de nuestro particular tipo y temperamento, diría que las posibilidades de que tropecemos el uno con el otro son de..., ¿cuánto? ¿Cincuenta-cin-cuenta? ¿Quizás un poco más?

Él sintió deseos de decir: ¡Pero yo estoy en una de esas misiones políticas! Y he sido hecho prisionero, interrogado, golpeado, abusado...

—Por cierto, ¿qué estás haciendo tú aquí? —preguntó ella.

—Oh, yo... —La confusión creció en su interior mientras recordaba las palabras de Sam—. Bueno, estoy aquí... con Sam. —Más excavadores bajaron los peldaños del porche.

—¿Y por qué está Sam aquí?

—Bueno, él... Yo... —Se sentía oprimido por el millar de secretos que ni siquiera estaba seguro de retener, y cuya revelación de cualquiera de ellos podía enviar rodando mundos y lunas a la vez hacia alguna desastrosa carambola cósmica—. Bueno, Sam es una especie de... —¿Qué podía decir sobre Sam que no los devolviera al tema prohibido? ¿Sam es un amigo? ¿Una mujer que sufrió cambio de sexo? Un ejecutivo de enlace en el Departamento de Inteligencia de los Satélites Exteriores...

—¿...con el gobierno? —sugirió la Púa—. ¡Bueno, entonces no voy a preguntar más al respecto! Cada vez que haces una pregunta en este mundo, sobre cualquier cosa..., siempre hay alguien junto a tu codo que te indica educadamente que, de

veras, por tu propio bien, es mejor que no lo sepas. Incluso hay parte del trabajo de Brian que, aparentemente, no se supone que deba polucionar las pequeñas y delicadas mentes luneras. Y, por lo que puedo suponer, no es nada más insidioso que el hecho de que, hace un millón de años, todo esto estaba al borde de un mar interior. Me gusta más mi primera suposición..., que me has seguido por todo el Sistema Solar porque simplemente no podías soportar el estar sin mí. Eso es ciertamente más halagador que el que seas un agente oficial enviado como observador. La menos comprometida, por supuesto, es que simplemente se trata de una coincidencia. Aceptaré eso.

Bron caminó al lado de ella, con la cabeza cargada de datos fantasma, sonriendo desdichadamente.

—Bueno, sean mil millones contra una o una contra mil millones, me alegra que nos hayamos encontrado.

La Púa asintió con la cabeza.

—Supongo que yo también. Es agradable ver un rostro familiar. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—¿En este lugar? Sólo desde la última noche. ¿En la Tierra? Supongo que unos pocos días. No es..., bueno, no es un lugar muy amistoso.

Ella hundió los hombros.

—¿Te has dado cuenta? Todos parecen intentarlo tan esforzadamente. Ser amistosos, quiero decir. Pero parece como si no supieran la forma de conseguirlo. —Suspiró—. O quizá sólo sea que, viniendo de donde venimos, reconocemos y respondemos a emblemas de amistad distintos. ¿Crees que puede ser eso? —Pero ella estaba hablando de algo completamente distinto de lo que él quería decir: uniformes negros y rojos, celdas desprovistas de muebles, pequeñas máquinas con colmillos...

—Quizá —murmuró.

—Nosotros llevamos aquí dos días. Dentro de unos pocos más partiremos para Marte. ¿Te encontraré de nuevo allí, quizá?

—Yo... —Frunció el ceño—. No creo que vayamos a Marte.

—Oh. Originalmente eres de Bellona, ¿no?

Él asintió.

—Qué lástima. Hubieras podido hacernos de guía por el lugar..., aunque supongo que las zonas permitidas en Marte estarán tan lejos de los caminos como aquí. Probablemente no se nos deje acercar a menos de siete leguas de Bellona, o de cualquier otro lugar semejante.

—Bellona es el único lugar de Marte que conozco realmente —dijo él—. Durante mi adolescencia, no creo que saliera de ella más de una docena de veces.

Ella murmuró algo conciliador.

—Pero Marte es más amistoso que la Tierra. Al menos, lo era cuando me marché.

—Eso es comprensible. Quiero decir, aunque el gobierno esté muy cerca del de la



Tierra, la textura de la vida cotidiana tiene que estar más próxima a la vida en los Satélites. Las proporciones y el tipo de las cosas, desde los objetos femeninos hasta el paisaje, tienen que estar más próximas de como son ahí fuera en las lunas. —Se echó a reír—. Con todo ese espacio que tienen aquí entre la gente cada vez que uno vuelve la espalda..., por cierto, va a ser una auténtica aventura cuando intentes encontrar de nuevo a tu amigo..., supongo que es comprensible que la gente no sepa cómo relacionarse con los demás aquí. Bueno, la Tierra es el lugar de donde procedemos todos. Recuerda eso. Recuerda eso, no dejes de decirme a mí misma. Recuerda eso. Unas cuantas veces, en casa, he conocido a terrestres, incluso he hecho una buena amistad con algunos de ellos, en especial antes de la guerra: siempre los consideré un tanto extraños. Pero atribuí eso al hecho de que se hallaban en un lugar extraño y poco familiar. Creo que lo más extraño que he observado, en los dos días que llevo aquí, ¡es que realmente todos son muy parecidos a todos los terrestres que he conocido antes! Toman un objeto, y de alguna forma nunca parecen estarlo tocando realmente. Dicen algo, y sus palabras nunca se envuelven por completo en torno a sus ideas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Él respondió en un murmullo con las m apropiadas.

La Púa se echó a reír.

—Supongo que ésta no es la mejor manera de promover la comprensión y la buena voluntad interplanetarias, ¿no? Quizá, si todo saliera del mar y de la tierra y del aire tan fácilmente como se supone que lo hace aquí, simplemente no habría que pensar. ¿Qué te parece la vida bajo un cielo abierto? ¿No tienes la sensación de haber vuelto a casa, de haber regresado al fin a los viejos terrenos del desove racial? ¿Y te sientes tan ansioso de volver a casa como yo?

—Supongo que estoy bastante ansioso. —Doblaron una esquina—. ¿Cuándo regresarás tú?

Ella inspiró ligeramente. Fue una confortable y relajada inspiración: él la imitó. Todos los pequeños olores, pensó; si te gustan, probablemente te gustará la vida al aire libre. Si no te gustan, no podrá gustarte nunca. Dudaba que fuera más complicado que eso.

—Nuestro viaje a Marte —explicó ella— no tiene una duración establecida. Si lo examinas atentamente, son mucho más liberales ahí, en particular en cosas como los intercambios culturales. Y, según los informes, el público posee unos gustos ligeramente más eclécticos. Admito que siento curiosidad por ir.

—A mí me gustaría ir también.

Doblaron otra esquina.

Ella dijo:

—Aquí es donde estamos. —El edificio era bajo, amplio y mal encalado—. La Cooperativa Cultural del Pueblo. Los excavadores ocupan la mayor parte de él, pero

tenemos cuatro habitaciones en el último piso.

—Siempre os meten en el sótano o en el ático de alguien. —Recuerdos de salas de concierto, compartimientos de transporte, un desagüe verdegris en un sucio suelo de cemento, piezas de juego de cristal en tableros que no eran ni de go ni de vlet—. Sigo pensando en la coincidencia, no importa lo pequeña o lo grande que sea... ¿Puedo entrar un momento? —porque ella se había parado en la puerta de madera, pintada de amarillo y apreciablemente torcida con respecto al marco.

Ella sonrió.

—Realmente, tengo un montón de trabajo que hacer esta mañana. Inmediatamente después de comer debo ajustar parte de los ensayos de nuestra próxima obra.. Es una de las más ambiciosas, y al menos cuatro segundos de ella quedan aún muy sueltos.

—Yo... ¡Me gustaría verla!

Ella sonrió de nuevo.

—Es una lástima que no vieras la última representación del ciclo de MacLow la otra noche. El acceso estaba abierto a todo el mundo. Me encantaría hacer ésta para ti, pero en realidad queda más o menos sobreentendido como parte de las condiciones de nuestra venida aquí que nuestras actuaciones serían principalmente para la población local. Excepto las MacLow, ni siquiera hemos hecho ninguna representación para los chicos de la excavación. Estamos intentando limitarnos a los habitantes del lugar.

Excepto el hombre en la cabaña y la mujer en el albergue, Bron no estaba seguro de haber visto a ningún otro habitante del lugar.

—Bueno, supongo que... —Se encogió de hombros, sonrió, y se sintió desesperado.

Ella le ofreció su mano.

—Adiós entonces. Aunque volvamos a vernos...

—¿Podemos volver a vernos? —estalló él, tomando su mano entre las dos suyas—. Quiero decir..., quizás esta noche. A última hora, después de tu actuación. Iremos a alguna parte. Haremos..., ¡haremos algo! Algo hermoso. Por favor. Yo..., ¡lo deseo!

Ella le miró.

La desesperación que sentía Bron era violentamente abrumadora. Empezó a soltar la mano de ella, luego la apretó más fuerte. Un movimiento se agitó tras la piel del rostro de la Púa.

¿Era piedad hacia él?

Odió aquel sentimiento.

¿Estaba examinándose a sí misma?

Pero, ¿qué tenía que examinar?

¿Estaba pensando en qué decir a continuación?

¿Por qué simplemente no decía «sí»?

—Está bien —dijo ella—. Sí. Iré contigo esta noche. Después de nuestra última actuación.

Él casi dejó caer su mano. ¿Por qué ella no había dicho simplemente...?

—¿Te parece bien? —preguntó ella, con aquella ligera sonrisa familiar.

Él asintió, preguntándose bruscamente: ¿Adónde podían ir? ¿Al albergue de él? ¿A la casa de ella? No..., tenía que llevarla a alguna parte. Primero. Y estaban a un centenar de millones de kilómetros de cualquier lugar que él conociera.

—Reúnete conmigo aquí —dijo ella—. A las nueve. ¿Está bien? Eso es sólo media hora después de la puesta del sol, si recuerdo correctamente.

—Sí —dijo él.

—E iremos a alguna parte.

Él asintió.

—Bien. —Ella retiró su mano, le miró de nuevo, dudó—. ¿Hasta las nueve entonces? —Abrió la puerta—. Nos encontraremos aquí.

—Es muy gentil por tu parte... —recordó decir él.

—En absoluto —respondió ella—. Será divertido. —Y cerró la puerta.

Él permaneció en la estrecha acera, pensando que había algo terriblemente equivocado.

No fue exactamente una aventura encontrar de nuevo a Sam. Pero, en la hora y cuarto que le tomó, decidió que quienquiera que hubiese planificado el pueblo debía de haber estado certificablemente loco. Y, aunque había algunos trabajos que los certificablemente locos podían hacer perfectamente, y aunque la metalógica, como acostumbraba a decir Audri bromeando, era uno de ellos, la planificación urbana, definitivamente, no lo era:

Aquí había un conjunto de viviendas —La Coop del Pueblo—, y allí, a su izquierda, había una especie de zona comercial; y doblando la esquina desde ahí había un pequeño restaurante. Todo muy bien. Paseando por las pequeñas calles, halló otra colección de pequeñas tiendas: ¿Había un restaurante doblando la esquina de su derecha? No. ¿Había un grupo de vivienda —de algún tipo— a su izquierda? ¡No! Desde un principio estaba preparado para hallar las unidades urbanas dispuestas de una forma diferente a las de Tetis, puesto que las de Tetis eran diferentes de las unidades de Lux, o de Bellona. (De hecho, Tetis empleaba siete tipos distintos de unidades urbanas, aunque en la práctica sólo tenías que familiarizarte con dos de ellas para hallar cualquier cosa que desearas en la mayor parte de la ciudad; y Bellona, aunque sólo una era común, empleaba nueve.) Al cabo de media hora empezó a darse cuenta de que no había ninguna disposición en las unidades urbanas de aquel pueblo. Media hora más, y empezó a preguntarse si tenía unidades urbanas. La única lógica

que pudo aplicar a la disposición del conjunto —tras recorrer algunas calles varias veces y ser incapaz de descubrir otras por las que sabía que había pasado— era que la mayor parte de las tiendas y restaurantes parecían hallarse en una zona, dentro de las tres o cuatro calles en torno a la plaza central. Para lo demás, era atrapa-lo-que-puedas.

Halló la calle con los escalones de piedra sólo por accidente.

En el patio de atrás de la posada, Sam estaba sentado ante una mesa esmaltada de blanco, con un vaso alto de algo naranja junto a su codo con una pajita metida en él y hojas verdes asomando por el borde. Contemplaba un lector portátil, con el pulgar accionando una y otra vez la palanca de paso de pantalla.

—Sam, ¿qué se puede hacer aquí por la noche?

Clic.

—Mirar las estrellas, oler el limpio aire, pasear por entre las colinas y los prados. —Clic-clic-clic—. Eso es lo que planeo hacer yo, al menos. Cuando estás metido en las lejanas extensiones de la Mongolia Exterior, incluso en esta época, no hay mucho que hacer, excepto imaginar formas más y más interesantes de relajarte.

—Hacer con alguien. Tengo que invitar a alguien esta noche.

Clic; Sam tendió la mano hacia su bebida, falló, probó de nuevo, la cogió, y maniobró la pajita hasta metérsela en la boca. Clic-clic.

—¿La mujer tras la que saliste corriendo después del desayuno? —Volvió a depositar la bebida sobre la mesa (Clic); el vaso quedó justo en el borde.

Bron entrecerró un ojo, preguntándose si debía apartarlo de allí.

—Dije que la llevaría a algún lugar excitante. Esta noche.

—No puedo pensar en ningún lugar donde podáis... —Sam alzó la vista, con el ceño fruncido—. Espera un segundo. —Metió el vaso más adentro de la mesa.

Bron dejó escapar un suspiro.

Sam rebuscó entre los bolsillos de un lado de su toga, extrajo un fajo cuadrado de papeles de color y lo abrió hasta convertirlo en un rectángulo.

Sabiendo muy bien lo que era, Bron preguntó:

—¿Qué es eso?

—Dinero —dijo Sam—. ¿Lo has usado alguna vez?

—Por supuesto que sí. Había bastantes lugares en Marte que aún lo aceptaban.

Sam contó billetes del fajo.

—Hay un lugar donde estuve un par de veces en otras ocasiones que pasé por aquí..., a unos ciento diez kilómetros al norte. —Contó más billetes—. Toma, esto debería ser suficiente para llevaros a ti, a tu amiga y a la mitad de su comuna teatral. —Mientras Sam separaba los billetes, Bron se preguntó cómo sabía Sam que ella estaba en el teatro. Quizá lo había averiguado en el desayuno. Y Sam estaba diciendo —: Es un restaurante..., donde aún aceptan estos papeles. Algunas personas lo

consideran más bien elegante. Quizás a tu amiga le gusta. Si no, siempre será divertido. —Sam le tendió los billetes.

—Oh. —Bron los tomó.

—Eso será suficiente, si recuerdo bien. Es un lugar bastante antiguo. Data de la época de la China Popular Capitalista.

Bron frunció el ceño.

—Creía que sólo había durado diez años o así.

—Seis. De todos modos, es algo que merece echarle una mirada, si estás por ahí. Se llama El buche del cisne..., siempre me he preguntado por qué. Pero es China Capitalista para ti.

—¿Has dicho ciento diez kilómetros? No recuerdo exactamente cuánto es un kilómetro, pero sospecho que es demasiado lejos para ir andando. —Bron dobló de nuevo los billetes y se preguntó dónde guardarlos.

—Más bien sí. Le diré a nuestra casera que haga una reserva. Enviarán un transporte a buscarte..., ¿sabes todo lo relativo a las propinas y demás?

—En los círculos en los que me movía de joven, aprendías la etiqueta del dinero junto con tu chequeo mensual sobre enfermedades venéreas y extrañas. —El billete que se veía era de mil algo..., lo cual sabía que podía ser tanto una miseria como una fortuna—. ¿Cuál es la propina habitual aquí? —pensó en preguntar—. ¿El quince por ciento? ¿El veinte?

—El quince, me dijeron la primera vez que fui; nadie pareció disgustado cuando me fui.

—Estupendo. —Bron no tenía bolsillos en aquella ropa en particular, así que dobló el dinero de nuevo, se lo puso en la otra mano, luego lo transfirió a la original—. Tal vez planeabas ir tú. Quiero decir, si lo necesitas para ti mismo...

—Estaba planeando definitivamente no ir—dijo Sam—. He estado media docena de veces antes. En realidad prefiero las rocas y la hierba al aire libre, la noche, las estrellas. Traje el dinero específicamente para librarme de ti al menos durante una noche mientras estuviéramos aquí, esperando que tú te divirtieras también.

—Oh —dijo Bron—. Bueno..., gracias. —Buscó un bolsillo o una bolsa de nuevo, recordó una vez más que no tenía ninguna de las dos cosas—. En..., ¿dónde hay que ir a buscar el transporte?

—No te preocupes. —Sam sonrió ligeramente—. Ellos te recogerán.

—¡Ahhh...! —exclamó Bron, y se sintió al cabo de la calle—. Es ese tipo de lugar... —porque no había tales lugares en los satélites.

—Elegante —repitió Sam, volviendo a posar la vista en el lector. Clic-clic-clic—. Espero que te guste. —Clic.

En la habitación, Bron se sentó en la cama y se preguntó qué hacer hasta las nueve. Tras varios minutos sumido en sus meditaciones, entró la casera con una

bandeja en la que había un vaso alto lleno con algo naranja, una pajita y hojas.

—¿Va a ir usted al Buche esta noche, con una amiga? Es un lugar muy agradable. Le gustará. Ya están hechas las reservas. No se preocupe por nada. Si usted, o su amiga, desean vestirse de época, sólo tienen que decírmelo... A mucha gente le gusta hacerlo.

—Oh —dijo Bron—. Por supuesto... —sintiendo que regresaban a él una docena de recuerdos de su juventud en Bellona (mientras la casera se retiraba): Sabía exactamente qué vestido debía ponerse una prostituta de categoría que fuera a un establecimiento similar en Marte. Ciertamente no uno de época (el período precrédito, cuando el dinero estaba aún en uso). Eso te señalaba inmediatamente como uno de esos horribles turistas que visitaban tales lugares una, dos, quizá tres veces en toda su vida, y que avanzaban dejando una estela de suaves sonrisas y risitas medio sofocadas. Ibas en traje de época si poseías uno propio y este hecho era conocido por el establecimiento; cualquier otra cosa te hacía entrar en la categoría del desprecio aterciopelado hacia aquellos que hacen cosas que No Se Hacen. Además, la Púa no sabía dónde iban a ir. Su propio traje sería probablemente algo moderno e informal. Por otra parte, no deseaba ir con el aspecto de uno de esos burdos patanes que entraban en esos lugares sin darse cuenta de que estaban realmente en una institución histórica. No importaba lo inapropiado que fuera el vestido de la Púa: si el suyo, involuntariamente, realizaba ese hecho, ella, aunque no se ofendiera, no se sentiría ciertamente impresionada.

Y esto era la Tierra..., no Marte. Su experiencia de tales lugares no era sólo de otro mundo: era de quince años en el pasado. Pero, se sorprendió pensando, la esencia de tales lugares era el anacronismo. Aunque los propios estilos en tales establecimientos cambiaran, la estructura del despliegue estilístico permanecía constante. De hecho, una denta ya mayor (con párpados plateados y diáfanos velos, que lo había llevado en una ocasión a uno de tales lugares, donde ella misma había estado yendo durante veinte años) le había dicho en una ocasión algo parecido en Bellona. (Recordaba sus velos y sus párpados, pero su nombre y su rostro se le escapaban...) Con estas meditaciones y ensoñaciones ocupó el resto de la mañana: Sus propias ropas, decidió, las que había traído, le proporcionarían su atuendo, fuera el que fuese. Bebió su bebida, salió al jardín en busca de Sam..., que se había ido.

Regresó a su habitación. Bien, sus propias ropas y las de Sam; estaba seguro de que a Sam no le importaría. Y había salido en su busca para preguntárselo.

Durante la tarde pasó al menos dos horas sentado en el jardín, intentando relajarse. De tanto en tanto, la casera aparecía con una bebida. Supuso que contenía algún tipo de droga..., ¿cafeína, alcohol, azúcar? Pero, a juzgar por todos los efectos, era metabólicamente neutra. (Recordó vagamente algo acerca de una ley de la Tierra que prohibía la administración de drogas de ningún tipo sin un complicado anuncio y

consentimiento previos.) A las ocho tenía preparada su ropa.

Una manga plateada con un fleco que llegaba hasta el suelo (Sam tenía dos en su bolsa, pero sólo un prostituto iría a un lugar así tan llamativamente simétrico: dos serían correctas para el desayuno, apenas aceptables para la comida. Pero, ¿para la cena...?) y un arnés de plata (el suyo) casi como una polizonta de Tetis, y los pantalones muy cortos plateados que hacían juego con él: una bolsa de cintura negra (de Sam) para el dinero. Ninguna bolsa en absoluto (lo cual implicaría bolsillos secretos) lo marcaría (de nuevo) como un prostituto. Su propia bolsa, con sus espejos bordados y luces destellantes, lo hubiera identificado en una situación así como el cliente de una prostituta. Dudó agónicamente durante media hora sobre el calzado, hasta que de pronto tuvo una brillante idea: primero sus propias botas, negras y suaves..., luego rebuscó en la caja de maquillaje de Sam sacada del fondo de su bolsa y, con la laca plástica, pintó cuidadosamente su ceja dorada (deteniéndose ocasionalmente para frotarse la auténtica con el pulgar) de negro.

Había sacado también el disolvente para laca, seguro de que tendría que rehacer el trabajo media docena de veces; nunca lo había hecho antes (al menos, no en negro), y estaba seguro de que iba a terminar con toda la cara pintada. Le bastó tan sólo inclinar el cuello y mirar de reojo al espejo de aumento, sin embargo, para conseguir, con tres golpes, un trabajo perfecto.

¡Listo!

Equilibrio, pensó; asimetría y coherencia. Todos los ideales de la moda cumplidos, sin tener que someterse a ninguno de ellos.

Y faltaban diez minutos para las nueve.

Se vistió con la ropa elegida, se apresuró escaleras abajo, al exterior, al atardecer de un azul oscuro, y descendió los escalones de piedra (orlados por una cascada de luz), diciéndose: No pienses en unidades urbanas. No lo hagas. ¡No hay ninguna aquí!

Primero deseó llegar un minuto o dos antes de que ella saliera; luego, que ella estuviera ya allí a fin de no tener que esperar.

Mientras daba la vuelta a la esquina de la Cooperativa del Pueblo, la puerta amarilla se abrió; tres personas salieron. Dos eran excavadores. La persona a la que dijeron adiós y que agitó la mano tras ellos, y que ahora se reclinaba contra la jamba de la puerta para esperar, vestida con algo sin mangas y largo hasta los tobillos y negro, con su corto pelo plateado ahora como los flecos de la manga de Bron (o más bien de Sam), era la Púa.

Los excavadores pasaron. Uno sonrió. Bron asintió con la cabeza. La Púa, aún reclinada contra la puerta, los brazos cruzados, exclamó:

—¡Hola! ¡Vaya exactitud! —y se echó a reír. Suavemente. En un antebrazo llevaba un guantelete plateado, damasquinado con intrincados símbolos. Mientras

Bron se acercaba, se irguió, tendió sus manos.

Con plata colgando de su mano izquierda, Bron tomó las manos de ella entre las de él y rio.

—¡Qué alegría verte de nuevo! —sintiendo por un momento que tenía veinte años y ella treinta y que ésta era una cita en otro mundo.

—Espero —indicó ella— que no vayamos a ningún lugar donde necesite mis zapatos... Si es así, subo rápidamente y cojo...

—Vamos a ir a un lugar donde alguien tan sorprendente como tú puede llevar... —Había un final ritual para la frase: ...cualquier cosa que pueda permitirse, incluso mi corazón en tu manga. Pero él no tenía veinte años: esto era aquí, esto era ahora... cualquier cosa que quieras. —Sus manos se unieron en un cuádruple nudo—. En realidad, había pensado en un pequeño lugar a unos ciento diez kilómetros al norte de aquí..., El buche del cisne. —Sonrió—. No, no te rías. Es sólo China Capitalista para ti. No duró mucho, así que tenemos que ser tolerantes.

Ella, sin embargo, no estaba riendo; estaba radiante.

—¿Sabes? Tenía el más ligero presentimiento de que íbamos a ir precisamente a ese lugar. —Se inclinó conspiradoramente hacia él—. Sin embargo, me temo que no tengo nada de dinero. Y, aunque lo tuviera, no sabría qué hacer con él. Nunca he estado cerca de ningún lugar que lo haya usado nunca. Windy y Charo fueron el primer día que llegamos, yo tenía trabajo con los asuntos de la compañía; y, aunque teníamos montones de crédito, me temo que agotaron la cuota de billetes de los tres.

Él pensó cariñosamente: Harías una mala puta: ésa es la frase que usas después. Pero probablemente ella decía la verdad, lo cual le hizo, momentáneamente, sentir más cariño hacia ella.

—Esta noche es mía..., en realidad de Sam. Está en el gobierno. ¿Dinero? Dispone de una provisión ilimitada, y nos ha invitado a que nos divirtamos.

—¡Qué amable por su parte! ¿Por qué no ha venido con nosotros?

—Él odia estas cosas. —Bron se volvió, tomó su brazo. Echaron a andar calle abajo—. No iría nunca. Cuando se halla en los viejos terrenos del desove racial, todo son rocas y hierba y estrellas para él.

—Entiendo...

—¿Has estado tú alguna vez antes? —Se detuvo. Sé honesta, es mi primera vez...

—No, no he estado. Y Windy y Charo fueron exasperantemente vagos en sus descripciones.

—Entiendo... —Frunció el ceño a su plateado pelo—. Pero, ¿cómo sabías dónde iríamos?

Su risa le hizo andar de nuevo con la más ligera presión de sus brazos unidos..., como si él tuviera veinte años y ella fuera de otro mundo) era tan plateada como su pelo.



—Cuando estás en la Mongolia Exterior, incluso en esta época, sospecho que no hay demasiados lugares donde ir.

Un susurro que, durante unos segundos, había permanecido en el borde de su conciencia, centró de pronto su atención.

Bron alzó la vista.

Algo oscuro cruzó la más pálida oscuridad entre los techos y, zumbando aún más fuerte, volvió a elevarse, luego a posarse al otro lado de la calzada.

Era liso, sin alas, aproximadamente del tamaño del vehículo que él y Sam habían tomado para el último tramo de su viaje hasta allí.

Uno de los lados se abrió..., descendió como un puente levadizo sobre una recia cadena pulida, con su acolchado púrpura retenido por botones púrpuras de quince centímetros.

—¡Hey! —exclamó la Púa—, ¡eso debe ser para nosotros! Me pregunto cómo nos ha encontrado.

—Creo que es para nosotros. —Pero, con una presión sólo un poco más firme de la que ella había empleado al echar a andar, la retuvo para que no saltara hacia delante—. Alguien me dijo en una ocasión que funcionaban a través del sentido del olfato, pero nunca he llegado a entenderlo realmente. ¿Cómo fue tu espectáculo esta noche? —Mantuvo su paso comedidamente lento—. ¿Fue apreciativa la afortunada audiencia de esta vez? Tengo entendido que trabajaste muy duro en ésta, tanto por lo que tú dijiste como por lo que Windy...

En cuyo momento la Púa susurró:

—¡Oh...! —porque cuatro lacayos habían salido del aparato y se habían situado en las cuatro esquinas de la bajada plataforma..., cuatro desnudos, dorados, atractivos cuerpos de... ¿mujer? Bron sintió un momento de desorientación: en Marte, los lacayos hubieran sido masculinos, normalmente prostitutas (o ex prostitutas), puestos allí para delectación de las damas que pagaban la factura. Pero la prostitución masculina era ilegal en la Tierra. Probablemente las mujeres eran prostitutas, o lo habían sido en uno u otro momento; y estaban allí para la delectación de él... Bueno, sí, pensó, oficialmente, él era quien pagaba..., lo cual, en sí mismo, no le trastornaba. Pero la inversión de papeles era extraña. Después de todo, era la delectación de la Púa lo que buscaba él esta noche. Y, Charo aparte, ella había dejado bien claro que sus inclinaciones lesbianas eran más bien intelectuales. Dijo:

—Me gustaría saber qué es lo que piensas del público de la Tierra ahora que has realizado otra actuación.

—Bueno, yo... —Alcanzaron la plataforma—. Hum..., ¡buenas noches! —dijo a la mujer a su lado, que sonrió e hizo una inclinación de cabeza.

Bron sonrió también, pensando: ¡Está hablando con ellas! Lo cual, de nuevo (se dio cuenta, al tiempo que toda una parte de su juventud parpadeaba y se desvanecía)

sería correcto si ella pagara y hubiera conocido al joven... a la joven en una ocasión anterior...

Cruzaron la mullida rampa, entraron en la cámara con sus almohadones rojos y cobrizos, sus ventanas viseras, sus cortinas de felpa, sus paredes tapizadas en escarlata.

Mientras guiaba a la Púa a uno de los divanes, ella se volvió hacia él.

—¿No hay ningún lugar donde puedas averiguar cuánto cuesta todo esto?

Lo cual le hizo soltar una carcajada.

—Por supuesto —dijo—. Si realmente te gusta saberlo... —Aquel momento de su juventud regresó de nuevo..., la denta que lo había llevado por primera vez a un lugar así; su propia demanda de la misma inoportuna información—. Déjame ver..., siéntate. Aquí... —Se sentó a su lado, a su izquierda, tomó el brazo del diván y tiró de él. Nada. (¿Acaso todo en este planeta está al revés?, se preguntó)—. Disculpa... —Tendió el brazo por delante de ella, tiró del brazo de su derecha. Se alzó, revelando en su parte inferior, en un cuadro de cristal, una carta impresa en un tipo de letra terriblemente pequeño, encabezada: *Explication de Tarlf*.

—Ahí puedes encontrar —explicó— el salario de cada persona con la que tendremos algo que ver esta noche, ya sea directamente o sus servicios, el coste de todos los objetos que veremos o usaremos, o que sean usados para nosotros, el coste de los gastos de mantenimiento, y cómo son calculados y cargados los precios... No me sorprendería, teniendo en cuenta que esto es la Tierra, que incluso estuvieran reflejados los impuestos.

—Ohhh... —jadeó ella, volviéndose en el comfortable asiento para leer.

La rampa se estaba alzando y cerrando. Los lacayos, dentro ahora, ocuparon sus lugares.

Bron contempló los hombros de la Púa, inclinados en concentración. Reprimió la siguiente risita. No había nada que hacer: durante toda la velada ella debería ser simplemente la prostituta, y él debería representar el papel de cliente. Ella era la joven e inexperta puta, cometiendo todas las vulgaridades y torpezas naturales a la situación. Él debería mostrarse encantador, ser indulgente, seguro en su propio conocimiento de lo que era adecuado. De otro modo, pensó, nunca podré acabar esta noche sin reírme directamente de ella.

Se dio cuenta de que la Púa estaba leyendo todo el impreso..., lo cual, francamente, era más propio de un diligente turista. El auténtico placer, por supuesto, se hallaba en las cantidades, y éstas podían apreciarse a primera vista: estaban impresas en negrita.

Los lacayos, en las cuatro esquinas de la estancia, se habían sentado ante pequeñas mesas desplegadas de la pared. ¿Mesas? ¿Sentarse? Aquello era extraño. ¿Para qué servía un lacayo si no permanecía de pie, fuera él o ella?

La estancia se bamboleó. Las cortinas ondularon. Tocó el brazo de la Púa.

—Creo que estamos de camino...

Ella alzó la vista, miró a su alrededor y se echó a reír. Se sacudieron, se bambolearon. En una de las ventanas, una oscuridad, nubes o montañas, se movía.

—¡Esta cosa debe datar de cuando se controló por primera vez la gravedad! —exclamó ella—. ¡Dudo de haber estado nunca antes en un medio de transporte tan viejo como éste! —Apoyó una mano sobre la de él, apretó.

Unos momentos más tarde estabilizaron su rumbo; el bamboleo cesó. Como si aquello fuera una señal, uno de los lacayos se levantó, caminó hacia ellos, pisando cuidadosamente por entre los almohadones, se detuvo ante ellos, inclinó la cabeza y preguntó:

—¿Desean beber algo antes de cenar...?

Y, por un horrible momento, Bron se dio cuenta de que no podía recordar el nombre de aquella carísima bebida! Lo que acudía a su mente era el nombre de aquella otra, ciertamente de sabor más agradable pero más barata..., y con la cual el cliente quedaba inmediatamente clasificado como Definitivamente de Segunda Clase (con mucho el tipo más habitual), si la pedía o incluso la sugería.

La Púa estaba leyendo la Tarif de nuevo.

Ocultando su incomodidad —estaba seguro de haberla ocultado—, tocó una vez más el brazo de ella.

—Querida, quiere saber si deseas alguna cosa.

Los ojos de la Púa se alzaron. Sonriendo, ofreció un pequeño y azarado encogimiento de hombros.

—Oh, no... Bueno..., realmente...

Bron había esperado que el nombre que no recordaba hubiera pasado ante los ojos de ella, que su enorme precio hubiera llamado su atención.

Ella parpadeó hacia él, aún sonriendo, aún confusa.

No lo había visto. (Haría una torpe puta, pensó, un poco menos cariñosamente.)  
Bron dijo:

—¿Tienen algo de... Néctar de Flores Doradas? —Se le humedeció la nuca; pero era el único nombre que podía recordar. (Su frente se humedeció también)—. No... No... Creo que hay algo más caro. Quiero decir, tiene que haber algo más caro que... Bueno, ¿no sabe...?

—Tenemos Néctar de Flores Doradas —dijo la joven, asintiendo con la cabeza—. ¿Les traigo dos?

Una gota de sudor resbaló brazo abajo, dentro de la manga prestada de Sam. Tras unos segundos de silencio, la Púa dijo, mirando del lacayo a Bron:

—¡Sí! Eso suena maravilloso.

El lacayo sonrió, empezó a volverse; luego, con una expresión inquisitiva,

preguntó:

—Es usted de Marte, ¿verdad?

Bron pensó: ¡Cree que soy un pobre tipo vulgar de Bellona y que la Púa es realmente una puta tonta! Una gota de sudor cayó de su patilla y resbaló mejilla abajo.

La Púa se echó a reír de nuevo.

—No. Me temo que somos luneros. Formamos parte del programa de intercambio cultural.

—Oh. —La mujer asintió, sonrió—. Guardamos el Néctar de Flores Doradas principalmente para los clientes marcianos..., realmente es muy bueno —eso directamente a Bron, con un guiño—. ¡Los terrestres casi ni siquiera conocen su existencia! —Hizo una nueva inclinación de cabeza, se volvió, y regresó entre las cortinas hasta su mesa.

La Púa sujetó ahora a Bron del brazo, se inclinó hacia él.

—¿No es eso maravilloso? ¡Pensó que éramos de un mundo! —Rio en voz baja. Por un momento su frente tocó la mejilla de él. (Él casi retrocedió)—. Sé que todo es una actuación, pero resulta realmente excitante..., aunque sólo sea como teatro.

—Bueno —dijo él, intentando sonreír—, me alegra que lo estés pasando bien.

Ella apretó su muñeca.

—Y la forma en que parece saber exactamente lo que está ocurriendo, ¡realmente eres la persona perfecta con la que ir!

—Bueno..., gracias —dijo él—. Gracias —porque no podía pensar en otra cosa que decir.

—Dime —y se inclinó una vez más—. ¿No es «lacayo» una palabra exclusivamente masculina..., quiero decir en la Tierra?

Aunque él ya no estaba transpirando, se sintió miserable. Su intento de cambiar de conversación simplemente le irritó. Se encogió de hombros.

—Oh, bueno..., ¿acaso «polizonta» no es femenina?

—Sí —dijo ella—, pero esto es la Tierra, donde tradicionalmente esas cosas, según tengo entendido, aún cuentan.

Él se encogió nuevamente de hombros, deseoso de que ella simplemente le dejase tranquilo. El lacayo regresó, con las bebidas sobre una bandeja de espejo.

Bron tendió a la Púa la de ella, cogió la suya.

—¿Por qué no le pago esto ahora? —sugirió.

—Sería más conveniente si pagara usted al final —dijo el lacayo, sonriendo aún, pero un poco menos—. Aunque, si lo prefiere...

La Púa dio un sorbo a su bebida.

—Por lo que he oído en casa, se supone que la conveniencia es algo muy importante en la Tierra. ¿Por qué no lo hacemos de ese modo? —Entonces miró a

Bron, y éste asintió.

El lacayo asintió también.

—Gracias... —y se retiró a su mesa.

Bron dio un sorbo a su bebida, cuyo sabor era todo nostalgia, todo recuerdos, al tiempo que anunciaba estrepitosamente que no era hacía quince años (cuando lo había probado por última vez), que aquello no era Marte: que aquí había lacayas en vez de lacayos; que la conveniencia era la tradición (Entonces, ¿por qué, se preguntó, momentáneamente furioso, someterse a una institución cuyo único propósito era una inconveniente extravagancia?), y que él no era más que un turista no iniciado.

¡No!

¡Puede que aquello no fuera más que una comedia!

Pero ése era un papel que no podía aceptar. Tanto el temperamento como la experiencia, por inadecuados y pasados de moda que fueran, lo negaban. Se volvió hacia la radiante Púa.

—Todavía no me has dicho cómo fue la actuación de esta noche.

—Oh... —dijo ella, reclinándose hacia atrás y cruzando sus pies desnudos sobre los almohadones ante ella—, la actuación...

Tres veces (Bron temió cada una de ellas), los otros tres lacayos les ofrecieron (a la Púa le gustaba el Néctar de Flores Doradas..., bueno, a él le gustaba también. Pero no era ése el asunto) otra bebida, la segunda con las tradicionales nueces, la tercera con pequeños frutos: olivas, que recordó como la marca distintiva de los mejores lugares. Les ofrecieron tres tipos también: negras, verdes y amarillas. Se sintió impresionado, y eso lo deprimió aún más. El trabajo del cliente era impresionar, no ser impresionado. El trabajo del cliente era supervisar los efectos, controlar, dirigir la excelencia de la actuación. Su lugar (el de ella, el de él) no era, en este punto, dejarse arrastrar. Con la siguiente bebida les fue ofrecida una bandeja de pescaditos y exquisiteces de carne, servidos sobre sabrosas bases de pasta. Con la última les fueron ofrecidos dulces, que Bron rechazó.

—Después —le explicó a la Púa— probablemente nos ofrecerán algunas exquisiteces increíbles, de modo que podemos pasar de éstas con toda tranquilidad.

Ella asintió apreciativamente.

Luego vieron luz a través de la ventana. Excitada, la Púa se inclinó contra él para mirar. La estancia empezó a sufrir sacudidas y bamboleos. Bruscamente, todo cesó: habían aterrizado. La pared-rampa acolchada en felpa con botones púrpuras descendió sujeta por sus cadenas. Fuera, las luces llameaban en la distancia y la oscuridad. Los lacayos se levantaron para ocupar sus posiciones en las cuatro esquinas de la rampa.

Mientras caminaban entre los dos primeros (las dos primeras), Bron dijo (había estado pensando varias veces en cómo expresarlo exactamente):

—Creo que fue presuntuoso suponer que éramos de Marte..., o de los Satélites. O de cualquier lugar. ¿Cómo podían saber, simplemente por lo que pedimos, de dónde procedíamos? —No lo dijo en voz alta. Pero tampoco en voz baja.

Al final de su afirmación, su mirada, que había barrido con una lentitud calculada la noche, alcanzó la Púa..., que tenía el ceño fruncido. Con los brazos cruzados, retuvo su paso al borde de la acolchada superficie (junto al último lacayo).

—Sospecho —dijo, con una ceja ligeramente alzada— que fue porque las llamaste lacayos. En la *Explication de Tarif* son llamadas «azafatas». Probablemente «lacayos» sea el término marciano.

Bron frunció el ceño, preguntándose por qué ella había elegido esa afirmación para reducir su paso.

—Oh... —dijo, bajando del extremo de la rampa, con sus ojos barriendo de nuevo las rocas, la barandilla, la cascada—. Oh, bueno..., por supuesto. Bien, quizá será mejor que...

Pero la Púa, caminando también, iba ya un paso por delante.

Más allá de los cordones de terciopelo rojo que formaban una barandilla a ambos lados del curvado sendero, las rocas se desplegaban hasta perderse de vista. Los focos, iluminando este árbol o ese arbusto, convertían el cielo en algo tan negro y cercano como un techo n-r.

—¿No resulta extraño —dijo la Púa, con su afirmación extrañamente tangente a los pensamientos de Bron— que no puedas decir si es abierto o cerrado...? Todo este espacio, quiero decir.

Bron miró por encima de otra barandilla, donde chapoteaban los torrentes. Arriba estaba la luna.

—Creo —dijo (ella se volvió para mirar también)— que es abierto.

—¡Oh, nunca había visto eso! —Su brazo rozó el de Bron cuando lo rodeó en dirección a la cuerda—. ¿Es realmente...?

—Mira —dijo él, sin referirse al paisaje. Ella volvió la vista hacia él—. Creo que, conveniencia o no, debo pagarles ahora..., aunque sólo sea para el teatro. —Y, antes de que ella pudiera hacer ningún comentario o protestar, regresó a la plataforma púrpura.

Bron se detuvo delante de la más cercana azafata (lacayo) de dorada piel, con una mano en su bolsa.

—Usted nos ha servido la última bebida, ¿verdad? Y fue realmente maravillosa, teniendo en cuenta mi sed y el agotador día que he tenido. ¿Cuánto dice en el menú..., diez, once? ¿Doce...? —(Decía ocho cincuenta.) Metió los dedos en el cuello de piel del bolso—. Bien, sólo su sonrisa hizo que valiera el doble de su valor —y extrajo dos billetes, el de encima el de veinte que había esperado—. ¿Lo quieres...?

Los dorados labios del lacayo se abrieron.

—¿De veras lo quieres...?

Separando el billete de veinte del otro (que era de treinta), Bron subió a la plataforma, lo alzó por encima de su cabeza.

—Entonces aquí lo tienes..., ¡salta a cogerlo! ¡Salta!

El lacayo vaciló un momento, se mordió su dorado labio inferior, los ojos aún alzados; luego saltó, sujetándose al hombro de Bron.

Éste soltó el billete. Mientras caía revoloteando, se liberó de la mano en su hombro y avanzó hacia el siguiente lacayo, con el siguiente billete entre sus dedos.

—Pero usted, querida... —Se sintió ridículo dedicándose a aquella comedia, por muy formalizada que fuera, con mujeres—, usted proporcionó la primera, la que alivió la apergaminada sed con la que llegamos. ¡Sólo eso triplica el precio! Toma, mi energética amiga... —Bajó el billete hasta más abajo de su rodilla—. ¿Lo quieres? Aquí está. ¡Repta a por él! ¡Repta...! —Dejó que el billete revoloteara hasta el suelo y se volvió de nuevo, mientras la mujer se zambullía tras él—. Y ustedes dos... —Extrajo otros dos billetes, uno en cada mano—, no piensen que he olvidado los servicios que nos han prestado. Sin embargo, pese a que quiero recordar, no puedo distinguirlas. Aquí hay uno de veinte y uno de treinta. Podéis pelearos acerca de cuál de vosotras se merece cuál de ellos. —Lanzó los dos billetes al aire, y pasó por encima de una de las mujeres que estaba ya de rodillas, persiguiendo uno de ellos. Tras él oyó a la segunda que intentaba quitárselo.

Bron bajó de la plataforma (gritos; forcejeos; más gritos a sus espaldas) y caminó hacia la Púa. Ésta permanecía con las palmas apretadas contra su barbilla, los ojos muy abiertos, la boca también..., de pronto estalló en una carcajada.

Bron miró hacia atrás donde, en el acolchado púrpura, los cuatro lacayos forcejeaban, riendo y golpeándose unas a otras.

—Eso... —empezó a decir la Púa, pero se interrumpió de nuevo—. ¡Esto es maravilloso!

Bron tomó su brazo y la hizo echar a andar camino adelante.

Aún riendo, ella dobló el cuello hacia atrás para mirar.

—¡Si no fuera tan perfecto en sí mismo, lo usaría en una producción! —Sus ojos volvieron a los de él—. Nunca pensé que el dinero todavía pudiera hacer eso...

—Bueno, considerando la mitología que hay tras él, y su rareza...

La Púa rio de nuevo.

—Supongo que sí, pero...

—Yo también pasé un corto tiempo como lacayo, en una ocasión —dijo Bron, lo cual no era exactamente cierto: en una ocasión había compartido una habitación en Bellona con otros dos prostitutas que lo habían sido; y le habían ofrecido un trabajo..., pero antes había surgido algo distinto—. Te marca.

—¡Eso es realmente increíble! —La Púa agitó la cabeza—. ¡Me sorprende que no se hagan pedazos unas a otras!

—Oh, aprendes —dijo Bron—. Y, por supuesto, como todo lo demás, básicamente esto no es más que una especie de..., bueno, Annie-mación. —Hizo un gesto hacia las rocas, el cielo, las cascadas que caían bajo la sección transparente del camino por el que cruzaban (musgo, espuma y claros torbellinos verdes pasaban por debajo de sus botas negras y los pies descalzos de ella) hacia las columnas de cristal verde que formaban la entrada del Buche.

La Púa frotó un dedo contra su guantelete.

—Esto, si lo miras de cerca..., son escalas logarítmicas. La banda central gira, de modo que puedes usarlo como una especie de regla de cálculo. —Se echó a reír—. Por lo que siempre he oído, se necesitaba un ordenador para calcular casi todo lo que se hacía con dinero. Pero supongo que alguien acostumbrado a ello puede salirse con bien sin ninguna dificultad.

Ahora fue Bron quien rio.

—Bueno, ayuda el saber lo que estás haciendo. Es peligroso. Es adictivo, sin discusión. Pero creo que el que los Satélites lo hagan ilegal es ir demasiado lejos. Y, simplemente, no puedes construir nada a esta escala en el n-r. —Las columnas, podía ver setenta u ochenta de ellas, se alzaban quizás hasta unos treinta metros—. Además, dudo que llegara a tener éxito. Simplemente... tenemos el temperamento equivocado ahí fuera... Quiero decir, me gusta vivir en una sociedad voluntarista. Con el dinero, sin embargo, supongo que poner las manos sobre él una o dos veces al año es suficiente.

—Oh, por supuesto... —La Púa cruzó los brazos, miró de nuevo hacia atrás entre ellos dos. Bron rodeó su hombro.

También miró hacia atrás.

La rampa se había cerrado; los lacayos habían desaparecido.

Había otros senderos, otros vehículos, otra gente caminando por entre las rocas.

Otro lacayo, pechos y caderas y pelo bronce mate, estaba de pie junto a lo que parecía una cabina realzaego de color verde, cuya cortina eran lentejuelas multicolores. Bron apretó un billete pequeño en la palma bronce mate.

—¿Por favor...?

Ella se volvió, corrió la cortina. El interior era de esmalte blanco. El hombre que avanzó hacia ellos llevaba el tradicional traje negro con solapas de seda negra, una faja ancha negra y un pequeño lazo negro en el cuello de su camisa blanca blanca.

—Buenas noches, señor Helstrom. —Avanzó unos pasos, sonrió, hizo una inclinación de cabeza—. Buenas noches, señora. —Sonrió, inclinó la cabeza a la Púa, la cual, cogida ligeramente por sorpresa, dijo:

—Oh..., hola.



—Qué agradable verles esta noche. Nos sentimos encantados de que hayan decidido venir. Déjenme conducirles; por aquí... —Estaban caminando ya juntos entre las primeras columnas de mármol verde—. Veremos lo que podemos hacer acerca de hallarles una mesa. ¿De qué humor están ustedes esta noche? ¿Agua? ¿Fuego? ¿Tierra? ¿Aire? ¿Quizás alguna combinación? ¿Qué es lo que prefieren?

Bron se volvió, le sonrió a la Púa.

—Tú eliges...

—Oh, bueno, yo... Quiero decir, no sé lo que... Bueno, ¿no podríamos tener todas cuatro? ¿O eso sería...? —Miró interrogativamente a Bron.

—Se puede... —El mayordomo sonrió.

—Pero creo —dijo Bron— que tal vez sea un poco aturdidor. —(Ella era encantadora... ¿Todos cuatro? ¡Estupendo, de veras!)—. Nos quedaremos con la tierra, el aire y el agua; y dejaremos el fuego para otra ocasión. —Miró a la Púa—. ¿Te parece bien?

—Oh, por supuesto —dijo ella rápidamente.

—Muy bien entonces. Síganme por aquí.

Y estuvieron más allá de las columnas. El mayordomo, decidió Bron, aunque agradable, se limitaba a las puras necesidades. Aquellos pequeños extras de personalidad y entusiasmo que individualizaban el trabajo, la velada, la experiencia («... cosas por las que nunca puedes pagar, pero que sin embargo pagas», como le había dicho en una ocasión otra denta inspirada), faltaban. Por supuesto, era algo que podías conseguir por ti mismo revisitando frecuentemente un lugar así..., no siendo un turista. Pero Bron estaba seguro de que parecía acostumbrado a esos lugares; y la evidente cualidad neófita de la Púa ante todo aquello hubiera debido de provocar alguna reacción más humana. Ciertamente, parecían dispuestos a volver.

—Es ahí arriba.

El mayordomo les condujo por la hierba... Sí, estaban dentro. Pero el techo, algo brillante y negro y multicapa y entrecruzado, estaba muy lejos.

—Disculpe..., por aquí, señor.

—¿Eh? —Bron bajó la vista—. Oh, por supuesto. —La cosa era muy simple, se dio cuenta Bron: no le gustaba el hombre.

—¡Esta hierba...! —exclamó la Púa—. ¡Es tan maravilloso andar sobre ella! —Corrió unos pocos pasos ladera arriba, se volvió y, con un extático encogimiento de hombros, regresó a ellos, radiante.

Bron sonrió, y observó que la sonrisa profesional del mayordomo se había suavizado un poco. Lo cual apagó un poco la suya.

—Le pasamos el rodillo una vez al día y la recortamos dos veces por semana— dijo el mayordomo—. Es agradable cuando alguien se da cuenta de ello y se molesta en comentarlo.

La Púa tendió su mano a Bron, que siguió subiendo y la cogió.

—¡Es un lugar encantador! —dijo ella; y al mayordomo—: ¿En qué dirección dijo...?

El mayordomo, aún sonriendo, y con una ligera inclinación de cabeza: «Por ahí...», empezó a subir la ladera, en una dirección que Bron observó que no era la inicial.

La cascada que terminaba allá fuera nacía al parecer aquí dentro, varios niveles más arriba. Durante casi diez minutos pudieron oírla. Ascendieron entre altas rocas...

—Oh... —susurró la Púa.

...y lo vieron.

—¿Les gusta aquí? —El mayordomo extrajo una de las sillas de felpa, rodeó la mesa sobre la hierba, extrajo la otra.

Estaban prácticamente en la cima del inmenso recinto. El agua espumaba a su lado y se alejaba por entre las rocas, tanto delante como detrás de ellos. Tenían una espléndida vista de la mayor parte del restaurante.

—¡Es un lugar que quita el aliento...! —exclamó la Púa.

—A algunas personas no les gusta caminar hasta tan lejos —explicó el mayordomo—. Pero ustedes parecían disfrutarlo. Personalmente, considero que vale la pena.

La mano de Bron estaba en su bolsa, preparada para ofrecer el billete ritual y la petición ritual de una mesa mejor. Pero ésta se hallaba estupendamente situada. En realidad, pensó, nunca debías aceptar el primer lugar que te mostraban..., los clientes nunca lo hacían en Marte; además, deseaba hacer trabajar al hombre.

—¿Señor...? —El mayordomo alzó una expectante ceja.

—Bueno... —murmuró Bron—. No sé...

—¡Oh, sentémonos aquí! Fue un paseo tan encantador, después de un viaje tan encantador. No puedo imaginar un mejor destino.

Bron sonrió, se encogió de hombros, y por segunda vez notó que la embarazosa transpiración despuntaba en su nuca. La Púa estaba pasándose. Hubieran debido ofrecerles primero algún otro lugar, y luego éste. Ésa era la manera correcta de hacerlo. ¿Quiénes pensaban esa gente que eran?

—Está bien —dijo Bron secamente—. Oh..., tome. —Apretó el billete contra la mano del mayordomo..., hubiera sido ridículo buscar otro más pequeño.

—Gracias, señor. —El asentimiento de cabeza y la sonrisa fueron breves—. ¿Les gustaría beber algo mientras les traigo el menú?

—Sí —dijo Bron—. Por favor.

—¿Estaban bebiendo...?

Y Bron recordó al fin el nombre de aquella otra bebida: Chardoza.

—Néctar de Flores Doradas.

—¡Es delicioso! —La Púa se dejó caer en su silla, apoyó los codos en los altos brazos y entrelazó las manos, de forma poco elegante, bajo su barbilla, estiró los pies debajo de la mesa y cruzó los tobillos.

La risa del mayordomo fue, por unos momentos, casi sincera.

Las hojas metálicas de la pieza central de la mesa se abrieron. Las bebidas rodaron sobre bandejas de cristal verde marmóreo.

Bron frunció el entrecejo..., pero, por supuesto, el mayordomo debía de haber sabido lo que habían estado bebiendo antes incluso de que Bron lo llamara de su gabinete.

Bron se sentó en su silla frente a la de la Púa y pensó: Es absolutamente deliciosa y absolutamente enervante. De alguna forma, sin embargo, la comprensión había cristalizado: Aunque siguiera jugando al cliente, no había forma alguna en que pudiera hacerla encajar a ella en el papel de su yo adolescente. Sus torpezas, entusiasmos y excentricidades simplemente no tenían nada que ver con sus propias visitas, hacía años, al equivalente del Buche en Bellona..., por una parte, ella simplemente no le despreciaba de la forma en que él había despreciado a aquellas que lo habían escoltado hasta allí, de modo que ella no jugaba al juego de deslumbrar e impresionar al que se había dedicado él con ansias de anotarse puntos. ¿Qué estoy haciendo aquí?, se preguntó de pronto. Dos veces ya se había visto reducido al sudor de la mortificación..., y probablemente se vería reducido de nuevo antes de que terminase la velada. Pero al menos (siguió pensando) yo sé de qué me siento mortificado. Tanto las incomodidades como los placeres le aseguraban que aquél era su territorio. El sudor se secó. Tomó el frío vaso, bebió. Y se dio cuenta de que, durante el desarrollo de sus pensamientos, la Púa había permanecido en silencio.

—¿Ocurre algo?

Ella alzó las cejas, luego alzó la barbilla de sobre sus entrelazados dedos.

—No...

Sonriente, él dijo:

—¿Estás segura? ¿Absolutamente? ¿No hay nada en mi actitud, en mi comportamiento, en mis ropas, que desapruebes?

—No seas tonto. Tú sabes comportarte en lugares como éste..., lo cual lo hace dos veces más divertido. Evidentemente te has tomado mucho tiempo con tus ropas..., lo cual aprecio mucho: Es por eso por lo que no vine con Windy y Charo. Ellos insistieron en ir con sus ropas cotidianas, inmediatamente después del trabajo.

—Bueno, el interés de un lugar como éste es que puedes acudir a él vestido tan formal o tan informalmente como desees.

—Pero, si quieres jugar al anacronismo, debes hacerlo hasta el final. Realmente —sonrió—, si yo perteneciera al tipo que se irrita por las ropas que lleva alguien, Windy me hubiera curado hace mucho tiempo. —Ahora frunció el ceño—. Supongo

que la razón de que no fuera con ellos es que sabía, en lo más profundo, que parte de sus razones de venir era ser escandalosos, o al menos atreverse a dejar que los demás se escandalizaran. Lo cual puede ser divertido, si estás de humor. Pero yo tengo otras cosas que hacer en estos momentos... Ya sabes que vosotros dos, en vuestra juventud, compartisteis una misma profesión.

—Sí, lo sé —admitió Bron, pero por el momento no pudo recordar cómo lo sabía. ¿Había aludido ella al tema alguna vez? ¿O había sido Windy?

—Él tiene algunos recuerdos muy desagradables asociados con lugares como éste.

—Entonces, ¿por qué vino?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo..., bueno, deseaba exhibirse.

—¿Y ser escandaloso?

Con su labio inferior metido en su boca, la Púa sonrió.

—Charo dijo que se lo pasó muy bien. Ambos dijeron que realmente debería intentarlo y venir, si me era posible.

—Entonces espero que te lo pases tan bien como ella, o más incluso.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias.

El mayordomo, junto al hombro de Bron, anunció:

—Su menú. ¿Madam...?

—¡Oh! —La Púa se envaró en su asiento, tomó la gruesa carta de numerosas páginas encuadernada en terciopelo.

—¿...señor?

Bron tomó la suya, intentando recordar si, en Marte, ofrecían primero el menú al hombre y luego a la mujer, o era primero al más joven y luego al mayor, o era primero al cliente y luego al...

—¿Quizá deseen un poco más de aire? —El mayordomo alzó una mano, hizo chasquear los dedos. Los espejos entrelazados (tras su ascensión de diez minutos por la ladera, sólo a cuatro metros sobre sus cabezas ahora) empezaron a alzarse, giraron, volvieron a descender de las estrellas.

Una ligera brisa les rozó.

El borde del mantel se agitó junto a la cadera de Bron.

—Les dejo un minuto para que tengan tiempo de hacer su elección. Cuando hayan decidido —una sonrisa, una ligera inclinación de cabeza—, volveré. —Y desapareció detrás de una roca.

La Púa agitó la cabeza, maravillada.

—¡Qué lugar tan sorprendente! —Giró su silla (el asiento era giratorio) para mirar por la cercana pendiente—. Quiero decir, ¡no creo haber estado nunca en un

espacio cerrado tan grande antes! —Al menos había seiscientos metros hasta la parte superior de la otra ladera que tenían enfrente. Parte del espacio intermedio estaba lleno con grandes rocas, diminutas montañas, montículos de hierba, rampas artificiales, plataformas y superficies en terrazas donde, aquí y allá, se veían otras mesas, empujadas con la distancia, con o sin comensales inclinados sobre sus platos. Podían ver una docena de hornos donde, utilizando el equipo dispuesto a su alrededor, se cocinaban los platos más rústicos.

Otros clientes, solos o en grupos, acompañados por sus propios mayordomos vestidos de negro, recoman los senderos y las rampas. La otra ladera, acuchillada en tres lugares por cursos de agua, parecía un campo de batalla nocturno, iluminada por dispersos fuegos de campaña sobre las oscuras, negras e irregulares pendientes. El multiespejado techo, tan pronto como sus ojos iban más allá de los diez metros de distancia, se convertía en un interminable parpadeo, con un millón de veces las estrellas que podían verse en cualquier cielo normal.

La voz de la Púa lo devolvió a la realidad:

—Allí de donde venimos, supongo que nunca hemos tenido tanto espacio para desperdiciar. Bueno... —abrió su menú—, ¿qué demonios —y alzó la vista hacia él, por debajo de unas fruncidas cejas, con una semisonrisa cuyo significado político no captó hasta unos segundos más tarde— pedimos para cenar?

Y, mientras él intentaba recordar el nombre de aquel plato que había tomado en su primera visita a ese tipo de establecimiento en Bellona, la Púa empezó a leer varias recomendaciones, con sus descripciones adicionales, las descripciones de las guarniciones tradicionales, los pequeños ensayos sobre la organización de las comidas tradicionales de diversas cocinas. Mientras, Bron volvía las páginas: «... salchicha austriaca» llamó su atención; contempló el nombre, intentando recordar por qué le intrigaba. Pero luego ella dijo algo tan divertido que dejó escapar una carcajada. (Dejó caer la página.) Luego los dos se echaron a reír. Leyó tres recomendaciones..., todas ellas históricamente divertidas. De alguna manera, con tanta hilaridad (y otra ronda de Néctar de Flores Doradas), elaboraron un menú que empezaba con un ligero suomono, seguido por ostras Rockefeller, codorniz a la parrilla, boeuf au saucisse en chemise..., y en algún momento durante todo esto, un humeante carrito de verduras frescas llegó a un lado de su mesa y un carrito frío de crudités al otro; los vinos empezaron con un Champnoise para las ostras, luego un Pommard con la codorniz, y un Macón con el asado.

Bron hizo una pausa con su tenedor ensartado en un trozo de la corteza entretejida que había chemiséé el boeuf.

—Te quiero —dijo—. Abandona el teatro. Une tu vida a la mía. Conviértete en una conmigo. Sé mía. Déjame poseerte totalmente.

—Eres un loco maravilloso... —Cuidadosamente, con sus palillos chinos, ella

alzó un tronco de brócoli de la parte superior del burbujeante caldo: las brasas a través del enrejado del humeante carrito brillaron en su guantelete—. Ni lo sueñes.

—¿Por qué no? Te quiero. —Depositó su tenedor sobre la mesa—. ¿No es eso suficiente?

Ella dio un elegante mordisco a su brócoli.

—¿Será —preguntó, inclinándose hacia delante— que no soy exactamente tu tipo? ¿Quiero decir físicamente? Tan sólo te excitan las pequeñas criaturas enanas que pueden dar volteretas, ¿no es así?

—Tú eres completamente mi tipo —dijo él—. Por eso estoy aquí. A nivel animal, y creo que debes apreciar esto, eres realmente de lo más espectacular. Pienso que las grandes rubias escandinavas son absolutamente las cosas más espectaculares del mundo.

—Pero sigo sin ser una mona que puede balancearse por los árboles con su cola, o que acude a lugares como éste con sus ropas de excavadora.

Él se dio cuenta de que se sentía ofendido por su observación tan sólo a medio camino de su respuesta:

—O, en cuanto a eso, una joven dama de cabello largo que se sienta en cualquier lado y desgrana canciones folklóricas. —Esperó que la sonrisa con la que acompañó sus palabras mitigara algo lo que, a sus propios oídos, sonaba un poco duro—. Bueno, ¿qué puedo hacer respecto a esos pequeños defectos?

La sonrisa de ella era ligeramente reprobadora.

—Tú tienes tu propio encanto. Y tus numerosos puntos difíciles..., pero también encantadores.

—¿Lo bastante encantadores como para venir conmigo para siempre?

—Ahora es mi turno de decir: «Bueno...». —Sujetó el resto de su brócoli entre los dientes, retiró los palillos de marfil—. No.

Él dijo:

—Entonces, nunca has estado enamorada. Es eso. Tu corazón es todo piedra. Nunca has sentido el calor de la auténtica pasión fundirte a la vida. De otro modo, sabrías que digo la verdad y te rendirías.

—Que me maldiga si lo hago, y que me maldiga si no lo hago, ¿eh? —Dejó los palillos a un lado, cogió su tenedor y cortó un trozo de su buey—. Si quieres saberlo, he estado enamorada.

—¿Quieres decir de Windy y Charo?

—No. Con ellos simplemente soy feliz..., un estado, por cierto, que valoro enormemente, por «simple» que sea.

—¿Te refieres entonces a la dama por la que te sometiste a la refijación?

—No. Ni siquiera ella. Eso fue sólo un asunto de la vieja y vulgar química con la que nací. —Dio otro mordisco y, con el nudillo, limpió los restos que habían quedado

adheridos a su labio inferior—. De hecho, creo que voy a hablarte de ello. En realidad, he estado enamorada. Y, lo que es más, fue un amor auténtica y dramáticamente no correspondido. Sí, voy a contártelo. Así que simplemente escucha..., no lo he ensayado nunca, de modo que puede que resulte algo confuso..., quién sabe, incluso desagradable. Y no tengo ni la menor idea de si eso significará algo para ti. Pero estoy segura de que los sentimientos exactos, si no las palabras, estarán ahí. Como El libro de los muertos, o algo así: basta con que lo leas una vez, y luego, cuando lo necesitas, cuando puedes utilizarlo, tienes que confiar en que la información necesaria volverá a ti, si tan sólo dejas que todo fluya a tus oídos, aunque sólo sea una vez. Hubo un tiempo en que di clases..., o, mejor dicho, visto el éxito de la compañía, durante los últimos daños estuvimos dando una especie de seminario de solsticio en la Universidad de Lux. Sobre teatro. Y yo...

La historia era confusa. Y embrollada. Tenía algo que ver con ella entrando en la clase de su seminario la primera noche, hacía tres o cinco años, y viendo a un estudiante que llevaba tan sólo una chaqueta de piel y un cuchillo..., sujeto a su tobillo; luego había algo acerca de una gran cantidad de drogas. Él las vendía o las compraba... Oh, sí, ella se había sentido prácticamente prendada por él desde el momento mismo en que entró en la sala.

—Bien, entonces, ¿cómo diste las clases?

Oh, explicó ella (en medio de explicar algo distinto), siempre había sido muy buena en eso. (¿En qué? Pero ella ya proseguía.) Él y otro de los estudiantes, algo mayor, le habían pedido, al finalizar la clase, que contribuyera en una colecta a favor de los fabricantes de cerveza. (Estaban elaborando cerveza en la parte de atrás de la habitación de alguien.) Luego, de algún modo, ella se quedó en la habitación de él. Luego más drogas. Y él la llevó, primero con un grupo de amigos que fabricaban velas, a oír a un cantante en un club íntimo, luego a visitar una comuna fuera en el hielo..., en su deslizador, por el que al parecer se había sentido aún más impresionada que por él, y luego a ver a algunos amigos de ella más lejos —las clases, por aquel entonces, ya habían terminado—, y al parecer él era el sobrino de algún famoso naturalista y explorador cuyo nombre Bron había oído realmente en conexión con los campos del hielo de Callisto, donde existía un «bosque» de hielo y una «playa» de hielo que habían recibido su nombre; pero esta historia había tenido lugar en Japeto, no en Callisto; y:

—... cuando se hizo evidente que la cosa no iba a funcionar, y yo había pasado dos semanas, ¡como mínimo!, sin dejar de volar ni un solo minuto, cabía pensar que ésa era su religión..., realmente era como ir de un lado para otro con tus sesos hechos una pasta blanda y tus meninges al aire libre y cada impulso de cada sensación en el Sistema Solar detonando en todo tu cerebro..., ya sabes, el sexo había sido absolutamente fabuloso en lo que a mí se refería. Pero la cosa física no era lo suyo

(era uno de tus tipos místicos)..., bueno, a mí no me quedaba otra cosa más que largarme. Porque le amaba absolutamente más que cualquier otra cosa en el mundo. Dormí la última noche en la misma habitación que él, sobre una sábana en el suelo. Creo que en una ocasión intenté violarle. Él dijo que te jodan en otro lado. Y eso es lo que hice, y más tarde él dijo que yo podía tenerle si eso me hacía sentirme mejor, y entonces me di cuenta de que yo no deseaba eso. De modo que dije gracias, no. ¡Brunilda en su lecho de llamas no hubiera ardidado más que yo! (¡Él dijo que yo era demasiado intensa...!) Permanecí tendida allí toda la noche, en el suelo al lado de él, completamente sola conmigo misma, aguardando un amanecer que estaba completamente segura de que nunca iba a venir.

»Y, aquella mañana, él me tomó; y luego me llevó a la lanzadera. Y me dio un bloc de notas..., la tapa era de plástico azul, llena con los dibujos más sorprendentes. Y yo me sentí tan feliz que casi me morí allí mismo. Y no dejé de escribirle cartas hasta que él me respondió..., ¿sabes?, uno de mis amigos había dicho: “Entiéndelo, has destrozado su vida. ¡Nunca había conocido a nadie como tú antes, que pensara que él era tan importante!”. Y eso fue hace años. Recibí una carta de él la semana pasada; ¡dice que yo soy una de las personas a las que ama! ¿Comprendes...? Si realmente amas a alguien, y resulta obvio que es imposible, haces eso. Incluso eso. ¿Entiendes? —Él no tenía la menor idea de lo que era eso. Mientras escuchaba, se dio cuenta que recordaba de nuevo lo que le había ocurrido a él allá en la celda terrestre. ¿Cuál había sido realmente la razón de todo aquello? ¿Tendría la Púa alguna sugerencia al respecto? Deseaba ardientemente interrumpir su monólogo para preguntárselo. Pero Sam había dicho que el tema era verboten..., un asunto de vida o muerte, y que lo será siempre. Sin embargo, era algo que le hacía sentir tremendamente romántico..., si tan sólo pudiera reprimir la frustración. Y, de alguna forma, ella estaba de vuelta a lo que parecía ser el centro de la historia, explicando, ¿entiendes?, que él era mayor que los otros estudiantes, que a ella no le gustaban los niños como regla general, aunque una tenía que hacer una excepción con Charo, que tenía diecinueve años, porque Charo era, en muchos aspectos, excepcional. Luego hubo algo acerca de un montón de fotos tomadas en un reborde del hielo, desnuda en el deslizador con el Libro de las horas de Catherine de Clèves... ¿Quién, se preguntó él, era Catherine de Clèves, y qué tenía que ver el reborde del hielo en toda aquella historia? Realmente, estaba intentando seguirla. Pero, durante los últimos momentos, había observado, justo a su izquierda, a otro grupo pasando un poco más abajo, con su mayordomo conduciéndoles por los senderos y rampas hacia su mesa elegida.

Mientras contemplaba caminar a los cuatro hombres y tres mujeres, Bron frunció de pronto el ceño y se echó ligeramente hacia delante.

—¿Sabes? —dijo—. Discúlpame, pero..., ¿te has dado cuenta de que, entre todos los clientes que hemos visto en este lugar, no hay ninguno que lleve zapatos?



La Púa frunció también el ceño.

—Oh... Bueno, sí. Ésa es la única concesión que hizo Windy a la moda, cuando vino aquí con Charo. De hecho, justo antes de que yo me fuera, me recordó que me quitara los míos, en caso de que fuéramos aquí; pero, en realidad —de pronto se echó a reír y metió los pies debajo de su asiento (Dentro de sus botas, los dedos de los pies de Bron empezaron a hormiguear)—, son terriblemente informales aquí. Windy dijo que los pies desnudos son..., bueno, alentados para poder disfrutar de la hierba, ¡pero que de hecho no les importa lo que lleves!

—Oh. —Bron se echó hacia atrás; el mayordomo acudió para flambear los plátanos Foster: una camarera vestida de rojo trajo un llameante hornillo, otra un carrito donde estaba la fruta, el brandy, la crême brûlée fría. Los diversos platos habían sido servidos por aquellas mujeres de alto peinado y uniforme rojo. (¡Tenían mujeres para servir también! ¡En un lugar como éste!) Durante sus primeros meses en Tritón, Bron se había acostumbrado a ver frecuentemente a personas de un sexo inesperado en posiciones de autoridad. Pero la gente en posiciones de servicio era algo completamente distinto.

La mantequilla chisporroteó en la sartén de cobre. El mayordomo hizo correr su cuchillo en torno a un anillo de piel de naranja, otro de piel de limón: lo metió todo con el praliné, el azúcar; luego peló hábilmente los blancos plátanos, cuya piel ya estaba negra por la cocción; y, después de rociar el brandy e inclinar la sartén, un whoooosh! de llamas.

—¿Lo ven? —dijo el mayordomo, riendo, manejando expertamente la sartén—. ¡Después de todo, la señora termina con fuego, agua, tierra y aire!

La Púa aplaudió, con los ojos brillantes.

—Es toda una producción —dijo.

Con sus tacones apretados muy juntos debajo de su silla, Bron metió su cuchara entre las diminutas llamas que ahora se perseguían unas a otras en su plato de postre y empezó a comer la elaboración más succulenta que jamás hubiera probado, mientras el sudor resbalaba de nuevo por su cuello y espalda. Lo más horrible de todo (la Púa estaba ahora charlando alegremente con el mayordomo vestido de negro y una de las camareras de rojo —por supuesto, «camarera» era la palabra, aunque pareciera tan fuera de lugar en un sitio como aquél—, que se mostraban evidentemente regocijados por lo que les estaba diciendo) era que ellos sabían exactamente (por un segundo escrutó los rostros del mayordomo y la camarera en busca de algún signo, expresión o gesto que confirmara su conocimiento; pero no era necesaria ninguna confirmación: resultaba evidente por la situación misma. Bron se hundió hasta el fondo de su silla), sabían exactamente lo que ellos eran: Que la Púa era nueva en todo aquello, lo cual consideraban delicioso; y que él era alguien que, en otro mundo, había sido llevado probablemente a algún establecimiento similar algunas docenas de veces bajo

dudosas circunstancias, pero que no se había acercado a un lugar así desde hacía al menos quince años. Sintiendo miserable, hundió la cuchara en el dulzor que era una caricia para la lengua.

Para terminar había quesos. Y café. Y brandy. De alguna parte extrajo una reacción al relato de la Púa acerca de su aventura con el estudiante. Se dio cuenta de que lo que le había estado contando era importante para ella. Probablemente muy importante. Pero no había sido claro. Y, más aún, era triste. Se llega a un punto, decidió Bron, donde, por tu propia seguridad, tienes que tomar esa tristeza como una estupidez. Lo cual, se dio cuenta de pronto, podía aplicarse a la mayor parte del universo.

—¿Lo ves? —preguntó ella—. ¿Lo ves?

Él dijo:

—Creo que sí —tan sinceramente como pudo conseguir.

Ella suspiró, incrédula.

Él acompañó su suspiro. Después de todo, ella era la actriz.

Ella dijo:

—Espero que sí.

La factura fue enorme. Pero, tal como había dicho, Sam le había proporcionado el dinero suficiente como para cubrirla varias veces.

—Veo que no tendrán que lavar los platos esta noche —dijo alegremente la camarera que ayudaba ahora al mayordomo, mientras Bron contaba el dinero. La Púa no lo entendió. De modo que Bron tuvo que explicarle el arcano chiste de la mujer.

Mientras descendían por la herbosa ladera («¿No podemos tomar el camino largo?», exclamó la Púa; el mayordomo asintió con la cabeza: «Por supuesto que sí»), las cascadas chapoteaban contra las rocas a su izquierda. A su derecha, en un fuego rodeado de piedras, otra camarera vestida de rojo hacía girar un espetón donde una carcasa siseaba y crepitaba y relucía.

La Púa miró, olió.

—Cuando pienso en todas esas cosas que no hemos probado...

El mayordomo dijo:

—Tiene que traer de nuevo a la dama, señor.

—¡Pero no estaremos aquí el tiempo suficiente! —exclamó ella—. Abandonamos la Tierra dentro de..., ¡bueno, demasiado pronto!

—Oh, eso es triste.

Bron deseó que el mayordomo se limitara a conducirles fuera. Pensó en darle una propina absurdamente pequeña. Al final de las grandes columnas, sin embargo, le dio una absurdamente grande. («¡Gracias, señor!») La Púa consideraba la agotadora velada como algo maravilloso. Pero, ¿no era eso lo que él había pretendido?

Bron se sentía muy borracho y muy deprimido. Por un momento —tropezó al

extremo de la rampa púrpura— pensó (pero éste era su territorio) que iba a echarse a llorar.

No lo hizo.

El viaje de vuelta fue tranquilo.

El único lacayo que les acompañó permaneció sentada en silencio ante su pequeña mesa.

La Púa dijo que era maravilloso sentirse tan relajada. Y sugirió que aterrizaran en las afueras del pueblo.

—En realidad —dijo el lacayo, sonriendo ante la generosidad final de Bron—, eso no es necesario. ¡Ha sido usted más que generoso!

—Oh, tórnelo —dijo Bron.

—¡Sí, hágalo! —insistió la Púa—. ¡Por favor! ¡Es todo tan divertido!

Bajaron de nuevo la rampa.

¿Amanecía?

No; la luna estaba casi llena.

El aparato se elevó, arrastrando su sombra a través del gran mordisco de la excavación en el camino.

—¿Sabes? —los brazos de la Púa estaban cruzados; pateó el borde de su vestido mientras caminaban—, hay algo que he estado intentando introducir en una de mis producciones desde que llegué aquí... Lo vi ocurrir el primer día que llegué. Fue al final de algún viaje organizado de tres días, y el lugar hormigueaba con turistas terrestres..., ¡me alegra que te lo perdieras! Alguno de los chicos de la excavación se habían reunido precisamente aquí, junto al camino, y empezaron a trabajar sobre una roca. Quiero decir, era simplemente un viejo trozo de roca, pero los turistas no lo sabían..., seguían ahí fuera, arracimados, observando. Los chicos trabajaban en torno a la roca con cepillos, laca, cintas medidoras, haciendo dibujos y tomando fotografías: hubieras pensado que se trataba de la piedra de Rosetta o algo así. Sea como sea, los chicos siguieron con esto hasta que tuvieron un círculo de veinticinco o treinta personas a su alrededor, con la boca abierta y murmurando. Entonces, a una señal, todo el mundo retrocedió muy decorosamente, y una de las chicas más vigorosas se adelantó y, con un solo golpe de su pico, ¡hizo pedazos la piedra!

»Y, sin una palabra, todos ellos se fueron a hacer cosas más importantes, dejando atrás a un puñado de turistas muy confusos. —La Púa se echó a reír—. ¡Eso es auténtico teatro! Te hace preguntar en qué estás perdiendo tu tiempo. —Junto a la cuerda, le miró—. Pero, ¿cómo podemos representar algo así? ¿Actores fingiendo que son estudiantes de arqueología fingiendo que son actores...? No, es un círculo demasiado vicioso. —Sonrió, tendió una mano—. Ven. Caminemos un poco entre las ruinas. —Pasó por encima de la cuerda.

Él la siguió.

El polvo y la tierra cayeron de sus botas a un pequeño hueco lleno de agua y rodeado de ladrillos tres metros más abajo.

—Una cicatriz en la tierra —dijo ella—, puesta al descubierto para mostrar otras cicatrices aún más antiguas. No he estado aquí desde la primera mañana. Deseaba realmente echar una nueva mirada al lugar antes de irnos. —Lo condujo hacía abajo por una empinada y guijarrosa cuesta. Había planchas de polietileno apoyadas contra el suelo. Alguien había marcado unos peldaños improvisados con tablones—. Me gustan las cosas antiguas —dijo—, las viejas ruinas, los viejos restaurantes, la gente vieja.

—No tenemos mucho de nada de eso ahí fuera donde vivimos, ¿no?

—Pero estamos aquí —objetó ella—. En la Tierra. En Mongolia.

Él pasó por encima de un montón de tablones.

—Creo que me gustaría este mundo, si pudiéramos librarnos de los terrestres.

—En una noche con luna como ésta —la Púa pasó un dedo sobre la pared de tierra al lado de ellos—, deberías de ser capaz de pensar en algo más original que decir... —y frunció el ceño.

Retiró su dedo.

De la pared cayó una pequeña cascada de tierra.

—¿...qué es eso? —Tiró de algo que había en la pared, miró, tiró de nuevo.

Él dijo:

—¿No habría que dejar esto a...?

Pero ella estaba rascando tierra y guijarros con sus dedos, tirando con la otra mano.

—Me pregunto qué puede... —Salió en medio de una lluvia de piedrecitas (Bron las vio caer entre los desnudos dedos de los pies de ella, vio esos dedos flexionarse sobre la tierra), dejando un nicho más grande de lo esperado teniendo en cuenta lo que ella sostenía:

Un disco de metal de color gris verdoso, de unos ocho centímetros de diámetro.

Bron, al lado de ella, lo tocó con un dedo.

—Parece como una especie de... astrolabio.

—¿Un qué?

—Sí, esa parte de aquí, con todas esas ranuras; eso es el rhet. Y esa pequeña protuberancia en el centro se llama el caballo. Dale la vuelta.

Ella lo hizo.

—Y eso son..., supongo que escalas de fechas.

Ella lo alzó a la luz de la luna.

—¿Para qué sirve...? —Tiró de algo en la parte de atrás, que giró con un chirrido—. Será mejor no forzarlo.

—Es una combinación de mapa estelar, calendario, instrumento de localización,

regla de cálculo, y sirve también para un montón de otras cosas.

—¡Vaya, debe de tener millones de años de antigüedad!

Bron frunció el ceño.

—No...

—¿Miles?

—Más bien dos o trescientos.

—Brian dijo que este suelo era muy alcalino. —La Púa hizo girar el instrumento, observando sus delicadas inscripciones orladas de verde—. El metal se conserva durante..., bueno, un tiempo increíblemente largo. En una ocasión oí a Brian decir — alzó la vista hacia los montículos que les rodeaban— que en algún momento en el pasado todo esto era montañas y cañones y rocas... ¡Tengo una idea...! —Tendió a Bron el disco y empezó deslizar su guantelete hacia su mano—. Esto es también un instrumento con muchas utilidades, en la línea del calendario/regla de cálculo. Voy a hacer un intercambio. ¿Dónde aprendiste todo lo que sabes sobre..., cómo lo llamaste?

—¿Astrolabios?

—¿Los teníais en Marte cuando eras pequeño?

—No, yo sólo... No lo sé. ¿No deberías...?

El guantelete, con sus anillos calibrados, encajaba justo en el nicho. Lo cubrió con tres puñados de tierra.

—Eso no parece muy...

—¡Espero que no! —Le miró brevemente—. No sería muy divertido si no lo encontrarán. —Se inclinó, recogió una paleta metida en un cubo a sus pies, y metió unas cuantas piedras más en el agujero—. Ya está... —Se volvió de nuevo hacia él. La paleta resonó en el cubo—. Ahora, ven conmigo... —Lo condujo una vez más entre las excavaciones. Hubo una conversación, mucho más complicada que el pequeño laberinto por el que caminaban, en la que él explicó que se lo había pasado maravillosamente pero que no (cuando él pasó un brazo alrededor de su hombro), no se iría a la cama con él esta noche; al parecer estaba hablando en serio, lo cual le hizo sentirse furioso al principio, luego culpable, y luego simplemente confuso... Ella siguió evocando motivaciones que él fue incapaz de seguir. Intentó abrazarla de nuevo, pero la segunda vez (cuando se sentía ya realmente excitado), ella le dio un codazo en las costillas, duramente, y se fue.

Durante tres minutos él pensó que se había ocultado. Pero se había ido realmente.

Regresó al pueblo y subió los estrechos escalones de piedra, con cuchillas de luz lunar procedentes de entre las pequeñas casas barriéndole cada veinte pasos. El Taj Mahal, no dejaba de pensar. Y: ¿salchichas...? El Taj Mahal... ¿Llegaría a verlo después de todo? Tenía que preguntarle a Sam lo lejos que estaba de allí..., eso sería mucho más interesante que Boston. Pero, aunque lo sabía todo acerca de los pozos de

arcilla al sur de él y la historia de la reina que murió al dar a luz enterrada en él, no estaba seguro de en qué continente se hallaba..., uno que empezaba con A. ¿Asia? ¿África? ¿Australia? La Púa había dicho algo, antes de que empezaran a pelearse, acerca de darle a él el astrolabio...

Creendo que lo tenía, miró sus manos, pero (durante todo el camino de vuelta había supuesto que la húmeda cosa que apretaba en su puño izquierdo era un billete arrugado que había tenido la intención de alisar y volver a meter en su bolso) ambas estaban vacías.

## 6. CONOCIMIENTO OBJETIVO

*Cuando un hombre que conoce el juego observa una partida de ajedrez, la experiencia que recibe cuando se efectúa un movimiento difiere normalmente de la de alguien que lo observe sin comprender el juego. Pero esta experiencia no es el conocimiento de las reglas.*

*Ludwig Wittgenstein / PHILOSOPHICAL GRAMMAR*

—¿Te lo pasaste bien esta noche?

—Oh..., sí. Seguro.

—Bien, ven conmigo —dijo Sam—. Solamente nos quedan cinco horas para volver. Acabo de hablar con Linda. Nos estarán esperando.

—¿Dónde? —preguntó, soñoliento.

—No importa. Simplemente vístete y ven. Recuerda, un mundo es un poco más grande que una luna, así que se necesita un poco más de tiempo para ir de uno a otro lado.

Sin embargo, en el restaurante cerca de la plaza del pueblo, pasaron una buena media hora desayunando; el único excavador que estaba comiendo también allí inició una conversación particularmente estúpida:

—Las noticias siempre están hablando de todos esos centenares de partidos políticos que tienen ustedes en cada satélite, ahí de donde vienen.

—No son centenares —dijo Sam, mientras bebía su caldo—. Sólo unos treinta a treinta y siete, depende del satélite en que esté uno.

—Y, cuando celebran elecciones, ¿ninguno de ellos gana nunca?

Bron observó a Sam, que decidió echarse a reír.

—No. Todos ganan. Cada cual está gobernado, durante el período de su mandato, por el gobernador del partido por el que haya votado. Todos ellos desempeñan su cargo simultáneamente. Y uno obtiene los diversos beneficios de la plataforma que haya presentado su partido. Eso establece una competencia entre los partidos que, en nuestro sistema, es a la vez individualizadora y estabilizadora.

—Suena más bien confuso. —El excavador, que tendría unos cuarenta años e iba muy sucio, sonrió.

La única razón por la que Bron no dijo nada insultante fue porque no consiguió pensar en nada.

Sam dijo:

—Bueno, no es en absoluto tan confuso como algunas de las excusas del gobierno que tienen ustedes aquí. —Pero siguió sonriendo.

Diez minutos más tarde echaban a andar por el camino. Bron frunció el ceño ante la excavación arqueológica. Como una docena de excavadores estaban apiñados en torno a una sección (el sol no era el disco amarillo sobre azul que siempre había imaginado, sino una mancha blancodorada sin límites definidos a la que no podías mirar directamente), pero no era el lugar, decidió finalmente Bron, donde la Púa había ocultado su guantelete. De hecho, en aquella sección estaba trabajando una pequeña excavadora.

El sol se reflejaba en la burbuja de la excavadora.

—Creo —dijo Sam—, que dentro de poco esto va a ser, como dicen en la Tierra, un horno..., ¡un día tremendamente caluroso!

—¿De qué sirve tener el sol tan ardiente y tan cerca si no puedes disfrutarlo?

Sam se limitó a reír.

Ascendieron la colina.

En algún momento en la conversación de la otra noche entre las ruinas, habían hablado acerca de cuándo él volvería a verla. La Púa había dado varias respuestas, todas ellas negativas, todas evasivas, y la mayoría más allá de su comprensión.

Caminaron un poco más.

Luego siguieron en un vehículo de superficie.

Después tomaron un avión.

Más tarde tomaron otro avión. Este vuelo no terminó al aterrizar. Su compartimiento fue transferido a unos raíles que avanzaron por un túnel subterráneo.

Luego recibieron instrucciones a través de un altavoz para que entraran en otro compartimiento; y, tras recorrer una distancia indeterminada a cierta velocidad en éste, les fue indicado que salieran por la puerta B, lo cual les situó en un largo y bajo corredor verde, con una cinta rodante a un lado.

—Creo que ése es nuestro grupo. —Sam hizo un gesto con la cabeza hacia una docena de personas que avanzaban muy por delante de ellos—. Será mejor que nos apresuremos.

Pese a caminar a buen paso por la acera rodante, les tomó otros dos minutos alcanzarlos.

—¡Ah, hola, Sam! —dijo Linda, con una sonrisa mucho más sorprendida de la que Bron pensó que requería la situación—. Empezábamos a preocuparnos... — Parecía muy cansada.

Al igual que los demás. Algunos tenían un aspecto absolutamente exhausto.

¿Era por eso por lo que algunas de las personas le parecían tan poco familiares?

Mientras cruzaban la puerta a la opulenta cabina, con sus enmoquetados niveles y sus divanes reclinables, Bron se dio cuenta de que al menos tres personas eran sin lugar a dudas nuevas.

Sam parecía también bastante cansado pero, sonriente, mantenía un brazo sobre



los gordezuelos hombros de Debby. Alguien le tendió una bebida, y Bron fue dejado con la desconcertante cuestión —puesto que todos los divanes estaban ocupados— de qué tres personas faltaban.

El despegue fue muy brusco. Y era una cabina distinta..., o de otro modo las luces azules averiadas de la pantalla de despegue habían sido reparadas. Hubo conversaciones, risas, chismorreos, todo ello envuelto en una cierta tensión.

Bron se preguntó si todos ellos tenían secretos como el suyo. Su permanencia en la celda terrestre había vuelto a él con una apremiante claridad en el momento mismo en que las puertas de la estancia se cerraron. A las diez horas del despegue se dio cuenta de que dudaba ya de si la gente que había creído que era nueva era nueva después de todo. Nadie hizo ninguna referencia particular relativa a ellos, todo el mundo parecía conocerles. Pero, cinco horas más tarde, después de comprobar en la cabina de caída libre, y luego observar a los nadadores en la piscina, identificó definitivamente a una de las personas que faltaban.

Tras volver a llenar su vaso, Bron se dirigió al pelirrojo que se había mostrado tan charlatán antes.

El hombrecillo estaba sentado en su diván, sujetando su propia bebida en sus huesudos dedos.

Bron dijo:

—Por cierto, ¿qué le ocurrió a esa encantadora mujer oriental con la que jugaba usted al vlet en el viaje de ida?

El pelirrojo alzó bruscamente la cabeza. Frunció el ceño. Luego sus hombros se hundieron, y el agotamiento al que Bron había empezado a acostumbrarse en los rostros de su alrededor se abrió camino entre sus rasgos.

—Sospecho —el bajo pelirrojo hundió la cabeza, hizo girar su vaso— que las probabilidades más abrumadoras son de que esté muerta.

Lo cual sobresaltó a Bron. (Alguien que pasaba les miró, luego desvió la vista.) Sintió un estremecimiento recorrer su espalda.

El pelirrojo alzó los ojos.

—Ésta era una misión política. —Su voz era suave y tensa—. Muchos de nosotros corrimos un gran peligro. Todos estuvimos sometidos a presión. Y..., bueno, estamos en guerra. —Inspiró profundamente, miró las estrellas al otro lado de la ventana, y luego se puso a hablar de algo completamente distinto, salpicando su charla con anécdotas enteramente insustanciales, un estilo que Bron había observado ya dos veces antes. Aquella vez hizo un comentario al respecto, un poco irritado. El pelirrojo se echó a reír y explicó que había desarrollado ese estilo de charla cuando había estado trabajando realmente para la Inteligencia—. Se emplea cuando todo lo que dices es usado en tu contra. —Y luego masacró a Bron en tres partidas seguidas de vlet en el pequeño tablero de viaje; afortunadamente, ninguna de las partidas duró

más de cuarenta minutos—. Pero creo —explicó el pelirrojo como para apaciguarle— que la próxima vez que juegue usted contra alguien descubrirá que su propio juego ha mejorado mucho. —Bron había reconocido ya el inicio de otra de aquellas irritantes amistades en las que caía tan frecuentemente cuando caía en algún tipo de amistad. El esquema quedó confirmado cuando el pelirrojo, en una de sus anécdotas, mencionó algo peculiar acerca de la vida en alguna comuna homosexual masculina que tenía una historia también peculiar. Y el pelirrojo, se dio cuenta Bron, era uno de esos tipos que ni siquiera te formulaban abiertamente su proposición y te proporcionaban la satisfacción de decirle que se fuera a joder a otra parte. No era que Bron dijera siempre que se fueran a joder a otra parte; él simplemente decía, tan educadamente como permitía la situación: No. Un par de veces, cuando era un muchacho en Marte, alguien había tomado su cortesía como una invitación a seguir físicamente adelante, de modo que en esta ocasión Bron había tenido que darle un buen codazo en las costillas para hacerse entender. (La imagen de la Púa, dándole un codazo aquella noche, ¿cuántas noches hacía de ello?, en las ruinas de la Tierra, volvió a su mente e hizo una mueca.) Pero la insinuación física —especialmente cuando uno tiene una altura de más de metro ochenta— se vuelve rara a medida que envejeces. (Y, de alguna forma, la sensación obsesiva respecto a ella había empezado a disiparse...)

Todos esos pensamientos, por supuesto, no fueron consecutivos, sino que se extendieron a lo largo de las siguientes setenta horas. En torno a ellas y entre ellas, Bron averiguó, escuchando otras conversaciones y manteniéndose al borde auditivo de algunas más (intentando pensar en una pregunta importante, aterrado de formular una estúpida), que, mientras Sam había estado manteniéndole fuera de todo daño en Mongolia, se habían producido indescriptibles atrocidades, cometido inexpresables represalias, y que, aunque nadie podía realmente sorprenderse por ello, el «nosotros» que estaba en guerra era, sí, Tritón.

Sam estaba explicándole a Bron, entre otra media docena de conversaciones simultáneas, que no, él no iba a volver a la coop hoy; él, Linda y Debby estaban ansiosos por regresar al descanso de la familia en Lux. Una voz crepitó sobre sus cabezas, con una fidelidad sorprendentemente baja:

—Se ruega a Bron Helstrom que vaya a una de las cabinas telefónicas azules. Se ruega a Bron Helstrom...

Bron se disculpó.

—Y dile hola por mí al viejo pirata cuando llegues a casa —dijo Sam a sus espaldas—. Espero que le hagas poner de punta los pocos cabellos que le quedan en su calva cabeza...

En el teléfono («¿Sí, de qué se trata?»), le dijeron que había una carta para él y... Oh, disculpe: al parecer había sido enviada ya a su coop. De hecho, había venido de la Tierra con él en el mismo cohete en que él...

—¿De la Tierra?

Correcto, y lo lamentaban terriblemente; lo único que intentaban era que le llegara lo más rápidamente posible, pero al parecer había habido alguna confusión...

—Bueno, entonces, ¿por qué me han hecho venir hasta...?

¿Iba él a volver directamente a su casa?

—¡Sí!

Bien, si se trataba de una emergencia y él pasaba por delante de un terminal postal, con sólo presentar su tarjeta de identificación le sería entregado inmediatamente un facsímil gubernamental de...

—¿Y qué hace el gobierno con un facsímil de mi correo privado? —(Los servicios postales eran una empresa cooperativa, no del gobierno.)

Estamos en tiempo de guerra, le explicaron irritadamente. Y, además, acababa de regresar de una Misión de Alta Vigilancia; como sin duda sabía, esa vigilancia seguiría siendo Alta durante al menos setenta y dos horas después de su regreso, para su propia protección. Ahora, ¿quería aprovechar esa ventaja y recoger su carta antes de llegar a casa?

—¡Sí! —dijo Bron—. ¡Gracias! —Colgó y se volvió, furioso, del teléfono.

El bajo pelirrojo (que había expresado sus dudas acerca de compartir un transporte hasta Tetis) era el único que aguardaba.

—Parece que acabo de recibir una carta de mi amiga —explicó Bron, dándose cuenta mientras lo decía que también podía ser muy fácilmente (de hecho, esperaba que lo fuera) una disculpa oficial de las polizontas (o como demonios se llamaran allí) de la Tierra por la forma en que había sido tratado—. Pero, al parecer, la han enviado por delante de mí por accidente. —¿Una disculpa de la Púa? Sonrió. Bueno, era de esperar. Pero, realmente, no creía que tuviera mucha cosa de la que disculparse—. Tendré que pararme a recoger la carta. Realmente me gustaron esas partidas. Espero que volvamos a encontrarnos de nuevo: Tetis no es una ciudad tan grande y, una vez conoces a alguien, prácticamente no puedes librarte de él.

—Probablemente no volvamos a encontrarnos —dijo el pelirrojo con una sonrisa maliciosa—. Yo no vivo en Tetis.

—Oh —dijo Bron—. Creí que había dicho que vivía en una... Oh, quiere decir que su coop no está en la ciudad.

—Correcto. —Y el pelirrojo empezó a hablar animadamente de otra cosa, hasta que alcanzaron el transporte—. Esto, ¿puedo pedirle un favor ligeramente embarazoso? ¿Puede pagar usted mi transporte con una de sus fichas? Es sólo medio franq de su crédito; sé que parece estúpido, pero...

—Oh, por supuesto —dijo Bron, abriendo su bolsa y rebuscando su pieza de medio franq. Metió la ficha con forma de moneda en una de las ranuras de cambio al lado de la entrada. (Todavía le había quedado algo de dinero; pero Sam parecía

haberlo olvidado.) La luz verde parpadeó, y la ficha rodó de nuevo a la palma de Bron.

—Gracias —dijo el pelirrojo, y cruzó la puerta.

Bron volvió a meter la ficha; la luz verde parpadeó de nuevo; la ficha le fue devuelta otra vez (y en alguna parte fueron cargados dos derechos de transporte contra su crédito de trabajo en alguna cinta gubernamental altamente vigilada); volvió a meter la ficha en su bolso y siguió al pelirrojo a la plataforma de transporte, construyendo esquemas de paranoica complejidad acerca de por qué el pelirrojo no deseaba que su presencia en la ciudad fuera conocida. Después de todo, el transporte básico era un servicio no reusable (lo que los estúpidos terrestres llamaban una «asistencia social»).

Fueron un rato juntos. Luego el pelirrojo dijo adiós y salió. (Las fantasías de Bron habían ido por aquel entonces hasta el otro extremo: el pelirrojo era probablemente un maniático que quena ahorrar su propio crédito. ¡Un ex de Inteligencia, por supuesto!) Bron se dio cuenta mientras se cerraban las puertas que realmente no tenía la menor idea de dónde vivía el hombre (¿en alguna otra ciudad? ¿en alguna otra luna?); ni siquiera sabía su nombre. ¿Había dicho realmente que vivía en la coop homosexual, o simplemente que alguien había vivido allí? Todo había sido demasiado arteramente ambiguo. ¡Olvídalo!, pensó Bron: Oh, olvídalo. Se puso en pie mientras el suelo vibraba, y se situó delante de las puertas. Si iba a recoger su carta en un terminal postal antes de llegar a casa, mejor que lo hiciera aquí.

El transporte entró en la estación de la Plaza de la Luz.

Esperaba que su carta apareciera en la pantalla visora encima de la ranura de la tarjeta (puesto que había una pantalla visora). En vez de ello, una ranura larga al nivel de sus rodillas expulsó lentamente el borde negro y oro de un sobre de correo espacial. Tiró de los últimos centímetros. (Dentro, algo hizo *chunc*, como si fuera un reproche.) A través del finísimo papel-seda gris, cubriendo una esquina de su número de identidad, grandes letras rosas proclamaban:

FACSÍMIL GUBERNAMENTAL

En la esquina de la izquierda decía: «Gene Trimbell (la Púa)», pero, debajo, en vez de un número de identidad (que debería contener el código postal de donde estuviera ahora en el Sistema Solar), había un remitente al antiguo estilo:

Lahesh, Mongolia 49-000-BI-pz

Asia, Tierra

Bron recogió su tarjeta y cruzó el vestíbulo, que formaba un nebuloso mosaico con la luz de las adornadas lámparas de la pared de cristal coloreado al otro lado de él. Salió del arco, entró en la plaza, halló un banco y se sentó. Frente a él, al otro lado, se sentaban dos mujeres de aspecto muy nervioso (una de ellas iba desnuda). La plaza, como era habitual a aquella hora de la tarde, estaba casi desierta. Abrió el

sobre a pequeños pellizcos, desdobló la carta (estampillado en la parte superior, con el mismo color rosa: facsímil gubernamental). Reconoció la impresión erráticamente puntuada y con las mayúsculas mal colocadas de un primer borrador de una vocoescritora. Dado lo mal alineado e impreso del tipo, era probable que se tratara también de una vocoescritora vieja. Apoyó los codos en sus rodillas y leyó:

Bron, y aquí creo que sería mejor poner una coma y no un guion — el mundo cursiva es un lugar pequeño. Y las lunas son aún más pequeñas. Encontrarte de ese modo ahí fuera me ha hecho darme cuenta de lo cursiva pequeñas que son. En un mundo pequeño, cuando llegas a esa desagradable elección de ser rudo o bien educado, después de intentar los buenos modales y ver que no parecen funcionar supongo que tienes que ser rudo punto rudamente *coma* no deseo tener una aventura contigo *punto y coma* ni siquiera deseo particularmente ser tu amiga *punto y aparte*.

Si fueran las siete de la tarde en vez de las dos de la madrugada simplemente firmaría aquí y enviaría la carta pero son las dos de la madrugada con una auténtica luna derramándose sobre las montañas Lahesh y haciendo cosas maravillosas a la lluvia que ha estado cayendo contra la ventana durante los últimos tres minutos *guion* vaya, acaba de parar *guion* y auténticos grillos en alguna parte en los aleros *puntos suspensivos* un momento que conduce a explicaciones esperanzadoramente tranquilas y presumiblemente racionales *punto y coma* y quizá la ilusión de que, por dolorosas que sean inicialmente, esas explicaciones pueden ayudar.

¿Qué es lo que deseo explicar?

Que no me gusta el tipo de persona que eres. O que el tipo de persona que yo soy no va a gustarte a ti. O simplemente: Yo *cursiva* no te quiero. ¿He puesto los dos puntos ahí? Sí.

Y esto no es altruista, en absoluto. Estoy furiosa —contra el universo por producir una persona como tú— y deseo atizar las brasas. Quiero que ardan. Lo que me frustra es que —y eso resultó evidente esta noche— tú te *cursiva* adhieres a algún tipo de código de buenos modales, comportamiento adecuado, o lo que hay que hacer, y sin embargo eres tan emocionalmente perezoso que resultas incapaz de poner en práctica la única razón válida para la que fue creado un código así: para que la gente se sienta tranquila, para hacerla sentirse mejor, para promover la comunión social. Si alguna vez consigues eso, será únicamente gracias a quienquiera que diseñó el código de comportamiento hace un centenar de años. La única forma en que parecías capaz de criticar tu propia conducta paréntesis hubo un momento en el que observé el pensamiento avanzar a través de tu rostro; no eres muy bueno en ocultar tus sentimientos; y la gente así simplemente no puede permitirse contar con las apariencias cierra paréntesis es que tu versión del código estaba diez años pasada de moda. Lo cual es alejarse tan monumentalmente del problema que casi sentí deseos de llorar.

Pero de nuevo me estoy poniendo irremediabilmente abstracta.

Yo *aparte*.

no *aparte*.

te *aparte*.

quiero

porque: Me sentí ofendida ante tu suposición de que simplemente porque yo estaba en el teatro iba a gustarme automáticamente tu amigo homosexual: Me sentí divertida/furiosa ante tu insistencia en hablar de ti mismo todo el tiempo y de tu regocijo-a-irritación ante la idea de que yo deseara hablar alguna vez de mí. Creo que hacerle perder a Miriamne su trabajo fue algo horrible. Ella decidió finalmente que debían de existir circunstancias atenuantes. De las tres explicaciones que pude imaginar, la más generosa es que pensaste que ella estaba liada conmigo y se trató de alguna extraña especie de celos. Ni siquiera voy a explicar las otras dos. Todas tres te convierten en una persona horrible. Sí, disfruté yendo contigo al restaurante esta noche y tener una posibilidad de hablar. Pero —la ofensa más pequeña, pero quizá la paja fatal que deslomó al camello— tener que rechazar físicamente a alguien que desea abrazarte cuando tú no lo quieres es algo para lo que tenía bastante tolerancia cuando tenía veinte años (¿Y cuántas veces me ocurrió entonces? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Cinco y media?). Tengo ahora treinta y cuatro años y la tolerancia se ha terminado.

¡Al menos no con gente de mi propia edad! Sí, eres mi tipo, y por eso fuimos tan lejos como fuimos. Sólo he conocido a otra persona en mi vida vagamente parecida a ti guion no mi tipo guion pero otro hombre de Marte y metido en la metalógica qué te parece. Pero eso fue hace mucho tiempo y casi lo había olvidado.

¿Emocionalmente perezoso?

¿Cuál es la diferencia entre eso y emocionalmente mutilado? ¿Emocionalmente tullido? ¿Emocionalmente atrofiado? Quizá no sea culpa tuya. Quizá no te mimaron lo suficiente cuando eras un bebé. Quizá simplemente nunca tuviste a tu alrededor gente que te diera un ejemplo de cómo preocuparse por los demás. Quizá debido a que tú *comillas* crees que me quieres *cierra comillas* tengas la impresión de que debería aceptarte y ocuparme de ti. No voy a hacerlo. Porque hay otra gente, alguna de la cual quiero y otra no, que también necesita ayuda y, cuando se la proporcionan, parece alcanzar algunos resultados que yo puedo ver. Sin mencionar las cosas para las que yo necesito también ayuda. En términos de las energías emocionales que poseo, tú eres irremediable. Dices que me quieres. Y sí, yo he querido a otros y sé cómo se siente: cuando amas a alguien, deseas ayudarlo en cualquier forma que puedas. ¿Deseas ayudarme a mí? Entonces simplemente permanece fuera de mi vida y déjame sola y // Hey, ¿qué estás haciendo? // Escribiendo una carta, vuelve a dormirte // ¿Cómo fue tu velada en el Buche? // Estuvo bien, ahora buenas noches, por favor // Hey, mira..., ¿por qué simplemente no te libras de él?, le dices piérdete quiero decir:

para alguien que no dejas de insistir que te cae tan bien has pasado más horas quejándote de todo lo que te ha hecho que en preparar tus últimas tres producciones // Eso es precisamente lo que estaba haciendo ahora así que vuelve a dormirte he dicho // Dile que todo se ha acabado // Te he dicho que esto es precisamente lo que estoy haciendo // Oh, bueno, hey, lo siento. No quería hum tu carta parece más bien un primer borrador, quiero decir que la pasaré por el corrector si quieres y // Oh esta maldita cosa aún funciona // Mira, la corregiré y tú puedes echarte y dormir un poco // No, no te molestes, voy a enviarla tal cual, simplemente no tengo el

Eso era todo.

El primer párrafo había producido una especie de estremecimiento entumecedor. Leyó el resto ateridamente..., no con una sensación de reconocimiento, sino como si estuviera leyendo algo que había oído que le había pasado a algún otro. Terminó el último párrafo preguntándose una y otra vez si era Charo o Windy con quien había estado hablando (de alguna forma, le parecía importante saberlo); luego, la frustración le abrumó bruscamente. ¿Qué demonios les había estado diciendo acerca de él? ¿Sin mencionar al resto de la compañía? La furia creció. ¿El tipo de persona que era él? ¡Él sabía el tipo de persona que era ella! ¿Cómo podía presumir de saber que había habido algo personal en el hecho de que hubiera despedido a aquella loca lesbiana? Todo el mundo era despedido. ¡Incluso él! ¿Acaso no se daba cuenta de que todo se estaba haciendo pedazos? ¡Había una guerra en curso! ¡Y ofenderse porque él había deseado presentarle a un tipo que probablemente era su mejor amigo! ¿Y luchar físicamente con él? Bien, pensó: Entonces, si no deseas que alguien te haga proposiciones, ¡déjalo claro desde el primer momento! Y esa tontería acerca de «quejarse»: ¿qué había hecho él de lo que ella pudiera quejarse? Había sido arrestado; y prácticamente torturado... ¿Prácticamente? ¡Había sido torturado!

¿Y él se había quejado a ella acerca de lo que le habían hecho a él? ¡Aquella mierda de no ser capaz de ocultar sus sentimientos! ¡Ciertamente, había ocultado eso para sí mismo!) ¡Ella no era más que una estúpida actriz que probablemente no había sentido jamás una auténtica emoción en su vida!

¿Y él había amado a alguien así?

¡Eso sí era una locura! ¿Cómo podía alguien en su sano juicio amar a alguien tan superficial, y presuntuoso, e insignificante, y vanidoso...?

Respirando fuerte, se sumergió de nuevo en la carta. ¿La primera parte? Esta vez simplemente parecía una locura desde el principio. ¡Ella tenía que estar loca! En primer lugar, si pensaba realmente que él había hecho todas esas cosas de las que le acusaba en la segunda parte, ¿por qué había pasado el tiempo con él? Evidentemente, no podía creer en las cosas que decía. ¿Por qué las decía, entonces? ¿Por qué siquiera las sugería? ¡Todo no era más que locura, maldad! Todas aquellas estupideces acerca de la luz de la luna y ayudar a los demás. ¡Y luego ella le había rechazado con un

codazo, para meterse en la cama con alguien a quien pudiera contarle lo horrible que era él!) ¿Cómo podía él haberse encaprichado de una persona tan evidentemente trastornada y enferma como...?

Fue entonces cuando la mujer que iba vestida en el banco al otro lado frente a él se puso en pie, se tambaleó un paso hacia delante, se aferró la garganta y emitió un sonido estrangulado.

Bron alzó la vista y efectuó una profunda inspiración para dominar su ira: no le alivió. Y sus oídos estaban dolorosamente taponados.

En algún lugar al otro lado de la plaza, alguien gritó.

Entonces notó crecer una brisa en tomo a su cuello. Y crecer. Y crecer. Y crecer... Bron se puso tambaleantemente en pie. ¡La guerra!, pensó. ¡Tiene que ser...! El fuerte viento tras él le empujó tres pasos hacia delante. La carta le fue arrancada de las manos con un seco chasquido. Golpeó, como una placa de pizarra gris, contra el quiosco de la estación de transporte, el cual, como ante el impacto del papel-seda, se sacudió. Un trozo del techo del quiosco fue arrancado y se alejó girando sobre sí mismo, rebotando contra el suelo de la plaza, golpeó a un hombre, que cayó de rodillas sujetándose la cabeza, y destrozó el cristal de un escaparate. Y las paredes del quiosco estaban cayendo, estaban siendo arrancadas, se deslizaban a través del suelo.

Y se estaba haciendo oscuro.

Tambaleándose al fuerte viento, Bron alzó te vista. Los colores del escudo, formando manchas, se desvanecían hacia el negro..., un negro que parecía de pronto mucho más vacío que ninguna otra cosa que hubiera visto nunca. Las luces horarias en torno a la plaza se habían apagado también. ¡Y las estrellas...! (Una cuarta parte del cielo estaba oscuro; ¡más de una cuarta parte!) Parecían como las brillantes puntas de largas agujas, apuntadas hacia él, a tan sólo unos centímetros de distancia. ¡Y el rugir! En alguna parte, algo se estaba acumulando e hinchando, y luego... ¡se desató! Bron fue empujado hacia atrás. Sus rodillas golpearon el banco; cayó, aferrándose al asiento, sintió que algo golpeaba el banco con la suficiente fuerza como para hacerlo vibrar. Se dejó caer al suelo, tan plano como le fue posible. Alguna otra cosa golpeó el banco y se hizo pedazos. Bron abrió bruscamente los ojos al mordiente viento.

En alguna parte la gente coma y gritaba. Luego, el rugir del viento clavó una cuña entre ellos y él; el banco se estremeció encima de él. Un extremo se desprendió del suelo. Y Bron se puso en pie; y corrió. El viento que crecía a su izquierda cambió de dirección, casi noventa grados, cuando apenas había dado media docena de pasos, y lo arrojó al suelo sobre sus palmas y rodillas. Se puso de nuevo en pie, dio otro paso y... cayó, en un movimiento lento, mientras el aire era expulsado violentamente de sus pulmones. Su rostro y sus ojos y sus oídos ardían. Se dejó caer al suelo que se alzaba, lentamente, bajo él; y se abría (lo notó) no muy lejos de él.

Luego, todo el aire volvió a caer, rugiendo. El pavimento bajo su palma se



abrió..., sólo un poco. Cosas pequeñas golpearon sus mejillas, orejas, piernas y manos. Sus ojos apenas eran dos ranuras. Y al momento siguiente estuvo de pie y corriendo. ¿Había golpeado algo su cadera? Le dolía miserablemente. Siguió corriendo, pese al dolor.

Las luces, aquí y allá, en sus lagrimeantes ojos, iluminaban fragmentos de una ciudad irreal. Se detuvo. El viento seguía soplando rabioso pero —se dio cuenta de pronto— no a su alrededor. En algún lugar, lejos, algo inmenso se derrumbó, y se tomó un largo tiempo para hacerlo.

Algo así como una docena de personas aparecieron de pronto corriendo a su alrededor —se volvió para observarlas— en busca de un portal. Corrió de nuevo. La calle estaba llena de cascotes bajo sus pies. Al principio pensó que el suelo se estaba haciendo pedazos. No (tropezó con pedazos de plastipuntales, estiroplacas rotas y desmoronada espuma), sólo la pared del edificio a su lado había caído. Pisó un trozo de estiroplaca ladeada, se deslizó bajo sus pies. Bajó la vista. Un brazo asomó por debajo de ella..., y esto le hizo detenerse.

Debía de tratarse de un maniquí de una casa de diseño, o posiblemente un...

La mano, con la palma hacia arriba, se convirtió bruscamente en un puño (con uñas multicolores iridiscentes). Bron echó a correr.

Veinte metros más allá se detuvo, se giró: Vuelve, pensó. Tienes que volver...

Primero los oyó, luego los vio, cruzando a la altura de la esquina..., quizá veinte, quizá cincuenta. Lo rodearon.

Luego uno lo agarró, le hizo dar la vuelta:

—¡Loco! ¡Estúpido loco! ¡No puede ir en esa dirección! —le gritó al rostro—. Esa es la dirección donde se ha producido la rotura. —Luego siguió andando, con paso vacilante. Lo mismo hizo Bron, preguntándose qué era exactamente lo que se había roto, y dónde. Se sentía aterrado, con un helado y crudo terror que hacía que le dolieran la garganta y la parte de atrás de las rodillas.

Allá delante, la gente se estaba parando.

Alguien gritó en voz muy alta:

—¡No por aquí! ¡Lo siento! ¡No por aquí!

La gente se arracimó. Entre los cuerpos apiñados Bron vio el cordón de las polizontas cortando el camino. (La que había hablado era una mujer.) La gente se apretujó tras él.

—¡No pueden entrar en esta zona! ¡Es demasiado peligroso! ¡Retrocedan!

Algunas personas, con expresiones de frustración, echaron a andar hacia la derecha o la izquierda.

Bron se dirigió a la derecha. El signo de la calle (aquí en la parte restringida de la ciudad, donde los números de las coordenadas eran verdes) le dijo que estaba a dos unidades de su coop; lo cual le sorprendió; no se había dado cuenta de que hubiera

ido tan lejos.

Seguir la calle en la que estaba, sin embargo, lo llevaría al sector no restringido..., lo cual le pareció de pronto la cosa más ridícula imaginable: ¡En medio de una crisis militar, no era el mejor momento para pasear por el n-r! (El viento soplaba de nuevo, aunque a un nivel estable..., lo cual, cuando pensabas en ello, era más alarmante en sus implicaciones que un repentino viento que hubiera parado.) No, no era simplemente que...

Entonces los oyó, acercándose; la gente empezó a retroceder, pero Bron avanzó. La idea no era ni completa ni verbal. La experimentó simplemente como un anhelo de ir a casa, sin reflexionar en el método para conseguir su meta.

Intentando desentrañar la telaraña de sonido en sus cadenas silábicas, alcanzó el borde de la multitud.

Los murmuradores, en harapos y encorvados, avanzaban arrastrando los pies a la débil luz.

Anticipando su embarazo, avanzó unos pasos, se abrió camino entre ellos, cerró los ojos (¡El olor!, pensó, asombrado. ¡Había olvidado el acre olor de no lavarse!), inclinó la cabeza, y empezó a andar arrastrando los pies al compás de los de ellos. Inició su Mimimomomizolalil..., pero a la docena de sílabas se perdió; así que, al ritmo del arrastrar de sus sandalias, hizo rodar su lengua en torno a cualquier tontería que se le ocurrió. En una ocasión, entre sus apretados párpados, miró hacia un lado para ver otros ojos en un escamoso rostro cerca de él: la mujer reinició su murmullo. Lo mismo hizo Bron. Y siguió arrastrando los pies.

La sensación era de ligereza, casi de alegría, de razones y responsabilidades, explicaciones y expiaciones rechazadas, abandonadas. ¿No es esto, pensó (sabiendo que un auténtico murmurador no debía pensar), lo que hubiera debido estar haciendo todo este tiempo? ¿Acaso era simplemente la clase de estúpido para el que era necesaria alguna belicosa catástrofe para traerle la iluminación? Murmuró sus absurdas sílabas, intentó no respirar a través de la nariz, y pensó: ¡Me convertiré en un novicio! Estudiaré, renunciaré al mundo sensorial por el viaje ciego hacia la eternidad. Algo más cayó a su derecha.

Varías personas le empujaron por aquel lado.

Sus hombros habían empezado a dolerle..., a fuerza de estar curvados. Los agitó, intentó envararse un poco, echó la cabeza hacia delante..., lo cual envió una pulsación a todo lo largo de la base de su nuca, obligándole a frotársela. Un auténtico murmullo, por supuesto, le hubiera proporcionado algo en lo que concentrarse. Si esto era la muerte de Tetis, ¿qué mejor forma de morir que tener su mente despejada de todas las preocupaciones cotidianas? (Aunque, pese a los sonidos inconexos a su alrededor, así como el polvo de los cascotes de la ciudad metido en su boca, sentía su mente de cualquier manera menos despejada): llevaba repitiendo las mismas tres

sílabas desde hacía ya varios minutos, y pasó a algo distinto. (Parpadeando, vio sus propias sandalias, y los sucios pies envueltos en harapos de la mujer que estaba a su lado, dando pequeños pasos.) ¿Qué distancia habían recorrido?

Alguien se apretó tras él.

¿Otro intruso? Más probablemente alguien que acababa de renunciar a la Divina Guía a cambio de poder ver a su alrededor. Bron siguió caminando, su voz perdida en la resonante maraña de sonido de su alrededor, intentando calibrar su lento avance. No conseguiría quitarse el dolor del cuello sin tensar la cabeza hacia arriba y (sospechaba) detenerse. Sus tobillos empezaban a dolerle también. Su cadera, de todos modos, estaba mejor. Y su Mimimomomizo... había degenerado (se dio cuenta) a un Blablablabla...

Alguien al otro lado tropezó, se tambaleó hacia él; con los ojos aún fuertemente cerrados (y violando algún canon de la secta, estaba seguro), aferró los huesudos hombros (Bron no estaba seguro de si pertenecían a un hombre o a una mujer) para ayudarle a mantener el equilibrio. Uno de ellos estaba húmedo, caliente y pegajoso; y su mano dudó en el momento de retirarse, mientras Bron se preguntaba cómo podía tener alguien unas vértebras tan nudosas.

Por encima del rugir de los mantras —¿cuántos había en el grupo? ¿Treinta? ¿Cincuenta? ¿Setenta y cinco?—, otras voces gritaban también.

Captó la frase chillada: «¡...mutilación de la mente! Mutilación del cuerpo...». Las palabras: «... catástrofe...» y «... catástrofe definitiva del séptimo estadio...» se destacaron de las demás. Y: «¡...pero la mutilación de la mente! La mutilación del cuerpo...».

Los murmuradores dominaron de nuevo.

De pronto, Bron abrió los ojos y alzó la cabeza.

La oscuridad le sorprendió. ¿Habían penetrado en el n-r? Miró. No: se trataba solamente de que el escudo aún seguía desconectado. Las verdes letras de las coordenadas brillaban altas en una pared al frente. Otro murmurador se apoyó contra él. Fuera del grupo, la gente estaba gritando y... ¡luchando con los murmuradores al borde del grupo! Y había un olor gredoso entre los cuerpos sin lavar. No, no ardía nada. Pero su garganta tenía un escozor extraño.

—...en la estela de la catástrofe definitiva, la del séptimo estadio, no tenemos otro recurso excepto la mutilación de la mente, la mutilación del cuerpo... —le llegó claramente, desde más allá de los murmuradores. Todo el bienestar de Bron le abandonó, reemplazado por el miedo. Se abrió camino entre los murmuradores, apartándose de donde eran más fuertes los gritos..., aunque había gritos al otro lado también.

A tres metros de distancia, entre dos harapientos murmuradores que seguían obcecadamente su tambaleante camino, vio la hiper-musculosa, sucia y peluda figura,

acucillada y con su mutilado rostro crispado en una sonrisa que era casi una mueca (una mujer, por las horribles e irregulares cicatrices de una mastectomía), la vio golpear a uno de los murmuradores (que cayó de rodillas), luego volverse, con las cadenas oscilando de su cuello, y gritar:

—...sólo la mutilación del cuerpo, la mutilación de la mente...

¿Cuál se suponía que era su significado? ¿O acaso no tenía ningún significado? Se abrió paso entre ellos. Un costroso puño golpeó su mandíbula. Nadie más le golpeó directamente, pero tuvo que abrirse camino por la fuerza entre dos sudorosas criaturas desnudas que, se dio cuenta a su tercer empujón, se apretaban la una contra la otra simplemente para cerrarle el paso. Una gruñó, a pocos centímetros del rostro de Bron, con unos dientes carcomidos y una mandíbula húmeda de baba y pus.

Consiguió pasar. Detrás, los gritos y los murmullos formaban un horrible rugir. Alzó la vista, vio un conjunto de coordenadas verdes...

¡Estaba en la misma unidad que la Casa de la Serpiente! ¡Las polizontas, enfrentadas a una secta que no respondería de todos modos, sin saber qué hacer, la habían dejado cruzar el cordón! De una forma tan oblicua como el miedo, le llegó la repentina convicción de que había sido increíblemente listo. ¡Jamás hubiera conseguido pensar en una forma más ingeniosa de cruzar el bloqueo!

Alguien se tambaleó y chocó contra su espalda. Oyó a alguien más gruñir rítmicamente, al compás de unos golpes.

No miró, sino que echó a correr hacia delante, dobló una esquina..., para hallar la calle al otro lado mojada, luego aún más mojada; finalmente estuvo chapoteando, con sus sandalias metidas en cinco centímetros de agua.

Cuando cruzó la intersección, el viento deshizo la oscura cellisca que cubría las cinco calles que convergían allí, borrando las ondas concéntricas que nacían de ella; por un momento amenazó con hacerse lo bastante fuerte como para derribarle de rodillas. Chapoteando y tambaleándose, alcanzó el otro lado. Pero el viento había empezado ya a morir.

Las luces no se encendieron automáticamente cuando cruzó la puerta, ni siquiera cuando encontró la caja de interruptores —la tapa estaba abierta, como si alguien ya lo hubiera intentado— y accionó toda la hilera en su interior. Había basura por todo el suelo de la sala común; y el resplandor de la noche desprovista de escudo allá arriba le dijo que la abertura del cielo era varias veces más grande, y su forma distinta.

Del otro lado de la habitación le llegó un sonido que muy bien podía ser un gemido. Bron avanzó un paso, luego otro, luego otro..., y se golpeó duramente el tobillo, la sangre empezó a manar de él. Había chocado con algo que no podía ver. De todos modos, otro objeto que sí podía ver, grande y negro y sin forma definida, le bloqueaba el camino. Se echó a un lado sobre la moqueta llena de cascotes, sintió la pared rozar su hombro. Oyó de nuevo el sonido..., también podía ser algún objeto

deslizándose, resbalando; no sonaba mucho como un gemido... Un repentino movimiento furtivo, y algo se deslizó junto a él. Bron se volvió, aterrado, a tiempo para ver a alguien correr hacia la puerta..., una mano golpeó la jamba, hubo un resplandor de gemas; luego, los dedos cubiertos de anillos desaparecieron.

—¿Flossie...? —llamó Bron, tras contar hasta cinco—. ¿Freddie...? —No llamó muy fuerte. Después de todo (inspiró de nuevo y dio otro paso), quienquiera que fuese debía de estar ya, probablemente, a una unidad de distancia. Avanzó un nuevo paso... En el quinto escalón su rodilla golpeó bruscamente contra lo que (probablemente) era la pata de una silla volcada. Retrocedió de nuevo hasta la pared. Aquel sonido de nuevo... No, no era un gemido.

Un resplandor anaranjado, arriba..., ¿parpadeando? No. Pero estaba en la puerta del balcón.

Su pie golpeó el peldaño inferior. Sujetó la barandilla, que cedió bajo su mano, demasiado suelta. Bron empezó a subir. Algo pequeño rodó bajo su pie y cayó, cliqueteando, escalón tras escalón. Debajo de su húmeda suela, en el siguiente peldaño, otra cosa, igualmente pequeña, crujió.

Alcanzó el balcón, miró a través de la puerta. Alguien había colgado un cubo de luz justo dentro, el cual, por alguna razón, brillaba con un apagado color naranja en vez de amarillo. Allá delante, la pared del corredor de la izquierda estaba increíblemente combada.

En el suelo, obstaculizando el umbral (el altavoz a un lado emitía todavía los micro-gritos de los micro-ejércitos que combatían en la ladera de la micro-montaña), abierta y boca abajo, se hallaba la caja de vlet..., alguien la había pisoteado al menos una vez, ya que su tapa estaba cuarteada, los cajones sueltos, las pantallas, cartas, hombres y dados esparcidos. El cubo astral era ahora tan sólo plástico roto entre los doblados montantes de latón.

Bron cruzó con cuidado (y con el ceño profundamente fruncido) el umbral. La combada pared le hacía sentir dudas acerca del suelo.

Fuera oyó un rugido sordo acompañado de unos cuantos silbidos..., ¡de nuevo el viento! A medio subir el primer tramo de escaleras vio que aquellas manchas oscuras en la moqueta eran sangre..., que ascendían o bajaban por los escalones, según la hemorragia hubiera disminuido o ido en aumento. (Sólo se había arañado el tobillo, y estaba empezando a formarse una costra.) A mitad de camino de su propio pasillo, se preguntó de repente por qué, en medio de toda aquella ruina, regresaba a su habitación.

Frente a la puerta de Bron, la de Alfred estaba entreabierta.

De ella brotaba una franja de luz que oscilaba sobre la moqueta naranja del corredor.

Bron fue hasta la puerta, dudó, la empujó..., chirrió contra los restos que cubrían

el suelo. Una pared había caído, y la mitad del techo; la luz colgaba de sus cables, oscilando, unida todavía a una buena parte del techo. Dos de las patas de la cama estaban rotas, o se habían hundido en el suelo. La cama estaba inclinada hacia un lado.

Había dos personas en ella. (Bron tragó saliva, abrió la boca, empezó a retroceder, no lo hizo, empezó a avanzar, no lo hizo tampoco, cerró la boca.) Una sección de la pared había caído sobre ellas y se había hecho añicos.

El primer pensamiento de Bron fue: ¡la mujer tiene mi edad!

¡La pared no parecía tan pesada!

¡No parecía en absoluto tan pesada!

Era una oriental de piel muy oscura, desnuda, tendida de espaldas, con un brazo atrapado. El otro había intentado apartar la pared. Su cabeza había caído hacia un lado, su boca y uno de sus ojos estaban abiertos.

Alfred yacía boca abajo a su lado, los brazos doblados bajo su mejilla.

Bron avanzó hacia ellos.

Bajo su alborotado pelo, la oreja de Alfred estaba llena de sangre, en su mayor parte seca ya. Había resbalado hasta su mentón, rodeado la boca, cruzado su muñeca, hasta formar una oxidada mancha sobre la sábana, del tamaño de la mano de Bron.

El borde de la pared caída había partido la Q roja. La parte superior yacía sobre el hombro izquierdo de Alfred, con los tirantes negros arrugados en torno a ella. (¿Cómo, se preguntó Bron, podía un trozo de pared de plástico de menos de tres metros —bueno, quizá de algo más de tres metros—, ser lo bastante pesado como para hacer todo eso?) Las piernas de Alfred eran visibles (los talones al aire, los dedos hundidos) desde los muslos hacia abajo; las de la mujer (los dedos hacia arriba, todos inclinados hacia la izquierda), sólo desde las pantorrillas. La parte inferior de la sábana estaba completamente empapada de sangre, en parte aún fresca.

Bron retrocedió bruscamente hacia la puerta, se golpeó el hombro, dio la vuelta y salió al pasillo.

No lo cruzó hasta su propia habitación.

La puerta de Lawrence era la sexta más allá de aquélla.

Bron la alcanzó, la golpeó con los puños. Retrocedió, preguntándose si debería probar las puertas de la derecha y la izquierda (Unos cincuenta y tantos hombres vivían en aquella coop, pensó Bron. ¡Cincuenta!), luego golpeó de nuevo porque creyó oír algo dentro.

La puerta se abrió. Lawrence, desnudo, con su barbilla y sus rodillas llenas de arrugas, su pelo grisáceo y sus ojos acuosos, dijo:

—Sí, ¿qué puedo...? ¡Bron!

—¡Lawrence! ¡Alfred está muerto! ¡Y una chica!

—Sí. —Lawrence terminó de abrir la puerta—. Es cierto. Y también Max. Y

Wang. Y hay otros dos al final del pasillo a los que ni siquiera conozco. Pienso que tal vez sean visitantes. No los conozco a todos. Nunca antes los había visto...

—¿Qué hay acerca de Freddie y Flossie?

—Nadie los ha visto desde esta mañana.

—Oh —dijo Bron—. Oh, es que creí ver... No, está bien. No importa. ¿Cómo...?

—Sólo en el lado izquierdo del pasillo —dijo Lawrence, con el ceño de nuevo fruncido—. ¿No es extraño? La desviación de la gravedad que nos alcanzó debió detenerse a medio camino debajo del edificio. Los canales públicos han estado diciendo que algunas de las desviaciones de la gravedad que golpearon partes de la ciudad fueron tan grandes como trescientas veces la normal de Tritón durante tanto como siete segundos completos. ¡Siete segundos a trescientas gravedades! Eso es realmente increíble. Me sorprende que esta parte del edificio aún se mantenga en pie.

—Pero, ¿qué hay de todos los demás?

Lawrence parpadeó.

—Oh, han sido evacuados. Eso es lo que los canales públicos han dicho que debíamos hacer. Los intentos de sabotaje han sido increíblemente efectivos. Aún no saben cuándo volverán a tenerlo todo bajo control. Evacuar. —Su nudoso dedo se frotó la mejilla sin afeitar—. Sí, eso es lo que...

—Entonces, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—¿Oh...? —Lawrence frunció el ceño, bajó la mano para rascarse la rodilla—. Bueno, yo... He estado escuchando algunas piezas de mi suscripción a la serie de composiciones aleatorias de finales del siglo xx. Pasé el Friends de Bette Milder, que dura —Lawrence alzó de nuevo la vista y parpadeó con unos húmedos ojos—, no llega a dos minutos y tres cuartos. Luego puse el Aus Den Siegen Tagen de Stockhausen, que dura un poco más de cinco horas y tres cuartos. —(De dentro de la habitación llegaban los familiares clics, los glissandos de la viola eléctrica y las notas del piano, espaciados con resonantes silencios)—. Por supuesto, ya los he oído antes. Ambos. Pero simplemente pensé que debía... —Lawrence se echó a llorar—. Oh, Señor, lo siento... —Sus huesudas manos aferraron los brazos de Bron.

—Oh, vamos... —dijo Bron, intentando sostenerle—. Mira, será mejor...

—Están muertos..., Max y Wang y Alfred y... —El rostro se hundió contra el hombro de Bron, húmedo como el de un bebé—. ¡Y yo soy un viejo y no tengo ningún lugar donde ir!

—Vamos —dijo Bron, con su brazo en torno a la flácida y floja espalda. La irritación luchó contra el miedo—. Ven conmigo. Vamos...

—Lo siento... —Lawrence se apartó, frotándose las mejillas—. Estaré bien. Pero todos han muerto. Y yo sigo con vida. Y no soy más que un viejo sin... —Inspiró profundamente, sus enrojecidos ojos parpadearon—. Lo siento..., pero no tengo ningún lugar donde ir. Ahora ya estoy bien. Yo... ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Bueno, sólo... —Bron se frotó el hombro, mojado por las lágrimas de Lawrence—, Deseaba volver y..., bueno, asegurarme que estabais todos bien. Saber cómo estaban mis cosas; cómo estabas tú. Y Alfred... —Y entonces recordó a Alfred; decidió que no deseaba entrar en su habitación. Si estaba como la de Alfred (¿Trescientas veces la gravedad normal? ¡Eso era casi tanto como en la superficie de Neptuno!), simplemente no deseaba verla.

Lawrence se frotó los ojos.

—No sé por qué debería de ser así, pero esto hace que un cuerpo viejo como el mío sienta... Bueno, es agradable oírtelo decir, aunque no sea cierto.

—Si todo el mundo ha sido evacuado, será mejor que nosotros nos marchemos también. Hay montones de escombros por todas partes. Deberías ponerte unos zapatos.

—No he tenido un par de zapatos desde que tenía setenta años —dijo Lawrence—. No me gustan. Nunca los llevo.

—Bueno, yo tengo otros pares. Quizá alguno te vaya bien. Mira, ponte algo, sólo como protección..., y ahora vamos. —Tiró del delgado brazo de Lawrence hasta el pasillo.

Realmente, Bron no deseaba entrar en su habitación.

Empujó la puerta. La habitación estaba perfectamente en orden. Como si esperara a que alguien se mudara a ella, pensó.

En el suelo, al lado de la pared, estaba su saco de viaje de plástico amarillo, entregado por tubo neumático desde el espacio-puerto.

Sobre su escritorio, al lado del lector, había un sobre orlado de negro y dorado..., éste, presumiblemente, no un facsímil.

—Toma—dijo, abriendo un armario. Se agachó, rebuscó entre las zapatillas, botas y zapatos en el suelo. ¿Aquel par verde que le iba demasiado pequeño...? No, no los había devuelto a la casa de alquiler de diseño—. Ponte éstos.

—¿Calcetines? —preguntó Lawrence con voz débil, mientras se sentaba en una esquina del escritorio.

—Ahí dentro. —Bron se puso en pie, rebuscó entre la ropa que colgaba del perchero circular—. Mira, ponte esta capa también. Ahí fuera te caen cosas encima, ¿sabes? Envuélvete en ella, y te será de alguna ayuda.

—¿Amarillo brillante? —Lawrence sujetó la capa en su percha y sacudió los pliegues con su otra mano—. Con franjas iridiscentes rojas y azules..., por supuesto.

—Puede que no sea a la última moda, pero servirá.

Lawrence dejó caer la capa sobre un brazo y siguió poniéndose los zapatos. Los calcetines que había escogido eran de color lavanda y llegaban hasta la rodilla.

—Siempre he pensado que la ropa era una obscenidad.

—Oh, querido, a veces es útil. —Bron cerró el armario—. Vamos. ¡Muévete!



—Está bien... —Lawrence se puso en pie, se echó la capa sobre los hombros y frunció el ceño allá donde rozaba la moqueta—. Supongo que, en tiempo de guerra... —Alzó la capucha, frunció el ceño de nuevo, volvió a echarla hacia atrás.

En la puerta, Bron dijo:

—Es la guerra, ¿verdad?

El arrugado rostro de Lawrence se frunció aún más.

—Eso es lo que han estado diciendo los canales públicos durante la última hora. —Se apretó la capa en torno al cuerpo—. Ahora que estoy adecuadamente vestido, ¿dónde propones ir?

—Bueno, lo primero es salir de aquí. —Bron salió al corredor. Los ánimos que habían vuelto a él se habían visto invertidos por el desastre en la habitación de Alfred.

—¿Dónde está Sam? —se acordó de preguntar Lawrence, tras él—. ¿Acaso no volvisteis juntos?

—Sólo hasta el espacio-puerto. Luego él se fue a alguna otra parte.

—¿Cómo fue tu viaje a la Tierra?

Bron lanzó una carcajada monosilábica.

—Recuérdame que tome un montón de celusina y te lo contaré algún día. Salimos justo antes de que fuera declarada oficialmente la guerra.

—Bueno, eso es algo, supongo —dijo Lawrence, apresurándose tras él—. Los primeros dos días pareció como si nada hubiera cambiado; luego, de pronto, ¡esto!

Bajaron las escaleras, cruzaron el vestíbulo; y Bron salió de la luz anaranjada al oscuro balcón. Tras él, Lawrence dijo:

—¡Oh, Señor...!

Bron miró hacia atrás.

Lawrence, de pie en el umbral, estaba inclinado sobre la caja de vlet.

—La he tenido desde hace prácticamente treinta años. —La cerró, apretó los cierres de latón. Los gritos en miniatura de hombres, mujeres y niños, como distantes murmullos, se apagaron y, en un jadeo de estática, murieron. Lawrence pasó un dedo por la cuarteada madera—. Me pregunto si podrá ser reparada. —La apoyó contra la pared y empezó a recoger las piezas.

—¡Hey, vamos! —exclamó Bron.

—Sólo un momento. Quiero ponerlo todo a un lado a fin de que nadie lo pise. —Lawrence recogió los dados, el cubilete—. Cuando empezó todo eché a correr hacia arriba, y cuando llegué arriba hubo como una especie de choque. Supongo que debí dejarla caer. —Sacudió la cabeza—. Treinta años. Era mayor que tú la primera vez que vi el juego; pero tengo la sensación como si hubiera sido mío toda mi vida. —Colocó un puñado de figuras contra la pared, al lado de la caja—. Ve con cuidado cuando bajes los escalones. Algunas de ellas pueden haber rodado escaleras abajo. Se

rompen muy fácilmente.

—Claro —dijo Bron, impaciente. Pero la creciente convicción de que, pese a sus deseos de estar en alguna otra parte, él tampoco tenía ningún lugar donde ir, le hizo aguardar al viejo.

—¿No recuerdas dónde se supone que fueron los otros? —preguntó a Lawrence, que alzaba la vista entre los edificios. Al otro lado de la intersección se erguía un arco decorativo que, con todas sus luces apagadas, parecía como dos costillas carbonizadas de alguna incinerada carcasa. Se veían unas pocas estrellas.

—Me gustaría que volvieran a conectar el cielo —dijo Lawrence—. En realidad, no se trata de agorafobia o..., ¿cómo lo llaman? ¿Anaurafobia? ¿El miedo a perder la atmósfera? Es sólo que, con todo ese lío gravitatorio..., bueno, sería agradable tenerlo de vuelta.

—Creo que al menos se han producido un par de agujeros. —Bron miró con los ojos entrecerrados acera abajo, más oscura ahora que el sector no restringido—. El viento fue más bien fuerte durante un rato..., pero parece haber cesado. ¿No es aquello un incendio?

—Si lo es —murmuró Lawrence—, vayamos en la otra dirección.

Bron echó a andar calle abajo, y Lawrence lo atrapó unos momentos más tarde.

—Audri vive ahí abajo —dijo Bron.

—¿Quién es Audri? —preguntó Lawrence.

—Mi jefa..., uno de mis jefes. El otro es una especie de bastardo que nada en crédito y cuya comuna se asienta en medio del lujo sobre el Anillo.

—Si vive ahí abajo, dudo que nade en mucho más crédito que tú.

—Oh, ella no. Sólo él. Ella tiene tres hijos realmente insoportables y vive con un puñado de lesbis en una coop gay.

—Oh —dijo Lawrence. Y luego, tres pasos más adelante—: Ya es bastante malo encontrarse en todo este fregado siendo uno solo. ¿Puedo imaginar lo que debe de ser con chicos!

Bron gruñó.

—Las instrucciones de evacuación eran tan confusas —dijo Lawrence—, que me pregunto si eran correctas.

Bron gruñó de nuevo.

—Si sufrieron el mismo tipo de interferencias que tuvimos nosotros..., ¡y con niños! —Lawrence se apretó la capa un poco más—. Oh, querido. Eso debe de haber sido realmente terrible.

Bron se sintió incómodo.

Lawrence estaba refrenando el paso.

—¿Crees que deberíamos ir a ver si están aún allí y necesitan que les echen una mano?

—Las instrucciones —murmuró Lawrence— eran tan confusas... Quiero decir, Wang fue la única persona que fue capaz de comprender que estaban diciendo que debíamos evacuar.

—Había un cordón de polizontas en torno al sector cuando llegué —dijo Bron—. Tuve que cruzarlo como pude.

—Con la gravedad subiendo y bajando al azar por todas partes, es más bien peligroso —indicó Lawrence—. Estoy seguro de que será más seguro fuera que dentro. Por otra parte, si el más pequeño fragmento de cornisa cae sobre tu cabeza a trescientas gravedades, es lo mismo que si te cayera encima toda la pared.

—¿Qué es una cornisa? —preguntó Bron.

—Vaya —dijo Lawrence—. El chico ni siquiera sabe lo que es una cornisa. ¿Por dónde vive tu jefa?

—Al otro lado de la calle, una unidad más allá.

—Eso debería de ser por allá —murmuró Lawrence—. ¿Qué es eso...?

En aquel momento se produjo una explosión en alguna parte a su izquierda.

Bron encajó los hombros.

—No sé...

—No eso —dijo Lawrence—. Aquello... —señaló a un hombre que gritaba en alguna parte al extremo de la manzana, en dirección a la casa de Audri.

Curioso (y aún más inquieto), Bron cruzó la calle; Lawrence, a su lado, dejó que su capa se abriera de nuevo.

Estaban en el mismo lado de la calle que la coop de Audri.

El hombre —Bron podía verlo ahora— gritó de nuevo. En su voz Bron oyó dejes de histeria y de rabia. (¿Por qué, se preguntó, estoy dirigiéndome por la calle hacia un hombre desconocido, furioso y posiblemente loco, en medio de una guerra? Esta situación no es ni razonable ni feliz.) Pero Lawrence no se había detenido, así que Bron no lo hizo tampoco.

Era un hombre corpulento, vestido con un mono marrón con un gran corte en el hombro.

—¡Dejadme entrar! —aullaba—. ¡Maldita sea, dejadme entrar! ¡O dejadles salir! —Su voz se quebró en su garganta—. Al menos enviad fuera a los malditos chicos si vosotros sois tan estúpidas como para... —Se tambaleó—. ¡Dejad salir a mis malditos chicos u os juro...! —Se tambaleó de nuevo—. ¡Os juro que destrozaré el lugar con mis propias manos, así que ayúdame, Jesús! —Se frotó el estómago, se dobló sobre sí mismo unos momentos, luego echó hacia atrás la cabeza—. Enviadlos fuera, u os juro que entraré y... —De pronto se lanzó hacia delante, subió los escalones y empezó a aporrear la puerta (sí, era la coop de Audri) con los dos puños.

Bron había estado a punto de susurrarle a Lawrence que se metieran en un portal, para darles tiempo a librarse de aquel loco, cuando el hombre —que retrocedía de

nuevo de la puerta, con los puños y el rostro alzados— miró hacia ellos y se volvió.

—Oh, Jesucristo... —Sacudió la cabeza. Su rostro estaba sucio y manchado de lágrimas. Lo que más impresionó a Bron fue que el corte en el hombro de su mono no era algo puesto allí por una casa de diseño. La piel debajo estaba horriblemente magullada—. ¡Oh, por... Jesucristo! Las malditas putas no lo comprenden. Simplemente no comp... —Sacudió de nuevo la cabeza, luego se volvió hacia el edificio y aulló—: ¡Simplemente dadme mis malditos chicos! ¡No me importa lo que hagáis con los demás, pero enviadme aquí fuera a los míos! ¡Ahora! ¡Hablo en serio! —De cada una de sus muñecas colgaba una jaula de alambre que aparentemente podía cerrarse sobre sus manos moteadas de pintura. Otra jaula (Bron se dio cuenta de que lo había visto antes, pero no podía recordar dónde, lo cual se añadía a su inquietud) se bamboleaba en sus hombros—. ¡Las malditas putas no comprenden ni una mierda de —tosió violentamente, retrocedió, con un puño contra su boca, los ojos lagrimeantes— los sentimientos de un hombre hacia sus chicos! —Se volvió de nuevo para gritarle al edificio, pero su voz le falló. Se volvió de pronto, trastabilló, llegó al centro de la calle, se detuvo, se tambaleó, trastabilló de nuevo. Alcanzó la embocadura de un callejón y se metió por él.

Bron y Lawrence se miraron con el ceño fruncido, luego dirigieron de nuevo sus ojos hacia el hombre.

El artesano había recorrido unos seis metros del callejón cuando todo ocurrió muy aprisa: Primero se derrumbó de rodillas, luego cayó de bruces sobre su rostro, pero no fue una caída normal. Fue como si él fuera de metal, y un imán, conectado bruscamente debajo de él, lo hubiera atraído. Al mismo tiempo, toda la pared de su derecha del callejón, y parte de la de la izquierda, se derramaron —o más bien se precipitaron— sobre él.

Bron frunció los ojos. Su pelo restalló en su cabeza. La capa de Lawrence azotó hacia atrás, luego hacia delante, sus piernas, arrastrando con ella al hombre unos cuantos pasos. Bron tuvo que inclinarse contra el repentino viento para evitar ser empujado.

Al cabo de un segundo o así el polvo, que hasta entonces sólo había creado ondulaciones bajas y redondeadas, densas y movientes como el agua, se alzó de pronto, girando, como si —bueno, no «como si», se dio cuenta Bron: eso era realmente lo que ocurría— se hubiera convertido en cientos de veces más ligero; mucho más ligero que el polvo.

El callejón estaba recubierto ahora por tres metros de cascotes.

El polvo derivó.

Bron miró a Lawrence (que tosió), al edificio de Audri, al callejón, al edificio, a Lawrence.

—Supongo que no hay nadie dentro —dijo, cuando el polvo hubo pasado. Luego,

dándose cuenta que aquello sonaba estúpido, añadió—: Pero quizá sea mejor comprobarlo. —Esperó que Lawrence no sugiriera comprobar también el callejón. Alfred ya había sido suficientemente malo; esto sólo podía ser peor.

—¿Podemos ir por el lado? —preguntó Lawrence, y evidentemente (y afortunadamente) se refería a la coop.

Entre el edificio de la coop y el edificio contiguo había una estrecha puerta que, cuando Bron la alcanzó y alzó la aldaba («Yo nunca hubiera pensado en eso», dijo Lawrence), se abrió.

—Quizá podamos descubrir una ventana o algo así y echar una mirada dentro. — La piel de Bron hormigueó con recuerdos del callejón que acababa de ver derrumbarse. Pero Lawrence entró delante de él, de modo que tuvo que seguirle: ni siquiera había espacio para darse la vuelta. Estaba preguntándose cómo podía haber una ventana que diera a un callejón de apenas algo más de medio metro de ancho cuando llegó a una, con dos rostros sorprendidos al otro lado..., que fueron bruscamente echados a un lado por tres más.

Mientras se iniciaba una acalorada conferencia entre las mujeres detrás del cristal, otra mujer se abrió paso entre ellas para mirar: y era Audri, que sonrió, le hizo un rápido gesto con la cabeza a Bron, luego se dio la vuelta para unirse a la conferencia.

Bron hizo gestos de que salieran.

Ellas respondieron con gestos de impotencia.

Bron hizo gestos de que abrieran la ventana.

Ellas hicieron más gestos de impotencia.

Alguien hizo cuidadosamente mímica de algo que Bron creyó que quería dar a entender que la puerta delantera estaba bloqueada.

Entonces les hizo gestos de que se apartaran, se quitó una sandalia, luego se lo pensó mejor y le dijo a Lawrence que le diera uno de los zapatos verdes, e hizo gestos de lanzarlo contra la ventana. Algunas de las mujeres de dentro parecieron inquietas. Otras rieron. Todas se apartaron.

Así que Bron lanzó el zapato, con el tacón por delante.

El cristal se hizo añicos en una opaca telaraña..., que quedó colgando allí. Estaba reforzado con una película plástica, de modo que tuvo que arrojar el zapato varias veces más, y finalmente desgarrarla con la mano, cortándose los dedos en varios lugares.

—¡Vamos, tienen que salir!

—¿Qué?

—Hay que evacuar esta zona —gritó a la oscura habitación llena de mujeres—. ¿Audri? Hey, Audri, tenéis que salir todas de aquí.

—Os dije que eran instrucciones de evacuación —estaba gritando una de las mujeres a un grupo en la parte de atrás de la habitación—, antes de que los canales

públicos dejaran de funcionar.

—Audri, será mejor que traigas a tus chicos y... ¿Audri?

Pero ella había abandonado la habitación con varias otras.

Bron se metió por la ventana (una mujer que no había visto le ayudó al otro lado), mientras Lawrence iba a la parte delantera, y Bron dedujo más o menos por los fragmentos de conversación que ellas no habían deseado abrir la puerta principal a causa del hombre que Bron y Lawrence habían visto gritar. En cuyo momento una docena de chiquillos penetraron en la habitación con varias madres, entre ellas Audri (que llevaba un ajustado mono elástico escarlata brillante con un montón de cosas plumosas colgando de la banda que ceñía su frente).

—¡Hey! —Se abrió camino hasta ella, la sujetó por el hombro—. Será mejor que reúnas a tus chicos para que podamos salir de aquí...

Ella le miró, parpadeante.

—¿Y qué crees que estamos haciendo? Dijiste que teníamos que evacuar el lugar, ¿no? Todo el mundo estará abajo en un segundo.

—Oh —dijo Bron—. Oh, sí. Claro. —Entraron más niños.

Dos mujeres estaban dando instrucciones.

—Hummm... —dijo Bron—. ¡Hey! Será mejor que todos lleven zapatos. Hay montones de cascotes por las calles.

Los niños salieron corriendo de la habitación para ir a buscarlos.

Una mujer que parecía estar a cargo de todo se volvió hacia Bron.

—Realmente fue un noble gesto por su parte el que viniera a decírnoslo. Nadie sabía absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo desde las represalias de esta tarde. Y luego, con Mike el Loco ahí fuera..., bueno, parece que ahora ya se ha ido. Pero no sabíamos si había hecho algo o no para interferir con nuestro canal de recepción, o si todo esto formaba parte de la confusión general. Con esos terribles vientos yendo y viniendo nadie deseaba salir, en especial con los chicos. —Freddie y Flossie eran la única familia de un solo padre en la Casa de la Serpiente; pero en una coop sexualmente específica, helero o gay, uno podía esperar unos cuantos más. Además, por supuesto, aquélla era una coop de mujeres. Y, como había dicho en una ocasión una encuesta efectuada por un canal público: Mientras las mujeres den a luz el 70 por ciento de los hijos, uno no puede sorprenderse de que cerca del 60 por ciento de las familias de un solo padre tengan una mujer a la cabeza.

Mientras abandonaban el edificio (uno de los chicos de Audri se había pegado a Lawrence, junto con otro al que Bron nunca había visto), Bron preguntó:

—¿Quién era ese tipo Mike el Loco?

Audri miró a su alrededor, comprobando, luego dijo confidencialmente:

—Acostumbraba a vivir con John —señaló con la cabeza hacia una mujer vestida con algo delgado, diáfano y de color crema que, hasta ahora, había supuesto que era

sólo uno de los chicos mayores—. Ella ha tenido dos hijos de él. Es una especie de artesano excéntrico, pero desconozco de qué tipo.

—¿Por qué no le dejasteis entrar?

Audri hizo un gesto inconcreto con los hombros.

—Las últimas tres veces que lo hizo, tan pronto como estuvo a solas con ella le dio una paliza; luego la hizo sentar durante la siguiente hora y le explicó por qué era culpa de ella que él se hubiera visto obligado a hacer aquello. En realidad, John es una chica muy dulce, pero no es muy brillante. Intentamos ponernos en contacto con las polizontas, pero las comunicaciones del lugar estaban totalmente cortadas.

—Oh —dijo Bron—. Sí..., bueno. Supongo que, quizá porque se trataba de sus hijos...

Audri volvió a hacer su gesto con los hombros.

—Esta repentina revitalización de su interés no empezó hasta hace un año, cuando se volvió cristiano. Al parecer, no se mostró muy interesado en ellos cuando ella los tuvo, o en los dos años inmediatamente después. —Audri escrutó el grupo mientras doblaban una esquina—. Quiero decir, si quiere hijos suyos, hay al menos diez formas en que puede conseguirlos..., aquí, quiero decir. Y al menos veinticinco en el n-r.

Bron siguió al tropel de mujeres al otro lado de la esquina.

—Pensé que podía ser cristiano. —Se encaminaban hacia la Plaza de la Luz—. Por algunas de las expresiones que usó. —Alzó la vista hacia la no familiar e inquietante noche—. ¿Sabes?, crean casi tantos problemas como los judíos.

—Hey, vamos, chicos —dijo Audri—. Dejad de ir de un lado para otro. Por aquí. ¿Adónde fue, de todos modos? Normalmente permanece por aquí mucho más rato antes de darse por vencido. Casi se ha convertido en un personaje para todo el vecindario.

—Oh —dijo Bron, sintiéndose incómodo de nuevo—. Bueno, nos vio a Lawrence y a mí, y luego..., se fue.

Audri le miró.

—¿Le asustasteis? ¡Os merecéis un voto de agradecimiento por eso! Personaje o no, estaba empezando a convertirse en una molestia.

Un niño se acercó para preguntarle a Audri algo que Bron no comprendió, a lo que ella le respondió algo también incomprensible (para Bron), mientras Bron se preguntaba si debía decirle a Audri el destino final de Mike el Loco. No importaba lo incómodo que le hiciera sentirse, debía hacerlo.

Audri dijo:

—Fue absolutamente heroico el que vinieras a echarnos una mano. Todas estábamos terriblemente asustadas. Algunos de los sonidos que llegaban de fuera..., y no me refiero solamente a Mike... Bueno, no eran del tipo que la animen a una a salir

a la calle.

Bron se estaba preparando para decir: probablemente Mike esté muerto, cuando el cielo (o más bien el escudo) se conectó.

Los niños vitorearon..., lo cual trajo a una docena de polizontas a la carga desde un callejón contiguo:

¿Qué creían que estaban haciendo en un sector restringido?

¡Hacer todo lo posible para salir de él!

¿Acaso no sabían que había un serio fallo de gravedad por todo este sector de la ciudad? ¡Ya se había informado de más de ciento seis personas muertas!

¡Por eso precisamente estaban intentando irse! ¿Hacia dónde tenían que ir?

Bueno, en realidad, el que el escudo sensorial hubiera sido conectado de nuevo era la señal oficial de que todo volvía a estar bajo control. Podían volver a casa si querían.

Lo cual trajo más vítores, y risas de las mujeres.

Otras personas estaban apareciendo también en la calle.

Bron se volvió para decirle algo a Audri, sólo para encontrar a Lawrence junto a su hombro.

—Volvamos a casa —dijo Lawrence—. ¿Por favor? Volvamos a casa ahora mismo.

Bron no deseaba volver a la Casa de la Serpiente. Deseaba regresar a la de Audri, y conseguir que la mujer le diera un poco de café y algo de comida y charlara un rato y le sonriera y riera con él, bromeara acerca de la forma en que él había roto la ventana y le diera las gracias por haber acudido a su rescate y por la forma en que había asustado a aquel loco cristiano. Pero estarían los niños. Y las mujeres estaban ya...

—¡...a trabajar la semana próxima! —le estaba diciendo Audri, agitando la mano por entre montones de cabezas.

—¡Oh, sí! —Bron le devolvió el saludo—. Ya nos veremos en el trabajo.

—Vamos —dijo Lawrence—. ¿Por favor?

Bron empezó a decir algo irritado, pero fracasó.

—Claro —suspiró. Y, cuando ya llevaban recorridas dos unidades y media—: ¡Han sido unas buenas vacaciones!

La carta de la Púa (no facsímil) le aguardaba sobre la mesa.

En su limpia habitación (la puerta del armario todavía estaba abierta, pero estaba demasiado cansado para cerrarla), se sentó sobre su cama y la releyó. Luego la leyó una vez más. A mitad de la última lectura se dio cuenta de que ni siquiera estaba oyéndola dentro de él en la voz de la Púa, sino en la de la mujer de la coop de Audri que había estado dando instrucciones a las demás mujeres. La empezó de nuevo, esta vez oyendo las acusaciones en el electrónicamente tenso tono de la recepcionista de



Personal de la hegemonía. La leyó una vez más, finalmente en la voz de la polizonta que le había estado diciendo que no podía cruzar el cordón, y a la que había engañado uniéndose a los murmuradores.

—Hey —dijo Lawrence, empujando la puerta con el hombro, de nuevo desnudo, sujetando con las dos manos su rota caja de vlet—. ¡He encontrado casi todas las piezas! Sólo cuatro resultaron pisoteadas, y estoy seguro de poder conseguir otro cubo astral de...

—¿Lawrence? —Bron alzó la vista del papel—seda orlado de negro y oro—. Lawrence, ¿sabes?, él tenía razón.

—Esto no es demasiado malo, ¿no? —Lawrence pasó una amarillenta uña por la cuarteadura de la caja—. Había una maravillosa artesana allá en el sector no restringido especializada en juegos. Estoy seguro de que ella podrá arreglar éste y dejarlo como nuevo..., si aún está allí. Los canales públicos están diciendo que el n-r fue el más duramente castigado. Pero, ¿no es eso típico?

—Lawrence, él tenía razón.

—¿Quién? —Lawrence alzó la vista.

—Ese cristiano..., el que vimos frente a la coop de Audri. Mike el Loco.

—¿Razón acerca de qué?

—Acerca de las mujeres. —Bron estrujó bruscamente la carta entre engarfiadas manos—. Ellas no comprenden.

—¿Quieres decir que no te comprenden a ti? Algunos de nosotros, querido, nos entendemos de maravilla con las mujeres. Incluso yo, de tanto en tanto. Nada de malentendidos de ninguna clase: sólo pura simpatía y comprensión a lo largo de toda la línea. Por supuesto, conmigo no dura mucho. Pero, ¿acaso dura para siempre con alguien?

—Ellas no comprenden a los hombres. No tú, Lawrence. Me refiero a los hombres normales, heterosexuales. No pueden. Es una imposibilidad lógica. Soy un lógico, y lo sé.

Lawrence se echó a reír.

—¡Mi querido muchacho! Te llevo observando íntimamente desde hace seis meses, y eres una criatura dulce y familiar..., oh, mucho más familiar de lo que seis meses podrían hacerte. Déjame decirte un secreto. Hay una diferencia entre los hombres y las mujeres, una diferencia pequeña, minúscula, que me temo que probablemente ha convertido gran parte de tu vida adulta en algo miserable y probablemente seguirá haciéndolo hasta que mueras. La diferencia es simplemente que las mujeres tan sólo han sido tratadas realmente, por esa extraña abstracción durkheimiana que es la «sociedad», como seres humanos desde los últimos..., oh, digamos sesenta y cinco años; y, realmente, sólo en las lunas; mientras que los hombres han gozado del lujo de ese tratamiento durante los últimos cuatro mil. El

resultado de esta anomalía histórica es simplemente que, sobre una base estadística, las mujeres están sólo un poco menos dispuestas a enfrentarse a ciertos tipos de mierda que los hombres..., simplemente porque el concepto de un universo libre de cierto tipo de mierda es, en esa igualmente extraña abstracción jungiana, el «inconsciente colectivo» femenino, demasiado nuevo y demasiado precioso. —Las cejas de Lawrence se anudaron; frunció el ceño a los retorcidos puños de Bron—. Vaya, apuesto a que eso es una carta de una dama..., confieso que, cuando estaba comprobando el lugar en busca de cadáveres, eché una ojeada aquí dentro y vi el nombre y el remitente. Tu problema, ¿sabes?, es que esencialmente eres un pervertido lógico, que busca una mujer con una perversión lógica mutuamente compatible con la tuya. El hecho es que la perversión mutua que estás buscando es muy, muy rara..., si no inexistente. Estás buscando a alguien que pueda gozar con un tipo determinado de masoquismo lógico. Si fuera solamente sexual, no tendrías ningún problema en absoluto en hallar una pareja..., como sin duda te ha informado ya tu experiencia mundana. ¡Cuélgalas del techo, quema sus pezones con cerillas, clava agujas en sus posaderas y azótalas hasta que sangren! Hay montones de mujeres, del mismo modo que hay montones de hombres, que se sentirían encantados de tener a un iceberg rubio de metro ochenta como tú para jugar con él a esos juegos. Puedes conseguir una lista de los lugares que frecuentan simplemente tecleando Información. Pero, aunque ella sea una fanática religiosa como Mike el Loco, que cree que los hijos de su cuerpo son una misma cosa con los objetos de su mano, o un sociópata como el pobre Alfred, que no se permite emitir un juicio sobre nadie, correcto o incorrecto; ya sea una monja o una ninfómana, una excitada panfletista que recorre el sector n-r o un pilar de la sociedad que vive elegantemente sobre el Anillo, o cualquiera entre todos esos extremos, o cualquier otra combinación, lo único que ella no va a hacer es aceptar tú corre-y-espera, tú baila-un-zapateado-mientras-estás-cabeza-abajo, tú corre-en-círculos-mientras-sigues-en-línea-recta, especialmente cuando todo esto es fuera de la cama y simplemente no tiene la menor esperanza de obtener ninguna satisfacción de ello. Afortunadamente, tu perversión peculiar es hoy extremadamente rara. Oh, podría decir que quizás un hombre de cada cincuenta la sufre..., algo muy sorprendente, considerando que hubo un tiempo en que era tan común como la habilidad de dejarse crecer la barba. Simplemente compáralo con algunos de los demás tipos sexuales principales: la homosexualidad, uno de cada cinco; la bisexualidad, tres de cada cinco; el sadismo y el masoquismo, uno de cada nueve; las distintas variedades de fetichismo, uno de cada ocho. Así que ya ves, en una situación de uno sobre cincuenta, realmente te hallas en una situación difícil. Y lo que lo hace más difícil, incluso trágico, es que la perversión correspondiente que buscas en las mujeres, gracias a esa pequeña anomalía histórica, tiene una recurrencia muy probable de una cada cinco mil. Sí, siento, créeme, una platónica curiosidad hacia las

víctimas tanto masculinas como femeninas de esta desviación. Sí, exploto la soledad de la espera de los no realizados ofreciéndoles mi amistad. ¿Vampirismo psíquico? Créeme, hay en mí tanto del donante de sangre como lo hay del Vlad Tepes. No sé nada de la mujer responsable de esto —hizo un gesto con la cabeza hacia la estrujada carta— más allá de su reputación pública. Pero he vivido mucho tiempo. Puedo hacer unas cuantas especulaciones respecto a ella. Bron, según tus términos, ella simplemente no existe. Quiero decir, ¿cómo puede existir? Tú eres un sádico lógico buscando a una masoquista lógica. Pero tú eres un lógico. Si redefines la relación entre P y No-P más allá de un cierto punto..., bueno, entonces ya no estás hablando de lógica. Todo lo que has hecho, realmente, ha sido cambiar de tema.

—Soy un metalógico —dijo Bron—. Defino y redefino la relación entre P y No-P cinco horas al día, cuatro días a la semana. Las mujeres no comprenden. Los maricas no comprenden tampoco.

Lawrence alzó la caja de vlet, se reclinó contra la pared y alzó una ceja.

—Explícate.

Bron hundió los hombros.

—Mira, yo... —Los enderezó—. Tiene algo que ver con, no sé, quizás una especie de valentía...

—La valentía es simplemente hacer algo grande para conseguir lo mejor para el mayor número de personas. El único problema es que el mismo proceso por el cual hacemos algo grande normalmente nos ciega para ver cuál es el número de gente lo suficientemente numeroso como para que la cosa valga realmente la pena...

—Si lo único que sabes hacer es permanecer de pie aquí y decir cosas estúpidas que pretenden ser inteligentes... —Bron estaba furioso.

—Estás furioso. —Lawrence alzó la caja una vez más—. Lo siento. Sigue.

Bron contempló sus entrelazados dedos, los bordes negros y dorados que asomaban entre ellos.

—¿Sabes?, el viaje de Sam a la Tierra fue básicamente una misión política. Puedes alegrarte de no haber ido. Durante su transcurso, algunos de nosotros fuimos capturados. Algunos resultaron muertos. Yo me salí bastante bien. Solamente fui torturado. Me mantuvieron sin comida. No se me permitió ir al baño. Me clavaron garfios. Me golpearon, haciéndome todo el tiempo las mismas preguntas, una y otra vez... Lo sé, hubiera podido ser peor. No me rompieron ningún hueso y, demonios, estoy vivo. Pero algunos de nosotros... no lo están. No fue agradable. Lo realmente malo fue que no se nos permitió hablar de ello..., los de nuestro lado no nos lo permitieron..., ni entre nosotros ni a nadie. Cualquier cosa que dijéramos podía causar que uno de nosotros, o incluso todos, resultáramos muertos, ¡simplemente así! Y entonces fue cuando tropecé con esta —alzó la arrugada carta, miró su puño, lo dejó caer— mujer. Por supuesto, tienes razón. Ella no existe. Al día siguiente de que

me soltaran, la llevé a cenar. Fue tan curioso, sentarse allí en aquel restaurante increíblemente caro, donde aún usan el dinero, y al que ella había deseado ir, pues algunos de sus amigos ya habían estado y les había oído y le había entrado el deseo de probarlo..., y darse cuenta de que una sola palabra por mi parte acerca de lo que había ocurrido podía significar mi muerte, o la muerte de una docena de otros, o incluso la de ella, mientras que todo lo que a ella le preocupaba era comportarse como correspondía a la moda... Te hubiera gustado; es uno de esos lugares donde ir descalzo es de rigneur, pero, francamente, yo no podía preocuparme de ello, o de que ella estuviera causando la impresión correcta a las camareras y al mayordomo, como una encantadora e ingenua inocente, y menos cuando ella se ponía a hablar de lo maravilloso que había sido este o aquel asunto amoroso que había tenido en el pasado. Quiero decir, no es que hubiera debido sorprenderme de ello. Ya sabes, me había encontrado algunas veces con ella antes, aquí en Tetis. Habíamos hecho el amor unas cuantas veces, de una forma casual y..., bueno, yo creía que con éxito. Pero sólo un ejemplo: la primera vez que la conocí le hablé de ti, dije que tenía que conocerte. Ella no se lo tomó a bien; al parecer, no le gustan los homosexuales. No los aprueba o algo así. Todavía sigue hablando de ello aquí... —Bron alzó la carta—. Se ofendió gravemente de que yo pudiera pensar que ella debía tener alguna relación con alguien que lo era. Quiero decir, ¿puedes imaginarlo? ¿En esta época? No es que ella esté por encima de practicar un poco de amor homosexual de tanto en tanto y muy alegremente, o eso afirma al menos, cuando se suelta el pelo. Pero, al parecer, eso es diferente. En realidad, una posición lógicamente consistente se halla simplemente más allá de ella..., aunque, como tú, habla bastante de lógica. ¡En realidad, la única razón que da de no desear conocerte es porque resultó que yo mencioné que eras gay! Echa una mirada... —Bron le tendió la arrugada carta.

Lawrence alzó la barbilla.

—Realmente, estás consiguiendo hacer que suene como alguien por quien yo jamás tendré el menor interés..., y ciertamente no en su injuriosa correspondencia.

Bron volvió a colocar las manos entre sus rodillas.

—Bueno, ésa es la categoría a la que pertenece. De todos modos, allí estábamos, en el restaurante. Las cosas habían sido realmente duras para mí, con el arresto y el interrogatorio. Y simplemente tenía la sensación de que necesitaba algo..., no sexo; algo más que eso, alguna especie de... No sé: apoyo, amistad, calor, compasión... Sin embargo, créeme, una vez ella tuvo la más ligera noción de que yo deseaba algo más que sexo, decidió que el sexo quedaba descartado también. A partir de entonces todo fue un enorme y plano rechazo. Quiero decir, yo no podía hablar de lo que me había ocurrido, de todo aquello por lo que había pasado; era demasiado peligroso. Pero ella ni siquiera comprendía que algo no iba bien. Simplemente no había ninguna comprensión en absoluto... Ninguna de ellas comprende. No pueden comprender.

Los hombres simplemente han de arreglárselas por sí mismos.

—¿Dijiste algo acerca de valentía? —Lawrence alzó la caja de nuevo.

—Bueno, sí. Quiero decir que no quiero hacer toda una historia de ello; pero bueno, cuando deseé volver aquí, para saber cómo estabas, y Audri, y los chicos, lo primero que tuve que hacer fue atravesar un cordón de polizontas. Realmente no fue tan difícil; simplemente me mezclé con una multitud de los Pobres Hijos de la Luz Avestal y el Nombre Secreto Cambiante. Hace años solía asistir a su instrucción, así que pude falsificar un mantra..., lo bastante bien como para seguir con ellos, al menos. Y crucé de ese modo. No estoy diciendo que eso requiriera un montón de ingeniosidad; pero sí necesitó un poco. Y, en unos momentos de crisis social, alguien tiene que poseer ese tipo de ingeniosidad, aunque sólo sea para proteger la especie, las mujeres, los niños..., sí, incluso los viejos. Y esa ingeniosidad surge de la soledad, de esa particular soledad masculina. Ni siquiera es consciente. Quiero decir que ni siquiera lo intenté tan duramente. Pero, en tiempos de crisis, algunas cosas simplemente deben hacerse. A veces se trata de mantener tu boca cerrada, o no hacer algo que desees pero que puede poner en peligro a otros. A veces se trata de hacer algo que no harías normalmente, como cruzar un cordón policial, o una ventana, o incluso las ideas realmente estúpidas de alguien. —Bron se echó a reír—. Sólo estoy intentando imaginar a esa loca zorra con la que salí a cenar, con todas esas cosas acerca de su amante y etcétera, incluidos los dos que tenía en ese momento, ¡manteniendo la boca cerrada acerca de todo lo demás! ¿Un asunto de vida o muerte? ¡Eso no la hubiera detenido! O hallar su camino a través de los cascotes de la calle ahí fuera. Tiene que pasar todo un día decidiendo si lleva o no la ropa adecuada para una excursión. Oh, no estoy diciendo que las mujeres no puedan ser valerosas. Pero se trata de un tipo diferente de... Bueno, supongo que las mujeres, o la gente con amplios componentes femeninos en su personalidad, son demasiado sociales para tener esa necesaria soledad que les permita actuar fuera de la sociedad. Pero, mientras tengamos una crisis social, ya sea producida por el hombre o por esta guerra, o incluso natural como un temblor del hielo, pese a lo que dicen los dramas del hielo, necesitamos esa soledad particularmente masculina, aunque sólo sea por la ingeniosidad que alimenta, a fin de que el resto de la especie pueda sobrevivir. Supongo, en cierto sentido, que las mujeres son sociedad. Quiero decir, se reproducen, ¿no? O al menos el setenta por ciento hoy en día, al menos. No es que me queje de que, como tú dices, en los últimos ciento setenta y cinco años les haya sido dado...

La caja de vlet se deslizó de las manos de Lawrence, golpeó contra el suelo y se abrió. Dos de los cajones laterales salieron disparados, esparciendo sobre la moqueta cartas, dados y figuras rojas y verdes.

Bron se puso en pie.

Lawrence, con una pequeña exclamación, cayó de rodillas, murmurando:

—Oh, vaya... —y—: Eso me pasa por... —y se puso a recoger las piezas, con aspecto más y más trastornado.

—Hey —dijo Bron al cabo de un momento—, no te preocupes... Espera, te ayudaré a recoger...

—Eres un estúpido —dijo Lawrence, de pronto y roncamente—. Y yo estoy cansado. Estoy cansado de todo esto, ésa es la razón. Estoy cansado.

—¿Eh?

Lawrence colocó secamente dos dados en su lugar, tendió la mano hacia un tercero...

—Hey... —Bron oyó la hostilidad en el clac e intentó retroceder en lo que había dicho hasta hallar la causa que lo había generado—. Oh, hey; cuando dije maricas no comprendí, sólo estaba siendo..., no sé, malintencionado. Mira, te guste joder o que te jodan, sigues siendo un hombre. Has estado solo. Después de todo, vives en este lugar, ¿no? Hiciste tanto como yo para asegurarte de que Audri y los chicos estuvieran bien. Quiero decir que, en realidad, fue idea tuya el que...

Lawrence se sentó hacia atrás; unas manos pálidas y llenas de arrugas rastrillaron sus oscuros y arrugados genitales.

—¡Eres un estúpido! ¡Eres un estúpido! ¡Eres un estúpido! ¿Me hablas de valentía? —Una mano saltó hacia arriba y señaló la puerta—. Ahí está tu valentía. Ahí está tu ingeniosidad. Justo al otro lado del pasillo, en la habitación de Alfred..., no, todavía no la han vaciado. La gente que les ha hecho eso, y que se afana en hacer todo lo que debe hacerse para la supervivencia de la especie, ¡y con tanta eficacia! Sin la pérdida de un solo soldado. De ningún lado. —La mano de Lawrence cayó al suelo, por entre las piezas—. Lo que vine aquí a decirte... —Lawrence inspiró profundamente, dejó escapar el aliento en un largo suspiro. Sus hombros se hundieron— es que la guerra ha terminado. Lo anunciaron hace poco por los canales públicos. Al parecer, hemos ganado..., signifique eso lo que signifique. Lux en Japeto no tiene supervivientes. Cinco millones de personas..., todas muertas. El sabotaje fue completamente efectivo allí. Perdieron toda la gravedad y la atmósfera. La pérdida de vidas está por debajo del ocho por ciento en Europa y Callisto. Las cifras de Ciudad-G en Ganimedes aún no se saben, lo cual puede ser bueno o malo. Tritón, el último en entrar, es al parecer el que ha salido mejor librado. Por otra parte, nosotros hemos carbonizado un dieciocho por ciento de la superficie emergida de la Tierra. Ochenta y dos horas después de que Tritón se uniera a la guerra, los dos lados jugaron todas sus cartas. Oficialmente Marte se ha rendido, con pérdidas por debajo del millón de vidas, la mayor parte en pequeños asentamientos urbanos fuera de Bellona. —Lawrence tomó una Bruja roja, la miró, la dejó caer por entre sus dedos a su palma, dejó que su puño cayera al suelo—, Al parecer no hay ninguna

comunicación oficial de la Tierra, pero estamos tomando eso como una rendición: todo el mundo que podría formalizarla oficialmente está muerto. Ya están mostrando fotos aéreas de algunas de las secciones que golpeamos: la mayor parte en el norte y el sur de África, América central y Asia oriental. Aunque intentaron mantenerse lejos de los más importantes centros de población, estiman que entre un sesenta y un setenta y cinco por ciento de la población de la Tierra ya está muerta o, como dijeron eufemísticamente, estará muerta dentro de las próximas setenta y dos horas. Debido a la «confusión» resultante, lo llamaron. —Lawrence sacudió la cabeza—. ¡Confusión...! ¡Valentía en tiempo de crisis! —Miró a Bron—. Yo nací en Sudáfrica. No me gustaba. Me marché de allí. No tenía intención de volver. ¡Pero eso no les da derecho a ir y simplemente quemarlo todo! Oh, sé que no se supone que uno deba hablar de cosas embarazosas como de dónde procede. Sueno como cualquier loco político del n-r, hablando de mis orígenes. ¡Pero ellos siguen sin tener derecho! —Se inclinó hacia delante y, con un barrido de la mano, recogió varias piezas dispersas—. Siguen sin tenerlo... ¡Un setenta y cinco por ciento! Tú estuviste hace muy poco en la Tierra. Supongo que en algún momento, en algún lugar, conociste a alguien..., sólo una persona que te cayera bien, o que despertara en ti algún sentimiento..., negativo o positivo, no importa. Las posibilidades ahora son de tres sobre cuatro de que esa persona, en las próximas setenta y dos horas, muera. En la confusión. Y, cuando hayan muerto, simplemente estarán tan muertas como esos dos muchachos al otro lado del pasillo... ¡No, no te preocupes por éstos! Yo puedo ocuparme de ellos. ¡Simplemente cruza el pasillo y comprueba lo muertos que están!

Pero Bron no había hecho intención de arrodillarse. Mientras contemplaba la estrujada carta aún en su puño, una imagen de la Púa, en la Tierra, «en la confusión», le había golpeado tan vívidamente como una escena recuperada a través de un olor casual: se tambaleó. Su corazón golpeó hacia delante y hacia atrás en sus costillas. Los pensamientos que fluyeron a su mente eran demasiado violentos para ser calificados como tales (al menos, ese pensamiento era claro); observó a Lawrence seguir recogiendo las piezas. Finalmente —¿Había pasado un minuto? ¿Cinco?— preguntó, con voz ronca:

—¿Realmente piensas que es una entre... cinco mil?

—¿Qué? —Lawrence alzó la vista, con el ceño fruncido.

—¿Acerca de... las mujeres?

Lawrence suspiró y empezó a recoger más piezas.

—Podría equivocarme de un millar, como mucho..., ¡en cualquier dirección!

Bron arrojó la carta al suelo («Hey, ¿adónde vas...?», llamó Lawrence) y saltó al pasillo.

No fue a la habitación de Alfred.

Abajo, en la sala del ordenador, media docena de hombres aguardaban fuera y,

cuando pasó entre ellos, intentó explicarles que había al menos una demora de veinte minutos para conseguir cualquier programa de diagnóstico médico.

—¡Yo no deseo ningún diagnóstico! —dijo, pasando delante de todos—. ¡Yo sé lo que está mal! ¡Yo sólo deseo Información Clínica! —Entró en el cubículo y cerró la puerta tras él. No estaba seguro de poder conseguir Información Clínica si había una saturación de diagnosis. Pero, cuando tecleó su petición, la dirección apareció inmediatamente en la pantalla. Pulsó el botón púrpura, y la dirección fue impresa en una tira de papel—seda de dorso violeta. Lo arrancó de la ranura donde había emergido y salió a paso de carga del cubículo.

Había una pequeña multitud fuera del quiosco de transporte. ¿Retrasos? Dobló la esquina, decidido a caminar. La dirección estaba en el sector no restringido. Lo cual era típico. Aquí y allá pasó junto a zonas desmoronadas. Grupos de trabajo se habían reunido ya en algunos emplazamientos. Se descubrió comparando los brillantes monos amarillos que llevaban los hombres y las mujeres allí con las sucias ropas de trabajo de los excavadores terrestres. (¿Setenta y cinco por ciento...?) Pero eso lo dejó con un sentimiento de torpor, otra irrelevancia, antes de llegar a su destino. Rezaría por ellos, pensó, e intentó recordar su murmullo; todo lo que acudió a su mente fue el altisonante grito de las Bestias: ¡La mutilación de la mente, la mutilación del cuerpo! Hundió los hombros, frunció los ojos ante el polvo que torbellineaba a la verde luz —la tira de luces de la izquierda estaba apagada— del paso inferior embaldosado. Al salir a la más oscura vía, se hizo evidente que el n-r, ciertamente, había sido golpeado con dureza. Lo cual, por supuesto, también era típico.

¿Estaría abierta la clínica?

Lo estaba.

La sala de recepción azul estaba vacía, excepto una mujer sentada en un complicado sillón en una esquina, con una complicada consola en uno de los brazos del asiento. Con los ojos junto a los binoculares de un lector, tecleaba algún input ocasional en las teclas de la consola. Bron se dirigió hacia ella. Ella apartó el lector a un lado y sonrió.

—¿Puedo ayudarle?

—Quiero ser una mujer —dijo Bron.

—Sí. ¿Y de qué sexo es usted ahora?

Lo cual no era la respuesta que él esperaba.

—Bueno, ¿cuál es mi aspecto?

Ella hizo una pequeña mueca.

—Podría ser un hombre que está a medio camino de uno de un cierto número de procesos posibles de cambio de sexo. O podría ser una mujer que se halla muy adelantada en un cierto número de otras operaciones de cambio de sexo: en cualquiera de estos dos casos, usted desearía que completáramos un trabajo que ya ha



empezado. Yendo más al fondo del asunto, podría haber empezado usted como una mujer, ser cambiada a hombre, y ahora desear ser cambiada a... otra cosa distinta. Eso podría ser difícil. —Pero, debido a que en un contexto completamente distinto él había usado una consola como aquélla durante tres meses, Bron vio que ella había tecleado ya «Hombre»—. O —concluyó la mujer— podría ser una mujer muy bien travestida.

—Soy un hombre.

Ella sonrió.

—Déjeme su tarjeta de identidad. —Él se la tendió, y ella la metió en la ranura al fondo de la consola—. Gracias.

Bron miró a su alrededor, a las sillas vacías que rodeaban la sala de espera.

—¿Hay alguien más aquí...?

—Bueno —dijo secamente la mujer—, ya sabe usted que acabamos de tener una guerra esta tarde. Las cosas se han frenado un tanto. Pero seguimos adelante..., sólo tiene que ir hacia allá.

Bron cruzó la pared azul a una habitación más pequeña, de un rosa intestinal.

El hombre detrás del escritorio estaba extrayendo en aquellos momentos la tarjeta de Bron de la ranura de su consola. Sonrió a la tarjeta, a Bron, a la silla rosa frente a él, a la tarjeta de nuevo. Se puso en pie, tendió su mano por encima del escritorio.

—Encantado de conocerla, señora Helstrom...

—Soy hombre —dijo Bron—. Acabo de decirle a su recepcionista...

—Pero usted desea ser mujer—dijo el hombre. Tomó la mano de Bron, la estrechó, la dejó caer y tosió—. Creemos en empezar inmediatamente, en especial con las cosas más fáciles. Siéntese.

Bron se sentó.

El hombre sonrió, se sentó también.

—Ahora, una vez más, señora Helstrom, ¿puede decirnos qué es lo que desea de nosotros?

Bron intentó relajarse.

—Deseo que me conviertan en una mujer. —Decirlo por segunda vez no fue tan duro como la primera.

—Entiendo —dijo el hombre—. Es usted de Marte..., o posiblemente de la Tierra, ¿correcto?

Bron asintió.

—De Marte.

—Eso creí. La mayor parte de nuestros beneficiarios lo son. Es terrible lo que ha ocurrido allí esta tarde. Simplemente terrible. Pero imagino que eso no le afecta a usted. —Sorbió aire entre sus dientes—. Sin embargo, de algún modo, la vida bajo nuestro sistema en particular no genera tantos tipos seriamente insatisfechos a nivel

sexual. Sin embargo, puesto que está usted aquí, sospecho que pertenece al tipo que está prácticamente harto de que la gente le pregunte a qué categoría pertenece o no pertenece. —El hombre alzó una ceja y tosió de nuevo interrogativamente.

Bron guardó silencio.

—Así que quiere ser usted una mujer. —El hombre inclinó la cabeza—. ¿Qué tipo de mujer desea ser? O, más bien, ¿una mujer hasta qué punto?

Bron frunció el ceño.

—Si desea usted simplemente lo que en esencia podría ser llamado cirugía cosmética, podemos hacer un espléndido trabajo; y uno completamente funcional. Podemos proporcionarle una vagina funcional, un clítoris funcional, incluso una matriz funcional en la que pueda albergar un bebé hasta su nacimiento y alumbrarlo, y pechos funcionales con los cuales pueda alimentarlo una vez nacido. Más que eso, sin embargo, y deberemos abandonar el reino de la cosmética y entrar en lo radical.

El fruncimiento de ceño de Bron se hizo más profundo.

—¿Qué es lo que pueden hacer, más allá de eso?

—Bien. —El hombre apoyó las manos sobre la mesa—. En cada una de sus células..., bueno, no en todas: una notable excepción son los glóbulos rojos de la sangre..., hay cuarenta y seis cromosomas, largas cadenas de ADN, cada una de las cuales puede ser considerada como dos moléculas gigantes entrelazadas, en las cuales se hallan asociados cuatro nucleótidos: adenina, timina, citosina y guanina, para ser leídos secuencialmente en grupos de tres. El orden de esos grupos determina el orden de los aminoácidos a lo largo de las cadenas de polipéptidos que crean las proteínas y enzimas que, una vez formadas, proceden a interactuar unas con otras y con el entorno de tal modo que, al cabo de un tiempo y con un reaprovisionamiento... Bueno, el proceso es demasiado complicado como para resumirlo con un solo verbo: digamos simplemente que ellas están allí, y usted está aquí. He dicho cuarenta y seis: esto sería completamente cierto si fuera usted una mujer. Lo que lo convierte en un hombre es el medio cromosoma llamado Y, que está emparejado con un cromosoma completo llamado x. En las mujeres, hay dos de esos cromosomas x y ningún Y en absoluto. Y, sorprendentemente, siempre que tenga usted al menos un cromosoma Y en las células (normalmente no importa cuántos x posea, y ocasionalmente se doblan...), el organismo es masculino. Ahora, la pregunta es: ¿cómo le convierte este cromosoma Y en un hombre, cuando al principio se dividen las distintas células y su pequeño globo de tejido va sufriendo diversas catástrofes tomistas y doblándose y contrayéndose hasta convertirse en usted? —El hombre sonrió—. Pero supongo que simplemente estoy recapitulando lo que usted ya conoce... La mayor parte de nuestros beneficiarios han efectuado una buena cantidad de investigación por su propia cuenta antes de acudir a nosotros.

—Yo no lo he hecho —dijo Bron—. Simplemente me decidí..., quizás hace una

hora.

—Bien —admitió el hombre—, algunos toman sus decisiones rápidamente. Y puede que le interese saber que muchos entre ellos son nuestros casos de mayor éxito..., si son del tipo adecuado. —Sonrió, asintió—. Ahora, como iba diciendo: ¿cómo consigue todo eso el cromosoma Y?

—¿Tiene impresa en él la huella del orden de los aminoácidos para las hormonas sexuales masculinas? —aventuró Bron.

—Oh, tiene usted que arrojar de su mente la idea de la huella «impresa». Los cromosomas no describen directamente nada acerca del cuerpo. Prescriben, lo cual es un proceso completamente distinto. Además, ese cromosoma Y es, para todos los fines prácticos, sólo la cola de un cromosoma X. No, es más complicado que eso. Una de las formas en que trabajan los cromosomas es que una enzima creada por un segmento activará, por así decir, la proteína creada por otro segmento, ya sea en el mismo cromosoma o en otro completamente distinto. O, a veces, activará otro producto de otro segmento. Si desea usar usted el concepto más burdo de genes..., y, realmente, el concepto de gene es sólo una abstracción, porque no hay genes delimitados, tan sólo son cadenas de nucleótidos; no tienen ninguna estructura, y empezar a leer los tripletes en el punto adecuado puede ser un auténtico problema..., si desea usted emplearlo, digo, podemos decir que algunos genes conectan, o activan, otros genes, mientras que algunos genes inhiben la actividad de otros. Se trata de una complicada interrelación de conexiones y desconexiones entre los X y los Y: por ejemplo, una célula con múltiples cromosomas Y y ningún X no puede hacer esto y simplemente muere..., y eso nos deja con varios genes tanto X como Y activos, los cuales a su vez activan otros genes a todo lo largo de los cuarenta y seis que controlan las características masculinas, mientras que los genes que controlan algunas características femeninas no son activados (o en otros casos son específicamente desactivados). El intercambio que ocurre entre dos cromosomas X dejará diferentes genes activados sobre todos los cromosomas X, los cuales, a su vez, activarán aquellos genes que controlan y desactivan los masculinos a lo largo de todo el resto de los cuarenta y cuatro. Por ejemplo, hay un gene que es activado en el Y que desencadena la producción de andrógeno..., en realidad partes del propio andrógeno son diseñadas a lo largo de una sección del cromosoma X..., mientras que otro gene, que el Y activa en el X, hace que otro gene, completamente distinto, prepare el cuerpo de modo que pueda responder al andrógeno. Si este gene, de alguna forma, no es activado, como ocurre ocasionalmente, entonces tenemos lo que se llama feminización testicular. Las hormonas sexuales masculinas son producidas, pero el cuerpo no puede responder a ellas, de modo que en ese caso tiene usted un Y y de todos modos un cuerpo femenino. Esta situación entre el X y el Y hace que resulte lógicamente difícil decir si consideramos al hombre como una mujer incompleta o a

la mujer como un hombre incompleto. La disposición en las aves y los reptiles, por ejemplo, es tal que el medio cromosoma es llevado por las hembras y el completo por los machos: los machos son X-X, y las hembras son X-Y. En cualquier caso, una de las cosas que podemos hacer por un hombre es infectarle con una sustancia vírica especial relacionada con algo llamado un episoma, que lleva la longitud de x que falta y la deposita en todas las células de tal modo que el Y, por decirlo así, se ve completado y todas aquellas células que eran X-Y se convierten ahora, a todos los efectos, en X-X.

—¿Y qué consigue esto?

—En realidad, sorprendentemente poco. Pero hace que la gente se sienta mejor al respecto. Muchas de estas cosas deben entrar en juego en determinados momentos del desarrollo del cuerpo para producir un efecto apreciable. Por ejemplo: el cerebro, dejado a sus propios medios, desarrolla una hormona mensual cíclica cuya descarga excita los ovarios, en una mujer a intervalos regulares, para producir las hormonas femeninas que hacen que ovule. La introducción del andrógeno, sin embargo, hace que parte del bulbo raquídeo se desarrolle de forma distinta y el ciclo mensual es eliminado. El bulbo raquídeo es visiblemente distinto durante la disección..., en las mujeres, el bulbo raquídeo es apreciablemente más grueso que en los hombres. Pero lo que importa es que, una vez este desarrollo se ha producido y el ciclo mensual es suprimido, aunque el andrógeno sea dejado de administrar, el cerebro no revierte a su estado anterior. Las cosas de este tipo son muy difíciles de invertir. Necesitan diez o doce minutos de microcirugía de burbujas. Pero así es como hacemos la mayor parte de lo que hacemos. Probamos de utilizar clones de su propio tejido para todo lo que ha de ser desarrollado..., el uterus masculinus para su útero; y utilizamos auténtico plasma germinal de sus testículos y hacemos crecer unos ovarios a la medida de él..., lo cual es una auténtica hazaña. ¿Ha considerado usted alguna vez la diferencia entre su equipo reproductor y el de ellas<sup>1</sup>? El femenino es mucho más eficiente. Al nacer, la mujer tiene formados ya como unos quinientos mil óvulos, los cuales, a través de un proceso de absorción y generación comparativamente no violento, se reducen a doscientos mil a la pubertad, cada uno de ellos aguardando a ser liberado en la matriz..., ¿sabe?, prácticamente el noventa y nueve por ciento de los datos acerca de lo que va a ocurrirle a «usted», una vez los genes del padre se encuentran con los de la madre, se halla contenido en el resto del óvulo que es no cromosómico. Por eso el óvulo, comparado con el espermatozoide, es tan grande. Usted, por otra parte, produce aproximadamente trescientos millones de espermatozoides cada día, de los cuales, si posee usted material reproductor de primera, quizás un centenar o así puedan realmente fertilizar algo. Los otros doscientos millones novecientos noventa y nueve mil novecientos son mutaciones letales, puro esfuerzo desperdiciado, contra el cual la mujer posee (afortunadamente) un sistema de anticuerpos que trata a los malos

como gérmenes. De hecho, estimular más este sistema de anticuerpos, que usted también posee, es la base de nuestro sistema de control de la natalidad. —Tosió—. Topológicamente, hombres y mujeres son idénticos. Algunas cosas son simplemente más grandes y más desarrolladas en uno que en el otro y se hallan situadas de forma diferente. Pero empezamos completando sus cromosomas x. Digo completando..., pero no debe pensar usted que quiero alentar algún supuesto prejuicio por su parte en el sentido de que, puesto que desea ser una mujer, estoy suponiendo que piensa que los nombres son criaturas inferiores y estoy rebajándolos...

—No creo que los hombres sean inferiores —dijo Bron—. Simplemente, deseo ser una mujer. Supongo que me dirá usted que eso es también una categoría.

La sonrisa del hombre sufrió una ligera inflexión.

—Sí, señora Helstrom. Me temo que lo es. Pero no me corresponde a mí juzgar. Yo sólo estoy aquí para informar y aconsejar. El dar a luz es sólo una de las cosas que pueden hacer la vida de una mujer más complicada que la de un hombre..., pero, por supuesto, cuatro de cada cinco mujeres deciden hoy no tener hijos; ¿le interesa particularmente la maternidad?

—No.

—Bien, al menos sabrá usted que es libre de cambiar de opinión. Básicamente, sin embargo, obtendrá usted un cuerpo mucho mejor diseñado y más complicado. Trátelo bien, y se sentirá bien con él. Trátelo mal, y me temo que, debido a que es más complicado, habrá más cosas que irán mal en él. Esto puede ser un problema, en especial para una mujer carente de experiencia, una mujer como usted, señora Helstrom, que es..., ¿cómo diría? No nacida en el método.

Bron se preguntó cuántas veces al día decía el hombre exactamente aquello.

—Pero espero que aceptará la ayuda que puedo ofrecerle, aunque sólo sea la información referente a las posibilidades puramente biológicas. —El hombre inspiró profundamente—. Por supuesto, han sido diseñados otros métodos para los transexuales mujer-a-hombre. Pero probablemente eso no le interesará...

—Tenía un amigo —dijo Bron—. Él..., ella..., bueno, antes era una mujer. Ahora tiene una familia, y al menos un hijo. ¿Cómo funciona eso?

—Oh, hay un buen número de posibilidades. —El hombre unió las puntas de los dedos y asintió—. La más simple, por supuesto, es la adopción. Luego, existe un complicado proceso mediante el cual el plasma germinal es inducido a formar un espermatozoide todo-X, similar al del ave o el reptil machos. ¿Se trata de una hija?

Bron asintió.

—Entonces es posible. Pero estábamos hablando de usted. ¿Qué es lo que le gustaría que hiciéramos?

—Todo.

El hombre inspiró de nuevo profundamente.

—Entiendo. —Pero estaba sonriendo.

—Quiero ser genéticamente, hormonalmente, físicamente, una mujer... —Se dio cuenta de que tenía las manos fuertemente apretadas la una contra la otra. Las soltó y dijo, en voz más baja—: ¿No desea saber mis razones?

Si hubiera una escala de sonrisas, el hombre delante de Bron hubiera hecho descender la suya a una segunda menor.

—Señora Helstrom, aquí somos consejeros..., no jueces. Suponemos que tiene usted sus razones, y que las ha meditado lógicamente a su propia satisfacción. Yo sólo poseo información, en su mayor parte biológica: si esto encaja con sus razones, estupendo. Si le hace sentirse insegura al respecto, entonces es necesario que se tome tanto tiempo como precise para reconsiderar su decisión: cinco minutos, cinco días, cinco años..., si cree que son necesarios.

—El hombre se inclinó bruscamente hacia delante—. Señora Helstrom, sería completamente fatuo por mi parte pretender que no soy consciente de que, incluso en esta época, una decisión como la que usted ha tomado puede causar una cierta consternación en sus colegas cooperativos, si no comunales. Es difícil no descubrir que esta consternación es trastornante..., sin mencionar esas actitudes sociales sin nombre que uno ha internalizado durante una menos iluminada juventud en un mundo con una cultura diferente, y que son, muy a menudo, las mismas actitudes de insatisfacción que lo impulsan a uno a tomar la decisión a la que nos enfrentamos ahora. Y, aunque poseemos nuestro compromiso emocional para sostenernos, esos prejuicios externos nos asaltan pese a todo, presentándose invariablemente con el disfraz de la lógica. Déjeme intentar ofrecerle un poco de apoyo, señora Helstrom. ¿Posee usted por casualidad algún conocimiento sobre un área de las matemáticas informáticas llamada metalógica?

Bron alzó su ceja auténtica.

—De hecho, sí.

—Eso es lo que pensé. —La sonrisa del hombre ascendió a una quinta—. La lógica sólo puede hablarnos de las posibles relaciones de elementos ya conocidos. No nos proporciona herramientas para analizar ninguno de esos elementos en conocimientos o desconocimientos más básicos. No nos ofrece ninguna forma de extrapolar a partir de elementos fuera de los que conocemos. El análisis y la extrapolación son conseguidos a través del razonamiento..., del que la lógica es sólo una parte muy incompleta. Lo importante es que, con la vida encerrada entre dos enormes paréntesis de no ser y limitada a ambos lados por un inevitable sufrimiento, no hay ninguna razón lógica para intentar mejorar nunca ninguna situación. Hay, sin embargo, muchas razones de otros tipos para conseguir tantas mejoras como uno razonablemente pueda. Cualquier proceso de razonamiento, en el momento en que se desvía de la estricta lógica deductiva, es metalógico. No hay ninguna forma lógica en

que usted pueda llegar a saber que yo estoy sentado aquí al otro lado de este escritorio, o ni siquiera que..., bueno, que ésta es su propia mano. Ambas cosas pueden ser ilusiones: poseemos la tecnología necesaria, abajo, en el ala oeste, para producir ilusiones que implican a la vez la creencia y el conocimiento de que esas creencias son ciertas, y eso es lo más complicado de todo, actuando directamente sobre el cerebro. ¿Cuáles son nuestras responsabilidades sociales cuando se dispone de una tecnología como ésta? La respuesta a la que parecen haber llegado los satélites es intentar conseguir que la realidad subjetiva dé cada uno de sus ciudadanos sea tan inviolable políticamente como resulte posible, hasta el punto de la angustia destructiva..., y la destrucción debe ser denunciada por otro ciudadano; y usted debe denunciar esa angustia. Ciertamente, están aquellos que creen, en lo más profundo de sus corazones subjetivos, que la guerra que acabamos —tosió— de ganar esta tarde se luchó para preservar esa inviolabilidad. Soldados o no, no estoy de acuerdo con ello. Pero, básicamente, nuestra cultura permite, apoya y alienta un comportamiento que, simplemente en las calles tanto del sector no restringido como del restringido, hubiera producido algunos encuentros con alguna institución restrictiva si hubiera tenido lugar en la Tierra hace un centenar de años. —Frunció una ceja, la desfrunció—. La situación de su vida en el mundo es tal que usted cree que sería mejor si fuera una mujer.

—Sí —dijo Bron.

—Muy bien. —El hombre se echó hacia atrás en su silla, apoyó las manos en el borde del escritorio—. Podemos empezar en cualquier momento que usted desee.

—¿Y la parte psicológica?

La sonrisa descendió una octava, lo cual lo dejó colgado en el umbral de un fruncimiento de ceño.

—¿Perdón?

—¿Qué hay acerca de la parte psicológica?

El hombre se sentó de nuevo hacia delante y recobró su sonrisa.

—La verdad es que no compren... Usted desea convertirse físicamente en una mujer. Y usted... —Entonces cayó en la cuenta—. Quiere decir usted en términos de... Bien —tosió de nuevo—, en realidad, señora Helstrom, acaba de presentar usted una situación que realmente es muy inhabitual. La mayor parte de nuestros... clientes masculinos desean la operación física debido a que, de una u otra forma, tienen la sensación de que ya se hallan, en un cierto sentido, psicológicamente más adaptados a un cuerpo femenino y a una situación femenina, tal como ellos la perciben. Pero, por lo que veo... —sus cejas parecieron unirse—, ¿usted no?

—No. —Y, después de que el hombre no dijera nada durante prácticamente medio minuto, Bron añadió—: Ustedes se dedican a efectuar refijaciones sexuales y cosas así en esta clínica, ¿no?

—Sí, claro... —El hombre tosió de nuevo, y Bron se dio cuenta de que se trataba de un auténtico resfriado, no de una forma de puntuar sus palabras (lo más probable es que sea otro fanático religioso, suspiró)—. Bueno, abajo, en el ala oeste. Sí, lo hacemos. Pero... —Ahora se echó a reír—. Bueno, son muy raras las veces que los dos departamentos tienen que trabajar en el mismo caso..., en realidad, ni siquiera hay una puerta entre nuestra oficina y la de ellos. Quiero decir, ellos se ocupan de un tipo de casos enteramente distinto: amigos, de cualquier sexo, que desean introducir un elemento sexual en su relación debido a que uno, o los dos, tienen dificultades en hacerlo de una forma natural; diversos problemas funcionales; personas que simplemente desean probar algo nuevo; o gente que lo que quiere es que el elemento sexual sea completamente suprimido, a menudo por razones religiosas. —La risa volvió de nuevo—. Me da miedo librarle a sus servicios, literalmente va a tener que estar entrando y saliendo constantemente. Bueno..., ha sido un largo día. Permítame acompañarle. —El hombre echó hacia atrás su silla, se puso en pie.

La habitación era octogonal y estaba moteada de verde: luces color pastel brillaban en sus marcos dorados a todo lo largo de las paredes. Al parecer era un departamento mucho más grande y ajetreado: guerra o no, una docena de hombres y mujeres aguardaban su turno.

Bron pensó que, aunque fuera un departamento distinto, había la suficiente conexión como para que, viniendo con su consejero, fuera introducido directamente en un cubículo color marfil con dos técnicas y varias bancadas de equipo.

—¿Podrían establecer una parrilla de fijación rápida del desarrollo del patrón sexual de este caballero? —(Bron observó el restablecimiento del sexo masculino)—. Sólo por curiosidad..., pueden ahorrar la parte de la entrevista. Únicamente deseo ver las cifras.

—Cualquier cosa por ti, corazón —dijo la técnica más joven, y sentó a Bron en una silla, colocó sobre su cabeza un casco que cubrió sus ojos con almohadillas oscuras y que (oyó el accionar de un interruptor en alguna parte) sujetó su cráneo suave pero firmemente con unas abrazaderas—. Intente relajarse y no piense en nada..., si ha efectuado alguna vez meditación de ondas alfa, intente acercarse lo máximo posible a ese estado..., sí, estupendo. Perfecto..., perfecto..., mantenga ese estado mental..., ajá, manténgalo. No piense. ¡Ya está! ¡Estupendo! —Y, cuando el casco se alzó con un zumbido sobre sus dos brazos gemelos, vio que las dos técnicas y el consejero que lo había traído hasta allí contemplaban varias hojas grandes (Bron se puso en pie, avanzó tras ellos) de números, impresos sobre una especie de papel milimetrado; los números tenían tonos diferentes, formando nubes de color que aquí se interpenetraban, aquí se entremezclaban, como un campo sensorial analizado numéricamente. La consola extrajo una última hoja por entre sus labios de plástico.

—Bien, ¿qué piensa?



—¿Qué es lo que dicen? —preguntó Bron.

La mujer más joven, con los labios fruncidos, estudió las otras cuatro hojas.

—Ignore los números amarillos y los que hay al borde de las configuraciones; reflejan las conexiones de su sexualidad con otras áreas de su personalidad..., que, por cierto, tiene un aspecto sorprendentemente normal. Las configuraciones básicas azules, rojas y violetas..., no son más que una comprobación visual de la superposición cromática de los números únicos sobre los números triples y una rápida ojeada al despliegue par—impar de las cifras triples..., pero parece como si se hubiera desenvuelto usted muy bien con parejas de ambos sexos, con una abrumadora preferencia hacia el femenino...

—...aquí hay una línea nodal —dijo la otra técnica— que va desde las mujeres bajas y morenas con amplias caderas a las rubias altas de abundante pecho. Y a partir de ese corte transversal, que refleja el cuarto nivel de profundidad de su corteza cerebral —giró otra página y colocó un dedo sobre una confusa mancha de números rojos y anaranjados con hileras de decimales tras ellos—, sospecharía que tuvo usted, en un determinado momento, algunas experiencias estadísticamente más bien impresionantes con mujeres mayores, que estaba camino de desarrollarse a una preferencia pero que, observo, se cortó bruscamente hace... ¿diez, doce años? —Alzó la vista—. ¿Fue usted un profesional cuando joven?

—Correcto.

—Eso parece que lo hizo muy seguro de sí mismo en conjunto. —Dejó caer las hojas.

—¿Cómo encaja esta configuración básica con el resto de la población? —preguntó el hombre—. Es la misma configuración que la mayoría, ¿no?

—No hay ninguna configuración de la mayoría —dijo la técnica más joven, un poco secamente—. Los dos vivimos en la misma coop —le explicó a Bron—. A veces aún tienes que recordárselo, o la vida puede convertirse en algo muy deprimente. —Contempló las páginas—. Es la configuración pluralista masculina habitual..., es decir, el esquema base. Los nódulos de preferencia son enteramente individuales, así como cualquier despliegue experimental dentro de ellos. Es el que, dada nuestra sociedad, tiene más probabilidades de ser el más fácil de ajustar..., aunque prácticamente cualquier otra persona con la que se encuentre argumentará que el mínimo esfuerzo añadido para ajustarse a los demás resulta ampliamente compensado por la satisfacción extra de hacer algo con un mínimo de dificultad. Es usted un hombre normal, bisexual, orientado hacia las mujeres..., sexualmente, quiero decir.

El hombre dijo a Bron:

—Y debo entender que usted desea que esta configuración sea cambiada a... ¿digamos la habitual configuración pluralista femenina?

—¿Qué es eso? —preguntó Bron.

—Su interpretación matemática es idéntica a ésta, con una inversión en la situación de los números dobles y triples. En términos no científicos: la habilidad de funcionar sexualmente de forma satisfactoria con parejas de cualquier sexo, con una abrumadora propensión hacia los hombres.

—Sí—dijo Bron—; entonces, eso es lo que quiero.

La técnica más joven frunció el ceño.

—La configuración pluralista habitual, masculina o femenina, es la más difícil de cambiar. En realidad es extremadamente estable...

—Y, por supuesto, generalmente dejamos que los nódulos de preferencia, una vez implantado el esquema básico, se desarrollen por sí mismos —dijo la técnica mayor—, a menos que tenga usted una preferencia particular hacia el tipo de persona que usted desee preferir... Si quiere, podemos dejar su deseo hacia las mujeres tal como está y simplemente activar el deseo hacia los hombres...

—No —dijo Bron—. No es ésa mi preferencia.

—También hay que tener en cuenta, aunque podemos jugar con los resultados de pasadas experiencias, que no podemos borrar las experiencias actuales..., sin quebrantar la ley. Quiero decir, su experiencia profesional, por ejemplo, será algo que usted seguirá recordando tal como la recuerda ahora, y eso será, afortunadamente, un beneficio para usted. De todos modos, podemos imprimir algunas matrices experimentalmente orientadas. ¿Tiene usted en mente alguna?

—¿Pueden hacerme virgen? —preguntó Bron.

Las dos técnicas se sonrieron la una a la otra.

La más mayor dijo:

—Me temo, por su edad y experiencia, que eso es en sí mismo una contradicción..., al menos dentro de la configuración pluralista femenina. Podemos hacerle virgen, completamente satisfecha y feliz de seguir siéndolo; o podemos hacerle virgen dispuesta a perder su virginidad y seguir desarrollando las cosas a medida que se produzcan. Pero nos será un poco difícil hacer de usted una virgen que ha tenido ya relaciones sexuales satisfactorias con parejas de ambos sexos pero que prefiere a los hombres..., incluso para nosotros.

—Entonces tomaré la configuración pluralista femenina... —Bron frunció el ceño—. Sin embargo, dijo usted que iba a ser difícil. ¿Está segura...?

—Por dificultad —dijo la técnica más mayor— queremos decir que tomará aproximadamente diecisiete minutos, con quizá tres o cuatro chequeos y tal vez otra sesión de fijación a los tres meses, para asegurarnos que todo prende correctamente..., en vez de la sesión estándar de tres minutos y cuarenta segundos que toma el efectuar la mayor parte de los cambios.

—Disculpe, señora Helstrom —dijo el hombre, apoyando ligeramente una mano

sobre el brazo de Bron—, pero, ¿por qué no nos ocupamos primero de su cuerpo?

Las drogas que le dieron la hicieron sentir terriblemente mal.

—Vuelva andando a casa —le sugirieron—, por incómodo que le parezca. —A fin de que pudiera «congelarse» en su nuevo cuerpo. Mientras caminaba a la primera luz de la mañana, por entre las calles del sector no restringido, Bron pasó junto a uno, luego otro, y luego otro, lugares en reconstrucción. Cuerdas amarillas delimitaban los daños. Los vehículos de mantenimiento, los aseos portátiles a rayas (como exóticas cabinas realzaego), aguardaban a los trabajadores matutinos. Los destrozos seguían evocando en ella mal enfocados recuerdos de la excavación mongola; de alguna forma, la frase: «Los horrores de la guerra...» seguía dando vueltas por su mente, como el estribillo de alguna canción cuyas estrofas eran los asomos de destrucción que sus pupilas dilatadas por las drogas conseguían enfocar tras su velada visión.

Atravesó el paso inferior —la tira de luces había sido reparada: la nueva tira era más brillante que la antigua—, y salió al otro lado frunciendo el ceño al escudo sensorial que, aquí y allá, por entre el violeta, resplandecía naranja, plata y azul. La pared del callejón, un palimpsesto de carteles políticos y pintadas, había resultado dañada por la gravedad. Habían instalado ya un andamiaje. Varios trabajadores, con sus monos amarillos, estaban por los alrededores bebiendo bulbos de café.

Uno de ellos la miró y sonrió (pero era también una mujer. Una pensaría que algo tenía que haber cambiado) mientras Bron se alejaba apresuradamente. Si su aspecto era igual a como se sentía, tenía suerte de haber obtenido una sonrisa.

Los horrores de la guerra cruzaron su mente por millonésima vez. Notaba las piernas rígidas. Le habían asegurado alegremente que, tan pronto como desapareciera el anestésico, se sentiría tan dolorida como después de un parto natural moderadamente difícil. Le habían asegurado un montón de otras cosas: que sus hormonas se ocuparían por sí mismas de la redistribución de la grasa (así como de su ceja demasiado poblada) en un par de semanas. Había pedido más cirugía cosmética para eliminar parte de la fibra muscular de sus brazos; y, ¿podían hacer sus muñecas más delgadas? Sí, podían, por supuesto..., pero espere, le habían dicho. Vea cómo se siente dentro de una o dos semanas. El cuerpo ya había sufrido suficiente trauma en una sesión de seis horas..., o, para ser más exactos, de seis horas y diecisiete minutos.

Con una mano en la puerta emplomada verde y roja de la Casa de la Serpiente, sintió que dentro de ella nacía una convicción, junto con una alegría embrumada por las drogas que la condujo hacia las lágrimas: «No pertenezco aquí»; y que terminaba, como una copla que esperaba que rimara: «pese a los horrores de la guerra». Pero no rimaba.

Mientras caminaba por el pasillo se dio cuenta, con una especie de regocijo secundario, que no sabía adonde pertenecía. Todo delante de ella era una aventura —aguardó un pequeño estremecimiento de terror—, como partir de Marte hacia los

Satélites Exteriores, entre otros tres mil; entonces había sentido miedo... Ahora no era miedo, sin embargo. Sólo un confuso placer general, junto con la incipiente incomodidad física que se mezclaba con él.

En la habitación se quitó todas las ropas, abrió la cama, se tendió en ella y se sumió en el sueño...

—Hola, vi tu puerta abierta y la luz encendida, así que... —Lawrence, a medio cruzar el umbral, se detuvo, frunció el ceño.

Bron se apoyó sobre un codo y le miró con ojos soñolientos.

—Oh, lo siento. Pensé... ¿Bron?

—¿Qué ocurre?

—Bron, ¿qué demonios...? Oh, no... No has ido a... —Lawrence acabó de entrar—. ¿Qué te has hecho? Quiero decir, ¿por qué...?

Bron dejó caer su cabeza sobre la almohada.

—Tenía que hacerlo, Lawrence. Hay ciertas cosas que tienen que hacerse. Y, cuando llegas a ellas, si eres un hombre... —las drogas la hicieron reír—, entonces simplemente las haces.

—¿Qué cosas? —preguntó Lawrence—. ¡De veras que vas a tener que dar algunas explicaciones, joven..., joven dama!

Bron cerró los ojos.

—Supongo que fue algo que tú dijiste, Lawrence..., acerca de que sólo había una mujer de cada cinco mil. Bueno, si estabas en lo cierto también en el porcentaje referente a los hombres, una mujer de cada cinco mil no es suficiente. —Bron cerró apretadamente los ojos, luego intentó relajarse—. Te lo dije, ese loco cristiano tenía razón; al menos en lo referente a que las mujeres no comprenden. Bueno, yo sí comprendo. Porque yo... antes era un hombre. Así que, ¿entiendes?, puedo comprender. La soledad de la que hablaba es algo demasiado importante. Sabré cómo conservarla lo suficiente como para no destruirla, y al mismo tiempo saber lo que puedo hacer. He tenido una experiencia de primera mano, ¿te das cuenta?

—Estás drogado —dijo Lawrence—. Debes de haber tenido algún tipo de auténticas razones para hacer esto. Cuando hayas eliminado el anestésico, quizá puedas explicármelo.

Los ojos de Bron se abrieron.

—Ya te lo he explicado. Yo..., los horrores de la guerra. Lawrence, ellos me hicieron descubrir algo. Llamamos a la raza..., ¿qué? Humanidad. Cuando fuimos a rescatar a los niños, en la coop de Audri..., a salvar a esos niños y a sus madres. Realmente pensé que lo estaba haciendo para salvar a la humanidad..., ciertamente, no lo estaba haciendo para mí mismo. Me sentí incómodo, deseé dar media vuelta, dejarlos allí, abandonar..., pero no lo hice. ¡La humanidad! Acostumbraban a decir «el Hombre». Y recuerdo haber leído en una ocasión que algunas mujeres objetaron

que eso era demasiado exclusivo. ¡Básicamente, sin embargo, no era lo bastante exclusivo! Lawrence, independientemente de la raza humana, lo que le proporciona a la especie el único valor que posee son los hombres, y particularmente aquellos hombres que pueden hacer lo que yo hice.

—¿Cambiar de sexo?

—Lo que hice antes..., antes, cuando era un hombre. Ahora ya no soy un hombre, así que no necesito ser modesto al respecto. Lo que he pasado durante la guerra, y la tortura y el terror que han conducido a ello, la valentía exigida allí..., todo ello. Eso me mostró lo que es el auténtico hombre.

»Y es la cosa más importante de lo que la especie puede aprovecharse. Oh, ya sé que para muchos de vosotros todo eso son tonterías. Sí, Alfred está muerto. Como ese loco cristiano. Y eso es terriblemente trágico..., para ambos. Es trágico cuando los hombres mueren; es así de simple. Pero, incluso delante de tal tragedia, aunque no puedes pensar en ninguna necesidad lógica para salir y salvar una casa llena de niños y sus madres, sí las hay metalógicas: razones, se llaman. Supongo que el hecho de hacer eso o mantener la boca cerrada bajo tortura probablemente te parezca muy estúpido. Pero te juro, Lawrence, que sé, del mismo modo que sé que ésta es mi propia mano, con cada átomo subjetivo de mi ser, que no es estúpido; y que es la única cosa que no lo es. Y, del mismo modo, sé que tan sólo la gente que lo sabe como yo lo sé, los auténticos hombres (porque no hay otra forma de hacerlo; eso es parte de lo que sé), merecen realmente más que ser miembros de segunda clase dentro de la especie... —Bron suspiró—. Y la especie se está muriendo. —Tenía la boca seca, y el fantasma de un calambre pulsaba entre sus piernas—. También sé que ese tipo de hombre no puede ser feliz con una mujer normal, del tipo que hay hoy por ahí. Cuando yo era un hombre, lo intenté. No puede hacerse. —Sacudió la cabeza—. Una de cada cinco mil no es suficiente... ¿Por qué lo hice? —Bron abrió los ojos de nuevo y frunció el ceño al ceño fruncido de Lawrence—. Lo hice para preservar la especie.

—Bueno, debo decir, querido..., querida, que tienes el valor de tus convicciones. ¿Pero no se te ha ocurrido que...?

—Lawrence, estoy cansada. Márchate. ¿Debo ser cruel? De acuerdo. No estoy interesada en los viejos homosexuales chochos. Nunca lo estuve, y particularmente no estoy interesada en ellos ahora.

—Eso no es cruel. En tu posición, es solamente estúpido. Bueno, nunca creí que tu sentido del tacto personal fuera algo más que una zona de desastre. Evidentemente, eso no ha cambiado. De todos modos, sigo siendo tu amigo. Sabes, por supuesto, que no podrás quedarte aquí ahora. Quiero decir, excepto como invitada. Te registraré como mía tan pronto como salga de aquí. Estoy seguro de que te permitirán conservar tu habitación durante un tiempo, pero si reciben alguna petición de algún otro tipo,

tendrás que salir. Si ocurre eso y por aquel entonces todavía no has hallado otro lugar, puedes alojarte conmigo..., hasta que uno de los dos amenace al otro con asesinarle. Ha transcurrido mucho tiempo desde que dormí castamente al lado de una hermosa muchacha, pero bueno, nunca...

—Lawrence, por favor.

Lawrence se dirigió a la puerta, se volvió.

—Como he dicho, volveré para hablar contigo tan pronto como hayas dormido un poco y te hayas librado de las drogas.

Lo cual fue aproximadamente a las siete de aquella tarde. Bron se despertó con la sensación de que sus entrañas iban a caérsele si se ponía en pie.

Quince minutos más tarde entró Lawrence, anunciando:

—Vamos a mudarte esta tarde. Ahora no te quejes. No aceptaré protestas. He estado toda la tarde corriendo de un lado para otro, y he conseguido una habitación para ti en la prisión de mujeres..., perdona, así es como la llamo..., quiero decir Cheetah, la coop de mujeres inmediatamente detrás de nosotros. Luego voy a bucear en mi fondo geriátrico de viudedad y te llevaré a cenar a un lugar tranquilo y discreto, invitando yo con mi crédito. No empieces a protestar. Quiero que sepas que ya me he ocupado antes de otras tres personas que sufrieron la misma operación, y que todas decís las mismas estupideces bajo la anestesia..., aunque el Señor sabe que sus razones parecían mucho más sensatas que las tuyas. En realidad, es como tener un bebé, sólo que el bebé, como comentó uno de mis amigos más razonables cuando pasó por tu misma situación todavía no hará veinte años, eres tú. Vas a tener que caminar mucho y hacer tanto ejercicio como puedas tan rápido como te sea posible, o de otra manera te arrepentirás terriblemente. Vamos, arriba y al trabajo. Apóyate en mí si quieres.

Ella no quiso.

Pero protestar le resultaba tan doloroso como someterse. Y además —no se dio cuenta de ello hasta que estuvieron sentados cenando tras la separación de cristal emplomado del reservado de un restaurante (los dos primeros lugares a los que fueron estaban cerrados, a causa de la guerra) que Bron no conocía pese a que estaba tan sólo a treinta metros de la puerta del Pozo de la Serpiente (pero las cuatro quintas partes de la clientela eran de la edad de Lawrence o más viejos, y la desnudez parecía ser de rigneur)—, pese a su edad y sus predilecciones, después de todo Lawrence era un hombre. Y una auténtica mujer tenía que renunciar a ciertos derechos, ¿No era ésa, se dijo en silencio a sí misma, una de las cosas que había aprendido honestamente de su vida anterior?

La cena fue sencilla, sin pretensiones, y vegetariana. Y, pese a todos sus dolores, gracias a la gentil charla de Lawrence fue mucho más agradable que cualquiera de las comidas que había tomado en la Tierra.

## 7. EL DESCENSO DE TIRESIAS, O PROBLEMAS EN TRITÓN

*Pensando en ello de nuevo, a la luz de lo que hemos tenido que hacer para convertirlo en aceptable, vemos que nuestro viaje fue, en su concepción, innecesario, aunque su transcurso formal, una vez lo iniciamos, fue inevitable.*

*G. Spencer Brown /THE LAWS OF FORM*

Desde el momento mismo en que volvió al trabajo, Bron se sintió muy nerviosa. Había considerado vestirse toda de negro. Pero no, eso no haría más que retrasar las cosas. La tarde antes, ella y Lawrence habían ido a la casa de alquiler de diseño de Lawrence (¡!) y habían pasado dos divertidas horas durante las cuales Lawrence había hecho que la casa elaborara (entre otras cosas) un par de cadenas para el pecho él-y-ella que relucían carmesíes con docenas de pequeños espejos que colgaban de oscilantes antenas.

—Lawrence —había protestado ella—, ¡no pertenezco al tipo de las que llevan estas cosas!

Lawrence había contraatacado:

—Pero yo sí, querida. Al menos en la intimidad de mi propia habitación. ¡Son encantadoras!

Ella se había llevado la suya a casa y la había guardado en un cajón como un recuerdo del día. Excepto la corta capa gris, no había alquilado ninguna ropa nueva con su nueva imagen en mente.

Bron se puso la capa para ir al trabajo.

Llevaba como una hora en su oficina cuando Audri entró, apoyó un codo en la jamba y dijo:

—Hey, Bron, ¿puedes...? —Se detuvo, frunció el ceño—. ¿Bron?

—¿Sí? —Alzó nerviosamente la vista.

Audri empezó a sonreír.

—¿Estás burlándote de mí...?

—¿Sobre qué?

Ahora Audri rio francamente.

—¡Y tiene también buen aspecto! Hey —entró—, lo que deseaba era obtener esa información acerca de la Estrella del Día menos. —Rodeó el escritorio, depositó un dossier sobre él—. Oh, ¿viste ese memorándum del Departamento de Arte...? —que

Bron halló finalmente en el suelo, al lado de su escritorio. Alguna escultora había llegado a la cafetería aquella mañana con un montón de grandes, delgadas y pulidas placas de metal, pidiendo que se construyera una escultura, del suelo al techo, allí y entonces. El Departamento de Arte había pasado un memorándum, que incluía una incomprensible declaración de la artista, explicando cómo las placas se moverían dentro del espacio escultórico mediante pequeños motores, de acuerdo con una arcana serie de números místicos. Se pretendía que todo el conjunto fuera una especie de monumento a las víctimas de la guerra. Y, por favor, deseáramos que nos diera usted una respuesta sí o no antes de las diez y media, puesto que la artista deseaba ver su trabajo completado antes de la hora de la comida.

—Supongo que me siento positivamente dispuesto al cambio hoy —le dijo Bron a Audri, y envió al Departamento de Arte un sí a través de la consola..., aunque siempre había sentido una cierta desconfianza hacia el arte místico. De vuelta al escritorio, con Audri, se dedicó al examen de toda una serie de especificaciones lógicas/topológicas.

En la puerta, a punto de marcharse, Audri se detuvo, miró hacia atrás, sonrió de nuevo y dijo:

—Mis felicitaciones, supongo. —Hizo un guiño y se marchó, golpeando con su hombro contra la jamba.

Bron sonrió, aliviada. Pero siempre le había caído bien Audri.

¿La comida?

Se debatió entre ir o no ir hasta el último minuto. Permanecer alejada, por supuesto, no haría más que retrasar las cosas. Justo entonces, la consola empezó a parpadear y a emitir ruiditos. Otro memorándum del Departamento de Arte: Apenas la escultura había sido completada, tres artistas de una escuela rival, enmascarados en turquesa pero aparte esto completamente desnudos, habían entrado en tromba en la cafetería y, con lanzallamas, habían destruido la obra, carbonizando y fundiendo las planchas. El memorándum contenía una declaración de los asaltantes aún más incomprensible que la de la artista. (Básicamente, parecían atacar las matemáticas de la primera artista.) La escultura, que tenía ochenta y dos años, había sufrido un ataque sicótico (seguía el memorándum) y había tenido que ser hospitalizada, quizá para varios años, según el diagnóstico inicial. Las posibilidades de su eventual regreso al arte, sin embargo, eran esperanzadoras. Los restos de su obra podrían ser vistos durante la comida, tras lo cual la escultura sería retirada y llevada al museo de la hegemonía, encima de la cafetería, donde permanecería en exhibición permanente. El memorándum terminaba con una confusión de disculpas y estaba firmado (típicamente) por Isolda, con una nota entre paréntesis diciendo que Tristán disentía de la sugerencia propuesta y que, si se presentaban las suficientes alternativas antes del cierre, se efectuaría una votación al día siguiente.



Una zona del suelo de la cafetería, ennegrecida y sembrada de metal quemado, había sido aislada con cuerdas. A cada minuto, una de las Siete Hermanas Ancianas, vestidas con cuentas verdes y plateadas, abandonaba su posición junto a la puerta de la cafetería y recorría andando lentamente la ampollada zona acordonada (Bron se apartó de la cuerda para dejar pasar a la Hermana), deteniéndose a cada séptimo paso para efectuar signos sagrados y purificadores, y luego, tras completar su circuito, intercambiar serias palabras y asentir pesarosamente hacia uno u otro de los espectadores. (Exactamente como en la cafetería de aquella planta recicladora de Protyyn en Lux, reflexionó Bron. ¡Sin ninguna diferencia en absoluto!) Algunos de los motores de la estatua, que aún funcionaban dedicadamente, hacían aletear de tanto en tanto un chamuscado muñón de aluminio a lo largo de los seis metros del soporte central (que se agitaba y resonaba y se estremecía del suelo al techo), mientras, en alguna otra parte entre los soportes laterales que aún seguían en pie, otra placa de metal intentaba desprenderse de alguna forma retorcida a la que había quedado soldada, con lo que todo el conjunto atestiguaba en su carbonizado horror, quizá mejor de lo que pretendía la plateada creación original, la oscura y terrible importancia del arte.

Bron retrocedió, intentando imaginar la obra no dañada, mientras otros avanzaban a ocupar su lugar junto a la cuerda. Había decidido ya que aquella comida iba a ser carnívora, de modo que se dirigió hacia la izquierda, lejos del mostrador vegetariano, cuando alguien apoyó una mano en su hombro.

Se volvió.

—¡Hermoso! —exclamó Philip, con una sonrisa hendiendo su barba—. Audri me lo dijo, pero por supuesto no podía creerlo hasta ver... —Philip hizo un gesto con el dorso de sus hirsutas manos hacia los pechos de Bron—. Espléndido... ¿Es ya permanente?

—Sí —dijo Bron, deseando que no estuvieran en medio de la cafetería.

—Vamos —dijo Philip—. Salgamos de en medio. —Y apoyó de nuevo su mano en el hombro de Bron, cosa que Bron deseó que no hiciera, para guiarla hacia los reservados. Pero Philip, había observado ya antes Bron, a veces con envidia, a veces con irritación, acostumbraba a toquetear a todas las empleadas. (También toqueteaba a los empleados, lo cual, antes, había sido simplemente irritante)—. Y esto, hum..., ¿va hasta el fondo? —preguntó.

Bron ni siquiera suspiró.

—Exacto.

—Simplemente maravilloso. —Philip dejó caer su mano, pero inclinó el cuello para mirar—, ¡No puedo apartar los ojos de esas tetas! ¡Estoy verde de celos! —Cubrió su ligeramente colgante pectoral con una mano con los dedos extendidos. (Philip había acudido a trabajar desnudo hoy)—. Yo tengo que contentarme con uno;

y, además, salta constantemente arriba y abajo como un globo medio deshinchado. Bron, quiero que sepas que me siento realmente impresionado. Creo que probablemente te has hallado a ti mismo..., a ti misma. Creo que has llegado. Tengo esa impresión, ¿sabes?...

Bron estaba a punto de decir: Lárgate, Philip, ¿quieres?, cuando Audri dijo:

—Hey, aquí. ¿Te está molestando Philip? ¿Por qué no dejas en paz a Bron y permites que vaya a buscar su comida, eh?

—Oh, sí —dijo Philip—. Por supuesto. Ve a buscar tu comida. Estamos sentados ahí. —Hizo un signo hacia un reservado en alguna parte más allá del ennegrecido desastre—. Te veremos cuando vuelvas.

Mientras avanzaba en la cola, Bron recordó su pensamiento con Lawrence: Todos los hombres tienen algunos derechos, y meditó en ello frente a su irritación con Philip. Philip estaba ciertamente más cerca de la categoría de hombre por la que ella debería sentirse interesada que, digamos, Lawrence. ¿Cómo sería Philip en la cama, se preguntó? Sus fanfarronadas se transformarían en firmeza. La honestidad se convertiría en consideración. Philip (pensó, con desagrado) nunca pensaría en echarse encima de alguien más ligero que él sin haber sido invitado a ello. Y debía de tener algún capricho menor particular (como excitarse realmente lamiendo tu oreja) en el que esperaba que colaboraras al tiempo que te irritaba insistiendo en cooperar con los tuyos. En pocas palabras, lo que sabía de la información que había retenido de su vida precedente era que Philip era tan sexualmente seguro de sí mismo como lo había sido Bron. Lo había reconocido antes. Lo reconocía ahora. Y Philip seguía siendo (con su mano al hombro y su imparable franqueza) la persona más irritante que conocía..., configuración pluralista femenina o no, pensó hoscamente. No era que no sintiera ninguna atracción; pero, ciertamente, podía comprender que, con hombres como Philip a tu alrededor, una pudiera llegar a sentir que no le gustaba la sensación.

—Disculpe... —dijo alguien.

—Oh—respondió ella—, lo siento... —y tomó su bandeja y se dirigió a la cafetería.

Vio el reservado, avanzó hacia él.

Mientras se acercaba, estuvo segura de oír a Philip decir:

—...sigue sin gustarle el contacto físico —y pensó, mientras ocupaba su lugar frente a él, que aunque no había oído a quién se refería, si se refería a ella lo mataría. Pero la conversación derivó hacia la Estrella del Día y cómo la guerra parecía haber mejorado las personalidades de dos de los representantes, y ¿qué le había ocurrido al tercero? No, no había sido una víctima de la guerra, eso había quedado establecido. (¿Y no era lo de Lux simplemente terrible? ¡Cinco millones de personas!) Uno de los programadores jóvenes, una mujer, dijo con voz morosa:

—Yo vivía en Lux —lo cual, incluso para un n-r, era increíblemente grosero. En

torno a la mesa, los ojos de la gente se cruzaron, luego descendieron a sus bandejas, hasta que alguien recogió el hilo de la conversación: Pero había desaparecido... En medio de esas especulaciones, Philip apoyó los codos sobre la mesa y preguntó:

—Dime, ¿dónde vives ahora?

Bron le dio el nombre de la coop femenina.

—Hummm —respondió Philip, y asintió—. Estaba pensando que precisamente, cuando estuve casado..., mi segundo matrimonio, en realidad..., mi segunda esposa era una transexual...

—¿Cuándo estuviste casado? —preguntó la programadora joven, que llevaba un ajustado mono elástico plata de la cabeza a las puntas de los pies, con grandes círculos negros por todas partes, y se sentaba encajada contra la pared—. Tú no eres terrestre. Ya ni siquiera hacen esto en Marte, ahora.

La programadora, se dio cuenta Bron, era probablemente de Marte.

—Oh, pasé mucho tiempo en vuestro n-r; allí puedes firmar cualquier tipo de contrato que quieras: por eso lo tenemos... Pero fue cuando no era más que un muchacho muy tonto y muy idealista. Como estaba diciendo, mi esposa empezó como hombre...

—¿Tenía tantas curvas como la vieja Bron de ahora? —preguntó la programadora.

—Yo finjo ser crudo —dijo Philip, inclinándose hacia delante y hablando por un lado de Audri—, ¡pero tú realmente lo eres! No estaba mal... —Se echó hacia atrás—. El matrimonio, sin embargo, fue tres o cuatro veces tan malo como decía que sería absolutamente cualquier sociólogo que había leído sobre el tema cuando era estudiante en Lux. Y, ¿sabes?, todavía tuve que hacerlo dos veces más antes de aprender mi lección. Pero entonces era joven..., fue en mi fase religiosa. De todos modos, después de que rompiéramos y ella abandonara la coop mixta donde vivíamos, se trasladó durante un tiempo a una coop de mujeres helero..., quiero decir, era tan heterosexual como puedas desear, lo cual puede que fuera parte del problema, pero pese a todo luego se trasladó a una coop femenina que era no específica. Recuerdo que dijo que era mucho más agradable..., quiero decir, en lo que a ella se refería. Quiero decir que aceptaban mucho mejor las excentricidades generales no sexuales y todas esas cosas, ¿sabes? Era un lugar llamado el Águila, si recuerdo bien. Todavía funciona. Si tienes algún problema donde estás ahora, recuérdalo.

—Lo haré —dijo Bron.

Al día siguiente llegó otro memorándum del Departamento de Arte. Al parecer, de una forma independiente, veintisiete personas habían acudido con la sugerencia de que la escultura conmemorativa, en su nueva versión, fuera titulada Los horrores de la guerra y mostrada así en el museo de la hegemonía. Esta sugerencia había sido trasladada a la escultora en el hospital, la cual, al parecer, estaba lo bastante

consciente como para responder: «¡No! ¡No! Lisa y llanamente, ¡no! Es un título demasiado banal. ¡Lo siento, pero el arte no funciona de ese modo! (¡Si debéis darle algún nombre, dadle el del último responsable de vuestro horrible establecimiento!) Mi trabajo es hacer obras de las que podáis extraer lo que queráis. ¡Ato es mi trabajo enseñaros cómo hacerlas! Dejadme sola. Ya me habéis hecho bastante». Y, así, Tristán e Isolda: Un homenaje a las víctimas de la guerra fue transferida escaleras arriba, donde de tanto en tanto Bron, en su camino a la biblioteca de la oficina, se detenía para contemplarla entre la otra docena de obras en exhibición, Los fragmentos quemados y rotos estaban todos metidos en una gran caja de cartón cerca de una de sus bases, desde donde la miraban como cenicientos cráneos en los que no podías hallar los ojos.

Bron conservó el memorándum en su cajón. Recortó las palabras de la vieja escultora en el delgado papel—seda para llevárselas a casa y colgarlas de la pared. Habían pulsado algún acorde en ella; era la primera cosa en su nueva vida que parecía indicar que tal vez hubiera algo por lo que vivir en el mundo, además de ser razonable o feliz. (No necesariamente en el arte..., ¡como tampoco en la religión!) Y, dos semanas más tarde, con Lawrence llevando los paquetes pequeños, Bron se trasladó de la hetero Cheetah a la no específica el Águila.

—Oh, esto es mucho más agradable —dijo Lawrence cuando finalmente tuvieron las cosas organizadas en la habitación—. Quiero decir, todo el mundo parece mucho más relajado aquí que en el lugar que encontré para ti.

—Siempre que no intenten ser demasiado amigables —murmuró Bron— y se me cuelguen del pelo, es realmente una mejora.

Después de que Lawrence se fuera, Buscó el trozo de papel-seda para clavarlo en la parte interior de su puerta. Pero se había extraviado o se había caído en alguna parte; en cualquier caso, no pudo encontrarlo.

Ya llevaba seis meses viviendo en la coop femenina (el Águila). Ésta había funcionado estupendamente. Al catorce día del decimonoveno parame del segundo añoN, a las cuatro (anunciaban las luces en torno a la plaza), se lo pensó una vez más, mientras salía del vestíbulo de las oficinas a la atestada Plaza de la Luz para volver caminando a casa... y, una vez más, se decidió en contra: Inmediatamente después de comer, Audri la había parado en el pasillo, con un dedo alzado y cejijunta:

—Me temo que tu trabajo ha desmejorado, Bron. No, no es nada serio, pero pensé que sería mejor que te lo mencionara antes de que se vuelva serio. Tu índice de eficiencia parpadea de una forma un tanto temblorosa en los tableros. Mira, todos sabemos que tienes mucho a lo que ajustarte...

—¿Dijo algo Philip al respecto? —preguntó Bron.

—No. Y no lo hará al menos durante otras dos semanas..., por eso yo te lo menciono ahora. Mira, simplemente piensa un poco en ello, ve si hay algo que te

pueda ayudar a mantener las cosas en orden. Y házmelo saber. Incluso si se trata de algo fuera del trabajo. ¿De acuerdo? —Audri sonrió.

De vuelta al cubículo de su oficina, Bron meditó sobre ello. Una o dos veces había pensado conscientemente que debía de estar preparada a que su trabajo significara para ella menos que antes; pero eso se suponía que ocurriría solamente ante la materialización del hombre adecuado..., y ese hombre aún no había llegado a materializarse.

Examina cuidadosamente la situación, decidió. ¿Qué diría su consejero clínico sobre esto? Márchate una hora antes quizá; vuelve caminando a casa. Sólo que, mientras pensaba en ello, había llegado ya la hora de la salida.

Se conformaría con tomar su transporte habitual y se limitaría a meditar sobre la situación.

Fue al quiosco de la estación de transporte y descendió hasta el tercer nivel, que se rumoreaba que era (fraccionalmente) más caluroso y, en consecuencia (se rumoreaba), fraccionalmente menos atestado: el transporte entró con un siseo y, mientras las puertas se abrían, un cartel se desenrolló a todo lo ancho de ella (simultáneamente, dentro, algunas personas desplegaron pancartas contra las ventanillas: ASOCIACIÓN DE AYUDA A LA LUNA en letras rojas sobre tela blanca). El que ocupaba todo el ancho de la puerta (naranja sobre negro sobre verde sobre rosa) decía:



LES LUNA  
TAMBIÉN!

Atravesando la frágil tela, hombres y mujeres empezaron a distribuir folletos; los primeros pasajeros detrás de ellos empezaron a salir, rozando con sus hombros y cabezas los jirones anaranjados.

—Realmente —dijo un hombre que llevaba varios discos de caucho antimultitud en torno a su cabeza, brazos y piernas—, uno pensaría que confinarían ese tipo de cosas al sector no restringido. Quiero decir: para eso lo tenemos, ¿no?

Una mujer al otro lado de él (al parecer no con él) dijo irritada:

—Simplemente piense en ello como teatro.

Bron miró. El disco que llevaba el hombre en torno a su frente cortaba el perfil de la mujer a la altura de la nariz. El hombre siguió avanzando entre ellos dos; Bron se detuvo de pronto, contuvo el aliento, miró.

La Púa le devolvió la mirada, frunció el ceño, empezó a decir algo, apartó los ojos, volvió a mirarle, frunció de nuevo el ceño; luego, una sonrisa educadamente

azarada:

—Lo siento, por un momento me recordó usted a un hombre que... —Frunció de nuevo el ceño—. ¿Bron?

—Hola... —dijo Bron en voz muy baja, porque su garganta se había vuelto terriblemente seca; su corazón latía lo suficientemente lento y fuerte como para hacer que todo su cuerpo temblara sobre sus sandalias—. Hola, Púa..., ¿cómo estás...?

— ¿Cómo estás tú? —respondió la Púa—. ¡Bueno, esto, ciertamente —parpadeó en dirección a Bron— es una sorpresa!

Hubo un creciente sisear de aire.

—Oh —dijo la Púa—. ¡Ahí viene mi transporte!

Pasajeros que llegaban se arracimaron a su alrededor.

Bron dijo de pronto:

—¡Púa, ven conmigo! ¿Quieres que salgamos de aquí y caminemos una parada o dos?

La Púa estaba considerando obviamente varias respuestas. La que eligió fue:

—No. No deseo hacerlo, Bron... ¿Recibiste la carta que te envié...?

—Oh, sí. ¡Sí, la recibí! Gracias. De veras, gracias por explicarme todas aquellas cosas.

—Te la escribí en previsión de lo que podía ocurrir si volvíamos a encontramos de nuevo, como ahora. Porque sabía que iba a suceder. Oh, no quiero decir... Pero de veras; no, no deseo caminar unas cuantas paradas contigo, ¿comprendes?

—¡Pero he cambiado!

—Ya me he dado cuenta. —Entonces sonrió de nuevo.

—Tu carta fue parte de eso también. —Bron estaba intentando recordar exactamente qué había habido en la carta, aparte su extravagante tono general. Pero eso formaba parte de su vida que, día tras día, había parecido menos necesario recordar, más fácil olvidar—. Por favor, Púa. No soy la misma persona que era. Y yo... Simplemente tengo la sensación de que... ¡Debo hablarte!

La Púa dudó; luego su sonrisa se convirtió en una risa, que tenía tras ella, como una docena de ecos, algunas docenas de otras veces en las que se había reído y Bron se había estremecido.

—Mira... Supongo que has sufrido algunos cambios. De acuerdo, iré contigo hasta la próxima parada. Entonces separaremos nuestros caminos, ¿de acuerdo?

Mientras alcanzaban los escalones al corredor peatonal, a Bron le llegó un recuerdo de otro día en que habían caminado juntos, riendo, y en el que de pronto la Púa había empezado a quejarse de que él estaba siempre hablando de sí mismo... Bueno, Bron había cambiado, y ya no era «él». Se preguntó de qué podía hablar para demostrarlo.

En un lado del corredor, justo antes de la calle, se erguía («Conozca su lugar en la

sociedad») una cabina caleidoscópica—mente coloreada.

—¿Has estado realmente en una de éstas?

—¿Qué? —dijo la Púa.

—De tanto en tanto, yo entro en una de ellas para ver lo que tiene el gobierno sobre mí, ¿sabes? —Pasaron junto a la cabina, salieron a la calle, bajo el pálido girar del escudo sensorial—. Mucha gente se enorgullece de no haber entrado nunca en una. Yo, en cambio, siempre me enorgullezco de pertenecer a la categoría de los que hacen las cosas que nadie desearía ser atrapado haciendo. Calculo que la última vez que entré en una de ellas fue hace un mes..., o quizá seis semanas. No sé si lo hacen a propósito o no; Brian, es mi consejera en la clínica, ¿sabes?, dice que es más o menos la política del gobierno, aunque ha habido excepciones que ella piensa que son simplemente deslices del gobierno, cosa que dudo. Quiero decir, lo apruebes o lo desapruebes, generalmente el gobierno tiene razón. De todos modos, sólo muestran fragmentos tomados desde mi operación. ¿No es sorprendente? Quizás ésta sea su propia y extraña forma de mostrarme que se preocupan... —Bron se detuvo, porque la Púa estaba contemplando a otro grupo de la Asociación de Ayuda a la Luna: al otro lado de la calle, una serie de brillantes carteles proclamaban: «¡la luna es una luna también!».

—No veo ninguna Asociación de Ayuda a la Tierra por aquí—dijo la Púa de pronto, con la misma amargura que Bron había oído en su comentario dirigido al hombre allá en la plataforma de transporte—. Después de todo, es ahí donde causamos los daños.

—Es cierto, no se ve —admitió Bron. Y luego—: Debiste de salir de allí justo a tiempo. —Ella frunció el ceño—. ¿O tuviste que pasar por todo ello?

—Salí—dijo la Púa—. ¿De qué querías hablar?

—Bueno, yo... Supongo que no era nada específico, pero... Bueno, simplemente deseaba... —Y Bron se dio cuenta de que no tenía nada que decir; nada en absoluto que tuviera importancia—, ¿Qué estás haciendo ahora, Púa? Supongo que la compañía debe de ir bien ahora.

—En realidad, estamos en una especie de hibernación. Quizá volvamos a juntarnos algún día; pero, cuando se terminó la subvención, más o menos nos desbandamos.

—Oh.

—En estos momentos estoy dando clases, en circuito de rotación, para Lux.

—¿La universidad?

—Exacto. Ya sabes que la ciudad fue completamente barrida. Pero la universidad forma prácticamente un suburbio separado, bajo un escudo separado, con una atmósfera separada y un control de gravedad separado. El sabotaje la dejó completamente de lado. ¿Tal vez la Tierra quería demostrar que les importaba?

Bron no pudo pensar en nada que responder.

—Supongo que el hecho de que estés trabajando para la universidad es el motivo de que estés aquí en vez de en tus habituales merodeos por el n-r.

—Hummm —dijo la Púa—. Estoy dando un mes de conferencias sobre Jacque Lynn Colton. Cuando termine aquí y en Nereida, iré de vuelta a lo, Europa, Ganimedes... —Se encogió de hombros—. Es la rotación habitual. De alguna forma, sin embargo, la universidad, incluso en un circuito como éste, no es el mejor lugar para hacer un trabajo creativo. Al menos, no para mí. Me han prometido alguna dirección tan pronto como vuelva. Estoy trabajando en planes para producciones simultáneas, integradas, de La vida es sueño, Fedra y El tirano..., una sola representación para las tres, todas en el mismo escenario, con actores y público utilizando las mismas drogas concentradoras. La universidad las ha utilizado ya para permitir a la gente escuchar cuatro o cinco conferencias a la vez, pero nadie ha intentado usarlas para nada estéticamente interesante.

—Pensé..., hum, que el macro-teatro no era tu campo —dijo Bron, preguntándose de dónde le había llegado la información, incluso si era correcta.

La Púa se echó a reír.

—El macro-teatro no es más que un montón de producciones de micro teatro coordinadas, representadas una inmediatamente después de otra, sin ninguna pausa.

—Oh —dijo Bron de nuevo. Tres obras a la vez sonaba demasiado confuso incluso para preguntar sobre ello—. ¿Sigues todavía con Windy y cual-sea-su-nombre?

—Charo. No, no realmente. Charo está aquí en Tritón; y nos vemos, nos emborrachamos juntas y recordamos viejos tiempos. Es una muchacha realmente espectacular.

—¿Dónde está Windy?

La Púa se encogió de hombros.

—Bueno —sonrió Bron—, debo admitir que siempre me pareció del tipo vagabundo.

—Probablemente esté muerto —dijo la Púa—. Toda la compañía abandonó Lahesh el mismo día que lo hiciste tú, pero Windy quería quedarse en la Tierra otros seis días. Windy nació en la Tierra, ¿sabes? Había planeado hacer autostop hacia no sé dónde para ver a una de sus familias, y reunirse con nosotros más tarde. Sólo que la guerra... —Miró la calle—. El ochenta y ocho por ciento de la población, según los últimos informes... Se supone que la confusión allí todavía es horrible. Dicen que no esperemos ninguna información digna de confianza de ningún lugar al menos durante otro año. Luego están aquellos que dicen que nunca más llegaremos a tener ninguna información de allí digna de confianza.

—Vi un reportaje en un canal público acerca de canibalismo en ambas Américas.



—Bron sintió crecer la inquietud—. Y eso fue sólo hace un mes...

La Púa inspiró profundamente.

—De modo que eso significa que las posibilidades son..., ¿cuántas? ¿Cuatro sobre cinco de que esté muerto? O, en la actualidad, tal vez nueve sobre diez.

La única respuesta que se le ocurrió a Bron fue un chiste macabro acerca de las posibilidades que tenía Windy de haber sido devorado.

—Entonces en estos momentos no estás ligada con nadie... —Y la inquietud siguió subiendo; su corazón empezó a golpear de nuevo su caja torácica. ¿Qué es esto?, se preguntó. ¿Ciertamente, no puede ser sexo! ¿Era el terror, o la preocupación, de la muerte? Pero Bron apenas había conocido a Windy; y, de todos modos, su muerte era sólo una probabilidad, no una certeza. Luego, sorprendiéndose a sí misma, dijo—: Púa, déjame venir contigo. Todo lo demás es ridículo. —Miró al pavimento—. Abandonaré todo lo que tengo, iré donde tú quieras, haré todo lo que quieras. Has tenido mujeres como amantes. Ámame. Me haré una refijación esta noche. Te deseo. Te quiero. Ni siquiera lo sabía, pero al verte de nuevo...

—Oh, Bron... —La Púa apoyó una mano en su hombro. Bron sintió que algo dentro de su pecho vibraba fuertemente, y se estremeció al contacto.

—Lo que siento..., nunca antes lo había sentido..., con nadie. ¿Me crees?

—Sí —dijo la Púa—. Te creo.

—Entonces, ¿por qué no puedes...?

—Antes que nada, sí estoy ligada con alguien. En segundo lugar, me siento emocionada, me siento halagada..., incluso ahora; pero no estoy interesada.

—¿Con... con quién estás...? —La desesperación se acumuló tras el rostro de Bron como una sólida placa de metal que empezó a calentarse, a arder, a fundirse y derramarse por sus ojos. No estaba llorando. Pero el agua resbaló por una de sus mejillas.

La Púa dejó caer su mano.

—En realidad lo has conocido..., aunque probablemente no lo recuerdes. ¿Fred? Creo que, la primera vez que lo viste, él me golpeó en la mandíbula.

—¿Él? —Bron alzó la vista, parpadeó—. Espero que haya tomado un baño desde que...

La Púa se echó a reír.

—En realidad, no creo que lo haya hecho. Siempre estoy al borde de los problemas con la universidad por causa de él..., otra razón de que me sienta feliz de salir de la enseñanza y volver al trabajo. Le llevé a una de mis conferencias..., atado con una cadena. Hice que algunos estudiantes le arrojaran carne cruda..., le encanta eso. Fue sólo teatro, naturalmente. Pero me temo que la mayor parte de los tipos de la universidad simplemente nunca han conocido a nadie como Fred antes. Quiero decir de cerca. No saben qué hacer con él. Es una lástima que nunca hayas tenido la

oportunidad de hablar con él..., aunque, por supuesto, muchas de sus ideas se han desarrollado desde que nos conocimos.

—Pero, ¿qué demonios hacéis vosotros dos...?

—Fred está interesado en algunas cosas más bien extrañas..., sexualmente, quiero decir. Y no, todavía no he decidido si realmente me atraen. Con franqueza, eso no es exactamente mi idea de la sexualización ideal, pero es la que en estos momentos más me interesa, y... Mira, no hablemos de eso, ¿de acuerdo? —Miró a Bron y suspiró.

—¿Desea otra mujer? —preguntó Bron—. Iré con él. Haré todo lo que desee, siempre que tú estés también con él, y yo pueda estar cerca de ti, hablar contigo...

—Bron, no captas la situación —dijo la Púa—. El que él te pueda desear o no, no tiene nada que ver con eso. Yo no te deseo. Ahora dejémoslo. Ahí está ya la estación del transporte. Vete. Yo tengo otras cosas que hacer.

—¿No crees que eres la única persona por la que alguna vez he sentido algo así?

—Ya te lo he dicho: lo creo.

—He sentido así hacia ti desde el momento mismo en que te vi por primera vez. Y he seguido sintiendo así desde entonces. Ahora sé que siempre sentiré así, no importa lo que suceda.

—Y resulta que yo creo que sentirás de una forma completamente distinta tres minutos, si no treinta segundos, después de que yo me haya ido.

—Pero yo...

—Bron, existe un cierto punto en una comunicación sin significado tras el cual, simplemente, tienes que... —De pronto la Púa se detuvo, hizo una mueca furiosa, empezó a darse la vuelta, luego vaciló—. Mira. Ahí está tu transporte. Tómallo. Yo voy a ir por ese otro lado. Y, si intentas seguirme, te daré una patada en las pelotas.

Lo cual, mientras Bron observaba a la Púa alejarse a grandes zancadas por la calle, con su desnuda espalda desapareciendo entre los demás peatones, pareció tan absurdo que ni siquiera intentó correr tras ella.

El ardor detrás de su rostro proseguía: bajo ese calor podía sentir secarse sus ojos, casi dolorosamente. De pronto se volvió y echó a andar hacia el quiosco de la estación. ¡Sentirse diferente en treinta segundos! Temblando de rabia y azaramiento, Bron pensó: ¿Cómo puede una mujer así saber lo que siente alguien? ¡Acerca de todo! Debo de estar loca (pasó un quiosco, se subió a la acera rodante y siguió caminando), ¡completamente loca! ¿Qué puede haberme poseído para desear a una mujer así? ¡Y eso no tenía nada que ver con el sexo! Porque, pese a todo el miedo, y el golpear de su corazón, y aquel horrible mareo, no había habido nada de aquel vago calor en las ingles, ni siquiera la más vaga expectativa de él, que había sentido muchas veces simplemente paseando por la calle, viendo a algún empleado del transporte, o quizás algún trabajador de otra oficina, o incluso un ocasional polizonta masculino. Si acaso, era la absoluta ausencia de sexo lo que había hecho que todo

resultara más trastornante. ¡Loca!, se dijo a sí misma. Aquí estoy yo, dispuesta a arrojar por la borda todo aquello en lo que creo, mi trabajo, mis ideales, todo lo que quiero, todo aquello en lo que me he convertido, a causa de alguna reacción residual que ni siquiera tiene la excusa del placer en ella, a menos que sea sólo un recuerdo del sexo..., ¿y cuáles otras emociones hay, de todos modos? Una idea que la había atormentado durante todo el medio año regresó a ella: De alguna forma, ahora estaba más a merced de sus emociones de lo que nunca había estado.

¿Dónde infiernos me hallo?, se preguntó bruscamente, y dobló una esquina. Allí delante había otro quiosco, pero, ¿qué estación? Alzó la vista a las coordenadas verdes de la calle, contuvo el aliento, y empezó a bajar la rampa.

Brian, pensó. Sí: Brian, su consejera...

Sería su tercera sesión, la primera opcional. Deseaba desesperadamente que todo aquel deprimente encuentro no hubiera ocurrido precisamente ahora. Hacía que toda la sesión pareciera demasiado necesaria.

Las inquietantes ensoñaciones de Bron la envolvieron por completo hasta que alcanzó su coop.

Al otro lado de la sala común, dos mujeres mayores estaban inclinadas sobre un juego; otras más jóvenes permanecían de pie en silencio, observando. Bron había planeado ir directamente a su habitación, pero ahora miró hacia la mesa.

Entre las jugadoras, sobre un tablero plano cuadriculado en negro y rojo, había una serie de figuras talladas.

Hacía años, en Marte, Bron había leído algo acerca de un juego así..., incluso había sabido cuál era su nombre. Pero eso era el pasado; no le gustaba pensar en el pasado. Además, era algo demasiado abstracto y complicado. Tal como lo recordaba, cada pieza (al contrario que el vlet) tenía una forma fija y exclusiva de moverse: ¿Por qué Lawrence no había venido a visitarla recientemente? (Una jugadora, con los dedos llenos de anillos con brillantes piedras, movió una pieza y dijo, en voz baja: «Jaque».) Bron se alejó. No había visto a Lawrence desde hacía meses. Por supuesto, siempre podía visitarle ella a él. Al plantearlo de este modo, sin embargo, se dio cuenta de que no deseaba verle. Lo cual, después de todo, bien podía ser el motivo por el que él no hubiera venido a verla a ella.

Entonces Prynn, una muchacha de quince años realmente irritante que había tomado (de una forma habitual) a Bron por confidente (no porque Bron la animara, sino porque todavía no había conseguido imaginar cómo desanimarla) entró violentamente en la habitación y anunció a todo el mundo:

—¿Sabéis lo que ha hecho mi asistente social? ¿Lo sabéis? ¡Lo sabéis!. —Esto último iba dirigido más o menos a Bron, que miró a su alrededor, sorprendida: una enhiesta trenza de recio pelo negro asomaba por un lado de la cabeza de Prynn. Su rostro aún no tenía las manchas suficientes como para sugerir la necesidad de un

tratamiento cosmético.

—Uh... no —dijo Bron—. ¿Qué?

Y Prynn, casi temblando, se dio la vuelta y salió huyendo de la habitación.

Una de las mujeres alzó la vista de su lector, captó la mirada de Bron y se encogió de hombros.

Cinco minutos más tarde, cuando Bron, tras demorarse un poco por la sala común para examinar las nuevas cintas que habían llegado aquella tarde —la mitad de las cuales (probablemente todas las buenas) ya habían sido alquiladas—, subió al pasillo donde estaba su habitación, y vio a Prynn sentada en el suelo al lado de su puerta, con la barbilla entre sus rodillas, un brazo rodeando las sueltas vueltas de sus pantalones negros desteñidos (había algo que no parecía estar bien en una de las uñas de sus pies), la otra mano blandamente apoyada en el suelo a su lado. Cuando Bron se acercó, Prynn dijo, sin mirar:

—Dijiste que deseabas saberlo: pero te tomaste tu tiempo para venir aquí. —Lo cual fue el principio de una larga enumeración, que duró toda la tarde, de curiosos insultos, malentendidos y abusos generales del Departamento de Orientación Social que, puesto que Prynn había dejado al padre que le quedaba en Lux (en Titán) y venido a Tetis en Tritón, se ocupaba de supervisar su educación. La comparación con Alfred había sido inevitable..., e, inevitablemente, se había desmoronado. Los intereses sexuales de Prynn no tenían nada de la histérica futilidad de los de Alfred; sin embargo, los perseguía de una manera igual de obstinada. Una vez a la semana iba a un establecimiento que se ocupaba de las necesidades de las chicas de menos de dieciséis años y de los hombres de más de cincuenta y cinco. Invariablemente, Prynn regresaba con uno, dos o en ocasiones tres de tales caballeros, que se quedaban con ella toda la noche. Pero, a tenor de los imperturbables relatos que hacía ella de sus veladas, la mecánica de aquellos encuentros se desarrollaba normalmente a satisfacción de todo el mundo. Alfred era de una luna de Urano. Prynn procedía de una luna de Saturno. Alfred había cumplido los dieciocho años. Prynn tenía solamente quince... En medio de una de aquellas narraciones, Bron había dejado deslizar en una ocasión su propia profesión adolescente, y luego, para hacer que tuviera sentido, había tenido que revelar su anterior sexo. Prynn había considerado ambos hechos como carentes en absoluto de interés..., lo cual era una de las razones por las que probablemente su relación continuaba—. Pero ellos nunca vuelven a verme aquí —había dicho Prynn (y lo estaba diciendo de nuevo ahora; de alguna forma, mientras la mente de Bron vagaba, lo mismo le había ocurrido al monólogo de Prynn)—. Les digo que lo hagan. Pero nunca lo hacen. ¡Los muy mamones! —Al parecer, aquello la hacía sentirse miserable. Prynn empezó a explicar exactamente cuan miserable. Durante los primeros meses, Bron había dicho (para sí misma) que su actividad sexual era casi igual a la que había tenido antes de la operación, es decir,

infrecuente. Pero, ahora, tenía que admitir (a Prynn) que en realidad había sido nula..., despliegue sexual pluralista femenino o no; ante lo cual Prynn interrumpió su propia narración el tiempo suficiente para decir que aquello era perverso, luego se lanzó a más monólogos acerca de la indiferencia del universo: de tanto en tanto, imágenes del encuentro de Bron con la Púa aquella tarde volvían para bloquear el discurso..., que bruscamente terminó.

Prynn acababa de cerrar la puerta, con todas sus fuerzas, tras ella.

Esto es demasiado, pensó Bron. Llamaré pidiendo una sesión de orientación social. Mañana. Necesito consejo.

—¿Cree que puede ser algo hormonal?

—¿A cuál de las varias cosas que acaba de contarme se refiere? —preguntó Brian desde su amplio y profundo sillón de felpa verde. Era una mujer delgada, de unos cincuenta años, con el pelo y las uñas plateadas, y le había dicho a Bron en su primer encuentro que era (sí, estaban en el n-r) de Marte. Realmente, Brian era lo que muchas de las damas marcianas que en su tiempo habían alquilado a Bron, hacía quince años, habían aspirado ser, y a lo que aquellas que podían permitirse el mantenerse en buena forma física se acercaban ocasionalmente. (Bron recordaba sus interminables consejos maternos. Ahora, por supuesto, Bron era el cliente: pero, de otro modo —y tanto Bron como Brian habían comentado, o más bien se habían regocijado, con la ironía de todo ello durante la primera media hora de la primera sesión—, poco había cambiado.)

—No sé —dijo Bron—. Quizá sea psicológico. Pero simplemente no me siento como una mujer. Quiero decir todo el tiempo, cada minuto, una mujer total y completa. Por supuesto, cuando pienso en ello, o algún hombre me hace avances, entonces lo recuerdo. Pero la mayor parte del tiempo me siento simplemente como un...

—Se encogió de hombros, hizo girar su propio sillón, tan amplio, tan profundo como el otro, también de felpa pero amarillo.

Brian dijo:

—Cuando era usted un hombre, ¿era consciente de ser un hombre a cada segundo del día? ¿Qué le hace pensar que la mayoría de las mujeres sienten como mujeres a cada...?

—Pero yo no deseo ser como la mayoría de las mujeres... —Y entonces deseó no haber dicho aquello, porque la técnica consejera básica de Brian era no responder a las preguntas que no podían responderse..., lo cual significaba frecuentes silencios. Durante un tiempo Bron había intentado gozar de ellos, como hubiera hecho antes, si hubieran ocurrido en cualquier conversación normal. Pero, de alguna forma, durante el décimo o así de aquellos silencios, se había dado cuenta que no hacían más que revelar su propio azaramiento—. Quizá más hormonas... —dijo al fin—. O tal vez

deberían de haber situado unos cuantos cromosomas X más en unas cuantas células más. Quiero decir, quizá no infectaron las suficientes.

—Creo —dijo Brian— que, en términos de cromosomas, hay unas cuantas cosas que deberían de quedar claras en su mente. Hace ciento cincuenta años, algunos genetistas hallaron una ciudad en los montes Apalaches con un elevadísimo índice de consanguinidad, y donde todas las mujeres poseían unas dentaduras perfectas; hubo todo tipo de especulaciones acerca de haber descubierto algo importante, un gene ligado al sexo para la perfección dental. El asunto, sin embargo, es que cualquier pequeña cadena de nucleótidos que se pueda aislar es en realidad tan sólo una sección de una interface tremendamente complicada, tanto interna como externa. Considere esto: tener la cadena adecuada de nucleótidos para una dentadura perfecta no le va a servir de mucho si ocurre que le falta a usted la cadena que controla, digamos, el hueso de su mandíbula. Puede que tenga usted los nucleótidos que controlan la proteína azul que colorea el iris de sus ojos, pero si ocurre que no tiene la cadena que controla los aminoácidos de la proteína blanca para el cuerpo del ojo en sí, no tendrá usted ojos azules. En otras palabras, es un poco tonto decir que tiene usted la cadena para los ojos azules si no tiene la cadena para los ojos en sí. Hay que tener en cuenta también la parte externa de la interface, que actúa al mismo tiempo: la cadena que le proporciona a usted una dentadura perfecta, suponiendo que todas las demás cadenas estén adecuadamente dispuestas en torno a ella, sigue proporcionándole tan sólo una dentadura perfecta dentro de un entorno particular..., es decir, con ciertos elementos abundantemente disponibles, y otros completamente ausentes. Las cadenas de nucleótidos no fabrican el calcio que entra a formar parte de sus dientes; un buen número de cadenas se asocian para construir diversas partes de la maquinaria a través de la cual es extraído ese calcio del entorno y cristalizado en la estructura adecuada y en el lugar adecuado de su mandíbula a fin de que crezca algo hacia arriba y hacia abajo en una forma que luego reconocemos como dientes perfectos. Pero, no importa cuál sea el orden de sus nucleótidos, esos dientes perfectos pueden verse estropeados por cualquier otra cosa, desde la falta de calcio en la dieta hasta una relación alta ácidos/bacterias en la boca o un golpe con una tubería de plomo en plena mandíbula. Por el mismo motivo, el ser una mujer es también una interface genética complicada. Significa tener ese cuerpo suyo desde el nacimiento, y crecer en el mundo aprendiendo a hacer lo que uno hace, ser consejera en mi caso, metalógica en el suyo, con y dentro de ese cuerpo. Ese cuerpo ha de ser suyo, y suyo toda su vida. En ese sentido, usted nunca será una mujer «completa». Podemos hacer muchas cosas aquí: podemos convertirla en una mujer a partir de un momento determinado. No podemos conseguir que haya sido una mujer durante todo el tiempo en que fue un hombre.

—¿Qué hay acerca de..., bueno, mi ineficacia en el trabajo?

—No creo que sea una cuestión de hormonas..., ni que ellas puedan ayudarla en

eso.

—¿Qué, entonces?

—Es posible que se trate simplemente de que usted es alguien que cree que las mujeres son menos eficientes. Así que, simplemente, está viviendo de acuerdo con su propia imagen.

—Pero eso es ridículo. —Bron se sentó erguida en su silla—. No creo en nada de eso. Nunca lo he creído.

—La ineficiencia, como la eficiencia, no es más que otra interface. —Brian se llevó una mano a su regazo—. Déjeme plantearlo de esta manera. Usted piensa que las mujeres son diferentes de muchas formas «sutiles»..., más emocionales quizá, probablemente menos objetivas, posiblemente más egocéntricas. Francamente, sería muy difícil ser más emocionales...

—Pero yo no creo que las mujeres sean necesariamente más emocionales que los hombres...

—...más emocionales que usted cuando usted era un hombre, menos objetivas que usted, y más egocéntricas que usted, sin ser menos eficientes en el trabajo. —Brian suspiró—. He examinado todas sus parrillas de despliegue, tanto las sexuales como las otras. Todo está escrito muy claramente en ellas; y todo es tan desesperadamente marciano. Usted dice que no desea ser como la mayoría de las demás mujeres. No se preocupe: no lo es. Se lo estoy diciendo un poco brutalmente; pero, con franqueza, eso es algo por lo que usted nunca tendrá que preocuparse..., a menos que desee trabajar más bien duramente en ello. En cierto sentido, aunque es usted una mujer tan real como resulta posible, en otro sentido es una mujer creada por un hombre..., específicamente por el hombre que era usted antes.

Cuando Bron permaneció en silencio durante treinta segundos, Brian preguntó:

—¿En qué está pensando?

—Cuando era niño —Bron estaba pensando en la Púa—, recuerdo que, en una ocasión, encontré un viejo libro, lleno de fotos antiguas. De parejas. En las fotos, las mujeres eran todas más bajas que los hombres. Resultaba muy curioso ver a todas las mujeres en todas las fotos como enanas. Dije algo al respecto al tutor de mi grupo de estudio. Me respondió que, hacía cientos de años, en la Tierra, todo el mundo acostumbraba a pensar que las mujeres eran realmente más bajas que los hombres, porque todos los hombres salían solamente con mujeres que eran más bajas que ellos y todas las mujeres salían solamente con hombres que eran más altos que ellas. Recuerdo que incluso entonces me pregunté por qué, porque imaginé que, si ése era realmente el caso, entonces tenía que existir un montón de mujeres altas muy infelices y un montón de hombres bajos muy infelices.

—Por lo que sabemos —dijo Brian—, así era.

—Bueno, sí. Por supuesto, más tarde averigüé que era más complicado que eso.

Pero siempre me he preguntado si, quizá, por aquel entonces, las mujeres no eran realmente más bajas; quizá se ha producido alguna especie de cambio evolutivo en la humanidad desde entonces que ha incrementado la estatura de las mujeres. Quiero decir: si hubo uno, ¿cómo lo sabríamos?

—Francamente —dijo Brian—, no lo sabríamos. Los cromosomas humanos no fueron cartografiados por completo hasta bien entrado el siglo XXI. ¿Conoce usted la relación uno-dos-dos-uno dominante / híbrido / recesivo para las características heredadas?

Bron asintió.

—Bien, algo muy pocas veces tomado en consideración en la teoría de la evolución de la selección natural, pero que tiene mucho que ver con ella, es simplemente que: para que un rasgo recesivo se convierta en algo permanente en la especie, tiene que proporcionar unas grandes expectativas de supervivencia a aquellos que lo muestran..., unas expectativas que, al menos a lo largo de un cierto período de tiempo, igualen como mínimo en tres a uno las posibilidades de alcanzar la edad de la reproducción con respecto a aquellos que no lo poseen. Pero, para un rasgo dominante, la historia es más bien distinta. Para que un rasgo dominante no se difunda entre la población, ha de ser extremadamente antisupervivencia..., de hecho, tiene que ser lo suficientemente antisupervivencia como para proporcionarle al portador, a lo largo de un cierto período de tiempo, unas expectativas de tres a uno contra alcanzar la edad de la reproducción. Y cualquier rasgo dominante menos antisupervivencia que esto seguirá desarrollándose, de una forma sutil e inexorable. Y, si un rasgo dominante está totalmente orientado hacia la supervivencia, entonces, a la menor oportunidad, se disparará a través de toda la especie. ¿Sabe?, la raza humana ha realizado una evolución mucho más grande y tangible desde el principio del siglo xx que posiblemente en ninguna otra época a lo largo de los anteriores diez mil años. Solía existir una anomalía dental llamada tubérculo de Carabelli, que se manifestaba como una tendencia de los molares a partir del tercero y hacia atrás a desarrollar una quinta prominencia vestigial en su cara interna. Era algo universal de toda la especie a principios del siglo xx, evidente en los africanos y escandinavos y asiáticos, y particularmente pronunciada en los malayos, donde producía una gran cantidad de problemas dentales, porque la prominencia extra no estaba bien suplida de tejido dental vivo. Al parecer se inició una mutación dominante, en algún momento en la primera mitad del siglo, que eliminó completamente el tubérculo de Carabelli e hizo que los molares posteriores fueran completamente regulares. En el siglo XXI, el tubérculo de Carabelli ha seguido el camino del arco ciliar neandertal y el casco de tres dedos del eohippus. La raza humana ya no lo posee. La habilidad de doblar los músculos de la lengua lateralmente además de ventralmente se difundió en la especie aún más aprisa, en el mismo periodo. Y la zurdería, que en definitiva es un rasgo



recesivo heredado (y de la que desconocemos el rasgo de supervivencia al que está ligada), ha crecido de un cinco por ciento de la población a casi un cincuenta. Por cierto, hasta el año mil novecientos cincuenta y nueve todos los textos de biología decían que los seres humanos tenían cuarenta y ocho cromosomas..., hasta que alguien los contó de nuevo y descubrió que eran sólo cuarenta y seis. Tradicionalmente, esto ha sido explicado simplemente como un burdo error científico..., sin embargo, es posible que la humanidad estuviera simplemente terminando un cambio evolutivo de una especie de cuarenta y ocho cromosomas a otra de cuarenta y seis, y algunas de las primeras cuentas se hubieran efectuado sobre los últimos vestigios de cuarenta y ocho cromosomas en trance de desaparecer. Así que es posible que haya ocurrido alguna mutación relacionada con el sexo que haya incrementado la estatura de las mujeres. Aunque los demás factores, sin embargo, son tan abrumadores que es poco probable. Tenemos estudios efectuados en la misma década en la que dos hombres caminaron por primera vez por la superficie de la Luna que muestran que una niña de esa época, durante su primer año de vida, podía esperar recibir menos de la mitad del contacto físico con sus padres del que recibiría un niño. Sabemos por dolorosa experiencia el efecto que tiene el contacto físico en la infancia sobre todo, desde la fuerza futura hasta la autonomía psicológica. Tenemos estudios de esos años que muestran que el padre medio norteamericano pasaba, por término medio, menos de veinticinco segundos al día jugando con sus hijos de menos de un año, y los padres europeos de clase media aún menos..., así que la identificación intersexual necesaria para lo que consideramos una madurez sexual, no importa la forma en que las proclividades sexuales adolescentes se fijaran finalmente, es difícil que se haya producido nunca excepto por accidente. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, hubo una insidiosa superstición acerca de que los niños solamente debían tener relación íntima con un adulto durante sus primeros tres años. Pero las estadísticas muestran que esto no produjo más que algunos individuos enormemente celosos y posesivos..., con madres esquizoides. Nuestra actual superstición, y que parece funcionar, aquí fuera, es que el niño debería disponer al menos de cinco relaciones íntimas, es decir, vida, amor, alimento y cambio de pañales, con adultos..., preferiblemente con cinco sexos distintos. La mutación es posible, pero la equiparación de la valoración social entre hombres y mujeres, una vez se inició realmente la colonización de la Luna y Marte, es ciertamente la explicación más fácil al hecho de que hoy en día hombres y mujeres parezcan iguales en estatura y fuerza física; y, con los registros de las Olimpiadas Intermundos de los últimos sesenta años, nadie puede realmente cuestionarlo.

—Acostumbraban a pensar que las hormonas sexuales masculinas hacían que tus músculos fueran más fuertes, ¿verdad?

—La testosterona hace la membrana de la célula muscular menos permeable —

dijo Brian—, lo cual significa que, dados dos músculos desarrollados hasta una fuerza equiparable, el que no posea testosterona para, por decirlo así, taponarlo, puede funcionar al máximo de su eficiencia un tiempo marginalmente más largo debido a que puede difundir las toxinas de la fatiga a través de la pared de la célula de una manera marginalmente más rápida.

Bron suspiró.

—Es tan extraña la forma en que imaginamos el pasado como un lugar lleno de injusticia, desigualdad, enfermedad y confusión; y, sin embargo, de alguna forma, las cosas eran... más simples. A veces desearía haber vivido en el pasado. A veces desearía que los hombres fueran todos fuertes y las mujeres todas débiles, aunque se hiciera no cogiéndoles y haciéndoles las suficientes carantoñas cuando eran bebés, o no ofreciéndoles fuertes figuras femeninas con las que identificarse psicológica y socialmente; porque, de alguna forma, sería más simple esta forma, sólo para justificar... —Pero no pudo decir lo que justificaría. Tampoco podía recordar haber pensado alguna vez en todas aquellas cosas antes, ni siquiera cuando era niño. Se preguntó por qué había dicho lo que había dicho. Pensando ahora en ello, parecía extraño, incómodo, innatural.

—¿Sabe? —dijo de pronto Brian—, la única razón de que podamos tener ahora esta conversación es porque ambas somos marcianas..., y ni siquiera escandalosas muchachas con velos diáfanos y párpados de plata, sino simplemente damas marcianas. Cualquiera que estuviese ahí fuera escuchando esto pensaría que estábamos locas, las dos. —Sus párpados (¡que eran de plata!... pero sólo pintados) descendieron, proyectando una débil irritación de aquella manera típica marciana—. Sé que es la cúspide de la rudeza, pero realmente, hablar con usted me hace siempre recordar lo que me alegré de abandonar Marte. Voy a ser brutalmente sincera. — Brian inclinó la cabeza hacia un lado—. Como dije antes, es usted una mujer hecha por un hombre. Es también una mujer hecha para un hombre. Simplemente, considerando quién es usted, sospecho que sería mucho más feliz si consiguiera un hombre. Después de todo, es una mujer atractiva e inteligente, con las urgencias normales de una mujer. Ciertamente, no hay nada equivocado en tener un hombre; a su propia manera tranquila, usted actúa usted como si ya lo tuviera.

Las rodillas de los pantalones de Bron estaban apretadas juntas. Deslizó sus manos sobre ellas y se sintió muy vulnerable ante la más vieja y más sabia Brian.

—Sólo —dijo finalmente— que el hombre que deseo no se sentiría muy feliz conmigo si yo saliera en su busca.

—Bueno —dijo Brian—, entonces, puede tomar en consideración el conformarse con lo que haya disponible hasta que se presente la perfección.

Un mes más tarde (le tomó todo ese tiempo decidirse), Bron se sintió como una perfecta estúpida preguntándole a Prynne que sugiriera un lugar donde ir. La

posibilidad, sin embargo, de ser reconocida en los lugares que ella misma había visitado antes, de mes a mes, le hizo sentirse incómoda. Después de todo, la Púa — alguien que era prácticamente una perfecta desconocida— la había reconocido simplemente de pie en la plataforma de un transporte. No era que ella hubiera ido a tales lugares tan a menudo que cualquiera pudiera reconocerla de cuando era un hombre. Sin embargo...

Y, por supuesto, Prynn no podía simplemente sugerir unos cuantos nombres y luego dejarla. No, Prynn tenía que pasar la siguiente semana «... preguntando por ahí...». Bron intentó imaginar sus palabras: «Hey, conozco a esa extravagante cambiasexo, ¿sabes?, que está dispuesta a...». Soy demasiado vieja, decidió Bron, para sentirme azarada por ello: lo cual significa básicamente olvídale, piensa en otras cosas.

Una de las cosas en las que pensó fue por qué no le había contado a Brian su encuentro con la Púa. Pero la sesión era sólo de una hora, no una sesión de terapia al estilo arcaico, adelante, cuéntelo todo, honestidad o nada. Y, ¿no había dicho Lawrence en una ocasión (¿Cómo estaba Lawrence, se preguntó; hacía una eternidad que no venía a verla) que la única forma de tratar con una mujer como la Púa era tratarla como si no existiera? Y, de todos modos, la sugerencia de Brian (ligeramente modificada: Bron no se contentaría con dejar hacer, sino que se pondría en el camino de lo que deseara) respondería a eso también. Si ella se sentía tentada simplemente a abandonarlo todo, podía ser un poco más razonable asegurarse de que la próxima persona que se lo pidiera fuera al menos del sexo adecuado.

Prynn abrió la puerta sin llamar y dijo:

—Está bien, he pensado dónde puedo llevarte. —Entonces miró al techo, hizo un sonido muy desagradable (que se suponía expresaba lo más definitivo en aburrimiento sofisticado) y se dejó caer contra la pared. La puerta del armario retembló.

—Bien, ¿de qué se trata? —Bron apartó el lector (pero dejó que su mano permaneciera sobre el botón de paso de pantalla). Una franja de luz de uno de los lados de la caja marcaba su muñeca—. Ya sabes, no tienes por qué ir conmigo. Lo comprendo: tú estás con los hombres más viejos. Dudo que haya demasiados en el tipo de lugar que me lleves...

—Mi consejero social —dijo Prynn— dice que todo, con exclusión de todo lo demás, es una perversión. Así que, una vez cada seis semanas, hago algo diferente. Sólo para demostrar que soy normal. Este lugar simplemente hormiguea con hombres de veinte años y de treinta años y de cuarenta años. Me sentiré como una maldita persigueniños. Pero a ti te encantará. Ven, vístete. Te lo juro, necesitas más tiempo envestirte que cinco personas juntas elegidas al azar de las que conozco.

—Sal de aquí —dijo Bron— Te veré abajo en la sala común.

El lugar al que llegaron estaba agradablemente plastificado (lo cual significaba que no se hacía ningún intento por conseguir que el plástico se pareciera a piedra, hielo o madera), con una clientela de aspecto bastante decente a la que, decidió Bron, probablemente le gustaba que las cosas se resolvieran rápido. (Los lugares que Bron había frecuentado antes cuando vivía en la coop de hombres tendían a ser lugares donde la gente bebía mucho y se demoraba más.) Formaban una colección de razonablemente felices hombres y mujeres...

—Este es el lado activo del bar, es decir, si deseas comprobarlas bellezas que languidecen en ese otro lado sin ser molestada —explicó Prynn—. Ese otro lado es por si deseas ser abordada por alguien que ha tomado su decisión desde este lado. Y aquél de allá es territorio libre. Aquí nadie es estricto con las reglas..., por eso vengo. Pero sólo te estoy diciendo lo que está escrito en el boletín mensual.

...razonablemente felices hombres y mujeres, pensó Bron, mientras Prynn se alejaba. Toma cinco cualesquiera de ellos... Pero no deseaba mirar demasiado fijamente a nadie. No todavía. Allí, un hombre con una camisa de tela marrón/verde/naranja; aquí, una mujer con una cadera desnuda, el hombro de otra envuelto en piel. Y más allá, en un asomo de la próxima moda, Bron vio en la espalda de alguien que se alejaba entre los reunidos en el bar, una Y de plástico verde sujeta a unos tirantes azules... Pero no se enfocaría en ningún individuo, lo cual la situaba en una precaria situación..., aunque estaba lo suficientemente familiarizada con tales lugares de otro mundo, otra época, otra vida. Empezó a moverse hacia el otro lado del bar para aguardar a que alguien se le acercara..., y experimentó la más extraña de las reacciones.

Si alguien le hubiera preguntado, entonces, de qué se trataba, hubiera respondido, sorprendida: «¡Terror!». Diez segundos sumergida en la sensación, sin embargo, y se dio cuenta de que era algo más sutil que eso. Era más bien como una irritación insistente, señalándole desde algún lugar al borde de su conciencia que algo extremadamente peligroso estaba cerca. Luego se perfiló: Estaba allí para ser abordada. Pero no estaba allí para invitar a que la abordaran. Ciertamente, no podía quedarse mucho tiempo en el lado activo del bar donde estaba ahora. No era ése el tipo de mujer por la que deseaba ser tomada. Si el hombre que estaba buscando estaba allí (¿Uno de cada cinco...?, pensó irrelevantemente. Ahora no se atrevía a mirar a ninguna parte excepto a la base de la barra, entre los pies de la gente que estaba ante ella, a dos metros de distancia), el hecho de ser vista en aquel lado lo estropearía todo. Se volvió y se encaminó hacia la zona libre, pasando junto a Prynn que, con los codos sobre la barra, tenía sólo ojos para el más viejo de los dos hombres que trabajaban al otro lado..., ciertamente la persona más vieja del lugar, probablemente al nivel de Lawrence. (Y probablemente, pensó Bron, compartiendo los mismos gustos de Lawrence.) Cuando Bron alcanzó la zona libre, pensó: Lo que

necesitan aquí, por supuesto, es tres barras: Una para los que desean abordar, y luego una para la gente que desea ser abordada, y luego una para la gente a la que no le importa ser abordada...; pero no, ésa no era la respuesta. No había ninguna diferencia entre no-importar y desearlo-pero-sólo-desearlo-un-poco-menos. Bueno, entonces: ¿cuatro...? Con la visión de una regresión infinita de barras, cada una con menos y menos gente, hasta que ella, sola, pudiera plantarse delante de la última, Bron ocupó su lugar en el centro del territorio libre, donde, efectivamente, se había reunido toda una pluralidad de los razonables y felices hombres y mujeres del lugar. Se acercó tanto a la barra como pudo, con el aspecto, sabía, de una mujer que no estaba interesada en absoluto en nada sexual. Y en un lugar como éste (sabía), eso probablemente significaba que nadie la abordaría porque había demasiada gente allí. Oh, había la posibilidad de que algunos, cansados de la caza, quisieran simplemente dedicarse a algún...

—Sí —dijo un joven de aspecto agradable de pie cerca de ella, apoyando los codos en la barra—. Realmente, hay veces en las que es simplemente así. —Inclinó la cabeza, sonrió, asintió.

Bron dijo:

—Hay otras ciento cincuenta personas aquí a las que puedes abordar y que estarán más interesadas en esto que yo. Ahora piérdete. Y, si no lo haces, te patearé en los cojones. ¡Y lo digo en serio!

El joven frunció el ceño, luego dijo:

—¡Hey, lo siento...! —y se alejó, mientras alguien abría cuña para ocupar su lugar. Y Bron pensó, un poco históricamente: Estoy aquí en la posición en que estoy para ser abordada, y no puedo aceptar que nadie me aborde de ninguna manera: de otro modo, alejaré a la persona para la que estoy aquí. ¡Esto es ridículo!, pensó, sacudiendo la cabeza por tercera vez a la más joven de las dos camareras, que acababa de preguntarle de nuevo qué deseaba beber. ¿Qué demonios me reporta eso? En otra época, en otro mundo (o, de hecho, en otro bar, con las reglas cuidadosamente deletreadas en el boletín mensual), ser violada. Y eso no era la respuesta tampoco, porque en una ocasión en Marte (había sido la noche después de su decimonoveno aniversario) había sido violado, por una pandilla de cinco mujeres con duros párpados metálicos, tan banales como la letra de todas las miles de Annie(la huerfanita)-maciones que habían lanzado la moda, aullando por los callejones apenas iluminados por el amanecer del Goebels y furiosas por el símbolo encima de su ojo derecho; y aunque, durante algunos meses, había fantaseado realmente a nivel sexual acerca de una de las cinco que no había tomado parte (realmente) y que (durante los primeros minutos) había intentado detener a las otras, había sabido incluso entonces que aquello no era más que una estrategia para salvaguardar algo de una experiencia absolutamente desagradable que le había dejado

con una luxación en la cadera, un hombro dislocado y un tímpano perforado que (en otro mundo, en otra época) podría haberle dejado sordo de un oído para toda su vida. Recordándolo, pasó un nudillo a lo largo de su ceja de oro..., completamente sin significado en una mujer, por supuesto; pero aquí fuera nadie lo sabía. Ni a nadie le importaba.

Simplemente no debería estar allí, pensó Bron. Se dio cuenta de que lo único que la había retenido allí tanto tiempo era el miedo a que, de algún modo, fuera del sexo en sí de lo que tenía miedo. (¡Y, se dio cuenta también, hacía casi una hora!) Pero era todo lo demás que rodeaba el sexo lo que la mantenía encerrada, aprisionada, y — ¿era algo por lo que debía de sentirse agradecida?— de alguna forma pura.

Bron apartó sus manos de la barra, retrocedió, se volvió...

Él estaba de pie en el lado «activo» del bar, entre los hombres y las mujeres de allí, recién acabada una conversación, con su rostro apenas recuperando, tras su risa, la acostumbrada dignidad, la acostumbrada fuerza. (¿Había soñado ella en eso...? ¡Sí!) Sus ojos barrieron la sala —cruzándose con los de ella y siguiendo su camino, pero su vientre se contrajo cuando lo hicieron— para dirigirse hacia el aún más tumultuoso bar «pasivo».

Adelante, pensó ella. ¡Adelante!

¡Realmente, ya era hora de irse! Pero él estaba allí, como todo lo que ella podía recordar haber imaginado, tan nuevo como el ahora y tan familiar como el deseo. Observó, murmurando para sí misma, sabiendo que lo había conocido mientras reía entre sus amigos bebedores, las oscuras cejas concentradamente fruncidas sobre un problema cuya solución podía hacer rodar mundos fuera de sus órbitas, relajadamente dormido en una cama que habían compartido para aquella noche, sus ojos cruzándose con los de ella con una expresión que abarcaba toda la indiferencia del ahora pero respaldada por la compasión de lo inexpresablemente fuerte, lo inefablemente sabio, y el conocimiento de medio año de camaradería.

Se apartó del bar y echó a andar hacia él, pensando: ¡No debo! Yo..., y se abrió camino rápidamente entre dos personas, con su garganta seca por el temor de que, mientras ella se volvía para disculparse aquí, pedir perdón allí, él pudiera marcharse. ¡Ella no podía hacer esto! Todo esto era terrible y desesperadamente equivocado. Pero ya se estaba abriendo camino entre los dos últimos ahora, ya lo alcanzaba, ya podía tocar su desnudo hombro.

Él se volvió, le frunció el ceño.

Bron susurró:

—Hola, Sam... —y entonces (¿por qué hizo aquello? No lo sabía) sintió que una sonrisa temblaba en su boca—, ¿Necesitas alguna nueva esposa en tu comuna, Sam? ¿O no tengo la estatura adecuada...?

Por un momento la boca de gruesos labios de Sam se comprimió en una gran

ciruela negra, con una expresión de shock, casi de dolor. Luego, sus ojos abandonaron el rostro de Bron para descender a lo largo de su cuerpo; y volvieron a subir lentamente, con una sonrisa que era casi burlona.

—¿Bron...?

Esperemos que haya algo más aparte de la burla en su sonrisa, susurró ella en silencio; sus ojos se cerraron ligeramente ante aquello.

—Sam, yo... No debería estar aquí... Quiero decir, en este lado del... Quiero decir... —Bron parpadeó.

Las manos de Sam descendieron sobre sus hombros, como negras charreteras (a la media luz, la piel de Sam era realmente negra, con un débil realce bronceado bajo su barbilla, un ámbar oscuro enroscado en su oreja), y ella tuvo la loca visión de que, de alguna forma, había ascendido de rango (pensando: Y no un simple soldado...), al tiempo que pensaba: ¡Y todavía no es sexo! Sé demasiado bien lo que es el sexo para engañarme pensando en eso.

Sam estaba diciendo:

—¡Hey, aquí! —Y—: ¡Bien! —Y luego—: Lo admito, estoy... —Luego, asintió simplemente con la cabeza, con aprobación (!) y (aún) con la sonrisa—. ¿Cómo estás, eh? El Viejo Pirata mencionó que de pronto habías decidido cruzar la gran divisoria. ¿Estás bien?

Y, debido a que ella sintió de pronto que su corazón iba a romper su caja torácica, quebrar las articulaciones repentinamente quebradizas de su cadera, rodilla y codo, reclinó la cabeza contra el cuello de él, se sujetó a él. Si él hubiera sido una columna de metal negro un grado por debajo del rojo blanco, no hubiera sido más difícil de sujetar.

—Hey —dijo Sam suavemente. Sus manos se deslizaron por la espalda de ella, la sujetaron.

—Sam... —dijo ella—. Sácame de aquí. Llévame a otro mundo..., a cualquier parte..., no me importa. Ni siquiera deseo saber si puedo moverme aún por mí misma...

Con un brazo firmemente apretado contra su espalda, con su otro brazo suelto, Sam dijo (y ella oyó su voz retumbar en alguna parte dentro de aquella gran forma masculina, mientras la sonrisa se retiraba hacia el interior):

—Parece como si siempre tuviera que llevarte a algún lado u otro... Ven, vamos a dar un paseo. —Y apretó su hombro, con su brazo sujetándola aún firmemente, y la arrastró consigo a través de la multitud. Ella pensó por un momento en mirar a su alrededor en busca de Prynn. Pero ya estaban cruzando la puerta, recorriendo una oscura rampa entre altas paredes—. Sólo recuerda —siguió Sam— que el último mundo al que te llevé no resultó ser una gran idea, antes de que me lo pidas de nuevo. Quiero decir, tú nunca sabrás dónde terminas con el viejo Sam...

La rampa dobló un recodo y les depositó al borde de una zona escasamente iluminada, con extrañas formas aquí y allá y un techo destellante, aquí a tan sólo dos metros o dos y medio de altura, rozando las cabezas de algunos de los hombres y mujeres más altos que caminaban por debajo de la luz naranja y azul; en otros lugares se alzaba hasta la altura de tres o cuatro pisos: éste era el «paseo» del bar, donde podían acudir aquellos que lo desearan, podían caminar por entre una especie de sendero de obstáculos en persecución de su placer, podían ser perseguidos o simplemente caminar.

—Sam, lo siento... No pretendía...

Sam apretó afectuosamente su hombro.

—A veces puede resultar un viaje más bien rudo de aquí a allá. Lo sé. Yo mismo lo hice. ¿Cómo lo estás llevando?

—Yo... —Bron dejó escapar el aliento, sintió los músculos de su espalda, que se habían tensado hasta casi el calambre, relajarse un poco—. Bueno, yo..., supongo que tú debes de comprender...

Un hombre allá delante miró dos veces hacia atrás, luego rodeó una inmensa forma parecida a una escultura, bajo una luz roja, y desapareció al otro lado en la sombra.

—Algo de ello —dijo Sam.

Una mujer, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos, caminó en la oscuridad tras el hombre (Bron vio un codo desnudo doblarse cuando una mano salió de su bolsillo, con tres anillos de oro brillantes como carbones a la luz roja; luego ella también desapareció en la oscuridad). Y ya estaban demasiado lejos para ver.

—¿Has estado alguna vez en uno de esos lugares durante las horas que no hay nadie?

—¿Y quién no?

—Son tan deprimentes cuando nadie los está usando.

—Lo mismo ocurre con una cafetería abierta toda la noche en el nivel de la primera ranura de crédito. —(En realidad se trataba de lugares de asistencia del servicio social donde, fuera cual fuese tu nivel de crédito, siempre eras servido)—. Hay una a dos manzanas de aquí que proporciona tan buen servicio, o casi tan bueno, en comida como este lugar lo hace en sexo.

Pasaron junto a un serpenteante banco donde estaban sentadas un cierto número de mujeres (y un escaso puñado de hombres). Un hombre que pasaba junto a él vaciló, miró, luego se sentó cerca de una de las mujeres que, como si su propio movimiento fuera una derivación del de él, se levantó y se alejó, para volverse unos segundos más tarde, cerca del extremo de otro banco donde los sentados eran en su mayor parte hombres; retuvo el paso y empezó a observar las figuras sentadas del mismo modo que, unos momentos antes, había hecho el hombre que la había



impulsado a moverse con las figuras del banco donde había estado ella. De aquí y de allá les llegaba el sonido de una débil risa o una débil conversación. La mayoría, sin embargo, guardaba silencio.

—Giramos y giramos y giramos y giramos —dijo Sam, y añadió su suave retumbar bajo a las derivantes voces.

Avanzando hacia ellos, cogidos de la mano, una mujer reía alegremente, llevando tan sólo una compleja chaquetilla de malla metálica y unos pantalones cortos, mientras el hombre, desnudo excepto una enjoyada careta, alzaba ésta hasta su frente y sonreía.

La pareja se separó para pasar a ambos lados de Sam y Bron; las risas derivaron alejándose tras ellos.

—Y de pronto —dijo Sam—, para ellos, todo esto vale la pena. —Miró hacia atrás, añadió de nuevo su propia risa. La gente en el banco sonrió.

Bron intentó no apartar la vista y fracasó.

—¿No te ha aconsejado nadie que permanecieras alejada de lugares como éste hasta que estuvieras un poco mejor aclimatada? —preguntó Sam—. Malos consejeros. Es como participar en un torneo de frontón a cuatro paredes una semana después de haberte entablillado una fractura en la pierna. Quiero decir, aunque antes fueras el mejor jugador del mundo, la cosa no dejará de ser un tanto deprimente.

—Han pasado seis meses desde que yo..., desde que me curaron la pierna. Mi consejera no ha dejado de decirme que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que pueda acudir aquí e intentarlo.

—Oh. —El brazo de Sam se aflojó sobre su hombro—. Entiendo.

La desesperación había empezado de nuevo.

—Sam, por favor. Déjame ir a vivir contigo y con tu familia. No seré ninguna molestia. Me has conocido como amigo durante casi un año; correré el riesgo de dejar que me conozcas como amante.

—Te oí la primera vez, querida —dijo Sam—. Si me lo pides de nuevo, tendré que darte una clara, firme y en absoluto ambigua respuesta. Y eso no hará más que herir tus sentimientos. Así que hazme un favor y olvida eso.

—¿No vas a...? —y notó que sus sentimientos se desgarraban como si una sucesión de cuchillos atravesara su hígado—. Oh, ¿por qué, Sam?

—Mis mujeres nunca querrían oír hablar de ello. Tenemos un acuerdo, ¿sabes?, para traer nuevo material joven a mi harén. Yo escojo una, ellas escogen uno. Esta semana es el turno de ellas.

—¡Sam, te estás burlando de mí!

—Es todo lo que me dejas... ¿Recuerdas dónde estaba mi comuna? No..., no lo recuerdas. Mejor. Porque, cuando me hablaste por primera vez antes, pensé que ésta era tu idea de un chiste.

—Oh, tú no..., no puedes...

—Corazón, estás razonando a la inversa. La triste verdad es que podría..., pero no quiero. Es así de sencillo, duro y desagradable. Soy tu amigo, pero no soy tan buen amigo como eso, ahora, esta noche. El único consejo que puedo darte es que, por duro que resulte ahí donde estás ahora, y sé que debe de serlo, aún estás cambiando, aún sigues avanzando. Finalmente, incluso desde aquí, llegarás a algo distinto, también sé eso. Ahora ven aquí... —y no aguardó, sino que la atrajo hacia él; y, en sus brazos, ella se dio cuenta de que se echaba a llorar, no podía llorar, se dio cuenta de que empezaba a gritar, no podía gritar, se dio cuenta de que empezaba a derrumbarse. Pero eso era estúpido. Así que se apretó contra él, pensando: Sam... ¡Sam...!

Un siglo más tarde, Sam la soltó y, con las manos sobre sus hombros, la apartó un poco de él.

—Está bien. Ahora tendrás que desenvolverte por ti misma, mi joven dama. Sam es simplemente demasiado grande y negro y perezoso como para seguir paseando por aquí. Voy a volver abajo, donde está toda la gente. Esta noche he salido para joder. Y resulta que soy uno de esos tipos que se desenvuelve mejor entre apretujones. — Sonrió, palmeó su hombro, se volvió. Y desapareció.

No puedo moverme, pensó ella. Pero se movió, caminó casi normalmente, hacia uno de los asientos individuales tallados en el lado de una gran forma inconcreta de cerámica.

Sam, pensó de nuevo; y de nuevo; y luego de nuevo; hasta que la palabra se hizo misteriosa, extraña, ominosa, un mantra de una sola sílaba. Luego: ¿...Sam? De alguna forma, en su centésima, o cienmilésima repetición, su mente se aclaró de pronto.

¿Por qué había abordado a Sam?

Sam no era más hombre que ella era... No. Tuvo que detener ese pensamiento; no podía conducir a ninguna parte. Sin embargo, una vez más, había estado a punto de sacrificar todos sus ideales, su plan entero, sólo por un... ¡capricho emocional! Sin embargo, mientras estaba ocurriendo, había parecido que esos ideales eran exactamente lo que había estado persiguiendo...

¿Sam?

¡Eso era tan ridículo como el azaramiento y la cólera a la que se había sometido a sí misma con aquella mujer del teatro! ¡Piensa!, se dijo: En un momento determinado había habido una cosa que había pensado que ella podía hacer mejor que otras mujeres..., porque ella había sido un hombre, conocía de primera mano las fortalezas de un hombre, las necesidades de un hombre. Así que se había convertido en una mujer para conseguirlo. Pero la consecución, como había sospechado y sabía ahora, era preminentemente una cuestión de ser; y serse había convertido específicamente,

cada vez más, en un asunto de no hacer. Y, a partir de las restricciones, una serie de fuerzas subterráneas y poderosas parecían haberse vuelto locas en ella y, como resultado, amenazaban con corromper todo lo que ella deseaba realizar. En su trabajo en la hegemonía, en sus amistades —con Lawrence, con Prynn—, la fuerza era la apatía, tangible e inexorable como una cascada de hielo estrellándose ladera abajo en el clímax de un drama del hielo. Luego, cada vez que alcanzaba una situación incluso cercana a una en la que su feminidad estaba en juego, todo lo que había reprimido crecía y se hinchaba en un torrente tal que era incapaz de distinguir la desesperación del resentimiento, el deseo de la necesidad, y eso le hacía prorrumpir en estupideces y contrasentidos en vez de lo que, un momento antes o un momento después, reconocería como una respuesta racional.

¿Qué estaba intentando hacer?, se preguntó a sí misma Bron. Y halló la cuestión tan clarificadora como el nombre de Sam un minuto antes. Tenía algo que ver con salvar la raza..., no; tenía algo que ver con salvar o proteger... ¿a los hombres? Pero ella era una mujer. Entonces, ¿por qué...? Frenó también aquel pensamiento. No sus pensamientos, sino sus acciones estaban siguiendo una concatenación lógica o metalógica hasta su final. Intentar formular, y mucho menos responder, cualquiera de aquellas preguntas la polucionaría, la destruiría, la descompondría en un entramado de contradicciones inexpresables. Sabía que lo que ella deseaba era cierto y real y correcto por el acto mismo de desearlo. Aunque lo que deseara fuera todo...

Un hombre se había parado a unos pocos metros y se apoyaba en un saliente cerámico. No la miraba a ella, pero ella vio la posición de su mano en la cerámica esmaltada de verde. ¡Todo un insulto!, pensó, con tristeza y desesperación. ¿Por qué simplemente no vienen y te abofetean en plena boca? ¿No sería más considerado, menos dañino que lo que ella estaba intentando proteger? ¡Y él podía ser el que buscaba!, siguió pensando. Simplemente, no tengo ninguna forma de sospecharlo, de preguntarlo, de averiguarlo. Si tuviera que responderle de cualquier manera, nunca sabría cómo hacerlo, porque, aunque fuera él, cualquier respuesta procedente de mí podría causar que él pusiera ese lado de sí mismo aparte para siempre en lo que a mí se refiere, convertirse todo él en fingida razón y racionalidad. Él podría venir aquí, podría sentarse y aguardar, podría sondear y buscar, como ella se había sentado y sondeado, buscando a la mujer que supiera, que comprendiera. Los hombres podían hacer eso. Ella lo había hecho cuando era un hombre, y había encontrado, sondeando o siendo sondeado por ¿quinientas? ¿cinco mil? mujeres. Pero ella no tenía forma de mostrar que sabía, porque cualquier indicación de conocimiento negaría la existencia de ese conocimiento en ella. Y no había forma alguna de superar la paradoja, a menos que existiera un número infinito de tales bares, tales arenas, tales paseos, a menos que ella pudiera interponer de alguna forma una distancia infinita, un millón de veces la que existía entre la Tierra y Tritón, entre ella misma y él, y luego aguardara a que él

la cruzara, la llevara de vuelta al otro lado, tan fácilmente como Sam la había llevado a Mongolia y... ¡No! No, no Sam...

Bron alzó la vista y parpadeó, porque el hombre había dejado caer su mano, caminaba más allá de ella, se alejaba.

Lo observó, y las lágrimas amenazaron con desbordar sus párpados. El pensamiento la golpeó, insistente como un conocimiento absoluto: Lo que deseo hacer es simplemente... Cerró con fuerza sus ojos y su mente contra ello.

Dos lágrimas se derramaron sobre una de sus mejillas.

Parpadeó.

Un débil caleidoscopio de tenues luces y enormes esculturas apareció y desapareció en un destello; parpadeó de nuevo. Lo que sabía era que, simplemente, nunca volvería a un lugar como éste. Sí, él podía estar aquí, incluso podía estar buscándola a ella aquí; pero ésta no era la forma en que él podía encontrarla a ella aquí, en que ella podía encontrarle a él. No hubiera debido venir nunca aquí; no debería estar aquí ahora. Debía ponerse en pie, debía ponerse en pie ahora, y marcharse.

Otra media docena de hombres (y dos mujeres; sí, el lugar tenía reglas informales) se acercaron y se detuvieron de pie cerca de ella, hicieron señas o no hicieron señas, luego se alejaron. Pasaron las horas..., ya habían pasado. Y, durante las últimas, mucha menos gente se detuvo cerca de ella. ¿El rumor de su indiferencia estaba siendo difundido en susurros por todo el lugar? ¿O —alzó la vista, tras haber derivado unos momentos lejos de allí— era simplemente que ahora había menos gente?

Podía ver a menos de una docena de personas en toda la arena. El equipo de limpieza había encendido unas potentes luces en el extremo más alejado; serpientes de cable se enroscaban sobre la moqueta dorada, detrás de las zumbantes máquinas...

Antes de irse a casa, se detuvo en la cafetería abierta toda la noche a dos manzanas de distancia, que, mientras ella estaba allí, empezó a ser limpiada también. Sentada en un reservado de la parte de atrás (después de que el pequeño altavoz de encima de la mesa le hubiera rogado educadamente que se apartara a fin de que pudiera limpiar), bebió dos bulbos de café, el primero con montones de azúcar, el segundo sin. Nadie la molestó en absoluto.

En su escritorio, cuando despertó, había el sobre orlado de rojo y plata de una carta intersatélites. El recuadro del remitente decía D. R. Lawrence, y debajo había un número de veintidós dígitos. Debajo de él, entre paréntesis: Nereida. Bron frunció el ceño. De pie desnuda sobre la cálida moqueta —una de las sillas globo al lado de su talón pulsaba en su collar, intentando decidir si debía hincharse o no—, Bron lo abrió y extrajo su contenido:

Bron mejor colocar un punto y coma no una coma he estado tentado de venir a

verte desde hace meses cursiva — meses pero luego de pronto pasó todo eso y como sin duda sabrás ya ni siquiera estoy en el viejo pozo de serpientes ni siquiera en Tritón sino en Nereida de modo que pensé que lo menos que podía hacer era escribir. Adivínalo. Veinte años de interés en aleatoria han dado sus frutos. He sido contratado por una comuna musical ambulante y no lo creerás una noche después de no sé cuántos cientos de horas de meditación y ensayo todos tuvimos simultáneamente una revelación religiosa acerca de que había llegado el momento de difundir nuestra música a los demás y así ahora estamos cantando para la gente prácticamente cada noche no sé si podrás imaginarlo con mi voz pero parece que les gusta. Yo me dedico sobre todo a A-&R pero me siento enormemente feliz en ello. Y creo que estamos llevando alegría a un montón de gente. La audiencia de la última noche fue de veintiséis mil. Se volvieron locos coma pero me estoy recuperando estupendamente gracias a los cuidados esta mañana de un encantador amigo que simplemente estaba entre la audiencia y se pegó a mí y que en este momento acaba de traerme el desayuno a la cama. Es tan estupendo averiguar a mi edad que hay juegos mucho más complejos y elegantes que el vlet aunque me encantaría poder jugar una partida contigo si la música de las esferas nos suspende de nuevo del mismo acorde. A continuación iremos a la desagradable pequeña luna de Plutón paréntesis donde ni siquiera hay veintiséis mil personas en total pero supongo que eso es la religión para ti paréntesis y de todos modos esto es tan sólo una nota para hacerte saber que todavía queda vida en el viejo muchacho como si eso pudiera importarte después de que te has convertido en una belleza sin corazón pero yo soy hey Wiffles qué demonios estás haciendo oh para ya eso Wiffles para estoy intentando dictar una carta oh eso hace cosquillas oh ven querida criatura no pienso dejar

Eso era todo.

Sonriendo, dejó a un lado la carta. Pero, detrás de aquella sonrisa, había algo de pesar. Mientras buscaba en el armario qué ropa ponerse, creció hasta que la sonrisa se disolvió ante él. De todos modos ya llegaba tarde, y se sentía exhausta de la noche anterior; cerró el armario y decidió tomarse el día libre en el trabajo.

Y el día después de éste, en la hegemonía, se sumergió en los tres nuevos informes que habían llegado, como una venganza. (¿ Qué otra cosa podía hacer mientras esperaba?) Durante la siguiente semana mantuvo el mismo ritmo, preguntándose ocasionalmente qué podía hacerle aquello a su índice de eficiencia, pero ahogando el pensamiento al menor asomo de placer... con más trabajo. El trabajo no era ahora para el placer o el orgullo o la recompensa; había renunciado a todo aquello. Lo que quedaba era simplemente un gesto frenético y casi religioso de respeto hacia el tiempo; no más.

Una semana más tarde, una mañana, cuando llevaba en su oficina quizás una hora, Philip se detuvo ante la puerta, miró dentro, entró.

—Audri me pidió que me parara y te echara un vistazo. Hace ocho meses no parabas de protestar diciendo que necesitabas un ayudante..., en cuyo momento, si recuerdo bien, te enviamos algo así como seis en sucesión, que, por una u otra razón, no resultaron: campo equivocado, temperamento equivocado..., dilo como quieras. —Philip miró al suelo, volvió a alzar la vista hacia Bron—. No es que tengamos a nadie en estos momentos, pero estaba pensando..., bueno, Audri piensa que, puesto que las cosas se han relajado un tanto por aquí en los últimos meses, tal vez todavía deseas...

—No. —Bron siguió rebuscando otra carpeta en un cajón..., y observó que Philip se había detenido a examinar los papeles que ella había dejado encima de la consola mural—. No los desórdenes, por favor —dijo. Encontró la carpeta.

—Oh, lo siento —murmuró Philip. Y entonces, ante la creciente sorpresa e inquietud de Bron, se entretuvo por allí durante el siguiente cuarto de hora, enfrascado en el tipo de conversación intrascendente de la que no podías librarte, sobre todo cuando el otro es tu jefe.

Luego se fue.

Bron suspiró, aliviada.

Diez minutos antes de la hora de comer volvía.

—Hey, déjame invitarte con mi crédito hoy..., no, no digas que tienes otro compromiso. Sé que no es cierto. Mira... —La barbuda sonrisa de Philip trajo de vuelta la negra de Sam en el bar, una capa de su amistad, otra capa de su burla, y algo que era totalmente de Philip y absolutamente desagradable resplandeciendo entre las dos...—. Sé que en ocasiones nos crispamos los nervios el uno al otro. Pero de veras, me gustaría charlar contigo esta tarde. —Lo cual, dicho por tu jefe, era otra cosa a la que no te podías negar.

Philip la llevó no al comedor de la compañía, sino a un lugar al otro lado de la plaza, donde se sentaron en una burbuja cerrada de cristal opalescente, con la mesa entre ellos bordeada de negro y oro, como si fuera un sobre de correo interplanetario; y ante una comida notablemente buena, aunque un tanto líquénica, Philip se lanzó a una serie de interminables especulaciones sobre los rumores acerca de dos de los programadores jóvenes, acerca de Audri, acerca de él mismo... Su comuna estaba pensando en mudarse a lo largo del Anillo, lo cual dejaría libre el lugar que ocupaban ahora; Audri tenía derecho a una recalificación de su crédito, y realmente ella era mucho mejor en su trabajo que él, y quizá valiera la pena pensar en cederle su casa, si ella podía hallar a alguna gente compatible para conseguir que otra familia fuera con ella y proporcionar así el resto de nivel de crédito necesario. ¿Cuándo se mudaba su grupo? Bueno, todavía no estaba del todo seguro, pero...

Cuando se fueron, Philip aún seguía hablando, y por aquel entonces Bron, cansado de su propio aburrimiento y agotado por el fingir constantemente que no

existía, se estaba preguntando ociosamente si quizá todo aquello no era más que un inefablemente gentil prólogo para decirle que estaba despedido..., o al menos una seria reprimenda. Recordó la advertencia de Audri hacía dos semanas. Con todo su nuevo celo, era probable que hubiera cometido alguna torpeza realmente asombrosa que simplemente hubiera salido a la luz. ¿Era eso posible? En la confusión general de su vida actual, se descubrió pensando que podía haber hecho cualquier cosa. Bueno, si era así, estaba preparada...

Y Philip, ante la puerta de su oficina, estaba sonriendo, asentía, se daba la vuelta para marcharse.

Y una hora más tarde estaba de vuelta, aún sonriendo, preguntándole si las nuevas especificaciones de topofomas que ella le había entregado ayer le habían dado algún problema en particular (no), si Audri se había pasado por allí (también no), si la comida había estado bien (fue espléndida, gracias). Sólo se quedó cinco minutos esta vez, pero, unos segundos después de marcharse, a Bron se le ocurrió repentinamente..., y le hizo apoyar las dos manos planas sobre el escritorio, alzar la vista, abrir la boca, cerrarla de nuevo, luego dejar caer las manos sobre su regazo: ¡Philip se estaba preparando para hacerle proposiciones!

La idea hubiera debido de ser horrible.

¡Pero era demasiado regocijante!

¡Lo único realmente horrible era lo regocijante que resultaba!

¿Cuál era el asunto con Philip?, se preguntó. Luego recordó: ¿No había sido en una ocasión lo bastante indiscreto como para mencionar que una vez se había casado con un transexual?; ¡oh, estoy densa!, pensó. ¡Es probable que sienta «inclinación» hacia ellos! ¿No te das cuenta? ¡Tras lo que he hecho, me he convertido en su tipo! ¿Densa...? ¡Esa no era la palabra adecuada si había necesitado tanto tiempo para darse cuenta! ¿Y cuando finalmente se decidiera y le hiciera francamente la proposición? ¡No haré, pensó, absolutamente nada! ¡Si me hace alguna señal, fingiré no verla! ¡Si habla, no le oiré! ¡Si cae de rodillas ante mí, abandonaré la habitación! ¡No estoy aquí para este tipo de mierda!, pensó, al borde de la furia. Y, reteniendo tanto la irritación como la risa, se sumergió de nuevo en el trabajo.

Veinte minutos antes de la hora de cerrar, Philip estaba de nuevo ante su puerta.

—Hey, Bron —con una sonrisa congradadora, la voz de terciopelo—, Audri quería hablar contigo. Creo que todos podríamos salir un poco antes hoy. Así que os dejaré que os marchéis los dos... —Hizo una inclinación con la cabeza y desapareció.

Y Audri, con aspecto muy nervioso, estaba de pie allá donde Philip había estado.

—Bron —dijo—, ¿te importa volver caminando conmigo? Quiero decir hasta mi casa. Al menos durante un trecho. Quiero hablar contigo. —Y siguió allí de pie, sin mirar a Bron, con las manos agitándose junto a las caderas de sus pantalones negros.

Sorprendido, Bron dijo:

—De acuerdo. —Porque le gustaba Audri, y Audri era su jefe también, y porque la ausencia de Philip era un alivio tan grande—. Sólo un momento. —Guardó las cosas en el cajón, lo cerró, se puso en pie.

Salieron juntos del edificio, con Bron cada vez más consciente del silencio.

A medio cruzar la Plaza de la Luz, Audri dijo:

—Philip piensa que estoy loca, pero también piensa que, esté loca o no, simplemente debo mirar las cosas de frente y seguir adelante con ello. Lo cual va a ser muy duro. Pero supongo que tengo que hacerlo... —Inspiró profundamente, tensó la boca, dejó escapar lentamente el aire, luego dijo, casi en un susurro—: Ven conmigo a casa. Haz el amor conmigo. Vive conmigo —miró a Bron, con el aleteo de una sonrisa— para siempre. O durante un año. O seis horas. O seis meses... —Inspiró de nuevo profundamente—. Philip tiene razón; ésta es la parte más dura.

—¿Qué? —dijo Bron.

—He dicho..., bueno, no me has escuchado, ¿verdad?

—Sí, pero... —Bron se echó a reír, pero ella misma no se oyó—. Bueno..., yo no...

Audri le sonrió al pavimento rosa mientras caminaban.

—También hay una parte fácil. Mi índice de crédito ascenderá dentro de dos semanas..., el boom de la posguerra. Philip dice que hay una buena posibilidad de que pueda conseguir su unidad coop sobre el Anillo si consigo reunir la gente suficiente. Ya he hablado con otras cuatro mujeres de alto índice de crédito que han dicho que estaban interesadas. Juntas reuniremos cinco chicos entre todas. Hay espacio para ti si tú... —Hizo una pausa—. Bueno, ya sabes cómo es la casa de Philip. Es encantadora. Incluso aunque sólo quisieras intentarlo, ver si puede funcionar..., ¿suena demasiado como si estuviera intentando atraerte a mi cama con promesas de beneficios materiales?

—No, pero... Bueno...

—Bron, ya sabes que siempre me has caído bien..., te he querido mucho...

—Y yo también, por supuesto...

—Pero siempre había, quiero decir antes, la cosa física. Necesité haber cumplido los veintitrés años, con mis primeros dos chicos, para darme cuenta de que lo mío no eran los hombres. Algunas personas aprenden muy fácilmente esa lección. Conmigo llegó tarde y de la manera dura. Quizá por eso nunca me sentí particularmente interesada en desaprender... Pero bueno..., realmente, siempre hubo algo en ti hacia lo que me sentía cálida y protectora. Luego, el día de la guerra, cuando cruzaste la barricada policial para llegar hasta nuestra coop y ayudarnos a salir de la zona de peligro, eso fue tan... —sacudió la cabeza— ¡increíblemente valiente! Quiero decir que siempre había sabido que te gustaba..., resulta muy fácil adivinar tus sentimientos; de una forma no verbal, supongo que eres una persona abierta..., pero,



cuando viniste a buscarnos, me di cuenta de que quizá tu afecto hacia mí tenía una fuerza que nunca antes había sospechado. Que pusieras tu vida en peligro por la mía y la de mi familia..., quiero decir, nunca te lo dije, pero hallaron el cuerpo de Mike el Loco al día siguiente. Había resultado muerto por una caída de la gravedad, cuando una pared se derrumbó encima de él. De modo que sé lo peligroso que fue ahí fuera. Realmente, cuando pensé en lo que habías hecho, me sentí simplemente... ¡aturdida! De veras. Ésa es la única forma en que puedo decirlo. Sabes que yo acostumbraba a... —Se echó a reír, de pronto y suavemente, luego miró de nuevo a Bron—. Acostumbraba a decirle a Philip, incluso antes de la guerra, que si tú fueras una mujer, yo podría... —Se echó a reír de nuevo—. Quiero decir, era como un chiste. Pero luego, al venir el día después de la guerra y descubrir que eras una mujer... Que eres una mujer... —Audri inspiró profundamente una vez más—. No soy el tipo de jefa que ande persiguiendo a sus empleados en torno a sus escritorios. Pero, bueno... —Soltó lentamente el aire; de nuevo la mirada, la sonrisa—, los últimos seis meses han sido un tanto difíciles.

Bron apoyó una mano en el desnudo hombro de Audri. Y sintió a Audri estremecerse una vez, sin interrumpir su paso; Audri miraba fijamente el suelo a unos cinco pasos por delante de ellas.

—Mira, Audri, yo...

—En realidad no espero que digas que sí—murmuró Audri, rápida y en voz baja—. Y, no importa lo que decidas, nada va a cambiar en el trabajo ni en ningún otro sitio. Te lo prometo. Lo decidí firmemente antes incluso de abrir la boca. Me dije a mí misma que ni siquiera iba a mencionar los tratamientos de refijación; pero creo que acabo de hacerlo... Quiero decir que el asunto es que he decidido ser abierta contigo, y yo... —Seguía mirando al suelo, sólo a tres pasos por delante ahora—, en este momento me siento mejor...

—Audri, no puedo decir que sí. No sería justo. En realidad, me siento absolutamente halagada y..., bueno, emocionada. No sabía que sintieras de ese modo y yo..., pero bueno, yo..., tú no comprendes. —Había habido una oleada de miedo al principio; la recordó ahora, tan sólo unos segundos después. Luego había sentido una oleada de compasión; y después, abriéndose camino entre las dos, irritación. No deseaba sentirse irritada, no con Audri—. Quiero decir, ni siquiera sabes nada de por qué me convertí en... —Se echó a reír, e intentó que su risa sonara tan cálida como la sonrisa de Audri, pero captó un filo que no pretendía que estuviera allí. Dejó caer su mano—. Audri, una de las razones de que me convirtiera en mujer fue..., bueno, huir de las mujeres. —Bron frunció el ceño—. De una mujer, al menos... Oh, ésa no fue la única razón. —Miró a Audri que, con la cabeza baja, las manos contra sus costados, estaba simplemente andando, escuchando—. Pero ciertamente fue buena parte de ello..., aunque no creo que sirviera de mucho. —Bron miró también al frente

—. ¿Recuerdas cuando me avisaste que mi índice de eficiencia estaba cayendo? Fue por aquel entonces. Probablemente fue porque mi mente estaba tan preocupada acerca de todo esto que no podía pensar en lo que hacía en la oficina. —Bron pensó: Pero Audri la había avisado antes de que se encontrara de nuevo con la Púa, ¿no? Bueno, de todos modos...—. Ella me trastornó terriblemente. Es increíble que haya podido seguir acudiendo a la oficina durante todo este tiempo. Ella era... —La miró—. Bueno, un poco como tú. Quiero decir lesbiana..., gay. Simplemente no me dejaba tranquila. —Espera, pensó Bron; espera... ¿De qué estoy hablando? Audri la miró ahora. Bron dijo rápidamente—: Se había hecho una refijación, ¿sabes?, para poder responder sexualmente a los hombres. Por supuesto, no me dijo nada de eso hasta después de que yo hubiera cambiado. Fue completamente deshonesta.

Acerca de todo. Y, por supuesto, lo que lo hace todo tan terrible ahora es que sus sentimientos hacia mí son reales, no importa lo desagradables, horribles o inconvenientes que sean. Para mí. Y para cualquier otro. Ella implicará a cualquiera que se meta en ese horrible asunto tan pronto como hable con él. Ella no es la persona más considerada del mundo, ni en la mejor de las ocasiones.

Bron miró a Audri, que asintió, sin dejar de escuchar.

—No puedo odiarla —dijo Bron—. Como tampoco puedo odiarte a ti. Quiero decir, me gusta, ¿sabes?, cuando no estoy al extremo de mi resistencia. Pero ella simplemente no tiene ninguna idea de lo que es real y lo que es fantasía..., ¿no te lo he dicho ya? Está en el teatro. Quizás hayas oído hablar de ella. Tenía su propia compañía..., tenía una compañía. Se hace llamar la Púa.

—¿Es ella gay? —preguntó Audri.

Bron la miró rápidamente.

—¿La conoces? ¿O conoces a alguien que la conozca? Quiero decir, Tetis es una ciudad tan terriblemente pequeña, no me gustaría que nada de esto llegara hasta ella. Sólo te lo estoy diciendo porque tú eres mi amiga, Audri...

—No —dijo Audri—, no la conozco. Vi una de sus micro-producciones hará un año o así, eso es todo. Me sentí impresionada.

—Esa confusión fantasía/realidad —siguió Bron— es lo más maravilloso de su trabajo. Quiero decir que es prácticamente como lo que nosotros hacemos, la fantasía actuando como una especie de metalógica, con la cual ella puede resolver auténticos problemas estéticos de las formas más increíbles... Yo estuve realmente en algunas de sus producciones el año pasado; una especie de miembro invitado de la compañía. Pero finalmente tuve que dejarlo. Porque, cuando esa fantasía se infiltra en la realidad, ella se convierte en una persona increíblemente horrible. Siente que puede distorsionar cualquier cosa que ocurra con cualquier finalidad que ella desee. Sea lo que sea lo que sienta, eso es lo que es, en lo que a ella se refiere. Pero bueno, supongo... —Bron le rio al suelo, luego alzó la vista; acababan de abandonar la plaza

— que es para conservar ese derecho que luchamos en esta guerra. Pero Audri, cuando alguien abusa de ese derecho, puede hacer que las cosas resulten tremendamente horribles para el resto de nosotros. La última vez que la vi —Bron bajó de nuevo los ojos— había disuelto la compañía..., ahora tiene una especie de trabajo provisional con la universidad. Me dijo que incluso dejaría eso si yo me convertía en su amante, la llevaba conmigo, la alejaba de todo. —Bron se echó a reír—. ¡Como si yo tuviera algún lugar donde llevarla! Y, por supuesto, el hecho de que me haya convertido en una mujer hace que ahora las cosas sean peores para ella. Sin mencionarme a mí... Quiero decir que si ella simplemente hubiera sido honesta conmigo al principio, todo esto hubiera podido ser... —Miró de nuevo a Audri, que parpadeó hacia ella. Por un momento se sintió aterrada de que Audri dijera algo que hiciera añicos el conjunto de la sorprendente ficción que estaba tejiendo y tejiendo. Audri parpadeó de nuevo—. ¿Lo entiendes? —dijo Bron—. Simplemente no puedo decirte sí, no cuando aún estoy liado con ella, con todo este follón..., y lo estoy, lo estoy hasta la coronilla. —Tendió la mano para tocar de nuevo el brazo de Audri, no lo hizo—. ¿Lo entiendes...?

Audri asintió.

—Yo... —Bron dejó que sus ojos se apartaran—, lo siento. Esto es lo que siento... Oh, mira, ya hemos hablado demasiado de esto. Si sigo haciéndolo, me sentiré como la terrible estúpida que soy...

—Oh, no... —dijo Audri—. No...

Lo cual cortó en seco a Bron. Porque, de alguna forma, el hecho de que Audri creyera en todo aquello era algo que en ningún momento había considerado como una posibilidad.

—Bueno, esto es... —empezó Bron—, es como lo que tú dijiste de aprender una lección difícil y tarde..., es lo que me enseñó esa mujer. Acerca del universo, incluso acerca de mí dentro de ese universo. Audri, no puedo decirte que sí, del mismo modo que no pude decirle que sí a ella. —Miró sin parpadear a Audri, que le devolvió la mirada, también sin parpadear. Bron pensó: No puedo creer que esto esté ocurriendo—. No me odies por ello.

—Oh, no —dijo Audri—. Es sólo que resulta tan difícil de creer... —Parpadeó de nuevo—. Mira, no va a haber..., no va a haber ningún cambio en la oficina. Te lo aseguro. Es sólo que..., bueno, Philip, en su papel de gran hermano del universo, pensó que me sentina mejor si al menos preguntaba. Supongo que sí. Pero pienso..., pienso que será mejor que nos veamos mañana. Hasta entonces..., ¡nos veremos mañana! —Y Audri se volvió rápidamente y se alejó por la calle.

Bron sintió que la tercera gota de sudor se detenía, a medio camino espalda abajo, luego seguía rodando. En la esquina pensó: ¿Dónde estoy...? ¿Dónde...? Presa de su propia explicación, no había observado la calle por la que habían girado. Miró el

signo de la calle, inspiró profundamente, y caminó hasta la próxima esquina antes de detenerse.

¿Por qué le he mentado a esa mujer?

Se detuvo allí, mirando con el ceño fruncido el siguiente conjunto de letras y números verdes de las coordenadas ante ella, sin captar su significado tras su concentración.

¿Por qué le he mentado a Audri? ¡Me gusta Audri! ¿Por qué he inventado esta increíble patraña acerca de la Púa dispuesta a abandonarlo todo por mí? De todos modos (echó a andar de nuevo) no era que hubiera dicho nada acerca del personaje de la Púa que no fuera plausible. Sin embargo, ¿por qué había elegido ilustrarlo con una ficción tan estúpida? En especial cuando la verdad era tan simple.

Mañana, en el trabajo, probablemente Audri volvería a la normalidad..., o, si no mañana, entonces dentro de una semana a partir de mañana, un mes a partir de mañana. Pero, ¿qué hay acerca de mí? ¿Por qué mentir, directa e inequívocamente? Sintió deseos de hablar con alguien. ¿Brian? ¡Pero le había ocultado cuidadosamente el hecho mismo de la existencia de la Púa! ¿Lawrence...? No, era demasiado viejo; no deseaba sus envejecidas y cáusticas homilías. Además, Lawrence estaba en otra luna, en otro mundo. Y Prynn, por supuesto, era demasiado joven.

¿A quién más había hablado nunca de tales cosas?

A Audri, a veces. ¡Pero, evidentemente, no podía hablar con Audri de esto!

Cruzó la calle, halló la estación de transporte; durante todo el camino a casa, la irritación hirió sus pensamientos; a veces estaba irritada con Audri, a veces con ella misma, a veces con la traidora Púa.

En el Águila, en su habitación, cerró por dentro la puerta y se sentó en un lado de su cama..., no respondió cuando Prynn llamó a las siete y media, no respondió cuando Prynn volvió a llamar gritando a las nueve. A las diez, fue a la cafetería de la unidad contigua para evitar el encontrarse con alguna de las mujeres de la coop, comió algo, regresó, entró en su habitación y volvió a cerrar por dentro.

¿Por qué le he mentado a esa mujer?

Llevaba una hora en la cama. Había conectado los canales públicos, los había desconectado, había vuelto a conectarlos y a desconectarlos de nuevo. Se volvió de lado, luego de espaldas. Pero por entonces todos sus pensamientos sobre el tema habían sido revisados un centenar de veces, repitiéndolos cuando ya no se desarrollaban más. Hacía tres horas, había recordado por primera vez que había maquinado mentalmente casi la misma historia durante las primeras dos semanas después de su traslado allí, a la espera de una proposición de aquella extraña rubia con los mechones negros en su pelo que vivía en el segundo piso y era definitivamente gay; se había mostrado tan insistentemente generosa con Bron, invitándola a cenar, ofreciéndole ropa, cintas, fotos (¡era peor que la coop

heterosexual de mujeres de la que se había mudado!), el sexo era la única explicación. Bron lo había rechazado todo menos la primera cena. No había habido ningún avance; la mujer se había mudado a otro sitio. El subterfugio había sido olvidado.

Pero lo importante, pensó Bron, era que, aunque hubiera estado pensando en decirle todo aquello, si la mujer me hubiera dicho algo, seguro que yo no lo hubiera usado. La hubiera tratado de la misma forma que traté a Lawrence; honesta, directa. Quiero decir que si aprendí algo siendo un prostituto fue que, al menos en asuntos de sexo, compensa el ser sincero. ¡No hubiera podido contarle una historia así a una completa desconocida! ¿Por qué se la conté a alguien que realmente me cae bien? ¿No había empezado como un intento de no herir los sentimientos de Audri, aunque fuera de una forma extrañamente retorcida? Qué ridículo, pensó. Los sentimientos de los demás, más allá de mantener una educación general, nunca habían sido una de sus principales preocupaciones. Como tampoco tenía en gran estima a la gente que sí se preocupaba. La gente se ocupa de sus propios sentimientos; yo me ocupo de los míos. ¡Además, si simplemente le hubiera dicho «No» a la petición de Audri, hubiera sido mucho más considerada que lanzarse a toda aquella complicada elaboración teatral! ¡Aquello era más bien propio de una actriz como la Púa! Oh, vamos; ¡la Púa no tenía nada que ver con aquello! ¡Absolutamente nada! Pero Bron se daba cuenta también, y eso era casi igual de irritante, que de alguna forma había conseguido, diciendo aquella mentira, algo que deseaba: Lo primero que había sentido (cuando todo hubo terminado, antes de aquel estúpido e imparable interrogatorio al que ella misma se había sometido) era satisfacción. Ahora, ésa era la pregunta: ¿Por qué? Bron se volvió nuevamente de lado y pensó: Puedo decir que ésta va a ser otra de esas noches...

...y soñó con el bar, el lugar al que Prynn la había llevado; pero era diferente, porque sólo había presentes mujeres. Qué sueño más extraño, pensó. Por un lado, la mayoría de las mujeres le eran completamente desconocidas. Allí, apoyada contra la pared, estaba la lesbiana rubia que había vivido en el segundo piso. ¿Por qué, se preguntó Bron, debía soñar ahora con ella? Pero bueno, había pensado en ella, ¿no? Una muchacha no muy mayor que Prynn estaba sentada en una mesa de un rincón tocando una guitarra. ¿Charo? En otro lado se sentaba una mujer de sesenta años con uñas azules, zapatos azules de tacón alto, labios azules y ajorcas azules en los pechos. Bron estaba seguro de que, si la había visto alguna vez antes, había sido simplemente cruzándose con ella por la calle. Sin embargo, todas aquellas extrañas mujeres la hacían sentir incómoda. Miró de nuevo a su alrededor en busca de algo más familiar y vio, para su sorpresa, a la Púa sentada a una de las mesas, escribiendo concentradamente sobre la hoja de reborde dorado y negro de una carta interplanetaria. Y allí estaba Audri, sentada no muy lejos detrás de ella, con Prynn

cerca; inmediatamente detrás de ellas había una mujer de pie a la que no reconoció en absoluto: una mujer oriental de piel muy oscura... ¿Era aquella Miriamne que le habían querido colocar como ayudante? No; demasiado joven. Más bien era alguien que había visto una vez con Alfred. ¿La estaban todas mirando? ¿O mirando más allá de ella? Bron se volvió, pensando que era estúpido hallarse en un bar de citas con nada más que mujeres. Pero la puerta se estaba abriendo. Un hombre con un mono marrón entró de espaldas por ella. Al parecer todavía estaba hablando con un puñado de amigos fuera. Se detuvo unos instantes en la puerta, diciéndoles algo, riendo con ellos.

Bron miró a las mujeres. Algunas la estaban mirando ahora definitivamente a ella. Charo sonreía, asintiendo con la cabeza al ritmo de sus rasgueos. La Púa había llenado ya al parecer varias hojas. De hecho, la hoja en la que estaba escribiendo ahora tan concentradamente era mucho más grande que una carta normal. Prynne y una muchacha negra se habían detenido detrás de la Púa y estaban inclinadas sobre su hombro para leer. Prynne alargó una mano para señalar algo; la Púa hizo inmediatamente una corrección. ¡No estaba escribiendo en absoluto una carta! Debía de estar tomando notas para una nueva producción. Bron se volvió para mirar al hombre (estaba en la barra ahora, pero aún mirando hacia otro lado) y pensó: Aquí debe de ser donde empieza mi parte. ¿Me sé el papel? En cualquier caso, estoy segura de que las frases vendrán a mí una vez empiece. Miró de nuevo: varias de las mujeres, con grandes marcadores de color, estaban inclinadas sobre el hombro de la Púa para añadir notas propias. Esto va a ser todo un espectáculo, pensó Bron. La mujer con los labios azules y las ajorcas alzó la vista hacia ella, sonrió, hizo una inclinación de cabeza. Bron se volvió hacia el hombre, que estaba apoyado con un antebrazo sobre la barra, mirando aún a la puerta..., ¡como si, pensó inmediatamente Bron, pudiera echar a andar hacia sus amigos de fuera en cualquier momento y perderse toda la producción! Nerviosamente, se dirigió hacia él.

Él se volvió hacia ella.

De alguna forma, había esperado que fuera Mike el Loco, el cristiano. Pero el rostro, bajo el pálido y rizado pelo, era el de alguien distinto. Una ceja era gruesa y de pelo alborotado. La otra había sido reemplazada con un arco de oro incrustado en la piel.

Cuando lo reconoció, pensó: ¡Oh, no...! Aquello era simplemente demasiado..., bueno, ¡banal! ¡Para un sueño o para el teatro! ¡Con esto, no era posible ninguna mise en scène! Encontrarse de aquel modo con su viejo yo..., bueno, simplemente era demasiado absurdo. Era un cliché tan gastado como..., bueno, «esperar el amanecer» o «los horrores de la guerra». ¿Acaso el teatro no tenía nada que ver con las creencias? ¿Cómo podía alguien creer en una coincidencia tan absurda? Simplemente tropezar con uno mismo de esa forma, bueno, las posibilidades eran de cincuenta a

una, ¡de cincuenta mil millones a una...! ¡Tenía que haber habido algún error! ¡Esa no era la forma en que podía haber sido planeada la producción! La acción, propiamente hablando, sería invisible desde la platea... Miró a la Púa de nuevo.

Casi todas las mujeres estaban escribiendo ahora, empujándose unas a otras, tendiendo la mano por encima del hombro de las demás. Con plumas de brillantes colores, llenaban con números de brillantes colores los grandes papeles cuadriculados esparcidos sobre la mesa..., con sólo mirarlas, supo que estaban llenando la configuración del despliegue pluralista femenino. ¡Qué irremediablemente banal! ¿Iba ella a tomar parte realmente en aquel absurdo drama? Se volvió de nuevo hacia Bron..., permanecía de pie junto a la barra, sonriéndole agradablemente a ella, si bien un poco nervioso, pero completamente ajeno a todo lo demás. Ella alzó tentativamente la mano hacia su rostro, luego chilló:

—¡Tengo que destruirte! —Clavó las uñas en su ceja de oro y siseó—: Tengo que destruirte, destruirte, ¿lo oyes? —Sus uñas, observó, no eran las cuidadosamente afiladas, quirúrgicamente estrechadas por la última sesión de cirugía cosmética, ni siquiera las anchas y limpias que tenía antes de la operación, sino las mordidas de su adolescencia—. Tengo que destruirte..., ¡como tú me has destruido a mi! —Las palabras desgarraron su garganta. Se apartó, jadeante.

¡Todo había terminado!

Algunas de las mujeres aplaudieron educadamente.

Hizo otra jadeante inspiración, dominada por las emociones.

— ¡Un espantoso guion! ¡Desprovisto de todo significado —¿significativamente? — para ningún tipo de público!

Pero mi actuación fue brillante. Debo de haberme dejado arrastrar por mi papel. Completamente. Sus ojos lagrimeaban. Alcanzó una silla para derrumbarse en ella, pero estaban todas allí, en el tercer bar. Así que se tambaleó otros cuantos pasos. Señor, ¿cuántos bares había allí? Pero en alguna parte, detrás de todos ellos, tenía que haber una silla. Siguió tambaleándose hacia delante, dominada todavía por las emociones que la actuación había despertado, con sólo un fragmento de su mente aún desprendido y objetivo:

—Por emocionada que me sienta por ello, sigue siendo un papel espantoso! Quiero decir —jadeó en busca de otra bocanada de aire, mientras las emociones se hinchaban; era como si toda la producción hubiera sido algún deslucido melodrama crepuscular que el intelecto no pudiera soportar pero que el corazón no pudiera resistir— que yo hubiera podido ser ese tipo de hombre. ¡Pero no soy ese tipo de mujer!

Ardientes, azotantes, embarazosas, sus emociones giraban y hervían. Oh, debo sentarme, pensó, y buscó una silla de nuevo...

...y despertó, bruscamente, por completo, e (irritantemente) con la misma

pregunta con la que había derivado hasta el sueño: ¿Por qué le he mentado a Audri?

El estúpido sueño —con sus detritos emocionales desprendiéndose aún de las imágenes— no sugería ciertamente ninguna respuesta. Se volvió una vez más, con dos preguntas ahora, igualmente desconcertantes. La primera: ¿De dónde había surgido la mentira? La segunda: ¿Por qué estaba tan obsesionada con ella?

¿Por qué mentí?

¿Qué es lo que la desencadenó?

Permaneció tendida, fría y claramente despierta: Nunca mentí cuando era un hombre. Pero, pensando por centésima vez lo que le había dicho a Audri, creyó captar resonancias que se filtraron hacia atrás a lo largo de su vida, de la totalidad de ella, en Tritón, en Marte, como hombre, como mujer. Y no pudo relacionar ninguna de ellas. Deberías decir siempre la verdad, pensó, no porque una mentira conduzca a otra, sino más bien porque una mentira puede conducir muy fácilmente a esa terrible posición desde la cual, con sólo la ayuda de un sueño al azar, puedes ver, tanto hacia delante como hacia atrás, el cenagal donde verdad y falsedad son simplemente, para ti, indistinguibles.

Oh, esto es una locura, pensó bruscamente Bron. ¿Por qué estoy tendida aquí, flagelándome a mí misma con culpabilidad? Nunca acostumbraba a mentir: ni con Audri, ni con Philip, ni con nadie. ¡Si se presentaba una situación, me enfrentaba a ella! Bueno, si podía hacerlo antes, también puedo hacerlo ahora. Esto ha sido sólo un desliz. No hay ninguna razón para empezar a convertirme en una perfeccionista moral ahora. Ése no es tu trabajo. ¿Eran simplemente las mujeres menos sinceras que los hombres? De acuerdo: ¿Era ella menos sincera como mujer de lo que había sido como hombre? Muy bien, entonces, eso es simplemente una razón más por la que necesito un hombre..., ¡para que diga la verdad por mí! ¡Ahora date la vuelta y duérmete de nuevo!

Se volvió de lado, luego de espaldas de nuevo, con una mano contra su barbilla. Se mordió un trocito de piel muerta en su labio; y se sintió terriblemente vacía. Aquí estoy, pensó, como había hecho de tanto en tanto desde que había venido de Marte: Aquí estoy, en Tritón, y de nuevo estoy perdida en alguna irremediable maraña de confusión, trastorno e inquietud...

¡Pero esto es tan estúpido!

Inspiró profundamente y se volvió del otro lado. Así era simplemente la vida, y no había nada lógico que una pudiera hacer al respecto; y si el sueño le era negado por aquella noche, entonces no había nada que hacer tampoco al respecto excepto aguardar el amanecer, que —¡de pronto e impresionantemente!—, estuvo segura, segura durante treinta y siete segundos enteros (cada uno contado con un latido de su corazón cada vez más y más fuerte que finalmente bloqueó su garganta con terror), segura de una forma que implicaba volúmenes sobre la rotación de los planetas, sobre



la entropía de la química del propio sol (avanzando e hirviendo en alguna parte en el universo real más allá del escudo sensorial), segura con una seguridad que, si era subjetivamente perfecta, tenía que ser objetividad (y no era ésa la razón por la cual, enlazó su atormentada mente, incapaz de detenerse incluso por el terror, en esas lunas ligadas al hielo y a las rocas, lo subjetivo se había convertido en algo políticamente inviolable; y, ¿no habían matado ellos a tres de cada cuatro, o a cinco de cada seis, para mantenerlo así...? Entonces, con la misma brusquedad, la seguridad desapareció; y se halló tendida de lado, temblorosa, con el corazón y la respiración agitados, mordiéndose su sangrante labio, con un recuerdo de algo que ahora sólo parecía... Pero..., no, no si ella había sentido de aquel modo al respecto; ¡había estado segura!), segura de que nunca llegaría.

Londres, noviembre de 1973/julio de 1974

# APÉNDICE A

**Del Periódico Tritón: Notas de trabajo y páginas omitidas**

## I

—¿Recuerdas —dijo Sam pensativamente— esa explicación mía de esa noche, acerca del asunto de la gravedad? —Estaban de pie en la cálida semioscuridad del comedor de la coop—. Si tuviera que ser traducida a algún idioma del siglo xx, se hubiera convertido en un completo batiburrillo. Oh, quizás un lector de c-f hubiera podido comprenderla. Pero cualquier científico de la época no hubiera dejado de reír durante todo su camino hasta el bar.

—¿C-f? —Bron se inclinó sobre la barra.

—¿Cientificción? ¿Ci-fi? ¿Ciencia ficción? ¿C-f? Ésa es la progresión histórica de los términos, aunque varios de ellos vuelven a la superficie de tanto en tanto.

—¿No hubo algún reportaje en los canales públicos acerca de...?

—Cierto —dijo Sam—. Siempre me ha fascinado, ese siglo en el que la humanidad puso el pie por primera vez en la primera luna.

—No hace tanto tiempo de eso —dijo Bron—. No nos separa tanto de ellos como los separaba a ellos de cuando el hombre puso el pie por primera vez en las costas americanas.

Lo cual hizo que los gruesos labios de Sam se fruncieran tan intensamente que Bron sintió que sus sienes ardían. Pero Sam se echó bruscamente a reír.

—La próxima cosa de que me hablarás será de que Colón descubrió América; de las campanas de San Salvador; del hijo enterrado en la República Dominicana...

Bron se echó a reír también, a la vez aliviado y confuso.

—Lo que quiero decir —la mano de Sam, grande, caliente y húmeda, aterrizó sobre el hombro de Bron— es que mi explicación hubiera sido incomprensible hace doscientos años. Hoy no lo es.

El epistema ha cambiado tan totalmente, tan completamente, que las palabras llevan cargas absolutamente distintas, aunque los significados sean más o menos los mismos que debieron de ser en...

—¿Qué es un epistema? —preguntó Bron.

—Vaya, vaya. No has estado viendo las emisiones adecuadas del canal público.

—Ya me conoces. —Bron sonrió—. Las Annie-maciones y los dramas del hielo..., siempre en la vanguardia intelectual. Nunca en las áreas de retaguardia.

—Un epistema es una forma sencilla de hablar acerca de la forma de descomponer la totalidad...

—Suena como el héroe secundario de algún drama del hielo. Melony Epistema, coprotagonista con Alona Liang. —Bron se rascó la ingle, rio, y se dio cuenta de que estaba más borracho de lo que pensaba.

—Ah —dijo Sam (¿estaba Sam borracho también...?)—, pero el epistema era siempre el héroe secundario de las novelas de c-f..., exactamente de la misma forma que el paisaje era siempre el primario. Si hubieras estado viendo los canales públicos adecuados, lo sabrías. —Pero se había echado a reír de nuevo.

## II

Todo en una novela de ciencia ficción debería de ser mencionado al menos dos veces (al menos en dos contextos distintos).

## III

¿Texto y textus? Texto, por supuesto, procede del latín textus, que significa «tejido», «trama», web en inglés. En la imprenta moderna, la palabra web designa también ese gran rollo de papel continuo que, en muchas prensas, tarda más de una hora en desenrollarse de extremo a extremo a través de la enorme máquina que entinta en él líneas y líneas de letras, convirtiéndolo en un texto. Todos los usos de la palabra «tejido», «trama», «red», «matriz», y muchas más, por su «etimología» circular, se convierten en puntos de entrada a un textus, que es ordenado por todo el lenguaje y todas las funciones lingüísticas, y en el que es encajado el propio texto.

Las innovaciones tecnológicas en la imprenta al principio de los años sesenta, que produjeron la actual «revolución del libro de bolsillo», son probablemente el factor individual más importante relativo al texto de la ciencia ficción moderna. Pero el nombre «ciencia ficción», en sus varios avalares —c-f, ficción especulativa, ci-fi, científicción—, retrocede a esos primitivos avances tecnológicos en la impresión que dieron como resultado la proliferación de las revistas «pulp» durante los años veinte.

Nombrar es siempre un proceso metonímico. A veces es la pura metonimia <sup>[1]</sup> de asociar un grupo abstracto de letras (o números) con una persona (o cosa), de modo que pueda ser recordada (o relacionada en orden metonímico con otros nombres de entidad). Frecuentemente, sin embargo, se trata de una metonimia más complicada: las viejas palabras son extraídas del léxico cultural para nombrar la nueva entidad (o para renombrar una antigua), así como para integrarla (sea vieja o nueva) como parte de la presente cultura. La relación entre entidades así nombradas se halla entretejida en esquemas mucho más complicados de lo que cualquier listado alfabético o numérico puede sugerir: y el encuentro entre objetos-que-son-palabras (por ejemplo, el nombre «ciencia ficción», un texto crítico de ciencia ficción, un texto de ciencia ficción) y procesos-puestos-de-manifiesto-por-palabras (otro texto de ciencia ficción, otro texto crítico, otro nombre) es tan complejo como la interfase en constante disolución entre la cultura y el propio lenguaje. Pero podemos tomar un modelo del

proceso de nominación de otra imagen:

Considere un niño, en una esquina por la noche, en una de las grandes ciudades de la Tierra, que oye por primera vez el ulular de las sirenas, que ve los flancos rojos y brillantes doblar la esquina más alejada del edificio, que observa los grandes «aspiradores» de diez centímetros de diámetro forrados de caucho y rematados con boquillas cromadas alineados a lo largo de esos flancos, que ve las luces de la calle reflejarse en los cristales de los manómetros y las válvulas de descarga de acero inoxidable en el alojamiento rojo de la bomba y la manguera de tela enrollada en el cilindro trasero, que observa a los hombres con cascos negros y vestidos de caucho agarrados a sus escaleras, con las botas encajadas en la pasarela lateral de rasposa superficie. El niño puede muy fácilmente denominar esta entidad, mientras avanza en la noche, como un Aullador Rojo.

Más tarde, el niño transmite este nombre a un grupo de otros niños..., que lo adoptan, de una forma fácil y alegre, en sus conversaciones secretas. Esos niños crecen; otros niños más pequeños se unen al grupo; otros niños mayores lo abandonan. El nombre persiste..., por supuesto, para nuestro propósito, la localización de cuáles niños utilizan y cuáles no utilizan el nombre corresponde a como leamos los límites del grupo en sí.

El grupo persiste..., persiste semanas, meses, años después de que el niño que le diera su nombre secreto haya olvidado tanto el grupo como su lenguaje. Pero, un día, un niño más pequeño le pregunta a uno mayor (mucho después de que el nombre, dentro del grupo, haya sido santificado por el uso): «Pero, ¿por qué es un Aullador Rojo?». Supongamos que el niño mayor (que es de mente analítica) responde: «Bueno, los Aulladores Rojos tienen que ir a su destino rápidamente; por esta razón llevan sirenas que chillan muy fuerte, a fin de que la gente pueda oírlos venir desde lejos y apartar sus coches a un lado. Están pintados con ese color brillante por la misma razón: para que la gente pueda verlos venir y apartarse de su camino. Pero la pintura roja es también algo tradicional: sirve para identificar que se trata, sin lugar a dudas, de un Aullador Rojo lo que uno ve entre los intersticios del tráfico y no simplemente un viejo camión».

Por satisfactoria que sea esta explicación, sigue siendo más o menos una ficción. Aquella tarde estábamos presentes en la esquina. Sabemos que el primer niño lo llamó un Aullador Rojo por pura aprensión metonímica: aquella tarde había, entre los varios aspectos percibidos, el «color rojo» y los «aullidos», los cuales, vía una especie de camino-de-menor-resistencia morfológico, se unieron para formar una frase fácilmente pronunciable / recordable. Sabemos, desde nuestra privilegiada posición con relación a este texto, que no hay nada explícito en nuestra historia que hubiera impedido al niño llamarlo un Rojo Gritador, un Pu-Pú, un Parpadea-Parpadea o un Susan-Anne McDuffy..., si no hubieran existido otras circunstancias no

especificadas aparte las que la simple lectura de nuestra ficción sugiere. La explicación del adolescente, en lo relativo a que un Aullador Rojo es un Aullador Rojo, es satisfactoria debido a que toma los dos metónimos que forman el nombre y los encaja en una trama de discurso funcional..., satisfactoria debido a la naturaleza funcional del epistema [2] adulto, cuyas dos cosas generan el discurso y de la que, una vez emitido el discurso, la explicación (tal como es absorbida en la memoria, tanto del interrogador como del explicador, puesto que es allí donde el textus se halla encajado) pasa a formar parte.

La ciencia ficción fue llamada así del mismo modo que el Aullador Rojo: de una manera parecida, los metónimos que forman su nombre pueden ser relacionados funcionalmente:

La ciencia ficciones la ciencia ficción porque varias expresiones del discurso tecnológico (real, especulativo o pseudo) —es decir la «ciencia»— son utilizadas para sostener varias otras expresiones del discurso meramente metafórico, o incluso carente de significado, por descripción/presentación denotativa del incidente. A veces, como en la frase «La puerta se dilató» de la novela Más allá del horizonte de Heinlein, el discurso tecnológico que la sostiene —en este caso, el discurso sobre la ingeniería de las aperturas en iris de gran tamaño; y el discurso sociológico que una tecnología así puede sugerir respecto a toda una cultura— no se halla explícito en el texto.

¿Se halla entonces implícito en el textus? Todo lo que podemos decir seguro es que, encajado en el textus de cualquiera que pueda leer adecuadamente la frase, se hallan los emblemas a través de los cuales puede reconocer ese discurso cuando le es manifestado en algún texto explícito.

En otros casos, como en las frases de la novela Las Estrellas Mi Destino [3] de Bester: «El frío era el sabor de limones, y el vacío era el rasgar de garras contra su piel... La caliente piedra olía como terciopelo acariciando su piel. Humo y cenizas eran dura tela raspando contra su piel, casi la sensación de la lona mojada. El metal fundido olía como agua goteando por entre sus dedos», el discurso tecnológico que las sostiene para la descripción/presentación denotativa del incidente es explícito en el texto: «La sensación llegó hasta él, pero filtrada a través de un sistema nervioso retorcido y cortocircuitado por la explosión del PyrE. Estaba sufriendo sinestesia, esa rara condición en la cual la percepción recibe mensajes del mundo objetivo y reexpide esos mensajes al cerebro, pero allí en el cerebro las percepciones sensoriales se confunden unas con otras».

En la ciencia ficción, «ciencia» —es decir, frases que exhiben emblemas verbales de discursos científicos— es usada para literalizar los significados de otras frases para uso en la construcción del primer plano de la ficción. Frases tales como «Su mundo estalló», o «Ella conectó su lado izquierdo», puesto que contienen el discurso

tecnológico adecuado (económico y cosmológico en uno; de conexión de circuitos y cirugía protésica en el otro), abandonan la banalidad de la metáfora emocionalmente vaga, abandonan la trivialidad de la agitación insomne y, a través del laberinto de la posibilidad técnica, se convierten en imágenes posibles de lo imposible. Se unen al repertorio de frases que pueden propulsar el textus al interior del texto.

Ésta es la relación funcional de los metónimos «ciencia» y «ficción» que fueron escogidos por Hugo Gernsback para dar nombre a su nuevo género pulp. Él (y nosotros) percibió que, en los textos de ese género, existía un aspecto de «ciencia» y un aspecto de «ficción», y que, debido a la ciencia, algo acerca de la ficción era diferente. He localizado específicamente esta diferencia en un conjunto de frases que, con la forma particular en que han sido transformadas en denotativamente significativas por la existencia de otras frases no necesariamente únicas a la ciencia ficción, son en sí mismas y en general únicas a los textos del género de la c-f.

Hay que señalar aquí un aspecto obvio: esta explicación de la relación de esos dos metónimos onomales Ciencia/Ficción no define (o agota) la empresa-ciencia-ficciónista más que nuestra explicación adolescente de los dos metónimos onomales Aullador/Rojo define (o agota) el asunto del coche contra incendios. Nuestra explicación funcional del Aullador Rojo, por ejemplo, debido a los metónimos de los cuales arranca la explicación, no menciona en ningún momento la función primaria del Aullador Rojo: apagar incendios.

Y, puesto que la «función» de la ciencia ficción es de un tipo mucho más complejo que la del Aullador Rojo, uno puede dudar desde un principio en utilizar tales metónimos —«función» y «primaria»— para nombrarla. Sea como sea como uno decida nombrarla, no puede expresarse, como puede el Aullador Rojo, con dos puntos seguidos por un nombre-más-adjetivo..., del mismo modo que uno no puede expresar la «función primaria» de la empresa-poética, la ficción-mundana, la cinemática, la musical, o la crítica. Como tampoco puede nadie exigir seriamente una tal expresión para ninguno de esos otros géneros. Para conseguir algún concepto de lo que, primariamente, hace la ciencia ficción, como con otros géneros, debemos basarnos en una explicación más profunda, compleja y funcional.

El enormemente incrementado repertorio de frases que la ciencia ficción tiene que extraer (gracias a su relación entre la «ciencia» y la «ficción») deja la estructura del campo ficciónista de la c-f de una forma notablemente distinta del campo ficciónista de aquellos textos que, eludiendo el discurso tecnológico en general, sacrifica su campo incrementado de frases no tecnológicas..., o al menos las sacrifica en el modo particular del primer plano. Debido a que las frases añadidas en la ciencia ficción son primariamente frases de primer plano, la relación entre primer plano y segundo plano en la ciencia ficción difiere de la de la ficción mundana. La distribución del peso entre paisaje y sicología varía. El despliegue de estas nuevas

frases dentro del marco tradicional de la c—f de «el futuro» no sólo genera la obviamente nueva panoplia de posibles incidentes ficcionísticos; genera también un conjunto enteramente nuevo de posturas retóricas: las visiones-futuras-del-presente forman un eje contra el cual pueden ser desarrolladas estas posturas; las visiones-alienígenas-de-lo-familiar conforman el otro. Todas las historias parecen desarrollarse como una progresión de datos verbales que, a través de su relación entre sí mismos y su relación a los datos fuera de sí mismos, producen en el lector expectativas de otros datos. Los nuevos datos llegan, satisfaciendo y/o frustrando esas expectativas y, a su vez y en concierto con los viejos, producen nuevas expectativas..., y el proceso continúa hasta que la historia queda completa. Las nuevas frases disponibles a la c-f no sólo permiten al autor presentar datos excepcionales, abrumadores o hiperracionales, sino que también, a través de su interrelación entre sí mismos y con otras frases más convencionales, crean un textus dentro del texto que permite que panoplias completas de datos sean generados en sorprendentes puntos sintagmáticos. Así, Heinlein, en Tropas del espacio, a través de una descripción del reflejo de un espejo y la mención de la nacionalidad de un antepasado, en medio de un pasaje sobre maquillaje masculino, genera los datos necesarios para que sepamos que el narrador, que habla en primera persona, y con el que hemos estado viajando ya a través de doscientas cincuenta y tantas páginas (de un libro de trescientas cincuenta), es negro. Otros han argumentado la vaciedad superficial de esta novela, desacreditado sus interminables discursos sobre las glorias de la guerra y sus lamentables errores sobre los temas de la homosexualidad sublimada. ¿Pero quién, un año después de haber leído el libro, puede recordar los argumentos en favor de la guerra..., excepto alguien que colecciona conscientemente los ejemplos de la ilógica humana? Esos argumentos son estúpidos; no se relacionan con nada que sepamos sobre la guerra como auténtica interface de la humanidad con la humanidad: no se quedan grabados en la mente. Lo que me ha quedado, casi diez años después de leer por primera vez el libro, es el conocimiento de que he experimentado un mundo en el cual la situación de la información acerca del rostro del narrador es una prueba de que, en un mundo así, el «problema racial», al menos, ha desaparecido. El libro como texto —como objeto en la mano y ante el ojo— se convirtió, por un momento, en el símbolo de ese mundo. En ese momento, signo, símbolo, imagen y discurso se colapsan en una experiencia no verbal, catapultada desde alguna parte más allá del textus (vía el texto) en la trayectoria peculiarmente potente que sólo la c-f puede proporcionar. Pero, a partir de aquí, la descripción de lo que es único a la ciencia ficción y cómo funciona dentro del textus de la c-f, que, a su vez, se halla encajado en el propio textus del lenguaje —y se parece al lenguaje— de nuestra cultura se convierte en una lista de pasajes específicos o conjuntos de pasajes: mejor dejar que el lector compile los suyos propios.



Tengo la sensación de que la empresa ciencia-ficciónística es más rica que la empresa de la ficción mundana. Es más rica a través de su extendido repertorio de frases, su consecuentemente mayor abanico de posibles incidentes, y a través de su más variado campo de organización retórica y sintágmica. Tengo la sensación de que es más rica en el mismo sentido que la música atonal es más rica que la tonal, o la pintura abstracta es más rica que la realista. No, la aparente «ingenuidad» de la ciencia ficción no es la misma que ese efecto superficial a través del cual las pinturas abstractas individuales o las piezas atonales particulares aparecen frecuentemente «empobrecidas» cuando son comparadas a las obras «convencionales», en su primera exposición (expuestas a, y comparadas por, esa gente que ha absorbido solamente el textus «convencional» con el cual «leer» su arte o música). Este «empobrecimiento» es la necesaria simplicidad de la sofisticación, límite para la mucho más amplia red de posibilidades que tales obras pueden hacer resonar. De todos modos, pienso que la «ingenuidad» de la ciencia ficción puede, al final, poseer el mismo peso estético que el «empobrecimiento» del arte moderno. Ambos son manifestaciones de «la mayor parte de las obras del género»..., no «las mejores obras». Ambos, tras una repetida exposición a las mejores obras, se desmoronan —por el mismo proceso por el cual la mejor obra carga el textus— a la red de posibilidades..., con un contorno claro.

La red de posibilidades no es simple..., ni para la pintura abstracta, ni para la música atonal ni para la ciencia ficción. Es el esquema dispersivo de los elementos de miríadas de formas individuales, en todas tres, lo que proporciona a sus respectivas redes sus densidades, sus inclinaciones, sus austeridades, sus encantos, sus contigüidades, sus convenciones, sus clichés, sus tropos de gran originalidad aquí, sus aplastantes banalidades allí; su mapa sólo puede ser aprendido, como es aprendido cualquier otro lenguaje, a través de la exposición de una miríada de palabras, simples y complejas, extraídas del lenguaje de cada. Los contornos de la red controlan la experiencia del lector en cualquier texto de c-f dado; mientras la lectura de un texto dado de c-f redefine, aunque sea ligeramente, la propia red, ese texto es absorbido dentro del género, juzgado, recordado u olvidado.

Con maravilla, sorpresa y deleite, el niño que, aquella noche, vio al juggernaut aullar en la oscuridad, lo llamó el «Aullador Rojo». Sabemos que el nombre no lo agota todo; es tan sólo un punto de entrada al textus, a fin de recuperar de él algún texto u otro sobre el contorno, formado y modelado a partir de nuestra experiencia de las entidades nombradas por, con y organizadas en torno a esos metónimos onomales. El textus no define; es, aunque ligeramente, redefinido con cada nuevo texto encajado sobre él, con cada nuevo texto recuperado de él. También sabemos que el nombre no implica necesariamente, en el niño, una comprensión de ese textus que ofrece sus metónimos y en la cual se hallan encajados esos metónimos. La maravilla, sin embargo, puede iniciar en el niño ese proceso que, resuelto en el adulto, lo hace

imaginarse a sí mismo vestido con un casco y un impermeable de caucho, aferrado a las escaleras laterales, o accionando el volante de delante o de detrás, mientras el Aullador Rojo avanza a toda velocidad hacia otro incendio.

Puede imaginarse incluso como un ingeniero, escribiendo un texto por el cual, a partir de ahora, los Aulladores Rojos sean pintados de azul, o una campana reemplace a esa irritante sirena..., la maravilla y el deleite, atrapados puros en la red, cargan cada una de sus palabras (desde las propias palabras hasta los planos y hasta el nuevo objeto azul y campanilleante) con convicción, autenticidad y corrección.

#### IV

Todo en una novela de ciencia ficción debería de ser mencionado al menos dos veces (al menos en dos contextos distintos), con la posible excepción de la ciencia ficción.

#### V

El Titán de Saturno ha demostrado ser la luna más difícil de colonizar. Mayor que el Tritón de Neptuno, más pequeña que el Ganímedes de Júpiter, había parecido la luna ideal para la humanidad. Hoy, sólo había en ella estaciones investigadoras, algunas minas de propano, y Lux..., cuyo mayor orgullo era que llevaba el mismo nombre que la mucho más grande ciudad en la mucha más pequeña Japeto. El despliegue de artefactos de la humanidad por la superficie de Titán se parecía más al despliegue en una de las «lunas capturadas» gigantes de gas..., los pedazos de rocas y hielo de menos de seiscientos kilómetros (como el Febe de Saturno, el Nereida de Neptuno, o la más de media docena de pequeños satélites de Júpiter) que una teoría afirmaba que habían derivado fuera del cinturón de asteroides antes de ser atrapadas en sus actuales órbitas. ¡Titán! Su anaranjada atmósfera era más densa (y más fría) que la de Marte, aunque en absoluto tan densa como la de la Tierra. Su superficie estaba surcada por pozos, ríos y mares de metano y sedimentos de amoníaco. Sus extrañas formas de vida (la única otra vida descubierta en todo el Sistema Solar) combinaban los más inquietantes aspectos de los virus muy grandes, un líquen muy pequeño y un moho. Algunas variedades, en sus modos más organizados, formaban estructuras parecidas a arbustos de coral azul con, durante más de una hora consecutiva, la inteligencia de un pulpo desarrollado. Se había desarrollado todo un subgénero de dramas del hielo en torno al paisaje de Titán. Bron los despreciaba. (Y a sus fans.) Por una parte, el Personaje Principal de estas producciones era siempre un hombre. De un modo similar, el Personaje Atrapado en los Tentáculos Coralinos Azules era siempre una mujer (Deseada Sexualmente por el Personaje Principal). Esto significaba que la tradicional Escena de la Masturbación del drama del hielo (en la cual el Personaje

Principal se Masturba mientras Piensa en sus Deseos Sexuales) resultaba siempre, para Bron, un Tanto Aburrida. ¿Y quién deseaba contemplar a otra experta shindo extraer otra lanza de hielo y abrirse camino fuera de otro arbusto de coral azul, de todos modos? (Había otros dramas del hielo experimentales hoy en día en los que el Personaje Principal, identificado con unas pequeñas PP en el hombro, aparecía sólo cinco minutos en todas las cinco horas de duración de la extravagancia, Escena de la Masturbación incluida —una influencia de las Annie-maciones marcianas—, mientras que el resto estaba dedicado a una increíble matriz entrelazada de aventuras de los Personajes Secundarios.) Y las mujeres que iban a verlos tendían a ser extrañas..., aunque muchas personas realmente inteligentes, incluido Lawrence, juraban que los dramas de Titán eran la única forma de arte selecto que le quedaba a la cultura. Los auténticos dramas del hielo —mejor hechos, más auténticos y con más que decir vía un completo vocabulario de convenciones reales y surreales, incluidos los tres tropos formales de abstracción clásica con los que el drama del hielo clásico empezaba, terminaba, y tenía que desplegar al menos una vez gratuitamente en el centro— dejaban a Lawrence y a los suyos (aquellos que nunca entraban en las cabinas realzaego) bostezando en el vestíbulo.

## **APÉNDICE B**

**Ashima Slade y las conferencias Harbin-Y: Algunas observaciones informales sobre el cálculo modular, segunda parte**

## Una ficción crítica para Carol Jacobs & Henry Sussman

*Las utopías permiten el consuelo: aunque no poseen una localización real, existe sin embargo una región fantástica y no alterada en la que son capaces de desarrollarse; abren ciudades con vastas avenidas, soberbiamente plantados jardines, países donde la vida es fácil, pese a que el acceso a ellos sea quimérico. Las heterotopías son inquietantes, probablemente porque hacen imposible nombrar eso y aquello, porque descomponen o enmarañan los nombres comunes, porque destruyen la «sintaxis» por anticipado, y no sólo la sintaxis con la que construimos las frases sino también esa otra sintaxis menos evidente que hace que las palabras y las cosas (próximas y al mismo tiempo opuestas las unas a las otras) se «mantengan unidas». Es por eso que las utopías permiten las fábulas y los discursos; avanzan con el mismo núcleo del lenguaje y forman parte de la fábula fundamental; las heterotopías..., desecan el habla, detienen las palabras en su camino, contestan la posibilidad misma de la gramática en su fuente; disuelven nuestros mitos y esterilizan la lírica de nuestras sentencias.*

Michel Foucault/LES MOTS ET LES CHOSSES

### I

[A propósito de Ashima Slade y su Conferencia Harbin-Y Sombras, publicada por primera vez en el periódico filosófico de la Universidad de Lux Fundación, número seis y el doble número siete/ocho.]

Hace algo más de un año, en Lux de Japeto, murieron cinco millones de personas. Individualizar una muerte entre esos cinco millones como algo más trágico que otra sería de una presunción monumental.

Una de las muchas, muchas personas en morir, cuando la gravedad y el escudo atmosférico fueron arrancados de la ciudad por un sabotaje de la Inteligencia Terrestre, fue el filósofo y matemático Ashima Slade.

La Universidad de Lux, donde enseñaba Slade, fue inexplicablemente preservada por los saboteadores terrestres. Por el hecho de formar un asentamiento y un suburbio independiente al sur de la ciudad, con sus propios controles de gravedad y escudo de plasma, la universidad fue capaz de sellarse hasta que pudo llegar ayuda de los asentamientos y granjas del hielo de los alrededores, y la gravedad y la atmósfera

podieron ser restablecidas en la ciudad, que se había convertido, en unos pocos minutos, en un matadero y una necrópolis.

La universidad albergaba treinta y cinco mil tutores y estudiantes. La guerra no la dejó sin daños. En el campus murieron ciento ochenta y tres. Los informes de lo que ocurrió allí son pálidos al lado de la devastación de la ciudad de la que, oficialmente, formaba parte.

Ashima Slade no vivía en el campus sino en una habitación libre en la parte de atrás de una coop dirigida por el Sygno, una secta religiosa practicante del silencio y la castidad, en el amplio sector no restringido de Lux. Slade, que no era miembro de la secta, vivía allí como huésped del Sygno. De tanto en tanto se rumoreaba que Slade era un agente del Sygno, un sacerdote o gurú. Esto no era cierto. Varios miembros del Sygno habían sido estudiantes de Slade, pero la residencia de Slade en la coop era simple generosidad sectaria hacia un excéntrico y solitario filósofo durante la última docena de años de la vida de Slade (y del Sygno).

Una vez al mes, Slade visitaba la universidad para dirigir su seminario de Filosofía de la Mente. Una vez a la semana, desde su habitación, ofrecía, a través de un canal privado, una sesión de una hora cuyo título era simplemente su número de catálogo universitario: BPR-57-c. Durante esas sesiones, Slade hablaba de su trabajo actual u, ocasionalmente, lo desarrollaba en la pizarra que tenía al lado de su escritorio. Esas sesiones eran observadas en simulación holográfica por cerca de trescientos estudiantes que vivían en la universidad o en la ciudad, así como por los observadores especiales registrados en el programa de rotación universitario. Esas sesiones eran difíciles, tentativas y, a menudo —según la extensión de los intereses de uno— tediosas. No había preguntas ni debate, punto. Todas las respuestas eran por correo, y se producían muy raras veces. Sin embargo, los estudiantes no dejaban de afirmar una y otra vez que se sentían interminablemente iluminados, si no por el tema, sí por el método, si no por el método, sí por el estilo lógico.

## II

Las Conferencias Harbin-Y fueron establecidas cuarenta años antes como una serie anual y honoraria «... dadas por un pensador creativo en las artes conceptuales o ciencias que presenten una visión de su campo». Siete años antes, Slade fue invitado por primera vez a dar las Conferencias Harbin-Y de aquel año. Declinó la invitación, diciendo (un poco demasiado modestamente) que su visión de su propio campo era con mucho demasiado idiosincrática. Dos años más tarde, fue invitado de nuevo. Esta vez aceptó tentativamente, a condición de que pudiera dar las conferencias desde su habitación, por simulación holográfica, como hacía para el programa BPR-57-c.

El seminario mensual de Slade (que conducía él en persona) tenía solamente una

audiencia de seis personas. El procedimiento tradicional de presentación de las Conferencias Harbin-Y es una charla personal desde el estrado del Auditorio K-Harbin a una audiencia invitada de varios miles de personas.

Veinte años antes, Slade había grabado un soberbio curso programado titulado Los elementos de la razón: una introducción a la metalógica, que aún se halla almacenado, sin revisar, en la Red de Ordenadores de Información General del Satélite (y es considerado como la mejor introducción a la obra anterior y ovular de Slade, la Summa Metalogiae en dos volúmenes). Slade, que se sentía cómodo ante cualquier tipo de dispositivo grabador o mecánico, tenía la sensación de que se sentiría incómodo delante de una amplia audiencia en directo.

La confusión académica sobre la no abiertamente excepcional petición de Slade sufrió, sin embargo, una escalada de proporciones desmesuradas. Slade era una figura excéntrica en la universidad, cuyas rarezas personales en el campus habían originado algunos mitos extraordinarios (y extraordinariamente idiotas). Muchos de sus colegas, sinceramente, temían que llevara a cabo simplemente una sesión BPR-57-c, completamente inaccesible a su audiencia. Nadie estaba seguro de cómo solicitarle con tacto que presentara su trabajo a un nivel adecuado para la ocasión. Cómo se resolvió finalmente todo eso no es algo que deba discutirse aquí. Pero, una vez más, Slade no dio las Conferencias Harbin-Y de aquel año.

Slade no fue invitado a dar las conferencias del año siguiente; se dice que expresó un gran alivio al respecto a algunos de sus colegas con quienes mantenía correspondencia, así como a los estudiantes de su seminario. Los informes, sin embargo, sobre el trabajo de Slade en el Cálculo Modular (a partir de sus trabajos anteriores en metalógica) se filtraron a través de sus devotos del BPR-57-c, haciendo inevitable una nueva solicitud: una vez más le fue hecha llegar la invitación. Slade aceptó. Esta vez discutió las líneas generales de las tres conferencias que deseaba presentar con los fideicomisarios de Harbin-Y, de una forma que les condujo a creer que las charlas, al menos, se acercarían un poco a lo comprensible. Fue preparada una simulación holográfica en el auditorio. Los títulos de las conferencias fueron anunciados:

Algunas observaciones informales respecto al Cálculo Modular.

Sombras

Objetivos

Iluminaciones

Las tres conferencias fueron previstas para la habitual hora de la tarde. Fueron enviadas las habituales invitaciones. Gracias a cinco años de confusión, había mucho más que la habitual curiosidad. Mucha gente —mucho más de la que hubiera sido de esperar para un tema tan difícil— se interesó por los trabajos anteriores de Slade, la seria para prepararse, la curiosa para tener algún indicio de lo que iba a venir.

Un examen de cualquier docena de páginas de la Summa revela que la presentación filosófica formal de Slade se divide en tres modos ampliamente distintos. Están los argumentos cuidadosamente razonados y cristalinamente lúcidos. Están las secciones matemáticas en las cuales los símbolos predominan sobre las palabras, y las palabras empleadas se hallan casi restringidas a: «... en consecuencia, podemos ver que...», «... podemos considerar que esto equivale a...», «... siguiendo estos mandatos, es evidente que...», y así. El tercer modo comprende esas secciones de intensamente condensada (si no impenetrable) metáfora, en un lenguaje más reminiscente del místico religioso que del filósofo de la lógica. Incluso para el estudiante informado, es discutible cuál de esos últimos métodos, matemáticos o metafóricos, es el más desconcertante.

Uno de los preceptos de la filosofía de Slade, por ejemplo, explícito en sus primeras obras e implícito en las posteriores, es una creencia en la absoluta distinción entre la expresión de «proceso / relación / operación» por una parte y la expresión de «materia / material / sustancia» por la otra, a fin de conseguir una claridad racional, tal como es establecida en el epistema contemporáneo; así como una creencia en su absoluta e inseparable interface en el universo real. Al respecto, Slade ha observado: «...Esta interface permanecerá inseparable durante tanto tiempo como sea irreversible. De hecho, sólo podemos modelar separadamente los elementos de cualquier lado con los instrumentos —memoria, pensamiento, lenguaje, arte— con los que podemos construir también modelos de tiempo reversible» [4]. Como ha observado uno de los comentaristas de Slade, en un número del Boletín de estudios especulativos: «Dicho de este modo, o es comprendido o no lo es. Realmente, la explicación, aquí, se halla fuera de lugar».

La confusión subsiguiente a las anteriores invitaciones a Slade a dar las conferencias era un recuerdo muy vivido para buena parte de la audiencia de aquel año. La gente que se congregó en el Auditorio K-Harbin aquella tarde acudió con curiosidad, impaciencia y —muchos de ellos— excitación.

Las puertas del auditorio fueron cerradas.

A la hora esperada, Slade (con su escritorio y su pizarra) se materializó en el estrado —bajo, de huesos pequeños y anchas caderas—, en una simulación holográfica ligeramente temblorosa. La audiencia guardó silencio. Slade empezó..., había alguna dificultad con el sonido. Tras unos cuantos ajustes por parte del estudiante ingeniero, Slade repitió condescendentemente sus primeras frases, que se habían perdido en la mala conexión.

A la hora y veinte minutos de exposición de Slade, el primer corte de gravedad golpeó el sector no restringido de Lux. Dos minutos después de eso, hubo una pérdida total de gravedad. La ciudad fue despojada de su atmósfera. Y (entre otros cinco millones de personas) Ashima Slade, aún en simulación holográfica en el



estrado del Auditorio K-Harbin, murió.

### III

Ashima Slade nació en Bellona, en Marte, el año 2051. Poco se sabe de su infancia; parte de ella la pasó aparentemente en el Asentamiento Fénix, un suburbio justo en las afueras de la ciudad, y parte en el famoso Goebels (que algunos han comparado a los sectores no restringidos de las principales ciudades de los satélites; la comparación será suficiente para aquellos que nunca han estado en Bellona, pero ha provocado discusiones en todas partes, fútiles y prolongadas, y en ambos lados). A los diecisiete años, Slade emigró a los satélites, llegando junto con otros dos mil quinientos a Puerto Callisto. Dos meses después de su llegada se convirtió en mujer, se mudó de nuevo a Lux, y durante seis meses trabajó en una de las refinerías de metales ligeros de la ciudad: fue allí donde conoció a Blondel Audion, cuando el famoso poeta bajó, junto a una docena de otros, para una andanada, o intercambio ritual de insultos poéticos, a la cafetería de la refinería. Al final de los seis meses (cuatro días después de la andanada), Slade entró en la Universidad de Lux. Dos años y medio más tarde publicaba el primer volumen de su *Summa Metalogiae*, que le trajo académicamente prestigio y notoriedad; y que le condujo, a lo largo de los siguientes años (cuando apareció el segundo volumen de la *Summa*), al desarrollo del programa de análisis metalógico, proporcionando a Slade un índice de crédito permanente del nivel más superior. La reacción de Slade al éxito comercial de lo que había empezado como consideraciones puramente abstractas fue en ocasiones regocijada y en ocasiones amarga. Indudablemente su éxito material prejuicio a muchos de sus colegas en aquellos primeros años..., y en distintas direcciones. Algunos lo tomaron como una vindicación de la erudición pura. Otros lo tomaron como una degradación de la misma. Otros aún lo vieron como una evidencia de que el trabajo de Slade era, en el mejor de los casos, hábil antes que fundamentalmente profundo. El propio Slade dijo en una ocasión (en un seminario, tras una mañana pasada revisando parte del trabajo comercial efectuado sobre análisis metalógicos que le había sido enviado para que revisara): «Lo más triste para mí es que, aunque estamos trabajando bajo los mismos principios y parámetros, descubro que ellos están convirtiéndolo en algo trivial, mientras que ellos descubren que yo lo estoy convirtiendo en algo incomprensible, o sin significado aunque ellos puedan comprenderlo».

Más o menos por la época de la publicación del segundo volumen de la *Summa*, Slade se asoció íntimamente al Círculo (como ha empezado a ser comúnmente conocido desde los varios estudios en la primera década de este siglo), una colección de artistas y científicos de extremado talento, algunos de los cuales estaban

conectados también con la universidad, algunos no, aunque todos vivían y trabajaban (a veces juntos, a veces en franca oposición) en Lux. A lo largo de veintitantos años, el Círculo incluyó a George Otuola, cuyo ciclo operístico de veintinueve horas Eridani es aún considerado, veinte años después de su producción inicial, una de las mayores influencias en el arte contemporáneo; incluyó a los matemáticos Lift Zolenus y Saleema Slade (ninguna relación con él), los poetas Ron Barbara, Corinda, Blondel Audion y Foyedor Huang-Ding, así como la venerable actriz Alona Liang y su por aquel entonces protegida Gene Trimbell, más conocido en el mundo del teatro de hoy como la Púa, que a la edad de veintidós años dirigió aquella primera y legendaria producción de Eridani. Algunos comentaristas han empleado grandes energías e ingeniosidad en mostrar que todos los trabajos de esos varios artistas y (particularmente) biólogos, asociados a lo largo de los años al Círculo, giraron en torno a los parámetros de la filosofía de Slade..., de tal modo que Slade podía ser considerado como el centro del Círculo. Si bien nadie lo ha conseguido por completo, uno de los motivos reside en el hecho de la complejidad del trabajo de Slade. También hay que hacer notar que el pensamiento de Slade por aquella época se halla disponible tan sólo a través de los informes de sus estudiantes. Lo único que Slade llegó a publicar en aquellos años fue su traducción, del inglés americano del siglo xx «... al dialecto magiar-cantonés, con sus nebulosas distinciones entre genitivo y asociativo, personal o políticamente reforzadas, que nos sirve como idioma en los Satélites, en Marte, así como en más de un ochenta por ciento de la Tierra...» (introducción del traductor), de la obra Mente de Susanne K. Langer. Sus estudiantes a lo largo de ese periodo fueron animados a tomar notas y «...construir modelos alternativos de esas ideas tan ampliamente desviantes como sea posible». Pero sus charlas no pudieron ser grabadas, puesto que Slade consideraba que sus sesiones BPR-57-c eran «...simples esbozos, llenos de inexactitudes...», lo cual hace la afirmación de sus auténticas ideas más bien difícil..., hasta que la recopilación de sus notas, rescatadas de aquella pequeña habitación trasera del sótano, dos semanas después de la guerra, las ha hecho disponibles.

Otros comentaristas, con menos éxito, han intentado mostrar que todo el trabajo de los principales miembros del Círculo, incluido el de Slade, se apoya sobre los preceptos místicos del Sygno. Como sabe todo el mundo que haya leído la historia del Círculo, esa historia se halla íntimamente conectada con el Sygno: Barbara y Otuola fueron ambas miembros de la secta durante su adolescencia, y no rompieron con ella (en el caso de Barbara pacíficamente, en el de Otuola más bien violentamente) hasta pasados los veinte años. El primer libro de Barbara, Reaprendizaje del lenguaje, trata más bien directamente con sus forcejeos religiosos durante su muda adolescencia. Y la Secta de los Cantantes Silenciosos, que aparece de una forma tan prominente en la acción de los actos quinto, séptimo y

decimoséptimo de Eridani, es un retrato bastante directo, aunque poco halagador. La residencia final de Slade en la cooperativa Sygno no es más que otro ejemplo, entre la miríada de otros que se pueden citar. La dificultad de probar nada aquí, sin embargo, es la dificultad de averiguar algo más que fragmentos superficiales del dogma del Sygno. Aquellos que se salieron de la secta, incluso aquellos fuertemente críticos como Otuola, se mostraron muy respetuosos hacia sus misterios: la secta renuncia al habla, a la escritura, a toda publicidad y al sexo. Esto hace la averiguación de sus dogmas fundamentales durante esos años sólo ligeramente más difícil que averiguar la letra de la filosofía de Slade.

El veredicto más probable es, probablemente, el más conservador: se produjo una gran cantidad de interrelaciones personales, sociales y espirituales entre miembros del Círculo y miembros (y ex miembros) del Sygno. Pero es lo que esos hombres y mujeres le aportaron, antes que lo que recibieron de él, lo que en definitiva hacía del Círculo un momento tan fascinante en la vida intelectual de la Federación de Satélites.

Slade tenía cincuenta y cuatro años. La *Summa Metalogiae* estaba a dos docenas de años en el pasado. La triunfante apertura de Eridani (que para muchos representa la cúspide de la creatividad del Círculo) se había producido hacía dos años. Sólo tres meses antes, la octava colección de poemas de Corinda, *Circuitos impresos*, había hecho que recibiera el Premio Nobel de Literatura, convirtiéndola no sólo en la persona más joven en recibirlo (tenía por aquel entonces treinta y seis años) sino también en la primera persona nacida en una luna que era honrada por la Academia Sueca de la Tierra. (Muchos tuvieron la impresión, justificada, de que el premio le era concedido en realidad, en retrospectiva, por su magnífico libreto de Eridani, escrito cuatro años antes. Aun así, muchos consideraron el premio como un faro cuya luz podía esperarse que barriera alguna de las sombras que, día tras día, oscurecían las relaciones entre la Tierra y la Federación de Satélites.) En el treceavo parame del segundo año, Ashima Slade, Gene Trimbell (entonces con veinticuatro años), Ron Barbara (con veintinueve), junto con dos hombres que recientemente habían roto con el Sygno, Sven Holdanks (diecinueve) y Pedar Haaviko (cincuenta y ocho), decidieron formar una comuna familiar. Otuola fue, al parecer, invitada a unirse a ellos. Por varias razones, sin embargo, lo rechazó.

La comuna duró tres meses.

Lo que ocurrió exactamente durante este tiempo no se sabe, y probablemente no llegará a saberse nunca..., a menos que se halle grabado en algún Banco de Memoria de Información del Gobierno, disponible sólo a los participantes. Su carácter evidentemente penoso, sin embargo, es probablemente una razón de que las biografías de todos los supervivientes no se hallen en Información General y hayan sido «borradas a petición». Debido a que algunos de los miembros aún siguen con

vida, las especulaciones deben ser más bien circunspectas.

Al final de los tres meses, a las diez de la noche, el edificio cerca del centro del n-r de Lux que albergaba las dieciséis habitaciones de la comuna se incendió, a causa de un furioso fuego químico. Holdanks, el miembro más joven de la comuna, se había suicidado aquella misma tarde en una habitación de prácticas musicales en el campus de la universidad, colgándose con una cuerda de piano. Un día más tarde, la señorita Trimbell fue admitida en una clínica de descanso aquejada de una depresión extrema (alucinaciones, agotamiento e histeria), donde permaneció varios meses. Ron Barbara simplemente desapareció; su paradero no fue conocido hasta tres años más tarde, cuando, en rápida sucesión, aparecieron cinco delgados volúmenes de poemas (Sintaxis I, Sintaxis II, Rima, Themis y Sintaxis III), editados por una pequeña editorial experimental en Bellona, donde al parecer había estado viviendo desde hacía algún tiempo, después de emigrar tras haber vagado durante casi una década por los hielos de cuatro lunas. Los poemas eran abstrusos, casi incomprensibles, contenían más símbolos matemáticos que palabras, y se hallaban en amplia discordancia con su anterior estilo, extremadamente lúcido, directo y esencialmente verbal, que le había proporcionado tanto popularidad como aprobación crítica con otros trabajos como Katálisis y Flujo de hielo. Los nuevos poemas eran más frustrantes aún puesto que contenían (o al menos eso afirmaba la gente asociada al Círculo) muchas referencias a los acontecimientos de aquellos tres meses. El día de la disolución de la comuna, Haaviko se unió al Sygno y se sumergió en sus secretos y silenciosos rituales.

La mañana después del holocausto, Slade fue hallado, inconsciente, en un callejón a dos unidades de la casa, cegado, severamente lacerado y además lisiado..., con la mayor parte de las heridas, al parecer, autoinfligidas. En algún momento durante aquel intervalo de tres meses, se había convertido de nuevo en un hombre.

Slade fue llevado a una clínica, de la que salió dos meses más tarde, frágil, ciego, con el pelo blanco, prematuramente envejecido, con una redonda fotoplaca plateada de cinco centímetros encajada de forma descentrada encima de las cicatrices de sus órbitas, y que utilizaba ahora para «ver». (La fotoplaca estaba descentrada porque Slade no deseaba bloquear su «tercer ojo», o glándula pineal, una excentricidad que los clínicos visuales no tuvieron ningún problema en aceptar..., otra cosa que ha conducido a algunos críticos a sospechar que la conexión de Slade con el Sygno era mucho mayor de lo que era: el Sygno depositaba una gran fe en este tradicional emplazamiento de la conciencia cósmica. El propio Slade, sin embargo, dijo en una ocasión que su decisión pertenecía más bien a la naturaleza de la «apuesta de Pascal», que, en otra ocasión, mientras hablaba de Pascal [y en absoluto de sí mismo], calificó como «...el arquetipo de la irresponsabilidad moral del yo». Ocurriera lo que ocurriera durante aquellos tres meses, sólo podemos suponer que trastornó a Slade a todos los niveles en que el ser humano puede ser trastornado.) Slade abandonó la

clínica presumiblemente curado, pero muchos de sus amigos, que se encontraban ocasionalmente con él, caminando descalzo, con su raída capa gris, por los callejones del n-r de Lux, evitando las calles principales porque le hacían sentirse incómodo, tenían la sensación de que no era enteramente responsable, en especial durante aquellas primeras semanas.

Algunos de los miembros más jóvenes del Sygno (Haaviko había sido transferido a otra ciudad por la secta) invitaron a Slade a vivir en la coop del Sygno, invitación que él aceptó, permaneciendo sin embargo, con su consentimiento, alejado de sus rituales y prácticas.

Finalmente, Slade reanudó sus actividades en la enseñanza. Raras veces abandonaba su habitación, excepto por la noche, o en su visita mensual a la universidad para su seminario.

Las únicas personas con las que Slade se relacionaba actualmente eran unos cuantos de los otros viejos excéntricos que se reunían en las cafeterías del n-r de Lux abiertas toda la noche, en cuyas conversaciones rechinantes y muy a menudo quejicosas introducía de tanto en tanto algún comentario. La mayoría de aquellos hombres y mujeres nunca llegaron a saber que él no era un poseedor más de una última ranura inferior no reusable de crédito como ellos, sino una de las mentes más respetadas del Sistema Solar.

La mayor parte de ellos murieron sin llegar a saberlo..., entre los cinco millones.

#### IV

En los números seis y siete/ocho de Fundación, publicamos el único fragmento existente de Sombras, la primera de las tres Conferencias Harbin-Y que Ashima Slade tenía que dar sobre el cálculo modular..., y nuestros pedidos de suscripciones, nunca particularmente abundantes, se triplicaron. Este interés popular (si el hecho de pasar de cinco a quince mil suscripciones puede considerarse como un emblema de popularidad) nos ha impulsado a incluir este comentario.

Una dificultad con Sombras, aparte el hecho de ser incompleta, es que Slade eligió presentar sus ideas no como una argumentación continua, sino más bien con una serie de notas separadas y numeradas, cada una de las cuales constituye una idea más o menos completa..., cuyo conjunto forma una galaxia de ideas que se interrelacionan e interiluminan entre sí, no necesariamente de una forma lineal. Consideren, sin embargo, estas tres afirmaciones extraídas de la media docena de notas que Slade nos entregó:

42) No se puede penetrar en el pensamiento filosófico contemporáneo excepto por las puertas gemelas de la locura y la obsesión.

45) El problema del cálculo modular, de nuevo, es: ¿Cómo puede un sistema

relacional modelar otro? Lo cual se descompone en dos preguntas: (Una) ¿Qué debe pasar del sistema-B al sistema-A para que nosotros (sistema-C) seamos capaces de decir que el sistema-A contiene ahora algún modelo del sistema-B? (Dos) Admitido el paso adecuado, ¿cuál debe ser la estructura interna del sistema-A para que nosotros (o él) digamos que contiene algún modelo del sistema-B?

49) No hay ninguna clase, raza, nacionalidad o sexo que no ayude a ser sólo la mitad.

Aunque ninguna de estas afirmaciones ofrece mucha dificultad en sí misma, sigue siendo razonable preguntar qué están haciendo las tres en la misma «galaxia». Un crítico simpatizante podría responder que juntas sugieren el alcance de las preocupaciones de Slade. Uno no simpatizante podría sostener que sólo sugieren; ciertamente no demuestran; la naturaleza fragmentaria de la exposición es un obstáculo a la auténtica profundidad; para ser significativamente significativo, las preocupaciones deberían de ser presentadas más profundamente y con un mayor enfoque: en el mejor de los casos, tenemos tan sólo unos cuantos aforismos más o menos interesantes. Un tercer crítico podría simplemente desechar muchas de las notas como ejemplo de la conocida excentricidad de Slade y sugerir que nos preocupemos solamente de aquellas notas, si hay alguna, que se refieren directamente al proceso modular.

Nuestro propósito en este artículo, sin embargo, es explicar, no juzgar. Y, ciertamente, los tres hilos a partir de los cuales está tejida la colección de observaciones, como sugieren estas tres notas, son el psicológico, el lógico y el político.

Slade tomó el título de su primera conferencia, Sombras, de un texto de no ficción escrito en el siglo xx por un escritor de ficción ligera y popular; empleó la misma presentación galáctica, y el término «cálculo modular» aparece (una vez) en ella. Más allá de ello hay muy poco parecido, sin embargo, y sería un grave error tomar ese antiguo texto como un modelo para el de Slade. En una ocasión, Slade lo parafrasea, en su nota diecisiete: «...desconfío de separar demasiado los hechos del paisaje que los ha producido...»; pero, para Slade, el concepto de paisaje es más político de lo que lo era para el autor de la anterior obra. Considérese la nota treinta y cinco de Slade: «Nuestra sociedad en los Satélites proporciona a sus emigrantes de la Tierra y Marte, al mismo tiempo que la instrucción sobre la que basarse, los materiales con los que destruirse, tanto psicológica como físicamente..., todo ello bajo la misma etiqueta: Libertad. Si no se adaptan a nuestras costumbres, existe una sutil desviación: los materiales de instrucción son separados un poco más, al tiempo que los materiales de destrucción son acercados correspondientemente. Puesto que las formas de instrucción y las formas de destrucción no son lo mismo, sino que se hallan sutil y secretamente ligadas por el lenguaje, aquí hemos determinado simplemente

otra forma en la que el resto de nosotros podemos permanecer inconscientes al dolor de los demás. En un entramado de pequeños mundos como los nuestros, que profesan el ideal de la primacía de la realidad subjetiva de todos sus ciudadanos, esto es un abrumador crimen político. Y, en esa horrible guerra, podemos muy bien ser destruidos para él, si no por él».

Aunque la mayor preocupación de Slade era la lógica, y sus principales contribuciones fueron hechas a través de las exploraciones del micro-teatro de las conexiones lógicas únicas, Slade valoró el papel del Filósofo como Crítico Social. ¿Cómo encajan entre sí las dos preocupaciones, la política y la lógica? Puesto que la conferencia es incompleta, no tenemos ninguna forma real de saber si Slade hubiera llegado a darnos alguna afirmación de su concepto de la relación en las otras dos. Quizá, sin embargo, su idea de la relación quede sugerida por la advertencia que nos ofrece en la nota nueve de la conferencia:

Supongamos que tenemos un molde que produce ladrillos imperfectos, y la imperfección en cada ladrillo puede modelarse con las palabras tiende a abrirse por la izquierda; si construimos una pared con esos ladrillos imperfectos, esa pared puede o no puede ser imperfecta; del mismo modo, la imperfección puede ser o no modelable con las palabras: tiende a abrirse por la izquierda; pero, aunque así sea, sigue sin ser la misma imperfección que la de cualquier ladrillo dado; o la imperfección en el molde. Si mantenemos todas estas afirmaciones claras y bien delimitadas, pese a las redundancias accidentales del lenguaje que podamos usar para referirnos a ellas, podremos escapar a la mayor parte de las antinomias.

Lo que está sugiriendo Slade, aparte lo que tenga que decir de las antinomias, es que, aunque hayamos descubierto la forma de una micro-imperfección común a cualquier elemento de nuestro pensamiento, creer que hemos descubierto necesariamente la forma de una macro-imperfección en nuestras estructuras mentales más grandes —digamos nuestra política— es simplemente caer víctimas de nuevo de una micro-imperfección. Esto no significa decir que esas macro-imperfecciones no puedan relacionarse con las micro-imperfecciones —normalmente lo hacen—, pero es un error suponer que esa relación es directa y se halla necesariamente incluida en el mismo modelo verbal.

Slade, como hemos dicho, se halla preocupado también por la psicología..., específicamente la psicología del filósofo. ¿Cómo relaciona esto a sus exploraciones lógicas? Hay poco en el texto existente de Sombras, más allá de la más bien espectacular nota cuarenta y dos ya citada, que nos lo diga..., aunque puedo conducir al lector interesado al capítulo VI, sección 2 del primer volumen de la Summa Metalogiae, donde Slade expone errores de razonamiento, bajo los cuales incluye muchos que «...otra generación hubiera llamado simplemente locura».

La nota veintidós podría parecer la afirmación más accesible y detallada referente

a las preocupaciones modulares de Slade:

¿Que debe pasar del sistema-B al sistema-A para que el sistema-A modele el sistema-B? Volvámonos hacia los organismos animados y los sentidos. Primero tenemos lo que podemos llamar modelos materiales. Con los sentidos del Olfato, el Gusto y el Tacto, la materia debe pasar de un sistema al otro, o al menos entrar en interfase física directa con él, para que el sistema-A empiece a construir un modelo de la situación a partir de la cual vino el material. En el caso de los dos primeros, los racimos de nervios responden a la forma real de las moléculas para distinguir la información acerca de ellas; en el último, las variaciones de presión generan la información dentro del sistema nervioso a fin de determinar una superficie sobre la que podemos pasar nuestra mano y decidir si es lisa o rugosa, dura o blanda. Lo siguiente que tenemos es lo que podemos llamar modelos de onda reflejada. La vista es el principal ejemplo: un frente de ondas comparativamente caótico y no diferenciado se origina en algún sistema-Z relacional (digamos el filamento de una bombilla cuando la corriente pasa a través de él, o los gases en fisión cerca de la superficie del sol) y atraviesa el universo hasta que incide e interactúa con el sistema-B relacional (digamos una colección de moléculas que forman un martillo, un clavo), y entonces es enviado, por esta interacción, en otras direcciones. La naturaleza de esta interacción es tal que el frente de ondas no sólo ve cambiada su dirección —o más bien dispersa en direcciones exactas por la superficie de la colección de moléculas—, sino que muchas de las frecuencias no diferenciadas han sido completamente absorbidas. Otras han sido arrojadas hacia arriba o hacia abajo. También se han producido otros cambios. La distorsión del frente de ondas recién dirigido es tan grande, de hecho, que en este punto podemos llamar fácilmente a esa distorsión organización. Cuando una extremadamente angosta sección de este frente de ondas distorsionado / organizado pasa a través de la córnea, el iris y el cristalino del ojo —parte del sistema-A relacional—, se ve aún más distorsionado. En la retina, es detenido por completo; pero, en la retina, el esquema que ha sido distorsionado / organizado excita los bastoncillos y los conos que hay allí para que emitan impulsos quimio-eléctricos que recorren los millones de fibras del nervio óptico hacia el cerebro. Ahora el esquema en la retina ya no está en el frente de ondas que se expande a través del aire. Resulta que una fracción de un segundo de arco de ese frente —se ve doblado un poco más, de tal forma que el noventa y nueve por ciento de él se cancela totalmente a sí mismo, de un modo muy parecido a como las crestas y valles que ondulan la superficie de un agua en reposo, cuando se encuentran, se cancelan unos a otros cuando se cruzan. Pero, una vez dentro del nervio óptico, mucho antes de que llegemos al cerebro (el organizador central del sistema—A relacional), ya no estamos tratando con el frente de ondas original. Se ven implicados nuevos fotones. Y la frecuencia de los impulsos en las fibras del nervio óptico se



halla enormemente por debajo de la frecuencia de la luz que era nuestro frente original, por distorsionado que estuviera; esas nuevas frecuencias ni siquiera se hallan relacionadas como simples múltiples de las frecuencias originales. En este punto, incluso antes de que alcancemos el cerebro, debemos preguntarnos de nuevo: ¿Qué ha pasado realmente del sistema-B al sistema-A? Si somos honestos, tenemos que estar preparados para responder: «Muy poco». De hecho, nada ha pasado de B a A..., ciertamente, no en el sentido en que hubieran pasado las cosas (por ejemplo las moléculas), si el sistema-A estuviera oliendo el sistema-B en vez de verlo. Las ondas no proceden del sistema-B, simplemente han rebotado en él, y se han visto transformadas por el encuentro. Lo que podemos decir, con modelos de onda reflejada, es que el frente de ondas original pertenece a un cierto orden de azar; las distorsiones que el sistema-B sobreimpone a ese frente de ondas pertenecen a otro orden de azar tan mucho más bajo que, cuando se produce algún cambio en ese segundo orden de azar (digamos que el sistema-A y el sistema-B se mueven el uno con relación al otro; o que ambos se mueven con respecto a la fuente de la onda), el cambio panorámico en el orden de azar puede únicamente conservar los cambios en el orden inferior a través de una serie de operaciones simplificadoras que el ojo y el nervio óptico (y finalmente el cerebro) del sistema-A imponen. En otras palabras, el orden visual es un registro de los cambios en el orden del azar (como opuesto tanto al orden como al azar) de una serie de frentes de ondas. O, poniéndonos ligeramente metafóricos, todo orden es al menos la cuarta o la quinta derivada del caos. Un tercer tipo de modelo puede ser llamado un modelo de onda generada. El sonido es nuestro principal ejemplo. Aquí trabajamos también con frentes de ondas, pero esos frentes de ondas tienen su origen dentro del sistema-B, el sistema que el sistema-A está intentando modelar, y llevan consigo su distorsión / organización desde su nacimiento. Atención: Una vez atravesamos el tímpano y entramos en el nervio auditivo, se produce mucha menos distorsión que, digamos, con la luz, una vez ha estimulado sus impulsos en el nervio óptico. Los impulsos en el nervio auditivo son casi de la misma frecuencia que las ondas que atraviesan el aire. Sin embargo, son los cambios en el orden los que nos permiten distinguir entre, digamos, las tres notas de un acorde que suena sólo durante un segundo. En ese segundo, lo que ha sido simplificado en tres tonos cantables se halla en el orden de mil quinientos bits de información. Y es la redundancia y las diferencias entre esos bits los que nos proporcionan, finalmente, un modelo mental primario (por ejemplo, una experiencia) de, digamos, un acorde en La menor. Incluso la simple nota La, sonando durante un segundo, implica ochocientos ochenta cambios de presión en el tímpano. Hay que señalar dos puntos aquí: (Uno) Cuando hablamos de modelos de frente de ondas, la única diferencia entre distorsiones y organizaciones —entre ruido e información— es la habilidad del sistema receptor de interpretarlas. En términos de psicología clínica,

las respuestas a esta primera cuestión del cálculo modular proliferan interminablemente y se convierten en la psicología / fisiología de la percepción. Podemos dejar esta cuestión a los psico-fisiólogos con nuestro siguiente punto: (Dos) Dentro del organismo humano —de hecho, dentro de cualquier sistema nervioso animal—, una vez se ha producido el paso adecuado entre el sistema-B y el sistema-A, sea material u ondas (reflejado o generado), y dentro del propio sistema nervioso, todo ha sido traducido a la forma de modelos de onda generada. En otras palabras, el sonido es la forma modular de toda la información dentro del propio sistema nervioso, y eso incluye el olfato, el gusto, el tacto y la vista. El esteta Pater escribió: «Todo arte aspira a la condición de música.» Sí, y así hace todo lo demás. Pero nuestra respuesta a la primera cuestión del cálculo modular ha alterado de tal modo la segunda cuestión que empieza a ser cuantificable, o al menos topológica: ¿Cuál es la estructura necesaria de una serie de modelos de onda generada dentro del sistema-A que nos permita conocer / experimentar aspectos del sistema-B que excitó en primer lugar esas ondas, ya sea por ondas reflejadas, ondas generadas o materiales?

Las respuestas a esta cuestión reformulada, algunas de las cuales relaciona Slade, con todos los símbolos y terminología acompañantes, llenan las siguientes seis notas; presumiblemente, éstas y otras notas parecidas forman el meollo del cálculo. Cómo llegó a algunas de esas soluciones debía ser expuesto, presumiblemente, en las dos conferencias que no llegó a dar. Afortunadamente, los estudiantes de Slade del BPR-57-c han sido capaces de llenar muchos huecos, y esto es sin duda exactamente lo que Slade había pretendido durante las sesiones de trabajo originales a lo largo de tres años. Algunos de sus trabajos aparecerán en números posteriores.

Desde Leibnitz, o incluso Aristóteles, los límites entre matemáticas y lógica, y entre lógica y filosofía, han sido siempre extrañamente confusos. Intente definirlos demasiado cuidadosamente, y desaparecen. Cambie su posición sólo una fracción de grado, y parecen estar claramente presentes una vez más. Empezamos a definirlos de nuevo desde este nuevo ángulo..., y el proceso se repite. ¿Se trata, pues, tan sólo de las afirmaciones descamadas que nuestro tercer crítico afirmaba que Slade se había limitado a esparcir a través de su exposición de la lógica de los modelos, lo que nos tienta a tomar lo que parece esencialmente una exposición sobre los fundamentos de una disciplina limitada y matemática y llamarla filosofía? Este editor cree que no; tenemos la sensación de que, pese a toda la excentricidad de su presentación, la obra de Slade es filosóficamente significativa..., aunque ya han aparecido artículos (una situación que existió en torno a la obra de Slade desde la publicación de la Summa) que afirman lo contrario. El emblema de una filosofía no es que contenga un conjunto de pensamientos específicos, sino que genere una forma de pensar. Puesto que la forma del pensamiento es simplemente así, no puede ser completamente definida. Y,

puesto que las conferencias de Slade son incompletas, no podemos saber si él hubiera intentado aunque sólo fuera una descripción parcial. Este editor tiene la sensación de que los parámetros para una forma de pensar han sido, al menos en las notas existentes de Sombras, parcialmente generados. Antes que intentar describirlos, creemos que es mejor cerrar esta limitada exégesis con un ejemplo extraído de la conferencia de Slade. La nota con la que terminamos —la nota siete—, junto con la nota veintidós, completan la más clara explicación no matemática del cálculo que Slade intentaba describir. (En la nota seis, Slade habla de la eficiencia de los sistemas de modelado múltiple, o modelos paralelos, por encima de los lineales, o modelos en serie: su uso de las imágenes, en la nota siete, para distinguir entre las palabras acerca de la realidad y la propia realidad, es un ejemplo evidente en sí mismo de lo que expone en la seis. Slade trazó esas imágenes apresuradamente en su pizarra con tiza azul, y las señalaba cuando se refería de nuevo a ellas en el fluir de su charla.) Ésta es la nota siete:

Hay situaciones en el mundo. Y hay palabras..., que son, para decirlo circularmente, lo que utilizamos para referirnos a ellas. Lo que lo hace circular es que la existencia de las palabras, y su relación con los significados, y las interrelaciones entre todos ellos, son también situaciones. Cuando hablamos acerca de cómo las palabras hacen lo que hacen, podemos meternos en problemas porque estamos maniobrando a través de una compleja casa de espejos, y casi no hay forma de evitar esos problemas, a menos que recurramos a imágenes..., lo cual no me importa hacer.

Muchas situaciones en el mundo poseen aspectos que pueden ser definidos como relaciones binarias dirigidas. Algunos ejemplos de frases acerca de esas relaciones que iluminan la relación binaria dirigida son:

- A Vivían le encanta el Taj Mahal.
- Alicia construyó una casa.
- Chang arrojó la pelota.
- Triste significa infeliz.
- El martillo golpea un clavo.



Tomemos la última frase, «El martillo golpea un clavo», y considerémosla junto con la situación en la que comúnmente puede ser utilizada, y exploremos con algún detalle el proceso de modelado que se produce. En primer lugar tenemos una cosa, la proposición el *martillo*, que representa una cosa,  $\hookrightarrow$ . Dentro de esa proposición tenemos una cosa, la palabra *el*, que indica una actitud hacia  $\hookrightarrow$ , y tenemos otra cosa, la palabra *martillo*, que representa el objeto  $\hookrightarrow$  en sí. A continuación tenemos una cosa, el verbo *golpea*, que se refiere a una relación


† Después de eso tenemos aún otra cosa, la proposición un *clavo*, que se refiere a otra cosa, .

† Como en la primera proposición, dentro de la segunda tenemos una cosa, la palabra *un*, que indica una actitud hacia el objeto y diferente de la actitud modelada por la palabra *el*.

† Y, como en la proposición el *martillo*, tenemos una cosa, la palabra *clavo*, que se refiere al objeto en sí.



También tenemos una relación, compuesta por qué cosa (es decir, palabra) es puesta delante del verbo y qué cosa (es decir, palabra) es puesta detrás de él, representando un aspecto de la relación no completamente aclarada por el verbo *golpea* a solas, es decir, qué objeto es el comparativamente activo y cuál es el comparativamente receptivo..., o cuál puede calificarse como «la dirección de la relación binaria». Pero la dirección de la relación es, en sí misma, una relación; así

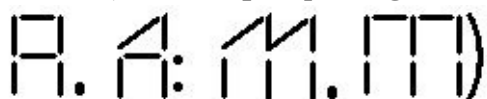
que tenemos una relación entre nombre, verbo y nombre, que  refleja un aspecto de la relación

Hay también otras notables relaciones en la frase «El martillo golpea un clavo» que atraen nuestra atención. Dentro de la proposición *el martillo*, por ejemplo, que hemos dicho que consiste en dos cosas, la palabra *el* y la palabra *martillo*, es necesario que las cosas aparezcan precisamente en ese orden. De un modo parecido, la proposición *un clavo* necesita conservar su orden, si queremos que la frase nos suene adecuada. ¿Para qué son necesarias esas relaciones particulares? ¿Qué hay de malo con la frase «Martillo el golpea clavo un», o «Martillo golpea clavo un el», o «Martillo un el golpea clavo», o «El un martillo golpea clavo»? En todas éstas, seguimos teniendo dentro de la frase las cosas que reflejan las otras cosas en la situación, y en todas ellas la relación entre *martillo*, *golpea* y *clavo*, que modela dirección de la relación en la situación, es conservada. ¿Acaso la relación entre *el* y *martillo*, o *un* y *clavo*, modela alguna cosa dentro de la situación que se pierde o queda oscurecida de pronto si se pierden esas relaciones?

En tanto que nuestras actitudes hacia los objetos en una relación no se hallan en esa relación, la respuesta simple es no. La relación entre *el* y *martillo* y entre *un* y *clavo* son necesarias para conservar la integridad del modelo en sí; son necesarias si

queremos reconocer el modelo como algo adecuado para modelar. Pero esas relaciones, entre *el* y *martillo* y *un* y *clavo*, no modelan nada en la situación expresada por la frase. Destruirlas, sin embargo, puede impedir que otras relaciones (que *pueden* estar modelando algo en la situación, o pueden estar conservando la integridad del modelo) aparezcan claramente. Esta respuesta simple, sin embargo, está más bien demasiado simplificada.

Lo que muestra que la situación es mucho más complicada que nuestra exposición hasta ahora es que lo mismo puede decirse acerca de la relación entre, digamos, las tres *a* de la frase. Acerca de la relación, podemos decir con exactitud: «En la frase *El martillo golpea un clavo* tiene que haber once letras y un espacio entre la primera *a* y la segunda, y cuatro letras y dos espacios entre la segunda y la tercera. Aunque puede existir un cierto número de otras frases que posean también esta relación entre tres *a*, si hay además alguna *otra* relación entre tres *a* en una frase, entonces esa frase *no* será la frase adecuada *El martillo golpea un clavo*». Usando simplemente letras, y el número de espacios y otras letras entre ellas, resulta interesante intentar elaborar un número mínimo de tales relaciones que describan completamente una frase dada. (Uno tiene que recurrir finalmente a distancias específicas entre letras distintas.) Observen, sin embargo: Si consideramos la frase *El martillo golpea un clavo* como formada por sus letras y las relaciones entre ellas, entonces una sola *cosa* entre sus elementos, la letra *a*, es la que efectúa el modelaje. La enorme mayoría de las cosas, así como la enorme mayoría de las relaciones, que forman y describen la frase, son no modulares. Observen también: La forma en que decida dividir la frase en cosas va a determinar qué tipo de relaciones, sean modulares o no modulares, debo relacionar para describirla, ya sea parcial o completamente. Sí, por ejemplo, en vez de dividir la frase en letras tal como las escribiría una máquina de escribir, la dividiera en los trazos que forman dichas letras en la pantalla de un ordenador, donde cada letra está formada por una serie de líneas en una matriz cada una con un número dado, entonces su lista mínima de cosas y relaciones (mínima porque algunas letras pueden formarse de dos formas:



Será muy diferente a la lista de la que hemos hablado antes.



Pero resumamos el modelaje efectuado sobre la frase *El martillo golpea un clavo*. Estamos modelando actitudes, objetos, y varios aspectos de una relación entre ellos; para efectuar este trabajo estamos utilizando, entre un amplio grupo de cosas y relaciones, varias de esas cosas y relaciones para que representen los objetos, actitudes y relaciones que deseamos modelar.

Un último punto separa más o menos el lugar donde el cálculo modular se separa

de la álgebra modular: Supongamos, considerando las frases como un conjunto de letras, que finalmente hallamos una lista de relaciones que las describan completamente, tales como:

Tres a deben estar separadas por, respectivamente, once letras y un espacio y cuatro letras y dos espacios.

Trece letras y dos espacios separan las dos únicas e.

3) La r tiene que estar seguida por una t. Etcétera...

Aunque, al final, obtengamos una lista de relaciones que describan completamente la frase (a fin de que, digamos, un ordenador pueda traducir nuestra lista a la matriz de una pantalla, por ejemplo una lista de números), todavía no puede decirse que ninguna relación, o siquiera grupo consecutivo de relaciones en nuestra lista, signifique ninguna cosa, actitud o relación en la situación que la frase modela. Sin embargo, la frase se halla completamente descrita por esta lista.

Observen también: La lista de números para la matriz de la pantalla describe también completamente la frase. Sin embargo, aquí, puede decirse que algunos grupos consecutivos de números representan cosas, actitudes y relaciones en la situación..., puesto que algunos grupos de números representan algunas palabras y algunos grupos de palabras. Observen también que, aun cuando en esta lista habrá un número consecutivo de números que representen la relación de el y martillo, y de un y clavo, no hay ningún grupo consecutivo que represente sólo la relación de martillo, golpea y clavo: porque los números que señalan las palabras intermedias quedarán fuera del camino.

Podemos llamar a la matriz de ordenador en la pantalla una descripción modular, porque conserva algunas de las propiedades modulares de la frase en una lista que describe la frase.

Podemos llamar a la lista de letras en relación unas con otras una descripción no modular, porque no conserva ninguna de las relaciones modulares de la frase en una lista que describe la frase.

Como hemos visto con nuestro ejemplo del ordenador, las descripciones completas de modelos pueden ser traducidas de descripciones no modulares a modulares y a la inversa y permanecer a la vez completas e intactas. La primera utilidad que nos ofrece el cálculo modular es la siguiente información:

Consideren el lenguaje como una lista de relaciones entre sonidos que modelan las distintas formas en que esos sonidos pueden relacionarse unos con otros..., o, si prefieren, una lista de frases acerca de cómo unir frases, por ejemplo una gramática. El cálculo modular nos permite saber, sin ninguna incertidumbre, que, aunque una lista así estuviera completa, seguiría siendo una descripción no modular. Posee el mismo orden modular (la prueba no es difícil) que nuestra descripción de la frase El martillo golpea un clavo como un conjunto de letras espaciadas y divididas con

precisión.

El cálculo nos proporciona también herramientas con las que empezar a traducir una lista así en una descripción modular.

Las ventajas de una descripción modular tanto de un objeto de modelaje, como una frase, o un proceso de modelaje, como un lenguaje, son evidentes con relación a una descripción no modular. Una descripción modular nos proporciona caminos de referencia para volver a los elementos en la situación que está siendo modelada. Una descripción no modular es no modular precisamente porque, por completa o incompleta que pueda ser, destruye esos caminos de referencia; en realidad, es una cifra.

El problema que aún le queda al cálculo, pese a mi trabajo, y que será examinado en posteriores conferencias, es la generación de algoritmos formales para distinguir los sistemas descriptivos modulares incoherentes de los sistemas descriptivos modulares coherentes. De hecho, el cálculo nos ha proporcionado ya descripciones parciales de muchos de esos algoritmos, así como ha generado algunos para determinar la totalidad, parcialidad, coherencia e incoherencia..., procesos que hasta ahora habían tenido que ser considerados, como en la literatura, a la que mucho de esto se parece a distancia, asuntos de gusto. Pero este examen deberá ser dejado para la última conferencia.

# Notas

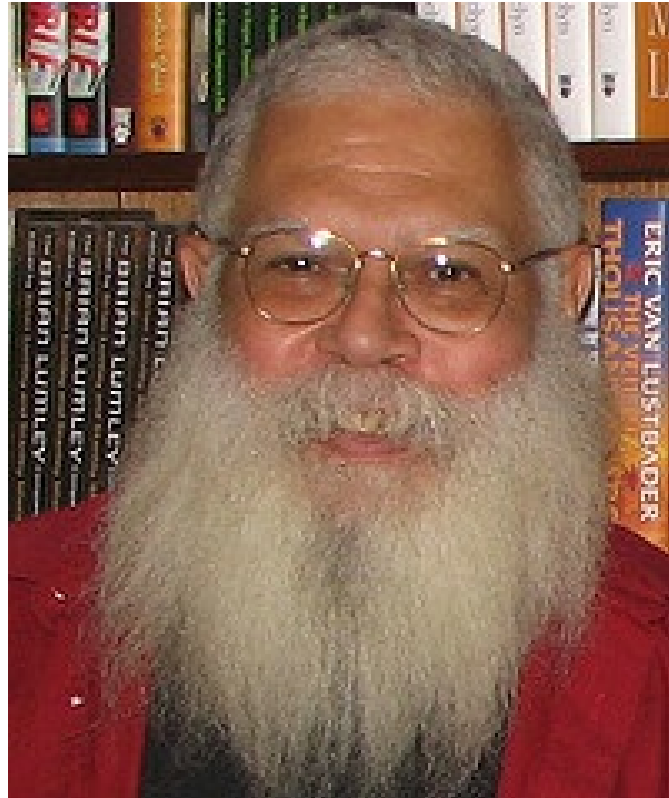


[1] Metonimia es, por supuesto, la figura retórica por la cual una cosa es denominada con el nombre de otra cosa asociada con ella. El historiador que escribe: «Al final, la corona estuvo segura en Hampton» no está preocupado por la tiara metálica, sino por el monarca que, de tanto en tanto, la lleva. El despachador de una agencia de transportes que informa a su jefe: «Tres chóferes entraron este fin de semana» está comunicando básicamente la llegada de tres camiones cuyos conductores llevaron sus cargas hasta el interior de los almacenes. Metonímico/a es una construcción adjetival ligeramente forzada para etiquetar tales procesos asociativos. Metónimo es una construcción nominal forjada a partir de una semejanza espuria (etimológicamente hablando) con «sinonimia / sinónimo» y «antonimia / antónimo». De todos modos, evita la confusión. En un texto prácticamente desprovisto de precisión, distingue la «metonimia»—cosa-asociada («corona», «chofer») de la «metonimia»—proceso-de-asociación (corona a monarca; chofer a carga). La forma ortodoxa de referirse a ambas es con ese único término.<<

[2] El epistema es la estructura de conocimiento leída a partir del textus epistemológico cuando es descompuesto a través (normalmente con ayuda de varios textos) de un momento cultural determinado.<<

[3] Publicada también en español como Tigre, tigre. (N. del T.)<<

[4] Todas las citas atribuidas a Slade pertenecen a las notas de sus estudiantes. Las afirmaciones expresadas en un discurso indirecto proceden de reminiscencias personales tanto de estudiantes como de los compañeros tutores de Slade y —en un caso— de notas sobre un comentario cuya formulación exacta el autor no puede precisar, puesto que las notas fueron tomadas apresuradamente hace diecisiete años. El editor agradece profundamente la ayuda de todos aquellos que han colaborado en la preparación de este apéndice.<<



SAMUEL R. DELANY nació en 1942. Fue un «niño prodigio» de la ciencia ficción, escribiendo su primera novela, *Las joyas de Aptor* (1962), durante su adolescencia. En 1966 ganó el premio Nebula con su novela *Babel-17*. Al año siguiente arrasó en los premios de ciencia ficción, ganando dos Nebulas, uno por su relato «Por siempre y Gomorra» y otro por su novela *La Intersección de Einstein* (1967), y un Hugo, por su novela corta «El tiempo considerado como una espiral de piedras semipreciosas». Tras la publicación de *Nova* (1968), Delany apenas publicó ficción durante siete años, dedicándose a desarrollar sus teorías sobre la crítica de ciencia ficción, y a escribir una monumental novela, *Dhalgren* (1975), la cual le supuso un éxito fenomenal, vendiendo casi un millón de copias en EE.UU. Durante los años 80, Delany escribió dos obras. La primera de ellas fue *Stars in My Pockets Like Grains of Sand* (1984), aclamada por la crítica y que supone la primera parte de un díptico aún inconcluso. La segunda fue la serie de fantasía *Nevèrÿon*, compuesta por cuatro volúmenes que se desarrollan en un mundo fantástico pre-industrial. Delany todavía continúa escribiendo, y desde 1988 es profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Massachusetts.